

*La narrativa española
durante la Segunda Guerra Mundial:
rasgos germanófilos
e influencias nacionalsocialistas*

Tesis doctoral

Doctoranda: ULRIKE PFEIFER

Director: Dr. JOSÉ SERVERA BAÑO

**DEPARTAMENT DE FILOLOGIA ESPANYOLA, MODERNA I LLATINA
UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS**

Programa de doctorado: Historia de la literatura y literatura comparada

Palma de Mallorca, junio de 2014

A Gisela, Anna, Hans, Irma y Alex.

“A las personas normales no les gusta matar ni les gusta morir, a no ser que las haya embrutecido el fanatismo. La guerra sólo es noble para unos cuantos dementes y para esos caudillos verbosos que mandan a la gente pobre al matadero mientras que ellos se quedan confortablemente en la retaguardia y procuran colocar a sus allegados en las oficinas.” (Antonio Muñoz Molina)

Agradecimientos

En el proceso de elaboración de esta tesis debo agradecer en primer lugar al Dr. José Servera Baño que ha creído desde el primer momento en el proyecto y que ha contribuido de manera decisiva a elaborar y mejorar el presente estudio. Quisiera agradecer asimismo la ayuda, el apoyo moral y el constante interés de la Dra. Ulrike Steinhäusl Molnar. Gracias por haberme animado a seguir con tesón y disciplina. También quiero expresar mi gratitud a Glòria Bosch y Jaume Garau por sus observaciones precisas y sus críticas constructivas durante la defensa de mi memoria.

A Javier Gómez-Montero quiero agradecerle su cálida acogida en la *Christian-Albrechts-Universität zu Kiel* y su interés por mi trabajo. Ebenso geht mein Dank an Berit, Franzi und Merle, die während meiner Kiel-Zeit immer eine angenehme Büro-Atmosphäre schafften.

También quisiera agradecerles al personal del Servicio de Préstamo Interbibliotecario el excelente trabajo realizado que me fue de gran ayuda y a Malén Ripoll que aclaró todas mis dudas administrativas.

A título personal, debo destacar el inmenso apoyo moral y la comprensión que siempre me ha demostrado mi familia respecto a este proyecto. Ich danke Renate und Martin für ihre unermüdliche moralische (und finanzielle) Unterstützung sowie die hilfreichen Tipps bei der deutschen Übersetzung. Meinem Vater Bernhard danke ich für sein Interesse an meiner Arbeit und die stetige Versorgung mit Literatur zur deutschen Geschichte des 20. Jahrhunderts. Petra, Stefan, Maike, Magret, Gerhard, Helga, Gisela und Gerhard und all denen, die ich an dieser Stelle vergessen habe, danke ich für ihr Interesse, ihr Vertrauen und ihren Zuspruch. También quisiera agradecerles a Isabel, Santi, Enric y Marcela su constante interés por mi trabajo y su confianza.

Ich danke all meinen Freunden, die sich für meine Arbeit interessiert haben. Mein besonderer Dank geht an Sandra und Laura, die immer für mich da sind, aber auch an alle Mannheimer. Gracias a Joana y Esther por las cenas y sobre todo por las risas. Danke an Jasmin für die gemeinsamen Gespräche während intensiver Tagungs- und Kongresszeiten. Danke an Freddy für die guten Telefongespräche. Gracias al grupo de los amigos 'mallorquines', ya sea de origen o de residencia, por estar siempre ahí y por pasar buenos ratos juntos.

Y de un modo especialmente sentido, quiero dar las gracias a Marc que me ha acompañado día a día en el largo proceso de elaboración de esta tesis doctoral. Su

infinita paciencia, amor, comprensión, ayuda y apoyo moral me han impulsado a continuar con energía e ilusión. Gracias por todo, sobre todo por haber creído en mí.

1. Objetivos de la tesis y metodología	8
2. La tradición germanófila en España desde el siglo XIX	12
2. 1. El krausismo	12
2. 2. España y Alemania en la primera mitad del siglo XX	15
2. 3. Algunos estereotipos sobre Alemania y los alemanes.....	22
2. 4. La fascinación por lo alemán a principios del siglo XX: la obra de José Ortega y Gasset y Pío Baroja.....	25
3. Afinidades con la ideología fascista en la literatura española hasta 1945	33
3. 1. La narrativa fascista en los años treinta.....	33
3. 2. Tendencias filonazis en obras españolas	36
3. 2. 1. Definición del concepto ‘filonazismo’	37
3. 2. 2. Algunos aspectos fundamentales de la cosmovisión nazi: sus conceptos del enemigo y sus adopciones mitológicas y filosóficas	38
3. 2. 3. Algunas características de las obras de índole filonazi	48
3. 2. 4. Un resumen panorámico de las novelas españolas pro-germanas a partir de 1939	51
4. Las obras pro-germanas de la Falange.....	57
4. 1. José María Alfaro Polanco: <i>Leoncio Pancorbo</i> , 1942.....	62
4. 2. Cecilio Benítez de Castro: <i>Se ha ocupado el kilómetro seis: Contestación a Remarque</i> , 1939.....	75
4. 3. Tomás Borrás: <i>Checas de Madrid</i> , 1938-1940.....	83
4. 4. Rafael García Serrano: <i>La fiel infantería</i> , 1943	89
4. 5. José Antonio Giménez Arnau.....	102
4. 5. 1. <i>Línea Siegfried</i> , 1940.....	102
4. 5. 2. <i>El puente</i> , 1941	135
4. 6. José-Vicente Puente.....	152
4. 6. 1. <i>Madrid recobrado. Crónicas de antes y después del veintiocho de marzo</i> , 1939	154
4. 6. 2. <i>Una chica topolino</i> , 1942	168
4. 7. Felipe Ximénez de Sandoval	176

4. 7. 1. <i>Camisa azul. (Retrato de un falangista)</i> , 1939	178
4. 7. 2. <i>José Antonio (Biografía apasionada)</i> , 1941	191
5. La literatura de la División Azul	204
5. 1. Alberto Crespo Villoldo: <i>De las memorias de un combatiente sentimental</i> , 1945	210
5. 2. Enrique Errando Vilar: <i>Campaña de invierno</i> , 1943.....	216
5. 3. José Luis Gómez Tello: <i>Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul</i> , 1945	227
5. 4. José Martínez Esparza: <i>Con la División Azul en Rusia</i> , 1943.....	236
5. 5. Rodrigo Royo Masía: <i>¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos</i> , 1944.....	245
5. 5. 1. Rasgos y elementos quevedianos	248
5. 5. 2. Referencias culturales.....	255
5. 5. 3. La temática germanófila y filonazi	269
5. 6. Jesús Revuelta: “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”, 1943	279
6. Otros novelistas germanófilos y filonazis	283
6. 1. Pío Baroja	283
6. 1. 1. <i>Laura o la soledad sin remedio</i> , 1939	287
6. 1. 2. <i>El tesoro holandés</i> , 1939	308
6. 2. Julio Camba: <i>Esto, lo otro y lo de más allá</i> , 1945.....	313
6. 3. Wenceslao Fernández Flórez.....	322
6. 3. 1. <i>Una isla en el mar rojo</i> , 1939.....	327
6. 3. 2. <i>La novela número 13</i> , 1941	347
6. 4. Ricardo León: <i>Cristo en los infiernos</i> , 1941	356
6. 5. Rafael López de Haro: <i>Adán, Eva y yo</i> , 1939.....	370
6. 6. Manuel Pombo Angulo: <i>La juventud no vuelve. Novela de la guerra</i> , 1945 ...	402
6. 7. Víctor María de Sola: <i>Alto espionaje</i> , 1940	431
7. Comparaciones y conclusiones	438
8. Bibliografía	447
Anexo	460

1. Objetivos de la tesis y metodología

Desde el punto de vista de la literatura comparada resulta interesante la imbricación entre la literatura y la historia europea en el siglo XX. La presente tesis parte de una perspectiva hispano-alemana y se centra en el tema de la guerra, ya que se considera que los acontecimientos bélicos del pasado siglo tuvieron un gran impacto en la literatura. Así, respecto a la relación entre la historia y la literatura parecen de mayor interés las obras literarias en torno a la Segunda Guerra Mundial.

En la actualidad contemporánea española se refleja el interés continuo por la materia en las frecuentes discusiones en muchos ámbitos en torno a la memoria histórica. Considerando solamente las obras de autores como Alberto Méndez, Rafael Chirbes, Antonio Muñoz Molina, Almudena Grandes o Javier Cercas, cinco ejemplos entre varios en el panorama literario español actual, se observa que la temática bélica, sobre todo en torno a la Guerra Civil pero también a la dictadura de Franco, sigue conmoviendo a los escritores contemporáneos de la península ibérica¹. De especial interés para el presente estudio se ha revelado la literatura germanófila en España sobre las guerras anteriormente mencionadas y en qué medida aquellos acontecimientos tuvieron efecto en la literatura española pro-germana.

El objetivo del presente trabajo es el análisis de la narrativa española de un conjunto de escritores que publicaron sus obras durante la Segunda Guerra Mundial; además se incluyen un ensayo, una novela biográfica y dos crónicas, pues siendo prosa se acercan a la creación literaria y por su naturaleza son comparables a la narrativa analizada.

Esta tesis consta de ocho partes: la primera introducirá a la temática y en ella se definirán las nociones claves del estudio. En un segundo apartado, se retrocederá al final del siglo XIX con el fin de contextualizar el carácter germanófilo de las obras estudiadas: es entonces cuando en España se fomenta una notable admiración cultural y literaria por Alemania. Así, se llegó a crear una larga tradición germanófila en España que gira alrededor del krausismo y que será también presente en la Institución Libre de Enseñanza.

¹ Muñoz Molina puede considerarse uno de los precursores literarios de la temática de la Guerra Civil y del franquismo a la que empezó a dedicarse ya en los años ochenta (véanse, entre otras, sus novelas *Beatus ille* (1986), *El jinete polaco* (1991), *Sefarad* (2001) o *Todo lo que era sólido* (2013)). También se ocupan del tema algunas novelas de Rafael Chirbes, por ejemplo *La buena letra* (2007) y *La larga marcha* (2008). A esta lista se deben añadir Javier Cercas con *Soldados de Salamina* (2001) y Alberto Méndez con *Los girasoles ciegos* (2004). Asimismo la guerra española y el franquismo son los temas predominantes de la obra narrativa de Almudena Grandes, especialmente de *El corazón helado* (2007), *Inés y la alegría* (2010) y *El lector de Julio Verne* (2012).

Luego, en torno a la Primera Guerra Mundial, es interesante ver cómo se posicionan los escritores españoles respecto a la Alemania en guerra, antes tan admirada en lo cultural. Son años de convulsiones sociales y políticas que tienen una gran repercusión en la literatura, de ahí la necesidad de trazar los panoramas literarios y las escenas políticas de ambos países. En este contexto, todavía en el segundo apartado, se abordarán algunos estereotipos sobre Alemania, extendidos en el siglo XX, y se averiguará hasta qué punto se recurre a ellos en las obras presentadas. Puesto que aparecen en la mayoría de los textos estudiados se consideran en cierta manera una base de interés para el presente trabajo. Así, algunas de las obras narrativas fomentan aún más las ideas preconcebidas sobre Alemania.

Uno de los escritores que muestra a lo largo de su obra, desde finales del siglo XIX hasta su muerte en 1956, una gran admiración por Alemania es Pío Baroja, aunque no es un caso aislado ya que en esa denominada “Edad de plata” hay numerosos intelectuales españoles que comparten ese sentimiento. Otro escritor y filósofo, cuya admiración por Alemania fue notable durante toda su carrera profesional, es José Ortega y Gasset. A fin de dar un ejemplo de las actitudes pro-germanas de la primera mitad del pasado siglo se caracterizarán vida y obra de Baroja y de Ortega y Gasset en el capítulo 2. 4.

Siguiendo un orden cronológico, el tercer apartado versará sobre la consolidación de nacionalismos extremos tanto en Alemania como en España: en Alemania la ideología fascista goza de popularidad, basándose en el sistema anterior italiano, y se convierte pronto en el nacionalsocialismo de Hitler. Mientras tanto, España sufre las consecuencias de la caída de la monarquía y los años convulsos de la Segunda República. A pesar de que en lo político España y Alemania no son comparables, se puede equiparar el crecimiento de sus valores nacionales, respectivamente, y abordar la cuestión de cómo se refleja dicho desarrollo de forma inmediata en la literatura española de la época, sobre todo en la narrativa.

A principios de los años treinta y con la toma de poder de los nacionalsocialistas en Alemania, el perfil de la actitud germanófila en España cambia. A muchos escritores y sus obras literarias se les puede atribuir entonces la característica ‘filonazi’, término que será definido en el subapartado 3. 2. 1, ya que es clave para el análisis de todas las obras consideradas en esta tesis. Además, cabe añadir algunos aspectos fundamentales de la cosmovisión nazi, que los escritores españoles, en algunos casos, comparten o de

los que incluso se apropian. Luego, en otro capítulo del tercer apartado, se definirán las características de las obras de índole filonazi.

El tercer apartado concluye con un catálogo de cuarenta y un escritores, que se ocupan de la temática bélica, y de sus obras narrativas publicadas entre 1939 y 1945. Se basa en la notable cantidad de trabajos crítico-literarios que se publicaron en los últimos treinta años y que tratan la narrativa del siglo veinte². Así, los primeros tres apartados pretenden servir de base para el análisis y la comprensión posteriores de obras de carácter fascista y pro-nacionalsocialista.

En las secciones cuatro, cinco y seis se agrupan finalmente veinte escritores cuyas obras cumplen con las características ‘germanófilo’ y/o ‘filonazi’, términos definidos con anterioridad. Para comprender y analizar en su totalidad la literatura germanófila y filonazi producida en España, se considera imprescindible dividir estos escritores cuyo vínculo con Alemania es notable en tres subgrupos. El primero es el grupo de los escritores de la Falange y en el segundo están los escritores de la División Azul. Esta clasificación no es del todo excluyente ya que hay, por ejemplo, escritores divisionarios que también eran falangistas. Sin embargo, debido a las características que comparten las obras de los divisionarios, parece lógico estudiarles en un mismo grupo. Los escritores del tercer conjunto se agrupan en la sección “Otros novelistas germanófilos y filonazis”. A pesar de no pertenecer a ninguno de los grupos arriba mencionados, sus obras deben ser incluidas en el análisis por la notable identificación de sus autores con la ideología nazi (Rodríguez-Puértolas 1986: 494-495)³.

En el capítulo de las conclusiones se comparan las obras estudiadas y se resume el grado de actitud germanófila y filonazi que se desprende de ellas. Además, cabe preguntarse sobre el reconocimiento artístico de este tipo de literatura y su relevancia en el panorama literario actual.

² Véanse la *Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido)* (1975) de Gonzalo Sobejano, *La novela española desde 1936* (1982) de Ignacio Soldevila Durante, la *Historia de la novela española entre 1936 y 1975* (1979) de José María Martínez Cachero y *Manual de literatura española XIII. Posguerra: narradores* (2000) de Felipe B. Pedraza Jiménez y Milagros Rodríguez Cáceres. Las siguientes publicaciones se centran en la temática fascista y pro-nacionalista: la *Literatura fascista española*, (dos tomos de 1986 y 1987) de Julio Rodríguez-Puértolas y *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada, Tomo I* (1982) de Maryse Bertrand de Muñoz. Por parte de la crítica literaria alemana destaca la *Literatur der Sieger. Der spanische Bürgerkriegsroman im gesellschaftlichen Kontext des frühen Franquismus* (1990), un trabajo de Regine Schmolling.

³ Es preciso retener que todas las citas recopiladas de las obras literarias se han transcrito tal como aparecen en los textos originales. Su ortografía no ha sido adaptada a la normativa actual, respetando pues las versiones originales.

Por lo que se refiere a la metodología de la presente tesis, es preciso definir algunas nociones o conceptos, para una diferenciación clara y rigurosa de los términos empleados en este trabajo. Por ‘germanofilia’ se entiende, en un sentido muy general, toda simpatía o admiración por lo alemán en diferentes aspectos: En la literatura, esta puede verse reflejada en forma de una simple admiración desde la lejanía, pero también puede llegar a ser una empatía notable con todo lo germano⁴. En otros casos se puede hasta convertir en una inmersión de un extranjero en ese mundo. Al respecto, es necesario contextualizar y analizar las obras germanófilas ante el trasfondo histórico-político del momento. En este trabajo, el término ‘literatura germanófila’ engloba toda obra literaria que considere el tema de Alemania y los alemanes en sentido positivo. Además incluye todo tipo de alabanza de los demás países germano-parlantes y sus habitantes, como son Austria y la Suiza alemana.

Respecto a las obras que forman parte del corpus textual de este trabajo, servirán de base para cada uno de los estudios literarios las siguientes preguntas claves: Por un lado, ¿cómo se refleja en la narración la admiración del protagonista por el aparato militar de los nazis y por su ideología? Esta simpatía conlleva su afinidad por algunas de las doctrinas nazis, como por ejemplo, el antisemitismo. ¿Cuál es la actitud que adopta el narrador respecto al odio hacia los judíos? Por otro lado, ¿qué simpatía demuestra el protagonista por el pueblo alemán fuera de lo militar, es decir, por su mentalidad, costumbres, idioma, su país en general? Dentro de esta enumeración, parece imprescindible considerar las ideas preconcebidas que tiene el héroe novelístico antes de entrar en Alemania. Además, ¿cómo se definen las relaciones entre el protagonista y los alemanes en la novela? Finalmente, ¿cuáles son los conocimientos culturales previos del narrador respecto al mundo germano que se refieren, sobre todo, a los ámbitos literario y musical?

Es evidente que en muchas de estas cuestiones influyen criterios que objetivamente a penas se pueden evaluar puesto que hay una gran parte de estereotipos.

⁴ Véase <http://lema.rae.es/drae/?val=germanofilia>, 24.02.14. A partir de este momento, todas las definiciones de nociones claves se citarán por la página web del DRAE.

2. La tradición germanófila en España desde el siglo XIX

2. 1. El krausismo

La doctrina krausista ocupa un papel clave en cuanto al desarrollo de una postura germanófila en España mucho antes del siglo XX. A modo de introducción a esa admiración por Alemania del pasado siglo, se añadirán a continuación unas breves nociones que se refieren al krausismo:

Der Name »Krausismus« ist von Karl Christian Friedrich Krause abgeleitet, einem sächsischen Privatgelehrten und Spätkantianer, dessen Werk (er selbst war 1832 gestorben) 1843 von dem spanischen Philosophen Julián Sanz del Río anlässlich einer Studienreise nach Deutschland entdeckt wurde. Die Studienreise erfolgte im Auftrag der spanischen Regierung, die Sanz del Río mit der Order ausgesandt hatte, in Deutschland nach einer Philosophie Ausschau zu halten, die geeignet wäre, den Bestrebungen des spanischen Liberalismus eine »wissenschaftliche« Legitimierung und Grundlegung zu verschaffen. Sanz übersetzte, genauer: adaptierte Krauses Schriften unter dem Titel »Ideal de la Humanidad para la vida« (1860) und hatte damit ungeahnten Erfolg (Neuschäfer 1997: 306-307)⁵.

Como apunta López-Morillas, se trataba de una doctrina que buscaba la reconciliación entre lo religioso y lo científico:

... si bien hay una dimensión ejecutiva en muchas doctrinas que nacen con la Ilustración, lo característico del krausismo es que su misión redentora tiene tanto de intuición poética como de quehacer empírico. En definitiva, el krausismo sostiene que no cabe esperar el perfeccionamiento humano más que del hombre mismo, de la voluntad de éste en «llegar a ser lo que es», a saber, plenamente hombre. De poco vale confiar en la capacidad perfectiva de las instituciones sociales. (...) De ahí la predilección krausista por aquellas disciplinas que, como la pedagogía, aspiran a «hacer hombres» o que, como el derecho, tienen la pretensión de mejorarlos. De ahí también el carácter gradualista del krausismo, persuadido de que las mudanzas sociales o políticas que no lleguen en su tiempo y sazón serán, en fin de cuentas, de ínfima eficacia. De ahí, por último, las contradicciones en que incurren los krausistas españoles, gentes en su mayoría de cátedra y biblioteca, cuando se empeñan en dar carta de naturaleza a una doctrina que, a primera vista, apenas roza las míseras realidades del país (López-Morillas 1973: 10).

Así, en su *Urbild der Menschheit* (1811), Krause destaca claramente que parte de la condición religiosa del hombre:

«El hombre, imagen viva de Dios y capaz de progresiva perfección, debe vivir en la religión unido con Dios y subordinado a Dios; debe realizar en su lugar y esfera limitada la armonía de la vida universal y mostrar esa armonía en bella forma exterior;

⁵ “El nombre <krausismo> se deriva de Karl Christian Friedrich Krause, un erudito y kantiano tardío de Sajonia (fallecido en 1832), cuya obra fue descubierta en 1843 por el filósofo español Julián Sanz del Río, durante un viaje de estudios a Alemania. Este viaje se realizó por orden del Gobierno español que había enviado a Sanz del Río con la orden de buscar en Alemania una filosofía que pudiera dar una legitimación »científica« y un fundamento a las aspiraciones del liberalismo español. Sanz tradujo, mejor dicho, adaptó el tratado de Krause bajo el título »Ideal de la Humanidad para la vida« (1860) con el que tuvo un éxito inesperado”, traducción de la autora.

debe conocer en la ciencia a Dios y el mundo; debe en el claro conocimiento de su destino educarse a sí mismo»⁶.

Las figuras claves del krausismo español, notablemente influenciadas por la doctrina alemana, fueron, en un primer momento, el catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid, Julián Sanz del Río (López-Morillas 1980: 17), en un segundo momento su discípulo Francisco Giner de los Ríos, el fundador principal de la I.L.E. Sanz del Río fomentó una actitud germanófila que ya existía en España desde principios del siglo XIX y cuyo impulso venía de algunas traducciones de obras alemanas al castellano:

No cabe duda que la ocasión [el viaje de estudios de Sanz del Río a Alemania en 1843] era propicia a la germinación en España de la simiente germanófila. A partir de 1814, fecha en que Juan Nicolás Böhl Faber trasladó al castellano las *Reflexiones de Schlegel sobre el teatro*, se tenía noticia del creciente interés con que los alemanes estudiaban y comentaban las letras españolas, singularmente el drama del siglo XVII. Y una vez determinado el alcance de tal afición, pudo Agustín Durán declarar que los alemanes eran los que con más exactitud y esmero habían dado a conocer la historia literaria de España. Durán aludía no sólo a los trabajos de August Wilhelm Schlegel, Jakob Grimm y Friedrich Diez, sino también el hecho de que la primera historia de la literatura española había sido compuesta por un alemán, Friedrich Bouterwek. (...) Precisamente durante la estancia de Sanz del Río en Alemania estaba en curso de publicación la colección de comedias del Siglo de Oro hecha por C. A. Dohrn (...) y salió a la luz la traducción de romances españoles de Emanuel Geibel (...). Y un año después de su retorno a España se imprimía el primer volumen de la historia de la literatura dramática española compuesta por Adolf von Schack (López-Morillas 1980: 85-86)⁷.

El mismo crítico literario resume esta postura germanófila así:

En el breve espacio de medio siglo los alemanes se habían puesto a la cabeza de la Europa ilustrada. Y este pueblo culto, con el que España apenas había tenido comercio material o intelectual reciente, se brindaba espontáneamente a hacer justicia a la cultura española⁸.

En su discurso de apertura del curso académico de 1857-1858 Sanz del Río se refiere al *Ideal de la humanidad para la vida* (1860) de la siguiente manera:

Después de dibujar a grandes rasgos la estructura de la doctrina krausista, el orador amonesta a los universitarios que le escuchan: «Elevados a este sacerdocio espiritual..., será vuestro primer deber enseñar la verdad, propagarla y vivir enteramente para ella... Debéis honrar vuestra enseñanza con el testimonio de vuestra conducta y defenderla como la religión de vuestro estado, bajo la Religión que a todos nos reúne⁹.» Posesión y

⁶ Karl Christian Friedrich Krause, *Ideal de la humanidad para la vida*. Con introducción y comentarios por D. Julián Sanz del Río, 2ª ed., Madrid, 1871, p. 3, citado por López-Morillas 1973: 12.

⁷ Los errores ortográficos en esta cita han sido rectificadas por la autora.

⁸ Se añade aquí una nota a pie de página: “La admiración por Alemania, particularmente en la veintena de años que preceden a la guerra francoprusiana, se traduce en las expresiones «culto Alemania», «docta Alemania», «erudita Alemania» y otras por el estilo con que se tropieza a menudo en libros y revistas de este período” (López-Morillas 1980: 86).

⁹ Se cita aquí del “«Discurso pronunciado en la Universidad Central por el doctor D. Julián Sanz del Río, profesor de Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras, en la solemne inauguración del

enseñanza de la verdad, metafísica y pedagogía, sacerdocio y proselitismo. En el *Discurso*, que es la primera publicación de Sanz del Río de índole filosófica, se insinúa ya la doble vertiente en que se dividirán andando el tiempo las actividades del krausismo español. Es, en realidad, el prefacio que anticipa en tres años la aparición del *Ideal de la Humanidad para la vida* (1860), obra con la que, adaptando al castellano el *Urbild der Menschheit* (1811) de Krause, el pensador español dota al naciente falansterio de un código de doctrina y conducta (...). Los escritos posteriores de Sanz del Río se limitan a elaborar el esquema conceptual trazado en su *Discurso*, elaboración nada más que parcial, pues el jefe de la escuela krausista española no pudo, por varios motivos, realizar más que una labor preliminar de trasplante ideológico. Fueron sus discípulos los que desarrollaron el programa intelectual del krausismo, explorando con ayuda del nuevo aparato doctrinal los dominios de la filosofía, el derecho, la historia, la pedagogía, la religión y las ciencias sociales (López-Morillas 1980: 18-19).

Sobre Francisco Giner de los Ríos, alumno de Sanz del Río, se lee:

Giner de los Ríos hat den Krausismus überhaupt erst pädagogisch fruchtbar gemacht. Er gehörte zu jenen Professoren der Madrider Universität, die schon früh durch ihre Unzufriedenheit mit dem offiziellen scholastischen Bildungssystem sowie durch ihre demokratischen und heterodoxen Neigungen aufgefallen sind.(...) Die Institution nahm es von vornherein ernst mit dem Begriff *libre*: Sie machte sich (auch finanziell) unabhängig vom staatlichen und kirchlichen Einfluß und führte zum ersten Mal das Prinzip der «Freiheit der Wissenschaft» in Spanien ein. «Frei» war die Institution auch in pädagogisch-didaktischer Hinsicht: Ihr Ideal war der sokratische Dialog, bei welchem den Studenten nichts eingetrichtert wurde, bei dem es vielmehr darauf ankam, die Lernenden ihre eigenen geistigen Möglichkeiten entdecken und entwickeln zu lassen. In moralischer Hinsicht wurden die Studenten zur Austerität (dem Gegenteil der herrschenden Korruption also) und zur Leistungsbereitschaft (dem Gegenteil der immer wieder beklagten *abulia*, Trägheit) angehalten. Auch die «Leibesertüchtigung» ... spielte eine beträchtliche Rolle im Konzept der Institution. Außerdem legte sie großen Wert darauf, daß die Studenten im Ausland ihren Horizont erweiterten, was unter anderem durch ein großzügiges, mit Stiftungsgeldern finanziertes Stipendienwesen ermöglicht wurde. Auch die Gründung der berühmten, vor wenigen Jahren wiedereröffneten *Residencia de Estudiantes*, in der Lehrende und Lernende, Wissenschaftler und Künstler unter einem Dach lebten und arbeiteten, geht auf den Einfluß der Institution zurück. Unter den Residentes waren viele der nachmals erlauchten Geister der Zweiten Republik (von Lorca bis Buñuel) (Neuschäfer 1997: 307-308)¹⁰.

año académico de 1857 a 1858», en *Ideal de la Humanidad para la vida*, 2ª ed., Madrid, 1871, pp. 344-345, citado por López-Morillas 1980: 17-18.

¹⁰ “En realidad, fue Giner de los Ríos quien fecundó el krausismo a nivel pedagógico. Perteneció al grupo de aquellos profesores de la Universidad de Madrid que llamaron la atención por su insatisfacción con el sistema educativo oficial escolástico así como por sus inclinaciones democráticas y heterodoxas. [...] Desde un primer momento la Institución tomó en serio el término *libre*: se independizó (también en lo financiero) de la influencia estatal y eclesiástica e introdujo por primera vez en España el principio de la «libertad de la ciencia». La institución también era «libre» a nivel didáctico-pedagógico: su ideal era el diálogo socrático durante el que no se les adoctrinó nada a los estudiantes, sino importaba que los alumnos descubrieran y desarrollaran sus posibilidades espirituales propias. En lo moral, se les animó a los estudiantes a ser austeros (en contraposición a la corrupción dominante) y a tener buena disposición al rendimiento (contrastando con la *abulia* tan criticada). La «educación física» ... también tuvo un papel importante en el concepto de la Institución. Además, se consideró de mucha importancia que los estudiantes ampliaran sus horizontes en el extranjero; algo que se hizo posible, entre otras cosas, a través de un sistema de becas generoso, financiado con fondos de fundaciones. Asimismo remonta a la influencia de la Institución la creación de la célebre *Residencia de Estudiantes*, reabierta hace pocos años, en la que los alumnos y profesores, los científicos y artistas, vivían y trabajaban bajo un mismo techo. Entre los residentes también se hallaban muchos de los posteriores espíritus ilustres de la Segunda República (de Lorca a Buñuel)”, traducción de la autora.

Como se ha podido desprender de las citas anteriores, el tema es abundante. Sin embargo, solo se ha querido resumir la importancia de esta doctrina para las futuras relaciones germano-españolas, ya que esta constituyó, en cierta manera, su fundamento cultural.

En este contexto se generaliza a partir de los escritores de fin de siglo XIX entre algunos sectores de intelectuales un gran interés por Alemania, su cultura y su lengua. Son muchos los escritores de la Generación 98 para los que algunos de los textos alemanes son una fuente de inspiración cuando buscan en estos tiempos revueltos su identidad española:

En efecto, es con esa generación con la que empieza a manifestarse un nacionalismo que busca para su expresión teórica apoyo en la idea romántica del «espíritu del pueblo» (*Volkgeist*), según la cual cada nación posee un espíritu propio, que es expresión de lo más inalienable y distintivo de su personalidad. Ahí tendría su razón de ser la meditación sobre el «problema de España» y la búsqueda de la identidad nacional que mueve a todos los autores del 98, casi siempre girando en torno a la significación de Castilla y del espíritu castellano. (...) Es curioso que, precisamente coincidiendo con la fecha de 1898, se le ocurriese a Rafael Altamira realizar la traducción de los famosos *Discursos a la nación alemana*, del filósofo Fichte, una de las fuentes fundamentales de todo el nacionalismo europeo de origen romántico; índice muy claro de la orientación ideológica que mueve a todo el grupo que tuvo su origen en aquella época (Abellán 1996: 24-25).

2. 2. España y Alemania en la primera mitad del siglo XX

Alemania, hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, es considerada uno de los países líderes dentro de Europa en el ámbito cultural. Siguiendo una larga tradición germanófila, en España se valora la filosofía alemana, en especial las figuras de Kant, Schopenhauer y Nietzsche; en música, Beethoven, Schubert, Schumann, Wagner; y en literatura Goethe, Schiller, Novalis y E.T.A. Hoffmann (Ortiz de Urbina 2007: 194). A quienes se podrían añadir Hölderlin y Heine.

Muchos escritores y filósofos españoles comparten su predilección por la filosofía alemana. Uno de los filósofos que más repercusión tiene en la obra de los escritores del grupo del 98 es el antes mencionado Friedrich Nietzsche (1844 – 1900):

La influencia de Nietzsche en los autores de esta generación ha sido la más importante: Maeztu, Baroja, Azorín y Unamuno, sobre todo, ven en él un superador de la crisis pesimista schopenhaueriana que ellos mismos atravesaron en diversas fases de su vida (Berchem 1982: 19).

Baroja, por su parte, debido a su buen amigo suizo Paul Schmitz, se dedica especialmente a las teorías de Nietzsche e interpreta su obra de manera novelística¹¹, como se verá en el capítulo 2. 4.

Con el comienzo de la Primera Guerra Mundial en 1914 se dibuja un cambio de postura en las actitudes germanófilas de los españoles. Así, se distingue generalmente entre los intelectuales y escritores germanófilos también llamados defensores del Imperio Alemán, y los aliadófilos o francófilos (Ortiz de Urbina 2007: 194 y Rodríguez Richart 1986: 353). Conviene destacar en este contexto que:

[l]a mayoría de los intelectuales de peso españoles pertenecían, (...) al bando aliadófilo o germanófilo. Sin embargo, esto no fue obstáculo para que muchos de ellos se reconocieran todavía, aunque *con la boca pequeña*, admiradores de la cultura y la ciencia alemanas (Ortiz de Urbina 2007: 205).

Esto parece ser el caso de Ortega y Gasset quien fue un gran admirador de Alemania y de su cultura, aunque durante la Primera Guerra Mundial se manifestó aliadófilo¹². En realidad habría que distinguir entre la opción cultural inicial y lo que luego supuso la posición política del Imperio Alemán. Hasta cierto punto era lógico que intelectuales formados en el krausismo o estudiantes en la Institución Libre de Enseñanza (I.L.E.) admiraran las aportaciones culturales y literarias alemanas pero, al mismo tiempo, no asumieran la política del Imperio.

Más evidentes quedan las simpatías políticas en autores como Azorín y Blasco Ibáñez que defienden de forma ferviente la parte aliada. La lista de escritores que se declaran germanófilos es, no obstante, larga. Entre los novelistas y ensayistas son de mencionar –por orden de edad– Emilia Pardo Bazán¹³, Sinesio Delgado¹⁴, Carlos Arniches, Jacinto Benavente, Luis Antón del Olmet¹⁵, Pío Baroja, Manuel Bueno, José María Salaverría, Fernando de los Ríos, Julio Camba, Eugenio d’Ors, Wenceslao Fernández Flórez, Manuel García Morente así como otros escritores entonces aún más jóvenes como Dámaso Alonso, Edgar Neville y Enrique Herrero. Algunos de ellos

¹¹ Véanse Orringer 2008: 142 y López García-Berdoy 1975: 19-22.

¹² “Dentro del bando aliadófilo, también denominado bando francófilo o antigermanófilo, encontramos así a personajes vinculados a la política de izquierdas: republicanos, socialistas, liberales e independientes. [...] Una gran mayoría de estos intelectuales se vinculan a la Institución Libre de Enseñanza, al krausoinstitucionalismo y al regeneracionismo cultural y científico. Muchos de ellos se relacionan también entre sí por su documentada pertenencia a la Masonería española, como Luis Simarro, Menéndez Pallarés, Manuel Azaña, Ortega y Gasset o Menéndez Pidal y por su tendencia política progresista y de izquierda” (Ortiz de Urbina 2007: 198).

¹³ Compárese, entre otros, Pardo Bazán 1964: 22.

¹⁴ Sinesio Delgado fue, a finales del siglo XIX, director de la revista de carácter antimodernista *Madrid Cómico* para la que, entre otros, escribió también el autor Rafael López de Haro, escritor de actitudes germanófilas muy evidentes (Muñoz Olivares 1990: 70).

¹⁵ Véanse Rodríguez Richart 1986: 354 y Ortiz de Urbina 2007: 198.

realizaron aportaciones significativas sobre su admiración por lo germano. Así, entre otras, resulta de especial interés en este contexto –su título lo indica– la novela *Alemania. Impresiones de un español* (1947) de Julio Camba. Además destaca la obra germanófila de Eugenio d’Ors, en particular su obra de teatro *Guillermo Tell. Tragedia política* (1926), (Puerta 2003: 9) y también la obra de Tomás Borrás, tanto narrativa como poética.

A pesar de que los alemanes pierden la Primera Guerra Mundial, un gran número de los escritores mencionados sigue manteniendo su afinidad con el mundo germano, confiando en una recuperación rápida del país centroeuropeo. Según Nolte, el año 1919 es clave en cuanto al surgimiento del fascismo europeo, en concreto el italiano y el alemán:

En el año 1919 revolución y guerra se aproximaban como nunca anteriormente en Europa, y este año constituyó el punto de partida de los primeros fascistas [sic¹⁶]. Su evolución siguió un ritmo diverso, pero los años 1922 y 1923 constituyen momentos decisivos. En estos años se manifestaron abiertamente los dos primeros fascismos, en su nueva forma; son los dos fascismos que debían angustiar al mundo, el primero obtuvo una absoluta victoria, el segundo experimentó una derrota rica en consecuencias. A fines de octubre de 1922 Mussolini organizó con sus camisas negras la «marcha sobre Roma» y, poco después de un año, Hitler comenzó a amenazar al gobierno que hasta entonces había respetado. [...] A partir de este momento los movimientos fascistas emergieron en Europa como setas. Resulta apenas diferenciable hasta qué punto surgieron por causas propias o por la influencia del brillante ejemplo de Mussolini (Nolte 1967: 24.)

Nolte anota también hasta qué punto la Alemania nazi sirvió de ejemplo a los falangistas:

Das Beispiel der Falange zeigt diese Unentwirrbarkeit besonders deutlich. Mit einem starken Gefühl für den unterentwickelten Zustand des Vaterlandes – das in Deutschland ganz unbekannt war – verband sich konsequent ein scharf ausgeprägter und subjektiv offenbar aufrichtiger sozialrevolutionärer Wille. Dennoch waren ihre führenden Geister von großer und unkritischer Bewunderung nicht nur für Mussolini, sondern sogar für Hitler erfüllt: José Antonio Primo de Rivera wollte Anfang 1933 eine Zeitschrift gründen namens »El Fascio«, Onesimo Redondo veröffentlichte die ersten Übersetzungen aus *Mein Kampf*, und zumal Ramiro Ledesma Ramos war ganz nach Deutschland orientiert (vgl. Emmet J. Hughes *Report from Spain*, New York 1947, S. 20-48, bes. S. 24-30) (Nolte 1963: 38 y 551)¹⁷.

¹⁶ La traducción al español es aquí algo imprecisa, se refiere a los sistemas fascistas (véase Nolte 1963: 37).

¹⁷ “El ejemplo de la Falange demuestra de manera clara e inteligible este carácter enmarañado. [En España] se mezcló de forma consecuyente un sentimiento marcado por el estado subdesarrollado de la patria –totalmente desconocido en Alemania– con una voluntad muy marcada y, al parecer y de forma subjetiva, sincera y revolucionaria-social. Sin embargo, sus líderes espirituales admiraron de manera vehemente y poco crítica no solo a Mussolini sino incluso a Hitler: José Antonio Primo de Rivera quería fundar la revista »El Fascio« a principios de 1933, Onesimo Redondo publicó las primeras traducciones de *Mi lucha*, y sobre todo Ramiro Ledesma Ramos se orientó de manera notable hacia Alemania” (compárese Emmet J. Hughes *Report from Spain*, New York 1947, p. 20-48, sobre todo págs. 24-30).

Mientras en Alemania se establece a continuación, entre 1919 y 1933, la República de Weimar, España sufre las consecuencias directas del golpe de estado de Miguel Primo de Rivera y los posteriores años de la dictadura. En 1925, el ministro de Asuntos Exteriores, Gustav Stresemann, describe las buenas relaciones hispano-alemanas:

Nuestras relaciones con España se caracterizan por una amistad no perturbada desde hace siglos con dicho país, del cual no nos separan contradicciones políticas de ninguna índole, al que nos unen numerosos intereses culturales (Sepasgosarian 1933: 1, citado por Bernecker 2000: 112).

Para comprender mejor el crecimiento simultáneo de las ideas fascistas en ambos países, resulta imprescindible situarse en sus respectivos contextos político-sociales a principios de los años treinta:

El giro económico (y político) anunciado en Alemania y España en 1929/30 significaba para ambos países una importante cesura con numerosas consecuencias: En España, el dictador Miguel Primo de Rivera se retiró en enero de 1930; le sucedieron algunos gobiernos de corta vida y faltos de concepción (política), cuyo fracaso se reflejó en el éxito electoral de las fuerzas republicanas en abril de 1931. España se convirtió en una república, dando comienzo así a una de las fases más turbulentas de su historia contemporánea. – En Alemania, la ruptura de la Gran Coalición en marzo de 1930 anunció el inicio de la fase de gobiernos «presidencialistas» que iría acompañada de una crisis coyuntural de una intensidad hasta el momento desconocida con profundas consecuencias económicas y sociales. El nombramiento de Hitler como Canciller en 1933 selló el fin de la República de Weimar (Bernecker 2000: 112).

En aquellos acontecimientos está el germen de la posterior evolución del rumbo histórico español, por un lado, y de la historia alemana, por otro. Mientras en la España de 1931 se recibe con entusiasmo la República, aumenta en Alemania la popularidad de los nacionalsocialistas que ocuparán el poder en el país. En España, el partido falangista tiene entonces aún poco peso en la política¹⁸. Es tan sólo a partir del año 1936, cuando el nacionalsocialismo alemán y el fascismo español coinciden en el poder. Mientras que la historia española entonces se ve marcada por las consecuencias de la Guerra Civil,

Este comentario de Nolte no se ha podido encontrar en la edición española por lo que fue traducido por la autora de este trabajo.

¹⁸ En las Segundas Elecciones Generales de la República, el Partido Falangista sólo obtiene un escaño – resultado del que no se puede derivar un peso elevado de falangistas en este Congreso de Diputados. Los falangistas sólo triunfan por primera vez en febrero de 1936 (Ellwood 2001: 44 y Gallego 2005: 283). Entonces formaron parte de la CEDA. Respecto al partido de la Falange, se debe recordar que: “Cuando el partido es débil, como sucede en el caso español, tendremos que considerar si el fascismo concluye abruptamente en las líneas organizativas de Falange, algo que haría arduo explicar la cómoda afluencia masiva de militantes entre febrero y julio de 1936 al partido fascista o la masa de milicianos que visten la camisa azul – precisamente ésta y no otra prenda o distintivo – en cuanto el conflicto estalla y se convierte en una guerra, antes del decreto de diciembre de 1936 que plantea la subordinación militar de estos cuerpos” (Gallego 2005: 283).

Alemania desata, poco tiempo después, la Segunda Guerra Mundial, con la invasión de Polonia en 1939. Es en esa época cuando el fascismo juega un papel primordial en ambos países aunque de dimensiones diferentes. Son precisamente estas circunstancias y su repercusión en la literatura que resultan de máximo interés para el presente estudio.

Aunque los datos en lo sucesivo solo se refieren a la Guerra Civil española es interesante leer lo que se sabe sobre las publicaciones que tematizan el aspecto militar:

... en el último cómputo bibliométrico realizado con ocasión del 60º aniversario del inicio del conflicto en 1996, menos del 13% de los libros y artículos publicados en todo el mundo sobre la guerra española tenían que ver con su faceta militar: un porcentaje a mucha distancia del representado por las obras testimoniales (en torno al 20%), políticas (el 19,5%) o internacionales (el 19,4%). Ciertamente es que en las últimas décadas esas carencias han sido compensadas por la aparición de grandes trabajos sobre este campo debidos básicamente a autores españoles (Gabriel Cardona, Jorge Martínez Reverte, Carlos Engel, entre otros) y algunos extranjeros (Michael Alpert, Anthony Beevor, etcétera) (Moradiellos 2013: sin página).

Es cierto que se debe tratar con cuidado el término ‘fascismo’, término de definición compleja y para cuya utilización es preciso considerar a qué país se aplica y dónde se utiliza. Böcker anota al respecto:

Bajo el término ‘fascismo’ nos referimos exclusivamente a la Falange y a las organizaciones e intentos precursores a la fundación del partido, como La Conquista del Estado, el grupo vallisoletano liderado por Onésimo Redondo y las JONS. Como observa Stanley G. Payne, ‘fascista’ ha sido uno de los términos políticos peyorativos que con mayor frecuencia han sido invocados, normalmente para designar ‘violento’, ‘brutal’, ‘represivo’ o ‘dictatorial’. Este uso, sin embargo, merma toda la virtualidad analítica y científica del término (nota al pie: véase Payne 1995, p. 3, citado por Böcker 1998: 13). (...) Muchos investigadores han insistido en que el término ‘fascismo’ debería aplicarse a todas aquellas organizaciones políticas que confluirían más tarde en la coalición reaccionaria (nota al pie: véase Sánchez Recio 1993) que sustentaría el régimen franquista (Böcker 1998: 13)¹⁹.

Como además se apunta, es importante diferenciar claramente entre lo que es

... el fascismo genérico de la Falange y la recepción del fascismo por la derecha accidentalista [sic], alfonsina o carlista, es decir, entre los fascistas y los ‘fascistizados’... (Böcker 1998: 14).

También se debe considerar que,

[e]n la Europa de los años veinte y treinta surgieron paralelamente a los movimientos de corte inequívocamente fascista, los movimientos nacionalistas y autoritarios pero no fascistas (...), en los que se daba el fenómeno de una recepción parcial de la ideología y del estilo político de los movimientos fascistas: así, esta derecha adoptó por ejemplo elementos paramilitares o incorporó a su discurso elementos del discurso fascista. De

¹⁹ Böcker utiliza en esta cita las siguientes fuentes: Payne, Stanley: *A history of Fascism, 1914-1945*, Madison: s. n., 1995 y Sánchez Recio, Glicerio: “La coalición reaccionaria y la confrontación política dentro del régimen franquista.” *Estudios sobre la derecha española contemporánea*. Eds. Javier Tussell, Julio Gil Pecharromán y Feliciano Montero. Madrid: s. n., 1993. 551-562.

esta manera se intentó aprovechar el auge de las ‘revoluciones nacionales’ en otros países (Böcker 1998: 14).

El mismo crítico literario opina que,

[e]n España el movimiento fascista fracasó debido a la hegemonía que ejercían los grupos fascistizados [sic], el corporativismo católico de la CEDA, el autoritarismo radical de los grupos monárquicos Alfonsino y el tradicionalismo carlista, cuya recepción del fenómeno fascista europeo se limitaba a su función como destructor radical del movimiento obrero y del sistema demoliberal [sic]. En las organizaciones fascistizadas, el proceso de fascistización se limitaba a la radicalización autoritaria de las posiciones tradicionalistas (Böcker 1998: 14-15).

Sin embargo, los críticos historiográficos se manifiestan unánimes acerca del fascismo dentro de la Falange y las organizaciones que preceden a este partido (Böcker 1998: 15²⁰).

En cambio, en Alemania, el sistema fascista se puede considerar casi una copia total del régimen fascista ya existente de Mussolini en Italia, como apunta el romanista alemán Victor Klemperer (1991²¹). Klemperer ha estudiado la influencia de los nazis en el lenguaje alemán en los años treinta y cuarenta. A continuación el escritor describe sus sensaciones en el momento de ver la película italiana “Zehn Jahre Faschismus” (“Diez años de fascismo”) en 1932: “Por primera vez veo y oigo hablar al Duce. La película es un logro artístico. Mussolini habla desde el balcón del palacio de Nápoles a la multitud; ...” (Klemperer 2001: 80). En lo sucesivo el romanista se centra en la gesticulación y el hablar de Mussolini durante su discurso cuya actuación le impresiona:

Desde entonces lo hemos visto y oído repetirse miles y miles de veces, con ligerísimas variaciones, [...], de tal modo que la película sobre Mussolini nos parece una obra normal y corriente, en absoluto extraordinaria. Pero así como el título de Führer es tan sólo una versión alemana del Duce, y la camisa parda sólo una variación de la camisa negra italiana, y el saludo alemán sólo una imitación del saludo fascista, la utilización cinematográfica de tales escenas como recurso propagandístico y la escena en sí, el discurso del líder ante el pueblo reunido, fueron copiados en Alemania del modelo italiano. En ambos casos se trata de poner al líder en contacto directo con el propio pueblo, con todo el pueblo, y no sólo con sus representantes (Klemperer 2001: 80-81).

Durante la República de Weimar se produce un cierto estancamiento de la literatura germanófila en España, que sólo se recupera en torno a la victoria electoral de los nazis. En lo socio-histórico es interesante ver que:

[a] diferencia de otros países, en el caso de España no existe hasta hoy ningún estudio detallado sobre la reacción de la opinión pública de este país frente a la toma de poder nacionalsocialista. (...) el nombramiento de Hitler como Canciller del Reich y la disolución de la República de Weimar fueron acogidos en España con «indiferencia total» (Pereira 1983: 163, citado por Bernecker 2000: 115). Aunque sin lugar a duda, la

²⁰ Véase también la sección 4. de esta tesis.

²¹ La edición española de la que se cita a continuación es de 2001.

derecha española acogió con gran satisfacción el cambio de gobierno alemán el día 30 de enero de 1933. María Semolinos ha puesto de relieve en su estudio sobre la prensa de la Segunda República, que la prensa española de derechas se hizo eco de la designación de Hitler como Canciller con una acogida mayoritariamente positiva, pese a ciertas imponderabilidades, como por ejemplo, la posibilidad de una nueva guerra o una postura un tanto incierta por parte de Hitler en cuanto al catolicismo alemán (Semolinos 1985, citado por Bernecker 2000: 115) (Bernecker 2000: 115).

Los sentimientos afines que tiene España hacia Alemania no solo conciernen a lo político y a lo literario, sino que se extienden también a otros campos como la ciencia jurídica²².

Otra prueba del acercamiento del gobierno de la Segunda República (mientras están en el poder las derechas) al del Tercer Reich y de la admiración de los españoles “derechistas” por los nazis se encuentra en un informe muy favorable al régimen nacionalsocialista que escribe Francisco Agramonte, embajador español en Berlín en 1935, acerca de la Asamblea del Partido nazi en Nuremberg. En un tono igualmente positivo y elogioso se expresa la prensa española reaccionaria que considera ejemplar el sistema alemán:

Las simpatías profesadas hacia la Alemania supuestamente pacífica y pacificada eran evidentes. Los corresponsales y comentaristas de periódicos conservadores españoles como *El Debate* o *ABC* hablaban del nacionalsocialismo como «modelo» para la República Española, dirigida desde diciembre de 1933 por un gobierno conservador (Bernecker 2000: 117).

En ese momento el intercambio entre ambos países es poco activo ya que se trata de una admiración desde la lejanía. Sin embargo, esto cambiará sustancialmente con el estallido de la Guerra Civil, y tres años más tarde, con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Es entonces cuando las relaciones hispano-alemanas se intensifican aún más en lo político, como se verá en el tercer capítulo de este trabajo.

Así, se ha podido comprobar que para el análisis literario el contexto histórico es clave. Además, se consideran relevantes en lo socio-histórico algunos estereotipos que se tienen en España sobre los germano-parlantes. La literatura recurre con relativa

²² Uno de sus representantes es Carl Schmitt, catedrático en Derecho Constitucional, y especialista en su campo en la época. Schmitt, aparte de poder ser considerado precursor en los ámbitos de la teoría constitucional y otros conceptos políticos, fomentó la germanofilia, entre otras la de Ortega y Gasset, al declararse él un ferviente hispanófilo: “Concretamente, el hecho de que Schmitt se interesara por España en un momento en que los españoles, después del 98 se han dado cuenta de su insignificancia en el entorno europeo suscita agradecimiento y curiosidad. Sorprende que un profesor extranjero, fino analizador de los fenómenos políticos contemporáneos, ponga en el centro de sus reflexiones la figura de un pensador español relativamente reciente. [...] Si los krausistas y la Junta de Ampliación de Estudios habían fomentado la veneración por el profesorado alemán ya desde finales del siglo anterior, en el caso específico de Schmitt en el período entre las dos guerras mundiales su calidad de católico y de expresarse en castellano contribuye a magnificar su persona” (Sánchez-Blanco 2000: 101-102).

frecuencia a estos estereotipos, sobre todo en momentos en los que el intercambio directo con Alemania es complicado dado que no todos los escritores podían viajar a este país en las primeras décadas del siglo XX.

2. 3. Algunos estereotipos sobre Alemania y los alemanes

En un primer momento, se apuntarán brevemente unas nociones sobre los estereotipos en general para luego mencionar las ideas, a veces preconcebidas, que se tienen en concreto sobre los alemanes. Respecto al término ‘estereotipo’ me basaré en la definición de Riutort que apunta:

... entenderemos estereotipo como la caracterización estable o estabilizada que un grupo social o étnico posee de sí mismo («estereotipo del propio grupo», «estereotipo endogrupal») o de otro grupo social o étnico («estereotipo exogrupal»), basada a menudo en tópicos, prejuicios y convenciones. El estereotipo, por tanto, no puede ser individual ni en lo que se refiere al portador de este (...) ni en lo que se refiere al objeto del estereotipo (...): por tanto, un alemán no puede tener un estereotipo sobre un español en concreto, sino únicamente sobre los españoles en general, aunque, naturalmente, lo que sí puede hacer es comparar a un sujeto español, un individuo por tanto, con el estereotipo que él, en tanto que alemán e integrante del grupo étnico o nacional de los alemanes, tiene de todos los españoles (Riutort 2011: 114).

Como apunta Ovejero Bernal, el ser humano tiende a establecer y a sentirse a gusto con los estereotipos ya que piensa que, de esta forma, simplifica su pensar y actuar:

... nuestro sistema cognitivo es un procesador limitado de información, limitación ésta que es justamente la que nos obliga a clasificar la enorme cantidad de información proveniente de un mundo social cada vez más complejo en categorías que nos permitan manejar con mayor facilidad esa ingente cantidad de información. Pues bien, también a las personas, partiendo de ciertas diferencias físicas externas (color de la piel, diferencias anatómicas, lugar de nacimiento, etc.), las clasificamos en categorías, añadiendo a tales diferencias, ahora psicológicas y sociales, otras diferencias, y esperando de tales categorías de personas pautas comportamentales también diferentes. De ahí que a menudo se diga que clasificamos a la gente en categorías según nuestras expectativas de cómo esas personas se comportarán. Sin duda alguna, este tipo de categorización o estereotipación es necesario, inevitable y además muy útil para procesar la información social de nuestro entorno. Como decía hace unos años Deschamps (1973), la primera función de la categorización social consiste en la estructuración del entorno social sistematizándolo, simplificándolo y ordenándolo de algún modo. Indiscutiblemente, la categorización y la estereotipia no sólo son útiles sino incluso necesarias para simplificar y ordenar las complejidades del entorno (Kelvin, 1987). Pero también es verdad que tales procesos simplifican en exceso, en detrimento del énfasis que habría que poner en los rasgos particulares del sujeto individual. Es más, con frecuencia los estereotipos son acertados. Pero también es verdad que encierran un grave peligro dado que a menudo nos llevan a importantes errores cognoscitivos (Ovejero Bernal 1991: 485-486).

En este contexto, es interesante considerar un estudio llevado a cabo en 1933 en la Universidad de Princeton. El estudio, que consiste en una encuesta entre estudiantes estadounidenses y que diferencia por un lado entre los alemanes como un grupo, y por otro lado entre los africanos (llamados ‘negros’) como otro grupo, obtiene el siguiente resultado:

El método de medición de los estereotipos no podía ser más sencillo: se les daba a los sujetos una lista de 84 adjetivos de los que cada sujeto debía elegir aquellos cinco que a su juicio mejor describían lo característico de cada uno de los siguientes grupos nacionales y/o raciales: alemanes, italianos, ingleses, judíos, negros, norteamericanos, irlandeses, chinos, japoneses y turcos. Como es obvio, muchos de estos estereotipos se repetían insistentemente, pero tales repeticiones tenían un cierto orden: no se debían al puro azar. Así, por ejemplo, un 84 por 10 de los estudiantes pensaban que los negros eran «supersticiosos», y un 78 por 100 describía a los alemanes como personas de «mentalidad científica», pero nadie calificaba a los alemanes como «supersticiosos», ni a los negros como personas de «mentalidad científica». Es decir, que parece ser que, como más tarde se demostró repetidamente, la gente tiende a usar estereotipos o clichés verbales para describir tanto a los miembros de otros grupos sociales, raciales o nacionales, como para describirse a sí mismos, aunque no todos los sujetos ni todos los grupos sociales los usan por igual (Ovejero Bernal 1991: 486).

Mientras en este caso se les atribuye a los alemanes el calificativo “mentalidad científica”, en otro caso, interrogando a estudiantes españoles, se apuntan también otras características. En encuestas entre estudiantes de Oviedo y Madrid, que datan de muestras de 1956, 1985 y 1989, los adjetivos más elegidos para los alemanes son “frío” y “trabajador”. Mientras el calificativo “serio” ocupa el tercer puesto, “rígido” e “industrioso” se anotan con menos frecuencia. En total, cristalizan cinco criterios (Ovejero Bernal 1991: 488). Sin embargo, es preciso retener que la utilización de estos adjetivos no es arbitraria sino que los estudiantes deben, en un orden que eligen de manera subjetiva e individual, utilizar únicamente estos. Como detalle curioso también es interesante saber que, para clasificar a los españoles, las encuestas dejan elegir entre los adjetivos “alegre”, “hablador”, “apasionado”, “simpático” y “orgulloso” (Ovejero Bernal 1991: 488).

Otros ejemplos que tratan los estereotipos sobre Alemania son de carácter menos amplio. No obstante, son interesantes ciertos testimonios de literarios españoles y franceses respecto a los alemanes. Los ejemplos que siguen a continuación no son una muestra significativa, sin embargo, dan una pequeña idea sobre las experiencias personales de algunos escritores.

Así, ha resultado de interés la visión sobre Alemania que plantea el filólogo, traductor y crítico literario catalán Carles Riba. Durante la República de Weimar reside

un tiempo en Múnich y también establece algunos lugares comunes sobre Alemania, tanto favorables como negativos, en función de su experiencia personal:

La tendencia germana a lo excesivo que Riba cree detectar se manifiesta en distintos órdenes: en la envergadura física, tanto de personas (...) como de objetos (...), en los apetitos (...), en el comportamiento, la organización (...) o la actitud extremadamente concienzuda ante las tareas que realizar (...). Y sin embargo, en ocasiones, la cultura alemana le ofrece muestras de una contención exquisita: al escribir Riba sobre la colección de arte que alberga la Alte Pinakothek²³, constata que los relatos de los antiguos maestros alemanes le dejan admirado por su intensa seriedad y comedimiento, mientras que, junto a estos, la obra de ciertos retratistas italianos le aparece efectista: «teatraleja una mica» (1989, I: 147). No obstante, la propensión a desbordarse parece que fatalmente predomina en Alemania – también en el teatro – (...) y en especial, en todo lo que se refiere al «espíritu», que Riba opone tanto al intelecto racional como a la atención a lo más pequeño y, en apariencia, insignificante (Vinardell 2011: 140).

Al parecer, Ribas observa con mucha detención también los detalles de la vida y mentalidad alemanas. Basta con añadir un último ejemplo de su viaje, que trata del trabajo intelectual del alemán, para ampliar el abanico de diferentes opiniones que algunos españoles (catalanes, en este caso) pueden tener sobre los alemanes:

Vivir con minúscula; la sabia tarea de atender a lo cotidiano, a lo menudo; aprender a reconocer y a valorar la intensidad de lo aparentemente menor y evitar la tentación de abstraerse de todo ello, ya sea mediante el intelecto o la embriaguez (...). A los ojos de Riba, los alemanes desconocen ese arte particular: a veces porque lo confunden con el mero confort o porque idealizan una concepción de la formación – la llamada *Bildung* – que acaba por parecerse demasiado a unas ansias de erudición y profundización virtualmente infinitas, consumidoras de una inmensa cantidad de energías, aunque finalmente se revelen desprovistas de auténtico sentido (Vinardell 2011: 141).

Pero Ribas también conoce a alemanes que no cumplen con estas características, como por ejemplo su profesor, el romanista Karl Vossler, al que admira especialmente.

No se ha podido encontrar otro ejemplo desde el punto de vista español, sino solo desde la perspectiva francesa. En el contexto literario franco-alemán es interesante ver cómo varía la imagen de los alemanes en Francia en función de los siglos. El arzobispo y también escritor Jean-Pierre Camus (1584 – 1652) se ocupa, entre otros, en su novela corta *La Pauureté générale*²⁴ [sic] de Alemania y de sus habitantes. Según Camus, las por él denominadas ‘virtudes nacionales de los alemanes’ son la amistad, la modestia, la perseverancia, la franqueza, la valentía y la fidelidad²⁵. Más de un siglo después, Jean-Pierre Claris de Florian (1755 – 1794), otro erudito francés, opina, en cambio, conforme con la corriente literaria del sentimentalismo, que lo alemán equivale

²³ Este museo de Múnich es conocido por ser uno de los museos de pintura antigua más prestigiosos y conocidos de Europa.

²⁴ Florack cita aquí de Jean-Pierre Camus: *Les Evenements Singvliers. Divisez En Qvatre Livres*. Reueus & corrigez en cete deniere Edition, Paris 1660.

²⁵ Véase Florack 2007: 163.

a “una manera de ser natural” y a “un sentimiento afectuoso” (Florack 2007: 165²⁶). Claris de Florian comparte con muchos españoles –y, es de suponer, también con gente de otros países europeos– la opinión de que el idioma alemán es extremadamente difícil. Por este motivo casi ningún francés lo estudiaría (Florack 2007: 166). Otra característica que atribuye a los alemanes es su simplicidad (Florack 2007: 167). Finalmente menciona también el amor de los alemanes por la naturaleza y un sentido por lo profundo que se mezcla con su prolijidad pedante (Florack 2007: 174).

Como se refleja en estos ejemplos, en muchos países del mundo se tiene una opinión bastante formada sobre Alemania y sus habitantes. Esta opinión varía en función de la época y del país de los testimonios. Puesto que los ejemplos planteados en este capítulo no se limitan a escritores de una nacionalidad, es más difícil acordar unos denominadores comunes. Se sobreentiende que los escritores españoles que están en el enfoque del presente trabajo comparten en muchas ocasiones sus opiniones sobre Alemania. Se verá en los análisis literarios respectivos cuáles de los estereotipos mencionados aún son válidos para el siglo XX y cuáles tienen importancia en las obras presentadas a continuación.

Con anterioridad a las obras publicadas entre 1939 y 1945, que tienen rasgos filonazis, se encuentran ejemplos literarios de germanofilia española que datan de antes de la toma de poder de los nazis. Sirvan de ejemplo los casos de José Ortega y Gasset y de Pío Baroja, escritores imprescindibles en el paisaje cultural español a principios de siglo. La caracterización de sus posiciones germanófilas servirá de base para el posterior análisis en los capítulos cuatro, cinco y seis.

2. 4. La fascinación por lo alemán a principios del siglo XX: José Ortega y Gasset y Pío Baroja

En torno a la Generación 98 cabe destacar la figura de José Ortega y Gasset, que tanto influye en los literatos españoles de la época, ofreciendo en sus escritos una imagen positiva de Alemania. Su biografía ya refleja claramente su actitud germanófila, pues recién doctorado, a los 22 años, en 1905, va a Alemania (Leipzig, Núremberg, Colonia, Berlín y Marburgo) para ampliar ahí sus estudios. Esta estancia le permite tener una perspectiva desde la distancia con su propio país, de manera que se convierte en una figura predestinada a introducir en España las ciencias y culturas europeas

²⁶ Florack cita aquí de Jean-Pierre Claris de Florian: *Nouvelles*. Edition critique avec introduction, notes et documents inédits, hg. v. René Godenne, Paris 1974.

(Neuschäfer 1997: 340). Como filósofo demuestra especial admiración por la filosofía alemana:

Como el francés del siglo XVIII fue «progresista», el alemán del XIX ha sido «culturalista». Todo el alto pensamiento germánico, desde Kant hasta 1900, puede reunirse bajo esta rúbrica: Filosofía de la cultura. A poco que en él entrásemos veríamos su semejanza formal con la teología medieval. Ha habido sólo una suplantación de entidades, y donde el viejo pensador cristiano decía Dios, el contemporáneo alemán dice «Idea» (Hegel), «Primado de la Razón Práctica» (Kant, Fichte) o «Cultura» (Cohen, Windelband, Rickert) (Ortega y Gasset 1987: 109-110).

Ortega y Gasset impulsa y profundiza sobre el tema alemán, cuya hegemonía en aquellos momentos se mantendría en una buena parte de escritores durante la Primera Guerra Mundial:

[Unamuno y] Ortega y Gasset, el mentor de la siguiente generación de intelectuales españoles, eran profundos conocedores de la filosofía idealista alemana, la que vulgarizaron en España. Su obra es impensable sin ella como punto de referencia, como paradigma o como antítesis. Esta ligazón ha sido sin duda alguna componente importante en su amplia recepción en Alemania que pocos compatriotas suyos de sus generaciones consiguieron lograr (Berchem 1982: 19).

Otra pequeña reseña sobre el último tomo de las *Obras completas* de Ortega y Gasset, que se centra en su obra entre 1933 y 1948, aporta informaciones interesantes acerca de la ideología de este pensador. La primera fecha coincide con la toma de poder de los nacionalsocialistas en Alemania: “1933 marca el fin del Ortega comprometido con la tarea de impulsar la modernización de España” (Elorza 2010: s. p.). En este sentido, parece que la labor de Ortega de querer modernizar a España según el modelo alemán termine precisamente con el principio del poder nazi. Elorza, citando a Ortega, confirma este desarrollo:

En comunismo y fascismo, política es «técnica de asalto al Poder público y su retención». El enfoque político queda de todos modos inserto en el filosófico: ambos son «síntomas de un cambio radical en la actitud vital del hombre». (...) Al cabo del primer bienio republicano, Ortega se distancia del socialismo, pero también del bloque de derechas: apunta a «un grupo de hombres decidido a iniciar desde hoy una nueva moral pública». Un callejón sin salida, según recogen las contadas alusiones políticas en el resto del volumen. «Llevo doce años de silencio», escribe en 1945. «Durante nueve años y medio he vivido en la emigración. En rigor, sigo en ella» (Elorza 2010: s. p.).

A partir de 1936, Ortega vive en el extranjero y sólo regresa para visitas temporales a España. A pesar del antes mencionado distanciamiento de la política socialista y también de la del bando de la derecha, otro crítico literario opina que el papel de Ortega en torno a la fundación de Falange española ha sido clave:

Todos los historiadores de la época coinciden, sin embargo, en que las mayores deudas ideológicas de Falange se refieren a Ortega. Al pensador madrileño debió la idea de la nación «como un dogma nacional, como un proyecto sugestivo de vida en común»

(Nota a pie de página: Tomo I, Madrid, Espasa-Calpe, 1956, pág. VIII. Reproducido en el número 58 (15 de mayo de 1929) de *La Gaceta Literaria*, pág. 1.) y toda una retórica regeneracionista que, comenzada el día 23 de marzo de 1914 en el Teatro de la Comedia con el discurso «Vieja y nueva política», se reharía de nuevo en el mismo lugar, veinte años más tarde, en la oración fundacional de Falange por J. A. Primo de Rivera (Mainer 1971: 18).

Sin embargo, muchos falangistas tienen una relación ambigua tanto con Ortega como con Unamuno por haber expresado ambas ideas ‘liberales’ en el pasado:

En su ya citado *Genio de España*, Giménez Caballero definiría con acierto la disyuntiva representando a Ortega en la figura de la urraca que pone sus huevos en un sitio y canta en otro y comentando en un *calembour* de gusto dudoso: «La misión de uno – filio y respetuoso secuaz del maestro Ortega – es bien sencilla: dar el grito ahora donde estén los huevos – el acento, el coraje y el valor – donde también los gritos. Sin miedo a equívocos ya. *Sin terror a la consecuencia*». (Nota a pie de página: *Genio de España*, Madrid (La Gaceta Literaria), 1932, pág. 113.) Ideas muy similares expresaría el propio José Antonio en su artículo «Homenaje y reproche a Ortega y Gasset» (*Haz*, núm. 12, 5 de diciembre de 1935), aunque con anterioridad el semanario *F. E.* incluyera en su primer número (7 de diciembre de 1934) un «Auto de F. E.» anónimo, en el que se acusa a Ortega de representar «el siglo XIX, la burguesía selecta, el desprecio del Estado – nuevo caballero andante – protector de los desvalidos, de las pobres masas». Más tarde, en plena guerra civil, la ascendencia orteguiana de Falange es un hecho para Manuel Iribarren que escribe en *Jerarquía* (núm. 1, invierno de 1936, página 124): «Los más autorizados propugnadores de este movimiento son discípulos suyos, aunque más tarde hayan renunciado de su fe germánica en los destinos propios del pueblo. ...» Es visible, pues, que toda una etapa del pensamiento liberal español subyace en el falangismo que no hará sino llevar a sus últimas consecuencias los postulados del regeneracionismo (Mainer 1971: 18-19).

Así, se debe tener en cuenta tanto la admiración orteguiana por la Alemania pre-nazi como su implicación, ya sea directa o indirecta, en el pensamiento falangista español.

Pío Baroja, por su parte, no domina la lengua alemana, no obstante es grande su curiosidad por el pueblo germano: “Siento yo mucho no saber alemán para leer estos trozos reunidos de los grandes filósofos antiguos. Sólo con el diccionario en la mano puedo comprender los temas de que tratan” (Baroja, OC, VII: 1002²⁷). Como es frecuente en la época, Baroja o se comunica en francés o habla con alemanes que saben español.

Mientras el escritor, en su juventud, se manifiesta claramente germanófilo, a partir de los años veinte desarrolla una actitud más desilusionada y crítica con lo alemán. En *Bagatelas de Otoño*, que forma parte de sus *Memorias*, se refleja claramente este cambio de postura. En el capítulo “En un restaurante de buen tono” describe una comida entre amigos y extranjeros que se desarrolla en el restaurante Prunier en los años

²⁷ A continuación citaré de: Baroja, Pío: *Obras completas*, volúmenes I, II, V y VII, Madrid: Biblioteca Nueva, 1947-1978 (véase bibliografía). Se citará con la abreviación ‘OC’, seguido por el volumen y la página.

veinte (Baroja, OC, VII: 1326). En la sobremesa aparece otra mujer, una americana, que empieza a hacerle preguntas a Baroja sobre Alemania:

«-¿Qué le gusta a usted? ¿Alemania? – Yo he ido dos veces a Alemania; naturalmente, no para quedarme. Ahora con el nazismo y con Hitler, el país no me es simpático. – Oiga usted, viejito. ¿Es verdad que es usted germanófilo? – En parte, sí. –¿Y por qué? – En algunas cosas, Alemania es el país que ha ido más lejos. –¿En qué? – En filosofía, en música... En ciencias también está a gran altura. –¿Y a usted qué le importa eso? – Como motivo de conversación, sí. –¿Y por qué no va usted entonces más a menudo a Alemania? – Ya he ido, y he visto lo que podía ver. ¿Qué quiere usted que vaya a hacer por allí? A mí no me conoce nadie en Alemania, y no encontraría manera de vivir» (Baroja, OC, VII: 1326-1327).

En la simpatía de Baroja por lo germano destacan dos peculiaridades importantes: en primer lugar su obra menciona tanto las virtudes como los defectos del pueblo alemán. De ahí que la obra barojiana presenta, más que una pura germanofilia, una gran fascinación por el mundo germano. En segundo lugar –característica propia de toda la obra de Baroja– el escritor tiende mucho a generalizar aquellas virtudes o defectos observados; efecto que ha sido considerado a veces como una falta de contundencia y de credibilidad en sus juicios (De Bruyne 1970: 818-819).

Cuando Baroja compara la situación socio-económica de principios del siglo XX entre España y Alemania, opina que la política alemana debería ser en muchos ámbitos un ejemplo para la España más pobre de entonces:

En nuestro país, la influencia germánica, la adopción de los procedimientos alemanes científicos, técnicos y mercantiles, sería el único modo de penetrar de lleno en el ciclo industrial, de acabar con todo dogmatismo, de limpiar el pensamiento español de las viejas rutinas, de la elocuencia de leguleyos, de nuestras fórmulas de retórica putrefacta (Baroja, OC, V: 148).

Jacques de Bruyne ya estudió que el interés y la fascinación por lo alemán recorren como un hilo conductor toda la obra de Baroja²⁸. Son muy numerosas las comparaciones con alemanes o con lo que el escritor define como características supuestamente típicas del pueblo germano. A menudo dichas características, debido a que son generalizaciones, son consideradas estereotipos. Se pueden dividir, por un lado, en los rasgos físicos (prosopografías) de los germano-parlantes, y por otro en sus características interiores (etopeyas), como por ejemplo sus comportamientos y pensamientos. Así conforma el retrato (suma de prosopografía y etopeya) del alemán.

Respecto a lo físico Baroja destaca, entre otras, la belleza corpulenta de la mujer alemana: “Madame Müller era una alemana opulenta, de belleza a lo Rubens, con el

²⁸ Véase Bruyne, Jacques de: “Pío Baroja und die Deutschen.” *Revue belge de Philologie et d’Histoire* 48 (1970) : 803-819.

pelo rubio, las mejillas rosadas y los ojos azules” (Baroja, OC, I: 959) y, en las palabras de Larrañaga, uno de los protagonistas de la trilogía *Los amores tardíos*: “Esos brazos blancos, esos senos de mármol, están producidos por la grasa animal bien colocada” (Baroja, OC, I: 1217).

Como etopeyas positivas del pueblo germano el escritor resalta su honradez, su sentido del idealismo y del sentimentalismo así como su aplicación, su carácter trabajador, su empeño y su sentido muy marcado de la disciplina. Además apunta que los alemanes, en comparación con gente de otros países, destacan por su eficiencia. Así es que el danés Olsen, otro personaje de la misma trilogía, comenta, en una situación de apuro: “He salido y he preguntado si había aquí algún alemán, porque los alemanes siempre son más rápidos y expeditivos que mis paisanos” (Baroja, OC, I: 1106). Al sentido de la disciplina de los alemanes se refiere con relativa frecuencia. También resalta que cualquier orden es recibida y ejecutada sin la más mínima queja – característica de la que los mismos alemanes están orgullosos: “El alemán no puede vivir más que con disciplina derecha”, comenta la figura novelística Stolz (Baroja, OC, I: 1209). La indisciplina, en cambio, sería más insoportable para un alemán que para otro europeo: “Es indudable que en un pueblo como el alemán, disciplinado, la indisciplina es más cerril y más bruta que en un pueblo latino (Baroja, OC, I: 1209).

Baroja destaca en los alemanes tres aspectos etopéyicos: la inteligencia, la capacidad musical y su sentido de la ciencia y la cultura en general. A veces también los compara con los españoles: “Estos pueblos de la Europa germánica son inteligentes, pero muy mezquinos. En cambio, los españoles no somos tan mezquinos, ni tan trabajadores, ni tan inteligentes” (Baroja, OC, I: 1318).

En lo filosófico, Baroja observa: “Yo creo que en la esfera del pensamiento puro Alemania ha sido y seguirá siendo el primer país del mundo, ...” (Baroja, OC, V: 460).

También cree en la superioridad alemana en lo musical:

En filosofía y música, Alemania está por encima de Francia y de los demás pueblos europeos. Parece que éste es el sentir general del mundo. En la ciencia moderna es difícil saber quien marcha a la cabeza; Francia, Alemania, Inglaterra, han sido las rivales en esta actividad (Baroja, OC, VII: 1030).

En cuanto a la música apunta además:

... no se ha comprobado que un bosquimano pueda ser tan buen relojero como un ginebrino, un papuá [sic] tan buen matemático como un francés, ni un tagalo tan buen director de orquesta como un alemán (Baroja, OC, V: 996).

Pero la música y la filosofía no son los únicos ámbitos en los que Alemania demuestra superioridad, según el escritor. En todo lo que se refiere al mundo de la cultura el país manifiesta cierta preeminencia y no solo en comparación con España, sino también con otras naciones como Francia, Inglaterra o Italia. Esta opinión se refleja en un diálogo entre el protagonista Andrés y su tío Iturrioz, figuras de la novela “El árbol de la ciencia”. Mientras Iturrioz desaconseja a su sobrino que lea a Kant y a Schopenhauer, éste defiende a los alemanes:

[Dice Iturrioz:] No leas esos metafísicos alemanes; su filosofía es como un alcohol que emborracha y no alimenta. ¿Conoces el *Leviatán*, de Hobbes? Yo te lo prestaré si quieres. – No; ¿para qué? Después de leer a Kant y a Schopenhauer, esos filósofos franceses e ingleses dan la impresión de carros pesados que manchan chirriando y levantando polvo (Baroja, OC, II: 507).

En este sentido, es interesante saber que Schopenhauer también es un “filósofo muy apreciado por los nazis” (Sala Rose 2003: 54). Ahora bien, su popularidad data de mucho antes del nacionalsocialismo:

Aun sin ser un racista propiamente dicho, Arthur Schopenhauer, contribuiría tiempo después [se refiere aquí a la primera mitad del siglo XIX] de manera determinante a ahondar en este maniqueísmo al constatar una diferenciación radical entre las dos formas de pensamiento religioso, la cristiana y la judía, y atribuir un origen indio al Nuevo Testamento, vinculándolo así al concepto lingüístico-racial de lo indoeuropeo (Sala Rose 2003: 54).

Cuando Baroja, en otro momento, equipara algunos de sus compatriotas del ámbito cultural con intelectuales alemanes, su juicio es severo y los españoles salen perdiendo:

A Letamendi le pasaba como a casi todos los españoles de su tiempo, aun a los más célebres, como Castelar, Echegaray, Valera. Habían leído, poseían una gran memoria, pero creo que profundamente no habían comprendido nada. No tenía ninguno de ellos ese sentimiento trágico de la cultura y de sus obligaciones que han tenido, sobre todo, los alemanes (Baroja, OC, V, 198).

La actitud germanófila del escritor es aún reforzada por el hecho de tener amigos alemanes que saben apreciar su obra, más que aparentemente sus propios compatriotas. En la siguiente cita, Baroja menciona reseñas de la prensa extranjera que se refieren a su persona:

En periódicos alemanes, ingleses y escandinavos he visto críticas elogiosas: De un diálogo de *La Gaceta Literaria*, febrero de 1934: «Conversando con el crítico alemán J. P. Keins, salió a relucir la novela y hasta qué punto debe ser una reproducción de la realidad, una creación basada en ella o en un mundo nuevo. Y, hablando de novela, tan cerca la publicación de la última de Baroja, hubieron de surgir en la conversación los procedimientos novelísticos barojianos. Este mi amigo extranjero es un admirador decidido de don Pío, y así lo ha demostrado en un extenso artículo publicado en la *Vossische Zeitung*» (Baroja, OC, VII: 424).

A medida que avanzan los años en Baroja se manifiesta el antisemitismo, actitud propia del nacionalsocialismo. El antisemitismo barojiano se refleja en la mayor parte de su literatura, pero de manera especialmente explícita en su obra *Comunistas, judíos y demás ralea* (1938), también en las novelas *Laura o la soledad sin remedio* (1939), y de manera más suave en *El tesoro del holandés* (1939). Sobre dicha actitud escribe Rehrmann:

Finalmente, la "manía de Baroja por los judíos" es producto de su profesión: «Es subsecuente a su talento de novelador y de psicólogo. Y a sus vagos estudios de medicina y antropología (...). Imbuido de Gobineau, de Chamberlain y de Nietzsche, y seguro de su prosapia vascolombarda. Baroja, enfrenta bravamente a los mestizos, a los negros, a los americanos y a los judíos» [Giménez Caballero 1927: 1]. El antisemitismo más bien 'literario' de Baroja sería entonces también el responsable en última instancia de la siguiente "manía": "Baroja no mira nunca en un hombre sus conocimientos eruditos, sino su nariz" (Rehrmann 1998: 67-68).

Si bien la crítica literaria se declara unánime sobre el Baroja antisemita, el mismo autor se defiende de las acusaciones en las que es calificado de nacionalsocialista. Según el crítico A. Azeez Butt, «Baroja, a lo largo de su obra manifiesta un profundo desprecio, odio y antipatía por el pueblo judío. Ningún grupo étnico ha sufrido una crítica tan severa, mordaz y tajante por parte de Baroja» (A. AZEEZ BUTT, *La visión del extranjero en la obra de don Pío Baroja*, resumen citado, pág. 44, citado por López García-Berdoy 1975: 28). Sin embargo, la obra hitleriana *Mein Kampf* le parece nada inventiva y bastante vulgar: "En París me presentaron en la Ciudad Universitaria el libro de Hitler *Mi combate (Mein Kampf)*. Yo no lo pude leer. Es un libro que no tiene originalidad; es una serie de vulgaridades retóricas dichas en tono violento" (Baroja, OC, VII: 983). Pero también añade: "Como orador, Hitler debía de ser bueno. Al declararse la guerra estaba yo en la ciudad universitaria, y un joven francés me dijo: «Vaya usted a oír la radio, que está hablando Hitler»" (Baroja 2006, II: 329).

En este contexto, Baroja expresa su profundo rechazo al Tercer Reich y al sistema nacionalsocialista en diversas entrevistas con periodistas franceses. De hecho, al poco de entrar la Wehrmacht en París en junio de 1940, Baroja efectúa su desbandada hacia España por miedo a que sus artículos contra los nazis puedan perjudicarle (De Bruyne 1970: 816 y Sánchez-Óstiz 2000: 174).

Baroja critica el hecho de que los escritores se vean en la obligación de comprometerse desde el punto de vista político y ello, lógicamente, se refleje en su literatura:

Ya no se permite la neutralidad ni el deporte intelectual – dirá Baroja en uno de sus artículos de la guerra, ... : hay que ser de la derecha o de la izquierda. Para mi gusto esto es un poco primario y sin interés. No se aceptan términos medios: o comunista o fascista. (...) Somos obligatoriamente beligerantes, pero beligerantes ¿de qué lado? No lo sabemos (...) (Trapiello 2010: 39).

Con tales afirmaciones el escritor se opone por tanto al hecho de comprometerse de manera ideológica y de tomar una posición clara y contundente en política.

Por ello tal vez no sea exacto calificar a Baroja de filonazi, sin embargo es incuestionable su antisemitismo, rasgo nazi. Por ese motivo las novelas anteriormente mencionadas *Laura o la soledad sin remedio* y *El tesoro del holandés*, ambas de 1939, se deben incluir en un estudio de narrativa española pro-nazi.

Tanto las aportaciones literarias de Ortega y Gasset como las de Baroja son, por tanto, claves para el desarrollo de una germanofilia en España en el siglo XX ya que ambos escritores, además de difundir la cultura alemana en España, también fueron en aquella época personajes de notable influencia en la escena literaria.

3. Afinidades con la ideología fascista en la literatura española hasta 1945

A fin de comprender en su totalidad las tendencias germanófilas y filonazis en la literatura española, se caracterizará a continuación el panorama político y literario tanto en Alemania como en España. Considerando la situación política turbulenta y de crisis económica mundial, no es de extrañar que a principios de los años treinta se reactiven en ambos países sentimientos nacionalistas. Son sentimientos que ya habían surgido anteriormente, por un lado en España con la guerra de Marruecos y por otro lado en Alemania con la Primera Guerra Mundial: “La guerra de Marruecos permite que se desarrolle gran parte de la retórica imperial y se afiancen los valores nacionalistas” (Urrutia 2004: 23).

Mientras las relaciones germano-italianas y también las germano-francesas se caracterizan entonces por un cierto estancamiento –según algunos críticos son “prácticamente inexistentes” (Werz 2000: 77)– el intercambio intelectual entre Alemania y España funciona mejor. Una vez más, esto se debe a ciertas colaboraciones filosófico-literarias, como las mencionadas entre Ortega y Carl Schmitt, pero también con otros intelectuales alemanes, como por ejemplo con el romanista Ernst Curtius (Sánchez-Blanco 2000: 100). Otros sucesos que, más adelante, fomentan el carácter ya filonazi de las relaciones hispano-alemanas son acontecimientos a nivel cultural como, por ejemplo, las diferentes exposiciones del Libro Alemán que tienen lugar entre 1937 y 1940.

En cuanto a los sucesos políticos en torno a la crisis económica mundial de la época, España y Alemania no son equiparables. Sin embargo, el fascismo alemán le sirve de ejemplo a un grupo determinado de escritores españoles en los que se reavivarán también sentimientos nacionalistas; hecho que repercutirá muy pronto en la narrativa.

3. 1. La narrativa fascista en los años treinta

Para el análisis de este tipo de narrativa española, es imprescindible considerar la siguiente definición basada sobre todo en el fascismo alemán:

(...) el concepto de «literatura fascista» es algo más amplio que una simple etiqueta para clasificar a una literatura de tercer rango, producto de los adeptos a movimientos políticos reaccionarios, o bien a ideologías populares, tanto como a las poéticas expansiones de los defensores de una cierta tradición popular: la de Lagarde, Langbehn o Moeller van den Bruck. Éstos y muchos otros ... contribuyeron al desarrollo de una subcultura de extrema derecha que se convertiría en terreno abonado para agrupaciones políticas extremistas que, en combinación con el desorden social, las crisis económicas

y las tensiones internacionales, se desplegarán en poderosos movimientos de masas. ... Pero, para que una investigación de la literatura fascista represente una contribución al entendimiento de las trayectorias culturales centrales del siglo XX, debe plantearse en primer lugar la cuestión de si sobre la estricta base de unos criterios literarios puede definirse como fascista un grupo significativo de producciones literarias; y ello, concierne tanto al recurso a los marcos y temas literarios como a la presencia de estructuras formales y estilísticas (Berman 2004: 103).

El fascismo español, por su parte, se sirve del alemán solo como de ejemplo ya que pretende ser un movimiento propio y original:

Según Jiménez Campo, el fascismo español tiene un doble origen. Nace de un intento de importación de una doctrina extranjera pero trata de hispanizarla sintetizándola con los elementos propios de la cultura política del país (nota al pie: Véase Jiménez Campo 1979, p. 89 (...), citado por Böcker 1998: 21²⁹).

Según una de las conclusiones de Böcker, había un grupo de falangistas que no tenían una clara definición del calificativo 'fascista' para su movimiento, entre ellos Giménez Caballero y José Antonio Primo de Rivera. En varias ocasiones, para la descripción de la Falange, se articulan unas veces a favor de este término y otras, en contra³⁰.

Conforme la definición anterior de Berman, según la que la narrativa fascista se considera un tipo de literatura de menos valor estético que otro tipo de novelística, esta goza de una gran popularidad entre los jóvenes lectores, quienes ya habían mostrado cierta afinidad con la ideología de la derecha. La fascinación por la guerra es cada vez mayor y aumenta aún con experiencias bélicas como la Guerra Civil y, al menos al principio, la Segunda Guerra Mundial. Motiva y estimula sobre todo a jóvenes escritores a ocuparse de la temática bélica. Se establecen entonces categorías para estos autores, a fin de simplificar su adherencia a un grupo ideológico en concreto. Uno de ellos, el poeta y escritor Agustín de Foxá, describe el paisaje literario de la actualidad contemporánea de la siguiente manera:

España ha dado estos últimos tiempos tres castas de hombres: «Una: los que querían una España 'renovada' en la 'tradición' y que pudiéramos llamar nacional. Otra: los que querían una España dependiente de Moscú y roja: una España 'comunista'. Y la tercera clase de hombres: aquella que no quería a España ni 'fascista' ni 'comunista', sino 'ginebrina', 'afrancesada' y 'masónica' (...) (Trapiello 2010: 76-77).

Centrándonos en el primer grupo mencionado por de Foxá, cabe retener que hoy día la valoración de obras de escritores fascistas es más ambigua ya que muchos de ellos se han distanciado de sus textos una vez terminada la euforia por el fascismo

²⁹ Böcker cita aquí por: Jiménez Campo, Javier: *El fascismo en la crisis de la Segunda República*, Madrid: s. n., 1979.

³⁰ Véase Böcker 1998: 15-22.

(Rodríguez-Puértolas 1986: 116). Es por tanto preciso destacar que cada obra se analizará en su contexto específico.

Los escritores que se declaran fascistas ya en el año 1933 son, entre otros, Edgar Neville, Ernesto Giménez Caballero, Dionisio Ridruejo y Felipe Ximénez de Sandoval (Albert 2003: 65 y 77). En torno a José Antonio [Primo de Rivera], por su parte, se agrupan los escritores siguientes, como afirma Ridruejo:

José Antonio atrajo igualmente al poeta José María Alfaro, a Luys Santa Marina, a Ximénez de Sandoval, al conde de Foxá, a Samuel Ros, a Jesús Suevos, a José A. Giménez Arnau y a algunos otros, entre los que puedo incluirme (Ridruejo 1976: 155³¹).

Son múltiples los escritores que han influido en el movimiento fascista español y particularmente en los jóvenes miembros de la Falange Española de las JONS en los años anteriores a la Guerra Civil. Entre ellos están, desde el principio, Friedrich Nietzsche, Georges Sorel y Filippo T. Marinetti y, más tarde, ya en torno a la Guerra Civil, Oswald Spengler, el conde de Keyserling, Eugenio d'Ors y José Ortega y Gasset. Muchos de los autores aquí citados también fueron leídos por Primo de Rivera (Rodríguez Jiménez 2000: 23 y 156).

Si bien *La decadencia de Occidente* (1923), obra del filósofo histórico Oswald Spengler, era apreciada en la Alemania de los años veinte, la teoría histórico-biológica de este filósofo perdió popularidad durante el nacionalsocialismo:

Efectivamente, sobre todo durante los primeros años del poder nazi, nada era más ajeno a cualquier forma de pesimismo histórico que la fe en un futuro glorioso defendida por los nuevos proclamadores de la revolución. De ahí también el distanciamiento público del régimen respecto a Spengler, por mucho que este autor hubiera contribuido, aun a su pesar, a allanarles el camino en la conciencia europea (Sala Rose 2003: 91).

Por otra parte, en la escena literaria española hay quienes pretenden que fueron algunas obras de Ortega y Gasset las que sirvieron a los jóvenes escritores fascistas de base para sus novelas: “Sin que sea lícito afirmar el fascismo ni de Spengler ni de Ortega y Gasset, sí es verdad que en su obra los fascistas encontrarán la base histórico-filosófica sobre la que sostener su acción” (Urrutia 2004: 31).

En cuanto a Ernesto Giménez Caballero la crítica se manifiesta unánime: fue una de las figuras literarias precursoras en el fomento de un sentimiento nacional y pro-bélico en España. Su novela *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo* (1932) se lee como el llamamiento a una revolución mundial de los fascistas (Neuschäfer 1997: 363):

³¹ Ridruejo, Dionisio: *Casi unas memorias*. Barcelona: Planeta, 1976.

Ese libro termina con una «Exaltación final sobre el Monte de El Pardo» en la que reclama la fuerza de un país que debe recuperar su sentido histórico en una hora en la que las naciones fuertes «vuelven a extenderse por el mundo en rangos de batallas y tormentas», porque se está de nuevo en un «mundo guerrero». España, cuyo genio consistió siempre en «civilizar continentes y españolizar Europa», ha nacido para mandar y no puede resignarse ni con la Democracia ni con el Comunismo (Urrutia 2004: 26).

Esta novela de Giménez Caballero puede considerarse una base para muchos escritores fascistas de la época; hecho que se verá en las publicaciones posteriores a *Genio de España*, en la parte 3. 2. 4.

En otro escrito suyo, Giménez Caballero declara que el fascismo español no es igual al italiano:

En *La Gaceta Literaria* el nacionalista español se distanció del ‘fascismo’ entendido como sinónimo del régimen italiano: «El fascismo es una fórmula absolutamente de Italia y para Italia.» (nota al pie: Giménez Caballero 1928, citado por Böcker 1998: 17)³².

Pero también apunta:

Como fenómeno genérico, sin embargo, era algo internacional, o sea también transferible al contexto español: «El pueblo que no encuentra en sí su propia fórmula de fascismo es un pueblo influido, sin carácter y sin médula» (nota al pie: Giménez Caballero 1928, citado por Böcker 1998: 18). Esta actitud ambigua sería la característica del futuro fascismo español (Böcker 1998: 18).

Es decir, Giménez Caballero busca aquí también una justificación de por qué España debe adoptar características de la ideología fascista, aunque sea en un sentido más adaptado al caso específico de España. No obstante, sigue siendo fascismo.

3. 2. Tendencias filonazis en obras españolas

Parece lógico que dicho trasfondo histórico-político repercute de forma inmediata en la literatura española, sobre todo a medida que se va acercando la Segunda Guerra Mundial. La obra de la División Azul es solo un ejemplo de cómo se transforma la simpatía por lo alemán, en este caso, sobre todo hacia una admiración en lo militar. Pero también es notable en otros escritores. Este cambio contrasta con la simpatía por lo alemán que se ha podido observar a principios del siglo XX. A partir de 1933, cuando Hitler se hace con el poder, muchos de los germanófilos más fervientes se convierten de manera más o menos explícita también en filonazis.

³² Böcker cita aquí por Giménez Caballero, Ernesto: “La etapa italiana.” *La Gaceta Literaria*, 15 de agosto de 1928 y 1 de septiembre de 1928.

3. 2. 1. Definición del concepto ‘filonazismo’

Debido a la importancia de dicho término para el presente estudio, trataré de definir la palabra ‘filonazi’ y su familia lingüística correspondiente en el sentido más riguroso posible. Me baso en un primer momento en la definición del Diccionario de la Real Academia Española que determina el término ‘nazismo’/‘nacionalsocialismo’ como “[m]ovimiento político y social del Tercer Reich alemán, de carácter pangermanista, fascista y antisemita”³³. Ese término engloba por tanto, al igual que ‘germanofilia’, una fuerte admiración por las virtudes características del pueblo germánico entre 1933 y 1945. Esta admiración puede llegar hasta ser un tipo de amor o incluso idealización por lo alemán. En la literatura, el filonazismo se refleja concretamente en la simpatía por la ideología nacionalsocialista, por sus adeptos y desde luego por su líder Hitler.

Es preciso destacar dos aspectos de esta definición: por un lado se debe definir lo nacionalsocialista sólo en la combinación de las tres características “pangermanista”, “fascista” y “antisemita” y no por uno de ellos por sí solo. Por otro lado hay que resaltar que la definición del DRAE no incluye todas las características por las que se define el nacionalsocialismo. Me refiero aquí por ejemplo al carácter racista –su creencia en la raza aria pura– y anticatólico de este movimiento (Seco 1999: 3199³⁴). A diferencia del fascismo,

la piedra de toque del nacionalsocialismo alemán es el determinismo biológico. Lo que constituye el fondo del nazismo es el racismo en su sentido más extremo; y la guerra a los judíos, la guerra a las razas inferiores, juega en él un papel mucho más preponderante que la guerra a los comunistas (Sternhell 1994: 4).

El carácter anticatólico del nacionalismo manifiestan varios ejemplos, como el hecho de que los nazis muy convencidos tenían que darse de baja del registro cristiano (Klemperer 1991: 83), o, sin estar explícitamente prohibidos, en general no estaban bien vistos los nombres cristianos:

Ist es eine starke Übertreibung, wenn ich von Uniformierung rede? Vielleicht insofern nicht, als eine Reihe eingebürgerter Vornamen teils anrühlich geworden, teils geradezu verboten ist. Sehr ungern gesehen sind christliche Vornamen; sie bringen ihren Träger leicht in den Verdacht, der Opposition anzugehören (Klemperer 1991: 82-83)³⁵.

³³ Véase <http://lema.rae.es/drae/?val=nazismo>, 12.09.13.

³⁴ Véase la definición de Seco: “‘nazismo’ (*también, raro, con la grafía nacismo*) m. Nacionalsocialismo. [...] Vicens *Polis* 489: Dado su sentido biológico y anticatólico, el nacismo alemán resultó mucho más revolucionario y corrosivo que el fascismo italiano” (Seco 1999: 3199). En cuanto al aspecto anticatólico del nacionalsocialismo, éste choca con el ferviente catolicismo de los franquistas. En 1942, Franco confirma su fe católica por lo que José Goebbels le califica de “beato fanático” (Proctor 1972: 194).

³⁵ “¿Exagero mucho cuando hablo de uniformización? Tal vez no, en la medida en que una serie de nombres tradicionales se tornaron en parte sospechosos y algunos hasta fueron directamente prohibidos.

Otra curiosidad de este nazismo, que muchos españoles (falangistas) admiran poco después, consiste, según Klemperer, en el hecho de basarse, como en las tendencias germanófilas de principios de siglo, en un romanticismo ‘pervertido’. Así es que opina el romanista:

Ich habe die deutsche Wurzel des Nazismus schon genannt, es ist die verengte, die bornierte, die pervertierte Romantik. Setze ich hinzu: die verkitschte Romantik, so ist die geistige und stilistische Gemeinsamkeit der beiden Führer [se refiere aquí a Hitler y a Herzl, autor del libro *Der Judenstaat* (*El Estado judío*) y defensor del sionismo a finales del siglo diecinueve] aufs exakteste bezeichnet (Klemperer 1991: 224)³⁶.

Falta por añadir que el filonazismo no es necesariamente en todo momento una admiración de todas las características del nacionalsocialismo. Por el mero hecho de no ser alemanes, los españoles no pueden compartir la ideología nacionalsocialista en su totalidad, sino solamente algunas facetas del movimiento nacionalsocialista alemán.

3. 2. 2. Algunos aspectos fundamentales de la cosmovisión nazi: sus conceptos del enemigo y sus adopciones mitológicas y filosóficas

En el contexto de la literatura pro-nazi de los años treinta y cuarenta conviene tratar todos los conceptos que crean y tienen los nazis de los que consideran sus ‘enemigos’. Asimismo tienen cierta importancia algunos aspectos fundamentales de su cosmovisión que no conciernen directamente al tema del enemigo. Los españoles, en muchas ocasiones, no solo admiran estos conceptos, sino incluso se apropian de ellos y fomentan así la imagen de sus enemigos respectivos.

Los conceptos del enemigo más fomentados por los nazis se refieren, por un lado, a los judíos, por otro lado, al ‘ruso’, como le llama Hitler. En relación con el primer enemigo, se abordarán en un primer momento brevemente los orígenes del antisemitismo como uno de los rasgos más importantes del nazismo. En un segundo momento, se mencionarán algunas incoherencias en la teoría antisemítica.

¿Cuáles son, pues, las personas que se consideran los precursores del antisemitismo moderno, es decir del siglo XX? Hoffmann enumera las siguientes personas como figuras claves para el desarrollo de este antisemitismo:

Los nombres cristianos estaban muy mal vistos; sus portadores podían despertar con facilidad la sospecha de pertenecer a la oposición” (Klemperer 2001: 117).

³⁶ “Ya he nombrado la raíz alemana del nazismo: el romanticismo estrecho, cerrado y perverso. Y si, además, agrego «el romanticismo *kitsch*», la comunidad intelectual y estilística de ambos líderes quedará definida de la manera más exacta” (Klemperer 2001: 305).

Berühmte Sozialdarwinisten und Rassenhygieniker waren zum Beispiel Francis Galton, Ernst Haeckl, Alfred Ploetz, Wilhelm Schallmeyer sowie Autoren wie Eugen Dühring, Wilhelm Marr und Houston Stewart Chamberlain („Grundlagen des 19. Jahrhunderts“). Sie alle forderten offen die Vernichtung der Juden, um die Reinheit und Herrschaft der Arier zu sichern (Hans-Ulrich Thamer: Ursachen des Nationalsozialismus. In: Politische Bildung, S. 14, zitiert nach Hoffmann 2004: 11)³⁷.

Bergmann, que también menciona a Dühring y Marr, apunta además de qué bando político proceden originariamente:

Die Deutung des modernen Antisemitismus als antimoderne Bewegung lässt oft vergessen, dass die ideologischen Wegbereiter und Vordenker nicht selten aus dem radikaldemokratischen und liberalen Lager kamen: von Bruno Bauer über Richard Wagner, Otto Glagau, Eugen Dühring bis Heinrich von Treitschke³⁸ (Bergmann 2009: 61).

Sirva de ejemplo la figura del periodista y político Wilhelm Marr (1819-1904) de Hamburgo como uno de los precursores antisemitas más conocidos. Este periodista también viaja a Costa Rica y Nicaragua y deja constancia de sus experiencias en su obra biográfica *Reise nach Central-Amerika (Viaje a Centroamérica)* (Rodríguez Sancho 2008: 123). El mismo crítico apunta sobre él:

Marr fue *un hombre de su tiempo*. Sus descripciones, comentarios y aseveraciones, guardan conceptualizaciones de cuño racista o antisemita (...) sin dejar de observar su desprecio directo de la mujer (Rodríguez Sancho 2008: 132).

La postura antisemita de Marr solo se fomenta a lo largo de muchos años, sobre todo a partir de 1848. Este año es definido por el periodista como el año de la emancipación de los judíos (Bergmann 2009: 75). Es interesante ver cómo cambia la justificación de Marr (de la que deja constancia en público) por odiar a los judíos. En un primer momento, Marr opta por una postura antisemita no-confesional (es decir, el ‘problema judío’ no radica en la religión judía). Inicialmente, el político tampoco considera ‘problemática’ la raza judía. Su odio se dirige más bien hacia los judíos como un pueblo que ha desencadenado y todavía desencadena conflictos sociales: “So ist es [sic] bei [Marr] nicht ein theoretisch begründeter Rassenantagonismus der Kern der

³⁷ “Ejemplos de darwinistas sociales y defensores de la higiene racial conocidos eran, entre otros, Francis Galton, Ernst Haeckl, Alfred Ploetz, Wilhelm Schallmeyer así como escritores como Eugen Dühring, Wilhelm Marr y Houston Stewart Chamberlain (“Fundamentos del siglo XIX”). Todos ellos exigían abiertamente la aniquilación de los judíos para garantizar la pureza y el dominio de los arios (Hans-Ulrich Thamer: Ursachen des Nationalsozialismus. In: Politische Bildung, S. 14, citado por Hoffmann 2004: 11)”, traducción de la autora.

³⁸ “La interpretación del antisemitismo moderno como movimiento antimoderno a menudo nos hace olvidar que los precursores y pioneros ideológicos con frecuencia procedían de un campo radical-democrático y liberal: desde Bruno Bauer, pasando por Richard Wagner, Otto Glagau y Eugen Dühring hasta Heinrich von Treitschke”, traducción de la autora.

„Judenfrage“, sondern ein sozialpolitischer Konflikt³⁹” (Bergmann 2009: 69). Aunque, como añade el mismo crítico, es muy probable, que Marr opte por este tipo de argumentos para aumentar su popularidad en la población alemana.

El folleto provocador de Marr, titulado, “Der Sieg des Judenthums über das Germanenthum”⁴⁰ y publicado en 1879, es todo un éxito: “[Marr] schreibt (...) von der vollendeten Tatsache der Niederlage („Sieg des Feindes”) aus, die für die Gegenwart und Zukunft nichts Gutes verheißt...”⁴¹ (Bergmann 2009: 72). Una vez más, el periodista defiende la tesis de que los judíos son un pueblo generalmente odiado, pero este odio no tiene que ver con su religión.

Sin embargo, a finales del siglo XIX, la postura antisemita de Marr se acentúa: “Indem er sich rassistischen Gedanken öffnete, wurde die „Judenfrage” für ihn eine Sache von Seele, Fleisch und Blut”⁴² (Bergmann 2009: 79). Con todo, su publicación sobre ‘la victoria de los judíos sobre los germanos’ fomenta notablemente la postura antisemita en Alemania.

Pero también se debe tener en cuenta la situación socio-económica de muchos judíos, ya que es otro elemento clave para la divulgación del antisemitismo:

La prohibición histórica de poseer tierra cristiana mantuvo a los judíos tradicionalmente alejados de la actividad agraria y los abocó a actividades que, como la de prestamista o comerciante, experimentaron un rápido auge a medida que la economía europea avanzaba hacia el capitalismo (Sala Rose 2003: 240).

Sirva esta situación de ejemplo a los nazis para fomentar una multitud de estereotipos sobre los judíos, y sobre todo para desarrollar su teoría de las razas. Así, los que adoptan una postura antisemita creen haber encontrado su justificación por ello:

Aunque en un primer momento las constataciones pretendidamente científicas sobre la raza judía no implicaran necesariamente la adopción de una postura antisemita, al deshistorizar [sic] la cuestión judía y traspasarla a parámetros biológicos se favoreció que las peculiaridades económico-sociales de este grupo dejaran de analizarse desde la causalidad histórica y pasaran a concebirse como cualidades propias de su misma naturaleza (Sala Rose 2003: 227).

Se ha podido desprender del antisemitismo de Marr no solo cierto desarrollo sino también algunas incongruencias en su ‘argumentación’; hecho que también se observa en la postura antisemítica de los nazis:

³⁹ “Así, en el caso de Marr, la parte esencial de la «cuestión judía» no es un antagonismo racial, fundado de manera teórica, sino un conflicto político-social”, traducción de la autora.

⁴⁰ “La victoria del judaísmo sobre la raza germana”, traducción de la autora.

⁴¹ “[Marr] escribe (...) desde el hecho consumado de la pérdida («Victoria del enemigo») que no promete nada bueno para el presente y el futuro...”, traducción de la autora.

⁴² “Abriéndose hacia un pensamiento racista, la «cuestión judía» se convirtió para él en un asunto del alma, de la carne y de la sangre”, traducción de la autora.

Con todo, una de las contradicciones ideológicas de la cosmovisión nazi (...) era que se considerara a los judíos una raza inferior, cuando, según las leyes de Darwin, debería de ser la superior, ya que había logrado sobrevivir incólume a más de dos mil años de persecución. Esta paradoja demuestra que la cosmovisión nazi había tergiversado el darwinismo original, en el que muchas veces afirmaba apoyarse, al dotar a la selección natural de una escala equívoca de valores (Sala Rose 2003: 230).

En cuanto a Hitler, el *Führer* establece una equiparación simplificada entre su postura antibolchevique y antimarxista que proyecta a los judíos: “Das Judentum wurde dabei mit dem Marxismus gleichgesetzt. Der Kommunismus war für Hitler der Kampf des Judentums um die Weltherrschaft⁴³“ (Hoffmann 2004: 11).

El ya antes citado romanista judío Victor Klemperer, que sufre las persecuciones de manera directa, ha reflexionado sobre esta simplificación y los métodos de los nazis para adoctrinar la postura antisemita. La aparentemente fácil adopción de esta postura en mucha gente se puede explicar, según él, como sigue:

Doch nun kam wieder der Einwand, den ich mir jahrelang immer aufs neue gemacht habe: überschätzte ich nicht, weil mich das selber so furchtbar traf, die Rolle des Antisemitismus innerhalb des nazistischen Systems? Nein, ich habe sie nicht überschätzt, es liegt jetzt ganz klar am Tage, daß er das Zentrum und in jeder Hinsicht das entscheidende Moment des gesamten Nazismus gebildet hat. Antisemitismus ist das Ranküne-Grundgefühl des verkommenen österreichischen Kleinbürgers Hitler, Antisemitismus ist politisch sein engstirniger Grundgedanke, da er in der Ära Schönerer und Lueger über Politik nachzudenken beginnt. Antisemitismus ist vom Anfang bis zum Ende das wirksamste Propagandamittel der Partei, ist die wirksamste und populärste Konkretisierung der Rassendoktrin, ja ist für die deutsche Masse mit der Rassenlehre identisch. Denn was weiß die deutsche Masse von den Gefahren der «Verniggerung», und wie weit reicht ihre persönliche Kenntnis von der behaupteten Minderwertigkeit der Ost- und Südostvölker? Aber einen Juden kennt jeder. Antisemitismus und Rassendoktrin sind für die deutsche Masse Synonyma. Und durch wissenschaftliche, vielmehr pseudowissenschaftliche Rassenlehre begründet und rechtfertigt man alle Ausschweifungen und Ansprüche der nationalistischen Überheblichkeit, jede Eroberung, jede Tyrannei, jede Grausamkeit und jeden Massenmord (Klemperer 1991: 141)⁴⁴.

⁴³ “Entonces, el judaísmo era equiparado con el marxismo. El comunismo era para Hitler la lucha del judaísmo por la hegemonía mundial”, traducción de la autora.

⁴⁴ “Pero entonces volvía a aparecer la objeción que durante años me planteaba una y otra vez: ¿no estaré sobrevalorando el papel del antisemitismo en el sistema nazi, precisamente porque me afectó de una manera tan terrible? No, no lo sobrevaloraba, y ahora queda del todo claro que constituía el centro y, en todos los aspectos, el elemento decisivo del nazismo. El antisemitismo es el sentimiento básico de rencor del pequeñoburgués austríaco depravado que era Hitler. El antisemitismo es, desde una perspectiva política, su idea básica obcecada, por cuanto empieza a pensar sobre la política en la época de Schönerer y Lueger. El antisemitismo es de principio a fin el recurso propagandístico más eficaz del Partido, es la concreción más eficaz y popular de la doctrina racial, sí, es para las masas alemanas idéntico a la teoría racial. Pues, ¿qué saben las masas alemanas del peligro de la «negrificación» (*Verniggerung*) y hasta dónde llega su conocimiento personal de la supuesta inferioridad de los pueblos del este y del sudeste? Sin embargo, todo el mundo conoce a un judío. Para las masas alemanas, antisemitismo y doctrina de la raza son sinónimos. Y la doctrina racial científica – o, más bien, pseudocientífica – fundamenta y justifica todos los excesos y pretensiones de la soberbia nacionalsocialista, toda conquista, toda tiranía, toda crueldad y toda matanza” (Klemperer 2001: 197).

En su trabajo, Klemperer realza sobre todo que el antisemitismo nazi, fenómeno no puramente alemán, fue único en cuanto a su alcance⁴⁵.

Respecto al antisemitismo moderno en España, además de una tradición antijudía que remonta al siglo XVII, cabe señalar el final del siglo XIX como momento en el que esta corriente se propaga también fuera del ámbito político:

Si hasta esta época el antisemitismo se tejía en los debates políticos e intelectuales, en el bienio de 1877-78 se produce una concentración publicística en torno a la cuestión judía y España. Amador de los Ríos publica su *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, que es en parte continuación de otro libro sobre el mismo tema publicado en 1848; Valera y Menéndez y Pelayo se refieren por estas fechas en su correspondencia al problema judío y España; los intelectuales krausistas se ocupan también del tema y Orti y Lara publica su libro *La inquisición* (González 2007: 169).

En este contexto, se apunta lo que se considera el desencadenante del antisemitismo moderno en España y es el caso Dreyfus:

..., sin embargo un acontecimiento político, aparentemente sin gran importancia, como fue la acusación al capitán Alfred Dreyfus, de origen judío, de pasar información a los servicios secretos alemanes, desató una oleada de antisemitismo en Francia que corrió como un reguero de pólvora por toda Europa (...). La cuestión judía y el antisemitismo da un salto cualitativo y se sitúan en el campo de la opinión pública. De los dos procesos 1894 y 1899, este último fue el que más incidencia tuvo. En España desencadenó un impacto importante e hizo de efecto catalizador de nuestro propio problema judío, así como de otros problemas aledaños, habida cuenta de que el país se encontraba sumido bajo los efectos del Desastre del 98 (González 2007: 173).

Durante esta ola de antisemitismo en la Europa de principios del siglo XX, no sorprende que, en la década de los treinta, muchos españoles falangistas también adopten esta actitud y que compartan así –en menor o mayor grado– el concepto-enemigo del judío que tienen los nazis. Sin embargo, los motivos de los españoles se orientan en las ideas de Franco que no son las de Hitler: Franco, en su megalomanía, cree desde los años treinta hasta su muerte en una conspiración judeo-masónica; idea que, por consiguiente, siempre ha proclamado (Böcker 2002: 5). Hitler, por su parte, desconoce y, en consecuencia, simplifica las diferencias entre el antisemitismo español y el alemán:

Según algunos teólogos de la época, el rechazo de Jesucristo por parte de los judíos habría contaminado la sangre de este pueblo, contaminación que se hacía extensiva a sus descendientes conversos o marranos, hasta el punto de que Poliakov llega a considerar la situación de España como el primer caso de racismo institucionalizado de la historia europea, si bien es cierto que el propio Hitler, a juzgar por lo que le contó en 1923 al escritor Josep Pla en una entrevista, no parecía ser consciente de esta afinidad inesperada: «Para España, el problema judío era un problema religioso; para nosotros es un problema de raza» (Sala Rose 2003: 226).

⁴⁵ Para más información, véase Klemperer, Victor: *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona: Minúscula, 2001.

En este contexto, se debe subrayar que el antisemitismo alemán sirve en muchas ocasiones para defender una postura anticristiana. En España, en cambio, no se comparte esta actitud. La postura anticristiana nazi se manifiesta en otra anécdota de Klemperer:

Ein SS-Obersturmführer in Halle oder Jena - er machte genaue Angaben über Ort und Personen, ihm war alles «verbürgt» von «absolut glaubhafter Seite» mitgeteilt worden -, ein höherer SS-Offizier hatte seine Frau zur Entbindung in eine Privatklinik gebracht. Er sah sich ihr Zimmer an; über dem Bett hing ein Christusbild. «Nehmen Sie das Bild da herunter», verlangte er von der Schwester, «ich will nicht, daß mein Sohn als erstes einen Judenjungen sieht.» Sie werde es der Frau Oberin sagen, wick die ängstliche Schwester aus, und der SS-Mann ging, nachdem er seinen Befehl wiederholt hatte. Schon am nächsten Morgen telefonierte ihm die Oberin: «Sie haben einen Sohn, Herr Obersturmführer, Ihrer Gattin geht es gut, auch das Kind ist kräftig. Nur ist Ihr Wunsch in Erfüllung gegangen: das Kind ist blind zur Welt gekommen...» Wie oft in den Zeiten des Dritten Reiches ist auf die glaubensunfähige, skeptische Intelligenz des Juden gescholten worden! Aber auch der Jude hat seine Legende produziert und geglaubt (Klemperer 1991: 70-71)⁴⁶.

Lo que además le diferencia a Hitler de otros pueblos en cuanto a su odio a los judíos es su firme convicción de que no solo se trata de un grupo religioso sino de un grupo étnico con rasgos físicos claramente determinados y considerados ‘inferiores’:

Según afirmó Hitler en una de sus charlas de sobremesa: «Ha quedado indiscutiblemente establecido que, en el caso de los judíos, aunque las características físicas de la raza a veces estén ausentes durante una generación o dos, reaparecen inevitablemente en la generación siguiente.» No sorprende que estos judíos camuflados fueran los más peligrosos (Sala Rose 2003: 238).

Los planteamientos anteriores están relacionados con la idea nazi de la raza aria: según los pro-hitlerianos, los judíos no cumplieron con las características establecidas por los nazis en cuanto al físico del ‘típico ario’. Como es sabido, esta creencia conlleva el pensamiento de que los arios estén por encima de cualquier otra raza humana:

Según los ariosofistas (principalmente el propio Lanz y su antecesor Guido von List), la fe en que la raza aria descendía de los atlantes imponía inevitablemente la necesidad de purificar por medio de la eugenesia esa sangre original perdida y constituía un pertinente complemento mitológico a la visión cientifista de Chamberlain. Los ariosofistas creían que los arios eran la única raza creadora de cultura y que, en cuanto

⁴⁶ “Un *Obersturmführer* [jefe de los escuadrones de asalto] de las SS, en Halle o en Jena – el tendero proporcionó una información muy precisa sobre el lugar y las personas, pues todo le había sido comunicado «con todas las garantías» por «fuentes absolutamente fiables» – un alto oficial de las SS, pues, había llevado a su mujer a una clínica privada para el parto. Echó un vistazo a la habitación; sobre la cama colgaba una imagen de Jesucristo. – Quite de ahí ese cuadro – exigió a la enfermera –, no quiero que lo primero que vea mi hijo sea un judío. La monja, temerosa, dio una respuesta evasiva, señalando que ya se lo diría a la madre superiora. El hombre de las SS se marchó, no sin antes repetir la orden. A la mañana siguiente, la madre superiora lo llamó por teléfono: – Tiene usted un hijo, señor *Obersturmführer*, su esposa se encuentra bien, y el niño también es robusto. Además, se ha cumplido su deseo: el niño nació ciego... ¡Cuántas veces se criticó en la época del Tercer Reich la inteligencia del judío, escéptica e incapaz de creer! Pero el judío también produjo y creyó su leyenda” (Klemperer 2001: 100).

cima del desarrollo humano, estaban llamados a dominar el mundo. (...) El maniqueísmo apocalíptico de la lucha del Bien – representado por la luminosa raza aria – contra el Mal – encarnado por el judío oscuro, traicionero y corruptor – halla su expresión más virulenta en el ariosofismo, cuya actitud místico-religiosa iba a ser retomada sin apenas cambios por los principales ideólogos nazis, con Hitler a la cabeza (Sala Rose 2003: 61-62).

Pero las teorías anteriormente citadas no le bastan al *Führer* para poder desarrollar su idea de la creación de un pueblo alemán superior. Así, también recurre a la cultura griega:

Para Hitler, la cultura griega expresaba la perfección máxima en todos los aspectos. De ahí que quisiera apropiarse de la antigua Grecia como origen del universo cultural ario: «Cuando nos preguntan por nuestros ancestros, debemos señalar siempre a los griegos». Esta filiación imaginaria tuvo su reflejo más evidente en la influencia del ideal clásico griego que puede apreciarse en muchas de las creaciones arquitectónicas o escultóricas del Tercer Reich (Sala Rose 2003: 178).

Además del ‘judío’ y del ‘ruso’, se suman a la lista de los enemigos nazis los franceses – enemigo que algunos españoles llegan a compartir. Sin embargo, una vez más, España y Alemania, por razones político-históricas, no pueden compartir los motivos de esta enemistad. Así, el odio entre Francia y Alemania recurre al final de la Primera Guerra Mundial y a las consecuencias del Dictado de Versalles:

..., las exigencias que el Tratado de Versalles impuso a los derrotados fueron de una dureza extrema, hasta el punto de que pocos historiadores se cuestionan su carácter vengativo: Alemania tuvo que ceder sus colonias y el corredor de Polonia, con sus casi siete millones de habitantes; fueron ocupados el Sarre y los territorios que se extendían al oeste del Rin... (Sala Rose 2003: 398-399).

Son sobre todo los escritores divisionarios que recogen el concepto del enemigo francés, ya que entran en contacto con esta población durante su viaje hacia Rusia (véase la parte 5.).

Pero no solo los conceptos-enemigos tienen cierta importancia, sino también los elementos en los que se basa el régimen hitleriano para conseguir una mayor popularidad. Así, se debe considerar la inclinación de Hitler hacia algunos mitos de la Antigüedad de los que se sirve con frecuencia para fines propagandísticos. Gran parte de estos mitos son conocidos por los intelectuales españoles aunque su interpretación y uso en la Alemania nazi suelen depender de los conocimientos que tienen los españoles en este momento de lo alemán. Debido a la gran cantidad de mitos clásicos fomentados en el nazismo, me limitaré en lo sucesivo a abordar los mitos a los que recurren los escritores españoles en las obras estudiadas en el presente trabajo.

Algunos ejemplos de dichos mitos, sagas e historias clásicas, connotados positivamente en la Alemania nazi, se encuentran en la antigua cultura griega. Una de las sagas míticas más populares es el *Cantar de los nibelungos* y la tetralogía correspondiente compuesta por Richard Wagner. También lo es una gran parte de las composiciones musicales de Wagner en general, entre ellas la ópera *Lohengrin*. Además, muchas obras maestras de Goethe como el *Fausto* son apreciadas.

La saga de los nibelungos es popularmente conocida, también fuera de Alemania. Cuando un autor se refiere a esta, es posible que aluda a la saga literaria popular o también a la ópera wagneriana del mismo nombre y a todas las adaptaciones posteriores a la temática. El llamado 'Nibelungenlied', el *Cantar de los nibelungos*, data de entre 1200 y 1210 y trata la lucha por la victoria y la muerte. Sobre su autor, que es desconocido, solo es sabido que trabajó para la Corte y que utilizó un lenguaje caballeresco-cortesano para la composición de su obra (Beutin et. al. 2008: 34-35).

La historia de base de los nibelungos es adoptada sin cambios por los nazis:

En términos generales, las bases ideológicas de la recepción de la leyenda de los nibelungos no cambiaron sustancialmente hasta la instauración del Tercer Reich. (...) Muchos veteranos de la Primera Guerra Mundial se sintieron identificados con la traición a Sigfrido por parte de Hagen [puñalada por la espalda], de modo que la popularidad de la epopeya experimentó un auge nunca visto, expresado en la nomenclatura de ciudades, marcas e instituciones públicas y privadas (Sala Rose 2003: 270).

La gran popularidad que tiene esta saga durante el romanticismo alemán contribuye para hacerla conocida también en España:

Después de haber sido descubierta en 1755 y publicada íntegramente en 1782 por Christoph Myller, la epopeya anónima del siglo XIII el *Cantar de los nibelungos* fue objeto de una interpretación manifiestamente nacionalista durante el romanticismo alemán. Anteriormente considerada la *Iliada* germánica, su interés aumentó cuando, al abrigo de la idealización romántica de la Edad Media, fue vista como manifestación de la unidad política y del esplendor del Sacro Imperio, recientemente perdidos por culpa de la incursión triunfal de Napoleón. (...) Se pensó que los nibelungos representaban un catálogo de las virtudes alemanas que ya Tácito había descrito elogiosamente. Durante las guerras de liberación de 1813-1815, el *Cantar* fue ensalzado como epopeya nacional y se convirtió en un libro de culto que los soldados llevaban consigo al frente. El tesoro oculto en el Rin se vio como un símbolo de la ansiada unificación alemana, que permanecía bajo las aguas en espera de un Sigfrido capaz de aniquilar al dragón que lo protegía. Con todo, la interpretación nacionalista del *Cantar* pocas veces hacía justicia a su enorme complejidad: en ella, los horrores de la guerra, que en el texto medieval aparecían descritos en toda su crudeza, eran apologeticamente glorificados (Sala Rose 2003: 269).

Así, en el extranjero se pudo relacionar el *Cantar de los nibelungos* con ciertas ideas nacionalistas alemanas.

Si se considera a Wagner como una de las personas claves para fomentar la popularidad de este mito cabe preguntarse cuál fue en general la importancia que tuvo este compositor en el nazismo. Sala Rose (2003: 409) explica hasta qué punto Wagner pudo sustituir con sus obras ciertas bases del cristianismo:

Durante la segunda mitad del siglo XIX, las corrientes místicas y pseudoreligiosas, que habían ido surgiendo en Europa con tanta fuerza como los nacionalismos, encontraron, junto con éstos, a su principal profeta en el compositor y teórico Richard Wagner. Estéticamente, la aspiración wagneriana de lograr la obra de arte total con sus dramas musicales parecía culminar no sólo lo que, en las artes plásticas y en la arquitectura, había pretendido el Art Nouveau en sus distintas variantes europeas, sino que además lograba integrar en ella las vehementes pulsiones del patriotismo alemán y responder a unas necesidades colectivas de mitificación que el cristianismo ya no lograba satisfacer. Era una época que ansiaba una nueva forma total de comprender el mundo que permitiera integrar en ella todos los elementos que lo componen. La mezcla de elementos musicales, ideológicos, dramáticos y, sobre todo, míticos de su obra respondía perfectamente a este difuso deseo. Así, el drama musical se convirtió en un camino para el entendimiento religioso y adquiría dimensiones sacramentales y litúrgicas, cuyo efecto sobrepasó de inmediato las fronteras alemanas para cautivar durante generaciones y con idéntico entusiasmo a franceses y catalanes. En palabras de un wagneriano insigne, Thomas Mann, «cuando uno escucha a Wagner está tentado de creer que la música no ha sido creada para nada más que para servir al mito». La terminología religiosa empleada por entonces para calificar a Wagner y a su música alcanzaba tonos bíblicos: Wagner era «el anunciador de una nueva religión», su obra, una «nueva Biblia», y su ciudad por excelencia, Bayreuth, una «Jerusalén terrenal».

Se desprende de esta cita que la música wagneriana no solo tuvo un efecto positivo en los alemanes, sino también en personas de otras nacionalidades, como los franceses y catalanes. Hasta qué punto era incluso posible relacionar a Wagner y su música con Hitler apunta el escritor Mann en otro momento:

«Hay mucho Hitler en Wagner», reconocería lapidariamente Thomas Mann después de la guerra. El propio Hitler secundaría esta opinión, ya que con ocasión del Festival de Bayreuth de 1925 afirmó que «la obra de Wagner engloba todo aquello a lo que aspira el Nacionalsocialismo» (Sala Rose 2003: 410).

Con todo, la estrecha relación entre Hitler y Wagner se explica también con el buen trato personal que tiene el *Führer* con la familia Wagner en Bayreuth. Sin embargo, no todos los nazis comparten con Hitler este profundo aprecio por Wagner (Sala Rose 2003: 411). En cuanto a la postura antisemítica del compositor, esta fue ambigua:

Aunque es cierto que el antisemitismo fue uno de los principios que guiaron a Wagner, se trataba de un sentimiento ambiguo, como lo demuestra que Wagner nunca dejara de colaborar con artistas judíos. Por otra parte, aunque el compositor era partidario de la paulatina desaparición de la raza judía por vías tales como la integración, nunca llegó a sugerir el exterminio. Significativamente, Hitler tampoco apeló nunca al antisemitismo de Wagner en sus discursos, aunque sí citara ocasionalmente sus declaraciones antimarxistas (Sala Rose 2003: 415).

Además del *Cantar de los nibelungos* y de las composiciones musicales de Wagner, la cosmovisión nazi se sirve también de muchos elementos de la cultura griega, por ejemplo, de algunas de sus ideas políticas:

Entre los motivos que explican la admiración de los nazis por la constitución política y social espartana se contaba no solo el hecho de que éstos constituyeran una élite política que mantenía subyugada y esclavizada a la población autóctona (al igual que Hitler pretendía hacer con los eslavos), sino también su ascetismo, su aversión por las influencias extranjeras y su estructura altamente militarizada y antiurbana. (...) Otro embarazoso paralelismo entre las costumbres de la antigua Esparta y una importante tendencia de la Alemania nazi se daba en el fenómeno de las ligas masculinas, que en Esparta englobaban a los hombres de la casta militar dominante, que vivían apartados de sus mujeres y practicaban una homosexualidad paidófila en los efebos del grupo (Sala Rose 2003: 182).

Asimismo son de importancia los dioses Apolo y Dionisio de los que se derivan los adjetivos ‘apolíneo’ y ‘dionisiaco’: ambos reúnen características muy apreciadas por los nazis, por un lado serenidad y elegante equilibrio y por otro lado ímpetu, fuerza vital y arrebatado⁴⁷. Sin embargo, “[a] pesar de esta tesis, la cosmovisión nazi rechazó de pleno la dimensión dionisiaca en su visión ideal de Grecia, considerándola un influjo orientalizante” (Sala Rose 2003: 185).

Respecto a las obras germanas, los nazis rinden un culto especial al *Fausto*, la obra maestra de Goethe a la que también recurren muchos escritores germanófilos de la época. Los nazis interpretan esta obra conforme su cosmovisión y la utilizan también para fines propagandísticos:

En el empeño propagandístico nazi de hacer suyos los principales personajes simbólicos e históricos que constituyeron los pilares de la alemanidad durante el nacionalismo decimonónico, se hacía inevitable que el celeberrimo *Fausto* de Goethe, clásico alemán por excelencia, fuera igualmente incorporado a su cosmovisión. (...) En *La decadencia de Occidente* (1918-1922), Oswald Spengler había tomado a Fausto como símbolo de la alta cultura de Europa occidental, según este autor la más violenta, apasionada y trágica de todas ellas (...) Su principal empeño [de la cultura fáustica] residiría en el dominio de la naturaleza, en la que la voluntad de poder habría alcanzado su máxima expresión [Nietzsche]. El hombre fáustico, al querer desafiar a Dios y convertirse él mismo en demiurgo, creó la máquina. Sin embargo, esa misma máquina estaría finalmente llamada a esclavizar a su creador. A pesar de este determinismo trágico, resulta evidente la admiración que subyace a la identificación spengleriana del hombre fáustico con el hombre nórdico, al que las inclemencias de su territorio habrían convertido en el más eficaz dominador de la naturaleza (Sala Rose 2003: 142-143).

Gran parte de las obras de los escritores españoles aquí estudiados testimonian su conocimiento del *Fausto*, si bien no es sabido con exactitud quienes se han ocupado de la obra de Spengler.

⁴⁷ Véanse <http://lema.rae.es/drae/?val=apol%C3%ADneo> y <http://lema.rae.es/drae/?val=dionis%C3%ADaco> (2001), respectivamente (ambos 27.08.13).

Parece lógico, pues, que se establezca cierto culto a personas como Wagner y Goethe. Del ámbito filosófico se deben, además, añadir Platón, Schopenhauer y Nietzsche. A todos ellos se les crea un monumento de conmemoración en 1937:

Las obras [de una especie de santuario, primero para Nietzsche], proyectadas por Schulze-Naumburg, se iniciaron en 1937 y quedaron cubiertas un años después, aunque nunca llegaron a terminarse por completo. El proyecto preveía la incorporación de dieciséis bustos de pensadores, poetas y músicos que hubieran influido en Nietzsche, entre ellos Platón, Goethe, Wagner y Schopenhauer, así como una destacada figura central que habría de emplazarse en el ábside, que constituía el *sancta sanctorum* de este templo secular (Sala Rose 2003: 278).

Nietzsche es con frecuencia mencionado por los escritores españoles aquí presentados, con lo que se puede suponer que muchos conocían al menos su obra más popular, *Así habló Zaratustra*, escrita entre 1883 y 1891⁴⁸.

3. 2. 3. Algunas características de las obras de índole filonazi

¿Cómo se podrían, pues, definir las obras literarias de carácter filonazi? ¿Cuáles son rasgos típicos respecto al mundo germano que se hallan en ellas? En este contexto, me parece imprescindible caracterizar en un primer paso brevemente las novelas fascistas españolas. El protagonista de estas es a menudo una figura masculina, de entre 18 y 35 años, buen católico y habitualmente falangista o perteneciente a un partido o grupo de derechas como la CEDA o las JONS. Dichas características se suelen cumplir también para muchos autores, por lo que la mayoría de las novelas fascistas muestran toques notablemente autobiográficos. El héroe narrativo de este tipo de obras se caracteriza con frecuencia por un físico fuerte. Además, tiene una buena predisposición frente a la violencia que domina su capacidad retórica, como comentan algunos escritores mismos: “Al fin y al cabo, Guillén Salaya⁴⁹ afirmaba que «un pueblo es más

⁴⁸ Véase http://www.wissen.de/lexikon/nietzsche-friedrich?chunk=nihilismus_-_die-entwertung-aller-werte, 28.08.13.

⁴⁹ “Francisco Guillén Salaya firmaba, como ya sabemos, como Guillén Salaya (1899-1965). Después de la guerra civil – fue procurador en cortes – su antigua obra literaria se transforma en obra puramente ideológica” (Rodríguez-Puértolas 2008: 841-842). Guillén Salaya también es mencionado por Trapiello en su libro *Las armas y las letras: literatura y guerra civil (1936-1939)*. Refiriéndose a un discurso pronunciado por César Arconada en el que éste hace un llamamiento a la juventud actual y la anima para realizar sus ‘ideas actuales’, Trapiello apunta: “El 1 de enero de 1928 leemos estas líneas del que habría de ser, con el tiempo, un fervoroso comunista, César Arconada: «Ante todo es necesario sentar este principio: en el momento actual los que se llaman liberales son los retrasados, los reaccionarios [...]. Violencia. Lucha. Arte Nuevo, al fin [...]. Un joven puede ser comunista, fascista, cualquier cosa, menos tener ideas liberales. [...] Los jóvenes queremos para la política, como hemos querido para el arte, ideas actuales, de hoy, con el perfil y el carácter de nuestra época...» La posición de Arconada (o la del joven y mucho más mediocre Guillén Salaya, que empezó de exaltado comunista y terminó de fascista furioso), la compartían, si no en los mismos términos, sí en el espíritu, gentes que entonces eran amigos, comían juntos y se divertían juntos, como Montes, Agustín Espinosa, Alberti, Bergamín, Lorca, Buñuel, Ledesma

sincero cuando pelea que cuando vota»” (Urrutia 2004: 27). Esto coincide con las metas que prescriben los dictadores de la época como Mussolini, Hitler y Franco a sus juventudes respectivas, a las que les gusta moverse en grupo, ya sea en una unión militar o en un partido político o estudiantil de derechas. En cuanto al empleo de la violencia por parte de estas figuras narrativas es considerado, según Urrutia, una característica ineludible para sobrevivir en la sociedad de entonces:

La literatura a la que me refiero aquí juzga la violencia imprescindible para el propio desarrollo de la sociedad, para la renovación de sus valores, y por lo tanto, es un componente necesario de la evolución social (Urrutia 2004: 34).

Los factores que preceden a la violencia y que también se encuentran en estas novelas son el rechazo y el odio hacia un grupo determinado de personas, generalmente los republicanos. Dichas actitudes se reflejan tanto en la agresividad verbal como en la física de las figuras novelísticas. Es evidente que la violencia conlleva además el empleo de armas y que los protagonistas, al igual que las figuras de la realidad contemporánea no se cohíben, por tanto, ante el derramamiento de sangre y el asesinato: finalmente se hacen a la idea de convivir, a menudo a diario, con la muerte, manteniéndose siempre animados a base de su fe en Dios, un sentimiento de responsabilidad frente a la llamada patria y su creencia en la victoria.

La mayoría de estos criterios son características comunes no solo de las novelas fascistas, sino también de las obras narrativas de carácter germanófilo de los años treinta. Por ello, ha resultado interesante estudiar el tipo de novela que cumple con ambos criterios: es de ideología fascista y a la vez de carácter pro-nazi.

En el análisis de estas obras me basaré en un pequeño catálogo de elementos llamados filonazis que se ha establecido tras la lectura de todas las obras relevantes para este trabajo. Son las virtudes características representativas del pueblo y país germánicos que alaban los escritores españoles. Entre estas está todo tipo de elogio del aparato ideológico nacionalsocialista, como por ejemplo toda alabanza del Tercer Reich. Otras características muy marcadas de esta ideología son el antisemitismo y el anticomunismo.

En un segundo momento resaltan ciertos valores que se refieren al ámbito militar o a la mentalidad del pueblo germano. Ortiz de Urbina (2007: 195) agrupa algunas de ellas y hace especial hincapié en la disciplina, el orden, la organización y los avances

Ramos, el propio Giménez Caballero y en general todos los jóvenes vanguardistas. Es obvio que quien decía una cosa así no debía de saber qué significaba ser comunista, ser fascista ni ser liberal, y tal vez ese desconocimiento de las cosas les llevara a unos y a otros a las trincheras” (Trapiello 2010: 39).

técnicos y científicos de los alemanes. Incluyen también todos los elementos bélico-militares de índole logística, como lo son, por ejemplo, la organización, la maquinaria y el equipamiento del ejército nazi. En la narrativa fascista, los valores mencionados por Ortiz de Urbina o son descritos de manera más general o son directamente asociados a un personaje novelístico. En el segundo caso, este personaje es con mucha frecuencia el del soldado. Dichos valores del perfil profesional del militar se reflejan en la literatura cuando el militar es descrito como sumamente disciplinado, demuestra grandes rendimientos, adopta actitudes de extrema organización, es de carácter duro y fuerte y está dispuesto a morir por su patria.

También se percibe cierto filonazismo en la narrativa en todo tipo de admiración por personas de la realidad contemporánea como son Hitler, otros políticos nacionalsocialistas o nazis con los que han entrado en contacto los escritores españoles y que generalmente pertenecen a otros grupos profesionales, como, por ejemplo, periodistas.

Otros elementos considerados filonazis son todas las referencias a la cultura germana. Las que con más frecuencia se incorporan en los textos literarios en castellano son las menciones a la música y a la literatura. En lo literario, el escritor filonazi alaba generalmente las obras pro-nazis y condena al mismo tiempo la narrativa antibélica. Una de las novelas ejemplares de este último grupo es *Sin novedad en el frente* (1929) de Erich María Remarque que fue prohibida durante el régimen nazi y que serviría de base, entre otras, a la novela española filonazi *Se ha ocupado el kilómetro seis. Contestación a Remarque* (1939) de Cecilio Benítez de Castro. Otras novelas de índole antinazi no solo fueron prohibidas sino incluso quemadas.

También se tiene en cuenta todo tipo de alabanza de la cultura germana fuera del ámbito militar, que está del gusto de los nacionalsocialistas e utilizada con fines propagandísticos, como, por ejemplo, la música de Wagner o la literatura de Friedrich Hölderlin, Heinrich von Kleist y Georg Büchner (Beutin et. al. 2008: 438), para sólo mencionar algunos. Los nazis recurren sobre todo a las obras de Wagner, y lo hacen en muchas ocasiones de manera cruel o para aumentar el efectismo de una situación, como se ha podido comprobar en el capítulo 3. 2. 2.

Una vez estudiadas las obras literarias que forman parte de esta tesis se deben considerar dos criterios: en un primer momento se cuenta con referencias filonazis llamadas 'reales', es decir todas ellas que aluden a hechos históricos o políticos verdaderos de la época. Entre ellos están también referencias que se consideran

erróneamente filonazis, porque son o mal citadas o directamente inexistentes. En segundo lugar están los elementos filonazis literarios ‘ficticios’ que aluden a personajes novelísticos inventados por los autores, pero que representan la ideología filonazi. En muchos casos es de suponer que se basan en alemanes de la realidad contemporánea que conoció el propio autor. Entre ellos se halla el típico protagonista de la novela filonazi anteriormente mencionado que cumple, por lo general, con los requisitos de soldado, es joven y falangista.

En cuanto a los elementos filonazis literarios ‘ficticios’, ha resultado de especial interés el análisis del mismo personaje novelístico de ideología filonazi. En varias novelas destaca la figura de la mujer alemana que puede cumplir diferentes funciones, ya sea la de la amiga, de la amante o de la esposa del protagonista español.

Sin embargo, no se encuentra en cada obra publicada entre 1939 y 1945 un número notable de elementos filonazis según estos criterios. A fin de darle a este estudio un carácter lo más completo posible, se incluirán en la parte del análisis de las obras todos los elementos pro-germanos, tanto a los alemanes y Alemania en general como al mundo nazi en específico.

3. 2. 4. Un resumen panorámico de las novelas españolas pro-germanas a partir de 1939

Para el presente resumen panorámico –que todavía no permite adentrarnos más profundamente en la temática– han sido de gran importancia algunos capítulos de los volúmenes siguientes: la *Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido)* (1975) de Gonzalo Sobejano, *La novela española desde 1936* (1982) de Ignacio Soldevila Durante, la *Historia de la novela española entre 1936 y 1975* (1979) así como la *Historia de la novela española entre 1936 y el fin de siglo* (1997), ambos de José María Martínez Cachero, y *Manual de literatura española XIII. Posguerra: narradores* (2000) de Felipe B. Pedraza Jiménez y Milagros Rodríguez Cáceres, entre otros. En un primer momento, se recogerán de estos volúmenes las novelas publicadas durante la Segunda Mundial. Posteriormente, se descartarán todas aquellas que no aborden la temática bélica en relación con Alemania y los alemanes.

Una primera referencia importante ha sido el listado de Sobejano. Su índice bibliográfico de escritores y obras del período de la Segunda Guerra Mundial empieza en el año 1939. En su lista destaca un número considerable de novelas de Azorín como *El escritor* (1941), *Capricho* (1942), *El enfermo* y *María Fontán* (ambos de 1943), *La*

isla sin aurora y *Salvadora de Olbena* (ambos de 1944). Sobejano cita además algunas novelas del autor vasco Juan Antonio Zunzunegui como *El Chiplichandle* (1940), *¡Ay..., estos hijos!* (1943) y *El barco de la muerte* (1945). También incluye a Ignacio Agustí con *Mariona Rebull* (1944) y *El viudo Ríus* (1945), a Pío Baroja con *Laura o la soledad sin remedio* (1939), a Gonzalo Torrente Ballester con *Javier Mariño. Historia de una conversión* (1943) y a Rafael García Serrano con *La fiel infantería* del mismo año. Finalmente incorpora otras cuatro novelas en su lista como son *La familia de Pascual Duarte* (1942), *Pabellón de reposo* y *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (ambas de 1944) de Camilo José Cela y *Nada* (1945) de Carmen Laforet.

Casi todas las obras aquí citadas tuvieron que ser excluidas del resumen panorámico por no ocuparse de la temática bélica en relación con Alemania. Entre ellas está también la novela de Torrente Ballester que no se incluyó debido a su carácter ambiguo: no pudo ser clasificada ni como germanófila ni como filonazi según las definiciones correspondientes. El protagonista de *Javier Mariño...* no adopta una posición clara y coherente frente al franquismo y al nacionalsocialismo –desarrollo que vive el mismo Torrente Ballester a principios de los años cuarenta (Giménez 1981: 25-26 y Rodríguez-Puértolas 1986: 522-523).

Las únicas obras relevantes que deben, por tanto, formar parte de un estudio de la narrativa fascista pro-germana de temática bélica son *Laura o la soledad sin remedio* de Pío Baroja y *La fiel infantería* de García Serrano (Sobejano 1975: 629 y 630, respectivamente). La primera pertenece al grupo de las novelas pro-alemanas de la sección seis y la segunda a las obras falangistas de la sección cuatro.

En comparación con el trabajo de Sobejano destaca la amplitud de la recogida de novelas en torno a la Guerra Civil en Soldevila. No obstante, lógicamente, –este criterio se cumple también para la selección anterior– Soldevila tampoco se centra en exclusiva y explícitamente en la novela de ideología fascista. El número de obras que demuestran un vínculo con el mundo germano es, por tanto, escaso. La selección de Soldevila está dividida en tres grandes partes tituladas *Las generaciones de preguerra*, *La generación de la guerra civil* y *La nueva coyuntura española al mediar el siglo*. Las dos primeras partes disponen de novelas de interés en cuanto a su afinidad con el mundo germano. En un primer momento se pueden añadir a las obras ya mencionadas por Sobejano las siguientes, siempre por orden cronológico.

- 1939 Tomás Borrás: *Oscuro heroísmo*

- 1939 Concha Espina: *Luna roja. Novelas de la revolución*⁵⁰
- 1939 Rafael López de Haro: *Adán, Eva y yo*
- 1939 Rafael López de Haro: *Fuego en el bosque*
- 1940 Cecilio Benítez de Castro: *La rebelión de los personajes, El creador y Maleni*
- 1940 Tomás Borrás: *Checas de Madrid*
- 1940 Felipe Ximénez de Sandoval: *Camisa azul*
- 1941 Ricardo Baroja: *Bienandanzas y fortunas*
- 1941 Cecilio Benítez de Castro: *Los dos amores de Maximino Claudel*
- 1941 José Antonio Giménez Arnau: *El puente*
- 1941 Ricardo León: *Cristo en los infiernos*
- 1941 Edgar Neville: *Frente de Madrid*
- 1941/1942 Salvador González Anaya: *Luna de plata*
- 1942 Ignacio Agustí: *Los surcos* (de la trilogía *La ceniza fue árbol*)
- 1942 José María Alfaro Polanco: *Leoncio Pancorbo*
- 1942 Pedro Álvarez Gómez: *Nasa*
- 1942 Pedro de Lorenzo: *La quinta soledad*
- 1942/1944 Salvador González Anaya: *Luna de sangre*
- 1942 Antonio Reyes Huertas: *Lo que la arena grabó*
- 1942 José Andrés Vazquez: *El nieto de Don Juan*
- 1942 José Vicente Torrente: *IV grupo del 75-27*
- 1943 Wenceslao Fernández Flórez: *El bosque animado*
- 1943 José María Pemán: *Señor de su ánimo*
- 1944 Pedro Álvarez Gómez: *Los colegiales de San Marcos*
- 1944 Cecilio Benítez de Castro: *El alma prestada*
- 1944 Carmen Conde: *Vidas contra su espejo*
- 1944 Darío Fernández Flórez: *Zarabanda. (Novela)*
- 1944 Manuel Halcón: *Aventuras de Juan Lucas*
- 1945 Ricardo Baroja: *Los hermanos piratas*
- 1945 Concha Espina: *Victoria en América*
- 1945 Rafael López de Haro: *Interior iluminado*
- 1945 José Antonio Muñoz Rojas: *Historias de familia*
- 1945 Manuel Pombo Angulo: *La juventud no vuelve*

⁵⁰ Mientras en la crítica literaria se añade con frecuencia este subtítulo, la obra de Espina, consultada para este trabajo, no lo lleva (véase Espina, Concha. *Obras completas*. Tomo II. Madrid: Ediciones Fax, 1955).

- 1945 Antonio Sánchez Barbudo: *Sueños de grandeza*

Estas novelas han sido leídas y, porque no abordan la temática germanófila, he considerado que eran descartables: los cinco trabajos de Benítez de Castro así como las obras *Oscuro heroísmo* (1939) de Tomás Borrás, *Luna roja* (1939) de Concha Espina, *Fuego en el bosque* (1939) de Rafael López de Haro, *Bienandanzas y fortunas* (1941) de Ricardo Baroja, *Frente de Madrid* (1941) de Edgar Neville, *Luna de plata* (1941/1942) de Salvador González Anaya, *Los surcos* (1942) de Ignacio Agustí, *Nasa* (1942), *La quinta soledad* (1942) de Pedro de Lorenzo, *Luna de sangre* (1942/1944) de Salvador González Anaya y *Lo que la arena grabó* (1942) de Antonio Reyes Huertas. Tampoco formarán parte del estudio *El nieto de Don Juan* (1942) de José Andrés Vazquez, *IV grupo del 75-27* (1942) de José Vicente Torrente, *El bosque animado* (1943) de Wenceslao Fernández Flórez, *Señor de su ánimo* (1943) de José María Pemán, *Los colegiales de San Marcos* (1944) de Pedro Álvarez Gómez, *Vidas contra su espejo* (1944) de Carmen Conde, *Zarabanda* (1944) de Darío Fernández Flórez, *Aventuras de Juan Lucas* (1944) de Manuel Halcón, *Los hermanos piratas* (1945) de Ricardo Baroja, *Victoria en América* (1945) de Concha Espina, *Interior iluminado* (1945) de Rafael López de Haro, *Historias de familia* (1945) de José Antonio Muñoz Rojas y *Sueños de grandeza* (1945) de Antonio Sánchez Barbudo.

De la lista de Soldevila quedan, por tanto, siete novelas.

Debido a que las selecciones tanto de Martínez Cachero como de Pedraza Jiménez y Rodríguez Cáceres son aún bastante más generales que las de Sobejano y Soldevila y apenas aportan títulos relevantes para este estudio, se incorpora únicamente una novela de Pío Baroja, *El tesoro del holandés* (1939) (Martínez Cachero 1979: 29).

Dado que ninguno de estos cinco críticos literarios ha puesto el enfoque en la narrativa fascista, es menester centrarse en trabajos más especializados en la temática como son –y me basaré aquí en las publicaciones en español– la *Literatura fascista española*, (dos volúmenes de 1986 y 1987) de Julio Rodríguez-Puértolas y *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada, Tomo I* (1982) de Maryse Bertrand de Muñoz. Por parte de los críticos alemanes destaca el trabajo de Regine Schmolling titulado *Literatur der Sieger. Der spanische Bürgerkriegsroman im gesellschaftlichen Kontext des frühen Franquismus*⁵¹ (1990).

⁵¹ *La literatura de los vencedores. La novela española de la Guerra Civil en el contexto social del franquismo temprano*, traducción de la autora. Véase bibliografía.

Las aportaciones de la catalogación de Rodríguez-Púertolas resultan de especial interés. Su estudio está dividido, entre otras y además de un primer capítulo escrito de forma más general, en los subgrupos *La narrativa*, *Los grandes novelistas de Falange* y *La narrativa de la División Azul*. Las siguientes obras, mencionadas en su trabajo, forman parte de los textos analizados en los apartados cuatro, cinco y seis ya que cumplen con los criterios anteriormente establecidos:

- 1939 Benítez de Castro: *Se ha ocupado el kilómetro 6: Contestación a Remarque*
- 1939 Wenceslao Fernández Flórez: *Una isla en el mar rojo*
- 1939 José-Vicente Puente: *Madrid recobrado. Crónicas de antes y después del 28 de marzo*
- 1940 José Antonio Giménez Arnau: *Línea Siegfried*
- 1941 Wenceslao Fernández Flórez: *La novela número 13*
- 1941 Felipe Ximénez de Sandoval: *José Antonio. Biografía apasionada*
- 1942 José-Vicente Puente: *Una chica topolino*
- 1943 Enrique Errando Vilar: *Campaña de invierno*
- 1943 Jesús Revuelta: “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”
- 1944 Rodrigo Royo Masía: *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos*
- 1945 Alberto Crespo Villoldo: *De las memorias de un combatiente sentimental*
- 1945 José Luis Gómez Tello: *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la división azul*

La mayoría de las novelas que alista la crítica literaria Maryse Bertrand de Muñoz coincide con las de Rodríguez-Púertolas. Así pues, no se ha incluido ninguna novela más del listado de Bertrand de Muñoz.

Con el fin de intentar completar este listado panorámico, es necesario agregar aún tres obras más de la época mencionadas por diferentes críticos literarios. Son *Alto espionaje* (1940) de Víctor María de Sola (Schmolling 1990: 192)⁵², *Con la División Azul en Rusia* (1943) de José Martínez Esparza (Negreira 1991: 29) y un libro de ensayos de Julio Camba de 1945, titulado *Esto, lo otro y lo de más allá* (Llera 2003: 170). Así, en total, han resultado relevantes para la presente tesis veinticinco obras.

Los veinte escritores de estas obras han sido agrupados conforme a su vínculo con el mundo falangista, pro-bélico y alemán en general o nazi en particular en los

⁵² La novela también se menciona en Bertrand de Muñoz, Maryse: “Bibliografía de la creación literaria sobre la guerra civil española.” *Anales de la literatura española contemporánea*, vol. 11-3 (1986): 374.

siguientes apartados cuatro, cinco y seis. La formación de dichos grupos se debe a ciertas diferencias en los pensamientos y actitudes germanófilos de estos autores. Mientras en todas las novelas aquí denominadas se han encontrado elementos germanófilos, no todas demuestran también características filonazis. Aunque por sus biografías se ha demostrado que muchos de los escritores aprueban el régimen nazi, esta aprobación no siempre tiene un reflejo inmediato en la literatura. De ahí que sea imprescindible tener en cuenta que el apoyo al ejército hitleriano no fue un apoyo constante, sino que dependía de la situación bélica del momento:

De hecho, a partir de 1941 y hasta 1945, ..., el régimen [franquista] oscila entre un filonazismo abierto o encubierto, según las veleidades del conflicto y las posibilidades de victoria o derrota de las potencias del Eje (Núñez Díaz-Balart 1997: 205).

Es por tanto obvio que a medida que el número de las victorias alemanas en las diferentes batallas disminuye, España se va apartando de la ideología nacionalsocialista. Sin embargo, como se ha podido comprobar en Ortega y Gasset, las actitudes germanófilas son posturas más constantes e independientes de las convulsiones políticas de la época. En consecuencia, estas posturas también serán analizadas.

4. Las obras pro-germanas de la Falange

En esta España de Franco, nacida en y de la Guerra Civil, todo parece gravitar alrededor de la Falange. Porque Falange, que hace las veces del partido, del único partido posible del régimen, marca las antedichas formas externas. Porque Falange controla los medios de comunicación y censura. Porque Falange ocupa muchos de los puestos de la administración. Y no debe olvidarse que, consecuentemente, ser falangista en aquellos momentos no era cualquier cosa para el español que a duras penas intentaba recuperarse tras la Guerra Civil (Rodríguez Jiménez 2000: 11).

Puesto que la literatura de los que fueron miembros de la Falange es de gran importancia para un estudio de carácter germanófilo y filonazi, este capítulo se ocupará de los escritores falangistas. A fin de contextualizar las obras de este grupo de autores, se recapitularán en un primer momento unos hitos claves de la historia e ideología de la Falange. En la primera mitad del año 1933:

... antes de la fundación de la Falange, Ledesma y Primo de Rivera no habían sabido llegar a un acuerdo para la posible colaboración entre las JONS y el Movimiento Español Sindicalista de Primo [movimiento anterior a la Falange] (...), mas, una vez elegido a Cortes, Primo de Rivera necesitaba reforzar y ensanchar su base organizada para no convertirse en un dirigente sin partido (Ellwood 2001: 45-46).

En este mismo año la popularidad, tanto del partido Falange como del movimiento nacionalsindicalista las JONS, disminuye notablemente. Además, ambos grupos sufren problemas financieros. En consecuencia, un año más tarde, Falange y las JONS deciden unificarse para obtener mayor peso en la escena política y garantizar el estatus político de Primo de Rivera⁵³. Los escritores que más influyen en Primo de Rivera respecto a la idea de la fusión de ambos movimientos son Ernesto Giménez Caballero, Rafael Sánchez Mazas y Pedro Murlane Michelena (Mainer 1971: 22 y Gil Pecharromán 1996: 178-179). La fecha de la fusión de ambos grupos, llamados a partir de ahí FE de las JONS, data, pues, del 13 de febrero de 1934. La unión de ambas formaciones se produce gracias a que ninguna de ellas tiene que renunciar a sus lemas respectivos.

A pesar de ser considerado pronto en el extranjero un movimiento fascista, en un principio FE de las JONS no está dispuesta a aceptar que se le atribuya esta característica:

Mientras que en el fascismo británico (la British Union of Fascists) resultaba obvia la imitación del modelo italiano, pues la organización llevaba en su propia denominación

⁵³ Como apunta Ximénez de Sandoval en *José Antonio. (Biografía apasionada)*: “Pero [en aquel momento] eran tan pocos todavía los falangistas y había tanto que hacer por España en la Falange, que era urgente y vital buscar ensanchamientos por los corazones jóvenes. Por fortuna, existían las J. O. N. S., agrupaciones de muchachos también valerosos, frenéticos de amor por una España Una, Grande y Libre” (Ximénez de Sandoval 1976: 151).

la confesión del elemento extranjero y adoptó la camisa negra como uniforme del partido, los fascistas españoles actuaban con más cuidado. Se llamaban ‘nacionalsindicalistas’ e intentaban evitar a través de una simbología propia y castiza que se les tachara de sucursalistas del fascismo italiano (Böcker 1998: 18).

No obstante, en 1933, el joven Ledesma Ramos explica que “... el fascismo italiano servía de modelo para las JONS” (Böcker 1998: 19). Mientras la Falange, como se desprende de los discursos de José Antonio, por un lado, no quiere basar sus principios en un modelo extranjero, hace, en realidad, exactamente eso: recurre al sistema fascista italiano e incorpora, al cabo de poco tiempo, esta característica como subtítulo en la definición de su partido:

Antes del verano de 1933, José Antonio y Ruiz de Alda, con otros amigos, fundaron el Movimiento Español Sindicalista, cuyas hojas de propaganda llevaban el subtítulo de «Fascismo Español». Ximénez de Sandoval describe la frenética actividad durante esos meses de José Antonio y sus compañeros al crear, o intentar crear células del M.E.S.: «Se descubren hombres capaces de todo por España por cada provincia. Circulan las primeras consignas y en algún sitio se inicia con puñetazos la santa violencia» (p. 101). También se establecen contactos con grupos jonsistas y de tradicionalistas. Continúa el mismo autor: «Es la etapa más intensa en la gestación de la Falange, que aún no ha nacido y aún no tiene nombre» (p. 102). (...) En su libro *Vieja Guardia* (Madrid, 1939), Gumersindo Montes Agudo reproduce en facsímil parte de la «Primera proclama» del nuevo movimiento, con el subtítulo de rigor de «Fascismo Español». El documento da una idea muy clara de los propósitos de José Antonio y sus colaboradores de entonces. No hay duda de que el M.E.S. preconizaba un sistema fascista basado en los modelos italiano y alemán (Gibson 1980: 50)⁵⁴.

Sobre la primera aparición del semanario *F. E.*, apunta Gibson:

Cualquier duda sobre si la Falange fuese o no un partido fascista se desvanecen [sic] ante la evidencia de las 176 páginas de *F. E.* Desde el primer número de la revista se reconoce explícitamente la deuda de la Falange con el fascismo, y las secciones «La vida fascista» y «Noticiero del mundo» informan cada semana de los progresos del nuevo «movimiento» en países tan diversos y apartados como Irlanda y el Japón. *F.E.* está convencido de que el fascismo triunfará en Europa, y tiene los ojos puestos especialmente en Italia: la presencia de Mussolini se siente, si no se observa directamente, en cada página de la revista; se afirma que los falangistas, como los italianos «queremos, en una palabra, el corporativismo» (VII, 12); y a veces se reproducen íntegros los discursos del Duce. (...) En el primero [sic] número de *F. E.* encontramos numerosas referencias a las afinidades existentes entre la Falange y el fascismo (Gibson 1980: 64).

Jiménez Campo (1979: 89) comenta que “..., el fascismo español tiene un doble origen. Nace de un intento de importación de una doctrina extranjera pero trata de hispanizarla sintetizándola con los elementos propios de la cultura política del país” (Böcker 1998:

⁵⁴ Gibson cita aquí por Ximénez de Sandoval, Felipe: *José Antonio (biografía apasionada)*, Barcelona: Editorial Juventud, 1941. En la edición de 1976 del mismo libro (véase bibliografía), las páginas citadas se refieren a la página 94.

21⁵⁵). Una de las conclusiones del ensayo de Böcker es su afirmación de que había falangistas que no tenían una clara definición del calificativo ‘fascista’ para su movimiento, entre ellos Giménez Caballero y José Antonio Primo de Rivera. En varias ocasiones se articulan, unas veces a favor de este término para la descripción de la Falange, y otras veces en contra⁵⁶.

A partir del momento de la fusión de Falange Española y las JONS, el fascismo del partido no solo se reconoce en España sino también en los demás países fascistas europeos; hecho que lleva a compararle en algunos ámbitos al nacionalsocialismo alemán. Böcker, que en lo que sigue cita a las ediciones del 31 de octubre de 1931 y del 16 de noviembre de 1933 del diario *ABC*, respectivamente, apunta: “El monárquico *ABC* veía en el acto la aparición de «nuestros *nazis* en la faz de la tierra» (...) y algunas semanas más tarde la «aparición oficial» del fascismo en España...” (Böcker 1998: 20). A partir de entonces, las siglas ‘FE’ se interpretan incluso de vez en cuando como ‘fascismo español’.

Es cierto que, en los momentos de la fusión de Falange y las JONS, se profundizan algunas afinidades con el régimen nacionalsocialista, debido a la postura del grupo nacionalsindicalista:

... la alianza con las JONS, que nunca habían ocultado su admiración por Hitler y Mussolini, confirmó por completo la tendencia fascista que ya había empezado a notarse en las páginas de FE en diciembre de 1933 (Ellwood 2001: 45-46).

Un ejemplo de ello son las palabras de Ramiro de Maeztu, uno de los miembros de las JONS, según el cual Hitler sabe dirigir las masas como ningún otro líder – afirmación a través de la que Maeztu (1933: 3) demuestra su admiración por él.

Sin embargo, el movimiento insiste repetidamente en no ser una copia de un grupo ideológico extranjero, como se desprende de las palabras de la primera aparición del semanario *F.E.*:

Mezclado con este entusiasmo por el fascismo se nota, sin embargo, en esta primera *salida* de *F.E.*, una tendencia contradictoria que ya observamos al hablar del cambio del nombre «Fascismo Español» en el de «Falange Española», es decir, una tendencia a negar que la Falange, no obstante sus contactos con el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, sea un movimiento extranjerizante sin raíces propias. Así se nos explica que: «F.E. no quiere imitar ningún movimiento extranjero. Quiere extraer

⁵⁵ Böcker cita aquí por Jiménez Campo, Javier: *El fascismo en la crisis de la Segunda República*, Madrid: s. n., 1979.

⁵⁶ Véase Böcker 1998: 15-22.

los valores universales del fascismo para aplicarlos a la vital realidad española y hacerla reaccionar según su propio genio (I, 11)»⁵⁷ (Gibson 1980: 66).

A partir de 1935, los falangistas centran su atención en el ámbito universitario a fin de reclutar más jóvenes para el partido ya que no habían tenido mucho éxito entre la población obrera. Es entonces cuando fundan la revista *Haz*, que en un primer momento lleva el subtítulo «Semanao Deportivo Universitario». En las partes literarias de esta revista trabajan, entre otros, Samuel Ros y José María Alfaro Polanco⁵⁸, autor de la novela *Leoncio Pancorbo*, estudiada en el capítulo 4. 1.

Debido a las afinidades mencionadas con el régimen nazi se explican también ciertas posturas filonazis que algunos escritores testimonian directamente en sus obras. ¿Cuáles son, pues, algunas bases ideológicas importantes de los falangistas que se deben tener en cuenta para los análisis literarios? Por ejemplo, forma parte de estas la creencia en la:

... omnipotencia del Estado (Estado totalitario) como reacción al liberalismo, (...) [el fomento de un] nacionalismo exaltado, (...) [la] desigualdad de los seres humanos: superioridad de los gobernantes a los gobernados [así como la] glorificación de la guerra e imperialismo territorial y cultural, y [la] valoración positiva del recurso a la violencia con fines políticos (eliminación del adversario, conquista del poder) y morales, idea tomada del integrista religioso: cuando se encuentra en minoría «la verdad» tiene el derecho y la obligación de recurrir a la violencia para imponerse al «error» (el liberalismo, la democracia...) (Rodríguez Jiménez 2000: 22).

En la mayoría de estos principios se pueden observar paralelismos con el régimen hitleriano. En cuanto a la violencia, aunque desde una perspectiva actual, también se consideran interesantes algunos planteamientos de Javier Cercas que apunta en su novela *Soldados de Salamina*:

La violencia, en realidad, venía de antes y, a pesar de protestas victimistas de algunos dirigentes del partido, reacios a ella por temperamento y por educación, lo cierto es que la Falange la había alimentado sistemáticamente con el fin de hacer insostenible la situación de la República, y que el uso de la fuerza se hallaba en el mismo corazón de la ideología del falangismo, que, como todos los demás movimientos fascistas, adoptó los métodos revolucionarios de Lenin, para quien bastaba una minoría de hombres valerosos y decididos ... para tomar el poder con las armas (Cercas 2001: 87-88).

No obstante, estas características ideológicas presentan una problemática importante: las peculiaridades del sistema fascista impiden identificarse con otro país eminentemente fascista. En este sentido, Böcker apunta:

⁵⁷ Gibson cita aquí por el número 1 de la revista, del 7 de diciembre de 1933, página 11 (Gibson 1980: 64). En la faceta de no ser el falangismo una copia, precisamente del sistema alemán, insiste también Jiménez de Sandoval en *José Antonio. (Biografía apasionada)* (véase capítulo 4. 7. 2.).

⁵⁸ Véase Rodríguez Jiménez 2000: 163 y 164.

[La] solidaridad entre los fascismos europeos se veía muy obstaculizada desde el principio ya que si bien estaban emparentados ideológicamente, su nacionalismo radical llevaba inserto una cierta aversión innata contra otros nacionalismos (Böcker 1998: 16)⁵⁹.

En consecuencia parece obvio que FE de las JONS tenga un mayor interés en subrayar la idea de la propia nacionalidad de España a fin de diferenciarse de los sistemas italiano o alemán. Por ello, en general utiliza con menos frecuencia el calificativo ‘fascista’ para su movimiento.

Quizás son precisamente este tipo de discusiones terminológicas en torno a las bases ideológicas falangistas que imposibilitan aumentar el número de miembros de su movimiento. Por consiguiente, a finales de 1936, los falangistas empiezan a reclutar para su partido españoles que viven fuera de España, por ejemplo en Alemania:

Para entonces ciudadanos españoles residentes en las ciudades alemanas de Berlín, Hamburgo, Mannheim, Stuttgart y Kolmsberg habían constituido «varias falanges», y en Inglaterra, Francia e Italia el partido trabajaba para poner en marcha lo que acabaría siendo la Falange Exterior (*Amanecer*, 17-10-1936, citado por Rodríguez Jiménez 2000: 258).

En estos momentos, pues, no solo Alemania sino también Italia y Portugal ya son considerados estados simpatizantes con la Falange; hecho que además se documenta oficialmente en una ratificación en noviembre de 1936.

Cuando Franco se hace con el poder en 1939, las reacciones del pueblo español recuerdan las del alemán al apoderarse Hitler del gobierno de su país. Ambas situaciones se definen por momentos de gran exaltación y los españoles, por su parte, se sirven también de la terminología nazi:

Las oficinas de Prensa y Propaganda del Cuartel General del Generalísimo lanzaron pocos días después el lema, de inserción obligatoria en todas las publicaciones: «Una Patria, un Estado, un Caudillo», inspirado en la consigna nazi *Ein Volk, ein Reich, ein Führer*; también comenzó a ser utilizado el lema «Una Patria: España. Un caudillo: Franco» (Rodríguez Jiménez 2000: 243).

El número de escritores falangistas incluidos en esta sección y cuya obra se ocupa del tema alemán, se eleva a siete: de cuatro de ellos se analizará una sola obra y tres componen dos novelas con elementos germanófilos o filonazis. En total, se cuenta con diez obras. Todos los escritores de esta sección son falangistas declarados; hecho

⁵⁹ Böcker se refiere aquí a Nolte (1963: 50) que escribe: “Denn nie konnte die Sympathie mit den Gleichgesinnten in den anderen Ländern die Tatsache aus der Welt schaffen, daß diese Freunde doch zugleich als Repräsentanten eines gegnerischen Nationalismus die schärfsten Feinde waren.” (“Porque nunca la simpatía con los que pensaron de la misma manera en los demás países pudo zanjar el hecho de que estos mismos amigos, siendo representantes de un nacionalismo contrario, fuesen a la vez los enemigos más feroces,” traducción de la autora).

que se desprende o directamente de su biografía o bien de su obra literaria. En los casos de los autores en los que existe una fecha clara sobre su entrada en el partido, ésta se indicará en la biografía respectiva.

Entre los escritores falangistas más activos en los años treinta están Ignacio Agustí, Tomás Borrás, Álvaro Cunqueiro, José Antonio Giménez Arnau, José-Vicente Puente y Felipe Ximénez de Sandoval⁶⁰. De esta lista, por no tratar el tema alemán en el contexto bélico de los años treinta, están excluidos Ignacio Agustí y Álvaro Cunqueiro. Otros autores de ideología fascista que se deben añadir a la lista antes mencionada y cuyas obras se analizarán en los siguientes capítulos son José María Alfaro Polanco, Cecilio Benítez de Castro y Rafael García Serrano.

Hay entre estos autores quienes efectúan algún servicio fuera de España, como por ejemplo el de periodista-corresponsal en el extranjero. Es el caso de Borrás y también de García Serrano. Experiencias de este tipo influyen notablemente en las posturas ideológicas de dichos escritores y se reflejan también en sus novelas, como se verá en los capítulos 4. 3. y 4. 4.

4. 1. José María Alfaro Polanco: *Leoncio Pancorbo*, 1942

José María Alfaro Polanco (1905 – 1994), nacido en Burgos y fallecido en Fuenterrabía, además de ser escritor y diplomático, se dedica a lo largo de su carrera profesional sobre todo a la labor periodística:

Hacia 1930 había sido un vanguardista en la órbita de Alberti y Herrera Petere, luego fue promotor del periódico *El Fascio* y terminó de socio fundador de Falange, en la composición de cuyo himno intervino. Hasta la guerra mantuvo buenas relaciones con los camaradas de izquierdas (...). Pasó la guerra en diversas embajadas, para terminar en la de Chile. (...) Salió de ella un mes antes de terminar la guerra, pasando las líneas por Madrid (Trapiello 2010: 507-508).

Durante el franquismo, Alfaro Polanco dirige además la editorial *Vértice* y ocupa cargos importantes dentro del régimen, como por ejemplo el del subsecretario de Prensa y Propaganda (Trapiello 2010: 507-508). Es durante su estancia en la embajada chilena cuando Alfaro Polanco escribe la novela *Leoncio Pancorbo*, publicada unos años después, en 1942. Su protagonista es un joven falangista modelo cuya ideología se acentúa, tras diversas vacilaciones anímicas. Finalmente se convierte en un falangista ferviente y defensor de la patria, participando también en la Guerra Civil:

Leoncio Pancorbo, (...), puede ser la cifra y compendio del *pedigree* sociológico de uno de aquellos indignados enemigos del Madrid republicano: Nieto de labradores y

⁶⁰ Entre otros, Rodríguez-Puértolas 1986: 504-556 y Albert 2002: 70-71.

harineros del norte de la provincia de Burgos, biznieto de campesinos carlistas, hijo de un probo funcionario destinado en Dueñas (Palencia) que casó con una modesta rentista, Leoncio ha sido un “señorito de pueblo” al que con no pocos apuros la familia llevó a estudiar una carrera – la de Derecho, naturalmente – a Madrid. Y ha sido uno de los que estrenaron los flamantes edificios de la Ciudad Universitaria de la capital, levantada con vistas a la sierra y al monasterio del Escorial, «con este mismo paisaje metido hasta los tuétanos, con el que ha sido una generación tras otra viendo desde estas ventanas cómo se deshacía un imperio» (Alfaro Polanco 1942: 20, citado por Mainer 1998: 183).

Leoncio Pancorbo es la única novela del escritor de la que tengo constancia. Al principio de su obra, el protagonista que da nombre al título se presenta como indica Mainer: nacido en Dueñas del Campo (Palencia), se traslada en los momentos de empezar su relato a Madrid para iniciar ahí su carrera universitaria. Opta por la misma carrera que tantos jóvenes ‘nacionales’ más, pero también afirma, aún al principio de la novela, que dispone de buenos conocimientos y una gran predilección por la literatura europea. A lo largo de la novela manifestará estos conocimientos a través de referencias y citas de la literatura alemana y francesa. Pío Baroja forma parte de los escritores favoritos del protagonista y por lo que se refiere a los héroes novelísticos más conocidos de la literatura europea realza su admiración por Robinson Crusoe. Prueba de sus conocimientos literarios son sus comparaciones entre diferentes obras europeas.

La narración empieza en otoño de los años veinte, sin indicación de una fecha exacta, con unas breves descripciones acerca del origen y la infancia del protagonista (Alfaro Polanco 1942: 17⁶¹). A diferencia de otras novelas falangistas que tienen un solo protagonista, esta obra se narra en tercera persona del singular. El hecho de utilizar esta forma implica cierto distanciamiento desde el punto de vista técnico y también en comparación con las obras narradas en primera persona.

Además de una dedicatoria y un prólogo, la novela se divide en dos grandes partes. La primera parte consta de veintidós capítulos cortos cuyos títulos ya anticipan algo del contenido y de la estructura de esta obra: todos los títulos se refieren directamente al protagonista e indican su camino hacia la adultez, como por ejemplo “Sus primeras ideas”, “Los primeros amigos” o “Las primeras lecturas”. Esta obra no cuenta con una acción novelística en el sentido estricto de la palabra –se trata de una acción más bien escasa– ya que la narración se centra principalmente en las reflexiones del protagonista sobre literatura, religión, política, cuestiones amorosas y su estado

⁶¹ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo que sigue a José María Alfaro Polanco (1942): *Leoncio Pancorbo*, Editora Nacional, Madrid.

anímico, a menudo vacilante. El entorno dominante de la primera parte es el universitario madrileño.

La segunda parte se divide en solamente dos capítulos: el primero es bastante largo y está compuesto en forma epistolar. Todas las cartas de esta parte están firmadas por el protagonista. Como también es frecuente en otras obras de este tipo⁶², la novela termina con un breve epílogo. Se narra desde la perspectiva de un editor fingido que pretende haber recogido y publicado las cartas de Leoncio. Este, por su parte, ya está muerto en el momento de la publicación de su novela: fallece en plena Guerra Civil en 1937, tras haber luchado como voluntario en la zona franquista.

Leoncio, ya desde el comienzo de la novela y siempre desde la tercera persona del singular, es presentado como uno de tantos otros falangistas: “Fué Leoncio uno más; uno más de los que sintió hasta sus tuétanos, quemándose en ella misma, la tragedia profunda de la vida española” (10). Con su personaje, el narrador pretende dar un ejemplo de un falangista de la época, reflejando a través de este el espíritu de los tiempos prefranquistas.

El protagonista, según sus propias estimaciones, se caracteriza por ser un joven con muchas inquietudes intelectuales. Se siente bastante solitario y se pone con frecuencia melancólico. Sus reflexiones sobre diversos temas son numerosas. Dichas características al igual que su carácter de hombre leído se reflejan en títulos –siempre de la primera parte– como “Leoncio y su educación sentimental” (la referencia a la obra de Flaubert es obvia), “Leoncio y la nostalgia”, “Leoncio y el ensueño” o “La soledad de Leoncio”, sólo por mencionar algunos ejemplos. Estas características no le hacen especialmente popular entre sus compañeros de la universidad ni le facilitan el hecho de encontrar novia: “Su sobria y dulce afectividad era una dádiva que le fluía fácilmente, pero su alto concepto de la amistad no encontraba numerosas correspondencias” (29).

El narrador realza con relativa frecuencia el carácter mediocre de su protagonista en cuanto a sus ambiciones. Indica la mediocridad de su figura cuando recurre a un tópico y compara a su protagonista con personajes célebres, conocidos de la historia europea. A través de esta técnica, demuestra sus conocimientos de cultura general:

Pero Leoncio Pancorbo no es ni un Gengis-Kan, ni un Miguel Angel, ni un Byron. Su ejemplaridad viene precisamente de no participar ni en una de sus horas del roce con las fronteras de lo genial (9-10).

⁶² Véase, por ejemplo, las obras de los combatientes de la División Azul en la quinta sección.

La elección de los personajes en esta enumeración se puede leer como una pequeña referencia al mundo nazi si se tiene en cuenta que alrededor del primero de los aquí citados, Gengis-Khan⁶³, se creó un ‘mito histórico’ en la época nacionalsocialista:

El célebre fundador del imperio mongol ofrece un caso claro de la polaridad de significados que podía adquirir un mismo mito histórico durante el Tercer Reich, en función de si su finalidad era propagandística o formaba parte de la ideología secreta del régimen. Así, en los discursos de la propaganda nazi se estableció una analogía entre el antiguo Gengis Khan y sus mongoles y las modernas razas infrahumanas eslavas, lideradas por Stalin, contra las que se luchaba en el frente ruso. De este modo, y en relación a la procedencia asiática común, se alentaba la asociación de ideas entre los mongoles (que evocan a su vez la enfermedad infrahumana del mongolismo) y los soldados soviéticos, al tiempo que la amenazadora apelación implícita a la sanguinaria crueldad de Gengis Khan justificaba la necesidad de combatirlos sin compasión. Según Speer, Hitler repetía con frecuencia: «No lo olviden: ¡Stalin es Gengis Khan resurgido de los más profundos estratos históricos! ¡La destrucción de nuestras ciudades no será nada en comparación con lo que sobrevendrá si perdemos!» En esta comparación subyace claramente la admiración que Hitler, a pesar de todo, sentía por su gran enemigo soviético (Sala Rose 2003: 156).

Si bien no es sabido si el narrador conocía en su totalidad el mito nazi alrededor del emperador mongol y en concreto el respeto y miedo que este infundió en Hitler, destaca que elija a este personaje histórico en vez de otro.

Mientras que la cita anterior se puede considerar un pequeño y bastante indirecto elemento filonazi, el resto de la novela ofrece sobre todo aspectos germanófilos. La germanofilia de Leoncio consiste, principalmente, en su curiosidad e interés por el mundo alemán y sus conocimientos en materia literaria y filosófica que adquiere a lo largo de su vida. Probablemente uno de los primeros desencadenantes de su curiosidad por este mundo es un viaje escolar a Berlín. No apunta haber entrado en contacto directo con alemanes durante dicha estancia, pero sí con la cultura germana, y escribe:

Empujado por los aires escolares, Leoncio llegó un buen día a Berlín. Sin apenas curiosidad de viajero, como el que va a refrendar una licenciatura académica, corrió en busca de las Universidades alemanas. El hispanolatino pisó firme por los asfaltos germánicos; en un principio, las manos se le llenaron de conocimientos maduros. Un día y otro trabajó de la mañana a la noche, sin pararse a contemplar los azules ojos de Gretchen⁶⁴ ni el sólido perfil de Federico⁶⁵. Apenas si se percató de cómo se inflamaban al viento de Prusia las camisas pardas y cómo batían las vías berlinesas las rojas consignas salidas de la casa de Karl Lichnet⁶⁶ (Alfaro Polanco 1942: 49-50).

Después de haber seguido en su juventud en Berlín las huellas de los grandes pensadores y políticos alemanes, el protagonista mantiene su interés por el patrimonio

⁶³ Escritura utilizada a continuación por Sala Rose 2003: 155-158.

⁶⁴ Protagonista femenina del *Fausto*.

⁶⁵ Se refiere aquí a Friedrich Ebert, canciller del ‘Reich’ desde noviembre de 1918.

⁶⁶ Se trata aquí de una referencia a Karl Liebknecht, político socialista que cofundó la Liga Espartaquista poco antes de terminar la Primera Guerra Mundial.

cultural germano. La política, en cambio, y sobre todo la política socialista, no le interesa, y sus opiniones en este sentido tampoco cambian cuando es mayor.

Durante el mismo viaje, el protagonista, al igual que tantos otros de sus compatriotas, descubre también el mundo de la música en Alemania:

A las puertas de los cafés donde Beethoven y Mozart seguían cantando la eterna canción de las pasiones hechas ensueño y nostalgia venía [sic] a romperse los vendavales de las tormentas de Europa (50).

Todo ello en un contexto muy politizado, durante la República de Weimar.

A pesar de estas características positivas que Leoncio apunta de este viaje, también realza que no se acostumbra al clima poco hospitalario alemán con el que se pone más reflexivo y melancólico. Concluye subrayando su necesidad de vivir en el sur:

Bajo los celajes congelados en bruma aprendió a recordar los claros cielos de su adolescencia, España se ofrecía como objetivo concreto y difícil; allá detrás de los soles y las montañas, se debatía entre sus angustias y sus caminos cerrados, devorándose a sí misma, de espaldas a los exactos sueños ecuménicos. Una tarde de abril remató su decisión. Todo era nieve. Humboldt y Mommsen le miraban, desde su puesto de guardia a la puerta de la Universidad, mientras él golpeaba sus pies ateridos contra el suelo. Comprendió que su más íntimo grito le hablaba del Sur, mordiéndole las carnes. “¡Hacia el sur!”, parecía que gritaba el viento al enredarse entre los tilos. Caminaba entre la nieve con paso seguro. «¡Dentro de dos días estaré en España!»: como una consigna se le clavó la frase, formulada casi a media voz (50-51).

Finalmente sufre tanto por el clima nórdico que su deseo de volver a España es cada vez mayor, como expresa en el siguiente poema. Con este efectúa una referencia directa al inicio del primer poema de *Campos de Castilla* (1912), “Retrato”, de Antonio Machado. Así, realza la importancia de su origen y el papel significativo que tiene España para él. El narrador apunta: “Cuando [Leoncio] llegó a su pensión, antes de ponerse a recoger el equipaje escribió el siguiente poema, empapado de sensuales añoranzas mediterráneas y solares” (51):

Yo sé ‘de la tierra donde madura el limonero’
y donde se doran las almas, las arenas y las vidas.
Me duelen las nieblas, las nieves y los pinos
y el corazón se me anuda entre los vientos boreales.
Yo sé del amor azul y de la canción caliente
y de los cielos estáticos y de la sangre en las miradas.
Los hielos se me clavan como lanzas
cada trineo conduce el féretro de mis sentimientos.
Yo sé de las estaciones de las cigüeñas
y de las invasiones proféticas de los azahares.
Entre las manos se me mueren los litorales grises
y arponean mis movimientos los paisajes congelados.
Yo sé de las fragatas encendidas
y de las olas con pasiones y armonía.
Me ahogo siguiendo la estela de un ballenero

y se anegan mis sueños ante un templo de pingüinos.
Yo me quiero morir allá abajo
recostado en una explosión de primavera,
con mis manos ardientes de sangre y mis labios jugosos de dátiles.
Yo me quiero morir allá abajo
con los ojos repletos de naranjas
y con una caricia larga
envolviendo mi reposo y mis sueños (51-52).

Por mucho que el protagonista admire, pues, Alemania y su cultura, sus ganas de vivir en España son mayores y le resulta imposible vivir fuera.

En los primeros capítulos el protagonista deja constancia de sus conocimientos culturales en materia literaria, filosófica y teológica. Son dos los autores de cuya obra se ocupa más: el monje renacentista Tomás de Kempis y el filósofo Friedrich Nietzsche. A los que se puede añadir Sigmund Freud que también menciona alguna vez en su relato. Leoncio apunta que la lectura de estos pensadores le ha conmovido: “Vivo no pocas veces como si dentro de mí hubiesen instalado su campo de guerra Kempis y Nietzsche, y no quisieran dar reposo a sus armas” (48). En un primer momento, esta afirmación se puede leer como un reflejo de la vacilación del protagonista respecto a su fe religiosa: hasta el duodécimo capítulo, Leoncio se muestra bastante creyente. Entonces, sufre una crisis espiritual a raíz de la que deja de creer en la existencia de Dios. Durante esta crisis empieza a cuestionarse el sentido de la vida y de su existencia en el mundo:

Casi a partir de sus primeros años universitarios, Leoncio comenzó a sentir cómo se desplomaba en su interior la fe religiosa, aprendida en el funcionamiento de su casa, y que había llenado totalmente sus explicaciones de la vida (61).

En este sentido, el narrador expresa, pues, que por un lado proviene de un ámbito de creyentes y comparte, todavía al principio de su obra, la fe en Dios con Kempis. Pero, por otro lado, más adelante, le empiezan a interesar y a gustar cada vez más las reflexiones del ‘anticristo’ Nietzsche, considerado un ferviente escéptico religioso, sobre todo en cuanto a las ideas del cristianismo:

Profundamente religioso hasta la irritación violenta con todas las religiones que se presentaban como limitaciones administrativas de la nostalgia más radical del hombre si bien negaba toda sobrenaturalidad, [Nietzsche] criticó el cristianismo en un deseo atormentado de purificarlo de las adherencias históricas y se refugió en las verdades entrevistas de las religiones orientales (Riezu 1982: 35).

En un segundo momento destaca en la cita anterior de la novela la conexión que establece el narrador entre lo bélico y lo literario, dos ámbitos que le preocupan en el momento de escribir su obra y que le acompañan hasta el final de la novela. Con la metáfora del ‘diálogo bélico’ no solo alude a las posiciones teológico-filosóficas

opuestas de estos pensadores, sino también expresa su presentimiento de una guerra cercana. Aún sus palabras no pueden considerarse una alusión directa a la guerra ya que todas sus cartas están fechadas antes del comienzo de la Guerra Civil. Sin embargo, como se apuntó antes, Alfaro Polanco compuso su novela durante esta misma guerra. En este sentido, también es interesante recordar la postura anti-bélica de Nietzsche que quizás fue conocida por el protagonista. En torno a la Primera Guerra Mundial, algunos de los textos nietzscheanos ya habían sido utilizados con fines propagandísticos (Beutin et al 2008: 305). Más adelante, los nazis también se apropian de su obra para defender sus ideas (Sala Rose 2003: 272). Sin embargo, es sabido que el filósofo defiende una postura antibélica:

Letzte Erwägung, heißt es zweimal Dezember – Januar 1889: «Könnten wir der Kriege entharten, um so besser. Ich wüßte einen nützlicheren Gebrauch von den zwölf Milliarden zu machen, welche jährlich der bewaffnete Friede Europa kostet; es giebt noch andre Mittel, die Physiologie zu Ehren zu bringen, als durch Lazarethe...» (KGW VIII/3, 460, 458) (Ottmann 1999: 442)⁶⁷.

Aunque el narrador no siempre se muestra conforme con las ideas nietzscheanas, se desprende de su relato que se ha ocupado de la obra de este filósofo. Así, en otro momento, opina que las ideas nietzscheanas sobrepasan la mente de un ser humano medio y, por tanto, no las aprueba (Alfaro Polanco 1942: 34-35). Como apunta Mainer, Leoncio,

[c]omo muchos otros compañeros, ha leído a Unamuno y a Baroja, ha sido decepcionado por Ortega, ha odiado a Freud por judío y por desvelar los instintos más secretos de su alma, ha admirado a Stendhal y algo menos a Nietzsche. Y se ha obsesionado con Napoleón... (Mainer 1998: 183).

Algunas de las ideas de Nietzsche con las que el héroe novelístico se muestra conforme son relatadas en el capítulo XVII, titulado “Leoncio y las multitudes”. El narrador recurre aquí a una frase del filósofo alemán para demostrar que aprueba la idea del liderato de un movimiento de masas:

– Frente a las masas – decía con palabras más opacas que al hablar de otras cosas – me siento como ante las razones de los abismos. Bien sé que sólo desde arriba se puede contar con ellas, pero no entiendo el juego. Comprendo con toda claridad, al verlas moverse en una embriaguez de impulsos, aquella frase de Federico Nietzsche: «Guiar al pueblo es poner pasiones al servicio de una idea». Y lo que quiero descubrir es la mecanización de esas pasiones (Alfaro Polanco 1942: 90).

⁶⁷ “Última consideración, leemos dos veces entre diciembre y enero de 1889: «Si pudiéramos liberarnos de las guerras, tanto mejor. Sabría un empleo más útil de los doce mil millones que cuesta cada año la paz armada a Europa; hay otros medios para rendirle honor a la fisiología que los hospitales militares...» (KGW VIII/3, 460, 458)”, traducción de la autora.

Todo apunta a que esta frase también fue utilizada con fines propagandísticos por los nazis ya que recuerda a Hitler y sus teorías de liderazgo, desarrolladas en *Mi lucha*. El protagonista se muestra aquí partidario de la misma idea cuando expresa su deseo de comprender el funcionamiento de la manipulación de las masas.

El politólogo Christian Zentner comenta acerca de este tipo de principios afines a las ideas de Hitler:

Nicht zur liberalen Freiheit, zur Objektivität, zur Abwägung von Recht und Unrecht, zur geistigen Eigenständigkeit wollte Hitler das Volk heranbilden, sondern zur Masse, die nicht mehr überlegt, die nicht mehr verstandesmäßig an eine Sache herangeht, die den Freiheitsspielraum des einzelnen ausschaltet, die «gefühlsmäßig» denkt und sich dem Herrscher willig beugt⁶⁸ (Zentner 1992: 118).

Con sus características más marcadas, Leoncio mismo puede ser comparado a Nietzsche. Algunos paralelismos se pueden ver en el carácter solitario y melancólico del protagonista, poco comprendido y compartido por la mayoría de la gente, pero del que difícilmente se puede deshacer.

Conforme con, precisamente, el hecho de disfrutar tanto de su soledad, Leoncio se cuestiona en otro momento qué tipo de persona sería capaz de vivir en una isla abandonada, tal como lo hace su héroe novelístico admirado, Robinson Crusoe. En este contexto recurre una vez más a Nietzsche y apunta:

Pero ¿quién es capaz de embarcarse en una auténtica isla de la distancia de lo vivo? No sé de ningún Robinsón del espíritu, pues los eremitas – los Hilariones, los Pablos, los Pacomios – lo que hicieron fue tomar pasaje en la nave de Dios, y los otros, los insolidarios con el mundo – los Nietzsche – bracearon sin descanso por buscar en su soledad las razones de una comunidad más altanera (Alfaro Polanco 1942: 150).

Una vez más, el protagonista argumenta que, según él, en torno a la existencia del ser humano sólo hay dos creencias posibles: o uno es creyente conforme el cristianismo o uno se convierte en un tipo ‘Nietzsche’. En este momento de la novela, su propia posición está aún por determinar. A la vez es interesante observar hasta qué punto le interesa al protagonista la idea del superhombre. Tanto es su fascinación por la figura del Robinson, que incluye la idea del hombre que vale por sí mismo y que realiza actividades creativas, como las reflexiones de Nietzsche acerca del superhombre. Sus preocupaciones giran en torno a la supervivencia en un mundo de tiempos difíciles.

⁶⁸ “Hitler no quería formar el pueblo en el sentido de la libertad, objetividad, capacidad de decisión entre el bien y el mal, autonomía intelectual, sino para que sea una masa que ya no reflexiona, que ya no se acerca de manera racional a un asunto, que apaga la libertad individual del movimiento, que piensa de manera «emocional» y que se somete de manera obediente al soberano”, traducción de la autora.

El protagonista, en su juventud, no se ocupa de manera más detenida en los principios nietzscheanos. Más adelante, su actitud será más favorable. Leoncio desarrolla otro ejemplo de la complejidad de las ideas nietzscheanas cuando habla de la obra maestra del alemán, *Así habló Zaratustra*. Una vez leído este libro, aún adolescente, el narrador comenta:

Y [Leoncio] dio – claro es – de bruces con Nietzsche⁶⁹. ¡Qué medida para los hombres encontró en el *Zaratustra*! «Es – se arguyó a su entrega vehemente – como si todos los trajes se confeccionaran para gigantes y los tuviesen que vestir seres humanos medios» (34-35).

Pero Leoncio no solo lee a Nietzsche sino conoce también la obra del psicoanalista Sigmund Freud. Sin embargo, no le dedica mucho tiempo y además, descalifica las ideas freudianas:

También la moda agitaba en los escaparates de las librerías los gruesos volúmenes del profesor Freud. ¿Qué era aquello? Con juvenil actitud crítica, aquel hallazgo de todos los móviles humanos le hizo desconfiar inconscientemente de la teoría del psicoanálisis (35-36).

Otra obra que forma parte del catálogo literario del joven falangista es *Las cuitas del joven Werther*⁷⁰ de Goethe. También se muestra crítico con esta obra. Ni el carácter ni el desenlace de la novela le parecen demasiado logrados, en comparación con otras novelas románticas de la literatura europea, como por ejemplo la francesa *Manon Lescaut* de Abbé Prévost: “Y en *Manon Lescaut* [Leoncio] penetró las honduras profundas de la tragedia del querer, mucho más desgarradoras que «Las cuitas del joven Werther»” (35). Puesto que Leoncio se identifica más con el sufrimiento de *Manon Lescaut*, considera el *Werther* de peor calidad literaria.

En otro momento compara este protagonista goethiano tan conocido con otro de la literatura francesa, Julien Sorel, de la novela stendhaliana *Le rouge et le noir*. En ambas novelas, Leoncio cree comprender los motivos de la profunda tristeza de sus personajes, una tristeza melancólica que poco a poco se apodera del protagonista mismo:

Hasta el frustrado destino de Sorel – disparando un pistoletazo tan romántico como el de Werther – creyó que le aclaraba la realidad de la quiebra de los destinos humanos. Y fue por entonces cuando comenzó a refugiarse de vez en vez en la melancolía (23).

Leoncio sufrirá esta melancolía durante toda su vida y sus lecturas incluso acentúan este proceso.

⁶⁹ Los errores ortográficos en el nombre ‘Nietzsche’ han sido rectificadas por la autora de este trabajo.

⁷⁰ El título de esta obra, en alemán “Die Leiden des jungen Werthers”, fue traducido de varias maneras.

Más adelante, cuando Leoncio padece una crisis religiosa, recurre otra vez a la obra goethiana, en la que intenta apoyarse:

Y dio comienzo a la más áspera lucha consigo mismo. Como un triste y alucinado cartesiano, trabajó su interior minuto por minuto. En un principio se agarró a los sucesos cercanos, a las proposiciones adquiridas en su brega con los conocimientos del hombre. Una poética formulación goethiana le sirvió de lema: «Si quieres poner tu pie en lo infinito, recorre lo limitado en todas direcciones.» (63).

Sin embargo, descarta en seguida poder seguir este consejo puesto que aún cree algo en Dios, aunque, como subraya en la misma afirmación, no a la manera de Kempis: “Pero a poco, esa fórmula le resultó vacía de auténtico sentido religioso. ... Pero él no era un místico [como Kempis]” (63).

En otras situaciones en las que Leoncio recurre a la literatura se perciben las aspiraciones del protagonista de formar parte de los personajes más reconocidos de la época, de ser una figura admirada. En el decimosexto capítulo, “Leoncio, ante su retrato”, narra como un amigo suyo, llamado ‘el pintor’, le dibuja:

Su amigo el pintor hizo a Leoncio un retrato severo y expresivo. (...) El día que inauguró su amigo el pintor su Exposición, Leoncio asistió a ella con Pilar. El retrato de Pancorbo aparecía colgado en un sitio de honor, en el centro de una pared, entre una naturaleza muerta y un «capricho» inspirado en el *Fausto* de Goethe (81-82).

Contemplando el cuadro, el pintor comenta su obra, diciendo a su amigo: “Creo que te he «cogido» del todo. Esa expresión entre melancólica y pensativa da todo el reflejo interior tuyo en los momentos en que tú eres más tú” (82). También destaca aquí que el protagonista suele buscar la comparación con los personajes literarios cuyo destino y, en algunos casos también, final de la vida es triste.

Otro escritor alemán cuya obra conoce Leoncio es el poeta romántico Friedrich Hölderlin (1770-1843). Un día, durante sus años estudiantiles en Madrid, le viene a la mente un verso del alemán, cuyo origen no se ha podido averiguar⁷¹:

La soledad le bañaba en el recuerdo. Era algo más que nostalgia lo que acompañaba a sus pasos de Robinsón en Madrid. Llegaba a parecerle que toda su vida había sido ya vivida y que, como la cola de un cometa, él arrastraba con un opaco reflejo los años que sobraban tras su adolescencia. Casi hubiera podido exclamar, como Hölderlin: «Sólo unos instantes puede el mortal vivir plenamente como un dios; después, su vida no puede ser ya más que un continuo recuerdo de aquel trance». Y así Leoncio, al ver manchados por la vida, por el ir y venir de cada hora, sus moceriles propósitos e ímpetus, llegaba a la conclusión – contradictoria con sus afirmaciones de otros momentos – de que su existir real y verdadero concluía cuando sus movimientos

⁷¹ Es sabido que Hölderlin se ocupa durante gran parte de su carrera literaria de los mitos griegos (véase, entre otros, Cortés 1999: 280-289). Sin embargo, se ha podido descartar que la presente cita proviene de su tragedia *La muerte de Empédocles* (2001). Es de suponer que proviene de uno de sus múltiples poemas que compone entre 1791 y 1826.

comenzaban a enredarse en su contorno y sus decisiones se empañaban con el vaho agitado del mundo en marcha (95).

El protagonista se sirve aquí de las palabras de Hölderlin para expresar su sensación de soledad y nostalgia que, hacia el final de su obra, aún aumenta. Este capítulo concluye con la reflexión de Leoncio: la soledad es el único bien que le queda y al que por tanto se aferra (98).

Puesto que Leoncio siente una considerable inclinación por la literatura, es lógico que, además de interesarse por los escritores alemanes, se ocupe también de la literatura española. De sus apuntes se desprende la admiración que siente, por un lado, por Miguel de Unamuno, y por el otro por el escritor falangista y contemporáneo suyo, Eugenio d'Ors:

En la *Vida de Don Quijote y Sancho* encontró a su «espaciosa y triste España». Así sangraba la religiosa y heroicamente. ¡Entre el mito fundacional de San Ignacio y el quimérico de Don Quijote! Su actitud admirativa hacia Eugenio d'Ors se vió centrada por la lectura de unas Glosas sobre La cúpula y la Monarquía. En su hervorosa y romántica imaginación de aquel tiempo, los conceptos orsianos fueron como una llamada de atención, como el descubrimiento de la insospechada pista (33).

Refleja el estado anímico del protagonista que también considera a su país, en aquel momento, un estado triste.

Sobre Baroja, uno de sus escritores predilectos, escribe: “Baroja, ..., fue su novelista de aquellos años. Aquella nostálgica vocación por la acción satisfacía sus alucinados sentimientos” (34).

Así es que la primera parte de *Leoncio Pancorbo* termina con un héroe novelístico profundamente melancólico y deprimido, que en algunos momentos incluso ansía la muerte (109).

Esta temática aún se acentúa en la segunda parte que consta ya únicamente de cartas que escribe Leoncio a un amigo desde su pueblo natal, Dueñas de Campo. El narrador se centra en estas cartas sobre todo en la descripción de los vaivenes de su estado anímico y, una vez más, se sirve de escritores y filósofos alemanes. Sus citas comprueban la influencia de ciertos personajes y sus obras en el pensamiento del protagonista. Primero, Leoncio vuelve a recordar al monje Kempis:

Aunque haciéndome un poco de violencia, puedo hacer más las frases de Kempis: «Sin embargo, nadie es más rico, nadie más poderoso, nadie más libre que aquel que sabe dejarse a sí mismo y todas las cosas y ponerse en último lugar.» Porque yo – y tú lo sabes bien – casi puedo decir que me he dejado por entero, si no en lo insobornablemente personal, en lo que hasta hoy he sido, en lo que hasta ahora fui, haciéndome a mí mismo. ... Me hace el efecto en mi interior como si se me hubiese desprendido algo y se hubiera escapado, dejando un hueco que será necesario llenar. Y

aunque voy teniendo la sensación de que dentro de poco consideraré mi vida más repleta que antes, mis sentimientos carecen en absoluto de eso que llamaré robinsonismo. Como podrás deducir por lo que voy diciendo, me hallo en una etapa de aclimatación espiritual, tratando de adaptar mi cabeza a la presión de las suaves corrientes naturales (115).

Estas palabras reflejan claramente el tono y carácter de la segunda parte de la novela: el protagonista busca constantemente su equilibrio interior y se ocupa cada vez más del tema de la muerte.

Dentro de su ‘aclimatación espiritual’ opina que el ‘verdadero Werther’ es Ángel Ganivet y apunta:

No adivino lo que os proponéis, y se me viene a la cabeza aquello que Ganivet – el verdadero Werther español, que se sumergió en el mar (en la nada para él) cuando se encontró a sí y a nuestra España vacíos de razones donjuanescas para seguir viviendo – escribía: «Hay muchos modos de servir el ideal y a cada hombre se le debe pedir sólo lo que sirva según su natural comprensión» (119)⁷².

Además de la temática ya abordada –la búsqueda de Leoncio de un sentido de la vida– el narrador alude aquí posiblemente al suicidio; una forma de morir que él no descarta. Mencionando a Ganivet y Werther en un mismo momento, el narrador podría haber querido establecer un paralelismo entre el suicidio de Ganivet y el del protagonista goethiano, pero también, aunque no lo menciona, entre Ganivet y Nietzsche⁷³. A Leoncio, que antes ha confesado que no le gusta especialmente esta obra, sí le conmueve la figura del Werther y su triste final.

Las vacilaciones del protagonista son constantes: en otros momentos, Leoncio encuentra un sentido a la vida recurriendo al pensamiento de Kempis. En sus cartas, el protagonista siempre se dirige a un amigo anónimo:

«Claro que tú, con tus anteojeras de electricidad y asfalto, me juzgarás por la cita incurso en nihilismo contemplativo. Pero nada menos cierto, porque si veo así el vivir es por aquello de Kempis: «... que estén todas las cosas debajo de ti, y no tú debajo de ellas...» Y al sentir con firmeza cómo se siente entre estos terrones la ley de la gravedad, se ve lo desaforado de vuestros movimientos y la falta de objetivo de casi todos ellos, y la calidad de pluma o libélula que tienen casi todas las vidas humanas al determinarse por soplos que no se sabe de dónde proceden y adónde conducen (119).

Poco después descarta del todo ser monje algún día, y cada vez más cree en la causa de la guerra. Termina su carta con las palabras: “«Como ves, soy un labrador

⁷² Tanto en el *Idearium Español* como en *El porvenir de España*, Ganivet reflexiona en varios momentos sobre cuales son los ideales de la sociedad española. Sin embargo, no se ha podido encontrar la frase aquí citada.

⁷³ Neuschäfer compara la muerte de Ganivet con la de Nietzsche (1997: 311).

hacia Dios, que cree que no hay que abandonar ni un minuto el ejercicio y la pelea del siglo. No podré ser nunca un modelo de Kempis. «Hasta otra. «Leoncio»»⁷⁴ (124).

Antes de escribir su última carta, el 30 de abril de 1936, el narrador cita a otros dos escritores de origen germano: son Ferdinand Canning Scott Schiller, un escritor británico de origen alemán y Eduard von Keyserling, un escritor germano-báltico. Sobre el primero anota:

«He leído algunos de los libros que me enviaste; no todos, porque ahora leo despacio y casi siempre en combate con el libro, ya que no con el autor, por no tenerlo a mi alcance. Esto me ha sucedido con el pequeño ensayo de F. C. S. Schiller sobre ‘el futuro del hombre’⁷⁵. Ni Schiller ni su maestro W. James saben demasiado sobre el particular. Claro es que desde su punto de vista tampoco pueden ir muy lejos. Y por eso, para este Schiller – que tan poco se parece al otro – esa irónica actitud «tantálica» es toda una justificación de escepticismo. Su afirmación de que «es un hecho biológico que los conejos sobreviven más fácilmente que los tigres», y que «lo mismo exactamente ocurre con los conejos humanos y las fieras nietzscheanas», no supone adelantar un solo paso en la actitud del romanticismo frente a la vida. Es, a lo sumo, cubiletear graciosamente con los términos (129-130).

A pesar de no citar aquí al escritor alemán mucho más conocido, Friedrich Schiller, el narrador efectúa una pequeña referencia a este cuando comenta que el inglés “se parece tan poco al otro”, es decir a Friedrich. También se alude otra vez a Nietzsche, aunque aquí es citado por Ferdinand Schiller.

Al conde de Keyserling se refiere Leoncio durante una de sus últimas reflexiones buscándose a sí mismo, y así habla del “hombre telúrico” que cree haber encontrado en sí mismo. La expresión remonta a una de las obras del escritor germano-báltico sin que se indique el título de ésta:

«He descubierto en mí, y gracias a mí y a los que me rodean viviendo por sus manos, al hombre telúrico. Siento un poco de rubor al llamarlo así, pero esta denominación, que leí en un libro del conde de Keyserling, según creo, me parece bastante ajustada a lo que quiero expresar. Porque al señalarlo de esta manera pienso en la imposibilidad de que se caiga en el equívoco de paisajismos de cualquier clase o naturalismos más o menos delicuescentes o áridos. Pienso en ese hombre que parece que su sangre circula, indiferentemente, por sus venas o por las de los ríos o las montañas (148-149).

La referencia a Eduard von Keyserling, nacido en 1855 en Tels-Paddern (entonces Alemania, hoy Letonia), no parece haber sido elegida por casualidad: son las características de su obra que más llaman la atención y gustan a Leoncio ya que “Keyserling describe sus amoríos, adulterios, ilusiones, desdichas, algún suicidio o mucha resignación; y todo ello envuelto en nostálgicas reminiscencias de un paisaje magnífico; ...” (Moreno Claros 2012: s. p.) y sus figuras “viven ... bajo la aparente

⁷⁴ Se reproducen las comillas del texto original.

⁷⁵ Se refiere aquí a la obra *Tántalo o el futuro del hombre* (1925), de Ferdinand Canning Scott Schiller.

cotidianidad todos son más o menos desgraciados, felices sólo cuando las pasiones los reviven y los sacan de sus esferas de comodidad y nadería” (Moreno Claros 2012: s. p.).

A pesar de todo el ambiente reflexivo-melancólico que es tan propio de la segunda parte de *Leoncio Pancorbo*, la novela termina con un héroe narrativo por fin feliz: en la última carta anuncia que pronto se casará con su novia Pilar.

El destino del protagonista, que muere como jefe militar de un grupo de soldados en la Guerra Civil, según anota el autor del epílogo:

... no fue muy dispar del de muchos jóvenes reales a los que aquel recuerdo de una España inmemorial y heroica llevó a la conquista y destrucción de Madrid, cuando la sublevación fue proclamada por un pelotón de soldados en las plazas mayores de muchas capitales provinciales (Mainer 1998: 183-184).

Cabe retener que esta novela no contiene considerables elementos filonazis ya que casi todas las referencias al mundo alemán provienen del ámbito literario-filosófico. En la pérdida de su fe religiosa se podría ver un pequeño paralelismo con el nazismo que rechazó la religión cristiana e intentó eliminar las costumbres cristianas de la vida cotidiana alemana. También es de considerar la antipatía que expresa el protagonista por Freud, no solo por su obra sino también por ser judío.

Por lo demás, el narrador no aborda la temática política y tampoco deja constancia explícita de sus opiniones frente al antisemitismo o anticomunismo. En cambio, destaca su germanofilia que se manifiesta en su persona, una figura leída y bastante culta; en cuanto a lo alemán sobre todo en materia filosófica y religiosa. Hasta su muerte temprana, Leoncio demuestra un interés continuo por el mundo germano.

4. 2. Cecilio Benítez de Castro: *Se ha ocupado el kilómetro seis: Contestación a Remarque*, 1939

La obra de Cecilio Benítez de Castro es muy abundante. El escritor, nacido en 1922⁷⁶ en Ramales (Santander), se exilió en 1947 a Argentina (Rodríguez-Puértolas 1986: 507). Con anterioridad, había publicado varias novelas con títulos supuestamente humorísticos como *Paul Dufour en España. ¡Dos agentes en servicio!* (1939), *El espantable caso de los «tomadores» de ciudades. Novela humorística* (sin fecha), *La rebelión de los personajes: novela* (1940), *Los dos amores de Maximino Claudel* (1941) o *El frío de la tarde: novela* (1943), por sólo mencionar algunas. La que entre estas

⁷⁶ Mientras Bertrand de Muñoz confirma este año de nacimiento (1982: 134-135), Soldevila apunta que el escritor nació en 1917 (1982: 117).

causó mayor polémica fue seguramente *Se ha ocupado el kilómetro seis: Contestación a Remarque*, de 1939:

Cecilio Benítez de Castro ... alcanzó inmediata notoriedad con su novela de la guerra *Se ha ocupado el kilómetro 6* (1939), cuyo subtítulo («Contestación a Remarque») se justifica en un prólogo belicista en el que se vierten conceptos apologéticos sobre la guerra y su necesidad natural. El breve texto introductorio de Luys Santa Marina no fue óbice a las sucesivas ediciones de la novela. Y, sin embargo, está claramente dicho: «Estilo ligero, conciso, sin frenos, a la buena de Dios. Los devotos de la estilística que no lo abran». ¿Dormían los manuscritos en espera del primer éxito, o «el juvenil Proteo de la actual novelística española», como se le llamó entonces, era de una fecundidad archilopesca? (...). Una carrera empezada bajo tan buenos auspicios, y que culmina con la mención de honor en el Premio Nacional de Literatura de 1945, declarado desierto, se interrumpe bruscamente al emigrar en 1947 a la Argentina (Soldevila 1982: 117-118).

Como indica Soldevila, la novela consta de un estilo muy sencillo, aparentemente sin aspiraciones literarias ningunas por parte del autor. Aparecen algunas incorrecciones gramaticales como la utilización de laísmos o errores en la sintaxis del texto⁷⁷.

Del subtítulo de esta novela, *Contestación a Remarque*, se desprende claramente la referencia al escritor alemán Erich Maria Remarque. Este ex-soldado alcanzó mucha fama con su obra autobiográfica *Sin novedad en el frente* (1929), traducida a treinta idiomas, en la que deja constancia de la cruda realidad de la Primera Guerra Mundial, y donde reflexiona en largos fragmentos sobre el sentido de ésta⁷⁸. Se trata de una obra antibélica muy conocida que fue prohibida por los nazis en 1933. Como se puede suponer leyendo el título de Benítez de Castro, su obra consta de un notable tono patriótico y está en la línea de la literatura pro-franquista. Su protagonista es la figura opuesta al héroe de Remarque: es un falangista hasta los tuétanos. En oposición a la obra de Remarque, uno de los personajes destaca en una conversación entre los soldados, dirigiéndose al protagonista Julio, la importancia de la guerra y hace de ella todo un mito:

Claro que los españoles somos diferentes a los demás. Otra raza ve en la guerra una cosa extraña a la que debe ir por necesidad o por obligación, y nosotros nos sentimos tan nuestros en todas las cosas que, en realidad, la guerra la declaramos todos, todos vamos a ella y todos estamos dispuestos a morir contentos. (...) ¿[Guerra] Civil, dices? Internacional, digo yo. Nos combaten franceses y rusos. Hay intereses capitalistas europeos en juego. La metralla que nos rodea no es española. No, Julio. Esto es una guerra internacional, tan cruel o más que la otra, porque se aprovechan de los españoles para ganar sus batallas y ponen a los rojos, que muchos no son tales rojos, en primera línea, mientras ellos se reservan la hegemonía política de después (53-54).

⁷⁷ Véanse Bertrand de Muñoz 1982: 135 y Campal Fernández 2005: 64.

⁷⁸ Compárese Beutin et. al. 2008: 417.

El significado que se atribuyen los soldados de Benítez de Castro se identifica con el espíritu de la época. Schmolling confirma este trasfondo ideológico de la novela. Así, Julio define la guerra como un mal imprescindible, algo que Schmolling (1990: 157) denomina “[s]eine biologistische Kriegsrechtfertigung⁷⁹”.

*Se ha ocupado el kilómetro seis: Contestación a Remarque*⁸⁰ tiene como protagonista al joven falangista Julio que narra la batalla del Ebro en toda su duración, desde finales de junio hasta noviembre de 1938, y desde la primera persona del singular. Además de enfocar los momentos claves de la guerra como la retaguardia y la vanguardia, el protagonista se centra sobre todo en el relato del ambiente entre los soldados. Las figuras novelísticas en torno a este protagonista y que más intervienen en la narración son el llamado Bicho, Pitilín, mamá Valentín –un soldado del que los demás sospechan que es homosexual– y Pérez. En cuanto a las mujeres cabe mencionar a Lucía, la novia del protagonista, que no aparece en la obra y únicamente la conocemos a través de las cartas al narrador, así como un grupo de enfermeras que trabajan en la organización ‘Auxilio Social’. Entre ellas están Nury de la que Julio se enamora y Esther, de origen norteamericano. Sobre sus compañeros apunta Julio, al empezar su relato:

Son diferentes unos de otros. Pitilín es el inconsecuente, el tarambana. El amigo de las casadas, de las viudas, de las fáciles, de las verbenas y del vino. Valentín es el eterno enamorado de una sola. El que piensa en trabajar y casarse, tener un hogar y tener hijos. Yo no pienso nada. Venga lo que venga. De momento, sé que me gustan todas y que me enamoro de varias. Lucía, posiblemente, es un escalón sentimental, aunque ahora esté muy seguro de que es el único amor de mi vida (25-26).

A lo largo de la narración, los soldados debaten sobre el tema de las mujeres, pero también hablan con frecuencia de la guerra y de sus vicisitudes.

La narración comienza a finales de junio de 1938 con la siguiente anotación del narrador: “Y el 25 de junio, a las siete de la mañana, salíamos todos, en fila interminable de camiones cargados de gente y material, camino de Gandesa, primero, y del Ebro, después” (Benítez de Castro 1940: 12⁸¹). Estas primeras palabras recuerdan la partida hacia la guerra, que es típica de otras obras de tema bélico.

Dentro del estudio de esta novela, al igual que en los siguientes capítulos, me centraré primero en los elementos germanófilos y filonazis. En un segundo momento se

⁷⁹ “Su justificación ‘biologista’ de la guerra”, traducción de la autora.

⁸⁰ El título de esta obra será, a partir de ahora, abreviado por *Se ha ocupado...*

⁸¹ En adelante se citará siempre por Cecilio Benítez de Castro (1940): *Se ha ocupado el kilómetro seis. Contestación a Remarque*, Maucci, Palma de Mallorca / Barcelona.

analizarán algunas constataciones del narrador de la novela comparándolas con la obra de Remarque, ya que éstas pueden ser interpretadas como la ‘contestación’ a la obra del escritor alemán.

Teniendo en cuenta tema y trasfondo de la novela, y especialmente su mitificación de la guerra, no es de extrañar que el protagonista incorpore unas cuantas referencias germanófilas en su relato. Tanto el Bicho como Pérez son personajes germanófilos. En una de las primeras conversaciones entre los soldados que acaban de conocerse, los demás se enteran que el Bicho y mamá Valentín intercambian algunas de sus pertenencias. Así se alude al estereotipo tan difundido en la época sobre la avaricia del judío, cuando los soldados empiezan a gritarle al Bicho repetidas veces: “¡Judío!” (19-20).

Poco después se revela que el Bicho es una persona bastante leída y un gran aficionado a la literatura alemana de finales del siglo XIX. Entonces el comportamiento entre los soldados hacia esta figura cambia:

Pero al Bicho, de hoy en adelante, le aguarda trato diferente. No se había revelado como pensador hasta ayer. Nosotros le creíamos tonto, o poco menos. Pero no le hacíamos justicia por sus estudios de seminarista y por haber leído, siempre lo dice, todas las obras de la Alemania de fin de siglo. ¡Buen gallego! O mejor, según él, gallego fino (38).

Los conocimientos del Bicho salen aún más a la luz cuando, en otra conversación, se mencionan algunos filósofos alemanes de mucha reputación de los siglos pasados:

Hoy vuelve a salir la conversación, y Pitolín, nuestro orador, perora: «...O se es nacional o no se es. Patriota o no. ...» (...) El Bicho asiente muy serio. (...) Ahora habla el gallego y nos preparamos porque por su boca hablará Schopenhauer, Nietzsche, Kant, Hegel y Panunzio. ¡Estos seminaristas son terribles! (53).

Se desprende de la última exclamación que los demás están ya algo hartos de los discursos del Bicho que califican de sabelotodo, pero no por leer obras alemanas sino por leer en general.

Pérez, el segundo personaje germanófilo de esta novela, es un gran conocedor y admirador de Schiller, admiración que demuestra cuando los soldados conversan sobre las obras de éste. También intercambian opiniones de temática musical y filosófica. En la siguiente situación, los soldados preguntan a Pérez:

– ¿Qué opinas de Schiller? – Pérez ha empezado. Nos preparamos. Arturo no se achica.
– Formidable. Las baladas, la Trilogía, Wallenstein. Formidable. Y sobre todo Guillermo Tell. Pero es un grano que le salió a Goethe. – No estamos de acuerdo. Piensa que los géneros fueron tan distintos. – Sí. Pero me gusta más la música. – Empieza entonces a hablar de la Heroica de Beethoven, dedicada y rectificada, a

Napoleón. Pero Arturo corta también. – Me refiero a la música española y a la americana. Son las que más me gustan. – Pérez se deshace en diatribas contra la americana. Después cambia el disco y empieza a hablar de Kant. Y de Hegel. Es un pelma y ya me está fastidiando. No dudo que Arturo sea más inteligente que él. Pero a Arturo no le interesa hacer exhibición de cultura ante semejante mamotreto empollado (78).

Al terminar la conversación, Pérez cuenta que, a los veinticuatro años, ya es licenciado en Filosofía y, antes de entrar en la guerra, se estaba sacando el título en Derecho. Los demás le consideran entonces un mentiroso y chulo.

Se desprende del estilo de las citas anteriores que el protagonista y la mayoría de sus amigos descalifican todo tipo de conocimiento cultural al igual que el hecho de tener una carrera universitaria. Lo más importante para ellos es ser un buen soldado, luchador feroz y patriota ferviente. Los conocimientos culturales sobre algunas figuras alemanas le sirven de blanco a Julio para criticar el intelectualismo tanto del Bicho como de Pérez. El crítico literario Campal Fernández interpreta el ataque del narrador a este intelectualismo de la siguiente manera:

... (de un personaje llamado Pérez, afecto al bando nacional y asignado al departamento de Información se nos dice que es un «hombre débil, casi enclenque (...), parece un intelectual agotado por sus elucubraciones (...) El repudio que se hace del intelectualismo adquiere visos de mal que hay que atajar (tras llevar a cabo un laude de Franco, proclama el protagonista: «Nada de oradores») [C. Benítez de Castro, cap. X, p. 106] (2005: 65).

Sin embargo, en otro fragmento del texto destaca que el narrador no descalifica conocimientos culturales en general y que él mismo es un lector aficionado. Un día, tiene permiso para viajar a su casa y apunta: “No me canso de verla, de ver mi casa. Miro uno por uno mis libros. Los del Bachillerato, los de la carrera. Mi colección de teatro clásico y de los pensadores latinos” (Benítez de Castro 1940: 186).

El diálogo anterior entre los soldados (78) se puede, por tanto, interpretar de varias maneras. Por un lado, el narrador parece criticar especialmente los conocimientos de Pérez en el tema alemán por considerar éste que los escritores y compositores alemanes son superiores a los españoles. Aunque ello discrepa con el importante sentimiento nacionalista del narrador. En esta novela, tener conocimientos de cultura alemana es interpretado de manera negativa ya que el tono dominante de la novela, el nacionalismo español, no permite gestos de mucha admiración hacia otras culturas. Sin embargo, por otro lado, los comentarios descalificativos del narrador hacia Pérez también se pueden interpretar como celosía frente a la buena cultura general de su compañero.

Otro pequeño elemento germanófilo en este contexto son palabras o expresiones que provienen de la literatura alemana y que el narrador incorpora en su relato. Ejemplo de ello son descripciones como la siguiente: “Mamá Valentín se está ruborizando. El Bicho se [sic] sonríe mefistofélicamente” (38). Aquello sólo es un ejemplo más de lo que el narrador sabe de literatura alemana.

A lo largo de la batalla, Julio se convierte en el novio de una de las enfermeras, Nury. Con el tiempo aumentan las situaciones bélicas que conllevan, entre otros asuntos, la muerte del compañero mamá Valentín. El narrador, que intenta demostrar entereza ante los hechos trágicos, efectúa comentarios misóginos y machistas como “Todo son cosas tristes. Ahora es Nury que se va. [Las enfermeras] Suben en el camión. Lloran copiosamente. No importa. Son mujeres” (147). Finalmente le sube el ánimo cuando Franco aparece en el campo de batalla:

¡Franco aquí! Está ganada la batalla. Le veo, un momento, sobre una mesa, en el altozano. Otea con los prismáticos el horizonte. Habla con sus oficiales. Sencillo, con su uniforme de campaña. Los soldados siguen gritando y corren hacia él para saludarle. Un herido saca la mano vendada por la ventanilla y agita un pañuelo. – ¡Quiero ver a Franco!... ¡Quiero ver a Franco! – Pero el cacharro sigue su camino (167).

En esta situación, a pesar de los sucesos bélicos anteriores, por presentarse el caudillo, Julio se siente de repente reafirmado en su labor de soldado falangista que lucha por la patria.

El gran respeto por la guerra y la necesidad que el narrador ve en ella recorren como un hilo conductor toda la novela. De ahí el añadido del subtítulo: Julio se ve en la obligación de criticar la obra de Remarque para poder sentirse un soldado como es debido. La ‘Contestación a Remarque’ y las críticas negativas a la novela remarquiana que ésta conlleva no se pueden, por tanto, desligar de las reflexiones de Julio sobre la guerra en general. Antes de analizarlas, conviene resumir brevemente la novela de Remarque.

¿Cuál es la visión de la guerra que ofrece Remarque en su obra? Su novela se caracteriza, básicamente, por describir y criticar la reducción del hombre a animal: su función sólo consiste en matar a los demás o servir de blanco. Para ello escoge unos protagonistas soldados muy jóvenes (todos tienen 19 años). En este sentido, el narrador reflexiona repetidas veces sobre el sentido de la guerra y critica la utilización del ser humano como juguete a merced de los políticos obsesionados por el poder. La ignorancia de los jóvenes luchadores, la privación de una vida de adolescente tranquila y feliz, que sufren todos estos personajes, así como la muerte en el campo de batalla, en

sus facetas más crueles, son los temas predominantes de esta novela. El siguiente extracto es sólo una pequeña muestra de ello:

Soy joven, tengo veinte años, pero no conozco de la vida más que la desesperación y la muerte, la angustia y el tránsito de una existencia llena de la más estúpida superficialidad a un abismo de dolor. Veo que los pueblos son lanzados los unos contra los otros y se matan sin rechistar, sin saber nada, locamente, dócilmente, inocentemente (Remarque 1978: 202).

Ahora bien, a pesar de ser la obra española un ataque constante a la novela remarquiiana, el narrador de Benítez de Castro admite también que, al empezar la guerra, su punto de vista no era pro-bélico. Ya conocía la obra de Remarque y entonces, según él por ignorancia, no la descalificaba:

Me he quedado con el libro en las manos. Lo leí de pequeño muchas veces. Recuerdo que la figura central me absorbía por completo y que, más de una vez, pensé que era verdad cuanto decía. Entonces mi mentalidad política no veía más que las cosas y no las ideas. Y las cosas, no cabe duda, no hablan a favor de lo que la obra condena (Benítez de Castro 1940: 194).

Sin embargo, a través de sus experiencias en las trincheras, su visión de la vida ha cambiado notablemente. El mejor ejemplo de la respuesta actual de Julio a Remarque es, seguramente, la parte en la que el protagonista está leyendo de nuevo *Sin novedad en el frente*, poco después de haber perdido a uno de sus camaradas:

La muerte de mamá Valentín, sola, es demostración palpable de que el hombre no es un borrego que va a la guerra a sufrir, porque le obligan. Hay muchos así, es cierto. Pero hay muchos más que tienen plena conciencia de lo que ocurre, que desean el medio violento, porque reconocen su necesidad y que mueren seguros de que su sacrificio era necesario. Esto, Remarque, no lo tuvo en cuenta. Claro que a él sólo le interesaba hacer una obra de salida en la que, después de la Gran Guerra, se hiciera ambiente contra aquélla entre gentes bien dispuestas. Pero yo le podría demostrar, y bien, cómo se sale a la calle decidido, cómo se enrola uno y cómo muere desafiando al enemigo. Remarque también sabía que en Alemania muchísimos se fueron voluntarios y murieron, no por la fría voluntad de sus gobernantes, sino por la necesidad de su País. Si pretende, en cambio, demostrar lo horrible que es la guerra, eso nadie lo necesita, porque todo el mundo lo sabe. ... La guerra es execrable, es molesta. Pero, ¿Es por ello menos necesaria? ¿No es doloroso un parto? ¿No es dolorosa una operación? ¿Le gustan a alguno los partos y las operaciones? A nadie. Son necesarios, porque sin ellos no se nacería y nadie salvaría su vida en ciertos trances. Por la misma razón las naciones, que tienen una razón física en la Historia, necesitan de medios físicos para sanar sus dolencias en determinados instantes. Pero es demasiado hablar del libro. ... Remarque no ha analizado. Ha criticado. Eso es muy fácil. Y ha buscado en su obra el punto débil de los hombres. La comodidad. Si sus ascendientes hubiesen sido igual, hoy Remarque, que en tiempos se preció de alemán, seguiría siendo francés porque los príncipes alemanes no hubieran podido jamás reconquistar sus territorios de las manos de Napoleón (195-196).

El argumento clave de Julio es que la guerra es un mal necesario, no hay alternativa a ella. Todas las descripciones, todo el ambiente antibélico que se ofrece en la obra de

Remarque le parece, por tanto, demasiado negativo, exagerado y sobre todo muy contraproducente para la labor de un soldado.

En otros fragmentos del texto se desprende de la narración de Benítez de Castro el querer diferenciarse de la obra remarquiiana y de su tono antibélico. Se refiere, sobre todo, a los aspectos trágicos de la guerra sobre los que el alemán insiste, los momentos más difíciles y la gran sensación de injusticia que experimentan los jóvenes soldados frente a la situación bélica. Se observa en el siguiente ejemplo:

Las marchas en camión son divertidas. Se llena uno de polvo y de tierra. Pero recibe el aire en la cara, se siente triunfador, no piensa en las miserias de la vida. Es más, ni se acuerda uno de que está en guerra (37).

Estas descripciones, que intentan dar la imagen de la guerra como si fuese un juego entretenido, recuerdan a otros relatos falangistas.

Al terminar la novela, se alude una vez más a Remarque en el epílogo que realza los méritos militares del protagonista. Aquí ya se habla de Julio desde la tercera persona del singular:

Y el cabo Julio Aguilar fué condecorado y ascendido por méritos de guerra en el mismo campo de batalla, por el Jefe superior de la División... Sus memorias, Lolita [soldado de otra infantería que Julio conoce más tarde] las guardó. Al pie de ellas, en un inciso curioso, entre dos interrogaciones dobles, había una frase célebre: «¿Sin novedad en el frente?». No. Aquel día de noviembre, a las once de la noche, España entera esperaba. Unos por su alegría y otros para su desesperación. Veintidós millones de españoles, ante los altavoces de la radio, aguardaban también (257-258).

Resulta, pues, que entre las últimas pertenencias del protagonista se encuentra también el libro de Remarque, esta novela tan despreciada por el narrador pero que a la vez le sirvió de fuente para expresar su opinión de la guerra.

En resumen, por lo que se refiere a la comparación entre Benítez de Castro y Remarque, hay ciertos paralelismos en la estructura de ambas novelas. Al igual que Remarque, Benítez incide en el tema de la camaradería, reuniendo un grupo de soldados como figuras centrales de su relato, que con el tiempo se hacen amigos y viven y comparten los acontecimientos bélicos de manera muy intensa. Algunos de ellos son más leídos que otros. Al avanzar la narración, en *Se ha ocupado...* se multiplican las referencias a la obra remarquiiana, siempre ligadas a las reflexiones generales sobre la guerra, que también están muy presentes en la obra alemana.

Con todo, parece más complicado clasificar esta obra en cuanto a su grado de germanofilia, si se compara con otras obras de carácter germanófilo más notable. Por un lado, la primera impresión que da este protagonista es la de reprobar en general

conocimientos culturales demasiado profundos. Por otro lado, no es constante en su juicio ya que, en algunas ocasiones, demuestra admiración hacia sus compañeros cultos y también resulta ser él mismo un lector apasionado, sobre todo de la literatura clásica latina. Por el carácter autobiográfico de la obra, Remarque es el alemán más atacado y descalificado con diferencia. A pesar de todas las críticas de su novela, el hecho de que el protagonista de Benítez de Castro se ocupe tanto de *Sin novedad en el frente*, demuestra su buena predisposición hacia la literatura alemana del siglo XX. Se puede suponer que contribuye de esta manera a hacer todavía más conocida esta obra alemana, o al menos demuestra la gran popularidad de la que gozó la obra de Remarque. Además, el simple hecho de criticar la novela remarquiana se puede considerar un elemento filonazi.

Como en las demás novelas de esta sección, domina en *Se ha ocupado* el carácter pro-bélico y a la vez profundamente nacionalista y falangista.

4. 3. Tomás Borrás: *Checas de Madrid*, 1938-1940

La novela *Checas de Madrid* de Tomás Borrás es una de las más conocidas sobre el tema de la Guerra Civil desde la perspectiva de los fascistas. Sobre su fecha de publicación hay cierto desacuerdo, las indicaciones de los críticos literarios varían entre 1938 y 1940⁸². Borrás, nacido en Madrid en 1891 y muerto también en la capital española en 1976, es periodista y novelista que alcanza, en su momento, cierta popularidad con obras como *La pared de tela de araña* (1924) y *Oscuro heroísmo* (1939), pero también con su poesía pro-fascista, que se estudiará en la sección siete. Sin embargo, como apunta Albert, sus novelas “ninguna significación tienen hoy en la narrativa española” (*Enciclopedia Espasa*, suplemento 1975/76, p. 152; citado por Albert 2003: 70). Tomás Borrás es, junto a Ramón Gómez de la Serna, Samuel Ros o Felipe Ximénez de Sandoval, con frecuencia calificado como vanguardista. En este sentido, Trapiello (2010: 519) comenta: “Antes de la guerra [Tomás Borrás] había sido vanguardista del círculo de Gómez de la Serna” y Albert precisa:

Como escritor de la vanguardia prefascista, en su calidad de moderno reaccionario, nietzscheano idealista y víctima de un conflicto irresuelto con la modernidad, Tomás Borrás se encuentra comprometido con diversos sistemas de valores concurrentes, a lo que se añade la heterogeneidad fundamental de la experiencia de la realidad moderna (Albert 2003: 408).

⁸² Véanse Rodríguez-Puértolas 1986: 495, Bertrand de Muñoz 1982: 143, Albert 2003: 451 y Schmolling 1990: 137.

Según esta crítica literaria, los rasgos vanguardistas de la obra de Borrás remontan a la Primera Guerra Mundial:

El aspecto vitalista del ensalzamiento que Borrás hace de la violencia, su entusiasmo futurista por el mecanismo destructor de la guerra, echa raíces, por otra parte, en el gesto destructor de las vanguardias voluntaristas que sacian su sed de barbarie en la Primera Guerra Mundial (Albert 2003: 377).

En ningún momento, el narrador de *Checas de Madrid* deja lugar a dudas sobre sus opiniones políticas e ideológicas. Así es que, como punto de partida, comienza su novela con la siguiente cita: “«Contra las almas, la mentira; contra los cuerpos, la violencia». Lenin” (Borrás 1963: 9⁸³). De acuerdo con el estilo lingüístico de esta novela, dicha cita puede ser interpretada como una especie de ‘respuesta mental’ a la ideología y a los actos de los republicanos, cuyo punto de vista se refleja y se ataca claramente desde el principio de la obra.

Checas de Madrid, de acuerdo con su título, se centra única y exclusivamente en la situación bélica de la Guerra Civil en Madrid. Cuenta con tres protagonistas falangistas: al quinceañero Federico Contreras se le puede considerar como el principal, ya que con él se inicia y termina la acción narrativa. En el primer capítulo es capturado por los republicanos que buscan a su hermano en el que sospechan un falangista. Federico, que en realidad se llama José Hurtado de Mendoza, se cambia entonces el nombre para indicarlo en los interrogatorios de los republicanos, poco antes de entrar en las diferentes checas. Federico es hijo de la señora Fuencisla que, por su parte, se pasa toda la novela buscando desesperadamente a su hijo menor. Más adelante, aparecen otros dos jóvenes falangistas cuyo vía crucis se narra: son Sagrario Milán, hija de un general, y Paco Amézola, llamado Paco Marcial.

Otra figura de cierta importancia que aparece durante casi toda la novela es Alejandro el Magno. También es llamado ‘Fadrique de Lorenzana’. Por el narrador es presentado como “... redactor del «Heraldo de Madrid», hampón condotiero de Redacción de hampones” (71). Funciona como figura de “mediación ideológica” (Albert 2003: 384) entre republicanos y falangistas. Por su oficio de periodista es utilizado por los republicanos para averiguar información de los falangistas ya encarcelados.

Las demás figuras o son republicanos en búsqueda de encarcelar cada día a más falangistas o son chequistas, presos de los republicanos, de los que sospechan que son

⁸³ A partir de ahora se citará siempre por Tomás Borrás (1963): *Checas de Madrid*, Bullón, Madrid. La página se indicará entre paréntesis.

falangistas. Su vida en las checas está condicionada por la extrema suciedad, hambruna y la espera de la muerte. De vez en cuando, el narrador apunta las conversaciones de los presos en las checas.

Federico puede considerarse el protagonista central ya que alrededor suyo gira toda la acción, en concreto su cautiverio y sus intentos de huir de las checas. Finalmente es fusilado por los republicanos. La joven Sagrario y el miliciano Paco realizan un trabajo de espías dobles: fingen ser republicanos y se infiltran así en las checas para poder proteger a otros falangistas. Ambos forman una pareja ideológica. Paco finalmente se enamora de Sagrario, pero no es correspondido. Federico conoce a Sagrario en una de las checas. El joven es trasladado varias veces a distintos lugares dentro de Madrid. El periodista Alejandro también es enviado por un grupo de republicanos para visitar algunas checas e interrogar a los prisioneros.

La novela se centra en la Guerra Civil española, por lo tanto son escasas las referencias al mundo alemán, e inexistentes las filonazis. Además, se debe tener en cuenta que la Segunda Guerra Mundial aún no ha empezado. No obstante, hay algunas referencias al mundo germano, sobre todo a dos grandes pensadores y filósofos alemanes conocidos en España: Friedrich Nietzsche y Arthur Schopenhauer. Alejandro, que es una figura versada en temas literarios y de filosofía en general, cita en más de una ocasión a ambos. Por sus conocimientos literarios y su especial interés por Nietzsche, entre otras cuestiones, esta figura también ha sido calificada como el álgter ego del mismo escritor⁸⁴. En la siguiente conversación don Roque, uno de los jefes republicanos, entabla una conversación con Alejandro. Los republicanos que por lo general son descritos como rudos y violentos quieren averiguar información sobre las intenciones y los planes de los falangistas y presionan a Alejandro para que les ayude. El periodista, sin embargo, cuando contesta evita toda información:

La vida tiene la misma técnica para sus dramas que Shakespeare, que se pronuncia Chopenauer. La misma técnica, «mes amis»: lo trágico está junto a lo bufo, lo sublime mezclado a lo grotesco, simultáneamente, sin transición, sin matiz, sin «nuance»... Y a propósito de francés: Blasco Ibáñez recibió en sus jardines colgantes de Mentón a un periodista de París jubilosamente: «¡Oh, mon cher, senté vu, senté vu!» ... La vida copia a Shakespeare. Ya descubrió Oscar Wilde – nadie en la República se dé por aludido – que si había niebla en Londrés [sic] era porque los pintores la habían puesto antes en sus cuadros... Ingenio, «quid divinum», relámpago, chispa... Lo que no tiene el marxismo. El marxismo es el burro de la zoología política (73-74).

⁸⁴ Compárese Albert 2003: 404.

Con sus reflexiones literario-filosóficas, Alejandro responde a las preguntas de los republicanos con evasivas, abordando temas que supone que estos republicanos no entenderán. Es posible que con su comparación entre Shakespeare y Schopenhauer quiere aludir al pesimismo profundo que marca a ambos personajes. Por lo demás, demuestra aquí su francofilia⁸⁵, pero a la vez hace también alguna indirecta al marxismo, con lo que critica una de las bases ideológicas de los republicanos. Así, pues, consigue con sus palabras no comprometerse.

Además de sus conocimientos amplios en términos literarios, el narrador demuestra aquí que se ha ocupado de la obra de Schopenhauer. La popularidad de Schopenhauer en el nazismo ya fue descrita por Sala Rose (2003: 54, y capítulo 2. 2.). No obstante, ninguna de las figuras narrativas de *Checas de Madrid* ahonda en detalles sobre vida u obra de este filósofo. Sin embargo, es Albert quien compara a Alejandro a Schopenhauer:

La referencia burlona de Borrás a Schopenhauer, cuyo pesimismo queda encarnado en la figura cínica de Fadrique, cobra un sentido más profundo si tienen presentes las dicotomías características de sus novelas. La contradicción que se da entre la glorificación, implícita en la descripción, de la violencia del enemigo y la condena ideológica del mismo – es decir, el antagonismo entre vitalismo y espiritualidad – puede ser entendida también en los términos antinómicos schopenhauerianos de ‘voluntad’ y ‘representación’ (Albert 2003: 408).

En otros momentos, los republicanos, en la obra identificados con el pensamiento comunista, conversan sobre la inexistencia de Dios (por ejemplo, Borrás 1963: 109). Alejandro, como señuelo de los republicanos, debate en un capítulo con un republicano mexicano llamado Carlos II. sobre Nietzsche. El mexicano opina:

Nietzsche⁸⁶ decía «España es el país que quiso demasiado.» No hay «demasiado» en las aspiraciones del espíritu ni en el gusto de la abyección. No hay «demasiado» en el bien ni en el mal. ¿Qué hombre tiene la medida? Ni esa frase revela otra cosa que contradicción en Nietzsche. Si predicaba el superhombre, ¿cómo reniega del superpueblo? ... Y claro que España quería demasiado: quería lo absoluto, la Cristiandad... (92-93).

Parece lógico que las figuras republicanas se pronuncien en general en contra de Nietzsche, personaje cuyo pensamiento fue utilizado por los nazis con el fin de justificar algunos de sus objetivos ideológicos (Sala Rose 2003: 272).

Si Alejandro, el ‘Fadrique’, representa algunas características de Schopenhauer también dispone, según Albert, de cierto ‘idealismo nietzscheano’:

⁸⁵ Es posible que al mencionar Blasco Ibáñez el narrador ha tenido en cuenta que éste fue un fervoroso aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial.

⁸⁶ Los errores en la ortografía de apellidos alemanes han sido rectificadas por la autora de este trabajo.

En vista del horror, el narrador hace que su figura (...) plantee las cuestiones antropológicas y morales más fundamentales: «Entonces, ¿qué soy yo, qué somos todos, qué es esto de la vida, y del bien, y del mal?» (109)⁸⁷. De un modo característica que da muestras del idealismo nietzscheano de Borrás, Fadrique abandona las cuestiones angustiosas de la teodicea para encontrar refugio en una certeza (tomista) de Dios: «Muchos, en ese trance, habrán pensado. ‘¿Qué difícil es creer en Dios! Yo pienso: ‘¿Qué difícil es no creer en Dios!’» (109) (Albert 2003: 384).

El ‘mediador ideológico’ afirma aquí pues su fe en Dios que comparte con los falangistas.

Además de las menciones de estos dos filósofos alemanes, la novela cuenta con otro elemento germano. Se trata más de una referencia antirrepublicana y los alemanes que se mencionan sólo sirven de ejemplo para poder ridiculizar a los republicanos. Son los protagonistas de una pequeña anécdota que se cuenta dentro de una de las checas. La situación de los chequistas es cada vez más insoportable, conforme avanza la acción narrativa. Hace muchas semanas que no tienen agua para lavarse y apenas se les da comida. Para animar el ambiente en una de las celdas, un médico falangista cuenta anécdotas cortas a sus compañeros. Una de ellas habla de dos alemanes, combatientes de la Legión Cóndor, que –al igual que los chequistas– están ahora encarcelados en una checa madrileña. El médico, que goza de cierta popularidad entre los chequistas, propone pues:

¡Concurso de cuentos! Premio, cinco pellejos de habichuelas por barba, cuando tengamos de menú pellejos de habichuelas. Empezaré yo. Otto y Fritz vienen a España en la Legión Cóndor, esa que les pone chalupas a los rojetes, y caen prisioneros. La mujer de Fritz recibe la siguiente carta: «Querida Elsa: He tenido la suerte de incorporarme al territorio del gobierno legítimo de la República. Me tratan divinamente y estoy lleno de satisfacción. Por la mañana me entran el desayuno a la cama, a eso de las diez y media, un desayuno hermoso: chocolate, leche, bollos y cigarrillos. Después de bañarme, porque estoy en un hotel hermoso, hago gimnasia y monto a caballo, lo mismo que los demás prisioneros, y me divierto de un modo hermoso. Luego paseamos por las calles, que están animadísimas y llenas de una vida muy hermosa, y compramos cosas, y reímos, y vamos a tomar un hermoso aperitivo. Y luego al comedor, donde nos sirven cinco platos y dos postres, hermosísima comida, y luego al café con amigos prisioneros, y bebemos licor, y fumamos puros hermosos. Después duermo la siesta, y luego juego al ajedrez, y voy a tomar la merienda, que es una merienda hermosa y grande, y luego a bailar hasta las nueve, en que nos dan la hermosa y grande cena, y después de beber licor y fumar los puros, vamos a una sesión de cine, o vamos al teatro, y nos acostamos a media noche después de tomar té para tener un sueño hermoso. Por eso te digo que estoy entusiasmado y lleno de satisfacción por haber venido al territorio del gobierno legítimo de la República, que es el único legítimo. Te quiere, Fritz». Posdata: «Dile a la mujer de Otto que a Otto le han fusilado por no querer escribir una carta como ésta.» (Borrás 1963: 390-391).

⁸⁷ Albert también cita por la edición de 1963, Madrid: Bullón.

Así termina el relato de este preso, sin más comentarios por parte de sus compañeros. Se trata de una narración satírica de la vida actual, no solo de las checas sino también de la vida urbana en el Madrid ocupado por los ‘rojos’, en la que el narrador ataca la violencia y el estado general de y dentro de las checas. Fritz, cuya carta está redactada en un tono muy inocente, con un lenguaje notablemente simple y repetitivo, no es más que un juguete en las maquinaciones terribles de los republicanos, siempre según la opinión del narrador. La elección de dos alemanes combatientes en la Legión Cóndor como protagonistas de esta anécdota es otra indirecta al bando de los republicanos. Junto a los falangistas, este grupo de soldados nazis es otra de las agrupaciones mayores siendo enemigos de los republicanos.

A través de su anécdota el narrador consigue ridiculizar al máximo el bando republicano. Con la posdata, la carta adquiere además un tono todavía más ingenuo e insiste, una vez más, en la excesiva brutalidad de los republicanos, jueces de los falangistas. El narrador critica de manera vehemente la forma de luchar de los republicanos y su maltrato al enemigo, por lo que se refiere a su organización y las formas de liderazgo de las checas.

La novela termina con la muerte de dos de sus protagonistas: mientras Sagrario decide continuar su labor de espía para los republicanos, Paco es fusilado. El vía crucis del joven Federico, que hasta entonces siempre había podido escapar de la muerte, también conoce un triste desenlace: es fusilado, igual que Paco, en el último capítulo de la novela.

Sin ser *Checas de Madrid* por tanto una novela que contenga referencias germanófilas numerosas en el sentido de la definición dada en este trabajo, además de las menciones aquí desarrolladas hay escenas en torno a las descripciones de la guerra que hoy recuerdan el horror de la Segunda Guerra Mundial:

... todo ello bañado en una atmósfera voluptuosa de erotismo perverso. Finalmente, en la última estación⁸⁸, un calabozo húmedo donde los presos son sometidos a torturas y experimentos que recuerdan a las prácticas de los campos de concentración nazis, el humorismo macabro de la vanguardia española se abre paso con todo su negro espesor (Albert 2003: 376-377).

⁸⁸ Albert se refiere aquí a la última checa en la que se encuentra Federico.

4. 4. Rafael García Serrano: *La fiel infantería*, 1943

El falangista Rafael García Serrano nació en 1917 en Pamplona y falleció en 1988 en Madrid. Antes de estallar la Guerra Civil, estudió Letras en Madrid. Como periodista dirigió *Arriba*, *Primer Plano* y *Siete Fechas*. Su labor novelística es bastante abundante: publicó, entre otras, *Eugenio o proclamación de primavera* (1938), *La fiel infantería* (1942⁸⁹) y *Los toros de Iberia* (1945) (Mainer 1971: 296). Como indica Schmolling, la obra de García Serrano fue muy admirada por su compatriota Alfaro Polanco⁹⁰.

Con *La fiel infantería*, su segunda novela, García Serrano alcanzó inmediata notoriedad en la España de la postguerra, no solo por centrarse en el tema de la guerra sino también por el notable sello autobiográfico. Este rasgo se manifiesta, por ejemplo, en las siguientes afirmaciones del escritor que cuenta sus vivencias en la guerra:

«El mismo 19 de julio salí como voluntario falangista camino de Madrid, aunque, como es sabido, aquella columna se quedó en Somosierra. ... Me hice Alférez Provisional de Infantería, luché en Teruel y de allí pasé al hospital, donde entre mas y otras cosas, pasé casi cinco años, para perder un pulmón, nueve costillas y la pleura y otras porquerías» (Lo Ré: *The novel*, p. 311 y véase también el comentario del autor que habla del origen de *La fiel infantería*, en: 4º 1973, p. XXIss., citado por Schmolling 1990: 264)⁹¹.

Estas experiencias personales del autor se reflejan en *La fiel infantería*, donde lo ideológico es primordial. La novela, que está compuesta de tres partes, narra la ilusión primeriza de un grupo de jóvenes falangistas, que tienen aproximadamente veinte años y que viven la experiencia del combate, “cuando la guerra tiene algo de deporte y de «alegre turismo armado»” (Pedraza, F. y Rodríguez, M. 2000: 327). Demuestran, pues, muy buena predisposición para ir a la guerra. El título ya anticipa esta característica: independientemente del desenlace de la guerra, los soldados se comprometen a ejercer su labor bélica con absoluta fidelidad. Dicha tarea incluye, como se sobreentiende, la muerte heroica por la patria, otra idea que conlleva el título: “Der Titel entstammt einer offiziellen Hymne der Infanterie⁹² »pues aún te queda la fiel Infantería/que, por saber morir, sabrá vencer»” (Schmolling 1990: 258 y García Serrano 1943: 7). En la tercera parte de la novela, se repite el primero de estos versos y hace así alusión al título (García Serrano 1943: 226). Tanto las figuras como el ambiente de la novela recuerdan por tanto a otros relatos falangistas, como por ejemplo el de Benítez de Castro.

⁸⁹ Mainer es el único de los críticos literarios que indica este año de publicación, todos los demás apuntan 1943.

⁹⁰ Compárese *La fiel infantería*, 4)1973, p. L, LI, citado por Schmolling 1990: 265.

⁹¹ Las anotaciones entre paréntesis han sido traducidas por la autora.

⁹² “El título proviene de un himno oficial de la infantería”, traducción de la autora.

La novela comienza a principios de la primavera de 1936 en Madrid (22). Mientras que la caracterización de los protagonistas es calificada como lograda⁹³, la acción narrativa es bastante escasa y contrasta así con el título, que puede parecer prometedor:

Esta segunda obra se sitúa ya en medio del fragor de la batalla, pero tiene muy poca acción. Ofrece un mosaico de escenas inconexas, sin continuidad cronológica, presentadas como evocaciones autobiográficas de un personaje que interviene en los acontecimientos. En su conjunto, «recrean la atmósfera, el ambiente y la emotividad dominante en los años de la guerra civil» [Martín Nogales: *Cane*, 48], siempre desde la perspectiva de un solo bando. Aunque destacan algunos nombres propios, no interesan las individualidades, sino que se opta por un protagonismo colectivo (Pedraza, F. y Rodríguez, M. 2000: 327).

Muchos críticos literarios se han ocupado de esta obra. Además de los aspectos ya mencionados, F. Pedraza y M. Rodríguez (2000: 328) resaltan que el lenguaje de la novela está considerablemente marcado por un tono patriótico-violento que, a veces, presenta ciertas negligencias estéticas en el estilo:

Ya en el prólogo [García Serrano] manifiesta la convicción de que su obra puede herir las sensibilidades burguesas, «de camilla galdosiana»; pero no por ello renuncia a plasmar el horror y la grandeza de lo que se presenta como una gesta gloriosa.

Soldevila, que describe esta novela como de un “vitalismo explosivo”, anota además sobre su repercusión que fue “inaceptable para la censura clerical (que la prohibió hasta 1963, fecha de su verdadera puesta en circulación), ...” (Soldevila 1982: 123). Sin embargo, fue aprobada por el régimen franquista que, en 1943, otorgó al autor el Premio Nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera.

El estilo y el tono de la novela son sumamente patrióticos y falangistas. En este sentido, recuerdan a algunas obras literarias nacionalsocialistas. Una de las semejanzas, lógicamente, es la ideología filonazi, que comparten y que defienden los personajes, y cuyo lema podría resumirse así: ‘Patria, Pan, Justicia’:

Y casi todos ilustraban con texto la viserilla: cara al sol. Patria, Pan, Justicia. Viva la muerte. Leyendas raspadas con navaja en el esmalte, con letra torpe, al lado de yugos y flechas y bajo cruces (García Serrano 1943: 16⁹⁴).

El trato de la muerte, que se menciona en esta cita, coincide también con la ideología de los protagonistas: la muerte se acepta como un mal imprescindible, a veces hasta se trata con humor. La muerte abunda en esta novela cuyos narradores fallecen todos: a finales

⁹³ Bertrand (1982: 215) comenta acerca de ello: “Buena descripción de la juventud combatiente, donde la poesía y el idealismo se encuentran junto al más bajo realismo de los soldados”.

⁹⁴ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo que sigue a Rafael García Serrano (1943): *La fiel infantería*, Editora Nacional, Madrid.

de la primera parte muere Mario, y, como indica el título de la segunda parte – “Bienaventurados los que mueren con las botas puestas – Ramón, Miguel, Matías–“ (159) le siguen finalmente todos los demás.

La historia de *La fiel infantería* se relata, pues, desde la perspectiva de cuatro narradores. Además, la forma narrativa alterna entre la primera y la tercera persona del singular; hecho que interrumpe la lectura continua. Los narradores y a la vez protagonistas de la primera parte son Miguel y Mario, los de la segunda y tercera, Matías y Ramón, respectivamente. La unión militar entre los jóvenes es, desde el primer día, un aspecto clave de esta expedición militar y así comenta Miguel, un falangista de 19 años: “Yo me entretuve en mirar a los lados queriendo descubrir caras amigas entre las barbas, el sudor y el entusiasmo de quince días” (11). Poco después, cambia la perspectiva, el narrador es Mario que relata las experiencias bélicas, esta vez desde la tercera persona del singular. Mario, que alterna la narración con Miguel, se convierte finalmente en el protagonista principal de esta primera parte. El turno entre los narradores, además del cambio de persona, crea confusión:

Einer der erzähltechnisch evidenten Mängel des Romanes besteht in einer vorübergehenden Ablösung des auktorialen Ich-Erzählers durch einen personalen Erzähler. Er gibt in der dritten Person in Rückblenden – nicht etwa aus der Sichtweise des erzählenden Miguel, sondern aus der Perspektive Marios dessen Erlebnisse und Gedanken sowie seine unmittelbar vor Kriegsausbruch erfolgte Konversion von politischer Indifferenz zum engagierten Falangismus überwiegend in erlebter Rede wieder (7-15), springt aber auch zurück in die Frontrealität in Somosierra und berichtet gewissermaßen parallel zum Ich-Erzähler Miguel... (Schmolling 1990: 258)⁹⁵.

Este tipo de confusiones ya no se repite tanto en la segunda y tercera parte de la novela en las que dominan como narradores Matías y Ramón, respectivamente.

Como es frecuente en los relatos falangistas, también los protagonistas de *La fiel infantería* son figuras bastante versadas en temas literarios: así Mario en la primera y Ramón en la tercera parte. Mario lee y escribe poesía y también comparte su predilección literaria con algunos de sus compatriotas: un día, “Mario marchó hacia la casa del profesor que los reunía para leer versos” (25). Con el profesor Huberto y los soldados Eduardo y Pepe forma una tertulia literaria (26). Además de su predilección

⁹⁵ “Uno de los defectos evidentes de la técnica narrativa de esta novela consiste en el relevo temporal del ‘yo’ omnisciente por un narrador personal. Este narrador apunta, a través de retrospectivas en tercera persona del singular y no desde la perspectiva del narrador Miguel sino desde la de Mario, las experiencias y los pensamientos de Mario. Además, narra – en su mayoría en estilo indirecto libre – la conversión de Mario desde la indiferencia política hacia el falangismo comprometido que vivió poco antes del estallido de la guerra. A veces, sin embargo, hay un salto en la narración cuando Mario describe la realidad del frente en Somosierra, contando la historia, por decirlo así, de forma paralela al narrador en primera persona, Miguel”, traducción de la autora.

por la literatura, ocupa la función de jefe de una de las unidades militares y es, por lo general, respetado por los demás soldados. Los amigos más cercanos de Mario son, entre otros soldados, Miguel, Antonio, Alejandro y Rafael.

Entre las referencias filonazis que destacan de la novela están las múltiples alusiones, a veces también ‘respuestas’ más directas, a la novela *Sin novedad en el frente*⁹⁶ de Remarque. En este sentido, las fervientes críticas de Mario y Miguel de esta novela recuerdan la obra de Benítez de Castro⁹⁷. Ejemplos de la ‘contestación’ a Remarque se encuentran en situaciones como la siguiente que se desarrolla durante la guerra:

Mario y yo acabamos también allí de leer un ejemplar de «Sin novedad en el frente». Sus páginas, luego de leídas, nos servían para los más ínfimos menesteres: las usábamos con frecuencia, debido a las aguas de la roca, las conservas y el calor (105).

Este acto contrasta, como apunta Rodríguez-Puértolas (1986: 511), con cierto intelectualismo en el grupo falangista que, en otros momentos, se vanagloria de sus conocimientos en materia filosófica y literaria:

Los héroes de García Serrano utilizan, simbólica y gráficamente, las páginas del libro antimilitarista de Erich M. Remarque, *Sin novedad en el frente*, «para los más ínfimos menesteres», esto es, como papel higiénico; son unos héroes educados en las *Reflexiones sobre la violencia*, de Sorel, pero también en el *Kempis*.

También en otro fragmento del texto, se intercambian chistes, y los soldados aluden a la novela remarquiana. Uno de ellos cuenta:

Vinieron a la tierra las once mil vírgenes, aburridas de hacer punto, siempre sentadas sobre esas nubecitas rosas del cielo. Esas de postal de palomas. San Pedro les acompañaba y todos los días le ponía al Señor un telegrama con el parte. «Visitamos Londres. Espléndida sesión Comunes. Sin novedad las once mil vírgenes.» Al día siguiente: «Visitamos París. Magnífico desfile. Sin novedad las once mil vírgenes.» Al otro... – Sí, sin novedad las once mil vírgenes. ¿Qué más? – «Llegamos zona nacional. Nos recibieron alféreces provisionales. Sin novedad las once mil.» ¿Eh, eh? – ¡Ah, qué rica agua en la boca, qué sabrosa, después de una risa despatarrada! (García Serrano 1943: 225).

Al final de la novela, el agonizante Ramón vuelve a mencionar el libro de Remarque. Se encuentra en el hospital, debido a una fuerte tuberculosis y observa a sus camaradas. Ramón, que antes se había hecho alférez, no es muy popular entre los demás soldados y este sentimiento es recíproco. Así se explican sus últimos apuntes en los que se dirige hacia sus camaradas españoles:

Mis soberbios camaradas: yo ahora tengo mil años. Mil veintidós o veintitrés. Mis buenos camaradas afortunados que no admiten el diálogo sino con sus afines. Aquel

⁹⁶ Compárese, entre otros, Schmolling 1990: 260.

⁹⁷ Véase capítulo 4. 3.

apedreó un escaparate que ofrecía lujos superabundantes – lujosos – en horas de penuria. Aquel otro prendió fuego a una pila de libros importantes y comúnmente respetados. Hacía su cursillo de gran Inquisidor. Con frecuencia adoptan – ellos, Dios, ellos – un tono remarquiano, más que nada porque como acostumbran a tener de diecisiete a veinte años necesitan reforzar con un bachillerato de malsonancias su propia consideración varonil: atendiendo a las peticiones de numerosas familias que hablan de la experiencia. Eso sí, necesitan creer en sus treinta años por lo menos, mitad por impaciencia de poder, mitad por eso tan vago que constituye una barba cerrada. En cuanto cumplan los veintitrés sabrán que es un pecado pasar de los veinte. Seguro, seguro: un pecado mortal (305-306).

En este párrafo se entremezcla la ironía con cierto tono grave, de ahí que es imposible adivinar qué quiere decir el narrador. En cierto modo muestra la poca habilidad del autor. Se inicia con una hipérbole ya que añade mil años a su edad, eso le permite sentirse superior a sus camaradas que son “afortunados” pues no tienen dudas tal como él se plantea. Y son jóvenes, es decir, poco flexibles y menos reflexivos, de ahí que cometen acciones bárbaras aunque, dada su ideología, dentro de cierta lógica. Así, uno (“aquel”) rompe escaparates y su justificación (que puede ser compartida por el narrador o no, no lo sabemos) es porque es tiempo de penuria y no se debe admitir el lujo, lo cual es admisible y loable, en cierto modo; el otro hace algo parecido e ironiza con lo del cursillo de inquisidor. Y, de inmediato, son comparados a una actitud de superioridad, como si fueran Dios y el narrador a su vez afirma que esa es la postura de Remarque y vuelve a insistir en que tales actitudes se producen debido a la juventud, a que necesitan reforzar su pensamiento. Ironiza con que sólo sean bachilleres, es decir, estudios medios en aquella época, pero no universitarios, con grandes conocimientos. En el fondo actúan así porque aún no son hombres maduros, sino jóvenes, de ahí que ironice también con su ‘varonilidad’. Ante esa situación sus compatriotas se comportan como críos, como bachilleres sin preparación, de ahí que suelten ‘tacos’ (“malsonancias”) para hacerse notar. Hay, pues, otro elemento claro filonazi en la caracterización del tono de las quejas de los heridos, que es “remarquiano”. Bertrand (1982: 215) comenta acerca de este tipo de situaciones: “El antirremarquismo, igual que en muchas novelas de la época, domina todo”. A lo que Rodríguez-Puértolas añade:

En cualquier caso, es un testimonio vibrante de las vivencias de los jóvenes combatientes, que empuñan las armas con orgullo de semidioses, sin ocultar su desprecio por los que se escudan en su indiferencia o su cobardía para mantenerse al margen (Pedraza, F. y Rodríguez, M. 2000: 327).

El final de la cita anterior de García Serrano resulta un tanto vago en cuanto a posibles interpretaciones. Parece como si el narrador quisiera dar a entender que tienen fe ciega en su pronta madurez, la de los 30 años, porque quieren tener poder. (La

referencia a la barba cerrada es propia ya de gente con más de 20 años, aunque es algo circunstancial, hay quien tiene 40 y jamás tendrá una barba cerrada y otros a los 22 ya tienen barba cerrada.) Pero el final es un aviso: pasar de 23 años es pecado mortal. ¿Por qué se pregunta a cualquiera? Es, tal vez, el temor a la madurez, a la pérdida de la juventud.

Además de este ‘antirremarquismo’, se hallan más referencias filonazis y también germanófilas en la obra. La primera se desprende del texto cuando el narrador describe el ataque de un local que los soldados efectúan por la madrugada. Expresa una gran satisfacción una vez acabada dicha acción:

Fueron aquellas siete de la mañana las horas más gloriosas que jamás vió el cielo despejado. Yo mismo me desperté con el sobresalto de la hora. Mi reloj marcaba la del relevo de Mario. Me abroché la cartuchera, arreglé el capote, levanté el fusil que también descansaba a mi lado y encaminé mis pasos vacilantes de duermevela hacia Mario. – Puedes acostarte, Mario. Me dió la consigna: Hitler, Huesca (García Serrano 1943: 35-36).

La consigna es, pues, a la vez un elemento filonazi y falangista.

En otros fragmentos del texto, el narrador deja constancia de sus conocimientos históricos sobre Alemania, en concreto sobre la figura de Bismarck. Cuando los soldados se enfrentan a un cambio de posición y conocen a sus enlaces, de entrada, no se establece una buena convivencia entre ellos:

No nos gustaban ni compañero, ni correligionario, ni los tres duros que botaban sobre la piedra como gimnastas olímpicos. ... El bullicio de armas, comentarios y canciones – a la molinera le quitaban los colores en la cantina – se cortaba a ratos por un humor. Nunca corren más bulos que en unas horas de emoción. Pero esto ya lo dijo Bismarck con más estilo (41).

Mientras sigue la lucha, feroz y sangrienta y constantemente presente en esta novela, se relata también, poco antes de acabar la primera parte, la muerte del narrador Mario. Miguel trata esta muerte con toda naturalidad y sólo comenta acerca de esta: “Mario supo escoger un buen día para morir” (119).

La segunda parte de la novela “... transcurre lejos de las trincheras. La sucesión de anécdotas ha sido sustituida por la reflexión” (Pedraza, F. y Rodríguez, M. 2000: 328), que es la de Matías. Así, se titula “Invierno – Papeles del camarada Matías” (García Serrano 1943: 121) y es bastante breve. Matías narra, de forma retrospectiva, su incorporación a la academia militar, misión que llevó esperando durante mucho tiempo con ansia.

En la tercera parte se juntan todos los narradores, con la excepción del ya fallecido Mario. Esta parte, cuyo título se refiere directamente al tema de la muerte,

tiene como protagonista a Ramón. Ramón, "... der nach der Absolvierung der Academia de Alféreces Provisionales in Avila an die Front zurückkehrt, [bemüht sich] um die politische Schulung seiner Soldaten..." (Schmolling 1990: 261)⁹⁸. F. Pedraza y M. Rodríguez (2000: 328) comentan que, en esta parte, "[e]l novelista no ahorra al lector impresiones que puedan resultar desagradables".

En otro fragmento del texto, Matías, Ramón, Miguel y otros soldados tienen que instruirse en nuevos ejercicios bélicos: "Continuamente se discutía, porque sobre todos los problemas de la nueva instrucción habían plantado la mayoría de los cadetes como una bandera de intransigencia ibérica" (García Serrano 1943: 174-175). En este contexto, Ramón critica a Matías y su falta de adaptación a la situación:

Para ti, por lo visto todo lo de fuera es malo. Seguramente tú eres de los que están convencidos de que San Pedro no pudo ser judío. A lo peor, te molesta que haya ferrocarriles porque los inventó un inglés y, en cambio, te pasarás la vida en el club, abominando de Disraeli. Lo que vale es el alma, y con cualquier instrucción o en cualquier clima tú y yo seguiremos siendo españoles frente al mundo (175).

Se recurre en este reproche al problema planteado al principio de esta sección, que trata la importancia del nacionalismo como sentimiento propio e intransferible de cada país, y en el que, como insisten estas figuras, no hay espacio para ningún tipo de influencia extranjera, incluyendo la alemana. Así, Ramón hace hincapié en la solidaridad de los españoles a los que les une, sobre todo, su nacionalidad.

En cuanto a la participación de Alemania durante la Guerra Civil, mediante la Legión Cóndor, también es de cierta importancia. Schmolling comenta el hecho de incluir esta en la narración como sigue:

Dem faschistischen Selbstverständnis entspricht es auch, daß García Serrano die Mitwirkung deutscher Nationalsozialisten im spanischen Bürgerkrieg erwähnt (...), die Franco bekanntlich zu leugnen begann, als mit einem Sieg des Faschismus nicht mehr zu rechnen war (Cf. Max Gallo: *Historia de la España franquista*, pp. 130, 131, citado por Schmolling 1990: 262)⁹⁹.

Los momentos compartidos entre los soldados españoles y alemanes no se desarrollan, sin embargo, siempre en un ambiente positivo. No obstante, el narrador suele resaltar la importancia de los nazis en esta guerra:

Miguel en la tierra de nadie, con unos cuantos y los demás haciendo el rifeño, virtud a medias. Hombres rubios de la Legión Cóndor traían su vieja experiencia germana. Lo

⁹⁸ "[Ramón], una vez terminado la Academia de Alféreces Provisionales, vuelve al frente [y se ocupa] de la formación política de sus soldados", traducción de la autora.

⁹⁹ "También se corresponde con la autognosis fascista que García Serrano menciona la participación de los nacionalsocialistas alemanes en la Guerra Civil española que, como es sabido, fue negada por Franco cuando ya no se podía contar con la victoria del fascismo", traducción de la autora.

que perfeccionaron a tiros después de aprenderlo el gran Federico en el Manual del marqués de Santa Cruz, se ensayaba bajo el sol originario (García Serrano 1943: 175).

El narrador insiste aquí, pues, en dos aspectos: por un lado, el apoyo de los soldados alemanes experimentados no es de despreciar. Pero por el otro, considera que los conocimientos germanos de hoy tienen, en realidad, su origen en España y en la enseñanza (indirecta) del Marqués de Santa Cruz a Federico el Grande. Al parecer, Santa Cruz fue un personaje por el que el narrador ya se había interesado antes y a cuyas hazañas se refiere aquí. En 1732 – la Guerra de Sucesión española ya había acabado – al ocupar los españoles la ciudad de Orán (Argelia), estalló el conflicto hispano-argelino. Al querer intervenir en el conflicto, Santa Cruz se refugió en el mismo año en esta ciudad donde fue asesinado por los argelinos:

El 30 de junio de 1732, estando cercada y en apuro la plaza de Orán, el marqués de Santa Cruz de Marcenado hizo una desesperada salida para liberar la plaza, al mando de las reservas, resultando herido y prisionero de los moros, que el 21 de noviembre le remataron y mutilaron su cadáver. Pero su acción había conseguido el éxito, pues los sitiadores fueron batidos y Orán liberada del cerco, gracias a su sacrificio (Garate Córdoba 1984: 128).

En su artículo, el coronel de Infantería Garate Córdoba realza, además, que no solo fue el acto heroico de Santa Cruz en la guerra, sino sobre todo su actividad como tratadista militar a través de la que hizo conocidas sus estrategias bélicas. Estas le hicieron muy popular entre muchos de los grandes emperadores en Europa:

Su heroísmo en la guerra se hermanó con su gloria como tratadista militar, pues a su prematura muerte, con cuarenta y siete años de edad, dejó escrito un conjunto de obras de las que apenas hay más noticias que la referencia concreta de su contenido publicada en su *Rapsodia económico-político-monárquica* (1732). Pero la que le dio fama universal fue *Reflexiones militares*, joya de la literatura castrense española, libro de cabecera de Napoleón – junto al *Mío Cid* y los *Comentarios a las Guerras de las Galias* – quien en sus escritos citaba a veces máximas y frases de las *Reflexiones*, mostrando que las tenía presentes, tanto como Federico II. de Prusia que decía haber inspirado en Marcenado su nueva táctica, lo que, según Javier de Salas, biógrafo del Marqués, puede comprobarse con un estudio concienzudo del arte militar de ambos. Las *Reflexiones* conservan un interés permanente en cuanto a los principios del arte de la guerra, la moral y la política militares (Garate Córdoba 1984: 128-129).

En cierto modo, son, pues, comparables los sacrificios bélicos del Marqués a los que alude el narrador y los que, siguiendo su ejemplo, debería efectuar cada soldado. Por consiguiente, rechaza cualquier tipo de inferioridad de los españoles frente a los alemanes. En referencia a la cita anterior de García Serrano (175) dominan aquí, una vez más, las fervientes sensaciones nacionalistas.

A continuación, el protagonista describe a sus compatriotas combatientes, que, según él, sobre todo se diferencian en cuanto al sitio del que provienen:

En cuestiones de armas se aprende diariamente, pero la arrogancia de los hombres que antes de ayer habían domado el Norte, asalto por asalto, desde la caseta de los miqueletes, en el límite de Navarra con Guipúzcoa, hasta el puerto de Gijón, entrando en Irún como en el infierno y muriendo en la cota 333, de pie sobre los parapetos; de los que hicieron el prodigio de volar sobre sus alpargatas legionarias, morenos, ceceantes, de Sevilla a la Universitaria, pasando por Badajoz, buen apeadero de la muerte; de los que se volcaron sobre el León, con la cara bonita y los viejos riñones gallardos de los castellanos. (...) esta arrogancia total de los muchachos de España se sentía en el primer impulso meridional menospreciada por la táctica de una guerra calculada como un tornillo (García Serrano 1943: 175-176).

Mientras el narrador atribuye a los españoles la característica ‘arrogante’, califica, con la expresión de “la guerra calculada como un tornillo”, a los alemanes de sumamente organizados y estructurados. El menosprecio de los alemanes hacia los españoles, en cambio, no le hace sentir bien.

En otro fragmento del texto, los soldados hacen una especie de competición para compartir el relevo de la guardia: “... hablaba ya el capitán: Iban a jugar relevos por secciones, en premio a la maniobra. ... Se ordenaron los equipos y ya los brigadas entregaban al primer corredor el testigo” (185). En este contexto, el narrador describe con cierta ironía algunos aspectos físicos y mentales de los soldados de la Legión Cóndor:

Brigada Sergio, milite valsador, descendiente de los tenientes de Viena, que morían mejor luego del baile. Brigada King-Kong, el proletario, con anchas espaldas de cargador de muelle, casi débiles para soportar el peso de la tradición nazi a tiros por los tugurios marxistas. Brigada Henkail, cuerpo diminuto, tímido y fuerte, de sólidas muñecas y ademanes de jubiloso lector en Heidelberg¹⁰⁰. Cada brigada instruía a los suyos para la carrera (185-186).

En un tono crítico-irónico que ya se pudo deducir del texto en otros momentos, el narrador ridiculiza aquí a los alemanes.

En esta tercera parte, Ramón, siendo un hombre algo solitario, filosofa con frecuencia sobre la situación actual bélica. Mientras, durante una de sus reflexiones, evoca el Saco de Roma de 1527, critica a la vez a la iglesia católica: “Me pregunto a veces, muchas veces, cuando me decís que no sé en qué pienso, qué hubiese sido de mí de haber asaltado Roma con el Condestable...” (206). Según Aranguren, Ramón defiende aquí en principio una posición cristiana, pero pide a la vez más independencia de Roma por parte de España:

[*La fiel Infantería*] encarna en dos camaradas la FET, la unión de Falange y Requeté. El mito historicista de un catolicismo «español», independiente de Roma y libre de clericalismo, se razona por el protagonista con la evocación del saco de Roma y el

¹⁰⁰ Los errores ortográficos en nombres propios alemanes han sido corregidos por la autora.

diálogo sin *misreading*, con lectura literal («hemos principiado una nueva edad»¹⁰¹), de Alfonso de Valdés (Aranguren, José Luis: “El curso de la novela española contemporánea”, en: *Estudios Literarios* (Madrid, 1976), p. 230, citado por Rodríguez-Púertolas 1986: 512).

Es precisamente por este tipo de comentarios anticatólicos que *La fiel infantería* fue, en un primer momento, prohibida por la censura. Además, resulta interesante que el protagonista recurra aquí a Carlos I, un personaje de la historia hispano-alemana.

Siguiendo el mismo hilo argumental, el monólogo de Ramón termina con las siguientes palabras: “... sólo nos guía y alienta la voz del César, sólo del César. ... Qué le vamos a hacer, Matías; pero me parece que esta posición puede llamarse gibelina” (García Serrano 1943: 207). La utilización del término ‘gibelino’¹⁰² puede considerarse otra referencia a Alemania a través de la que Ramón, sin ponerle demasiado énfasis, parece simplemente asumir la alianza bélica actual entre España y Alemania.

También en otras ocasiones, Ramón se refiere a acontecimientos bélicos relacionados con Alemania que recuerda. Cuando piensa sobre el contenido del próximo discurso del general sospecha: “Quizás hable de Otumba, de San Quintín y de Nördlingen¹⁰³” (217). El narrador incluye en la mención de estos tres lugares también una batalla en Alemania, la batalla de Nördlingen (Baviera), que tuvo lugar durante la Guerra de los Treinta Años y en la que Suecia y la Liga de Heilbronn perdieron contra los Habsburgos católicos¹⁰⁴. Así, el narrador demuestra una vez más sus conocimientos históricos.

Cuando los tres protagonistas se encuentran por última vez con el capitán alemán de su tropa de la Legión Cóndor, este último, poniéndose algo nostálgico, se despide de ellos con las siguientes palabras:

«Ah, qué viejo soy. Me siento excesivamente paternal. Espero que se acuerden de su camarada, el gordo capitán germano». (...) Saludó y fué hacia otro grupo. Los brigadas instructores, legionarios de la Cóndor, se cuadraban ante sus antiguos alumnos y éstos, caballerosamente, respondían con el mismo celo, precipitado y seguro, de cuando eran cadetes, del día de antes (220-221).

¹⁰¹ Aranguren cita aquí de García Serrano 1943: 214.

¹⁰² Seco et al. (1999: 2334): ‘gibelino’: “*adj. (hist.) En la edad media italiana: Defensor de los emperadores alemanes en contra de los papas. [...] Castillo Polis 220: Los papas lograron formar un fuerte partido pontificio, que se conoce con el nombre de Güelfo... Frente al partido güelfo se organizó el Gibelino*”.

¹⁰³ Errores ortográficos en nombres propios alemanes han sido corregidos por la autora.

¹⁰⁴ Véase www.wissen.de/deutsches-reichschweden-6-9-1634?keyword=N%C3%B6rdlingen, 14.02.13.

El hecho de recapitular las palabras de este nazi hace sospechar que el recuerdo de Ramón de la colaboración germano-española es positivo. La descripción de la despedida es, sin embargo, bastante neutral.

En la línea filonazi, Ramón critica, en otra ocasión, el mal gusto literario de uno de sus compañeros que acaba de incorporarse a su ejército. En su opinión, este soldado es “un ser extraño, de paisano, que elaboraba cuidadosamente un artículo sobre Proust” (230). Dirigiéndose al nuevo, Ramón le interroga:

Menos bromas. En serio, ¿tú admiras a Proust, a Zweig, a Gide, a Lawrence? (...) Yo los ahorcaría por supercivilizados. Son tan elegantes, tan exquisitos, tan depravados, que están dando voces llamando a los bárbaros. En resumen: todo esto que sucede es una purga (230).

No es de extrañar que, para criticar a su compañero, Ramón elija también a un escritor germano, el austriaco Stefan Zweig (1881 – 1942), que fue un profundo pacifista. Zweig se ocupó en sus primeras obras sobre todo del tema de la sexualidad y del psicoanálisis según Freud. Más tarde se dedicó también a la historiografía, con el propósito de centrarse precisamente en una historiografía de carácter antiheroico, criticando todo tipo de guerras y, en especial, el nazismo. Entre sus obras más conocidas están la antología de cuentos *Momentos estelares de la humanidad: catorce miniaturas históricas* (1927) y la *Novela de ajedrez* (1941) que narra el cautiverio en manos de los nazis que vive un médico, jugador de ajedrez. Con ambas obras Zweig alcanzó gran popularidad. Aún durante la Primera Guerra Mundial, el escritor se exilió en Suiza. Por sentimientos de profunda resignación y amargura frente a los acontecimientos bélicos en Europa, se suicidó en 1942 en el exilio en Brasil¹⁰⁵.

La calificación de Zweig de “supercivilizado” también manifiesta lo que antes se ha denominado ‘antirremarquismo’ del narrador.

No obstante, en algunos pocos momentos parece que vacila el espíritu bélico y tan falangista del narrador, cuando, por ejemplo ante la gran crueldad de la guerra, se cuestiona la existencia de Dios: “¿Es Dios justo al matar así, así, tan pobremente, tan sin gloria, a un varón que lleva con coraje sus armas y soporta con valor las contrarias?” (286). Es uno de los pocos momentos en los que la novela parece adquirir un tono remarquiano. Pero, como ya observó Schmolling (1990: 259-260), hay más momentos de antítesis a Remarque, por ejemplo en la segunda parte. Matías relata entonces el encuentro con uno de sus profesores que se ha convertido al liberalismo:

¹⁰⁵ Compárese <http://www.wissen.de/lexikon/zweig-stefan?keyword=Stefan%20Zweig>, 05. 11. 13.

El viejo profesor era bastante anaranjado. (...) ¡Ah, la política española! Nosotros, qué chiquillos para él. Y ahora me mira titubeante y encogido; debo asustarle con mi encapotada presencia. De golpe, comprende que los niños se le escaparon de las manos, se le hicieron hombres, otros hombres distintos de lo que él quiso. Se derrumba su vida a mis plantas, le brillan los ojos cuando me coge la mano tímidamente entre las suyas y me las va oprimiendo, confiándose – se le borra el miedo y le nace la paternidad en la boca –, hasta hacerme daño. Me da lástima. – Tenían ustedes razón (136-137).

Esta referencia a la transformación de niños en hombres aparece con frecuencia en la novela de Remarque.

Otra tendencia germanófila en Ramón se desprende cuando habla del idioma alemán. Durante un viaje en tren, acompañado por un grupo de soldados heridos que juegan al póker, Ramón reflexiona sobre este juego y apunta:

[Hacer trampas en el póker] no importa. Mirad: él y yo jugábamos al ajedrez y el otro nos apedreaba con sentencias eruditas. Si alguna vez pensara matar el tiempo no jugaría al ajedrez, estudiaría alemán, que es más práctico (293).

Una vez más, el narrador no expresa una germanofilia muy pronunciada en el sentido de una verdadera inclinación por lo germano, pero realza el carácter práctico de conocer este idioma.

A pesar de que aparecen en esta novela relativamente pocas palabras o expresiones en alemán, se refleja al final de la obra, con un protagonista agonizante, que la experiencia militar compartida con los nazis ha tenido sus repercusiones en Ramón. Aún en el tren de los heridos, el delirio de Ramón empieza a agravarse, pero todavía es capaz de escuchar las conversaciones de sus compatriotas. Estos debaten sobre la muerte y sobre el significado del término ‘arcangélico’. Así, Ramón, sin poder contestar, escucha el diálogo de sus compañeros:

–Eh, tú, ¿y dónde está lo arcangélico? Hasta ahora sólo nos suministras datos para que sospechemos que es de los de «Disparad primero». – ¿Y qué más? – Calma, muertos de poca fe. Todo llega. Llegó la conversación en que alguien habló de la tierra de nadie y hasta dijo la palabreja *niemensland*. Entonces él juró como un carretero (297).

El significado de la palabra alemana ‘Niemandsland’¹⁰⁶, en castellano “tierra de nadie”, es el de “territorio que no pertenece a nadie” y también el que “(...) se encuentra entre las primeras líneas de dos ejércitos enemigos”¹⁰⁷. Sin embargo, el lector tiene aquí la sensación de que el narrador no se refiere (únicamente) a la acepción político-geográfica del término. También se alude de esta manera metafóricamente a la muerte cercana de Ramón: hasta se puede leer –lo que puede haber sido otro de los aspectos

¹⁰⁶ La ortografía de esta palabra fue rectificada por la autora.

¹⁰⁷ Véase Seco et al. (1999: 4311) que indica que este término también se usa de manera figurativa.

criticados por la censura– como una negación de la existencia del paraíso, que llegará después de la muerte. Si fuera así, esta cita adquiriría una interpretación anticatólica. Parece que el narrador sólo evoca este término para después poder enlazarlo con uno de los aspectos claves de esta novela y también de la guerra en general: la lucha por la tierra considerada propia, la ocupación y apropiación del territorio del ‘enemigo’. A continuación, los soldados siguen con el debate:

¡Cómo! ¿Qué es eso de tierra de nadie? Nuestra, nuestra y bien nuestra. Desde aquí a Valencia. Esto lo dijo porque era el límite más cercano. Fué un enfado tan estúpido, un berrinche tan fuera de lo acordado, que el teniente dejó de repasar las cuentas con el brigada y, aun queriéndole, no pudo menos de dispararle esta invitación: «Mira; yo tengo que acabar con esta puñetera suma y no quiero gritos. Si es nuestra esa tierra, pásate por ella.» El cortesano desempolvó su peluca y la respuesta fué sencillísima, sencilla como sus ojos que nos miraban a todos con risa: «Bien, mi teniente; gracias.» Saltó fuera de la trinchera limpiamente y anduvo un gran rato con su paseo de *penseroso*, mirando las piedrecillas, los cerros, dando pataditas a los piquetes, respirando el aire como en un solárium, mientras en su torno silbaban las balas (297).

A pesar de haber utilizado antes un término alemán, se vuelve rápidamente a la situación política de la España de entonces. Es probable que el narrador, empleando de vez en cuando una palabra alemana, pretenda darle cierto carácter intelectual a su obra, intento que no es logrado. A la vez es su intención recordar el contexto bélico.

Ramón finalmente sucumbe a sus heridas y con él muere el último de los protagonistas. Schmolling apunta acerca de esta muerte:

Für [Ramón] ist es die größte Schmach, seiner Bestimmung nicht folgen zu können, im Kampfe für das Vaterland zu fallen, sondern nach längerem Siechtum sinnlos sterben zu müssen. Seiner anfänglichen Rebellion gegen das Schicksal folgt die Resignation... (Schmolling 1990: 264)¹⁰⁸.

Es un comentario que reafirma el carácter sumamente falangista de esta novela.

A modo de resumen, *La fiel infantería* cumple con los rasgos típicos de la novela falangista, empezando por los representantes supuestamente intelectuales, sobre todo en términos históricos y literarios. Este papel lo desempeña Mario en la primera parte, Ramón en la tercera y, como narrador general, Miguel. Otro rasgo típico falangista es el predominio del tema de la muerte: el número de muertos es excesivo puesto que fallecen todos los protagonistas y narradores.

Como elementos filonazis destacan, por un lado, las múltiples referencias a la novela remarquiana, que, entre otros, también observó G. Gómez de la Serna:

¹⁰⁸ “Para [Ramón] es la mayor deshonra no poder cumplir con su destino de morir luchando por la patria sino tener que morir sin sentido, después de una larga enfermedad. A su rebelión principal contra este destino sucede la resignación...”, traducción de la autora.

De Remarque [García Serrano] ha tomado, acaso cierto tono desgarrado, cierta crudeza expresiva y hasta en alguna ocasión ... similitud de situaciones estéticas, de momentos descriptivos y de ritmo literario. Pero frente al 'remarquismo' García Serrano ... ha llenado de sanidad espiritual el *episodio*. Al tono deportivo ... ha unido la conciencia misional y generacional, que, tanto como aquél, faltaba en la novela europea de la guerra (Gaspar Gómez de la Serna: *España en sus episodios*, p. 188, citado por Schmolling 1990: 260).

Por otro lado, en el contexto de la participación de la Legión Cóndor, se le atribuye cierta importancia al apoyo nazi sin que las situaciones descritas sean entusiastas. En pleno contexto bélico de la época, *La fiel infantería* se puede, por tanto, considerar una novela filonazi de acuerdo con la definición de la palabra en este trabajo.

4. 5. José Antonio Giménez Arnau

La perspectiva del mundo germano del falangista José Antonio Giménez Arnau resulta especialmente interesante: el escritor, nacido en 1912 en Laredo (Santander) y fallecido en 1985 en Madrid, no solo fue novelista sino también diplomático. En su función de embajador viajó por muchos países y conoció diferentes ciudades:

[Giménez Arnau] doctoró por la universidad de Bolonia (...) y amplió estudios de Derecho Internacional en Ginebra. Ingresó en el Cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado en 1936 y en la Escuela Diplomática en 1942. Fue secretario en las Embajadas en Buenos Aires y Dublín, en 1943 y 1946, respectivamente, y agregado de Economía Exterior a la legación en Montevideo en 1948. Entre los años 1953 y 1955, como paréntesis en su gestión diplomática, preside en España la Dirección General de Cooperación Económica del Ministerio de Comercio, regresando a Montevideo como consejero de Economía Exterior en 1956 (*El País* 1985: s. p.).

Además de su labor periodística por la que fue premiado más de una vez, Giménez Arnau es autor de varias novelas, entre ellas *La colmena* (1945), *La hija de Jano* (1954) y *Este-Oeste* (1961). También escribió obras de teatro así como una autobiografía con el título *Memorias de memoria*, de 1970 (*El País* 1985: s. p.).

4. 5. 1. Línea Siegfried, 1940

Para el presente trabajo son de especial interés dos novelas de Giménez Arnau: *Línea Siegfried* y *El puente*, de 1940 y 1941, respectivamente. Ambas tratan los temas bélico y alemán, tienen presente aspectos históricos reales y además incorporan elementos metafóricos. Así, la Línea Siegfried es el símbolo bélico por excelencia de la primera obra. Este título, en alemán 'Siegfriedlinie', es la denominación de una muralla construida entre 1936 y 1940 por motivos propagandísticos de la guerra. Marcó la frontera entre Alemania y los países del oeste, extendiéndose desde Kleve (Países

Bajos) hasta Grenzach-Wyhlen (Suiza) (Moschek 2010: 29-30). Como apunta Sala Rose (2003: 349),

..., durante [la Primera Guerra Mundial] se dio el nombre de línea Sigfrido a la ineficaz línea de fortificaciones que construyeron las tropas alemanas en la frontera occidental del Reich (parcialmente reutilizada durante el segundo gran conflicto bélico bajo el nombre de *Westwall*) (...).

La utilización de este nombre hace también hincapié en la fe de los alemanes en la victoria: “Desmembrando su nombre en *Sieg* («victoria») y *Fried* («paz»), a la manera wagneriana, Sigfrido representaba mejor que nadie el viejo principio militarista de que la auténtica paz únicamente podía llegar después de una victoria en la guerra” (Sala Rose 2003: 349). La ‘Siegfriedlinie’, también denominación inglesa para esta ‘muralla del oeste’¹⁰⁹, estuvo además provista de un gran número de búnkeres y túneles.

El protagonista de *Línea Siegfried* es Miguel de Laviga, de 47 años, corresponsal de prensa española de *La Gaceta* en Roma. Se trata de un protagonista con cierta cultura que ya ha viajado por diferentes países europeos y que, por consiguiente, habla italiano, inglés, francés y también algo de alemán. La acción novelística empieza en Roma y con una carta, fechada el 20 de agosto de 1939, que escribe Miguel a su jefe Guillermo Acosta, el director de *La Gaceta* (Giménez Arnau 1981: 17¹¹⁰). Después de la víspera, la novela se centra por tanto sobre todo en los primeros meses de la guerra. Consta además de un sello autobiográfico ya que el protagonista, como corresponsal, también efectúa cierta labor política. Sin embargo, a diferencia del escritor, el trabajo de este periodista se desarrolla entre las ciudades de Roma y Berlín.

La novela está dividida en catorce capítulos y el último se titula *Línea Siegfried*, que da título a la obra. Se narra por entero desde la perspectiva de Miguel quien, en tercera persona del singular, versa principalmente sobre dos grandes temas. El primero, y a la vez la trama que sirve de marco a esta novela, es la guerra. Junto a esta, lo son también las experiencias que vive Miguel en el mundo profesional en Berlín en 1939, “... el Berlín prematuramente ebrio con las primeras fáciles victorias...” (Nora 1970: 174). Además de las impresiones del protagonista sobre la Europa en guerra y sus reflexiones sobre los conflictos bélicos en general, el segundo gran tema de *Línea Siegfried* son las relaciones hispano-alemanas y el amor alemán: Miguel compara con

¹⁰⁹ Véase <http://www.wissen.de/lexikon/siegfriedlinie?keyword=Siegfriedlinie>, 19.04.2013.

¹¹⁰ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo sucesivo a José Antonio Giménez Arnau (1981): *Línea Siegfried*, Destino, Barcelona.

frecuencia su país natal con el de acogida y conoce también a varias mujeres en Berlín. Con algunas, como Hanny, Elena y Ellen, establece relaciones amorosas.

La obra es una retrospectiva de la estancia de Miguel en Alemania sobre la que escribe en Roma una vez terminada su misión, a finales de 1939 y principios de 1940 (Giménez Arnau 1981: 272). Es un conjunto de apuntes que están compuestos de reflexiones, impresiones, vivencias y conocimientos que hizo el protagonista en Alemania y también durante sus viajes por los países vecinos. El lugar narrativo predominante es, por tanto, Berlín, aunque la novela empieza y finaliza en Roma y con el viaje hacia Alemania. Dos destacados críticos literarios opinan sobre la novela:

En realidad, más que novela, parece una hilvanación [sic] de reportajes periodísticos bastante informativos, pero superficiales, amalgamados por las frecuentes aventuras amorosas del protagonista, «sucedáneo de acción de escaso interés» (Nora 1962, III: 217¹¹¹) (Rodríguez Richart 1986: 5).

El narrador tiene el oficio de periodista, por ello ve el mundo desde ese prisma profesional, con lo que el lenguaje dominante en la obra es el propio de ese mundo de la comunicación escrita. Así, casi siempre se desprende de su narración, sobre todo en sus entrevistas, su gran curiosidad. Además de caracterizarse de esta manera como buen periodista, esta curiosidad le acompaña en todas sus observaciones y comparaciones entre España y Alemania a las que se dedica con minuciosidad.

Las circunstancias que le hacen viajar a Berlín en vísperas de la guerra son, por un lado, una carta de su jefe que necesita un corresponsal en el lugar de los hechos. A estas alturas de su vida profesional, su relación con el jefe, el director de *La Gaceta*, ya está algo deteriorada. Por otro lado, debido a la situación política, el protagonista teme perder su puesto en Roma y ve cierta obligación en viajar a Alemania. Apunta que regresar a España sería para él lo equivalente a un fracaso profesional: “Todo menos volver a España así. Todo menos tener que soportar las burlas de unos cuantos cretinos” (Giménez Arnau 1981: 19), dice a su amigo Carlos. Con todo, este cambio de puesto también comporta un aumento de su salario.

Poco antes de partir hacia Berlín, Miguel conoce en una playa italiana a una mujer suiza, Louise Bayer, que él llama ‘la sirena’. Sin embargo, comenta que este encuentro no es más que una “aventura con la sirena rubia de Ginebra [que] se había apagado en cuarenta y ocho horas intensas, que le habían hecho comprender que la

¹¹¹ Respecto a esta cita, véase también Nora 1970: 174 (edición citada según la bibliografía de este trabajo).

suiza era tan hermosa como estúpida” (33). Louise es solo una mujer más en la lista de las chicas que conoce el protagonista y una relación más no duradera.

Aún en Roma y con las noticias del inminente conflicto bélico que llegan desde Alemania, Miguel describe el ambiente entre sus colegas y opina sobre esta guerra que está a punto de estallar. Es sabido que el protagonista luchó en la Guerra Civil y que esta experiencia no fue negativa para él. En general, cuando habla de la guerra española, destaca que era una guerra activa, apasionada y ruidosa, siempre en oposición con la guerra alemana actual. Aunque en estos momentos apunta que teme una nueva guerra, este temor queda camuflado por el temperamento de sus colegas que, con pasión, hablan del inminente conflicto bélico: “Los tres españoles hablaban de guerra y hablaban con más apasionamiento que si esta conversación hubiera sido vivida por franceses, ingleses y alemanes” (10). Según el narrador, la pasión es algo propio y típico de los españoles. Volverá a ella en más ocasiones, sobre todo se sirve de ella para diferenciarse del carácter frío del alemán. A lo largo de esta obra, efectúa más comparaciones de este tipo entre españoles y alemanes.

En la narración de Miguel resaltan algunas características suyas que son claves para su manera de trabajar y su personalidad en general:

También en aquel campo de batalla, situado en torno a una mesa de una *trattoria* teóricamente al aire libre y presidida por una fuente que contenía los restos de una helada macedonia de frutas, había dos bandos. De un lado estaba la diplomacia. Del otro el periodismo. Carlos Puértola y Alfonso Saavedra defendían la tesis contraria a la totalmente pesimista de Miguel de Laviga, dueño no sólo de la certeza, sino también de la inminencia de la guerra (10).

El pesimismo de Miguel al que se hace referencia aquí es una característica que sufrirá a lo largo de su vida: no solo en lo profesional, sino sobre todo en cuestiones amorosas e interpersonales. El pesimismo le dificultará afrontar ciertos problemas. Se confirma cuando Miguel recuerda que “[e]l director de su periódico le había escrito ya dos cartas en que salían a relucir las palabras «pesimismo» y «sensacionalista» (...) ... contra él” (11).

Hasta qué punto Miguel desea en estos momentos que no estalle una nueva guerra, se desprende de sus palabras a Alfonso:

Querido Alfonso, [en este debate sobre la guerra] no se trata de una apuesta sobre la victoria de un equipo en una carrera de regatas. Se trata simplemente de la vida o de la muerte en Europa. ¿Comprendes? Yo te juro que – aunque no veo cómo – celebraré mucho haberme equivocado, a pesar de que ello significase el puntapié del periódico y la burla de la gente (11-12).

Sus colegas y amigos, sin embargo, consideran que Miguel simplemente no es capaz de mantenerse fiel a una postura (política) determinada.

A pesar de todo, el protagonista viaja finalmente a Berlín. Durante el trayecto en tren, se cuestiona sus propias ambiciones, y una de ellas es el viajar constante ya que considera aburrido quedarse mucho tiempo en el mismo sitio. En el momento en que pasa la frontera con Austria y que aparece el revisor, se sabe que Miguel habla algo, aunque no mucho, de alemán:

No había tomado apenas posición, cuando un agente de aduanas alemán le solicitó el pasaporte – *Bitte schön, den Pass*¹¹². – Hasta aquí llegó el recuerdo del alemán de Miguel. Se lo alargó y le dijo con la mejor de sus sonrisas: – *Bitte schön. – Danke sehr.* – Pero luego el hombre del uniforme verdoso preguntó algo más (32).

Entonces la conversación cambia al inglés. Es de suponer que los conocimientos lingüísticos de Miguel se remontan a una estancia anterior en Alemania. La situación termina con un comentario del empleado del *wagon-lit* sobre la lengua alemana: “Difícil idioma, ¿verdad?” (32) dice, dirigiéndose al protagonista, y Miguel responde: “Imposible” (33). El empleado replica entonces: “No lo olvide, señor. Este idioma es un pedazo más de línea Siegfried” (33). Esta primera referencia al título ya alude a uno de los mensajes más importantes del narrador de esta obra: según él, la línea Siegfried es una especie de frontera que para cualquier persona no alemana es imposible de cruzar.

Poco después, Miguel se acuerda de una conocida suya, una mujer que él llamaba ‘Gardenia’:

Por aquí, más o menos, debía de haber estado en el campo de concentración «Gardenia». (...) Era extraño que esta pequeña mujer hubiese calado tan profundamente en él. (...), «Gardenia», hoy separada ya por un mes de ausencia, vivía intensamente. La llamaba siempre así: «Gardenia». Ella podía haberse llamado María, o Francisca, o Paola, o Teresa (33).

Pero Miguel también apunta que ambos nunca fueron novios:

Habían vivido una amistad de semanas, y cada uno ya sabía todo del otro. Era, sobre todo, amistad lo que les unía, tan fuerte como puede ser una relación de ese tipo entre personas de distinto sexo (35-36).

Sus conocimientos culturales del mundo germano se muestran cuando Miguel describe el ambiente germano, aún desde el tren:

Fuera de la ventanilla le esperaba una visión conocida. Eran las mismas mujeres rubias, los mismos pantalones cortos de alpinos, los mismos sombreros de fieltro coronados de pluma que él había visto en «La posada del caballito blanco»¹¹³. Faltaba sólo que el

¹¹² “El pasaporte, por favor”, traducción de la autora.

¹¹³ Se refiere aquí a una opereta de tres actos compuesta por Ralph Benatzky. *La posada del Caballito Blanco*, en alemán *Im weißen Rößl*, se estrenó por primera vez el 8 de noviembre de 1930 en Berlín. La

jadear del tren fuese sustituido con el «tra-la-la-lí», que las montañas estaban dispuestas a multiplicar con el eco (36).

La impresión que Austria causa en estos momentos en Miguel se corresponde, pues, con sus conocimientos anteriores sobre el país, en este caso, con una película. Además, es posible que con la última frase se refiera al típico ‘grito-canto’ (en alemán “jodeln”) que se practica en Austria, Suiza y el sur de Baviera. Lo compara con un grito que uno de sus compañeros de guerra siempre efectuó durante la Guerra Civil:

[Miguel] Se acordó de Santi, el viejo amigo lleno de humor, que popularizó este grito en la guerra de España, llevándolo primero desde el poco adaptado escenario de los barcos pesqueros armados, donde rígidas caras de marineros vascos y gallegos le oían con asombro, para acabar convirtiéndole en su grito de guerra, al más lógico ambiente de las montañas tirolenses nevadas, donde el grito se ensanchaba a su gusto, engañado por la identidad del panorama (36).

El protagonista se refiere aquí a su participación en la Guerra Civil. Al mismo tiempo, considera que las montañas tirolenses son el perfecto ambiente para gritos de este tipo. Es de suponer que esta relación entre el grito y la montaña no solo es una imagen conocida en España, sino también en el resto de Europa, en cuanto a la idea que se tiene de las zonas germano-parlantes del sur de Alemania.

Poco después apunta que aún tiene la sensación de un ambiente totalmente pacífico y cita otra vez el título de la obra:

Cierto que estaba aún lejos de los escenarios de guerra. Los fusiles hablaban en Polonia, donde las fuerzas alemanes [sic] avanzaban, y murmuraban apenas en la línea Siegfried, donde hacía unas horas ya existía oficialmente un frente enemigo. Aquí había paz absoluta. Una primera promesa de nieve en las cumbres nevadas, y por los caminos, de cuando en cuando, parejas armadas de mochilas y calzadas con botas de clavos, que iniciaban o terminaban una excursión a los picos alpinos, daban absoluta sensación de normalidad (37-38).

En la estación en Múnich, el protagonista baja del tren para quedarse en casa de un viejo familiar suyo, Juan Castillo, casado con una mujer bávara, llamada Elsa. El narrador comenta la hospitalidad de ambos: “En casa esperaba ya Elsa, robusta como su marido, y que hablaba un español con fuerte acento bávaro” (39), con lo que indica ciertos estereotipos sobre los alemanes en general y los bávaros en particular, en cuanto

opereta se basa en la comedia del mismo nombre, escrita por Oscar Blumenthal y Gustav Kadelburg: “Die große Popularität dieses Werks wird vielfach darauf zurückgeführt, dass hier eine »deutsche Urlaubsoperette« geschaffen wurde, die mit zahlreichen Schlagermelodien und vielen Starrollen sympathische Exemplare des »typischen« Deutschen und des »typischen« Österreicherers auf die Bühne bringt” (<http://www.wissen.de/lexikon/benatzky-ralph-im-weissen-roessl?keyword=Im%20wei%C3%9Fen%20R%C3%B6%C3%9Fl>, 26.04.13). (“A menudo se supone que la gran popularidad de esta obra tiene su origen en la creación de una «opereta vacacional alemana» que, a través de múltiples melodías de la música popular y muchos protagonistas estelares, pone en escena ejemplares simpáticos del «típico» alemán y del «típico» austriaco”, traducción de la autora).

a su físico y a su manera de hablar idiomas latinos. En casa de Elsa y Juan se aloja además Álvarez, el socio de Juan Castillo. Así, los tres hombres comparten sus reflexiones y expectativas acerca de la guerra. Destaca que Miguel le dé una gran importancia a lo militar en la guerra. Al mismo tiempo, compara el inicio de la Segunda Guerra Mundial con la Guerra Civil española. A estas alturas, aún el día cinco de septiembre, Miguel ve Alemania inferior a España, en cuanto a su ‘filosofía bélica’:

Él recordaba el quinto día de guerra en España, los trenes del quinto día de guerra en España, y comprendía el abismo que separaba a su país de éste ahora en lucha; el abismo que separaba una apasionada guerra civil de una fría y matemática guerra entre naciones (42).

Esta comparación se acentúa aún más al final del mismo capítulo:

Veintiuno de julio de mil novecientos treinta y seis. Quinto día de guerra en España. (...) Oía como en una película sonora el ruido de la España en armas. El señor de enfrente roncaba y le ayudaba. Tiros, cañonazos, gritos, entusiasmo. Veintiuno de julio de mil novecientos treinta y seis. Ni un solo tibio ni un solo neutral en toda España. (...) Todos, sin excepción, agarrados a una idea. Y los trenes llevando soldados o transportando municiones, pero vibrantes, caldeados como el clima, como la pasión, como la guerra recién nacida. (...) Cinco de septiembre de mil novecientos treinta y nueve. Quinto día de guerra. Silencio. Orden. Disciplina (43-44).

En tres palabras, el narrador describe la guerra alemana que se diferencia de la española, precisamente, por su silencio, su orden y su disciplina. Por el contrario, la guerra española es barullo y trajín, aunque ello sea valorado positivamente. Miguel acentúa con sus palabras la frialdad de los alemanes.

Mientras, Juan, durante un paseo por Múnich, se muestra convencido de que los nazis ganarán esta guerra y comenta el relevo de la guardia: “Con estos hombres no pueden perder”. (...) “No pueden perder” (41). Miguel, sin embargo, no comparte abiertamente esta posición. Su actitud es más ambigua. En silencio se cuestiona si alguien puede entender el sentido y la utilidad de la guerra – una reflexión que, a primera vista, recuerda el tono de Remarque:

Él había sido injusto al quejarse de la actitud española frente a sus crónicas diarias de alarma, pues que ahora veía que en las mismas naciones interesadas debía haber sido lo mismo. Los pueblos no habían creído en la guerra antes y no la entendían aún. ¿La entenderían alguna vez? (42-43).

También se pueden leer estos pensamientos, más que un juicio de valor, como las observaciones de un buen periodista – observaciones que se acentúan aún más debido a la estancia de Miguel en el extranjero.

Conforme con sus descripciones e impresiones anteriores, su llegada al hotel Eden en Berlín parece, efectivamente, desarrollarse en tiempos de paz. Gabriel, otro

amigo español que tiene en la capital alemana, le da la bienvenida antes de que Miguel tome un baño caliente y un buen desayuno: “La cosa no era para tanto, pensó mientras se servía una taza de té y extendía mantequilla sobre un trozo de pan” (49), y, poco después: “Normalidad. Hasta ahora no comprendía estar en país de guerra” (49).

Además de su encuentro con Louise Bayer y sus recuerdos de la amistad con la ‘Gardenia’, Miguel vive algunas relaciones amorosas en Alemania. A su llegada a Berlín se acuerda de Hanny Boemer que había conocido hacía más de seis años en Colonia. Si bien en estos momentos aún no se sabe cómo se conocieron, el narrador lo revela en breve. Primero, conversa con Gabriel sobre las mujeres en general:

¿Y mujeres, Gabriel? ¿Qué tal las mujeres? – Dicen que bien. (...) – Según los historiadores, Berlín es país de mujer de pierna larga y aventura fácil. – Dificultad más para quien ama un poco la selección – dijo, ya más seriamente, Gabriel (51-52).

A continuación, Miguel le pide a Gabriel que le ayude a escribir una carta a Hanny para poder quedar con ella ya que sus propios conocimientos del alemán no son suficientes:

Y pocos segundos después escribía sobre un papel con membrete del hotel unos renglones en más o menos correcto alemán, que decían así: «Querida Hanny: Estoy en Berlín. ¿Te acuerdas de Colonia? ¿Y de mí? Estoy en el Eden y sólo espero verte. Siempre tuyo... » (53).

Pero la búsqueda por Hanny se ve entorpecida: primero, por una mudanza suya, y después, porque había cambiado de apellido¹¹⁴. A lo acontecido, Miguel cambia el texto de su carta que formula ya de manera más distanciada: “«Frau Kaiser: Acaso se acuerde usted de Miguel de Laviga. Estoy en el Eden Hotel. Si desea usted algo me tiene a su disposición»” (55). Así, un protagonista algo decepcionado recuerda cómo conoció a Hanny en Colonia en 1932 en una pensión donde vivía gente de distintos países:

Vivía al lado de la Ópera Platz de Colonia, en casa de una gorda, alegre y sonrosada señora, viuda de un gran fabricante de muebles, arruinado durante la inflación. La casa era una simpática *pension de famille*, donde además de una comida muy alemana se recibía una buena dosis de cordialidad (56).

Estos recuerdos están marcados por las buenas impresiones de la vida de Miguel en Alemania. También lo son las descripciones de su primera excursión con Hanny y otros amigos:

Decir que la excursión fue agradable será innecesario si se aclara que la tarde de agosto era maravillosa, el panorama de la orilla del Rhin perfecto y deliciosa esta muchacha,

¹¹⁴ Sobre todo en el siglo XX, pero también hoy día, la costumbre alemana más frecuente cuando dos personas se casa(n), era (es) la de adoptar la mujer el apellido de su marido. Así, toda la familia tenía (tiene) el mismo apellido.

como de veintidós años, con ojos azules e ingenuos, cara ovalada y figura delgada y ágil (56).

Sus buenos recuerdos este día de verano se componen aquí de la combinación entre el bello paisaje y la chica guapa. Al principio, a ambos les cuesta encontrar un idioma común, pero poco después “se estableció una muda corriente de simpatía entre aquella pareja ... que durante unas horas estuvo en constante comunicación, a pesar de la ausencia de palabras” (56-57). A pesar de cierta cursilería describiendo algunas situaciones, el texto también tiene un toque de humor, por ejemplo, cuando el protagonista apunta su siguiente cita con Hanny:

Naturalmente, se encontraron el día siguiente en la estación. No solamente porque ésta fue siempre acogedor sitio para las citas de enamorados, que en el humo de los trenes escriben fácilmente proyectos que nunca se realizan, sino sobre todo porque cuando no se habla un idioma, imitar una locomotora es siempre lo más fácil (57-58).

A medida que Hanny y Miguel profundizan en su relación, su comunicación también mejora. Según el protagonista, aquello va en detrimento de la chispa inicial de su encuentro:

Con el pasar del tiempo, los diálogos, al principio de pantomima pura, iban ganando comprensión y perdiendo originalidad. Era curioso que esta posibilidad de comunicarse más bien les había alejado que los aproximara. Él se sentía, naturalmente, más ligado, porque el tiempo y la costumbre le unían a ella; pero pensaba nostálgicamente en aquella mujer del lago la noche que inventaron un idioma y se besaron por vez primera poniendo por testigo a la luna de unos no pronunciados juramentos de amor (58).

A raíz de ello, Miguel conoce la historia de Hanny. La joven alemana se había independizado a los 18 años ya que no tenía muy buena relación con su padrastro, el segundo marido de su madre, y, por consiguiente, tampoco ya se llevaba muy bien con su madre. Desde entonces, trabajaba “y tenía el orgullo de su honestidad” (59). Por lo demás, el narrador la describe como “una mujer intachable (...), perfectamente normal, salvo en sus reacciones, siempre influenciadas, positiva o negativamente, por el recuerdo de los años de obsesión en la casa materna” (59). Pero Hanny, cuya psicología no es entendida por Miguel, está jugando con él: tiene otro amigo-amante y por no estar segura de si le quiere realmente o no, le da largas a Miguel:

«Yo sólo he conocido a un hombre, y una sola vez. Creo que me equivoqué, porque no le quiero. Pero sólo sería capaz de tomar otro cuando estuviese segura de quererlo, y de quererlo únicamente. Ahora sois dos frente a mí, que no acabáis de venceros el uno al otro» (60).

Tras algún tiempo, Miguel decide ponerse en contacto con su rival, el segundo novio de Hanny. Sin embargo, el novio no hace caso a la proposición de Miguel de pelearse por

la alemana. Tras una breve correspondencia entre los rivales, Miguel apunta: “Por su parte, Hanny no dijo nada, pero Miguel vio claramente que ante sus ojos el vencedor de aquel incruento duelo literario había sido él” (63). Es otro estereotipo, aunque más indirecto, sobre el temperamento del español y la falta de éste del alemán.

La relación entre Miguel y Hanny dura cuatro meses – el tiempo que el corresponsal trabaja en esta ocasión en Alemania. Hacia el final de esta estancia, la relación empieza a enfriarse. No obstante, el protagonista intenta mostrarse positivo, diciéndole a su amiga-novia:

«No sé si volveremos a vernos (...). Pero no importa. Tú has entrado en el círculo pequeño que en la vida componen las personas que queremos. Es igual que pase un año o que pasen diez. Para mí eres un pedazo de mi historia y cuando piense en Alemania le pondré tu cara. Tú seguirás viva en el recuerdo» (64-65).

A partir de ahí, el protagonista asociará Alemania siempre a estos recuerdos con Hanny que en global son positivos. Cuando se despiden, Miguel insiste en que ella, en caso de necesidad, acudiría hacia él, y ella se lo promete.

La retrospectiva del narrador termina con el encuentro real con Hanny. Entonces, Miguel se lleva la sorpresa de que, además de haberse casado, Hanny está esperando un hijo. Sin dar más detalles, se sabe en este contexto también que tanto Hanny como su marido son fervientes nacionalsocialistas. Tras una corta conversación, ambos quedan para el día siguiente y entonces, los papeles y sentimientos parecen haberse invertido: Miguel va a verla ya con el propósito de dejar la relación. Los sentimientos de Hanny, en cambio, parecen haberse reavivado. Tras una cita bastante breve y serena, Miguel decide no verla más y se despide con una referencia al título de la obra y con un comentario referente a la situación política actual:

‘Ahí tienes franceses y alemanes. Unos y otros se tienen la mayor estima y, sin embargo, no se dan ni el abrazo de la amistad, ni el de la sangre. Se lo impide la línea Siegfried’. Ella sonrió. ‘– Pero entre nosotros no hay líneas Siegfried, Miguel.’ Él la miró un momento y, dándole cariñosamente con su mano un golpe en la espalda, le dijo como despedida: ‘– ¿Que no hay línea Siegfried? Dos, nada menos.’ ‘–¿Dos?’ ‘– Sí, Hanny. Mi temperamento y tu mentalidad’ (71-72).

El narrador insiste en las diferencias culturales entre alemanes y españoles que siente más acentuadas aún en su propia relación con Hanny. Con los años, la sensación de incompreensión por parte de ella incluso ha aumentado. Toda la situación, es decir, los comportamientos y el diálogo de ambos, parece bastante irracional y surrealista. Así, al terminar el capítulo también termina la historia con Hanny.

El siguiente capítulo, titulado “Tinieblas” (73), se dedica enteramente a la descripción del ambiente oscuro de Berlín. Una vez más, comparando la oscuridad del invierno y de las noches alemanas con la luz española, el narrador enfoca en las diferencias entre Alemania y España. Destaca que el protagonista suele insistir en la imposibilidad de comparar ciertos aspectos de la vida de ambos países y aún así, a veces se le escapa un juicio de valor que desfavorece a Alemania. Así, opina sobre la oscuridad:

Y no es que odiase la oscuridad. Hasta entonces, como buen noctámbulo, se había creído incluso un entusiasta de las tinieblas. Literariamente, por lo menos. Pero él, al pensar así, desconocía, como latino, el valor relativo que la noche tenga en países de cielo claro. Durante la guerra, por ejemplo, él había conocido una oscuridad defensiva en muchas poblaciones de España. Cierto. Pero era una humana oscuridad, que ni siquiera sufrían quienes no se lanzaban a las calles después de una cena y que despreciaban quienes en el cielo español tenían dibujado un plano de la ciudad que, mirando hacia el cielo, trazaban las líneas de los tejados. (...) Comparar las tinieblas de la guerra en España con las alemanas era tan imposible como comparar un colchón alemán a uno español, o la actitud de las gentes católicas en una iglesia de Berlín con otra de Madrid, o el gazpacho con la sopa dulce. Alemania tomaba seriamente todas las cosas, y una primera prueba la daba esta oscuridad (75-76).

El protagonista concluye, tras esta comparación, que una de las mayores diferencias entre ambos países es la mentalidad seria del alemán *versus* la alegre del español. En su narración, le adjudica cierto matiz negativo a esta seriedad ya que esta característica, sin ir más lejos, también puede ser interpretada como una falta de luz y de alegría en la vida alemana.

En el quinto capítulo, poco tiempo después de terminar definitivamente su relación con Hanny, Miguel conoce en una fiesta de su amigo Antonio a Elena Bianchi, una mujer de origen medio alemán, medio italiano. Según sus descripciones, Miguel parece defender con vehemencia la idea de que alguien del norte de Europa tiene que cumplir tanto con ciertas características físicas como mentales. Así, comenta:

El pelo rubio y la mentalidad completamente opuesta no autorizaban a Miguel a seguir el paralelo entre la mujer de ayer y la de mañana. Veía esto tan fatal que se lo dijo con aquella naturalidad que, a fuerza de serlo, parecía a muchos estudiada y falsa: ... (85).

Antonio, por su parte, comenta sobre Elena que con su doble nacionalidad sería “el eje Roma-Berlín” (86). A diferencia de Hanny, Elena está a punto de divorciarse de su marido alemán, el pianista Karl Bruck¹¹⁵. Sin embargo, Karl también está en la fiesta y parece que ambos mantienen una relación amistosa; hecho que a Miguel sorprende.

¹¹⁵ No he localizado a ningún pianista de la época con tal nombre; es muy posible que el personaje literario no tenga ninguna correspondencia con alguna persona real. Como apunta Rosenberg (1936: 335), había un ministro austriaco de Comercio Exterior del mismo nombre. También se ha podido encontrar un

Mucho más directa que Hanny, Elena le confiesa a Miguel al poco de conocerse estar enamorada de él. A la vez, insiste en el hecho de aún estar casada con Karl: “Y [Miguel], en aquel momento, [la] deseaba. Ella probablemente presentía esto y, aun tras de haber confesado quererlo, resistía valientemente su asedio” (92). A partir de este momento se empiezan a repetir algunas de las situaciones vividas con Hanny: así, Elena le pide esperarla tres o cuatro meses hasta que esté divorciada oficialmente. Miguel, sin embargo, “[e]mpezaba a temer que Alemania fuese mal clima para enamorarse...” (92) ya que esta situación le recuerda la falta de respeto con la que le trató Hanny.

En medio de estas primeras dificultades, Elena le anuncia a Miguel que quisiera tener un hijo con él. El protagonista, cogido por sorpresa, se siente ofendido y le pregunta: “¿Eso es todo lo que de mí te interesa?»” (93). A pesar de estos contratiempos, el narrador apunta también algunos aspectos positivos del ‘amor alemán’. En su opinión, Elena disfruta de los momentos felices de su relación: “Elena, acostumbrada al amor de alemanes, más sincero, pero menos artista, vivió aquellos días profundamente” (95). Es interesante ver que la narración de Miguel abunda en estereotipos sobre los alemanes.

Las diferencias entre ambos aumentan aún cuando Elena cuenta que siempre quisiera ser amiga de su ex-marido:

Miguel le preguntó: –¿Alguna novedad? – Sí – respondió ella –. Nuestro divorcio parece que será cosa rápida. –¿Y te entristeces? – Sí. Mi marido me ha jurado que dejará el piano si yo le abandono. –¿Y tú qué le has dicho? – Le he prometido que aun divorciada seguiré con él. Miguel hizo un gesto brusco. – Seguiré como amiga, como camarada suya –le dijo cogiéndole una mano. – Ya salió aquello –dijo violentamente él –. Como camarada de un hombre del que has sido dos años su mujer. No entendía. Otra vez, como cuando el revisor de la frontera le hablara en alemán, o como cuando Hanny, con un hijo a punto de nacer le ofreciera la amistad de su marido, no entendía. Otra vez la línea Siegfried entre los dos. Aquellos vasos, aquella botella no eran tales, sino pedazos de cemento que los separaban y que hacían imposible el diálogo o la guerra (96-97).

Los elementos que más dificultan la adaptación de Miguel a su vida en Alemania siguen siendo el idioma y la mentalidad de los alemanes, aunque, en este caso, se centra únicamente en las mujeres. Cuando compara estas dificultades suyas con la línea Siegfried, le resulta imposible resolver los contratiempos. Las expectativas del lector, en cuanto a un desenlace feliz sobre la situación amorosa del protagonista son, por tanto, negativas.

perito comercial judío de Bremen, del mismo nombre, que sobrevivió al Holocausto (véase Schwarzwälder 2008: 37). Sin embargo, ninguno de los encontrados fue pianista.

En resumen, por lo que se refiere a su relación con Elena Bianchi, Miguel sufre por no ser el primer amor ni tener en perspectiva un futuro estable o permanente con ella – experiencia que le hace perder la fe en el amor duradero. Así, por el momento, se separan los caminos de ambos.

Al cabo de un tiempo reanudan su relación que termina cuando Miguel acaba con su misión en Alemania y vuelve a Roma. Elena es la única mujer con la que ha podido establecer una relación algo más larga que con las demás mujeres. Miguel se lo explica por las dos nacionalidades de Elena y le dice: “Tú, con tu mezcla de sangre italiana, serás el puente que habrá permitido al latino de España acercarse a la mujer alemana” (266). No obstante, sólo se trata de un puente pequeño: es cierto que Elena es capaz de explicarle algunas cosas de la vida alemana, pero su relación no es duradera y Miguel sigue sin entender según qué comportamiento de la italo-germana.

Pero este narrador no solo se centra en el tema amoroso sino también en la política de la época. En otros momentos, reflexiona sobre el poder de Hitler. Intenta definir y comprender su inmenso aparato político y se plantea, a través de ello, la pregunta por la fascinación que ejerció Hitler en la gente. Se sobreentiende que su perspectiva difícilmente se puede desligar de su profesión:

¿Cómo se podría definir literariamente la Cancillería? – se preguntaba Miguel algunas veces. Y su respuesta era ésta: «Sobriedad grandiosa». Sobre la Cancillería hay un estandarte. El del Führer. Y frente a él, presente o ausente, gente que mira. Más gente cuando se viven las horas dramáticas del fin de septiembre, y Coulondre, Henderson y Attolico se entremezclan con Goering, Ribbentrop y Hess. Pero siempre, aun en los días de calma, hay gentes. Llegan allí y miran al asta del estandarte: «Está» – dicen. O bien: «No está». Y luego, en silencio, esperan un poco antes de marcharse (102).

Este culto, esta admiración que a veces se convierte hasta en una fascinación por la figura de Hitler y a la que el narrador alude, ha sido el tema central de muchos estudios sobre el nazismo, sobre todo en cuanto Hitler es considerado como ‘el Mal por excelencia’:

En el imaginario colectivo del Occidente contemporáneo Hitler se ha convertido, por derecho propio, en la encarnación del Mal por excelencia. Ni siquiera otros líderes genocidas de la dimensión de Stalin han conseguido sustituir a Hitler en su papel de personaje demoníaco en la mitología de nuestras sociedades contemporáneas, en lo que constituye una singular inversión negativa del papel mesiánico y redentor que llegó a desempeñar en vida como líder de masas. (...) El culto a Hitler también arraigó muy fuertemente en la fe popular. Según recuerda Alma Mahler, en la Viena de 1938 la apabullante cantidad de flores depositadas por devotos vieneses (especialmente mujeres) frente al retrato sobredimensionado de Hitler que exhibía la oficina alemana de turismo llegaban a cubrir la calzada, haciéndola impracticable para el tráfico. (...) Para muchos alemanes se producía igualmente una identificación casi total entre Hitler y

Alemania, cuyas cualidades positivas supuestamente encarnaba (Sala Rose 2003: 200-201 y 205).

No obstante, predominan en esta novela las reflexiones sobre la guerra en general con respecto a las del líder nazi.

En el capítulo 'Periodismo', Miguel relata anécdotas profesionales y también habla sobre sus colegas. En general, se caracteriza su narración por el alto fomento de estereotipos sobre los diferentes pueblos. No solo los difunde sobre los alemanes sino también sobre la gente del sur de Europa:

Como no estaban ni en Italia ni en España, españoles e italianos ligaron inmediatamente. Y en aquellas excursiones en que el periodista se asomaba a la ciudad recién conquistada o a un frente más o menos auténtico o al lugar donde se comprobaba la falsedad lanzada por la propaganda enemiga, existía el grupo latino, que se distinguía fácilmente porque hablaba muy fuerte y jamás depositaba la ceniza de sus cigarros en los ceniceros. Vagón con colillas por el suelo y con gritos por el aire, estaba ocupado siempre por periodistas latinos (Giménez Arnau 1981: 104-105).

En general, se puede explicar el tema de los estereotipos también como un 'defecto' profesional del periodista. El mismo capítulo tematiza la situación bélica, esta vez desde el lado checo. Miguel, junto a un grupo de periodistas, viaja en tren de Berlín a Praga. Ahí los profesionales asisten a una comida entre periodistas a la que habían invitado los checos:

Y luego, con gran admiración de todos, se levantó un periodista checo, que hizo un penoso discurso agradeciendo a Alemania su intervención cerca de Bohemia y Moravia. No había tal movimiento revolucionario, y las relaciones entre el protectorado y Alemania eran perfectamente cordiales (114-115).

Durante esta comida, el narrador observa además a un alemán comiendo. Esta descripción no resulta nada favorecida:

Luego se comió y se bebió. Frente a ellos, un colega alemán, de pelo rojo y ojos miopísimos, que dejaba al descubierto, levantándose las gafas mientras ingería los alimentos, demostró lo que un estómago puede tolerar en materia de comida y de bebida. Entre bocado y bocado hablaba rápido y en abundancia. Tenía tanto diálogo como apetito. Contaba de su larga estancia en Praga, de sus éxitos periodísticos y de Inglaterra, país en el que vivió también largos años. La gente comía, comía. Y este contraste con la frugalidad de Berlín resultaba extraño (115).

Toda la situación le parece algo extraña y sorprendente al protagonista: por un lado, está la imagen del alemán que come con abundancia y aparente placer. Por otro lado, afuera, está la guerra de los alemanes que destruye y empobrece en estos momentos a otros países europeos. Y finalmente están los berlineses que el narrador caracteriza como templados en temas de comida y bebida. Miguel termina sus reflexiones con una

metáfora pensando “en ese extraño poder de los camellos de acumular comida y bebida para semanas enteras y lo veía aquí repetido” (115).

El episodio en Praga concluye con un artículo sobre este viaje que ha compuesto Piero Ricci, el colega italiano de Miguel, y que se titula: “«Verdades y mentiras sobre el protectorado de Bohemia y Moravia»” (116).

En el séptimo capítulo, “Río Rita”, Miguel entra por primera vez en este club de noche en Berlín, que es bastante conocido por sus colegas periodistas. Ahí trabaja la bailarina Ellen y con ella empieza la tercera aventura amorosa del protagonista. La primera noche que Miguel y Antonio pasan en el club conocen a dos chicas:

Antonio y Miguel se sentaron al lado del bar, y pocos segundos después bebían en compañía de Marlene y de Ellen. Ellen, naturalmente, se sentó al lado de Miguel. Y no porque su nombre coincidiese con el de Elena Bianchi – por lo demás, aparte del pelo rubio, no la recordaba nada –, sino porque Marlene adoraba a Silva (118).

Al acabar la noche, Miguel acompaña a Ellen a casa y la bailarina, que en seguida se muestra franca con él, le cuenta su historia: tiene un novio alemán con el que planea casarse en breve. Al resumir el estado de la situación, la descripción del narrador adquiere un tono melodramático: “¿Qué hacer? Ella no le quería a él y su madre lloraría. Ella quería sólo a su novio...” (121). Parecen palabras desmesuradas para esta situación, si se tiene en cuenta que el protagonista acaba de conocer a esta chica. Las reflexiones de Miguel acaban con otro lugar común y esta vez sobre las mujeres: “La verdad es que las mujeres eran extrañas” (122). Sin embargo, se establece a partir de ahí una relación entre Ellen y Miguel: mientras él la acompaña con frecuencia a casa, la conoce mejor. Ellen, por su parte, se muestra afectuosa con Miguel. Cuando poco después su novio la deja, ella, que se había hecho ya muchas ilusiones sobre su futuro con el alemán, se desespera y piensa en suicidarse. Entonces, Miguel desempeña el rol del buen amigo consolándola. Cuando Ellen se duerme, el narrador reflexiona: “«En el fondo soy un romántico ... Un romántico incurable»” (128). Después de que Ellen, al día siguiente, le haya agradecido su comportamiento, el capítulo y la historia entre ambos terminan. El protagonista solo volverá a verla más adelante.

Además de cuestiones amorosas, el narrador describe el ambiente bélico. Una de sus descripciones se refiere al racionamiento de la comida en Alemania:

Los primeros días de septiembre habían sido relativamente felices, desde el punto de vista culinario. La gente compraba sus alimentos, y entre ellos y los restaurantes completaba su vida gastronómica, casi de vida normal. Pero esta situación duró poco. Pronto, hacia mediados del primer mes de guerra, surgieron las cartas de racionamiento de empleo único, utilizables lo mismo en tiendas que en restaurantes (132).

Otra reflexión del narrador, relacionada con la anterior, le lleva a recurrir la reciente historia bélica alemana:

Pero, aparentemente, la gente soportaba con todo estoicismo estas privaciones. Probablemente hallando en ellas la larga costumbre de tiempos difíciles. Hacía veinticinco años que este pueblo conocía raramente lo que la holgura y la comodidad pudieran significar (135).

Todas estas referencias a los condicionantes de la guerra sirven de telón de fondo.

Las ideas del protagonista buscan un sentido, “su” sentido de la guerra. Así, se establece cierta empatía con el estado bélico en el que ha vivido Alemania desde principios del siglo. Aunque, al mismo tiempo, plantea reflexiones de carácter pacifista:

Desde aquellos días lejanos de 1914 – que los viejos recordaban con mirada nostálgica a través de unos ojos entornados por la envidia que aquellos tiempos les despertaban –, las cosas habían sido siempre difíciles. Era increíble pensar que aquellos primeros años del siglo habían realmente nunca existido. Entonces era otra cosa. Los jóvenes oían esto y no podían creerlo. A pesar de todo, los viejos tenían razón. En Alemania la vida había sido fácil, y la gente a los cincuenta años, lo mismo obreros que señores, igual el banquero que el maestro de escuela, podían retirarse a sus casas y esperar la muerte en medio de una vida apacible. Pero todo se había acabado en el 14. Con la guerra había empezado esta larga etapa de sufrimientos. Durante los dos años últimos sobre todo, la cosa había sido fuerte. ¿Veis que la generación de ahora tiene dentaduras enfermas? Era verdad, sí. Y ¿qué tenía que ver aquello? Pues claro que tenía que ver. Eran los nacidos en el período de guerra. No había qué comer, y los hijos conservaban en aquellos dientes frágiles el recuerdo de la falta de vitaminas y de cal que soportaron sus padres durante años. Y con la guerra no había cesado la cosa. Vino la revolución, y luego aquella otra cosa tremenda que había hecho tabla rasa de las economías de un pueblo. La inflación. Pero aún que la guerra, si ello es posible. Cada día más sueldo y cada día menos posibilidad de adquisición. La ruina. Sí. Y luego, la lucha de partidos. Y luego, por fin, la llegada de Hitler al Poder. No había dicho que él traería comodidad, pero con que mantuviese la esperanza de la nación bastaba. Se había trabajado de recio aquellos siete años. Pero a gusto. La nación subía. (...) Y luego (...) la guerra, (...). Así es la vida. La guerra otra vez. (...) La gente contestaba con «¡buenos!», encogiéndose de hombros a las dificultades de cada día. Y en este principio se bromea sobre el racionamiento (135-136).

Lamento la larga cita pero es un ejemplo, a modo de resumen, de una percepción de los orígenes que condujeron a la guerra, ya que el protagonista resume la historia alemana de principios del siglo XX e intenta explicar –de lo que ya se ha ocupado un gran número de historiadores– de cómo había sido posible la llegada al poder de Hitler.

En medio de estos apuntes, Miguel viaja otra vez a Roma donde se queda dos días. Sigue reflexionando sobre el racionamiento:

Contra lo que pudiera suponerse, el racionamiento había provocado una extraña y rumorosa vitalidad. Era el mismo fenómeno el que impulsaba a las gentes a una diversión constante y el que hacía gastar el dinero a las gentes más apegadas a él (139).

Esta actitud de una creciente falta de importancia de las cosas parece extenderse por Alemania, como poco después comenta: “Pianos, libros, cuadros, muebles, lo que sea. El dinero no sirve en la guerra. (...) El tiempo, la vida, el dinero. Son tres cosas que valen poco en la guerra” (141).

La línea Siegfried está presente en todas partes y, según Miguel, es uno de los grandes misterios de la guerra:

Corría el tren hacia la línea Siegfried. Hacia una de las más importantes razones que explicaban la extrañeza de esta guerra. El foso sin puente levadizo que aislaba el castillo germánico del Oeste, con el que no quería lucha, sino comprensión. «Ni un centímetro a Occidente de sus fronteras era deseado por el Tercer Reich.» Esta frase se había oído muchas veces y, en vista de que los hombres de más allá del Rhin y más allá del Canal no lo creían, la nación alemana había intentado el último esfuerzo. Levantar fortificaciones para defender sus fronteras. Cavar el foso que aislaba el castillo de los hombres de Occidente. Sembrar árboles de bronce con bocas hambrientas de metralla y pólvora, destinadas a defenderse de los que no creyesen en lo definitivo de aquel confín (143).

Puesto que la Guerra Civil aún está muy presente en la memoria de los españoles, Miguel la compara con la Segunda Guerra Mundial:

Piero, en su rincón, hablaba a sus colegas de la muralla de China, de Verdún y del Cinturón de Hierro; pero Miguel esta vez no le oía. Comenzaba a sentir de nuevo la sensación que le producía el enfrentarse con esta guerra, pensando en la de España. Ya había – en la retaguardia de Berlín – apreciado el abismo que separaba la caliente guerra española de esta guerra triste. Y ahora, otra vez en un tren, como cuando desde Munich a Berlín, en la quinta noche de guerra, estableciese mentalmente diferencias, pensó en la aún desconocida línea Siegfried como en el símbolo de una nueva era militar, en que los soldados perdían contacto con la naturaleza para refugiarse en fortines de cemento, con electricidad, con radio, con teléfonos, convertidos en unas piezas más de esta mecánica guerra en que, hasta ahora, todo era frío (143-144).

Una vez más, Alemania, en la directa comparación del narrador con España, sale perdiendo: sin especificar más, Miguel opina que la guerra alemana es una guerra más triste comparada con la española. Como ya se pudo comprobar anteriormente, el narrador atribuye este hecho al temperamento y a la pasión del latino. Mencionando, además, la línea Siegfried, el narrador ve una clara oposición entre la naturaleza y todo tipo de equipamiento e infraestructura bélicos. Contrariamente a la mayoría de los escritores españoles que se ocupan de la temática nazi, esta afirmación no habla a favor de la organización y preparación bélica alemana.

Con Piero, el periodista italiano, hay en este relato además un personaje latino, aunque no español, fascista y anti-comunista, que se llama a sí mismo gitano y que se muestra todo un vividor (con lo que se contaría, una vez más, con uno de los

estereotipos sobre los latinos). Piero, conversando con Luigi, un compatriota suyo, opina que la guerra de los alemanes contra el comunismo es, en el fondo, divertida:

Alemania, que durante siete años ha sido la auténtica barrera que ha impedido que el comunismo invadiera a Europa, ve que corre el peligro de encontrarse de nuevo con guerra a dos frentes y se alía con Moscú. No sé si, a la larga o a la corta, esto le resultará bien; pero, como espectador, te aseguro que el truco escénico fue perfecto. (...) Pero, de todos modos, esto no quita para que el espectáculo general sea francamente divertido. Y, ya que hablas de ellos, pregúntales [a los demás españoles presentes] si no les divierte ver que, mientras Alemania se alía con el comunismo, Inglaterra y Francia se hacen los campeones de la lucha antimarxista (147).

Piero intenta hacer ver a Luigi que en la guerra todo es relativo, sobre todo la pertenencia a un bando: “Y, sin embargo, hace sólo unos meses estabas dispuesto a ir a luchar al lado de Alemania, sin acordarte que hace años tu padre acaso fue muerto por ellos en la trinchera” (147).

En cambio, la opinión de Miguel es más general:

Era esta línea Siegfried – pensaba Miguel – como una batería de costa condenada a holgar mientras el enemigo no quiera presentar combate. ¡Qué envidia pensando en los cañones que sobre la cubierta de un barco ven cada día luces nuevas y recorren meridianos y paralelos por buscar en ellos el encuentro! (...) Pensando todo esto – en el olfato ya el acero y el cemento disfrazados de roca – Miguel comenzó a comprender la tristeza de esta guerra. Y es que veía claro que el pelear una guerra, aun injusta puede llegar a emborrachar al soldado con pólvora y sangre y darle vitalidad y alegría. En cambio, resistir – cuando la resistencia es principio y fin de la misión confiada – es siempre triste (144-145).

Parece que el narrador se pone aquí en la piel de los franceses, mencionando su resistencia. No está en contra de la guerra en general, pero sí de la guerra de resistencia. No obstante, también apunta la adicción que crea la guerra en los soldados, una vez empezados los combates.

Cuando los periodistas pasan por Frankfurt –se supone que viajan del este (Berlín) al oeste (hacia Francia)– el protagonista recuerda que se encuentra en la ciudad natal de Goethe:

En Frankfurt estuvieron pocas horas. Sin tregua para meditar un poco en los ambientes familiares de Goethe, tuvieron monopolizado allí su corto tiempo por jefes de Estado Mayor, que les prepararon con datos y cifras su visita a las fortificaciones del Oeste (148-149).

Subraya así sus conocimientos culturales sobre Alemania.

Otro dato que se les facilita a los periodistas parece impresionar a Miguel especialmente. Se trata del dinero que ya se ha gastado en esta guerra. El protagonista se imagina que con tanta cantidad se podría haber hecho una línea Siegfried más eficiente.

Con cada comentario más al respecto, la línea Siegfried parece convertirse en una obsesión del protagonista:

(En la cabeza saltaban los datos adquiridos recientemente.) Cuatro sectores. Desde Emerich, en la frontera con Holanda, hasta Aquisgrán. El segundo, Aquisgrán-Trier, en la frontera de Luxemburgo. Luego, Trier hasta el Rhin y Rhin hasta Basilea. Cuatro sectores, en los que habían trabajado 650.000 trabajadores, 150.000 zapadores, 350 secciones del Servicio del Trabajo, 12 divisiones de Infantería. Y luego, cifras de material: (...) Y luego, cifras de coste: (...) Aproximadamente, 1.000.000.000.000 de escudos. ¡Un billón! (...) En cambio, para gastarlos habían bastado poco más de un año. (...) Se podían hacer muchas cosas. Por ejemplo... ¿Pero para qué pensar? Por ejemplo, se podía hacer una línea Siegfried, que fuese de Emerich, entre luces indecisas, hasta los orígenes del Rhin, allá en la Suiza Alpina (149-150).

Además de estas reflexiones, el protagonista dispone de buenos conocimientos geográficos sobre Alemania como apunta a continuación:

Karlsruhe está frente al codo que forma el Rhin con la frontera francesa. Hasta allí frontera y río se identifican prácticamente, mientras que a partir de esta ciudad el río sigue una dirección Noroeste, en tanto que la frontera dobla casi perpendicularmente al curso de las aguas. De Karlsruhe a Basilea es el cuarto sector de las fortificaciones alemanas escondidas entre las últimas estribaciones de la Selva Negra (150).

Destaca que la acción novelística avanza muy lentamente en comparación con otras novelas de este grupo, sólo ha pasado un mes desde el inicio de la guerra.

La presente novela también se caracteriza por las múltiples reflexiones del protagonista sobre la guerra en general, que incluye la muerte y el heroísmo. Destaca el interés especial del narrador por la historia alemana y las relaciones entre el país germano y otros países europeos. La mayor parte de su pensamiento político carece de coherencia. A menudo, se producen reflexiones generales que incluyen sensaciones y a veces también pensamientos filosóficos sobre el sentido de la guerra. Así, describe por ejemplo la atmósfera apesadumbrada de esta guerra que le recuerda lógicamente en algunos aspectos, aunque no lo dice de forma explícita, a la Guerra Civil: “Miguel sabía que le esperaba un espectáculo triste, como es siempre lo militar cuando su objetivo inicial y definitivo es la resistencia” (144). A pesar de poder leerse estas palabras como las observaciones de un periodista, conllevan cierto tono negativo, cuando describe el campo de batalla como “un espectáculo triste”.

En otros momentos, la posición del protagonista frente a la manera de luchar de los alemanes no parece tan obvia. Es de suponer que, a pesar de todas las diferencias con España, la organización alemana le infunde cierto respeto:

Tras la madera auténtica y la auténtica paja había tres metros de cemento. La asociación de ideas le llevó de nuevo a la guerra de España. ¡Cómo era todo diferente! Calor y

frialdad. Improvisación y técnica. Madera y paja que cubren cemento y allí tablas pintadas de color de bronce (152-153).

No obstante, se sigue insistiendo en las diferencias entre ambos países. Cuando la guerra ya está más avanzada, Gabriel pregunta a su colega Miguel qué expectativas tiene del próximo discurso nazi en la *Ópera Kroll* sobre la invasión de Polonia. El protagonista se limita a replicar: “Hombre, yo soy neutral” (218) – afirmación que también resume algo su actitud durante toda la novela. Parece que utiliza en cierta manera su profesión como escudo protector para no tener que dar su opinión política en público. Hasta hay situaciones en las que se percibe cierto espíritu pacífico de Miguel. Así sucede cuando el protagonista, en plena guerra en Alemania, recoge la opinión pública sobre el conflicto bélico, para luego añadir sus propios pensamientos:

«En el fondo – se oía decir a los optimistas –, yo nunca había creído en la guerra.»
«Pero ¿por qué habíamos de pelearnos?», respondían otros. «Nosotros no queremos nada a Occidente. Ni Alsacia y Lorena – intervino un tercero –, que un día pudieran enturbiar las relaciones francoalemanas, eran ya objeto de lucha.» Ya no faltaba sino saber por dónde vendría la paz. Pero ¿quién se atrevía a decirlo? ¿La paz? ¡Hombre, qué pregunta! La paz no viene por correo. La paz se instala en el ambiente y se la siente llegar (223).

Sin embargo, también se hallan elementos unificadores entre España y Alemania: el enemigo común, el comunista. A medida que avanza la historia y que los periodistas viajan por Alemania, se desprende del narrador un tono más comprensivo, más interesado por el país germano. Así, se distancia algo de su actitud anterior, que consistía en centrarse en las diferencias entre ambos países.

Por otra parte, en medio de la Selva Negra y dando un repaso histórico, Miguel reflexiona sobre las relaciones anglo-alemanas:

Nunca como aquella mañana encontró Miguel tan parecido el campo alemán al inglés. (...) Y eran las mismas gentes, recorriendo en bicicleta aquellos parajes, que nadie hubiera soñado que se encontrase sólo a cuatro kilómetros de las primeras fortificaciones en guerra. «No en balde son primos – pensó Miguel –. Familia mal avenida, pero familia al fin.» Aquí estaba la razón de la tragedia. Era cierto que estos de aquí hubieran deseado más que nada llegar a la comprensión con los parientes del otro lado del Canal. Lo quiso – extrañamente, pero lo quiso – Guillermo. Lo había querido Hitler. Pero, precisamente por los lazos de parentesco entre los dos pueblos, este deseo de unión podía fácilmente convertirse en razón de querella. Los parientes pobres y los ricos. Los primos con heráldica y pobreza frente a los que en los últimos siglos hicieron nobleza y fortuna por todos los rincones del mundo, no habían acabado de llegar a entenderse. Quizá porque cuando se habían encontrado – Waterloo, Congreso de Berlín – los generales o los políticos ingleses habían comprendido pronto que aquellos parientes del continente, a fuerza de parecerse a los de la isla, eran un poco peligrosos. Y, en lugar de tenderles puentes, habían pretendido adormecerles a la sombra de los árboles de la Selva Negra, haciéndoles creer que la única realidad era aquel sueño de limitación que vivían millones de alemanes en la concisión de un terreno corto y pobre. Y otra vez Segismundo se había rebelado. Sangre pariente luchaba otra vez, y la victoria

decidiría qué era sueño y qué era realidad. ¿Bastaba que la victoria diese laurel a Alemania para que ella pudiese decir a su pueblo que la realidad estaba tras estos bosques sólo bellos y que bastaba recogerla en tierras que fácilmente regalaban el algodón y el café, el oro amarillo o el petróleo negro? Con la adversidad, aquella nación sería un Segismundo amarrado a sus selvas y condenada a hacer dura realidad de esa pesadilla asfixiante con que unas fronteras poco generosas oprimían la respiración de millones de seres (151-152).

Al representante alemán el protagonista le llama ‘Segismundo’, prueba de sus conocimientos literarios. Además, se repite mucho esta oposición entre, por un lado, la línea Siegfried, y por el otro, los puentes que existen o que se deben crear entre los pueblos. La primera expresión es el título de esta novela, la segunda la de su siguiente obra, *El puente*¹¹⁶. Son dos símbolos que, al parecer, despiertan un notable interés en el narrador. Además, es posible que haga aquí una valoración de Gran Bretaña como imperio que posterga a Alemania cuando apunta: “... vivían millones de alemanes en la concisión de un terreno corto y pobre”. En efecto, Segismundo representa a Alemania, pero no según *Los Nibelungos*, sino, ya que es un rebelde, según lo trata Calderón en *La vida es sueño*. Tal como le pasa al pueblo alemán, Segismundo sale y entra en la caverna-prisión, de forma que ya no sabe qué es sueño y qué es realidad. Despertar del sueño, al que lo ha llevado Gran Bretaña, significa para Alemania conquistar las tierras vecinas, a las que, según el comentario del narrador, tiene derecho. Así, está justificando la expansión territorial de Alemania: “..., aquella nación sería un Segismundo amarrado a sus selvas y condenada a hacer dura realidad de esa pesadilla asfixiante con que unas fronteras poco generosas oprimían la respiración de millones de seres”.

Al llegar a la frontera franco-alemana, los periodistas visitan las llamadas fortificaciones del Oeste – otro motivo para Miguel para reflexionar sobre la línea Siegfried. Apunta:

¡Esto era lo importante! Saber que la unidad de la línea Siegfried nacía de la continuidad de fuego y no de la unidad de fortificación. Saber que había ángulos de tiro que cubrían todos los posibles movimientos de un enemigo al que, teóricamente, para asaltar la fortificación perfecta, se le había supuesto aún capaz de abrir brechas y profundizar momentáneamente en territorio alemán. Lo importante era esto, y no que la rubia muchacha de uno de los soldados se llamase Eva o Gerda. Lo importante eran los ángulos de tiro, y no que un soldado de Hamburgo tuviese un acordeón y supiese tocar canciones de mar en las largas horas de la noche. Lo importante era la continuidad de fuego y no que una cruz que perteneció a diez familias estuviese ahora apoyada sobre la almohada de un fortín del Rhin. Era verdad. Lo importante eran el cemento y el hierro. (Había muchas cosas que ver y no se podía perder el tiempo en retratos, cruces y acordeones.) (155).

¹¹⁶ Véase capítulo 4. 5. 2.

El narrador insiste aquí en lo estratégico de esta guerra y también en el equipamiento. Subrayando lo que según él realmente importa, le quita importancia a los aspectos humanos de la guerra, a la mirada al hombre que está detrás de todo. Sus expresiones recuerdan las de un soldado cuando opina que la clave de la guerra es extinguir al enemigo, con las armas que sea (en este caso, a través del fuego). Aún acentúa estos pensamientos, cuando termina filosofando: “Pero no había que olvidar que el viaje había sido para ver fortificaciones y no pequeñas sensiblerías, que los hombres aman sobre todo cuando viven en sitios por los que merodea la muerte” (156). Antepone el pragmatismo de la eficiencia en la guerra a los aspectos que considera secundarios y que no van a proporcionar la victoria.

En el mismo contexto, el protagonista plantea una de las típicas oposiciones a las que se ve enfrentado el escritor que a la vez es o ha sido en algún momento soldado. Así, se imagina que un soldado francés en la otra orilla estaría pensando, viendo a los periodistas extranjeros: “-¡Periodistas! Como aquí. Seguramente escribirán cosas sobre este puente, en que yo estoy a menos de doscientos metros. ¡Al diablo su literatura! Los quisiera yo ver aquí, con el fusil al hombro” (157). No deja de ser un alegato más contra la cultura pues asocia literatura con ficción y nada tiene que ver con la realidad. La realidad es donde se encuentra él, en la guerra, con la muerte tal vez cercana. Por ello establece esa oposición entre guerra o realidad (soldado) frente a la literatura o ficción (periodista). Recuerda lejanamente a las manifestaciones nazis anticulturales.

Describiendo otros puntos de interés al otro lado del río, a todos les sorprende el nombre de un restaurante francés que se llama ‘La belle amitié’. Para Miguel es un motivo más para reflexionar sobre la amistad y la enemistad, que aparentemente están tan cercanas:

¿Pero qué era aquello? Junto a una casa con jardín, un rótulo con letras blancas cantaba: «*La belle amitié. Restaurant*». (...) Era todo un símbolo aquella frase que miraba hacia Alemania, de donde tiempos atrás le llegaban clientes. «La belle amitié» era, sin duda, el mejor título que se podía leer desde una torre de Kehl en una mañana de octubre, después de cinco semanas de guerra silenciosa. «La belle amitié.» ¿Qué era aquello? ¿Un recuerdo? ¿La afirmación de una extraña amistad entre hombres que, en guerra, no se disparaban? ¿Una profecía? En todo caso, el título impresionó a todos (159-160).

Este tipo de apuntes se deben leer como las observaciones de un periodista y no las de alguien que toma una posición firme en una guerra. En afirmaciones del estilo subyace la naturaleza de la relación entre Francia y Alemania. El tono del narrador es en estos momentos del todo irónico puesto que los españoles consideran posiblemente hasta una farsa que exista este rótulo de “La bella amistad” mientras alemanes y franceses están

combatiendo. Así, ironiza: “¿... no se disparaban?”, y sigue la ironía, diciendo que debe ser una “profecía”, algo que se dará en el futuro, pero ahora no.

En el mismo contexto, se habla de los momentos de cierto descanso en el combate. Así, los mismos alemanes comentan no solo que quieren evitar “víctimas inútiles” (161) sino que incluso intercambian alimentos con los franceses debido a la escasez de ciertos productos en cada lado de la frontera. Miguel apunta acerca de lo sabido: “– «Víctimas inútiles» – ... – Estamos siempre en *La belle amitié* (...) – [Los franceses] les regalan leche. ... Indudablemente, la traen de *La belle amitié*” (161). Al acabar la excursión, Miguel y Piero deciden volver a esta zona, una vez acabada la guerra, con el propósito de comer en este restaurante francés. Miguel realza entonces el carácter importante de la amistad, palabras de las que se desprenden ciertas ganas de que acabe ya el conflicto bélico: “Después de terminada la guerra – si existes o existo – estás invitado a comer en *La belle amitié*. (...) *La belle amitié*, de Estrasburgo, es uno de los restaurantes más importantes del mundo” (162). El intercambio de alimentos se produce en momentos de relajamiento de la batalla y también cuando ya se está muy cansado de combatir, entonces se busca sobrevivir y vivir algo mejor.

Con sus reflexiones sobre la muerte en la guerra, Miguel se mantiene fiel a sus posturas anteriores:

El segundo día en que fortines de cemento y armas de bronce siguieron sucediéndose, sólo una cosa impresionó a Miguel. Una cruz, sobre la que colgaba el casco de un soldado alemán muerto. Era distinta de las que había visto durante aquellas horas vividas en las fortificaciones del Oeste y no menos dramática. Sentados junto al observatorio donde la tumba del soldado estaba, dedicó su pensamiento a recorrer la teoría de cruces de la línea Siegfried, mientras sus colegas observaban entre las rayas blancas de los cristales de aumento los objetivos de la línea francesa. Había visto muchas cruces en aquellos dos días. Casi tantas como cañones. (...) Eran cruces iguales, como encargadas a la misma mano artesana. El mármol, la piedra o el bronce estaban idénticamente bordados de nombres. En este lado del Rhin se leía Wagner, Müller, Schmid, Meyer. En el otro, donde idénticas cruces existían, sólo variaban los nombres: Dupont, Lasalle, Martin. Las de allá y las de aquí contaban los heroísmos de los dos grandes pueblos. Las letras estaban tiernas aún. Hacía sólo aún veinte años que los nombres fueron escritos. Estaban tiernas las flores y la sangre fresca en las venas de otros Schmid y de otros Martin, que acaso hacían guardia a 165 metros de los dos extremos del puente francoalemán, sobre el Rhin. Todo igual en un lado y en otro. Las mismas cruces. Los mismos nombres, las mismas flores. Todo igual menos el ambiente, que cuando Schmid padre y Martin padre cayeron estaba lleno de pasión, y ahora, en que Schmid hijo y Martin hijo esperaban la orden de combate, estaba lleno de indiferencia (165-166).

Realza, como en el caso del restaurante de la ‘Bella amistad’, que las diferencias entre los pueblos –en este caso, entre Alemania y Francia– se desvanecen cuando están en estado de guerra ya que los destinos individuales casi son los mismos. Su expresión “la

teoría de cruces de la línea Siegfried” apunta a ser una expresión propia con la que transmite la idea de que la muerte lo iguala todo o los iguala a todos; así, ya la nacionalidad es lo de menos. Al mismo tiempo, relaciona las dos guerras mundiales ya que en ambas Francia y Alemania fueron enemigas, por ello asocia a los soldados de uno y otro bando: el padre y el hijo. Y solo detecta una diferencia, un cambio: el ambiente apasionado de la Primera Guerra Mundial frente a la indiferencia de la actual Segunda Guerra Mundial. Tal afirmación está en consonancia con la ya expuesta de: la Guerra Civil española es apasionada, caliente mientras que la Segunda Guerra Mundial es fría, indiferente. Así lo percibe el narrador. En este sentido, las cruces no acostumbran a recordar los muertos. Sin embargo, la cruz que más le impresiona a Miguel es la que lleva el casco del soldado alemán muerto.

Enfocando en el carácter solitario del protagonista, también se hace hincapié en cómo éste se diferencia de los demás con otras reflexiones, parecidas a las anteriores:

Cañones, fusiles, soldados y hasta un muerto. ¿Había algo más natural? Casi todos aquellos que vivían en el lugar o lo visitaban, soldados y periodistas, estimaban tan lógica la presencia de tumbas en tierra de vanguardia, que ni se paraban a meditar sobre el hecho. Sólo Miguel, junto a la cruz, se preguntaba el porqué de aquella muerte (167).

Es un párrafo que indica que la rutina, lo que cada día se ve, no impresiona; nadie se detiene a pensar sobre lo extraordinario de un hecho común. Parece tener un carácter pacifista.

Pero también se hallan tomas de posición más evidentes, como lo es la siguiente afirmación de Piero. Una vez acabada la visita, el periodista italiano añade que apoya a los nazis, creyendo en su victoria en esta guerra: “– Mi general no quiero irme sin darle mi impresión. (...) Tras ello, puedo afirmar que, mientras sus hombres comen este rancho, no hay quien rompa la línea Siegfried” (160). Mientras que en este momento el narrador dice estar de acuerdo con estas palabras, Piero es con más frecuencia el contrapunto de Miguel. Aunque parece que coinciden, es sólo un momento de reflexión. Poco después mencionan de nuevo el mismo objetivo: vencer y ganar la guerra.

A la vuelta de su viaje de Alsacia, Miguel sigue frecuentando el bar-discoteca *Río Rita*. Puesto que ahí se encuentra de nuevo con Ellen y también con Elena, el décimo capítulo se dedica a ambas. Se inicia con una canción en alemán sobre el amor, que el protagonista escucha al entrar en la discoteca:

*Du hast Glück
Bei den Frau
Bel ami.
So viel Glück*

*Bei den Frau
Bel ami.
(...)
Bist nicht Klug
Doch charmant
Bist nicht schön
Doch sehr Galant
Bist Keine Held
Nur ein Mann
Der gefellt.*

(Bel ami, tienes suerte con las mujeres. Mucha suerte. No eres listo, pero tienes encanto. No eres guapo, pero eres galante. No eres un héroe, sino simplemente un hombre que gusta. Bel ami, Bel ami, Bel ami.) (173).

A pesar de algunas incorrecciones en la ortografía en alemán, la traducción al castellano es del todo correcta. En este contexto, los apuntes del protagonista pueden referirse a su propio físico y carácter: es probable que él se vea a si mismo así – imagen que en cierta manera se refleja en sus amistades con las mujeres, más que en sus relaciones amorosas. Transmite en este ambiente nocturno además la simbología en lo político, anteriormente evocada con la línea Siegfried, al amor: “Desde la escena del suicidio, [Ellen] le había concedido una ternura llena de discreción y de dignidad. Él se encontraba, como el Rhin, entre dos frentes –Ellen y Elena– y no acertaba a decidirse por una” (174). Como para comprobarlo, deja claro que, esta vez, son las mujeres que buscan su presencia: “A su llegada de la línea Siegfried le esperaba sobre la mesa la presencia de las dos mujeres. Unas flores de Ellen y una carta de Elena” (174).

Tras encontrarse en el mismo lugar y al haber tenido una pequeña conversación con Gabriel, Miguel reflexiona sobre la suerte en el amor en la canción anterior:

[Miguel] Se dio cuenta de que estaba silbando la dichosa canción, que no podía arrancarse de la cabeza. ¿Fortuna con las mujeres? ¡Un cuerno! Pasó revista a su historia sentimental de aquellas semanas. Una mujer embarazada. Otra que quería un hijo. Una que había estado a punto de matarse por no poder ir a vivir al campo a criar gallinas. (...) ¿Qué sabía de amor el hombre que discurría a través de la vida cambiando cada noche de perspectiva sentimental (176-177)?

Entre otras cosas, se explica su fracaso en el amor por su introversión y su carácter poco estable. Añade además que no cree que ninguna de las dos mujeres le quiera verdaderamente. Cuando durante una noche conversa con Ellen, la bailarina le revela que es una gran fan del pianista Karl Bruck y que asiste siempre a sus conciertos. Así, resulta que el máximo rival de Miguel es el ex-marido de Elena, hombre que así influye tanto en la historia del protagonista con Elena como en la con Ellen: “– Karl Bruck, el hombre vulgar – pensó Miguel –, hace llorar a Ellen, y yo hasta aquí tengo que soportar

su presencia” (180). En la misma conversación, Ellen, desde la perspectiva alemana, alude además a uno de los estereotipos más conocidos sobre el español y dice: “Pero luego comprendí que entre tu deseo y tu orgullo, este último era más fuerte, y preferías satisfacer el amor propio a satisfacer el amor físico” (179)¹¹⁷. Después de sincerarse con él, Ellen, que ya sabe del afecto que Miguel siente por Elena, le pide que se despidan ya definitivamente.

Sin embargo, la relación con Elena tampoco resulta ser fácil. La medio italiana, recién divorciada, se mantiene fiel a su propósito de seguir siendo amiga de su ex-marido, incluso de seguir viviendo con él. En cambio, no le concede la libertad que reclama para sí misma a Miguel y se muestra muy celosa. En consecuencia, Miguel y Elena siguen manteniendo una relación abierta que se caracteriza por muchas discusiones, pero que parece traerle cierta felicidad al protagonista que opina:

Había con Ellen dejado la pacífica relación de una mujer que nunca le hubiese reprochado nada. Y había elegido la que cada día le reprochaba todo. Entre la paz y la lucha, él se había decidido por la segunda. Quizá porque la otra era fácil. (Y, como dijera una noche la rubia muchacha de *Río Rita*, a él le gustaba la dificultad, que es el mejor adorno que puede elegir una mujer) (188).

Con estas palabras, se recurre a dos estereotipos: el del germano que supuestamente tiene un carácter más bien calmado y aburrido frente al temperamental del latino. Además, parece encajar esta decisión con la manera de ser de Miguel que en la vida está constantemente buscando nuevos destinos (y, con ello, también nuevos retos). También se puede establecer a través de esta relación un paralelismo entre la guerra política y física en la vida pública y los revuelos (amorosos) del protagonista en su vida privada, aunque se trata aquí de una afirmación bastante indirecta por parte del narrador.

En el undécimo capítulo, Miguel debe viajar a Polonia. Comparte el coche con un periodista norteamericano que le pregunta sobre la Guerra Civil:

El americano, al conocer su nacionalidad, sonrió. Él había estado en España durante la guerra. En la *red Spain*. Y él, ¿de qué parte era? ¿De Franco o de los otros? Miguel sonrió ante esta ingenuidad, y explicó con paciencia que los otros, los de la *red Spain*, probablemente no podrían aún acreditar corresponsales en Berlín. (...) Por fortuna, la llegada al aeródromo cortó un diálogo que hubiera sido difícil, dada la concepción pintoresca que el colega tenía de España y de su guerra (191-192).

Es una de las pocas ocasiones en que el narrador confirma, aunque suavemente, su ideología pro-franquista. Poco después, Miguel comenta la toma de Varsovia por parte de los nazis de la siguiente manera:

¹¹⁷ La expresión “stolz wie ein Spanier” (orgulloso como un español) se utiliza con relativa frecuencia en alemán y es posible que Ellen se refiera aquí a ésta.

Y minutos después, dos aeroplanos en que banquetas de madera sustituían los antiguos sillones de turismo, transportaban el grupo de periodistas que al día siguiente habían de ver la entrada triunfal de las fuerzas alemanas en la vencida capital polaca (193).

En la parada de la ciudad polaca Lodz, Miguel retoma el tema de la amistad y enemistad en la guerra. Apunta unos pensamientos imaginarios de una de las chicas polacas en un bar de noche:

Entraron y vieron una enorme cantidad de jefes y oficiales alemanes, que rumorosamente bebían cerveza. (...) Frente a [l bar], un grupo de militares bebía de pie, con unas polacas de condición bien clara. No era tampoco un espectáculo nuevo este de ver mujeres de la población vencida alegrando las horas de los soldados victoriosos. Éste es el contacto primero que se establece entre unos y otros. (...) «Después de todo – piensan – ¿qué tiene de desagradable ese teniente de Infantería de reserva para que yo lo rechace? Ya sé que hay muchas por ahí que si pudieran nos ahorcarían por estar con estos alemanes. ¿Pero qué culpa tienen? ¿Y qué culpa tenemos nosotras? Yo me llamo Olga y él Franz. Yo soy bailarina y él teniente de la reserva. Bebe él y yo también. Y luego cenaremos juntos y me dará unos marcos y nadie se meterá conmigo. ¿Por qué éste ha de ser enemigo y amigos los de antes? Me trata lo mismo, y en las presentes circunstancias esto es bien de agradecer» (197).

Aunque no mencionado con demasiada frecuencia, el aspecto humano de la guerra también es un motivo recurrente de este narrador. Su mensaje aquí, sin más comentarios, se podría resumir con ‘Como personas, todos somos iguales’. Lo curioso de esta cita es que no se trata de un diálogo real, sino solo de la imaginación del narrador que busca una posible explicación para esta situación compartida entre alemanes y polacas. Al narrador le conmueve la tristeza y el silencio de los polacos y el ambiente notablemente trágico en el país en general. Le sirve de motivo para describir a la gente e inventarse historias sobre ella. La Polonia invadida por los nazis y la incomprensión entre ambos bandos, por falta de un idioma común, le impresionan profundamente. Así, compara polacos y alemanes con republicanos y franquistas:

Miguel miraba y no recordaba nada parecido. Y su voto tenía cierto valor. Había visto columnas de gentes huidas en la guerra. (...) Sí; sí. Teruel, Belchite, el Santuario... Horrible; cierto. Pero allí, por lo menos, los prisioneros, los heridos, los asediados se sentían unidos al enemigo por el lazo de la lengua. Que quizá sólo les servía para entender blasfemias e insultos. Pero entender es comprender, y esto alivia. Aquí era este divorcio entre sangre e idioma de vencedores y vencidos lo que hacía más pavoroso el espectáculo. (...) Pero si los labios callaban, las cabezas pensaban (200).

Sin idioma común no puede haber diálogo y tampoco parece existir ninguna posibilidad de distender la situación. De alguna manera, se desprende de las palabras de Miguel cierta compasión hacia los polacos. Manteniendo esta actitud, el protagonista resume sus sensaciones al ver unas tumbas militares:

No había necesidad de aclaración, porque las gorras eslavas y los cascos germanos que remataban las cruces de madera amarilla indicaban la nacionalidad de los muertos de

guerra en la carretera, convertida en camposanto común. Gentes perdidas, tumbas de guerra y prisioneros camino de Alemania eran tres filas de dolor que acotaban la carretera (202).

Miguel concluye la descripción de esta situación, llamándola “el trágico espectáculo” (203). Y así termina el viaje a Polonia y la crónica de Miguel sobre la invasión nazi.

En un episodio muy breve y sin darle mucha importancia al asunto, Miguel narra cómo conoce en una fiesta a otra chica alemana, Elsa, que es amiga de Elena (225-226). A Miguel le parece simpática, aunque un poco rara. Al cabo de unos días, Elsa se suicida. En consecuencia, Elena intenta explicarle a Miguel los motivos de esta muerte: “¿Sabes? [Elsa] Había vivido demasiado de prisa. Tenía apenas veinte años y estaba cansada ... Yo creo que se mató porque tenía *weltschmerz*¹¹⁸” (226). Con todo, sólo se trata de una conocida más de Miguel, pero la que vive el final más trágico de todas. La mención de este breve episodio puede leerse, en cierta manera, como instantánea del espíritu triste y trágico del momento, ya que es motivo para Miguel para reflexionar sobre el término empleado por Elena:

¡Dolor del mundo! *Weltschmerz*! Había oído muchas veces hablar de esto, pero nunca como entonces, pensando en Elsa y en el momento elegido para matarse, comprendía que la palabra pudiese existir, que a uno pudiese dolerle el mundo. La guerra la había dejado sola. Sus compañeros, a los que hasta ahora había conseguido seguir, estaban en Polonia o en la Siegfried. A ella no la admitían. Se sentía inútil, débil. (...) Le dolía el mundo y cansada ..., un día había imitado a la heroína de una novela que a ella le hubiera aburrido y había tomado veronal (227).

Refiriéndose, con su última palabra además a Emma Bovary, la heroína de Flaubert, todo apunta a que a Miguel le conmueve el destino de esta chica.

A continuación parece haber cierto estancamiento en las ofensivas alemanas – o bien es la información que llega a los periodistas. Entonces, Miguel apunta:

¿No había guerra? Sí, indudablemente, los hombres estaban en el frente, y las ciudades oscuras, y los víveres racionados. Había guerra. Pero ¿qué escribir sobre ella? Decir que era triste era verdad. Pero era poco. Los periódicos necesitaban, a lo menos, tres cuartos de columna (234).

¹¹⁸ Esta palabra, que se puede traducir al castellano con ‘melancolía’, significa literalmente ‘dolor del mundo’. Como ya apuntó Schneider (2009: 21), parece difícil traducirla a otros idiomas: “Georges Arthur Goldschmidt, französischer Schriftsteller deutscher Herkunft, rühmte 1991 an der deutschen Sprache «die Leiblichkeit, das räumliche Empfinden: *be-greifen, auf-fassen, aus-drücken, wahr-nehmen*», und dazu «diese erstaunlichen Wortkompositionen, die es nur im Deutschen gibt», wie den *Weltschmerz* und die *Schadenfreude*“. (“Georges Arthur Goldschmidt, escritor francés de origen alemán, alabó en 1991 de la lengua alemana «su corporalidad, su sensación del espacio: *com-prender, ex-presar, per-cibir*», y las asombrosas composiciones verbales que sólo existen en alemán», como el *Weltschmerz* y la *Schadenfreude* (el dolor del mundo y la alegría del mal ajeno)”, traducción de la autora.) El hecho de que el narrador mencione esta palabra demuestra sus conocimientos no sólo lingüísticos sino también culturales del mundo alemán.

Parece un comentario profesional, desde la frialdad y la perspectiva del puro observador. La tristeza dentro de esta guerra no parece afectarle al protagonista demasiado. Lo que echa de menos es cierto ‘suspense’ en lo bélico, un notable avance militar, como lo echa en falta el lector de una novela policiaca con escasa acción. Con estos pensamientos el protagonista se aleja de la realidad.

Interesado en el tema estratégico-militar, conversa poco después con un diplomático nazi sobre la situación actual. Éste le explica:

La guerra ya no puede dejar de existir. Usted ha estado en Polonia, naturalmente. – Sí. – Entonces no necesitaré hablarle de nuestro poder militar. – Impresionante. – Lo saben ya nuestros enemigos y realmente, como usted dice, han quedado impresionados. Londres y París han jugado faltos de información. Creyeron un poco, como los polacos, que nosotros exagerábamos nuestra fuerza. Hoy saben que no es así. Nosotros tenemos el más fuerte poder militar que jamás haya conocido el mundo. – Sus ojos, al decir esto, brillaron extrañamente, mientras su boca repetía aquella especial sonrisa que frecuentemente iluminaba su cara (239).

Por lo demás, el diplomático nazi intenta convencer a Miguel de que uno de los objetivos importantes de los alemanes es buscar una guerra corta para evitar un número mayor de muertos. Así, dice: “No lo olvide usted. Nosotros deseáramos que hubiese derrotados, pero que, a ser posible, no lo fuésemos todos. O ellos o nosotros” (243). Miguel, por su parte, se muestra muy escéptico con el concepto de la guerra corta. A pesar de que el nazi califique de buenas las relaciones hispano-alemanas, se trata de una entrevista profesional sin más muestras de afecto por ambos lados. El diplomático también evoca al enemigo común de ambos países: “Ustedes, españoles, gran pasión de Alemania, se hallan obsesionados por el peligro del comunismo. Nosotros también pensamos en él” (240). A pesar de considerar exageradas las cifras de muertos que menciona el alemán, Miguel cree, al salir, haber hablado “con un diplomático importante” (243).

Su curiosidad por las enemistades establecidas en esta guerra también se demuestra en su siguiente entrevista con un ruso comunista, conocido de su amigo Gabriel, cuya opinión, obviamente, no comparte. Este ruso considera “Alemania ... [una] nación proletaria en lucha contra naciones imperialistas” (245) y no toma demasiado en serio la lucha española contra el comunismo: “España es una excepción. Adorable e interesante si se quiere, pero una gran excepción” (246). Cuando acaba este día de entrevistas, Miguel y Gabriel se emborrachan e intercambian sus opiniones. Miguel sigue creyendo que esta guerra será relativamente larga y que “[g]anará el pueblo que resista más.” (247). Además de atribuir a los alemanes una gran capacidad

de sacrificio, el protagonista no quiere comprometerse en cuanto al desenlace: "... los aliados son ricos, y Alemania tiene costumbre de sufrir" (247). Al final de la noche el protagonista aún no ha aclarado las ideas: "Miguel, borracho, había dicho: «Nadie ganará esta guerra»" (249).

En el último capítulo, del mismo nombre que el título de la novela, el protagonista debe regresar a Roma. Como un círculo que se cierra, es el capítulo de las despedidas: primero, la de Ellen en el *Río Rita*. El regalo de despedida de Miguel para esta mujer es su brazalete:

¡Cómo! ¿Es para mí? – dijo ella, sin acabar de creerlo. – Sí; los hombres del Sur, como tú dices, somos muy extraños. Capaces hasta de beber meses enteros con una de vosotras sin daros un céntimo. Pero en cambio..., en cambio os evitamos la muerte, y al irnos sacamos de la superficie el tremendo sentimental que llevamos dentro y os damos, por ejemplo, esta cadena, que no sé cuántos años estuvo conmigo (254-255).

Además de volver a salir el carácter nostálgico de Miguel, también recurre a uno de sus temas predilectos, los estereotipos sobre el español. Durante esta noche, que termina con un coñac en casa de Ellen, reflexiona otra vez sobre la línea Siegfried. En su opinión, las diferencias entre las personas existirán siempre:

La miró con su falda negra y su blusa de seda blanca, con sus ojos grandes y dulces, sus ademanes suaves, y no pudo evitar sonreír de quien quería acabar con las fronteras y predicaba el esperanto como lengua común. «¿Cómo traduciría – pensó – esto al español? ¿O cómo traduciría al alemán la teóricamente colega de esta que en Roma, en París o en Madrid vivía una vida de antípoda?» Era verdad. Había muchas líneas Siegfried, y Ellen, en cuanto mujer, no en cuanto profesional de Río Rita, formaba parte de una de ellas (256).

A pesar de su interés por Ellen, apunta que las diferencias entre ellos son demasiado importantes, en cuanto a sus maneras de ser. Según él, sin mencionar dificultades lingüísticas, se debe a que ambos proceden de diferentes países y que simplemente son incompatibles.

Después de despedirse también de su colega Gabriel queda con Elena. La medio italiana le confiesa que le mintió sobre toda su vida privada: nunca estuvo casada ni divorciada con Bruck, pero planea casarse con el pianista ahora, una vez Miguel se haya ido. También reconoce que es ella quien no puede tener hijos. Miguel habla entonces de sus proyectos en el futuro:

– Querría escribir un libro. – ¿Sobre qué? – Sobre esto. Sobre la impresión que en la piel, en la carne y en el alma produce Alemania a un latino. (...) Además, tengo ya el título y la última frase. (...) El título sería Línea Siegfried. ... La última frase, ésta: «La nieve era un pedazo más de línea Siegfried» (265).

Efectivamente, será esta la última frase de la novela. Pero Elena aún no entiende de qué tratará la obra y así Miguel le explica:

Quisiera, ¡quién sabe si lo conseguiré!, juntar todas las líneas Siegfried que yo, como cualquier latino, encuentra viniendo a Alemania. – Línea Siegfried sólo hay una. – Hay una de cemento, pero luego hay tantas... Hay el idioma, que recibe agresivo a la puerta de la nación. Y hay la mentalidad, casi siempre más justa, aunque menos natural. Y hay la mujer. – ¿También la mujer? – Sí. Hay muchas líneas Siegfried que garantizan la subsistencia de este país a través de los años. Su extrañeza, su dificultad son, en muchos casos, defensas que le aseguran la vida. Yo he leído que para garantizar una Europa feliz en caso de victoria aliada, habría que desmenuzar a Alemania, pero yo no veo cómo. Suponiendo que la línea Siegfried de cemento y de acero fuese quebrantada, ¡quedarían tantas otras! Yo imagino una pulverización momentánea de Alemania. Pero el idioma, la mentalidad, la mujer, el clima, volverían a unir lo que indudablemente es una sola roca. Quisiera que esta conclusión saliese en el libro, pero no por medio de palabras, sino que la dedujese el mismo lector (...) Veremos si a través de cada una de las líneas Siegfried que en el libro salgan consigo dar la sensación de la unidad del castillo germánico (265-266).

Por un lado, considera Alemania una fuerza militar notablemente grande y poderosa. Por el otro, para los demás países, no se puede imaginar un mundo gobernado por Alemania, ya que otros países no acabarían integrándose. Así que su admiración por Alemania está claramente limitada ya que él no se vería capaz de vivir en Alemania, de adaptarse a la vida alemana por múltiples motivos. A la vez, revela con estas palabras las intenciones con su obra que, según sus apuntes, quedan bastante claras. Explica en estas líneas toda la historia que tiene pensado escribir, cambiando algunos nombres o profesiones de las figuras.

La novela termina lanzando un mensaje hacia la movilidad de las personas y hacia el constante movimiento en la vida. Así, Miguel ve un cierto paralelismo entre su vida y la guerra: “*Anhalter Bahnhof*¹¹⁹ otra vez. Y en medio, quince semanas de Alemania. (...) Adelante. El mundo no se paraba. Paz. Guerra. Guerra. Paz. El tiempo tampoco. Adelante. Adelante” (270). Estas palabras aluden a las ganas de viajar que siente el protagonista. Es de suponer que estos viajes tienen un notable impacto sobre su carácter y sobre sus perspectivas. En las últimas líneas de la obra, el narrador ya se encuentra en el tren en Austria, a punto de entrar en Italia. La nieve y el frío son las sensaciones con las que se despide de los países germanos: “El frío invadió su carne de hombre del Sur. Pero ya quedaba poco. Pronto el tren estaría en el Brennero, cara a la luz, al sol, al ruido” (272). La novela termina con la frase anteriormente anunciada, además de las fechas en las que se escribió la obra y que son “*Roma, diciembre 1939-marzo 1940*” (272).

¹¹⁹ Nombre de una antigua estación de trenes en Berlín que significa literalmente ‘Estación autoestopista’.

A modo de conclusión, el lenguaje y estilo de *Línea Siegfried* se caracterizan por una notable cantidad de expresiones y palabras germanas que el narrador incorpora en su relato – más de las que se encuentran en otras novelas del grupo de los escritores falangistas. Así, contamos con un protagonista de una cultura germana relativamente amplia. Uno de los múltiples ejemplos de estos conocimientos es el viaje en tren del protagonista con un grupo de periodistas, de Berlín a Praga. Cuando el revisor les pide no fumar, el italiano Piero replica: “Ich habe nicht verstanden¹²⁰” (106). Aunque algunas veces falla la ortografía, como cuando transcribe un letrado en el tren que dice “«Nicht Rauchers¹²¹»” (112), o se equivoca con algún artículo (“ –¡Gutes Krieg!¹²² ¡Buena guerra! [dice Piero a los soldados alemanes]”, 158). Sin embargo, cada expresión o frase incorporada al texto español convierte la narración en más auténtica. Falta por añadir que, debido a que Roma también es uno de los lugares novelísticos, se incorporan además algunas palabras italianas en el relato.

Desde la perspectiva germanófila de Miguel, los grandes temas de esta novela son las relaciones hispano-alemanas y las mujeres alemanas. Además, aborda de forma genérica, el periodismo y la guerra – tanto en un sentido filosófico como oposición a la paz, como en un sentido político y militar, incluyendo todas las reflexiones del protagonista sobre cuestiones bélicas. A pesar de que *Línea Siegfried* se centra en diferentes aspectos de la vida alemana del año 1939 no contiene elementos filonazis explícitos. Sin embargo, con todos los temas ya mencionados, además del tema histórico, el narrador demuestra que le interesan notablemente todas las cuestiones relacionadas con lo alemán. En cierta manera, invita al lector a participar en sus reflexiones. Lo que tiene mayor importancia para su persona son el periodismo y sus relaciones amorosas, tal como apunta en Polonia: “Y ahora Varsovia. Cada cual tenía de cada ciudad y como recordatorio seguro, siempre una crónica y alguna vez una mujer” (216).

Las comparaciones que realiza Miguel entre Alemania y España recorren como un hilo conductor toda la novela. Se trata sobre todo de un conjunto de ideas preconcebidas y el narrador da rienda suelta a todas sus impresiones. Ejemplos de estos estereotipos son, entre otras cosas, el carácter apasionado y la falta de puntualidad de los españoles. Al principio, se hallan más estereotipos sobre los alemanes que, a medida

¹²⁰ En español: “No he entendido”.

¹²¹ En español, “no fumadores”. A la palabra alemana le sobra la última ‘s’ además de escribirse juntas las dos palabras.

¹²² Se le atribuye aquí el género neutro a ‘Krieg’ mientras que es masculino.

que el protagonista se va adentrando en la vida alemana, disminuyen algo, pero también se encuentran muchos sobre los latinos en general, y los españoles en concreto. Las últimas palabras de la novela confirman esta tendencia una vez más.

En cierta manera, parece que estas ideas preconcebidas repercuten en la vida amorosa de Miguel y su falta de éxito en sus relaciones con mujeres alemanas. Así, son múltiples los momentos en los que el protagonista se siente incomprendido y le es fácil establecer paralelismos entre la mentalidad alemana y el comportamiento de las mujeres germanas. En cualquier caso, habitualmente se trata de juicios rápidos y poco profundos. Hasta el final el lector tiene la sensación de que estas diferencias entre ambos países son insuperables para el protagonista.

Las descripciones de las situaciones que comparte el protagonista con las mujeres respectivas constan, a menudo, de un tono de cursilería. Sin embargo, también hay reflexiones más profundas en esta obra, pero no se refieren a la temática amorosa. Las experiencias y la mirada de este periodista reflejan sus impresiones de la guerra que, es cierto, exterioriza a menudo a través de estereotipos. Sin embargo, detrás de estas comparaciones se percibe muchas veces el deseo del mismo narrador de querer encontrarle un sentido a la vida, y también a la guerra.

Son relativamente pocos los momentos unificadores entre Alemania y España en esta novela. No obstante, se puede considerar un elemento filonazi la admiración del protagonista por el aparato militar y la fuerza bélica de Alemania dentro de Europa. En general, le impresionan el funcionamiento y la rigidez del país, aunque a veces la ridiculiza. Sin embargo, no siempre se muestra optimista por lo que se refiere a una victoria de los nazis, ya sea como periodista o como individuo con su propio razonamiento – ‘funciones’ que difícilmente se pueden desligar. Como si no quisiera comprometerse, su posición es muchas veces indirecta y poco clara. Así, prefiere, sobre todo al inicio de su relato, centrarse en las diferencias entre el mundo germano y el español (quizás, a fin de comprender mejor este otro mundo para él tan extraño). Estas diferencias le afectan personalmente en sus relaciones amorosas.

El título *Línea Siegfried* es para Miguel el punto de partida que utiliza para todas sus comparaciones entre Alemania y España. En ningún momento, el protagonista llega a sentirse a gusto en el ambiente alemán. No obstante, le gusta el paisaje y el ambiente pintoresco así como, por lo general, el funcionamiento del país. El crítico literario Rodríguez Richart acierta cuando opina sobre esta novela:

En *Línea Siegfried* (...) de Giménez Arnau, como escribe el autor en la «Advertencia» preliminar, «se trató de escribir la impresión que a un latino produjera la Alemania en guerra» (1981: 7¹²³). (...) En general, el novelista trata de mostrar las diferencias existentes entre dos mundos, el germánico y el latino, y de contraponerlos. Al final, después de quince semanas de estancia en Alemania, regresa a Roma, terminando así la novela: «Pronto, el tren estaría en el Brennero, cara a la luz, al sol, al ruido. Se asomó otra vez. Nevaba. Nevaba. La nieve era un pedazo más de línea Siegfried» (1981: 272) (Rodríguez Richart 1986: 5).

Otros aspectos de interés de la novela son los símbolos. Mientras la línea Siegfried se puede considerar uno de los símbolos más importantes ya que recorre como un hilo conductor toda la novela, también lo son ciertos conceptos como el sentido de la guerra y las relaciones interpersonales, sobre todo en tiempos de guerra (véase la reflexión de Miguel sobre la amistad, en la orilla del Rhin).

Así, esta novela puede servir para transmitir ciertas imágenes de la Alemania nazi que se tenían en la España de la época.

4. 5. 2. *El puente*, 1941

La segunda novela de Giménez Arnau, relevante para el presente estudio, se publica solo un año después de *Línea Siegfried*, en 1941, y se titula *El puente*. Como apunta Bertrand de Muñoz (1982: 218), con esta obra el escritor se mantiene fiel a lo que parecen ser sus temas predilectos: la guerra, la amistad y el amor. En cuanto al tema bélico, al igual que en *Línea Siegfried*, esta obra no siempre se centra en el combate sino con frecuencia en las reflexiones sobre la guerra, incluyendo como tema predominante la muerte. También se abordan diferentes posturas políticas e ideológicas. Esta obra se caracteriza notablemente por el ambiente y la época en el que se encuentran los cuatro protagonistas, todos jóvenes falangistas:

La novela cubre los años que van de 1910 a 1940. En ella tenemos la historia de cuatro jóvenes, Domingo, Alberto, Gómez y Perico: compañeros de colegio, estudian luego Derecho juntos, continuando más tarde su doctorado. Se separan al estallar la guerra, luchan con los Nacionalistas y dos de ellos, Perico [su nombre oficial es Pedro Gil] y Alberto, mueren en la contienda. Domingo tiene luego que dejar su empleo y Gómez se marcha a África, dejando el puesto a la juventud que va subiendo (Bertrand de Muñoz 1982: 218).

Según Soldevila, que llama *El puente* “la primera novela [de Giménez Arnau]”, esta obra “fue considerada como la novela de la joven generación de Falange. Pero los cargos de importancia que [G. A.] ocupa pronto en política y su carrera diplomática

¹²³ Se trata aquí de la misma edición que la anteriormente citada.

interrumpen por el momento su producción literaria...” (Soldevila 1982: 119). En el exilio argentino, el escritor publicará posteriormente otras novelas.

Eugenio de Nora caracteriza la estructura y la define de la siguiente manera, comparándola con *Línea Siegfried*:

Parecidos elementos, predominantemente de crónica periodística acerca del mundo contemporáneo, con lo que ello comporta de toma de posición ideológica y de tentativa de proselitismo, engastados en cañamazos novelescos más bien esquemáticos y arbitrarios, protagonizados por personajes cuyo carácter representativo, y aun simbólico, está hecho a partes iguales de verdad observada y de interpretación que a muchos parecerá convencional, caracterizan *El puente* (1941), y *La cueva de ladrones* (1949) (Nora 1970: 174-175).

A diferencia de *Línea Siegfried*, esta novela no se centra en la Segunda Guerra Mundial sino que se divide entre la época del antes, durante y después de la Guerra Civil. Sin embargo, la novela entera es una retrospectiva con un narrador omnisciente que relata los hechos desde la tercera persona del singular, centrándose en el periodo de entre 1910 y 1940 (Bertrand de Muñoz 1982: 218). Su relato se narra alternando entre la perspectiva de cada uno de los cuatro protagonistas. Por lo que se refiere al lugar novelístico, la misma crítica literaria apunta: “La obra no está situada en un lugar definido; no existen nombres de ciudades ni de combates” (Bertrand de Muñoz 1982: 218). Si bien esta afirmación es válida para el principio de la obra, más adelante se halla una breve referencia a Madrid donde los cuatro amigos hacen su doctorado: “Lentos habían sido aquellos cinco años vividos en la capital” (Giménez Arnau 1941: 68). Es además el lugar al que vuelven siempre, una vez acabada una labor (como por ejemplo una misión bélica). Sin embargo, la expresión ‘la capital’ nunca se concreta con el nombre de Madrid. Así, la narración adquiere un tono bastante ficticio.

De manera parecida a la novela anterior de Giménez Arnau, el mensaje de la dedicatoria introductoria de *El Puente* es algo ambiguo. Así, el narrador omnisciente o el autor muestra una gran apertura y tolerancia frente a cualquier postura política: “A cualquier de mi generación / Vivo o muerto, enemigo o amigo” (Giménez Arnau 1941, dedicatoria: s/p¹²⁴). Es cierto que, a pesar de ser falangistas los protagonistas, sus posturas ideológicas no siempre están muy marcadas. Algunos de ellos vacilan además en la toma de su postura. Parece ser bastante más importante su pertenencia a una generación determinada, que es la de la Guerra Civil.

¹²⁴ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo sucesivo a José Antonio Giménez Arnau (1941): *El puente*, Ediciones Españolas, Madrid.

En el prólogo que precede a la narración, el narrador manifiesta sus intenciones de haber querido crear una novela totalmente ficticia. Entre sus intenciones literarias destaca la siguiente: “Como quien más adelante, siguiera leyendo habrá de comprender, esta novela está escrita con los ojos puestos en la última dolorosa historia de España” (7). Así subraya que el marco de su novela es histórico. Este marco histórico se divide en tres partes, que en la novela se titulan *Una orilla*, *El río* y *La otra orilla*. Junto al título *El puente* quedan así marcados no sólo los dos bandos nacional y republicano sino también todos los espacios que puede haber en medio y donde los individuos se pueden situar en los diferentes momentos de su vida.

En el capítulo introductorio –la primera indicación temporal data del 21 de mayo de 1925– el lector asiste a una escena de la niñez de los cuatro amigos y al momento en el que, tras una pelea, se conocen. Así, la narración se remonta a la infancia de todos y deja constancia de la profunda amistad que a lo largo de muchos años se pudo establecer entre ellos. Tras unas breves descripciones del físico y de las características de las figuras, aún en la primera parte, el narrador repasa la época del colegio y del instituto hasta la entrada de los cuatro en la universidad. En sus descripciones realza las específicas características de cada uno de ellos, que, a pesar de su gran amistad, son muy diferentes. Domingo, por ejemplo, es el primero en tener novia. Sin embargo, es Alberto quien a lo largo de su vida tendrá más éxito con las mujeres. En cuanto a sus capacidades de liderazgo, Domingo se diferencia de Alberto en lo siguiente: “Si en el grupo Domingo ejercía una indiscutible jefatura de orden intelectual, era Alberto quien humanamente lo dirigía” (24). Es cierto que, tanto en lo físico como en lo mental, Domingo y Alberto son los protagonistas más fuertes.

Al acabar en el instituto, los cuatro amigos deciden estudiar juntos Derecho. La entrega de sus exámenes del instituto data de junio de 1930. Es en el ambiente universitario donde los estudiantes, además de vivir algunas relaciones amorosas, están por primera vez confrontados con las cuestiones políticas. En los primeros años de la República sienten cierto afán revolucionario. Poco a poco se desilusionan además con el sistema universitario:

El profesorado, que, con algunas excepciones, no veía la importancia que la educación de aquellas generaciones tenía, daba a la enseñanza un tono rutinario poco a propósito para atraer los espíritus de gentes que en muchos casos (la vida lo iba a probar) no estaban esperando otra cosa sino la palabra de orden que les marcara dirección y objetivos concretos, aunque para ganarlos hubiese que dejarse la carne a jirones por el camino (43).

Es posible que se desprenda de la cita anterior en cierta manera que estos jóvenes estaban ya algo predestinados a unirse, más adelante, a la Falange.

Después de la muerte de la madre de Gómez –acontecimiento que todavía une más a los amigos–, este protagonista empieza a trabajar en un periódico. Domingo, que hasta entonces ya se había caracterizado por ser un muy buen estudiante, también se decanta por la rama periodística:

Al conseguir Domingo que su padre interviniera cerca del Consejo de Administración de *La Mañana*¹²⁵, periódico reaccionario que luchaba contra los dos liberales que existían en la ciudad, había satisfecho un doble deseo. Primero, el de proteger a Gómez, que tras la pérdida de su madre se veía en la necesidad de ir empezando a ganarse la vida, y segundo, una propia y vieja aspiración de conocer el periodismo por dentro (50).

El hecho de efectuar sus prácticas en un periódico de ideología de derechas influye al joven estudiante. Un día, en una conversación con su jefe, Domingo le comenta que se interesa por la política y que lee muchos periódicos extranjeros. Basándose en el ejemplo de “un periódico francés muy de izquierda, pero que tenía justa fama por su forma de componer” (51) y que califica además “un periódico masón, izquierdista rabioso” (52), intenta convencer a su jefe de cambiar forma y formato de *La Mañana*. Al diferenciarse en seguida de la ideología del periódico francés, el narrador apunta aquí un primer elemento falangista explícito, formulado por Domingo. A partir de ahí, el camino de este protagonista se centrará cada vez más en el falangismo.

Prosiguiendo con la retrospectiva de los años anteriores a la Guerra Civil, se describe también el ambiente agitado:

Hacia mediados de cuarto curso, el país, que durante años enteros había gozado de una perfecta bonanza política, comenzó a conocer indicios de agitación y de desorden. Procedían de una minoría intelectual que, incapaz de llegar a las masas populares, aprovechaba como vanguardia de una idea sin soldados – y, por lo tanto, sin eficiencia – la generosa disposición de una juventud que no se conformaba con la paz, demasiado modesta para sus aspiraciones, que el Gobierno fuerte les había ofrecido durante una serie de años (55-56).

Esta cita se puede considerar un primer elemento pro-bélico. Cuando poco después se convoca la primera huelga universitaria, dos estudiantes forasteros piden a Alberto que ocupe el puesto del representante de su organización, en el Comité Central. Esta tarea significaría seguir con la huelga, y así Alberto acepta. Pero cuando, una vez en la

¹²⁵ La mención de este diario que se fundó en 1938 se podría leer como una referencia, aunque indirecta, a un posible lugar novelístico, que entonces sería Cataluña (la sede de *La Mañana* se encuentra en Lérida). Véase <http://www.lamanyana.es/>, 2.5.13. Sin embargo, no se comprobará este lugar en ningún momento del texto.

universidad, no consigue movilizar a los estudiantes para continuar con la protesta, reacciona con decepción.

A continuación Alberto recuerda el golpe de estado. Su postura política se desprende de estos recuerdos:

«Esta noche han dado un golpe de Estado», había oído. (...) A la hora del almuerzo había oído a su tío un primer juicio. «Era necesario. Con esta anarquía no se podía seguir.» Pero aquella opinión no había durado mucho. Sólo meses después habían empezado las críticas, que únicamente tenían un parcial elogio para el Gobierno. (...) Tenía razón su tío. El orden modesto que se les había ofrecido – continuaba pensando Alberto – no compensaba de la mediocridad. Ahora sería otra cosa. Sí. No inmediatamente, claro. Pero poco a poco sería otra cosa. Habría un desorden, del que surgiría un orden revolucionario justo (64).

Alberto, que hasta hacía poco aún era miembro de las Juventudes Socialistas (68), reflexiona en estos momentos sobre un cambio de su postura política. Aunque no se pronuncie de forma explícita a favor del falangismo, pronto se incorporará a este movimiento. Alberto es a estas alturas de los cuatro amigos quien de manera más positiva interpreta el golpe de Estado:

Tras unas cuantas copas, el propio Gómez se convenció de que el hecho de la dimisión del Gobierno debía de ser muy importante, puesto que todos, intelectuales y trabajadores, ricos y pobres, jóvenes y viejos, celebraban la caída de los políticos que durante años les habían dado orden (66).

En el tercer capítulo, la actitud de los amigos respecto a la política se concreta y, debido a sus diferentes posturas, su relación amistosa empieza a empeorar. Domingo, que ya se siente un falangista más, intenta convencer también a Alberto de sus ideas políticas:

Alberto, cuyas dotes de energía y de agitación fueron pronto descubiertas por los dirigentes de la subversión en el país, se entregó de lleno a una política que pretendía concretamente cambiar las bases tradicionales en que la vida pública se había fundamentado durante siglos (69).

Así, los dos amigos más activos en cuestiones políticas no comparten las mismas opiniones. Mientras Alberto aún se siente republicano, Domingo ya lucha por el bando nacional. Al mismo tiempo, ni Perico, cuya actitud se describe como apática, ni Gómez, indiferente a la política, se entrometen en estos debates. La situación estalla cuando Domingo resulta herido en una confrontación violenta en la universidad. A partir de este momento, la amistad entre Alberto y Domingo se ve afectada y su relación se enfriará.

Así, cuando los cuatro amigos se doctoran en el mismo año, celebran esta titulación separados: en un momento se juntan Domingo, Perico y Gómez, en otra

ocasión Alberto, Perico y Gómez. Por lo general, el ambiente se caracteriza como triste.

Además, está marcado por la falta de perspectivas de los jóvenes:

Y el panorama de la vida no era precisamente optimista. (...) todo aquello servía de poco consuelo a una generación que se veía detenida por una crisis que paralizaba, no sólo aquellas colas de obreros sin trabajo, sino también a unos hombres que, por llevar corbata y sombrero, merecían el desprecio de los parados de manos encallecidas que los tomaban por parásitos, sin saber que su tragedia era aún mayor, puesto que las veinticuatro horas vacías que unos y otros tenían por único patrimonio transcurrían más lentas y más crueles para aquellos espíritus que, tras años de estudio, se encontraban sin uso en un mercado saturado de títulos académicos (83-84).

Este ambiente, sobre todo en cuanto a cierta depresión entre la juventud, recuerda algo el de los años treinta de la Alemania nazi.

En otros momentos, el narrador justifica la buena predisposición de los jóvenes para la lucha armada que, en su opinión, está muy relacionada con este ambiente sin perspectivas:

Por eso aquellos años dieron tal número de gentes que entraron de lleno en la agitación política. Por eso tantos padres no entendieron que aquellos muchachos, en lugar de estudiar (...), se dedicaran a luchar. No sabían que todos – ¡todos! – hubieran adorado que la época en que vivían les hubiese permitido el carísimo lujo de ser románticos, liberales y capitalistas. Para lo cual, después de todo, tenían en la sangre una grande predisposición (85).

Poco después, Alberto conoce a la huérfana Elena con la que se casa al cabo de unos días. El encuentro con Elena le hace perder el gusto por la política a la que solo volverá más adelante. Antes, un acontecimiento trágico cambia su vida personal: Elena y Alberto deciden tener un hijo, y el joven, durante los meses del embarazo de su mujer, se ilusiona con la idea de tener un hijo varón. Cuando al final nace una niña, su decepción es mayor. Pero la situación se convierte en verdaderamente trágica cuando, un día después del parto, la madre y la niña mueren, aún estando en el hospital. Por consiguiente, en los siguientes meses Alberto vive una profunda tristeza y soledad. Un día por casualidad se pierde en la calle en una manifestación de un grupo de socialistas. Por confusión, es encarcelado. No obstante, es este el paso de Alberto para entrar por fin en el Partido Socialista.

Mientras tanto, a pesar de su convicción ya demostrada, “Domingo tardó varios meses en inscribirse en el naciente Partido Fascista¹²⁶” (95). El día de su afiliación el joven está muy ilusionado:

Había oído el discurso que iniciara el Movimiento y había sentido la emoción de quien en la torre de Babel hubiera encontrado una persona con quien entenderse. Era eso, sí.

¹²⁶ Posiblemente, para mantener el carácter ficticio de esta obra, se trate aquí de la Falange.

No lo dudó un segundo. Los problemas que aquella voz, que escépticamente empezara a oír desde la radio, había planteado eran los que concretamente existían en la ansiedad de aquella generación. Pero la voz hacía algo más que plantearlos. Probaba que era capaz de resolverlos (95).

Recuerda esta descripción la de muchos otros escritores que vivieron sensaciones parecidas al unirse a este partido. También evoca una imagen más general: la de un dictador que se dirige hacia un pueblo con la intención de fascinarlo.

A continuación la narración se centra en Domingo y la búsqueda de su camino ideológico que le llevará al falangismo. Antes se realzan las diferencias que aún existen entre Domingo, el fascista, y Alberto, el socialista:

Los dos años pasados desde la salida de la Universidad habían cambiado a Domingo, que había cobrado un tremendo escepticismo. Creía siempre errónea la posición de Alberto. Sentía aún vivas las ideas que un día le habían hecho mantener una posición netamente reaccionaria, pero había evolucionado, comprendiendo que aquel puñado de verdades no podían servir para que unos cuantos siguiesen manteniendo privilegios y excepciones. Apenas iniciado aquel primer intento reaccionario que siguió a los dos años jacobinos, comprendió destinado al fracaso todo lo que no uniese lo nacional a lo social. Y si no se alistó al lado de quien por la radio despertara en él la fe más absoluta, fué por una razón puramente formal. Aquella gente se ponía una camisa de un color determinado, y Domingo no toleraba aún esto. Nació su repugnancia de un incidente, aparentemente sin importancia, pero que en él quedó grabado profundamente (95-96).

Este incidente remonta a la primera Comunión de Domingo en la que fue vestido distinto a los demás (no tenía un traje blanco). Así, por diferenciarse físicamente del grupo, sus recuerdos de aquel día son bastante negativos. Tras una conversación con uno de los jóvenes fascistas, la uniformidad del grupo empieza por gustarle: “Vencido este escrúpulo, Domingo González Acosta hizo su inscripción en el Partido Fascista y recibió un carnet de tapas rojas que dentro llevaba una fecha de la primavera de 1934” (98). Es posible que el narrador, con su enfoque en la formación de las ideas políticas de Domingo, quiera conseguir que su relato sea aún más creíble y más auténtico. Domingo, que en cuanto al fascismo al principio no tiene las ideas claras, se acaba incorporando al grupo con una convicción aún mayor.

Alberto, por su parte, ve necesario consolidar su posición en el Partido Socialista donde pasa por ser demasiado intelectual. Así, acepta participar en un tiroteo a un juez que debe ser castigado por haber condenado a cadena perpetua a un grupo de socialistas. En un taxi, Alberto y otro compañero se aproximan al juez para apuntarle. Dicha acción es exitosa, pues logran herirle en el hombro. Sin embargo, al llegar a casa Alberto siente remordimientos. Cuando poco después lee el periódico donde aparece el nombre del juez, sabe que se trata del padre de Beatriz, el amor de su juventud. De repente, Alberto

siente una gran necesidad de ir a ver a Beatriz con la que no ha mantenido el contacto durante muchos años. El protagonista que se siente profundamente confundido por su actuación anterior es recibido de manera cordial por su ex-novia. Esta, por su parte, ya conoce toda la historia puesto que le vio apuntar el fusil desde la ventana. Pero también sabe que no había sido Alberto quien hirió a su padre sino su compañero. En su conversación Beatriz le pide a Alberto no confesar nada a nadie.

A raíz de este incidente, Alberto decide ir con sus amigos Gómez y Perico a un mitin fascista. Es ahí donde debe deshacerse de algunos de sus estereotipos:

En torno a la sala, formados militarmente, un cordón de hombres jóvenes en posición de descanso. Alberto miró detenidamente al público. No estaba formado por las gentes que él esperaba. Había en enorme proporción hombres de su edad, pertenecientes a su misma generación, que con idéntica voluntad revolucionaria había llegado a otra trinchera distinta de lucha. Veía estudiantes, gente humilde. Lo que no veía era aquel público «capitalista y plutócrata» que él, ingenuamente, había esperado encontrar (114).

Las vacilaciones de este protagonista en cuanto a su postura frente al fascismo dan, una vez más, un toque de autenticidad a la historia. Durante esta concentración, Alberto y Domingo vuelven a verse, pero no se hablan. Alberto describe el mitin de manera positiva:

La actitud del público era de una perfecta compenetración con los oradores. Se aplaudía como en los demás actos a los que él había asistido. Pero lo verdaderamente impresionante, incluso en los momentos de silencio, era el calor de aquella gente, que parecía concretarse en un ambiente de identidad que flotaba en todo el teatro (115).

Así, los estereotipos de Alberto acerca de este movimiento desaparecen y el mitin empieza a gustarle. Sobre todo, aumenta su comprensión por Domingo, que antes fue tan amigo suyo: “Sintió oyendo a aquel hombre la misma impresión que un día tuviera Domingo. ¡Sí, era precisamente eso! Era eso lo que él buscaba desde aquel día de la huelga universitaria” (115). Así, el ambiente de masas finalmente le contagia. Lo reconoce cuando poco después conversa con Perico y también con Gómez que le pregunta:

– ¿Era así como tu imaginabas a los fascistas? – No, no era así – contestó seriamente Alberto. Y tras una pausa siguió diciendo: – No, no era así, porque estos, los que hablaban, los que escuchaban, los que imponían el orden, son exactamente como yo. Gómez corroboró: – Sí, en el fondo, a todos nos iguala esta época trágica que padecemos. – Sí, pero hay que padecerla con tranquilidad y con alegría. – Perico rió. – ¿Te has hecho fascista? – No me he hecho nada. Me he encontrado a mí mismo, y figúrate mi alegría después de años de querer saber lo que era y lo que sentía. Gómez le dijo entonces: – ¿Y lo has conseguido? – Sí. He cerrado un paréntesis (116).

Aunque Alberto no quiere reconocerlo de forma explícita, se identifica en estos momentos ya con los fascistas. Como se desprende de la siguiente conversación entre

los amigos, uno de los temas importantes de su generación es su papel como individuos en esta época de guerra y entreguerras. Así, Alberto afirma:

Entonces, como hoy, nuestra misión es idéntica. Nuestra generación tiene que luchar para que otras vivan, nadar para que otras no se ahoguen. Somos el puente por el que los que vengan pasarán hacia el orden y la justicia (117).

Finalmente, Alberto y Domingo se reconcilian. Alberto anuncia a su amigo de la infancia que ahora él también quiere afiliarse al Partido Fascista. Lo comenta y se inscribe el día siguiente. Como nuevo miembro, Alberto se encuentra pronto en una situación muy parecida a la anterior, cuando disparó al juez. El punto de partida en esta ocasión es el asesinato de un ex-anarquista, ya fascista y amigo de los protagonistas, Jaime. Al saber de su muerte, Alberto y Domingo deben vengarla. Tiran una granada en una taberna que está llena de socialistas. Logran herir a unas cuantas personas, pero no hay víctimas mortales. Antes de salir de la taberna, Alberto, de repente, se enfrenta con su ex-compañero socialista Luis con quien tiroteó contra el juez. En una pelea de la que Alberto sale ensangrentado, Luis muere. El día siguiente, Alberto se entera por el periódico de lo sucedido y, al igual que la vez anterior, informa a Beatriz sobre ello. El capítulo concluye con una referencia al tiempo que falta para el estallido de la Guerra Civil:

Fué días después, una mañana del invierno de 1936, cuando Domingo y Alberto, tras votar por las candidaturas fascistas, pasaron la jornada colaborando en mantener el orden de unas elecciones en las que ninguno de los dos creía (127).

A pesar de su afiliación al partido fascista, el espíritu de ambos se muestra algo crítico con la situación actual.

El narrador de *El puente* recurre con frecuencia a una característica algo típica de las novelas falangistas que en esta novela aún se ve más acentuada: intenta describir a los protagonistas como personas normales y corrientes, que no son héroes literarios en el sentido estricto de la palabra. Así, apunta: “Perico era uno de tantos. El, que había elegido la carrera de Derecho simplemente porque sus amigos la estudiaban; ...” (134).

También se aborda en esta novela el tema de las diferencias entre la clase media (burguesa) y la clase obrera. A medida que los dos bandos de la Guerra Civil se consolidan, los cuatro protagonistas se sienten, aunque más bien de manera indirecta, discriminados por las personas pertenecientes a la clase obrera en la que se encuentran muchos socialistas. Así sucede cuando Perico discute con su preparador de oposiciones sobre su estatus de estudiante. Compara a los obreros y su sueldo fijo con sus propias pocas perspectivas de un sueldo elevado. Opina que, a pesar de su carrera universitaria y

sus oposiciones, ganará siempre poco en estos tiempos de crisis económica y así, no se sentirá nunca superior a quienes ejercen un trabajo físico. En este momento del texto, abundan los estereotipos sobre ambas clases, tanto por parte de Perico como por parte del preparador.

Mientras tanto los sentimientos nacionalistas de los protagonistas se refuerzan y las ganas de participar ellos mismos en la guerra aumentan. Así, el padre de Perico expresa en una conversación con Alberto su alivio respecto al éxito de su hijo en las oposiciones: “«Después de esto, si hay que luchar, se lucha. Nada importa ya.» Alberto sonreía. Hombres como aquel necesitarían ellos. El mismo pensaba así” (151). Se desprende de las palabras de Alberto su espíritu cada vez más propicio a lo bélico. Se acuerda de cuando lanzó la granada al bar de los socialistas y ahora ya se siente orgulloso de su actitud heroica durante este ataque.

La segunda parte de la novela termina con la separación y despedida de los cuatro protagonistas: todos son destinados a frentes distintos.

Con la tercera parte, titulada *La otra orilla*, se inicia la Guerra Civil. Gómez también se incorpora al ejército aunque no haya efectuado el servicio militar. No obstante, quiere cumplir con su deber como todos los demás. Mientras tanto, Perico que lucha en el mismo regimiento vive su primer combate: “Gómez oyó en seguida que Perico había, con su decisión personal, conseguido vencer una resistencia fuerte de un enemigo duro” (161).

Sobre las condiciones y características de los jóvenes que, junto a Gómez y Perico, entran aquí en guerra, se apunta:

Eran todos ellos aprendices de la guerra que empezaba, y todos – ante aquella misión que desconocían – se sentían con el paladar seco, como si despertasen tras una noche de vino. Eran hombres jóvenes, universitarios mezclados con obreros, que del día a la noche se habían visto convertidos en combatientes. Tenían voluntad, pero les faltaba costumbre. Esa costumbre que también cuenta en la guerra y que haría magníficos soldados de los combatientes de aquel camión que lograsen sobrevivir (164).

La falta de costumbre y el miedo ante la muerte inminente son, pues, los factores que más pesan sobre los jóvenes combatientes. De tal manera confrontados con la brutalidad de la guerra, los espíritus de los jóvenes vacilan y en este sentido, Perico confiesa a Gómez: “– Me gustaría que esto acabase pronto – (...) – No es que tenga miedo, ¿sabes?; pero no soy hombre de guerra” (166). En estos instantes, a pesar de su combate exitoso anterior, Perico se considera a sí mismo más bien una persona antibélica.

Como si lo hubiera previsto, Perico muere al cabo de poco tiempo durante uno de los combates. Gómez, por su parte, es herido en la cabeza. Se sobreentiende que la muerte de uno de sus mejores amigos le afecta profundamente. Después de unos días, Gil, el padre de Perico, se inquieta al no tener noticias de su hijo. Va al cuartel de Caballería donde primero le felicitan por su hijo ejemplar en cuestiones militares. Cuando los soldados vuelven del frente, Gil se entera de la muerte de su hijo. Con gran dolor, les espeta a los soldados recién llegados a la cara:

– ¡Gómez! ¿Dónde lo dejaste? – Por toda respuesta, un sollozo subió desde el patio del cuartel. – ¡Cobardes! ¡Cobardes! Ni siquiera me traéis su cuerpo. El no os hubiera abandonado. – (...) Abajo, unos hombres jóvenes, pálidos de su primer encuentro con la muerte, le escucharon estremeciéndose (177).

Así, apenas ha empezado la guerra, muere uno de los protagonistas y el narrador se centra ya en la descripción de los momentos trágicos del conflicto bélico.

Poco después, Alberto también es herido. Uno de los capitanes descubre que lleva un salvoconducto del Partido Socialista encima, por ello Alberto, en su estatus de soldado voluntario, es trasladado a una especie de prisión de los falangistas. De las reflexiones de este protagonista se desprende que ya está algo cansado del combate. Al haber sido testigo de la muerte de muchos de sus compañeros, su propio deseo de morir aumenta. También se ve afectada su fe en Dios:

Sí, él creía en Dios. Pero en aquel momento temía que su amor hacia el Creador fuese inferior al miedo casi físico por todas aquellas cosas poco limpias de su vida que en aquel momento veía ante sus ojos como fotografiadas (187).

En el refugio donde lo retienen Alberto se enfrenta con Ibáñez, un antiguo conocido suyo y jefe de las Juventudes Socialistas. A Alberto le sorprende la amabilidad con la que Ibáñez le trata: “Alberto miró fijamente a Ibáñez. ¿Qué farsa era aquella? ¿Qué pretendía aquel hombre, que sabía que él era un desertor, un antiguo correligionario que había abandonado sus filas para combatirles a tiros por las calles?” (192-193). Ibáñez, por sentir cierta afección hacia Alberto, le propone escaparse juntos de este refugio de los falangistas, como último favor a un antiguo amigo. Así, Alberto logra huir, junto a otro soldado socialista.

En otros momentos, cuando ya se han vivido casi dos años de guerra, se relativizan las crueldades del conflicto bélico, y así Gómez apunta: “En aquellos veintidós meses, la vida había dado de todo. Días tristes como días alegres” (209). No obstante, la muerte es un tema al que se recurre siempre. Un día, cuando Domingo vuelve del frente, les cuenta que también murió uno de sus ‘jefes’, el joven que tomó la

iniciativa para vengar la muerte del obrero Jaime: “– «Anoche lo fusilaron.» No añadió más. No tuvo que decir quién era, porque todos habían entendido. Alberto palideció. Ni un segundo había temido por él” (218). En estos instantes, se percibe aún, a pesar de todo lo vivido ya, cierta ingenuidad de los jóvenes amigos. También se desprende de la narración la vacilación del narrador de cómo interpretar lo sucedido:

Quedaban también otros hombres nacidos antes de este siglo y quedaban otros jóvenes que crecerían rápidamente. El país sería conquistado y caminaría hacia el triunfo. Pero la generación que se había encontrado los días de la caída del Régimen, la generación que quemara o impidiera quemar las iglesias, la generación revolucionaria, la que tocara a rebato, despertando al país de su siesta, ésa había caído fusilada (219).

El narrador hace aquí referencia al título de la obra y a la función de los cuatro protagonistas: constituyen un puente intermediario entre dos generaciones que no han vivido o vivirán este conflicto bélico. La supervivencia de Alberto, Domingo y Gómez refuerza aún su amistad. De los demás se diferencian en la manera en la que tratan con la muerte: “Lloraban todos, sí. Pero la carne desgarrada como si hubiese sido herida de muerte por los mismos balazos de la noche anterior, el dolor físico de una segura agonía, eso lo sentía sólo una generación” (220).

La situación general, la muerte que abunda en su entorno, crea dos sensaciones distintas en Alberto: por un lado, nace un profundo pesimismo en él. Por el otro, está más convencido que nunca en que hay que hacer la guerra: “– Haré la guerra – decía – porque hay que acabar lo que se empieza” (220). Una vez declarado su amor a Eugenia, la hermana de Perico, la decisión de casarse se toma rápido – casi tan rápido como en el caso de su compromiso con la fallecida Elena. En una de sus conversaciones, Eugenia y Alberto abordan el tema de la muerte. La joven expresa su miedo ante la posibilidad de que también Alberto pudiera morir en el frente – posibilidad que él mismo parece descartar, a pesar de lo vivido anteriormente:

«¿Morir?» No le había ni pasado por la imaginación cuando había pensado ir al frente. Sí, era cierto; otros habían muerto. El mismo Perico había quedado allí, tendido frente al enemigo, con la cabeza agujereada por un balazo. Pero ¿él? ¿Tras aquella odisea en la capital? ¿Tras su fuga? Pero ¿es que no estaba claro que la muerte no le quería aún? (229).

Con todo, Alberto quiere mostrarse valiente frente a la muerte. Su estado de ánimo encaja con la descripción del ambiente la víspera antes de partir a la guerra, que es alegre: “[Alberto] Tuvo buen humor y frases amables para todos. Parecía que en lugar de ir al frente volvía de él” (230). En el frente, Alberto se junta con Gómez. Poco

después, escribe a Eugenia, lleno de convicción, que “[l]a lucha, ..., era más concreta, y la victoria no podía dejar de ser suya, y rápida” (241).

En otros fragmentos del texto, sobre todo ante situaciones peligrosas, cerca del enemigo, esta creencia en la victoria disminuye y dentro de Alberto se confunden los sentimientos:

Faltaban veinte minutos para, con una flexión sobre las manos, lanzarse al campo abierto que les separaba del enemigo. Se sentía nervioso ante aquella sensación desconocida. Y no era miedo a la muerte lo que secaba su boca y aceleraba el ritmo de su corazón. (...) Era ahora la duda la que volaba por el aire entre aquellos silbidos, entre aquellas explosiones, escondida entre una niebla que era como el velo detrás del cual podían acechar el dolor, la herida, la muerte o la victoria (247).

No obstante, en otros momentos, Alberto es capaz de vencer esta sensación de inseguridad ante una situación desconocida. Según la siguiente descripción, es de suponer que su espíritu bélico aún se refuerza:

Pero cuando los músculos, ágiles, habían saltado el parapeto, comprendió que aquello era distinto, que estaba lleno de una realidad muy dura, pero tan natural como aquellos surcos, como aquellos árboles y acequias que eran mudos testigos de la acción. Cuando vió que aquel silbido que sus oídos tenían por compañía mientras él corría hacia el enemigo no hacía temblar sus piernas, cuando concretó los peligros que enfrente le esperaban y hacia los que él corría, no tembló ya. Y todos le vieron, juvenil, fuerte y alegre, llegar el primero hasta una trinchera a la que sus bombas de mano habían previamente desalojado (249).

Este momento, aunque se desarrolla ya durante el conflicto bélico, recuerda la típica situación de euforia de los jóvenes falangistas cuando se van al frente. No obstante, la euforia de Alberto conoce un fin repentino: durante un combate, recibe un tiro en el pecho. Gómez, que “... lo había visto todo” (254), apunta ante la inminente muerte de su amigo que para él había sido “[m]ás que un hermano” (255). No obstante, los amigos conversan una última vez. La descripción de la muerte de Alberto tiene un tono notablemente trágico, por ejemplo en el momento en el que Gómez carga a su amigo herido sobre sus espaldas para llevarlo al médico: “Y es que sobre sus hombros llevaba ya, junto a la carne de Alberto, la fría y rígida carga de la muerte” (257).

El capítulo termina con la vuelta de Gómez a su pueblo natal. Durante el viaje le acompañan algunas reflexiones sobre los muertos que van ya de esta guerra. Son reflexiones de un protagonista profundamente triste que no demuestra ninguna característica patriótica o heroica, sino solo expresa sus sentimientos:

Otra vez en aquella casa era él quien debía contar la muerte de un ser querido. ¡Dos cadáveres ya! El uno, muy al principio, apenas iniciada la guerra. El otro, hacía ocho días. ¿Cuánto tiempo entre el uno y el otro? (...) Entre una y otra muerte habían pasado veintidós meses. Los mismos que contaba ya la guerra (257).

De esa manera, empieza la tercera parte de la novela, titulada “La otra orilla”, aludiendo así a los primeros años de la dictadura. En estos momentos, Gómez tiene una entrevista con el nuevo jefe del periódico donde trabajó antes de la guerra con el fin de retomar su puesto como periodista. Durante la entrevista, el jefe hace hincapié en la realidad actual e intenta situar a Gómez en el contexto de la situación supuestamente pacífica del país: “Lo importante es que no te olvides que la guerra ha acabado, y que ahora ha llegado la paz” (263). Así, se centra el primer capítulo una vez más en reflexiones sobre la generación ‘puente’ y que también se basan en el título de esta tercera parte:

Los que viniesen mañana no tendrían problema, porque no habrían conocido la otra orilla. Pero ellos eran puente y sufrían las tentaciones de las dos márgenes. Cuando se apoyaban en una orilla, su cabeza les proyectaba sobre la otra, y deseaban que la autoridad acabase con la farsa de una libertad privilegio de pocos, tópico manejado por quienes les recortaban diariamente las alas. En cambio, cuando llegaban a la otra y veían un mundo formado en la austeridad y en la disciplina, añoraban enfermizamente la polémica, el paseo por el mundo, todas las cosas que la orilla liberal les había mostrado a un precio cruel. Y su misma misión, la de soportar el peso de los que del ayer iban al mañana, era dura misión que destrozaba las existencias de aquellos que no dejaron sus vidas en los campos de combate (265).

Los protagonistas supervivientes sienten en estos momentos cierto vacío en cuanto a su futuro. Así, cuando vuelve a su casa natal, Gómez, que es el protagonista más discreto de todos, apunta: “En el fondo, la guerra, entre cosas tremendas y días tristísimos, le había hecho olvidar su obscura existencia” (268).

La tercera parte solo se centra en la vida de Gómez y se narra desde su perspectiva. El papel de Domingo, aunque este sigue manteniendo el contacto con Gómez, es ya secundario. Una vez el señor Gil se haya trasladado con su familia también a la capital, Gómez sueña con poder estar con Eugenia, que es hija de Gil, hermana de Perico y que antes fue prometida del fallecido Alberto. Por diferentes motivos es posible ver en el personaje de Gómez algunos rasgos biográficos del escritor: por un lado, trabaja en un periódico y escribe, entre otras cosas, sobre la guerra. Por otro lado, sus reflexiones en relación con todo lo vivido hasta ahora a veces son algo literarias:

¿Por qué, entonces, la sangre, de vez en vez, añoraba todo aquello que su cabeza, tras examinarlo, calificaba de indigno de ser revivido? Unica y simplemente, porque el recuerdo no es nunca fiel. Dante se equivocó cuando afirmara que *nessum maggior dolore che ricordare il tempo felice nella miseria*. Fúe más exacto Manrique, que hizo preceder a una afirmación parecida una circunstancia subjetiva. *Como a nuestro parescer cualquiera tiempo pasado fué mejor*. Sí, sólo *a nuestro parescer*. Porque, efectivamente, sólo mintiendo podía el recuerdo despertar estas insanas nostalgias que

el pasado, en sí, no merecía. Todo visto desde la cima de la edad, parecía digno de volver a ser vivido (287).

Así, resalta la cultura literaria de este protagonista que ha madurado desde el fin de la guerra.

En otro fragmento del texto, se anota, siempre desde la perspectiva de Gómez, el año 1940:

La guerra había durado tres años, se iba camino del primer aniversario del fin, y así ocurría que los que con catorce años vieron iniciarse el conflicto armado, tenían ahora dieciocho, que es la edad en la que la acción, ya que no las ideas, está más pronta a producirse (288).

Se menciona aquí la nueva generación de jóvenes y de forma indirecta se alude a sus carentes perspectivas en la situación actual. Con afirmaciones del estilo, este protagonista no se define precisamente como típico falangista:

Ellos de un lado, y de otro los que en las dificultades del momento encontraban justificación a sus pasados errores (cuando en la normalidad gobernaron al país) miraban silenciosos, pero críticamente, lo que iba ocurriendo. Y los unos creían que se iba demasiado lejos, mientras que los otros estimaban que cada día se castraba la revolución pendiente. Ante la dificultad concreta, no todos estaban dispuestos a reconocer que jamás el país conociera una época más llena de problemas insolubles (288-289).

Gómez juzga aquí a ambos bandos, sin mostrarse demasiado crítico con los republicanos.

Un día que Gómez conversa con Gil, el padre de Perico, ambos hablan de los que antes de la guerra fueron políticos. Según Gil, a estos ex-políticos les gustaría volver a su antigua profesión:

Aquella gente apartada de la política en plena madurez, como se decía antes en las necrologías de los periódicos o en los comentarios políticos, no estaba dispuesta a aceptar su ostracismo con los brazos cruzados. Entre sí comentaban: «-¡Déjeles! ¡Déjeles! Por lo visto, Disraeli era un niño cuando el Congreso de Berlín. -¡Y Bismarck! ¡Y Luis XIV!» Aquí empezaba la larga enumeración de gentes que prestaran grandes servicios políticos en época avanzada de su edad. Y como la Historia, para el que la mira con un ojo, da de todo, pocos segundos después veinte nombres históricos tranquilizaban a aquellos hombres, seguros de haber demostrado que la política prefiere el pelo blanco a la inexperta juventud (290).

Domingo es objeto de otra discusión, esta vez entre un grupo de jóvenes que trabajan con Gómez. En su conversación, califican a Domingo como una persona de “viejo estilo” y de “reaccionario” (291). Una vez Gómez le ha contado lo sucedido, Domingo, a quien no parece extrañar el juicio de los jóvenes, comenta:

Somos los enemigos de los de ayer y también de los de mañana. Los dos creen que nuestra misión ha terminado. (...) Nosotros somos un simple puente, al que ninguna de

las dos orillas acepta como tierra propia. Cumplimos nuestra misión, que era simplemente hacer posible el contacto entre el ayer y el mañana (292).

Una vez más se recurre al término del ‘puente’ para esta generación que se siente profundamente incomprendida, tanto por los mayores como por los jóvenes. Por edad, los protagonistas coinciden con los que pertenecen a la llamada Generación del 36, que nacieron al principio del siglo y cuyas obras se publicaron en torno a 1936¹²⁷. Muchos de ellos participaron en el conflicto bélico. Así, los testimonios de los protagonistas de *El puente* recogen en cierta manera el espíritu de esta generación. Formaron parte de esta generación, entre otros, los poetas German Bleiberg (nacido en 1915), Camilo José Cela (nacido en 1916), Agustín de Foxá (nacido en 1903), Ildefonso-Manuel Gil (nacido en 1912), Juan Gil-Albert (nacido en 1904), Miguel Hernández¹²⁸ (nacido en 1910), los hermanos Juan y Leopoldo Panero (nacidos en 1908 y 1909, respectivamente) así como Dionisio Ridruejo (nacido en 1912) y Félix Ros (nacido en 1912)¹²⁹, pero ninguno de ellos se menciona en el texto.

La situación de partida del tercer capítulo se centra en Gómez que acaba de tomar todos los preparativos para incorporarse de nuevo al ejército, esta vez para irse a África. A lo sucedido antecede una pequeña historia de amor, narrada de manera algo cursi: Gómez, que desde hace tiempo ha estado enamorado de Eugenia, decide un día confesarle su amor. No obstante, da la casualidad que este mismo día ella le anuncia su decisión de casarse con un médico del que se enamoró. Así, Gómez se ve reforzado en aceptar la oferta de su superior de marcharse a África. De esta manera, podrá distanciarse de ella.

A medida que avanza la narración, la historia de Gómez se va volviendo cada vez más triste: poco antes de la salida de su barco hacia la Guinea Ecuatorial, se va a un prostíbulo. Cuando descubre que la mujer con la que conversa y bebe toda la noche sólo está con él por su dinero, este protagonista que ya se siente algo envejecido regresa desencantado a su casa.

¹²⁷ Sobre el ‘etiquetaje’ de esta generación apunta Ruiz Soriano: “Como decía Max Aub, un escritor tiene la edad de sus libros y no la de su partida de bautismo, por lo tanto, aplicaremos el término «Generación del 36» a un grupo de poetas y escritores que, al margen de sus fechas de nacimiento, «surgen» literariamente hablando o emprenden proyectos culturales de grupo, en torno a esos años de principios de los treinta, consolidándose en su trayectoria literaria en revistas y obras con una estética común, desde el vanguardismo y compromiso social incipiente hasta el clasicismo y el existencialismo” (Ruiz Soriano 2006: 22).

¹²⁸ Otros historiadores colocan a Miguel Hernández como un epígono de la Generación del 27. No en balde su breve trayectoria coincide con la de algunos poetas del 27, por ejemplo: neopopularismo, gongorismo, poesía y teatro comprometido.

¹²⁹ Compárense Ruiz Soriano 2006: 7-15 y Pérez Gutiérrez 1981: 207-209.

La novela concluye con la última visita de Gómez a Beatriz, el amor de la juventud de Alberto y buena amiga suya. Durante su conversación, Gómez le recuerda a ella unas palabras de Alberto que le marcaron:

Era un hombre excepcional ... Tanto, que supo encontrar una muerte digna de su vida. Era su teoría, sabes? Nuestra generación [según él] presta sus mejores servicios muriendo. (...) Y tenía razón. Hay que morir o alejarse, que es lo mismo (319).

De la cita anterior se desprenden las diferentes posiciones ideológicas de los cuatro protagonistas: Perico, aunque buen soldado, antes de su muerte se había pronunciado en contra de la guerra. Gómez, por todo lo vivido en la guerra, tampoco se muestra especialmente propicio a ella. Sin embargo, es durante el conflicto armado cuando más méritos ha podido acumular. Alberto, por su parte, había visto una necesidad importante en la lucha armada antes de sucumbir a sus heridas. Domingo finalmente es la persona más influyente en el ámbito militar donde ha hecho carrera y el que más convencido está de la causa bélica.

A modo de conclusión, el pro-falangista de esta novela es menos notable que en otras obras del mismo grupo. El tema del falangismo se aborda siempre o en relación con Domingo o con Alberto. No obstante, el camino de Alberto hacia esta ideología política es sinuoso ya que durante un tiempo notable es miembro del partido socialista.

En general cuenta esta obra con más afirmaciones a favor de la guerra que a favor de la causa falangista. Mientras el soldado Gómez se limita a cumplir con su deber militar cuando va al frente, Domingo y Alberto demuestran casi siempre su buena predisposición para el combate. En este contexto, la muerte también es un tema importante de esta obra: todos la viven de manera muy intensa y en ningún momento es calificada como heroica. Así, cuando muere Perico, la narración adquiere un tono más bien trágico, incluso algo melodramático. La narración no es precisamente la típica falangista que se espera de un escritor perteneciente a este grupo.

Con todo, no se puede hablar de un carácter filonazi explícito en esta novela sino únicamente indirecto: se refleja sobre todo en su tono pro-bélico y pro-fascista. Este último expresado en grados distintos por parte de los diferentes protagonistas.

Otros temas de la novela son la amistad y el amor, pero como indica Bertrand de Muñoz es sobre todo "... la historia de la generación que estaba destinada a servir de «puente» a la que saldría después de la guerra" (Bertrand de Muñoz 1982: 218). Las alusiones al título son múltiples. Se refieren siempre a la generación de la que forman parte los protagonistas, esta generación que se sitúa en medio de una triste realidad, sin

grandes perspectivas para el futuro. En más de una ocasión los protagonistas expresan su insatisfacción por vivir en una época en la que su carrera universitaria les ofrece pocas posibilidades en el mundo laboral. Así, Alberto resume la sensación de todos con estas palabras: “Somos, (...), el puente sobre el que desde el ayer las juventudes futuras pueden saltar al mañana” (222).

Respecto al tema amoroso, es cierto que no es el tema central de esta novela, pero hay bastantes situaciones que lo tratan, y a veces de manera algo cursi. Estas se hallan sobre todo en la vida de Gómez, por ejemplo cuando reflexiona sobre las relaciones que Alberto tuvo con las mujeres o su enamoramiento de Eugenia, pero también cuando Alberto y Eugenia se declaran su amor mutuamente. Así, las descripciones de los momentos trágicos que viven los cuatro contrastan con los amorosos, que se relatan de manera más melodramática.

Por último, el estilo de esta obra se diferencia algo de las demás de este grupo: la técnica de repartir el papel de héroe narrativo entre cuatro protagonistas no es tan frecuente. Le permite al escritor abordar muchos temas diferentes. Entre ellos destaca también el viaje que parece ser uno de los asuntos preferidos de Giménez Arnau puesto que también lo abordó y con más abundancia aún en *Línea Siegfried*. Esta buena predisposición hacia el viajero se desprende de la narración cuando Gómez se va a África.

Esta novela alterna, de forma bastante proporcionada, momentos de acción bélica y momentos de reflexión, que viven los diferentes narradores. Así, el ritmo de esta novela parece ser más lento que el de la novela anterior de este escritor.

4. 6. José-Vicente Puente

De los críticos literarios mencionados en 3. 2. 4. cuya línea de investigación es, entre otras, la narrativa fascista, solo Rodríguez-Puértolas se ocupa de José-Vicente Puente¹³⁰, anotando algunos datos sobre su vida y obra:

Puente, periodista y después corresponsal en el extranjero, colaboró también en el colectivo *Laureados de España*, con una vibrante y enérgica prosa titulada *En los días en que el Alto del León empezó a llamarse Alto de los Leones ...* (Rodríguez-Puértolas 2008, II: 663).

¹³⁰ En las obras citadas a continuación, *Madrid recobrado. Crónicas de antes y después del veintiocho de marzo* y *Una chica topolino* los dos nombres del escritor llevan un guión. Sin embargo, la crítica literaria siempre le cita sin guión.

Como el mismo autor afirma en el prólogo a su novelita *Una chica topolino*, nació en 1916 (Puente 1945: 21). Según Armendáriz (2012: 26) murió en 1995.

A pesar de que los datos biográficos sobre este autor escasean, todo apunta a que en los años cuarenta se fue a vivir a Argentina. Sobre su labor de corresponsal en este país se sabe: "... José Vicente Puente, ... envió reportajes de Buenos Aires a varios diarios españoles durante toda la década peronista. En febrero de 1949, las tensas relaciones entre Areilza y los Perón ya eran un secreto público en Madrid" (Rein 1995: 203).

Anteriormente, en 1937, Puente había escrito *Viudas blancas: novelas y llanto de las muchachas españolas* (Rodríguez-Puértolas 2008: 663). Pero fueron sobre todo sus obras de teatro, publicadas entre los años cuarenta y sesenta, que le hicieron popular. Entre estas resalta *Gente que pasa* (1943), una obra que escribió Puente junto a su amigo Agustín de Foxá y que "destacó por la dirección de actores y el movimiento escénico" (García Ruíz / Torres Nebrera 2003: 74). Sobre esta misma obra es sabido:

Con un inmenso reparto de treinta y seis actores, *Gente que pasa*, ..., mezcla hábilmente la aguda revista social de un Madrid playa de desplazados y de *parvenus* (prólogo, actos 1 y 2), la trama de espionaje internacional y el combate ideológico de civilizaciones entre la vieja Europa y la España señorial frente a la nueva América. Todo en plena guerra mundial (García Ruíz / Torres Nebrera 2003: 27).

Tanto en su obra dramática como en la narrativa subyace la profunda cultura general del escritor que también se extiende al mundo germano. Así, no sorprende que también recoja temas goethianos:

Fausto 43, libre versión de José Vicente Puente sobre el texto goethiano al modo de Giraudoux, se estrenó montado por Luca de Tena el 21/2/44. El montaje, que pretendía destacar lo fantástico, empleó una forma giratoria con seis columnas y cortinas para crear una especie de cúpula donde se concentran los personajes. A algunos les pareció una experiencia demasiado minoritaria, a otros que no hay éxito real sin que algunos expresen su rechazo (García Ruíz / Torres Nebrera 2003: 85).

Sin embargo, debido a la escasez de información sobre la obra de Puente, parece haber dudas respecto a la reputación de este escritor. Así, Rodríguez-Puértolas advierte que "Mainer confunde a José Vicente Puente con otro prosista contemporáneo, José Vicente Torrente, mezclando las obras de uno y otro (*Falange*, pp. 51-57)" (Rodríguez-Puértolas 2008, II: 1215). Por desgracia, no se ha podido encontrar ninguna respuesta de Mainer al respecto.

Además de la labor teatral y narrativa de Puente destaca también su trabajo en el ámbito de las relaciones públicas, a saber, en torno a la creación de este término. Así sabemos:

... Ríos Carratalá cita en su libro a otro destacado periodista y propagandista metido en los años 50 en labores de relaciones públicas. Es José Vicente Puente [...], autor de obras como *Madrid recobrado* o *Una chica topolino*. Asumirá por esa época las relaciones externas de la Naviera Aznar, que comenzará en esos años la actividad de cruceros turísticos, sin despreciar su colaboración en periódicos influyentes. Estos dos casos corroboran la importancia incipiente de la industria turística en España y, consecuentemente con sus necesidades de promoción, la identificación de los primeros esfuerzos de comunicación y relaciones públicas (Armendáriz 2012: 26).

Con todo, las dos obras presentadas en esta tesis se deben considerar los trabajos narrativos más conocidos de Puente.

4. 6. 1. *Madrid recobrado. Crónicas de antes y después del veintiocho de marzo, 1939*

Las presentes *Crónicas* están en la línea de las demás obras de la sección cuatro, en cuanto a su trasfondo bélico y también debido al carácter falangista de la obra. Conforme con su subtítulo, *Crónicas* no se editó, en un primer momento, como texto conjunto sino que se publicaron sus treintaidós capítulos –las “crónicas”– por separado en periódicos como *Arriba*, *El Correo Español*, *Informaciones* y *La Voz de España*, entre otros¹³¹.

Madrid recobrado es una obra que se ambienta en la situación bélica que vivió Madrid desde el 18 de julio de 1936 hasta la entrada de los franquistas en la ciudad, centrándose, como indica el título, en el día 28 de marzo de 1939. Según el narrador, la capital española comenzó a partir de este momento a recobrar vida y a convertirse otra vez en una ciudad bonita, adorada por él.

Parece lógico, pues, que las *Crónicas* se narren desde la perspectiva de un joven protagonista masculino, en primera persona del singular, y bajo el efecto inmediato del conflicto bélico. Tras una dedicatoria que se dirige “[a] la ardiente memoria del padre muerto” (Puente 1939: 3¹³²), la obra inicia con un prólogo. Mientras la acción narrativa se desarrolla en toda la obra en Madrid y durante la guerra, en el prólogo, a modo de introducción, se efectúa una retrospectiva de los meses antecedentes a la guerra:

He aquí la sensación con que nos acogió la buena nueva del veintiocho de marzo. Cerca de tres años la ciudad – nuestra ciudad – había estado alejada de nosotros. Por entre un dédalo de trincheras, hierros retorcidos como dedos agarrotados de agonía, por surcos de lucha y combate, entre dolor y muerte, una blanca luna, en una histórica noche, alumbró la soledad y las sombras oscuras de los parapetos que en la Plaza de España me separaban de esa subida de la Gran Vía en que, ya el más puro aire de Madrid, me venía

¹³¹ El mayor número de capítulos de este libro fue publicado en estos cuatro periódicos (véase Puente 1939: 251-253).

¹³² En lo sucesivo se citará siempre de José-Vicente Puente (1939): *Madrid recobrado. Crónicas de antes y después del veintiocho de marzo*. S. l., S. n., con la página entre paréntesis.

en bocanadas que traían cabalgando chispas de estrellas que saltaban a los ojos para hacerme llorar (5).

En esta primera cita, el narrador recuerda los últimos tres años de guerra como especialmente duros y que afectaron notablemente a su ciudad natal. La destrucción de Madrid y la miseria de los madrileños estarán a continuación en el enfoque de su obra.

En el mismo prólogo se sabe que el narrador es un estudiante de Letras que, poco antes de la Guerra Civil, se va a Suiza y Alemania: “Por allí mismo bajé – allá corría mayo del treinta y seis – con mis amigos, en una despedida. Me marché a seguir los estudios en tierras suiza y alemana” (5). Según el narrador, su partida le salvó la vida ya que muchos amigos suyos murieron en los primeros meses de la guerra. Desde el principio de la obra, el protagonista se muestra creyente, dando las gracias a Dios por haberle dejado sobrevivir. Sin embargo, insiste a la vez en no ser un creyente fanático. En este contexto, se refiere a la doctrina krausista:

Madrid recobrado. ¡Con cuánto dolor y cuánto sacrificio! Yo no he sido nunca excesivamente localista, aunque sin llegar a sentir la teoría de Krauser [sic] sobre la Patria y el Mundo. Pero en esos largos días que hemos pasado todos los madrileños añorando a nuestra ciudad, recordando sus paseos, las horas alegres y tristes que aquí vivimos, los amigos comunes, nuestra casa, la familia que aquí sufría... muchas veces he sentido la llamada de Madrid que me hacía recordar aquel pensamiento de Angel Ganivet: *Así como los hombres nos esforzamos por crearnos una personalidad para no parecer cortados por la misma tijera, así las plazas, calles o paseos de una ciudad, deben adquirir un aire propio, dentro de la unidad del espíritu local y para dar a ésta más fuerza* (6-7).

El narrador demuestra con estas palabras que es hijo de su generación, influido por la doctrina krausista –que solo llegó a compartir algo más con el estallido de la guerra– y versado en cuestiones filosóficas y literarias.

En lo sucesivo recuerda su estancia en Alemania (Frankfurt) y el giro importante que dio su vida el 18 de julio de 1936:

Yo paseaba por la margen derecha del Rhin mis estudios y la dialéctica con los camaradas de Universidad. Blondas muchachas de trenzas y poesías medioevales, canciones alegres, a veces con profunda nostalgia de amor reflejado en pupilas azules. Los bosques esperaban nuestras grandes excursiones entre un mar de sombras y de frescura. Las clases que como buen curso de verano reunían a distintos países, en la amigable hermandad del estudio. La buena Frau Wanser que cuidaba amorosamente nuestras comidas y nuestras ropas y nos daba los consejos para llegar más fácilmente y por el camino más corto al Seminario. Las horas pasadas en la Biblioteca, apenas interrumpidas por el chasquido de una voz. Las conferencias en que se tomaban ligeras notas con que ordenar conocimientos y datos. *Mozart auf der Reise nach Prag*¹³³ fué la última que oímos, porque después el 18 de julio nos hizo dejar a Paco Elías de Tejada – más hermano que amigo – y a mí, nuestro billete de la Olimpiada, nuestra subida por el Rhin hasta los tulipanes holandeses, nuestro curso preparado en Rotterdam, para

¹³³ En español, *Mozart camino de Praga*.

regresar inmediatamente a España. Cogimos el tren para París; en marcha. Una lluvia caliente empapaba nuestras maletas y nuestros trajes de viaje. Era una tarde pesada, lenta. Al decir adiós al estudio y a la ligera bohemia, sabíamos que nos entregábamos a más altas empresas. – Las muchachas rubias nos desearon buena suerte, mientras los vaporcillos seguían Rhin arriba con sus canciones sobre cubierta y los camaradas universitarios levantaban la dorada cerveza para brindar por nuestra eterna amistad y nuestro retorno inmediato. Aquella tarde llovía... Banderas de cruz gamada colgaban su roja y mojada despedida en las calles de Frankfurt (8-10).

Lamento la larga cita, pero se considera de cierta importancia en cuanto a las impresiones que se lleva el protagonista de su estancia académica en Alemania. Valora de forma positiva la gente y el trato cordial que le es ofrecido: al parecer se había establecido en pocos meses una buena camaradería entre los estudiantes. Además, percibe con agrado el paisaje y el ambiente universitario. En cuanto a sus clases, tiene un especial recuerdo de una obra literaria de Eduard Mörike (1804-1875). Su cuento *Mozart auf der Reise nach Prag* alcanzó cierta popularidad en el panorama literario europeo. Como lo indica el título de la obra, publicada en 1855, Mörike narra el viaje de Mozart y de Konstanze –una amiga íntima del compositor que en la obra se convierte en su mujer– de Viena a Praga:

Einmal, in seiner Erzählung *Mozart auf der Reise nach Prag*, erschienen zuerst in Cottas *Morgenblatt für gebildete Stände*, hat Mörike sich von dieser ständigen inneren Gefährdung freimachen können, indem er sich in seine Hauptfigur hineinlegte. Mörike rückt Mozart nahe ans Rokoko und eröffnet ihm damit jene spielerischen Möglichkeiten, denen zu folgen dem realen Mozart oft so hart zusetzte. Zugleich aber stellt Mörike sich auch seiner Zeit. Mörike gestaltete in der Figur des großen Musikers, mit dem er sich jahrzehntelang beschäftigt hatte, wohl auch sein eigenes, nie völlig erreichtes Wunschbild, da er »nach zwei Jahrzehnten ängstlicher Selbstbewahrung erkannte, dass Größe mit ‚Verschwendung‘, d. h. mit einer kühneren Hingabe an Leben und Gesellschaft zu tun hat, und dass der Dichter, der sich nicht einzusetzen bereit ist, den künstlerischen Reichtum Mozarts unmöglich erreichen kann« (F. Sengle) (Beutin et. al. 319)¹³⁴.

La cita se refiere a una faceta del carácter de Mozart que Mörike consideró importante y admirable. A pesar de no profundizar en el contenido de esta novela, por recordar esta y no otra obra, se observa que marcó los estudios del protagonista.

¹³⁴ “Una vez, en su cuento *Mozart, camino de Praga*, publicado primero en el *Periódico de la mañana para las clases sociales cultas* de Cotta, Mörike supo deshacerse de este constante peligro en su interior, identificándose con su figura principal. Mörike acerca Mozart bastante al Rococó y le abre así diversas posibilidades a modo de juego a las que al Mozart real con frecuencia le había costado tanto seguirles. Pero Mörike también fue un hombre de sus tiempos. Se supone que Mörike amoldó con la figura del gran músico, de quien se había ocupado durante décadas, su propio ideal que nunca consiguó del todo. «Al cabo de dos décadas de autodomínio temeroso se había dado cuenta de que la grandeza tiene que ver con ‘el despilfarro’, es decir con una devoción más valiente por la vida y la sociedad, y que el poeta que no está dispuesto a entregarse no puede alcanzar nunca la riqueza artística de Mozart» (F. Sengle)”, traducción de la autora.

Pero el protagonista no solo se refiere a la música germana con esta obra sobre Mozart. Otras referencias se reflejan en expresiones como las “canciones alegres” que marcan, de forma positiva, este momento de la vida del protagonista. También alude al clima germano –que es malo– y a la cerveza, para cumplir con algunos estereotipos sobre Alemania. Finalmente, el estudiante lamenta que, debido a la situación política en España, ya no puede viajar a Berlín para asistir a los Juegos Olímpicos, que tuvieron lugar del 1 al 6 de agosto de 1936, ni tampoco a Rotterdam para continuar con sus estudios.

Es lógico que subyazca en estas líneas el trasfondo bélico, aún latente en Alemania, con los preparativos de la guerra, pero ya muy presente en España, tras el golpe de Estado del 18 de julio. Esta situación obliga al protagonista a volver a su país y alistarse en el ejército. Termina su prólogo subrayando que sus primeros recuerdos de la guerra y de Madrid están estrechamente ligados a su anterior estancia en Alemania. Con la indicación “Madrid, otoño del treinta y nueve” (Puente 1939: 11), empiezan sus *Crónicas*.

La obra está dividida en dos grandes partes: en orden inverso, los primeros veintidós capítulos se centran en el momento de la ‘liberación’ de Madrid por las tropas franquistas el 28 de marzo de 1939, en el efecto inmediato de esta liberación en la población y en los días posteriores. Los últimos diez capítulos narran los acontecimientos que preceden a esta liberación, centrándose en el Madrid sitiado por los republicanos.

El primer capítulo se titula *El Madrid que ni cama tenía para morir* e inicia con las palabras: “El 26 de enero abrió en Barcelona con las banderas nacionales empinadas en las alturas del Tibidabo y Montjuitch [sic]. Dos meses después, Madrid ardía en el júbilo de la liberación” (17). El tono de la narración es el típico falangista cuando se apunta que “Madrid recibía, con el pan blanco, brazo en alto y yugos y flechas” (18). Una de las primeras imágenes del enemigo que menciona el narrador es el Servicio de Información Militar, el S. I. M.: “Aún estaba fresca en nuestra memoria la agria impresión de una Barcelona sometida al terror del S. I. M.” (18). Y prosigue:

Allí fué el S. I. M. al lado del Gobierno responsable, el que martirizaba a miles y miles de personas. Aquí, un desprecio absoluto a la población civil, un olvido de los más elementales deberes humanitarios, hacían imposible la existencia a propios y extraños. Se había rusificado la ciudad (18).

En el mismo párrafo, el narrador de Puente, al igual que los de Alfaro Polanco y García Serrano, se refiere al monje alemán Kempis cuando describe la firme fe de sus

compatriotas en Dios –en este caso, limitándose a los habitantes de Castilla–: “¡Ay si no hubiesen tenido esperanza y sobre todo fe! Fe con las palabras de Kempis. Fe, como se pregonó por la más autorizada voz, allá sobre el Estrecho hostil de los principios” (19-20). Así, según él, muchos madrileños no habrían sobrevivido si no hubiesen tenido una marcada creencia en Dios, tal como la proclamaba Kempis.

Además, el narrador compara en este capítulo varias veces Barcelona con Madrid y subraya que la situación en Madrid fue mucho peor que la de la capital catalana (20).

A partir de este momento se incorporan, sobre todo en la primera parte del libro y casi en cada capítulo, múltiples referencias literarias a la narración. La primera mención se refiere al escritor británico Walter Scott de cuya obra se sirve el narrador para subrayar la poca ayuda que recibe España en estos momentos del resto del mundo:

... [las personas en el resto del mundo que observaban los acontecimientos en España] [e]ran como lo que decía aquel personaje de Wálter Scott [sic] sobre las muchachas que antes se compadecen de un pirata buen mozo, que de un vecino honrado y anciano que se muere en la cama (20).

Este tipo de referencias son propias de *Madrid recobrado* y un reflejo de los profundos conocimientos literarios del narrador.

Con este mismo estilo, se cita en el segundo capítulo, titulado “El héroe pálido”, al escritor británico G. K. Chesterton:

Parecía como si los que viniesen comprendiesen su heroísmo pálido de piso y bohardilla, su muerte, verde de esperanza, y conociesen aquel pensamiento de Chésteron [sic]: *Hay grandes hombres que a los demás les hacen sentir que son pequeños; pero el gran hombre [de] verdad es aquél que hace que cada uno se sienta grande* (28).

Sin embargo, hasta entonces no se citan a más escritores germanos. Se describe la gran sensación de alivio de los madrileños franquistas en el momento en el que la capital deja de ser zona republicana.

Otro capítulo, “Los pequeños servicios”, fomenta por un lado la imagen del enemigo, llamado “la tiranía *roja* de Moscú” (31). Al mismo tiempo se alaba la valentía y el ánimo luchador de los madrileños del bando de la derecha y se mencionan algunos hombres de letras. Por orden cronológico son, primero, el filósofo francés Émile Boutroux a quien se cita como sigue:

Y llamamos ideas a las que sustentaban los rojos por decirlo de alguna manera, ya que si la idea está junto al ideal y el ideal es la *unión íntima de la perfección y de la existencia*, según Boutroux, ¡qué lejos de perfección y de existencias están los principios marxistas que han arrastrado a tantos miles de hombres a la muerte! (31-32).

En un segundo momento, se incorpora una cita de Cervantes que, en el *Don Quijote*, cita a su vez a John Milton: “Miles y miles de pequeños servicios que a nosotros nos hayan sido eficaces o no, no debemos ni podemos olvidar, que ellos no lo hicieron por la fama, postrer flaqueza de las nobles mentes, que dijo Milton” (34). Se prosigue con el *Quijote*, hablando de los franquistas:

Con la llegada [de los franquistas] se han sentido bendecidos, en su misión de encrucijada, suficientemente premiados. (...) Les ha pasado como al caballero Don Quijote el día que le recibieron con gran ceremonial los duques, que *fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero y no fantástico* (34).

Se observa que estas citas literarias le sirven al narrador o para fomentar el odio contra el enemigo o para realzar la valentía de sus compatriotas del bando nacional que supieron resistir al enemigo. Sirven para abordar los temas del patriotismo y del heroísmo.

En “La muerte del coro general” se hace hincapié a otro tema predominante de estas *Crónicas*: así, el narrador lamenta la muerte de muchos compañeros suyos y habla del sentimiento de venganza que se ha despertado en los franquistas. Una vez más, aprovecha la ocasión para referirse a varios literatos:

Pero la matanza de los escogidos, de los que brillaban y esparcían luz a su alrededor, despertó el ansia de sangre en los perseguidores. Yo creo recordar de una de las lecturas infantiles mías – Salgari, Motta o Verne – que hay animales, entre ellos el tigre, que una vez que han comido carne humana, se convierten en peligrosos enemigos, porque la buscan incansablemente como el mejor de sus alimentos. Los que destrozaron iglesias; *Todos los que no tienen bastante metal para llenar los grandes moldes, piensan en romperlos*, escribía Hebbel; los que mataron, no al hombre, sino al nombre; los que buscaron una persona y anárquica justicia popular, de chusma y plebe, sangrienta y abigarrada, pretendiendo enderezar su natural impotencia para la vida; *Andará el mudo cuerdo y en paz cuando cada uno sintiere solas sus culpas y no las ajenas, y aún tendrá enmienda*, sentenciaba nuestro Quevedo; los que fueron empujados por frías maquinaciones de rivalidades en profesión liberales; *el grano convertido en harina no puede ya nunca germinar*, pensarían como Amiel; los asesinos de profesión, por último, una vez empezada la matanza, no podían detenerse. *Todo es hasta empezar*, dice el refrán. Y en los asesinatos, comenzados contra las personas significadas, que eran inmoladas junto a las más asquerosas venganzas personales, se siguió con una lista de hombres grises, vitalmente sumidos en el anónimo. Gentes desconocidas, ingenuas, buenas, sin delitos, sin ideas, sin vida turbulenta, que caían incansablemente, como en el siglo XVIII caían las cabezas en la cesta de la guillotina, sólo para entretener al pueblo parisino. Les ha cegado la sangre. Han sido los tigres, que conocida la sangre humana, se han emborrachado de ella. No han pensado más (38-40).

Tras la mención de algunos de los escritores que marcaron su infancia (“Salgari, Motta y Verne”), el narrador cita, en un primer momento, al poeta y dramaturgo alemán Friedrich Hebbel (1813-1863). Comenta el acto de destruir iglesias con un dicho de Hebbel. Este poeta fue autor de una multitud de dichos y también se hizo conocido por

sus obras de teatro¹³⁵. Una de las cuestiones principales que Hebbel se plantea en su obra dramática es la reconciliación del hombre entre su desarrollo personal y su obligación de sumirse a las leyes:

Als letzter deutscher Dramatiker machte Hebbel den Versuch einer umfassenden Lösung der Aufgaben, die sich dramatischer Kunst stellen konnten: Wie besteht der Mensch die Spannung zwischen übergreifenden Gesetzen und seinem individuellen Weg oder seiner Entwicklung? Das Zentrum dramatischer Spannung lag für Hebbel in der Dialektik zwischen Individuum und Gesellschaft im weitesten Sinne (wofür er den Begriff >Universum< benutzte). Die Bühne war ihm weder Guckkasten in die Realität noch Stätte unterhaltender Kurzweil, sondern poetisch geschaffene Welt oder Gegenwelt: (...) (Beutin et. al. 2008: 332)¹³⁶.

No se ha podido averiguar en qué obra o contexto Hebbel apuntó el dicho arriba citado – “Todos los que no tienen bastante metal para llenar los grandes moldes, piensan en romperlos” – que, por lo visto, fue poco citado en el contexto literario o filosófico¹³⁷.

Es evidente que todas las citas literarias utilizadas en este momento le sirven al narrador para hablar del embrutecimiento del ser humano. Despertando sus facetas más violentas, la guerra convierte al hombre en una bestia salvaje (aquí y posteriormente se utilizará la imagen del tigre).

Además, el narrador se refiere en la misma cita a la obra quevediana *La cuna y la sepultura*, de 1634, sobre la que es sabido:

La cuna y la sepultura es un tratado ascético destinado a preparar al hombre a bien morir, mostrándole la vanidad de las cosas terrenas. Aunque Quevedo no cita a sus fuentes, en la primera parte toma unas páginas de Constantino Ponce de la Fuente (ALATORRE, A. “Quevedo, Erasmo y el Doctor Constantino”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* 7 (1953), 674). M. Gendreau ha señalado también la presencia de San Cirilo y de un pasaje de la obra de Erasmo, la *Praeparatio ad mortem*. Quevedo recrea el texto de Erasmo, añadiendo una larga reflexión sobre la inmortalidad del alma, alimentada de referencias evangélicas y de imagen bíblicas. La doctrina para morir se inscribe en la ortodoxia postridentina. La vida eterna ofrece al escritor una compensación necesaria a los males del cuerpo y a las vicisitudes de la existencia (GENDREAU, M. op. cit., 278) (Otaola González 2004: 26).

Para demostrar lo adaptable que es el ser humano –especialmente el joven soldado– el narrador se sirve de una cita del filósofo y escritor suizo Henri-Frédéric Amiel (1821-1881). Es posible que su dicho “... el grano convertido en harina no puede

¹³⁵ Entre ellas, *Judith* (1843), *Maria Magdalene* (1843) y *Agnes Bernauer* (1851) (Beutin et. al. 2008: 332-333). Véase también <http://www.zitate.eu/de/autor/1485>, 28.01.14.

¹³⁶ “Como uno de los últimos autores dramáticos, Hebbel intentó solucionar por completo las tareas a las que el arte dramático podía enfrentarse: ¿cómo aguanta el hombre la tensión entre las leyes generales y su camino o desarrollo individual? El centro de la tensión dramática se encontró según Hebbel en la dialéctica entre el individuo y la sociedad en un sentido amplio (para ‘sociedad’ utilizó el término ‘universo’). Para él, el escenario no era ni mirilla a la realidad ni lugar de una diversión entretenida sino un mundo, creado de forma poética o un contra-mundo: (...)”, traducción de la autora.

¹³⁷ Véase la referencia de Cata (1940: 64) a este mismo dicho.

ya nunca germinar” (Puente 1939: 39) se encuentre en el *Diario íntimo* (1883/1884) de Amiel, su obra más conocida, aunque no se ha podido comprobar con certeza¹³⁸.

La cita termina con un refrán. Como en ocasiones anteriores, aumenta con todas estas referencias literarias y metáforas el carácter más literario de esta obra falangista.

En los tres siguientes capítulos no hay más citas literarias. El narrador trata temas diversos, por ejemplo atribuye a la capital española un carácter alegre y confiado (44). En otro momento se ocupa del papel de la mujer durante la guerra: “El 18 de julio se encendió en ellas un deseo de vengarse, y al lado del olor a cebolla y fogón, del salvaje asesino, quisieron calmar su ira en el destrozo de las que eran hermosas” (51-52). También habla de los saqueos y robos de los republicanos que habían sitiado las casas de los nacionales:

La verdadera angustia de nuestras casas deshechas no ha sido el robo; ha sido encontrar como herederos de tesoros inmateriales de ternura a miserables intrusos que nunca comprenderán la filigrana inigualable que despedazaron con sus manotazos marxistas, insensibles al calor y al alma de las cosas (58).

Hasta el octavo capítulo se fomenta así la imagen del enemigo y se busca la solidaridad con los madrileños franquistas.

En “La moda parada”, el narrador describe la alegría que sienten las novias o esposas de los soldados durante la ‘liberación’ de Madrid de las tropas franquistas: “Al llegar a Madrid, nos encontramos a nuestras muchachas, hartamente famélicas, llenas de miedo, sin más obsesión que la alegría de palpar el fin de su martirio” (62). Las ganas del soldado de volver a casa para reunirse con los suyos, sobre todo con la mujer, es una característica típica de los relatos notablemente pro-bélicos, como por ejemplo los de los divisionarios. Hay alguna referencia literaria en este capítulo, aunque menos precisa que en los capítulos anteriores:

No hace falta referirse a Simmel, ni repetir las máximas corrosivas de Voltaire ni los pensamientos de Sainte-Beuve, para que en la conciencia de todos esté claramente señalado el lugar preeminente que la mujer da a la coquetería. A su afán de aparecer bien el exterior, hacia fuera (61).

Se supone que el narrador se refiere aquí al filósofo Georg Simmel (1858-1918), representante de un relativismo filosófico-vital con rasgos neokantianos y conocido, entre otras cosas, por su obra narrativa sobre la metrópolis¹³⁹. Es probable que el narrador haga con esta mención hincapié al ensayo de Simmel “Zur Psychologie der

¹³⁸ Compárese <http://www.wissen.de/lexikon/amiel-henri-frederic?keyword=Henri-Fr%C3%A9d%C3%A9ric%20Amiel>, 31.01.14.

¹³⁹ Compárense, entre otros, Beutin et. al. 2008: 372 y 374-375 así como <http://www.wissen.de/lexikon/simmel-georg?keyword=Georg%20Simmel>, 28.01.14.

Frauen (1890)¹⁴⁰” en el que también aborda el tema de la coquetería de las mujeres¹⁴¹. Sin embargo, predominan en la anterior enumeración con Voltaire y Sainte-Beuve los escritores franceses. En el mismo capítulo se cita además, siempre refiriéndose a la coquetería, al escritor renacentista Juan Boscán, con el dicho: “El amor es el alma en toda cosa” (61). Tras los aspectos bélicos y literarios, el tema de las mujeres y del amor ocupa así un segundo lugar en esta obra. La mención de Simmel, a pesar de que sea breve y no la explica de forma más detallada, demuestra que el narrador se ha ocupado de la obra de este filósofo.

Francia y los franceses también están presentes en otros capítulos, así, cuando el narrador habla de una publicación de un amigo francés suyo que escribe sobre la Guerra Civil (67). Desde la perspectiva de los soldados nacionales, acercándose cada vez más a Madrid, se hace en “La llegada esperada” referencia a un poema del héroe nacional Bernardo de Carpio (75). El narrador expresa en este momento el alivio de los madrileños respecto a la llegada de los falangistas y aprovecha para recordar a Verlaine: “Los estudiantes dormirán sus sueños de enamorados bajo una luna in versos a lo Verlaine” (76). Además, subraya el buen liderazgo de Franco e informa sobre la muerte de José Antonio.

El capítulo “La terrible pobreza de la capital redimida”, como su título ya lo indica, prosigue con el hilo conductor de estas crónicas. Trata el tema del racionamiento y del hambre de la población. Para ilustrar esta situación, el narrador se sirve de una cita de Séneca:

Parecía falsa la sentencia de nuestro Séneca: «Lo necesario se encuentra con facilidad. Está colocado delante de nosotros y solamente se trabaja en lo superfluo. Esto es lo que nos hace desgastar nuestras togas, lo que nos envejece en los campamentos y nos lleva a países extranjeros. Tenemos en la mano lo que nos basta. El que se acomoda a la pobreza es rico» (82).

Por primera vez, el narrador se remonta con Séneca, con cuyas ideas en este momento no se muestra conforme, a la literatura clásica.

Luego cita a Franco (95-96)¹⁴², pero vuelve más adelante, con una cita de Manrique, a la literatura. En “Los contumaces de la taumaturgia” parece que el narrador quiera cumplir con el propósito de animar a los madrileños que han vivido duros

¹⁴⁰ “Con relación a la psicología de las mujeres”, traducción de la autora.

¹⁴¹ Véase http://www.digbib.org/Georg_Simmel_1858/Zur_Psychologie_der_Frauen, 28.01.14.

¹⁴² “Sólo podríamos decir, que sobre toda opinión está la voz autorizada del Caudillo, que en León – cabeza de reinos y conquistas – ha dicho: *Las páginas mejores de la Historia fueron escritas por nuestros labriegos y aldeanos de expresión robusta*” (95-96).

tiempos de guerra, de levantarse y comenzar una nueva vida. Para conseguirlo el narrador se sirve de una idea de Manrique, aunque no recogida textualmente:

No se puede girar los ciento ochenta grados que nos coloquen de espaldas al futuro. La estrofa de Manrique. Pero es indudable que con pensamientos llenos de melancólico dolor no llegaremos a crear una juventud alegre que impulse la Patria hacia cumbres más altas (100).

Al igual que en *El puente* de Giménez Arnau, este narrador también se refiere a una estrofa de *Coplas a la muerte de su padre*:

como, a nuestro parecer (...),
cualquiera tiempo pasado
fue mejor (Manrique 2007: 65).

Una vez más, demuestra así sus buenos conocimientos literarios, aunque los de literatura española destaquen menos en un estudiante español que los de obras literarias de otros países.

Refiriéndose al título y prosiguiendo con el dolor en la literatura, el narrador se refiere a continuación a Heinrich Heine:

Quizá la tristeza de los que mojan los puntos de su pluma en hiel es debida a un concepto facilón de la vida, a creer en un milagroso vivir cotidiano que no es posible, son, en una palabra, contumaces de la taumaturgia y para ellos Dios no tiene más que la misión de perdonar, que Heine señalaba, en su muerte amarga (100).

Dichas palabras reflejan que el narrador también conoce bien la obra y biografía de este poeta alemán, pues se refiere a las posibles últimas palabras de Heine, antes de morir en 1856 en París:

Über die letzten Worte Heines gibt es von unterschiedlichen Zeugen unterschiedliche Aussagen. Zwei Sätze aus Gesprächen wenige Tage vor seinem Tod sind jedoch von befreundeten Besuchern überliefert: «Je suis revenue à Jéhova!» (Gustave Mayer – Paris, Februar 1856). «N'en doute pas, ma chère, il me pardonnera, c'est son métier» (...). Heinrich Heine stirbt am 17. Februar 1856. Wenige Tage später wird er auf dem Friedhof von Montmartre begraben (Schneider 2004: 123)¹⁴³.

Parece ser un llamamiento del narrador a los jóvenes que, a diferencia de los escritores, no deberían dejarse influir demasiado por las vicisitudes de la guerra sino seguir avanzando, pensando en un futuro mejor. Es ahí donde se halla la verdadera grandeza de un hombre, conforme el narrador.

¹⁴³ “Diferentes testigos han hecho declaraciones distintas sobre las últimas palabras de Heine. Sin embargo, unos amigos visitantes han transmitido dos frases suyas, dichas pocos días antes de su muerte: «Je suis revenue à Jéhova!» (Gustave Mayer – París, febrero de 1856). «N'en doute pas, ma chère, il me pardonnera, c'est son métier» (...). Heinrich Heine muere el 17 de febrero de 1856. Pocos días después es enterrado en el cementerio de Montmartre”, traducción de la autora.

Al final del capítulo, a medida que las tropas franquistas se acerquen a Madrid, el narrador manifiesta su fe cristiana que implica no olvidar los crímenes cometidos por los enemigos y que incluso obliga al empleo de la venganza. En “Entrar en la paz”, el narrador se muestra satisfecho haber entrado en la capital por lo que él llama la puerta de la victoria. Subrayando la idea de la venganza, aprovecha para acordarse de unas palabras de José Antonio:

Nosotros no queremos el ciclo eterno de salir de la lucha para entrar en el descanso. Si así se tomase nuestra entrada en la paz, no queremos pisar ese umbral y seguimos fuera recordando la frase feliz de José Antonio, sobre la vigilia bajo las estrellas (Puente 1939: 107).

Además, hay una breve referencia al escritor británico John Ruskin:

¡Gran equivocación de Prieto, cuando gritaba a los vientos expectantes del mundo su orgullo de poder y terminaba con aquel apóstrofe contra la espiritualidad, la esencia y el propio sentido de España: *Oro, oro, oro! ... El oro no sirve para nada*, decía Ruskin. Ni el oro sirve para ganar batallas, para improvisar generales, para comunicar fe y coraje a un pueblo, ni para convencer a los incrédulos (106).

Así, ataca al enemigo político e incorpora a la vez otra cita literaria al texto.

En “Vísperas de adiós” el narrador aborda el tema de la despedida de los soldados que están a punto de regresar a sus pueblos, despedida que describe como un momento nostálgico, marcado por la solidaridad (112). Es una característica que comparte esta obra con la mayoría de las obras bélicas presentadas en este trabajo.

Mientras que en “Hace ocho años” recuerda el comienzo de la República, en “Contra el vicio de pedir” trata sobre la situación de los pobres y se lee: “Contra el vicio de pedir está la virtud de evitar que se tenga que pedir” (133). El narrador aprovecha la ocasión para mencionar una obra de Tolstoi sin que, como en pasajes anteriores, se refiera al contenido o a la interpretación de esta obra:

Estamos en aquel recuerdo que en la *Sonata a Kreutzer*, de Tolstoy, se refiere al vicio sexual y a sus consecuencias. Hay que tender a evitar el vicio, no las consecuencias del vicio. De la misma forma, contra lo que se pudiese llamar vicio de pedir, hay que crear la gran virtud y el remedio (133).

La idea clave de este capítulo gira en torno al vicio, centrándose en las personas pobres. Una vez más, el ejemplo literario, en este caso de Tolstoi, le sirve al narrador para ilustrar sus ideas, para explicarlas mejor.

Tras un pequeño salto temporal –se indica el 19 de mayo de 1939– el capítulo “El paso de las banderas gastadas” se centra en la marcha victoriosa de los franquistas:

Hoy, con la coronación de la victoria ante el Caudillo laureado, la juventud española ha puesto sobre las tierras estremecidas su enconado propósito de lucha para traer a sus costados los triunfos y resultados que la guerra triunfante ha prometido en todas las

batallas. Sería lejano recordar aquello del desprecio hacia la juventud de todos los que han usado mal de ella, que escribía Saint-Beuve [sic]. Pero es indudable que los que con la vida tronchada en su mitad ven un ímpetu nuevo y juvenil suelen torcer el gesto despectivamente y aconsejar prudencia a lo que ellos llaman producto de los pocos años (141-142).

Ya es la segunda vez que el narrador cita al escritor francés Sainte-Beuve. Es posible que el narrador haga aquí referencia a una de sus obras más conocidas que es *Vie, poésies et pensées de Joseph Delorme*, una obra caracterizada como apolítica y en la que predomina la búsqueda por la felicidad individual, aunque abocada al fracaso (Grimm 1999: 245).

Con la llegada de los soldados a la capital, el grado y la intensidad de exclamaciones patrióticas y pro-franquistas aumentan, como se puede observar en descripciones como la siguiente:

Firme, brazo extendido, el Caudillo seguía mirando el pasar de sus hombres, de los soldados que regresaban triunfantes. Ha servido esa lluvia – lluvia joven [sic] y alegre – para esconder la lágrima de la madre que miraba las filas y sentía al hijo, muerto en olor de combate (Puente 1939: 144).

En “Ayer no desfilaron...” se crea un homenaje a todos los soldados fallecidos en la guerra y se recurre así una vez más al tema de la muerte. En este contexto, el narrador también se refiere brevemente a Alemania:

No desfilaron, marcando el paso con sus botas, los camaradas italianos, los bravos legionarios que allá por tierras de Teruel duermen pegados a la tierra que ayudaron a levantar. Ni los aviadores que de la Alemania hermana encontraron la hora entre los aires recobrados. Nos faltaban los amigos de otras horas tranquilas (148-149).

Menciona, pues, que los alemanes celebran también el triunfo de los franquistas. Pero puesto que el capítulo homenajea sobre todo a los muertos, solo se trata de un pequeño comentario pro-germano.

Con “Estrellas de la Universidad”, un capítulo que habla del intento de retomar una vida normal tras la guerra, termina la primera parte de *Madrid recobrado*. Antes del primer capítulo de la segunda parte, el narrador avisa del salto temporal:

Las crónicas que siguen fueron escritas antes del veintiocho de marzo de mil novecientos treinta y nueve. Desde la lejanía y la proximidad, Madrid vivía en nosotros, certeramente, tenso, sonando sus fibras dolientes con cada golpe de viento y de recuerdo (159).

Los capítulos de la segunda parte se centran sobre todo en la belleza e importancia de Madrid como capital, realizando la tragedia que vivió en estos años. Disminuyen algo las referencias literarias, en cambio el tono de la narración es más nostálgico y también se menciona algún aspecto político.

En “La novela de Madrid” el narrador apunta que acaba de leer *Madrid, de corte a cheka*, novela de su compatriota Agustín de Foxá, sobre la que opina:

Tengo, pues, la sensación fresca, el pulso metido en la lectura y empapado mi subconsciente de las imágenes vertidas. Allí han quedado mis notas rápidas en las márgenes blancas, allí ha quedado, quizá algo despanzurrado el libro que llegó a mis manos terso y limpio. Pero esto no me importa, que siempre me reí de las máximas de Maxón y entendí la lectura como necesaria a la vida recordando aquel pensamiento de Flaubert (167).

Es lógico que Puente mencione esa novela puesto que comparte con de Foxá el tema bélico. Por lo demás, describe y critica esta novela de forma positiva: “Foxá, como un mito más del pelícano, se ha arrancado la sangre de su corazón y ha mojado su pluma en ella para hilvanar la prosa” (171). Con la mención de Flaubert aumenta la lista de los escritores franceses referidos.

Mientras que en “Texto y machete” se relata el reencuentro entre el narrador y su amigo Ricardo con quien comparte algunos recuerdos de su carrera universitaria, en “Rezo de desagravio en las ruinas del Cerro de los Ángeles”, capítulo compuesto en forma de una oración, el narrador se dirige a Dios.

Desde la perspectiva de un niño sin nombre que pasea con su padre por el Retiro, se narran las impresiones de la guerra en “¡Papá, tengo miedo!” Este niño, representativo para todos los hijos de la guerra, expresa el miedo que antes sentía, provocado por los republicanos, los del puño en alto, ahora ante los nacionales exclamando el título del capítulo. En este momento el narrador incorpora una referencia a un escritor contemporáneo, el británico H. G. Wells:

Los seres infrahumanos, los pitecántropos, los que parecían hacer real la tesis de Wells por su inferioridad, con los puños en alto, las camisas abiertas, roncos de blasfemar y los ojos inyectados de la ira, la lujuria, el resplandor de los incendios, la sangre... trocaban la paz amable de Madrid en la máscara más repugnante de la Historia (199).

Una vez más, el narrador recurre a la metáfora de los animales, esta vez equipara el enemigo al león. Así, el niño y sus padres mueren finalmente, son metafóricamente devorados por los leones (202).

Con la imagen de la llegada de los franquistas a los pueblos de las afueras de Madrid, también sitiados por los republicanos, se describe en “Cementerio” cómo los habitantes desean con ansia la ‘liberación’. En este contexto, se menciona Alemania, junto a los países aliados a Franco, cuya solidaridad sienten los franquistas:

De ser un nombre perdido en las listas largas y pesadas de pueblos y villas de España, han llegado con la tinta fresca de las primeras planas y el escándalo negro de las gruesas titulares a todos los ojos españoles, y con voz políglota de las radios, se han extendido por todo el mundo, y al inglés, le han hecho deletrearle con la fantasía puesta en la

concepción de pandereta y romance que tiene de nuestra tierra, mientras el francés sensato, que sufre el Frente Popular le ha hecho alegrarse, temiendo ver un día próximo, nombres de pueblos franceses que han tenido que ser también reconquistados a la vesania *roja*. Y por Italia, Alemania, Portugal y todos los países hermanos, el alborozo de la victoria ha alegrado sus corazones al unísono de los nuestros, que siguen anhelantes y con el gesto ansioso paso a paso el avance del Ejército (225-226).

Sin embargo, solo se trata de una breve mención de Alemania, efectuada en una misma enumeración con Italia y Portugal.

Las *Crónicas* terminan con dos imágenes opuestas que se refieren tanto a la tragedia bélica como a la victoria franquista: por un lado, el narrador recuerda a un amigo suyo fallecido solo a los 22 años en la guerra. Por otro lado, compone con “Estampa de primavera en Madrid” un himno a la primavera madrileña, recordando que:

... el año pasado – ¡Dios mío qué cerca está y qué lejos parece! – fué la primavera en que se preparó la guerra y lo que hoy es tragedia en España entera, entonces era dolor aislado en dos o tres hogares... (244).

Así, se refiere por última vez al título de la obra.

Ya desde el principio de esta obra, el narrador se considera una persona germanófila – una actitud que demuestra, entre otras cosas, por haber efectuado durante su carrera universitaria una estancia académica en Frankfurt que le fue grata. Como buen estudiante de Letras, manifiesta a lo largo de su narración unos profundos conocimientos en lo literario y también en lo filosófico. Aunque la mayoría de las menciones que se refieren al mundo germano son breves, hay una cantidad relativamente grande de este tipo de referencias. Se ha podido comprobar que no se trata de menciones superficiales. El momento de cada cita parece haber sido elegido de manera consciente.

Por lo general, las referencias filosóficas y literarias sirven para subrayar e ilustrar las ideas y opiniones del narrador. Así, habla en lo filosófico por un lado de la doctrina krausista, por otro lado menciona a Georg Simmel. En lo religioso y literario, se refiere a Kempis, Mörike, Hebbel y Heine. En cuanto a Mörike y a Hebbel no son precisamente los escritores más conocidos fuera de Alemania y mucho menos los más citados, aspecto que le hace pasar al narrador por una figura más crítica y exigente en cuestiones de literatura europea.

No obstante, a fin de completar el perfil de este estudiante de Letras es preciso retener que también se mencionan con relativa frecuencia obras y escritores españoles y franceses. Les siguen, con algunas referencias menos, los ingleses y los rusos. La

multitud de citas literarias demuestran finalmente que al narrador le interesa darle cierto valor estético a su obra o, al menos, mostrar sus conocimientos culturales. Parece querer evitar darle a su obra un carácter puramente falangista, patriótico y panfletario. Las metáforas, aunque no por sí solas, aumentan algo el valor estético de estas crónicas.

En la segunda parte de *Madrid recobrado*, los pocos elementos pro-germanos ya no se refieren a lo literario sino a lo político: Alemania, considerada un país aliado de España, es querida como tal, aspecto que se agradece en los momentos más duros de la Guerra Civil.

En cuanto a la estructura y el estilo de esta obra, parece faltarle algo de gracia: el ritmo de su narración es bastante lento y la guerra se trata de manera poco interesante, sin momentos de suspense, insistiendo en la llegada de los franquistas a Madrid. Conforme con su publicación sucesiva en periódicos, los capítulos no están muy ligados entre ellos. Sus factores comunes son el sufrimiento de los madrileños y los ataques contra el enemigo. En varias ocasiones, el narrador también se ocupa del papel de la mujer.

4. 6. 2. *Una chica topolino*, 1942

Una chica topolino es considerada:

... uno de los éxitos mayores de los 40 en venta. Era una novela de costumbres, en la que se recogía fielmente la mentalidad y la forma de ser de la juventud alegre de entonces» (*Cuadernos para el diálogo*, 98, 11/71, citado por Mangini 1987: 30).

Resumiendo de manera muy acertada las intenciones del autor y el espíritu de esta novela, Rodríguez-Puertolas la describe como sigue:

...en 1942 [Puente] publicó *Una chica topolino*, que es, como se ha dicho, un intento de captar «en su aspecto más exterior y anecdótico» las nuevas costumbres juveniles «en el ámbito privilegiado de las clases medias urbanas» (...), es decir, de los vencedores de la guerra civil. La crítica que el falangista Puente hace de estas frivolidades no pasa de ser un ejercicio de crítica amable; la violencia de su verbo la guardaba no para las chicas *topolino*, sino para las mujeres de la difunta República (Rodríguez-Puertolas 2008: 662-663).

Si bien ya se pudo observar en *Madrid recobrado* que el papel de la mujer es uno de los temas predilectos de este autor, en *Una chica topolino* es aún más predominante.

El título de esta obra se ofrece en el DRAE¹⁴⁴, las ‘chicas topolino’ están en el centro de la novela, por su autor también denominada “novelita” (Puente 1945: 14¹⁴⁵). El término “topolino” se usa además con relativa frecuencia, centrándose así en el comportamiento de las chicas de la época. La protagonista principal es Kety, una veinteañera muy atractiva que se considera una chica moderna tanto en el vestir como en el hablar, cuyo ocio consiste en salir con mucha frecuencia por Madrid. Es una joven muy popular entre sus amigos a los que les une unos modales parecidos.

La presente novela se inicia con un prólogo donde se apunta una entrevista con el autor, que entonces tenía 29 años. Consta, pues, que sus protagonistas son gente de su generación. En el prólogo, el autor plantea los propósitos de su ‘novelita’:

... no he intentado retratar a ninguna persona conocida, ni de cerca ni de referencia; que no está escrita en clave; que todos los personajes son inventados; que los sucesos, artificiales; que coincidencias, semejanzas, interpretaciones y demás no tienen sentido, porque yo declaro, bajo mi palabra de honor, que no he intentado coger mi «Leica» y andar buscando tipos y amigos... (15).

La acción narrativa se desarrolla en cuarenta y un capítulos cortos, sin numeración ni títulos. Los protagonistas son un grupo de amigos en torno a los hermanos Kety y Juan Manuel, de veinte y veinticinco años, respectivamente, que viven con su madre ya viuda. Los capítulos alternan entre la perspectiva de Kety y de sus amigos Cuquí y Andrés, por un lado, así como la de Juan Manuel, de su amiga Miria y del amigo de ésta, Teodoro, por otro lado. Hay otros personajes en un segundo plano, entre ellos el amante de Kety, Raúl, y Ramón, amigo de Juan Manuel. A todos los caracteriza su falta de estudios y de perspectivas sólidas en el futuro. Mientras que Juan Manuel parece saber gestionar su dinero sin demostrar ningunas ambiciones de querer trabajar, Kety vive la vida de una joven superficial, frecuentando a diario bares y restaurantes y saliendo por la noche con sus amigos. La joven Miria, por su parte, aspira a ser actriz y su coinquilino Teodoro es un escritor bohemio de poco éxito, en constante búsqueda de un empleo, aunque sea pequeño, para poder pagar el alquiler.

En un primer momento, se conocen a los hermanos como protagonistas principales: ambos demuestran su desgana de convivir con su madre, doña Dolores, una mujer que no está conforme con el estilo de vida poco formal de sus hijos y que sufre a

¹⁴⁴ Así, en la primera entrada de “topolino” del DRAE se lee: “Se decía de las chicas de mediados del siglo XX que seguían la moda, las costumbres y las actitudes del momento. *Una niña topolino del barrio de Salamanca*. U. t. c. s. f. *Las topolinos*” (<http://lema.rae.es/drae/?val=topolino>, 07.03.14).

¹⁴⁵ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo sucesivo a José-Vicente Puente (1945): *Una chica topolino*, Aguado, Madrid.

la vez la ausencia de su marido. Sus hijos ya no parecen tener ni respeto ni vínculo afectivo respecto a su madre.

Al igual que *Madrid recobrado*, aunque en menor cantidad, *Una chica topolino* cuenta con algunas referencias literarias. Así, el narrador se refiere en el primer capítulo a la literatura clásica griega cuando compara la actitud de doña Dolores con la de los Argonautas (33) y también a alguna obra conocida de la literatura francesa, en este caso, *Les sources de la vie*, del escritor franco-ruso Serge Voronoff (1866-1951) (31). Mientras que se incorporan a la historia con relativa naturalidad bastantes palabras en francés, no hay referencias del estilo a la literatura germana.

Gran parte de la acción novelística se centra en narrar los encuentros y las conversaciones entre los jóvenes que conviven a diario. Su comportamiento se caracteriza por un alto grado de superficialidad, mostrando su presencia en sociedad, fumando, bebiendo y conversando sobre temas insustanciales. La posguerra, sin que haya muchas referencias directas a esta, constituye el trasfondo de la historia. La política es un tema que se aborda apenas, solo en momentos muy puntuales, como por ejemplo cuando Kety lamenta la muerte de su padre, contemplando una foto suya: “Es el pobre papá; lo mataron los rojos ...” (39). Ese vocablo, “rojo”, indica la ideología del personaje.

En cambio, parecen más interesantes los comentarios del narrador acerca del comportamiento de estos jóvenes: “Quien escuche las risas de estos bares, sin oír las conversaciones, creerá que se divierten mucho. Y no es eso, es que se ríen por nada” (45). Conforme con este contenido no sorprende que el texto no cuente con un estilo especialmente elevado. Así, ofrece un reflejo de la vida de la juventud madrileña de la posguerra, sin idealizarla en absoluto. Las mayores preocupaciones de estos jóvenes son su atractivo físico, su falta de dinero o de fama. Es el caso de Miria, a la que le gustaría ser una estrella del cine, pero que además de su belleza física no demuestra mucho talento como actriz. Kety y sus amigas, por otro lado, quieren mostrarse superiores a otras chicas del barrio cuando conversan en francés. El narrador, que interviene con frecuencia, parece querer diferenciarse del poco nivel de las inquietudes de estos jóvenes:

Si pretendiésemos dar a esta novelita aires cosmopolitas, ahora reproduciríamos la conversación de las dos muchachas en un buen francés, cosa que está al alcance de cualquiera. Pero si líneas más arriba evitamos discretamente un canto a la primavera madrileña; si pasamos por alto la descripción del racial deporte de la pelota y la erudición culinaria que leímos en Camba, pongamos por caso, no vamos a caer ahora en reproducir diez vulgaridades en lengua francesa (71-72).

Con este tipo de comentarios, adaptando una postura superior a las figuras, el narrador las ridiculiza. Con la referencia a Camba quiere además diferenciarse de narradores de otras obras contemporáneas.

En otros fragmentos del texto también se conocen los padres respectivos de los protagonistas, que se caracterizan, en su mayoría, por ser personas de poca formación que juzgan a los demás de manera rápida y poco profunda.

La pobreza económica es otro tema importante de *Una chica topolino*: mientras que Kety y Juan Manuel solo la sufren una vez fallecida su madre, el escritor Teodoro ya la sufre a diario. Cuando su amiga Miria, en un momento del texto, se ilusiona por haber conseguido un contrato como actriz, le presta dinero a Teodoro, arruinado.

En el séptimo capítulo se narran las juergas de Kety, de su amante Raúl, un deportista con éxito, y del pretendiente de Kety, Andrés. Entonces se incorporan algunas referencias literarias al texto: la primera concierne al escritor francés Abbé Prévost, del siglo XVIII, y autor de la novela *Manon Lescaut*, la segunda a su compatriota Henry de Montherlant (1895-1972):

Prevost [sic], hace ya años, escribiendo sobre el deporte, decía que «el deporte excesivo crea una especie de sexo intermedio, el sexo deportivo, caracterizado por la paz de los sentidos», y Montherlant va mucho más allá, asegurando que el exceso de deporte «es una amenaza para la especie, una fuerza que será preciso combatir pronto» (106-107).

Así, el narrador se muestra, una vez más, versado en lo francés, tanto en lo literario como anteriormente en lo lingüístico.

Desde la perspectiva del pobre Teodoro, el narrador aprovecha para criticar la falta de profundidad en los pensamientos y comportamientos de esta juventud cuando apunta:

Eran en realidad estos muchachos una parte de la generación «topolino», que por apatía hacia el deporte, por falta de medios económicos, por incapacidad física, se habían dedicado a jugar a la intelectualidad seca y rígida. Jamás se reían, jamás bromeaban, nunca decían un chiste. Desconocían el amor, el noviazgo y la picardía de seguir por la calle a una mujer (115).

El panorama ofrecido es, por tanto, un panorama bastante triste y los comentarios del narrador, reflexivos, contrastan con la vida al parecer despreocupada que llevan los protagonistas.

Retomando la perspectiva de Kety en el noveno capítulo, el narrador se centra en Andrés, amigo y pretendiente de la joven de diez años mayor que ella, que no se atreve a declararle su amor. Andrés describe que, frente a la manera de hablar de Kety, que

emplea muchas palabras extranjeras, se siente como una persona de otra generación. El narrador recuerda entonces la juventud de Andrés, su participación en la guerra así como la relación con su mejor amigo Ramón. Repasando su experiencia bélica, el narrador insiste en el gran contraste entre este protagonista y la joven de la que está enamorada:

Para Andrés la guerra había sido meses de frente, heridas, días y días en pueblos inmundos. Frío, cansancio, agotamiento. Permisos pasados entre risas por calles sevillanas o en el horizonte donostiarra. Aventuras prendidas al borde de los cinco días, contados viajes. Pero su formación, su idea, no había sufrido esa metamorfosis de muchachas, de esas muchachas que apenas si escucharon partes oficiales porque eran tan pequeñas que las acostaban a las nueve; a quienes se les ocultaba el dolor de las bajas, de los desgarrones en la carne querida... Andrés no encontraba en los tres años de geografía en armas justificación posible (127-128).

Andrés, junto al narrador, es probablemente la figura más formada del conjunto de protagonistas. Es un hombre solitario, de carácter reflexivo y tranquilo mientras que a Kety solo le interesa la vida 'loca', las fiestas, el pasárselo bien con sus amigos y las conversaciones triviales. Más adelante se sabe que Andrés es médico. Quizás precisamente por sus diferencias con Kety se siente atraído por ella. En lo sucesivo se sabe que Andrés no solo se formó en España sino que ya había viajado por diferentes lugares del mundo. Más adelante se apunta que trabajó un tiempo en Ginebra (Suiza):

Porque Andrés, apenas terminó la guerra, colgó el uniforme, donde nunca puso los ángulos de las balas, y se fué por el mundo, un mundo alborotado en guerra, como antes estuvo su Patria... Empalmaba así una vida que había interrumpido la llamada de julio. Huérfano de padres, desde niño había conocido los internados de su tierra y los de fuera de la frontera (128).

Cambiando de perspectiva se abordan en el décimo capítulo las dificultades de Teodoro, un periodista y escritor fracasado. Así, el joven bohemio aún está esperando en hacerse famoso con un buen texto o una buena obra:

A Teodoro no le había sucedido todavía eso. No había llegado a la fama, en que se cotiza la firma y no el texto. (...) Era de esos escritores-efemérides a quienes no se les pasa una y se presentan en la Redacción, apenas aparecen los primeros brotes primaverales, con una fotografía de flores y una loa del llamado tiempo germánico; que saben el día de la muerte de Cervantes y la fecha del nacimiento del general Espartero; ... (138-139).

A pesar de usar una expresión refiriéndose al tiempo alemán, el narrador se centra únicamente en las aspiraciones de Teodoro de ser un buen escritor reconocido.

Para salir de su miseria, Teodoro se presenta en el despacho del jefe-productor de películas, Amacha, que anteriormente había contratado a Miria. Es cierto que, tras

haberle esperado un buen rato, este le ofrece un pequeño trabajo a Teodoro, pero cuando el escritor conoce su vestimenta laboral se enfrenta con nuevos problemas.

En el undécimo capítulo la perspectiva cambia. Se ofrece otra vez el grupo de amigos en torno a Kety. Su hermano Juan Manuel, también presente, se ha enamorado de Cuquí, íntima amiga de Kety. Los tres se conocen desde su infancia. Durante el baile por la noche Kety y Andrés intercambian sus ideas sobre el vals, baile de origen germánico. Aunque no se menciona explícitamente el vals vienés se hace referencia a Austria:

Kety, (...) hablaba con Andrés: – El vals se baila hacia la izquierda, porque así el chico va más derecho y no se inclina... – Ya – contestaba muy serio Andrés. – Los austríacos siempre bailan hacia la izquierda. Dando vueltas hacia la derecha te inclinas sobre la pareja y hace menos bonita la figura. ¿Comprendes? – Perfectamente. – Claro que tú, ¡cómo no te gustará bailar...! – Bailo como juego al *bridge* – decía Andrés –, pero sin pasión. – ¡A mí me chifla! Bailar con un chico que lo haga bien es lo más divertido del mundo. Pero cuando te toca un pato mareado es una lata. ¿Me das un pitillo? (158).

En el siguiente capítulo el tema musical austriaco se retoma, esta vez desde la perspectiva de Miria. Tras unos primeros fracasos ensayando, su jefe Amacha considera que Miria debe tomar unas clases de interpretación. La joven asiste entonces a las clases de Leonardo, un profesor ya algo mayor, que les enseña teoría musical:

Miren ustedes ahora el *Sueño de Mendelssohn*. Y lo que veían las asustadas discípulas era peor que un cuadro cubista. Miria salió con la cabeza a punto de estallarle. No habían entendido nada de esas teorías que terminaban en que Wágner [sic] escribía en rojo y Mozart en azul... – Y todo eso, ¿para ser animadora? – se preguntaba. No quiso comentar con nadie. Volvió al día siguiente, y Leonardo, sin mirarlas siquiera, porque desde joven tuvo gerontofilia aguda, y si no habían cumplido los cincuenta no le interesaban las mujeres, se lanzó a un ataque contra los dueños de los cafés que estropeaban la buena música y despreciaban a autores consagrados por nuevas firmas sin prestigio... (168-169).

Es cierto, no son más que menciones de compositores reputados. Sin embargo, resalta que a la lista de músicos de reputación mundial como Wagner y Mozart se añade con la mención de Felix Mendelssohn Bartholdy (1809-1847) otro compositor destacado. Desde una temprana edad, Mendelssohn mostró su gran talento como pianista. Solo a los diecisiete años compuso la obertura a *El sueño de una noche de verano*, poniendo así música a la obra teatral de Shakespeare. En la cita anterior se observa que el profundo conocimiento musical del profesor Leonardo contrasta notablemente con la gran ignorancia de sus alumnas en temas musicales.

En el mismo capítulo, Leonardo habla de los orígenes del vals:

– Hoy hablaremos del vals – decía en la clase siguiente –. El vals, que varias naciones se disputan su paternidad: Rusia, Alemania, Francia. ¡Oh, el vals, que Musset llamó «el

paso de carga del amor» y lord Byron detestaba! El vals, que tiene el origen en la antigua «volta», haya nacido donde haya nacido, tiene un solo hogar: ¡Viena! Y más de una hora escuchaban las discípulas narraciones danubianas, historias sentimentales, cadencias del Congreso, nostalgias de la figura de Francisco José... Para ilustrar musicalmente aquella lección, Leonardo se ponía frente a un desvencijado piano e interpretaba una y otra vez el vals de las patinadoras, que debía ser el único que sabía (170).

Sobre el vals y su conocimiento y reputación mundial, es sabido que fue un:

Rundtanz im $\frac{3}{4}$ -Takt, in der 2. Hälfte des 18. Jahrhunderts aus dem deutschen Tanz und Ländler entstanden. Weltgeltung verschafften ihm besonders J. Lanner und J. Strauß (*Wiener Walzer*); im 20. Jahrhundert bildete sich in England eine langsame Form des Walzers aus (*langsamer Walzer, English Waltz*). Als stilisierter Walzer ging er auch in die Kunstmusik ein (F. Chopin, J. Brahms)¹⁴⁶.

El baile sigue siendo un tema de cierto interés cuando, en el decimocuarto capítulo, se describe el nuevo trabajo en el teatro de Teodoro cuya tarea como figurante consiste en bailar. Cuando además conoce a una chica actriz, su vida parece dar un giro positivo:

[Teodoro] Vivía feliz. Había conocido a una muchacha a quien el frenillo en la lengua le impedía ser primera actriz. Tenía buen temperamento para emular las glorias de doña María y le hacía depositario de sus sueños de gloria, el día en que un médico alemán le curase su defecto de vocalización... (201-202).

No es más que un detalle, pero es interesante leer que la muchacha sueña con que debe ser un médico alemán que le cure y no un español.

Mientras, se narran desde la perspectiva de Juan Manuel las dificultades de este protagonista para acercarse a Cuqui, cuyos padres se oponen a su relación. En una conversación entre Cuqui y Juan Manuel se menciona –como en *Madrid recobrado*– al filósofo alemán Georg Simmel:

En fin – cortaba [Juan Manuel] –, no quiero ponerme romántico, porque no conduce a nada... – ¿Por qué? – preguntaba Cuqui, que, como a toda mujer (y no haremos la competencia a Simmel), la perdía el sentirse halagada. – Porque he llegado tarde – contestaba Juan Manuel, y cambiaba de conversación muy ostensiblemente, para que ella se diese cuenta – (210).

Así, además de la música, también se incorpora un pequeño elemento germanófilo del ámbito filosófico-literario a esta historia. Es de suponer que el narrador

¹⁴⁶ Véase <http://www.wissen.de/lexikon/walzer>, 22.03.14: “Un baile circular al compás de $\frac{3}{4}$ que nació en la segunda mitad del siglo XVIII como origen del baile alemán y del *Ländler* [baile austriaco y del sur de Alemania]. Obtuvo su reputación mundial sobre todo por J. Lanner y J. Strauß (*el baile vienés*); en el siglo XX surgió en Inglaterra una variación lenta del vals (*el vals lento, English Waltz*). Pasó también a la música artística como vals estilizado (F. Chopin, J. Brahms)”, traducción de la autora.

se refiere, como en *Madrid recobrado*, al tratado de Simmel sobre las mujeres¹⁴⁷, que por lo visto conoce bien.

En el decimosexto capítulo fallece la madre de los hermanos Kety y Juan Manuel, doña Dolores, que ya no parece aguantar más su soledad y el abandono por sus hijos. De repente, Kety se ve enfrentada a la cruda realidad, cuando empieza a faltarle dinero. Mientras que su hermano decide vender la casa materna y los bienes, ella se traslada a Extremadura donde puede alojarse en casa de una tía. La historia de Cuqui y Juan Manuel, en cambio, da un giro más positivo cuando ambos, sin el conocimiento de los padres de ella, se van al sur de España donde pasan el verano juntos.

Cuando, en el decimooctavo capítulo, Juan Manuel y Andrés asisten a una función teatral que les aburre, el narrador anuncia que la novela pronto se acabará y deja así una sensación de cansancio mental en el lector:

Pero entre el camino desde el teatro a la «boîte» los dejamos y ya no nos los volveremos a encontrar... No porque cayesen en una de tantas zanjas que abre Alcocer en el pavimento, sino porque esta novelita se acerca a su fin y no podemos seguir paso a paso la bohemia trasnochada de Teodoro, los estúpidos sueños de Miria o los negocios fabulosos de Amacha, que igual puede terminar en la cárcel por deudas que comprar una mina de wólfram y dar fiestas andaluzas en su casa... (241-242).

Una vez más, describe el sinsentido de la vida de estos jóvenes y a la vez le quita importancia a su propia historia.

Los últimos capítulos ya se centran únicamente en la vida de Kety que vive una temporada infeliz en casa de su tía. Repasa sus amoríos, su gran pasión por el deportista Raúl, y también su amistad con Andrés. Cuando se casan Juan Manuel y Cuqui, Kety vuelve a Madrid para asistir a la boda. En la playa, se cruza con Andrés que había vuelto a la capital para verla. Sin poder declararle su amor, esta figura conoce un triste final poco antes de acabar la novela, cuando vuelve en tren a Suiza, donde actualmente trabaja:

Porque el tren que llevaba por tierra francesa a Andrés Soto, doctor español, pensionado en Ginebra, descarriló por un acto de sabotaje de los «maquis». Y Andrés Soto quedó entre las astillas de su vagón, soñando quizá con Kety, a la altura en que los ríos franceses abren su abanico en la tierra cubierta de castillos y de la mejor historia de los caballeros (260-261).

Con la sensación de querer terminar por fin la historia de esta generación de jóvenes, la novela concluye con un monólogo interior entre un lector ficticio y el autor que intervienen en el relato: “(En el hombro del autor dan un golpecito: –Oye..., oye...

¹⁴⁷ Véase la misma referencia sobre Simmel que en 4. 6. 1.

¡Déjala ya! (...) Al fin y al cabo, esa chica seguirá así unos años; luego se enamorará y será una encantadora y admirable madre de familia” (263).

En resumen cabe retener que *Una chica topolino* cuenta con un narrador sobre todo versado en temas de literatura y cultura francesa. Los elementos germanófilos son pocos y se refieren –a excepción de la mención de Simmel– al ámbito musical y artístico.

4. 7. Felipe Ximénez de Sandoval

La vida de Sandoval es tanto más representativa por cuanto transcurre paralela a la del fundador de la Falange: Ximénez de Sandoval nace en 1903, en el mismo año que José Antonio Primo de Rivera, quien sería su compañero durante la carrera de Derecho, y a cuyo movimiento político se iba a unir después del 29 de octubre de 1933 (Albert 2003: 77¹⁴⁸).

Puesto que Felipe Ximénez de Sandoval es de suma importancia en un panorama sobre la narrativa falangista, se incluye en esta sección, a pesar de que sus dos novelas, publicadas durante la Segunda Guerra Mundial, son menos explícitamente germanófilas o filonazis que otras novelas de esta misma sección.

Ximénez de Sandoval se considera uno de los escritores falangistas más fervientes por el convencimiento de su ideología falangista y a la vez muy próximo a José Antonio, a diferencia de los demás novelistas de este grupo. Ximénez de Sandoval nació en 1903 en Madrid donde también murió en 1978¹⁴⁹. Fue “[a]bogado y diplomático, ha sido secretario de embajada en Bélgica con el ministro Aunós (1939) y ha ostentado diversos cargos en el Ministerio de Asuntos Exteriores” (Mainer 1971: 299).

A diferencia de otros escritores que solo con el tiempo, tras un cierto desarrollo, adoptaron la ideología falangista, Ximénez de Sandoval ya se mostró de joven propicio a las ideas de la extrema derecha:

A Sandoval hay que incluirlo en un grupo especialmente propenso a la ideologización de extrema derecha, a saber, los «universitarios que en gran parte procedían de las clases dominantes, amenazadas por el sesgo populista de la política republicano-socialista»¹⁵⁰ ..., que Antonio Elorza constata en su ensayo sobre el ideario político y el entorno ideológico de José Ortega y Gasset (Albert 2003: 77).

¹⁴⁸ Albert cita aquí el prólogo de Ximénez de Sandoval, Felipe: *José Antonio. Biografía apasionada*, Madrid: Fuerza Nueva, 1976, p. 3, escrito por Blas Piñar.

¹⁴⁹ Véanse Bertrand de Muñoz 1982: 387 y

http://elpais.com/diario/1978/05/09/sociedad/263512809_850215.html, 31.10.13.

¹⁵⁰ Albert cita aquí a Elorza, Antonio: *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*. Barcelona: Anagrama, 1984, p. 214.

A partir de 1936 –Ximénez de Sandoval tenía entonces treintaitrés años–, su ideología marcó notablemente tanto su vida profesional como su carrera literaria:

Como miembro fundador de *Arriba* y redactor responsable de la sección de política exterior participa desde una posición destacada en la formación de la Falange, de su política y retórica ... La ideología y el estilo encuentran su reflejo narrativo, al margen de un relato insignificante [que es «Dolorosa» ...], en *Camisa azul* ..., aquel ‘*Bildungsroman*’ falangista, que ofrece según Mainer una «exposición crítica de la toma de conciencia generacional»¹⁵¹ (Albert 2003: 82).

Es, pues, lógico que gran parte de sus obras literarias lleven el sello falangista – sello que marca especialmente sus novelas *Camisa azul. (Retrato de un falangista)* de 1939 y *José Antonio. (Biografía apasionada)* de 1941, cuyos títulos ya son significativos, y que se estudiarán a continuación.

La primera novela de Ximénez de Sandoval es *Tres mujeres más Equis*¹⁵² y se publica en 1930 (Albert 2003: 76). Varios críticos literarios afirman que la labor de Sandoval como escritor a menudo fue calificada de vanguardista:

Cultivador de casi todos los géneros literarios, en la novela comenzó moviéndose en la órbita vanguardista con *Tres mujeres más equis* (1930) y el pastiche romántico *Los nueve puñales* (1936), para pasar después a la novela de la guerra – *Camisa azul* (1938¹⁵³) – y volver al relato de corte «intelectual» con *El hombre y el loro* (1952), subtítulo «Fábula para mayores», concluyendo en la narración realista con *Manuela Limón* (1952) y *Las patillas rojas* (1954). [También escribió unas cuantas farsas teatrales.] Ha publicado biografías de *José Antonio* (1941), Alcalá Galiano, Cristóbal Colón y José Cadalso, además del ensayo de interpretación española *La piel de toro* (Mainer 1971: 299-300).

Sobre este rasgo vanguardista, que según Albert también se manifiesta en la obra de Tomás Borrás, opina esta crítica literaria:

En cuanto [los vanguardistas españoles] pisan el escenario político, se quitan la máscara de la irresponsabilidad infantil y concluyen la herencia de sus padres en la revolución conservadora, como se explicará en *Camisa azul*: «Queríamos la otra España. (...) La que soñó y no acertó el padre de José Antonio para que José Antonio la acertase»¹⁵⁴ (Albert 2003: 78).

La obra de Ximénez de Sandoval se caracteriza además por un tono humorístico que comparte con otros escritores de la época como Edgar Neville o Samuel Ros, entre otros:

¹⁵¹ Albert cita aquí a Mainer, José-Carlos: *Falange y literatura*, Barcelona: Labor, 1971, p. 51.

¹⁵² Mientras que Albert escribe esta palabra en el título en mayúscula, otros críticos literarios apuntan “equis”.

¹⁵³ Como apunta Albert, *Camisa azul* fue “[p]ublicada en 1938 como suplemento a la revista *Fotos*, como libro en Valladolid, Santarén, 1939” (Albert 2003: 78).

¹⁵⁴ Albert cita aquí a Ximénez de Sandoval, Felipe: *Camisa azul. (Retrato de un falangista)*. Valladolid: Santarén, 1939: 383s.

Si el humorismo, en resumidas cuentas, constituye un ingrediente cuya presencia o ausencia marca una frontera neta, es evidente que todos los autores arriba mencionados – Obregón, Ayala, Aub, Espina, más Ximénez de Sandoval, Jarnés y Claudio de la Torre – no pueden estar separados de su gran patrón Gómez de la Serna, ni de Samuel Ros, Robles, Neville, Andrés Álvarez y Jardiel Poncela (Soldevila Durante 1982: 49).

Al acabar la Guerra Civil, Ximénez de Sandoval:

..., el paladín de José Antonio continúa en un primer momento su carrera. En 1939, mientras Bélgica se encuentra ocupada por las tropas de los nacionalsocialistas, trabaja como secretario de la embajada en Bruselas, siendo nombrado dos años después subsecretario de Estado del Ministro de Asuntos Exteriores Serrano Súñer y presidente de la ‘Falange Exterior’¹⁵⁵. ... la función de este órgano [se explica] como sigue: «Su pretensión no era otra que ser instrumento de expansión falangista en el extranjero, en especial en Hispanoamérica, de acuerdo con la más estricta ideología imperialista» (Albert 2003: 83).

Sobre los últimos años de la carrera literaria de Ximénez de Sandoval, anota Soldevila Durante (1982: 42): “Posteriormente [Ximénez de Sandoval] no ha persistido en la literatura de ficción, dedicado a estudios de historia”.

4. 7. 1. *Camisa azul. (Retrato de un falangista), 1939*

La presente novela se debe considerar una novela falangista por excelencia. No solo cuenta con la omnipresencia de la simbología falangista –algo que el título ya indica–, sino también se elevan de manera excesiva la Patria, el ‘Jefe’ Primo de Rivera y la guerra. Relacionado con la ideología falangista se alaban en *Camisa azul* los valores típicos no solo del falangismo sino de los sistemas totalitarios en general como, por ejemplo, el rendimiento, la disciplina y un gran espíritu bélico que conlleva la muerte por la patria – valores compartidos también por los nacionalsocialistas.

Camisa azul narra la vida de Víctor Alcázar, un “falangista convencido: a la edad de trece años, ya luchaba en las calles en los años caóticos de la preguerra; luego fue nombrado cabo de la Legión y murió heroicamente en Toledo” (Bertrand de Muñoz 1982: 387). La misma crítica literaria comenta además:

[*Camisa azul*] ... se asemeja a *Manolo* (Valladolid, Santarén, 1937), biografía del hijo de Francisco de Cossío, y a *Más vale volando y Sacrificio y triunfo del halcón* (San Sebastián, Editorial Española, 1939), biografía del hijo de Federico García Sanchiz. [*Camisa azul* es una n]ovela bien escrita pero que carece de verdadero interés como ficción pues es demasiado limitada: es un brevario falangista (Bertrand de Muñoz 1982: 387-388).

Soldevila, por su parte, descalifica notablemente el estilo literario de *Camisa azul*:

¹⁵⁵ Albert cita aquí a Rodríguez Puértolas, Julio: *Literatura fascista española*. Madrid: Akal, 1986, p. 335.

Junto con una perspectiva del metaforismo vanguardista y de la retórica falangista, el realismo de la observación costumbrista de la guerra en Madrid y el folletín de las peripecias bélicas constituye un abigarramiento de conjunto [no] superado en la novela *Camisa azul* (1940). A pesar de su evidente autobiografismo y de su cualidad de *bildungsroman* de una educación falangista, el interés de la novela está obstaculizado por la enojosa y constante persistencia del estilo «deshumanizado» absolutamente desplazado en este tipo de novela y que sólo es vehiculable a partir de una distanciaci3n ir3nica que ni el autor ni el tema podían buscar o pedir aqu3 (Soldevila Durante 1982: 42).

Albert se refiere a Soldevila cuando anota:

En *Camisa azul* [Sandoval] sigue ... un rechazo tajante a la vanguardia, tachada de burguesa y decadente. Si en esta obra de 1939 se celebra la destrucci3n del arte moderno y el ascenso de una dictadura – ya sea de derechas o de izquierdas – es porque el t3rmino de ‘vanguardia’ ya ha adquirido connotaciones pol3ticas... (Albert 2003: 79).

La misma cr3tica literaria apunta que Jos3 Antonio Primo de Rivera no solo es el protagonista del libro del mismo t3tulo, publicado posteriormente (en 1941), sino tambi3n el de *Camisa azul*:

Aunque se pronuncie en contra de los dictadores y de las dictaduras, Sandoval s3 cree encontrar ya realizada en el hijo del dictador y l3der juvenil la unidad convincente de personalidad y programa pol3tico – Jos3 Antonio, a quien levantar3 un monumento en *Camisa azul* –. (Albert 2003: 80).

As3, V3ctor Alc3zar, el protagonista de la novela, es un falangista por excelencia que se identifica por completo con su ideolog3a y que lucha por esta hasta los tu3tanos:

Los intentos de los autores reaccionarios de redefinir el rol del individuo dentro de la sociedad culminan en la novela de la guerra civil *Camisa azul* ..., subtitulada significativamente como *Retrato de un falangista* [...]. El joven falangista V3ctor Alc3zar Serrano, figura de identificaci3n ideol3gica en esta epopeya, presenta rasgos de los anteriores esbozos de personalidad estudiados hasta ahora. Al igual que el rebelde Lud en Borr3s, encarna un idealismo neorrom3ntico. Asimismo traslada al plano pol3tico el esteticismo y el accionismo [sic] juvenil de cu3o nietzscheano, que ya conocemos del h3roe capitalista de Obreg3n, Hermes. Y, sobre todo, V3ctor opera en el sentido de aquella s3ntesis social y aquella b3squeda de un «destino» m3s all3 de lo individual, que era el objetivo central del *Hombre de los medios abrazos* de Samuel Ros (Albert 203: 326).

La manera con la que se presenta la Falange en esta novela concuerda con sus fines propagand3sticos. As3, todas las figuras narrativas sienten y viven el esp3ritu de este movimiento ideol3gico. Si algunos al principio de la historia no est3n suficientemente convencidos de su ‘ misi3n ’, lo estar3n al final del libro:

La Falange aparece [en esta novela] sobre todo como un movimiento juvenil de sello contrarrevolucionario. Jos3 Antonio ha conseguido el «milagro» de ofrecer a una *lost generation* nuevos modelos de identificaci3n, formas de vida y valores destinados a poner fin al estado de desintegraci3n social y desorientaci3n personal, prometiendo una salida en cierta forma regeneradora a un largo periodo de crisis nacional (Albert 2003: 327).

De los discursos y también de algunos monólogos interiores de Víctor se desprende el objetivo principal de esta novela: el de unir, tras largos e intensos discursos políticos, el bando republicano y comunista al bando nacional (Albert 2003: 328). Y su misión casi siempre es coronada por el éxito. En este sentido, el protagonista “[actúa c]omo mediador ideológico y fundador de la reconciliación social ..., discípulo de José Antonio y, respecto al valor y al ímpetu misionario, un doble del «Amado Ausente»” (Albert 2003: 329).

“A todos los que han caído, caen y caerán con nuestra camisa, por la España Una, Grande y Libre de José Antonio. Y a él, que nos manda vivir o morir en acto de servicio. Brazo en alto, F. X. S.” (Ximénez de Sandoval 2001: 7¹⁵⁶). Con esta dedicatoria se inicia *Camisa azul*. Tras un prólogo, escrito por Antonio Caponnetto, la novela se divide en dos grandes partes: mientras la primera cuenta con nueve capítulos, la segunda parte se divide en dieciséis. El protagonista Víctor, de veintidós años, narra la historia desde su perspectiva, pero la narración está escrita en tercera persona del singular. La acción empieza poco antes del golpe de Estado y se centra sobre todo en la lucha entre los republicanos y los falangistas a lo largo del 36.

En el primer capítulo, se presentan Víctor y su novia Carmela, que, paseando por las calles de Madrid, ya presienten el futuro conflicto bélico:

Sin embargo, la calle no tenía el aspecto de alegre paseo provinciano de anteriores estíos. Había en ella como un presentimiento enganchado en los faroles, que los oscurecía. Las gentes que pasaban iban con prisas inconcretas a no se sabía qué ocupaciones (19).

En su conversación con Carmela, Víctor manifiesta que los tres pilares de su vida en este momento son su novia, su madre y España. Se muestra además convencido de que la Falange en el futuro triunfará en el país. Mientras, Carmela habla de su familia: de su madre de salud delicada, de su padre, un obrero de ideología de izquierdas, y de su hermano Enrique que, debido a la postura del padre, solo puede ser falangista a escondidas. Víctor y Enrique son, además, buenos amigos. Cuando la pareja coincide en la calle con Enrique, Víctor le cuenta a su amigo que tres hombres “del radio comunista del distrito” (25) le persiguen desde hace tres días. Ambos planean haciéndose cargo de ello y Víctor, que les percibe en una esquina, frente a la casa de

¹⁵⁶ En adelante se citará siempre por Felipe Ximénez de Sandoval (2001): *Camisa Azul. Retrato de un falangista*. Nueva Hispanidad, Buenos Aires, con la página entre paréntesis.

Carmela, les amenaza verbalmente para que dejen tranquila a su novia. Poco después, el grupo se disuelve sin que haya habido ningún acto de violencia física.

En el segundo capítulo, durante una reunión, se presentan los amigos falangistas de Víctor:

Los cinco apenas tienen veinte años. Visten deportivamente, como cuadra a su condición y edad. Son fuertes y sanos, sin tara fisiológica ni moral alguna. Saben nadar, jugar a fútbol, bailar con las chicas, estudiar Derecho, Medicina o Arquitectura, reír y leer, jugarse la vida en las esquinas frente al plomo marxista y, generalmente, a ninguno le ha fallado un solo tiro de la pistola automática que llevan en la americana, sin guía ni licencia, porque el gobierno y la policía sólo dejan que las tengan los marxistas (27).

Como también apunta el narrador, a pesar de su juventud, todos ya han tratado con la muerte:

Cada uno [de los cinco] conoce el olor del éter en la cama de operaciones; el escosor [sic] del iodo en la carne viva de una herida abierta; el sabor agrio del rancho de la cárcel y el camino del cementerio, al que han acompañado ya a más de medio centenar de camaradas, como ellos jóvenes y alegres, obreros o estudiantes (27).

Hasta qué punto todos son un reflejo del espíritu de la época se desprende de las siguientes palabras del narrador:

Juventud recia nacida milagrosamente en una época decadente; espiritualista a pesar de los miasmas de materialismo que se respiran en el aire de una patria con minúscula, encogida dentro de las cuatro paredes asfixiantes de cascote de tópico de la Democracia y el Liberalismo (27).

La presentación de los personajes también fue citada por Albert (2003: 330-331):

Se hablan de tú y se llaman camaradas, aunque viene cada uno de esos compartimientos estancos que una sociedad estúpida y una Sociología envenenada llaman clases. Víctor es estudiante de Filosofía y de Historia; Andrés, empleado en un Banco; Pepe, cadete de Infantería; Antonio, conduce de día un taxi y estudia por la noche Derecho, y Manolo, inquieto y alocado, ha estado matriculado en todas las Facultades de la Universidad, sin encontrar su vocación todavía. Sólo falta Enrique, no llegado aún. Enrique, jornalero, devuelto de las negaciones marxistas a la fe en la Patria, en el Orden, en la Disciplina. Enrique, modelo de obreros, infatigable en el trabajo y la canción, en el boxeo y en el acaparamiento de muchachas guapas en el baile dominguero¹⁵⁷.

Otro personaje que Víctor conoce más adelante y que influye en él es el ruso Alexis. Así, a todos los caracteriza no solo un físico fuerte sino también ciertas capacidades intelectuales. Como se verá más adelante, Víctor es el más fuerte de todos, tanto física como mentalmente.

¹⁵⁷ La cita de Albert (2003: 330-331), de la edición de 1939, página 24s., corresponde a la página 28 de la edición de 2001 de Ximénez de Sandoval.

El retraso de Enrique, del que Víctor se preocupa cada vez más, tiene un motivo trágico: como el protagonista llega a saber al acercarse a casa de su amigo, Enrique acaba de ser asesinado, su cadáver ya ha sido trasladado a un depósito. Víctor manifiesta enseguida su convicción de que fue un crimen cometido por los republicanos. En una riña tumultuaria en la calle, una mujer llama a Enrique “un canalla fascista” (Ximénez de Sandoval 2001: 32), exclamación que alimenta el odio de Víctor.

A fin de despedirse del cuerpo de Enrique, Víctor, sus amigos, el padre y el hermano del fallecido se reúnen en el Depósito judicial. Tras un largo discurso, Víctor convence al padre del joven, un “viejo obrero, socialista y gruñón” (34), de que su hijo luchó por una gran causa y que debe ser enterrado con la camisa azul. Víctor es tan persuasivo que el padre llega a creerle. Como se verá más adelante, es solo una de varias situaciones en las que Víctor deja constancia de su elocuencia y de su capacidad persuasiva:

[El hecho de ponerse esta camisa] Significa nada menos que el obrero educado en el odio, ha muerto en el amor. Que ha entendido toda la angustia, que no es angustia sólo de problema económico, sino también – y quizás más – de problema sentimental. Que ha sabido leer en el cielo y el idioma todo el destino único y maravilloso de la Patria, que no es sólo la redención económica del pobre, sino la aspiración de Imperio de todos (39).

Por un lado, en la idea de la creencia en un Imperio, aunque sea un Imperio diferente, se puede ver un pequeño paralelismo con la ideología nazi. Por otro lado, se desprende del largo discurso de Víctor que, debido a su carácter dominante y convincente, es capaz de influir en personas de ideología adversa – rasgo que consolida su posición como falangista ‘superior’ a sus amigos. Así también lo afirma Albert, cuando resume la primera parte de la novela: “Primero [Víctor] consigue unir la extrema izquierda y la extrema derecha, ante el fondo de las luchas callejeras en Madrid a mediados de julio, y propaga la lucha solidaria de trabajadores e intelectuales burgueses” (Albert 2003: 329).

La muerte de Enrique es el desencadenante para Víctor para cumplir aún más seriamente con su ‘misión’ como falangista y así parece lógico que espera casi con impaciencia el golpe de Estado.

Así, la narración se centra a partir del quinto capítulo en el conflicto bélico. Durante las luchas callejeras, Víctor y sus compañeros ven morir a muchos de sus camaradas. A pesar de estas situaciones dramáticas, el narrador justifica cada muerte con la necesidad de esta guerra, la necesidad de combatir el enemigo y de sacrificarse por Franco y por la patria. Poco después, los republicanos apresan a Víctor y le meten

en la cárcel. Cuando su padre viene para hacerle una visita (no puede verle porque no trae suficiente dinero para sobornar a los vigilantes), se conocen los orígenes humildes del protagonista:

Víctor pensó en su familia. Familia modesta de la clase media española, sacrificada al decoro en el vivir y a la educación de los hijos. A mediados de mes, el corto sueldo del padre estaba muy reducido (Ximénez de Sandoval 2001: 76-77¹⁵⁸).

En el noveno capítulo, los milicianos llevan a Víctor al tribunal popular. Pero el protagonista se muestra soberbio y prefiere citar a Primo de Rivera, en vez de contestar a las preguntas del tribunal. Este está compuesto por un joven catedrático español y tres judíos rusos. El texto cuenta entonces con un primer elemento germanófilo. Confrontado con la audacia de Víctor que sigue sin responder a las preguntas, el catedrático y los judíos conversan:

-¿Qué dice el joven? –preguntó en alemán al profesor el judío primero. – Este muchacho es un cínico y un impertinente. Se niega a contestar. – Víctor, aunque no a la perfección, conocía bastante el alemán, que aprendió voluntariamente a los dieciséis años para poder leer a Nietzsche, ya que no encontraba clara ninguna versión española del *Zarathustra*. Todavía no podía leer sin diccionario, pero ya le servía para cartearse con estudiantes de Heidelberg y de Marburgo, cambiando ideas políticas y científicas, y desde luego para replicar al alemán poco correcto de los tres judíos rusos. Se lanzó a hablar alemán, mirando irónicamente a los milicianos que le oían con la boca abierta, creyendo que hablaba ruso, lo que para un marxista madrileño era el colmo de la felicidad. Víctor se dio cuenta del estupor de los milicianos, y tomó buena nota mentalmente (84-85).

La admiración de Víctor por Nietzsche, cuya obra le motiva para aprender alemán, es un claro rasgo germanófilo: su curiosidad y su motivación por este idioma llegan a tal punto que al cabo de poco tiempo ya es capaz de leer a este filósofo en lengua germana (se supone que lo ha estudiado en los últimos seis años). En el pasado, Víctor además ha estado en contacto con estudiantes alemanes. Albert comenta este párrafo como sigue:

El alegre nietzscheanismo del protagonista [nota al pie: Víctor, «el pequeño filósofo, admirador del Superhombre nietzscheano» (278), aprende alemán para leer el *Zarathustra* en su idioma original.] es solamente un débil reflejo del ‘superhombre’ José Antonio, «Genio» y «Héroe» (389). El individuo fuerte es un espejismo, dado que se revela como un instrumento falto de voluntad que se rompe cuando termina el «mágico contacto», «que daba fuerza y aliento para vivir o para morir» (341). Víctor confirma esta dependencia cuando [más adelante] quiere acompañar a José Antonio en la muerte... (Albert 2003: 345¹⁵⁹).

En lo sucesivo, el protagonista sigue mostrándose soberbio y seguro de sí mismo cuando, tras ser condenado a muerte, pide a los milicianos poder dar un paseo en coche

¹⁵⁸ Albert cita en su libro el mismo párrafo (Ximénez de Sandoval 1939: 104, citado por Albert 2003: 330).

¹⁵⁹ Las páginas entre paréntesis en esta cita se refieren a la edición utilizada por Albert, la de 1939.

con ellos por Madrid. Entonces Víctor les cuenta que pasó una temporada en Rusia donde trabajó en una fábrica y aprendió ruso. El episodio sirve para ridiculizar al enemigo que cree las mentiras del protagonista. Además, Víctor intenta convencer a los milicianos de salir de España para poder descubrir la ‘verdadera fe falangista’ en el extranjero. Finalmente, los soldados llevan a Víctor a una embajada simpatizante con el bando republicano en la que las condiciones son miserables. A través de una retrospectiva, se narra como Víctor se ve confrontado con el violento comportamiento y los brutales asesinatos cometidos por los rojos que se describen de forma bastante detallada. Sin embargo, Víctor logra escapar de la embajada (su huida no se describe, pero se conocen sus consecuencias). Consigue llegar al próximo aeródromo y escaparse en avión a Alemania. La escena se describe de manera inverosímil y metafórica, y se lee como una oportunidad deseada por Víctor de escaparse por un momento, aunque sea breve, de la situación bélica en España: “Y de pronto, una puerta que se abre y Víctor que se encuentra en un salón con butacones, cuadros y objetos de arte. Le rodean gentes solícitas que hablan una lengua extranjera y cordial” (91). Los que acogen al protagonista le dan la bienvenida: “Está usted en territorio amigo. La sombra de nuestra bandera le protege, pase lo que pase” (91).

Mientras que en la situación anterior no queda claro quienes son estas “gentes solícitas que hablan una lengua extranjera y cordial”, se supone que son alemanes ya que se confirma a principios de la segunda parte que Víctor pasó una (breve) estancia en Alemania. Víctor, que entonces ya ha vuelto a España donde trabaja de “centinela en la noche entre los pinos del Guadarrama” (95), narra de forma retrospectiva sus impresiones de Alemania:

¡Cuánto mundo había corrido en vértigo de alas y de ojos! El avión sobre España – llanuras, ríos, ciudades con banderas, montes de color ardiente bajo el sol –, sobre Francia, sobre Suiza todavía con nieve; sobre el campo alemán plano y verde suave. Los pies sobre las calles de Berlín – muchachitas rubias de Unter den Linden y Kurfürstendamm –, de Hamburgo – poema de agua y hierro el Elba; de agua, cisnes y velas el Alster; de agua verde, fango y ramas el barrio de los Canales – y de la cubierta del barco que le devolvía con ojos de impaciencia a la España en llamas. ¡Qué vértigo de soles y de hélices, de amistades de brazos en alto, de recuerdos clavados en el alma! Y ahora allí, de pronto, de la fría cerveza de los jarros panzudos a la sed de la pólvora; de los violines con valsos a los morteros con rompedoras; del altar de Pérgamo [sic] a los «chalets» bombardeados de los pueblecitos serranos¹⁶⁰ (96).

¹⁶⁰ La cita aún sigue, pero considero lo siguiente de menos importancia ya que no se establece ningún paralelismo más con Alemania: “Y entremedias, el Mar y el Aire, azules, azules rutas de Imperio, del Imperio de la sangre y del idioma de los nacionalsindicalistas. Y unos días de ausencias de familia, novia y camaradas” (96).

A pesar de desear su regreso a España, el protagonista guarda buenos recuerdos de Alemania. Menciona algunos sitios turísticos típicos de Berlín y de Hamburgo que pudo conocer así como algunas zonas verdes y acuáticas que le gustaron. Sus descripciones de ambas ciudades tienen un sello algo romántico. También se refiere brevemente a la cerveza alemana y a la música de arco como elementos positivos. Su estancia en Alemania –la Alemania aún pacífica– contrasta con la situación bélica en España con la que se enfrenta a la vuelta. Albert comenta el viaje de Víctor a Alemania como sigue:

No es casualidad que el narrador haga viajar a Víctor a Alemania, donde reconoce en el saludo romano el «estilo imperial de la nueva civilización de Occidente» (Ximénez de Sandoval 1939: 128, citado por Albert 2003: 340¹⁶¹). De modo parecido a los románticos en los tiempos de los Estados nacionales, se busca el renacer de Europa, esta vez bajo el signo del fascismo, en la Edad Media, aquella época en la que la confraternidad de los dos pueblos había encontrado expresión en sus héroes épicos Sigfredo y el Cid: «Víctor y la Falange son los protagonistas de un romance de revolución española. El romance español tiene un eco rotundo en la balada nórdica. El Cid y Sigfredo se saludan imperialmente sobre el clamor de Europa. El Tajo y el Rhin llevan leyendas idénticas a los mares de Occidente. La juventud renace con fiebre de castillos y aliento de epopeyas...» (Ximénez de Sandoval 1939: 128, citado por Albert 2003: 340¹⁶²).

De vuelta en España, el lector acompaña a Víctor a las trincheras donde se muestra alegre y orgulloso cuando logra engañar y atacar a los enemigos. Cuando la tropa de Víctor hiere a algunos republicanos, también se hace hincapié en el lado humano de Víctor que acude para atender las heridas de uno de sus enemigos. Mientras, la vida diaria bélica continúa, siempre en torno al protagonista y sus camaradas Isidro, Ignacio y Francisco de Borja¹⁶³. Albert (2003: 329) anota acerca de esta camaradería: “..., en el frente del Guadarrama, el narrador pone [al lado de Víctor] tres camaradas para demostrar la nueva unidad de los tradicionales estamentos españoles”.

En otro fragmento del texto, se describe como Víctor interroga a uno de los republicanos que su tropa han hecho preso. Durante el interrogatorio, el preso ofrece a Víctor un trato: a cambio de salvarle la vida, promete ir a ver al padre de Víctor para darle noticias de su hijo. A pesar de mostrarse preocupado por su familia, el protagonista rechaza el trato y argumenta: “No, no. El servicio exige rigidez, frialdad de alma con lo más íntimo y peculiar. Por salvar lo suyo, Víctor no podía devolver a un enemigo de España” (Ximénez de Sandoval 2001: 121).

¹⁶¹ Véase también Ximénez de Sandoval 2001: 91.

¹⁶² Ximénez de Sandoval 2001: 91.

¹⁶³ Este soldado tiene, en efecto, su nombre del santo don Francisco de Borja y de Aragón (1577-1658) (Batllori 1999: 77).

La narración sigue, sin ofrecer más acontecimientos destacables que las escenas de la cruda realidad de la guerra. El espíritu bélico de las figuras aún aumenta con los días que llevan en el frente. Un ejemplo de ello es el siguiente diálogo entre Isidro y Francisco, los cuales hacen un monumento a la guerra. Dice Isidro:

Lo bonito de la guerra es que mientras se hace no se piensa en nada. En este momento ni vivir ni morir son más que el azar de moneda falsa que ha tirado al aire un destino burlón al que importa un rábano resulte cara o cruz (141).

A lo que Francisco contesta: “La guerra es bella, sí. Es fascinadora, mejor dicho. No sabes por qué te gusta ni por qué te horripila. Es una manaza informe que te arranca de tu centro y te lleva al infierno verdoso del ridículo” (141). En lo sucesivo se alternan los elogios a la guerra con otros, que los soldados dirigen a José Antonio (147).

Poco después, Víctor y sus compañeros más próximos están heridos y trasladados a un hospital militar. Mientras que las heridas de Isidro son graves, “Víctor y Francisco de Borja mejoran rápidamente” (165). La buena camaradería y el ambiente alegre que se establece en seguida entre los soldados heridos es un tópico que se puede observar en otras novelas del presente estudio. Una de las figuras más importantes en este hospital es el ruso Alexis, que lucha en el Tercio. Alexis intenta convencer a Víctor y a Francisco para que se unan a su grupo. Esta vez es Alexis quien caracteriza la muerte como objetivo final y bonito de cada soldado: “¡Y la muerte es más bella que la vida! La muerte es esa dulce nada que siente Ignacio en sus ojos, extendida por todos los sentidos. ¡Un inmenso sueño sin sueño!” (170). Pero Víctor solo le responde: “Eres un nihilista, Alexis. Los falangistas somos todo lo contrario. Queremos un sueño con esfuerzo de sueños y abominamos el descanso” (170). En este contexto, el protagonista cuenta lo que vivió una vez en la cárcel:

Yo me acuerdo de una vez que estuve en la cárcel. Rompíamos las losas del patio a paseos nerviosos. Y en la celda, cuando yo no podía estudiar ni leer, porque no había luz, me ponía horas enteras a traducir mentalmente al francés o al alemán los discursos del Jefe, que me sabía de memoria. Y he conseguido pasar así varias noches enteras sin pegar un ojo, renunciando al descanso... (170-171).

Víctor se acuerda en este momento cómo sus conocimientos de alemán y de francés le ayudaron en una situación desagradable para sobrevivir mentalmente. Se sirve, pues, del alemán como de una herramienta útil para ejercer su mente. En lo sucesivo puntualiza que el objetivo de los falangistas no es morir, sino sacrificarse enteramente en vida. La muerte, según él, solo es una consecuencia del inmenso sacrificio del soldado.

A medida que avanza la narración, la amistad entre Víctor y Alexis se intensifica. Así, el ruso se muestra impresionado por el intelecto de su amigo Víctor y le dice:

Adoras los mismos párrafos que yo de Dostoyewsky [sic]. Tienes de la vida el concepto ideal que yo tenía a los veinte años, cuando el huracán de la Revolución me arrancó, igual que a ti, de mis padres y del espejo claro de los ojos de una virgen amada. (...) Eres, Víctor, como te digo, una copia de mis veinte años (175).

La relación entre Víctor y Alexis es un ejemplo de uno de los mensajes más importantes de esta novela: el de conseguir que todas las figuras novelísticas se hagan falangistas, uniéndoles en sus ideologías respectivas:

La intención primordial de la novela es resaltar la función integradora de la Falange, un aspecto sumamente importante debido a sus implicaciones psicológicas, sociopolíticas e ideológicas. La Falange aparece como un crisol que, a través de la «camaradería» [...], construye una nueva forma de intersubjetividad que reconcilia las hasta ahora antagónicas fuerzas de la sociedad (Albert 2003: 328).

Víctor se siente halagado y tentado por las palabras de Alexis y su oferta de unirse al Tercio, pero considera inapropiado aceptarla ya que significaría traicionar a la Falange.

Mientras que Isidro, cuyo estado físico empeora, permanece en el hospital, Víctor, Francisco y Alexis vuelven al frente. Se reúnen con los soldados que vuelven de la guerra africana y Víctor, el líder falangista, les reprocha desconocer el verdadero espíritu de su partido: “Ellos, encerrados en sus campamentos africanos apenas sabían de la Falange más que lo poco que decía la prensa madrileña” (Ximénez de Sandoval 2001: 192). Así, les cuenta la trayectoria de la Falange:

¡Ustedes no sabían nada de esto y por eso no comprenden el orgullo inmenso de una camisa vieja! (...) Hemos sido pistoleros, gentes a sueldo de Italia o Alemania; monos de imitación; cuatro gatos imbéciles; señoritos bolcheviques o señoritos fascistas; asesinos; ateos; panteístas; delirantes; esquizofrénicos; ambiciosos y cretinos; revolucionarios... (192).

El mensaje del protagonista aquí es el que recorre como un hilo conductor toda la novela: mientras el soldado lleva la camisa azul, nada le puede afectar.

Poco después, el narrador realza el enorme espíritu bélico de los falangistas:

Los soldados caminan incansables. (...) –En los de los soldados del Tercio, la llama de los arcabuceros que sacó de Castilla Carlos V para vencer en Mühlberg, en Túnez y Pavía. Los Jefes y Oficiales llevan los ojos de ilusión de la alegre mañana de la entrega del Despacho que les daba espaldarazo de Caballeros Andantes de la Infantería¹⁶⁴ (195).

Sin embargo, solo es una pequeña valoración positiva –en el ámbito bélico– de Carlos V, el rey compartido por España y Alemania en el siglo XVI.

¹⁶⁴ Los errores ortográficos en este párrafo fueron corregidos por la autora.

En lo sucesivo se narra de forma detallada la liberación de Toledo de los republicanos y el comportamiento heroico de Víctor. En esta situación, Víctor se acuerda de José Antonio que se encuentra en la cárcel en Alicante y que echa de menos. Entonces le vienen a la memoria unas palabras de Goethe:

Y Víctor ... deshizo (el silencio entre los soldados), desgranando en la noche estas palabras de Goethe, que parecían escritas para el Amado Ausente: –«Él, próximo a la felicidad creadora, evoluciona con gozo, mientras nosotros ¡ay! quedamos para nuestro tormento asidos al seno de la tierra. Suspirando por Él, aquí nos ha dejado. ¡Ah Maestro! ... llorando anhelamos tu bienaventuranza». Y en el silencio que siguió, parecía oírse en el cielo de otoño el Coro de Ángeles – ¿con espadas? – que, después de los Discípulos, canta sobre la angustia cósmica de Fausto: «Cristo ha resucitado del seno de la muerte; romped alegres vuestras cadenas; no ceséis de alabarle; mostradle amor, que para vosotros, que marcháis orando en unión fraternal, que prometéis felicidad, para vosotros el Maestro está cerca. ¡Ahí le tenéis!» (200).

Como indica el narrador, el protagonista cita aquí *Fausto*, aunque solo de forma indirecta. Pero Víctor manifiesta así su buen conocimiento de la obra de Goethe –que utiliza para sus propios fines ideológicos– y que se suma a su antes mencionada lectura de Nietzsche.

En el decimocuarto capítulo se interrumpe la acción principal y se sustituye por un largo capítulo compuesto de cuatro cartas: una del padre de Francisco, otra de Francisco, una del Duque de Castro Urdiales y otra de Víctor. La que de más interés ha resultado es la de Víctor y se dirige a su amigo Francisco. En un primer momento, el protagonista deja constancia del estado actual de Madrid: “Sufro viendo Madrid entre nieblas y humaredas, pero me llena el alma de esperanza de que en Madrid volverá a reír la Primavera” (210) y añade: “Desde mi puesto de observación en el quinto piso del Clínico veo Madrid a mis pies” (211). En otro fragmento de la carta recuerda el chiste de los dos alemanes de la Legión Cóndor, Otto y Fritz, que ya mencionó Tomás Borrás en *Checas de Madrid* (véase capítulo 4. 3.). Víctor no cuenta el chiste, pero le sirve para burlarse de los republicanos y sus supuestos métodos de combatir a los falangistas:

Nos van a poner una mina... Como en el cuento de Otto y Fritz, nos reímos mucho. «Ja, ja... Nos quieguen pongen [sic] una mina... Ja, ja y nostgos lo sabemos... Ja, ja... Y no nos impogta... Ja, ja...» (213).

Pero la carta se centra sobre todo en la vida de Alexis, que Víctor ha podido conocer, y en su relación con el protagonista. Alexis, que ahora es un ferviente falangista más, se ha convertido en amigo íntimo de Víctor. Alexis, cuyos hermanos viven en diferentes países del mundo, ya luchó en la Primera Guerra Mundial y cuando terminó, buscó, enfermo y débil, refugio en Alemania:

¡Hambre a la puerta de los hoteles! ¡Berlín Alexanderplatz en la miseria viciosa de la postguerra! Pianillo triste del «Cabaret» de San Pauli de Hamburgo! ¡Las dársenas del puerto! ¡La cara sucia de carbón para ganar unos «pfennigs» para aguardiente, no por sed de beber, sino por sed de olvidar. Carbón y más carbón en el vientre del trasatlántico. Arriba, en el salón de baile, los vales de Strauss y de Franz Lehard para los nuevos ricos de la guerra, la derrota y la especulación. El viejo mundo, justamente aniquilado, pero lo que era terrible, bajo el signo de Marx y no el de Cristo, bajo el de Rosa Luxemburgo y Lenin, no bajo el místico de Tolstoy o Bakumine (225-226).

Como ya lo hizo anteriormente –entonces desde la perspectiva de Víctor–, el narrador menciona en un mismo párrafo Berlín y Hamburgo. Además de hablar de la industria del carbón, cita el barrio de San Pauli y el tipo de música que se escuchó con frecuencia en esta época, de los compositores alemanes y austro-húngaros Richard Strauss y Franz Lehár, respectivamente,.

Al final de la novela, mientras que la lucha por la Ciudad Universitaria sigue, Víctor sufre un día una especie de ataque de ansiedad, ataque que anuncia que sus fuerzas están disminuyendo. Sus pensamientos en el día de su vigésimo tercer cumpleaños reflejan su trayectoria política hasta entonces:

¡Veintitrés años! ¡Qué juventud más vieja! Veintitrés años y diez en las luchas políticas. Contra la Dictadura. Contra la República. Contra el Frente Popular. Y junto a España siempre, en la F.U.E. primero; en el S.E.U. después. ¡Señor, si nunca nos gustó la España que nos daban! (248).

Cuando los soldados leen en el periódico la noticia de que José Antonio ha sido condenado a muerte, Víctor sigue con atención la ejecución de su líder tan admirado por la prensa. A raíz de esta noticia empieza a desanimarse y entristecerse. A pesar de ello, continúa la lucha. Pero al preparar con un grupo de voluntarios otro ataque a los republicanos, una bala le da a Víctor en la nuca. En seguida, el capitán se le acerca y le otorga, prácticamente en el instante de morir, la Medalla Militar. Víctor, por su parte, ya sueña con José Antonio:

[Víctor] Cae como un fardo. Los camilleros le recogen moribundo. (...) Víctor ve [a los demás] entre nieblas y estrabismos, desenfocados, ... Su sonrisa es crispada y mojada de espuma. El Capitán se le acerca y le habla. Tiene la voz de José Antonio. – Cabo Víctor Alcázar: por tu bravura, por tu alegría, por tu magnífico temple en este momento, te propongo para la Medalla Militar, y pediré a tus Jefes falangistas la Palma de Plata. ¡Viva España! ¡Viva Franco! ¡Viva José Antonio! ¡Viva la Falange! ¡Arriba España! (260).

Al final de la novela aparecen los camaradas de Víctor que asisten a su entierro “... el día del vigésimo tercer aniversario de su natalicio, con su camisa azul de falangista y su guerrera de legionario” (261).

Albert comenta la última parte del libro (a partir de la conquista del Alcázar de Toledo) como sigue:

Esta última etapa ilustra la confraternidad de armas entre el Ejército, o la Legión, y la Falange, por lo que el conflicto español adquiere al mismo tiempo una dimensión internacional. El narrador muestra al protagonista como figura simbólica representativa de un nuevo ideario, retratándolo en varios aspectos como modelo de identificación, lo que le habilita para desempeñar la función básica de mediador. Víctor, nacido en 1913, pertenece a aquella ‘generación perdida’ que José Antonio ha sacado del marasmo de una existencia sin perspectivas, para imponerle un «deber áspero y glorioso»... (Albert 2003: 329).

Considerando el título de esta obra –*Camisa azul*– es más que obvio que se trata de una de las novelas falangistas más explícitas, que refleja toda la idiosincrasia de este partido y de sus miembros. En todo momento, la ideología falangista está por encima de cualquier otra y recorre la obra como un hilo conductor. Un ejemplo de ello son las múltiples reflexiones y discursos del protagonista que no se cansa de hacer propaganda para su partido. A modo de ejemplo sirva una de las reflexiones más significativas:

Nadie sabía si el falangista era violento, cruel, insensible o histérico. Quizá nadie lo sepa todavía. Es difícil comprender como es de compleja y de rica el alma de la Falange. Hasta qué extremos llegan en ella cualquier sentimiento. Cómo son de varias sus reacciones. Cuáles son sus matices y sus calidades. Es muy difícil que lo comprendan quienes no han estado los largos tres años de su infancia dentro de sus escuadras, quienes no han sabido bruscamente de la muerte alevosa de un camarada, quienes no han buscado justicia –no ya oficial, sino privada de quienes se decían simpatizantes o afines– o cordialidad para los muertos heroicos por España, cuando España era pura frivolidad de un lado y barbarie pura de otro (Ximénez de Sandoval 2001: 35-36).

Tanto el narrador como el protagonista se muestran convencidos de que tarde o temprano todos verían que el falangismo sería la única ideología válida y correcta en estos tiempos en España. Albert añade al respecto:

Lo que fascina a estos jóvenes desorientados en la Falange es el irracionalismo y el orden, esa difusa mezcla romántica de sentimientos heroicos y misión idealista: «... Es muy difícil comprender, de pronto, cuando se ha vivido en un mundo sin fe ni disciplina, toda la rigidez de una orden religiosa, la dureza de un organismo militar, la alegría de una comparsa estudiantil y el rencor de una colmena injustamente perseguida. Y de todo ello tiene mucho la Falange. Y además, un orgullo tal, nacido de su espléndido aislamiento y de su pura razón frente a todas las razones impuras, que nada le importa saberse incomprendida. Su fuerza poética está en ser un enigma para casi todos, que, los que más sólo a medias – en lo que les conviene – comprenden. La Falange es un sol que luce para todos sin más explicación que su luz inimitable» (Ximénez de Sandoval 1939: 37 s., citado por Albert 2003: 328¹⁶⁵).

Así, se sobreentiende que el tema alemán no puede estar en el centro de esta novela. Considerando la lucha activa del protagonista en la Guerra Civil y el año de

¹⁶⁵ Véase también Ximénez de Sandoval 2001: 36.

publicación de la novela (1939), parece lógico que los elementos germanófilos únicamente se refieren al mundo cultural (con Nietzsche y Goethe) y a algunas menciones culturales y geográficas (con Berlín y Hamburgo). No parece haber espacio para elementos filonazis aunque se puede suponer que el narrador comparte las ideas básicas del sistema nazi. Hay, pues, las lógicas coincidencias entre dos fuerzas fascistas (Falange y nazismo) con sus diferencias lógicas, propias por pertenecer a dos países diferentes.

Así, pues, la novela resulta un enorme panegírico del falangismo, el canto tan manido desde esta extrema derecha del “todo por la patria”, que se concreta en una gran alabanza, épica, de la guerra y de la muerte. En cuanto a su valoración estética, la obra cuenta con fragmentos paradójicamente por una parte, muy cursis, y, por otra, en exceso patrioterros, que le hacen perder actualidad y fuerza narrativa.

4. 7. 2. José Antonio. (*Biografía apasionada*), 1941

Si ya en *Camisa azul* Ximénez de Sandoval había edificado un monumento emotivo al líder muerto, embellecido ficcionalmente, en 1941 prosigue de manera explícita fines documentales con *José Antonio. Biografía apasionada*, una de las primeras biografías de Primo de Rivera [... Ya en 1939 había aparecido *José Antonio. El hombre. El jefe. El camarada* de Francisco Bravo]¹⁶⁶ (Albert 2003: 83).

No obstante, el ferviente falangista Ximénez de Sandoval, cuya novela cumple con su propósito de hacerle un monumento al líder falangista fallecido, se ve confrontado con críticas por parte de la censura:

[Ximénez de Sandoval también f]ue autor de un conocido libro, *José Antonio. Biografía apasionada* (Madrid, 1941...), de título bien explicativo y donde entre otras cosas recuerda emocionadamente los tiempos heroicos de la primera Falange; ... El libro de Ximénez de Sandoval sufrió también los retoques de la censura; fue precisamente un camarada del autor, el también escritor Darío Fernández Flórez ... el censor; en su informe de lectura puede leerse: «Comienza el autor advirtiendo que se trata de una biografía apasionada. Y lo es. Ahora bien, esta pasión, justa y sincera, conduce, no obstante, a encrucijadas de tipo de historia política tan inmediata, que acaso rocen violentamente sensibilidades y situaciones aún latentes. Me refiero concretamente a los casos Ledesma y Calvo Sotelo, entre otros (...)». Se suprimieron, finalmente, diez páginas referentes a las relaciones – malas – de Primo y Ramiro Ledesma Ramos ... y a la expulsión del fundador de *Falange* del Ejército, con motivo de un incidente que tuvo con el general Queipo de Llano, que había criticado al general Primo de Rivera y su dictadura (Rodríguez-Puértolas 2008: 676-677).

En las publicaciones posteriores a *José Antonio*, el estilo literario de Ximénez de Sandoval ya es algo distinto:

¹⁶⁶ Los corchetes se refieren a una nota al pie de página de Albert que cita a Samuel Ros en: *Arriba* (30-11 y 14-12-1941).

Cuando a partir de 1951 Ximénez de Sandoval, (...), vuelve a la literatura de ficción, es a una temática más acorde con sus obras de preguerra; pero el abandono de las técnicas de entonces lo acerca al humorismo de un Edgar Neville (Soldevila Durante 1982: 42).

En unas palabras previas a la edición de *José Antonio* de 1976, Ximénez de Sandoval se muestra aún convencido de la necesidad y de la contribución de su obra, señalando la importancia de conocer a fondo la vida de José Antonio:

Agotado hace tiempo, y advirtiendo el interés cada día mayor que suscitan el pensamiento y la figura de JOSE ANTONIO, creo cumplir un deber al publicarlo, tal y como lo escribí hace treinta y dos años, para satisfacer los deseos de numerosas personas que continuamente me lo piden, quizá con la esperanza de encontrar un rayo de luz que les guíe por las tinieblas del futuro de nuestra patria, en la lección ejemplar de la vida de JOSE ANTONIO que traté de ofrecer a los españoles al componerla apasionadamente, con sencillez y sin pedantería (Ximénez de Sandoval 1976: 7¹⁶⁷).

Tras estas palabras iniciales comienza la abundante biografía de Primo de Rivera, de 556 páginas. Está compuesta de cuatro grandes partes que narran, de forma cronológica, la vida de José Antonio. La primera se centra en la infancia y juventud del líder falangista, hasta lo que se supone fue su primer viaje a Italia, en 1933. La segunda narra los sucesos de la política española y europea de los años treinta, desde el 29 de octubre de 1933 (la fundación oficial de la Falange) hasta “El I Consejo Nacional de F. E. de las J. O. N. S.” (225, título del último capítulo de esta parte). Parece lógico que esta parte se centre sobre todo en la formación de la ideología falangista. La tercera parte se ocupa de los múltiples mítines de José Antonio que, viajando por España, profundiza sus cualidades de orador. Se sobreentiende que en estos mítines el líder falangista aborda sobre todo el papel de la Falange y ahonda en las críticas al Gobierno de Azaña. La cuarta y última parte comienza con el cargo de José Antonio en la Dirección General de Seguridad, pero se centra en los acontecimientos en torno a la detención y el fusilamiento del líder falangista, descrito de forma minuciosa y algo dramatizados (como el subtítulo de la obra, “Biografía apasionada”, ya anticipa).

Es obvio que la presente obra es de ideología falangista y de ahí las alabanzas, a veces excesivas, en torno a la persona de José Antonio. El narrador, como en *Camisa azul*, incorpora alguna mención del ámbito cultural germano, pero solo un capítulo se ocupa de las relaciones hispano-alemanas a mediados de los años treinta. También se apunta alguna impresión que Primo de Rivera se llevó de los nazis y de Hitler. Aunque la parte que se ocupa del mundo alemán y nazi es más reducida que el resto es la más significativa para el objetivo de esta tesis. Se considera la presente obra una ‘novela’

¹⁶⁷ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo sucesivo a Felipe Ximénez de Sandoval (1976): *José Antonio. (Biografía apasionada)*, Fuerza Nueva, Madrid.

clave para la comprensión del funcionamiento de la ideología falangista y con ella se completa el panorama de la narrativa falangista publicada durante la Segunda Guerra Mundial.

La biografía está escrita en gran parte en tercera persona del singular, aunque algunas veces se incorporan expresiones y opiniones del propio Ximénez de Sandoval, entonces formuladas en primera persona. A diferencia de otras obras, la acción avanza de forma muy lenta.

La primera parte de la obra ofrece una vista panorámica sobre la infancia y juventud de J. A. Primo de Rivera. Nacido el 24 de abril de 1903, fue educado por sus hermanos y sus tías maternas ya que su madre, Doña Casilda, murió solo cinco años después del nacimiento de José Antonio. Según el narrador, Doña Casilda, por sus características y creencias, ya fue mucho antes de su fundación oficial miembro ‘espiritual’ “de la Sección Femenina de la Falange” (18).

Sobre el hijo José Antonio apunta su admirador Ximénez de Sandoval que ya de joven leyó a los clásicos españoles y aprendió inglés y francés: “Su carácter se perfila cada día. Enérgico, serio, organizador y mandón. Se impone a los pequeños y a los grandes” (21). También fue aficionado a la caza, pero el liderazgo de Falange no le permitió dedicar mucho tiempo a esta actividad. Una vez terminado el instituto, José Antonio comenzó la carrera de Derecho en Madrid que terminó en 1922 y que enlazó con el doctorado, acabado en el curso 1922-23 (29).

Su camino hacia el falangismo y su elocuencia se describen como sigue:

Sin abandonar sus estudios [universitarios], la lucha universitaria enardecía a José Antonio. Formó la primera escuadra del futuro S. E. U., que, lo mismo que las que habrían de sucederla, anduvo a trompazos por los claustros de San Bernardo contra todos cuantos se oponían a la unidad estudiantil. Tan contundentes como sus puños eran sus palabras (33).

Pero el narrador no solo alaba las consideradas múltiples cualidades de su ídolo, sobre todo como orador político sino insiste también en el carácter poético-literario de José Antonio, rasgo que le ayuda sumamente en su labor como líder falangista. Así, anota en otro fragmento que José Antonio tuvo una “vocación de lector de obras serias y profundas, (...), y de ensayos políticos e intelectuales como los de don José Ortega y Gasset” (35). Admira al filósofo español y se muestra muy crítico con la obra de Karl Marx y su:

«maravillosa dialéctica (...)», cuyos efectos considera necesario equilibrar. Equilibrar, no eliminar, ya que el mundo surgido de la posguerra ha planteado unas situaciones

inéditas, a las que es menester encontrar soluciones revolucionarias, pero humanas y cristianas (35-36).

En 1923, José Antonio empezó su carrera militar en Barcelona, ciudad en la que también se encontró su padre: “José Antonio hubiera preferido servir en Madrid o en otro sitio donde su padre no fuese la primera autoridad militar, pero las razones familiares vencieron este escrúpulo” (38). En poco tiempo, ascendió a cabo y, dos años más tarde, abrió su bufete de abogado, a pesar de no mostrarse demasiado entusiasmado con esta profesión.

Persiste el carácter apasionado de la biografía cuando, en otro momento, se describe uno de los pleitos de José Antonio al que asisten algunos de sus compañeros:

En el mismo banco nos juntamos ocho o diez antiguos compañeros, amigos y admiradores desde las aulas, de la cordialidad y de la inteligencia del que luego había de ser nuestro Jefe venerado, nuestro maestro en el amor de España, el símbolo de nuestra juventud y el mito heroico de la Patria en ruinas, sangre y fuego (48).

Entretanto, el joven Primo de Rivera intenta diferenciarse de su padre para aumentar su popularidad entre los españoles.

Uno de los primeros elementos germanófilos, aunque breve, que incorpora Ximénez de Sandoval es una cita de Goethe:

[La vida de José Antonio] va marchando hacia la más espléndida y granada madurez intelectual. «Sin prisa, pero sin descanso», según el lema de Goethe. Amor a la justicia, amor al trabajo, amor al amor (55).

Si se consideran los elementos germanófilos de la novela anterior, *Camisa azul*, se manifiesta con esta cita una vez más el conocimiento y aprecio que Ximénez de Sandoval tenía por Goethe.

Ximénez de Sandoval no es el único que alaba el supuesto talento poético de José Antonio. También Manuel Machado se pronuncia al respecto:

Según Manuel Machado, en las palabras de José Antonio aquella noche está «el primer eslabón de la recia cadena intelectual que forjara el genio prodigioso y la capacidad *poética* de José Antonio», según la admirable frase – y exacta – de Raimundo Fernández Cuesta (59).

Se anota además otra curiosidad: la primera intervención de José Antonio como orador público coincide con la de Benito Mussolini (59).

Mientras la información sobre la vida política y profesional de Primo de Rivera es abundante, el narrador admite que desconoce la vida amorosa de su ídolo – un tema que José Antonio compartió únicamente con Serrano Súñer (60). El hecho de apuntar

que el primer amor de José Antonio fue un amor al que las familias respectivas se oponían le da un toque novelesco a la biografía.

En lo sucesivo, aún en la primera parte, se describen la caída de la dictadura así como la muerte y el entierro de Miguel Primo de Rivera:

España, como los cinco hijos, quedó en una asombrada y dolorosa orfandad el día 16 de marzo de 1930, en que rinde su alma a Dios, en el hotel Pont Royal, de París, el segundo Marqués de Estella; José Antonio se entera en Madrid, donde le retenían sus deberes, de la desgracia... (66).

También se anota la victoria del PSOE en las Elecciones generales a Cortes Constituyentes en junio de 1931. José Antonio, que participó entonces en proyectos de la Unión Monárquica Nacional, no se presentó como candidato de este partido, por el contrario se dedicó a la labor periodística, colaborando en el diario *La Nación*.

Hasta este momento, José Antonio es más bien una figura desconocida en el paisaje político y sobre todo conocido como hijo del ex-dictador. En esta situación, el joven Primo de Rivera asumió las ideas de la extrema derecha. Con el proceso de Don Galo Ponte y su discurso de defensa José Antonio se ejercitó en redactar escritos públicos, habilidad necesaria para su carrera como jefe falangista:

El discurso de defensa de don Galo Ponte es una de las más estupendas creaciones jurídico-políticas de José Antonio. El brillante engarce de sus primeros pasos políticos – discursos y escritos de 1930, manifiesta electoral de 1931 – con todo el portentoso edificio de su pensamiento político – entero y armonioso –, de sus discursos falangistas y parlamentarios (81).

Este proceso le sirvió a José Antonio para convertirse “en el fiscal de sus acusadores, malogradores [sic] deliberados de la regeneración de España soñada por el vencedor de Alhucemas o querida por el pueblo de la alegría inconsciente del 14 de abril” (83) y profundizó aún más en la carrera retórica de Primo de Rivera.

A continuación se describe la “fracasada sublevación del 10 de agosto de 1932” (87), en la que, según Ximénez de Sandoval, su ídolo no estuvo involucrado. En estos momentos, ya se observan con cierto interés los movimientos totalitarios italiano y alemán:

Pero fuera de España, a ejemplo de Italia, Alemania instauraba un régimen totalitario que raía el demoliberalismo [sic], la socialdemocracia, el marxismo y la masonería del III Reich, proclamado por Adolfo Hitler y sus falanges de camisas pardas (89).

El tono pro-bélico de la narración aumenta aquí y se describe con cierta admiración el quehacer de los nazis:

En España aún se creía posible la República de derechas. En Alemania e Italia se tocaba la certidumbre de Imperio, entre trompetas y gargantas quemando el aire de *Horst*

Wessel¹⁶⁸ y de *Giovinazzas*. Francia, inerte y perezosa, soñaba tangibles las cláusulas de desmilitarización de Alemania, mientras las fábricas del Reich empezaban a sustituir la producción de juguetes y encendedores por baterías y aviones (89).

José Antonio, cuyo perfil falangista se empezó a admirar cada vez más, colaboró a la sazón en la revista *El Fascio*:

La recogida y supresión de *El Fascio* ya fue, por su misma enormidad inusitada, una propaganda magnífica de la nueva doctrina. Pero la precisión, elegancia y valentía con que José Antonio, en la polémica citada, puso los puntos sobre las íes a los agudos problemas políticos de España y definió las posibilidades de un fascismo español, resonaron en España entera, quizá más que lo hubiese hecho la heterogeneidad de estilo del semanario nonnato [sic] (92).

No sorprende que el narrador apruebe la prohibición de *El Fascio*: “El fracaso de *El Fascio* es el primer gran triunfo de José Antonio” (93). Como ya se apuntó en la sección cuatro, el verano de 1933:

[E]s la etapa más intensa en la gestación de la Falange – que aún no ha nacido y aún no tiene nombre –. «A los pueblos les mueven los poetas», piensa José Antonio, y, deseoso de conmover al suyo busca en su corazón las palabras-claves, y pide ayuda a hombres apolíticos de la mejor sensibilidad literaria. Son largas conversaciones con Rafael Sánchez Mazas, con Eugenio Montes, con José María Alfaro. Es la rebusca en los clásicos y en los modernos. Es la lectura apasionada de los Romanceros nacionales y las obras de los conductores de pueblos (94-95).

Así, buscando inspiraciones literarias, José Antonio se relacionó más a menudo con sus compatriotas literatos. Tras la fundación oficial de la Falange –en un acto que tuvo lugar en el Teatro de la Comedia el 29 de octubre de 1933– José Antonio efectuó su primer viaje a Italia en otoño de 1933 para entrevistarse con Mussolini:

José Antonio comprende la necesidad de que su actuación en la política española adquiriera una permanencia y una responsabilidad propia. Han transcurrido tres años de la muerte de su padre y las gentes ven ya en el hijo una auténtica figura independiente de la del Dictador (95).

Según Ximénez de Sandoval, este viaje a Italia, tuvo como único objetivo conocer al ‘gran’ Mussolini y no el de alimentar o profundizar sobre las doctrinas del partido falangista:

Muchas gentes maliciosas, entonces y después, creyeron que la visita tenía por objeto ofrecer el naciente organismo al creador del fascismo y conductor de la nueva Italia, o al menos solicitar de él una ayuda económica o una orientación táctica. Nada menos cierto. La Falange, que nació pobre y vivió gozosa en su pobreza hasta ascender, por

¹⁶⁸ Horst Wessel (1907–1930), un estudiante alemán, luchó a partir de 1929 en la SA (abreviación de ‘Sturmabteilung’, en español ‘sección de asalto’). Murió por haber sido herido gravemente por un comunista. Tras su muerte, fue considerado por Goebbels un mártir de la NSDAP. Así, hasta una canción cuyo texto Wessel había compuesto se convirtió en un segundo himno nacional, bautizado la “canción Horst Wessel” (véase <http://www.wissen.de/lexikon/wessel-horst?keyword=Horst%20Wessel>, 05.11.13, traducción de la autora).

orden de Franco, a partido único del nuevo Estado español, fue autónoma, económica y políticamente, toda su vida (97).

Así, el narrador manifiesta el carácter propio y español del movimiento. Como amigo de Primo de Rivera justifica además la visita a Italia como sigue:

Y si el músico va a Bayreuth para escuchar la Tetralogía, y el escultor a donde los ingleses hayan colocado las obras de Fidias, y el pintor viene a Toledo para admirar al Greco, y el arquitecto va a Roma para buscar misterios profesionales en las cúpulas de San Pedro, ¿por qué no había de ir a Roma José Antonio (98)?

Sin embargo, el narrador no llega a averiguar el contenido de las conversaciones con el Duce.

La segunda parte de esta *Biografía apasionada* ofrece algún elemento germanófilo más. Así, la importancia de la fundación de la Falange, descrita de manera detallada en el primer capítulo, se subraya con una cita del escritor austriaco Stefan Zweig:

Volvemos a repetir las palabras de Zweig: «Cuando un hombre único se acerca resueltamente al decisivo problema de su época, junta alrededor suyo toda una comunidad, y, con la callada expectación de los otros, aumenta su propio poder creador.» Así, José Antonio, el domingo 29 de octubre de 1933, resuelto a levantar la bandera de la Revolución Nacional, decisivo problema de España, junta en el teatro de la Comedia, de Madrid, a una comunidad de unos cientos de muchachos ardorosos, y en los auriculares y altavoces de las radios, la callada expectación de quienes no pudieron o no se atrevieron a asistir al acto (102-103).

Mientras que Zweig se refiere con estas palabras, apuntadas en su novela *Erasmus von Rotterdam* (1935)¹⁶⁹, al humanista neerlandés del mismo nombre, Ximénez de Sandoval utiliza la cita para sus propios fines, y es la descripción del carácter de José Antonio. Con Zweig Ximénez de Sandoval cita aquí a un militante en la resistencia contra los nazis que, poco antes de la guerra, emigró a Gran Bretaña y Brasil y de quien, al parecer, valora sobre todo su prosa antes que su compromiso político¹⁷⁰. Así, el narrador también muestra sus buenos conocimientos de cultura alemana contemporánea.

A pesar de que la muchedumbre que asistió al discurso de José Antonio se mostró fascinada, el narrador también alude al lado humano del protagonista cuando apunta ciertas inseguridades que José Antonio siente en su función de líder y que confiesa a su amigo.

Para animar a José Antonio, Ximénez de Sandoval recurre, poco después, otra vez a la obra de Zweig:

¹⁶⁹ Compárese <http://www.wissen.de/lexikon/zweig-stefan?keyword=Stefan%20Zweig>, 12.12.13.

¹⁷⁰ Véase también el capítulo 4. 2.

Como dice Zweig, «las virtudes ciudadanas, la previsión, la disciplina, el celo y la prudencia, armas magníficas en los días vulgares y pacíficos, se funden, impotentes, abrasadas por el fuego glorioso del instante del Destino que exige el genio para ser plasmado en una imagen duradera. El indeciso es rechazado con desprecio. Sólo los atrevidos, nuevos dioses de la Tierra, son elevados hasta el cielo de los héroes». José Antonio, atreviéndose con una España enloquecida de pasiones, arriesgándose por ella, entregando su intimidad suave y discreta a las luces violentísimas del sangriento crepúsculo nacional, se arroja a los brazos de fuego del Destino, a que habrían de conducirlo al más alto final de una vida humana... (117).

Ximénez de Sandoval se sirve aquí de una parte del capítulo “Aquel minuto en Waterloo”, del conjunto de ensayos de *Momentos estelares de la Humanidad* (1927)¹⁷¹. Se trata de uno de los libros más conocidos de Zweig. A través de las palabras del escritor austriaco que se refieren a Emmanuel de Grouchy, último general de Napoleón, se justifican el comportamiento y la ideología de José Antonio. Se incorpora así otro elemento germanófilo, no filonazi, al relato.

En octubre de 1934, Ximénez de Sandoval, que había esperado el momento adecuado para incorporarse a la Falange, se convirtió oficialmente en uno de sus miembros. Primo de Rivera, por su parte, ya ocupó desde noviembre de 1933 su escaño en las Cortes y practicó su capacidad retórica en varios discursos pro-cristianos (123). Así, se resumen en el capítulo “Aquí está la Falange” los lemas claves de la doctrina falangista –por ejemplo, entre otros, la entidad de España como país y la supresión de los partidos políticos– que proclaman un estado dictatorial. También se anota la fecha de la unificación de la Falange y las J.O.N.S., en 1934. A pesar de algunos desacuerdos internos, por ejemplo, el recelo de Ledesma Ramos, José Antonio fue elegido líder de ambos grupos (157).

El capítulo *Un viaje a Alemania*, de la segunda parte de la obra, es el más significativo por la temática germana ya que en este momento José Antonio entra en contacto con el mundo alemán y nazi. Antes de emprender su viaje a Berlín, en mayo de 1934, Primo de Rivera demostró su buena predisposición frente al país germano. Su admiración está por encima de las noticias que se leen en la prensa en estos días:

..., José Antonio ... [q]uiere [finalmente] conocer por sus propios ojos y oídos sagaces lo que es en realidad el experimento «nazi», tan desfigurado por la Prensa y la propaganda adversas (196).

El vivo interés de Primo de Rivera por conocer el nazismo de cerca también se percibe en el siguiente fragmento:

¹⁷¹ Compárese Zweig, Stefan (2007): *Momentos estelares de la Humanidad. Doce miniaturas históricas*. Barcelona: Juventud, pág. 123.

El fenómeno nacionalsocialista – todavía en sus balbucesos – atrae la curiosidad de José Antonio antes de que los noticiarios de cine difundieran por el mundo la espectacularidad de sus Congresos de Nüremberg, la arquitectura de la casa del Partido en Munich, la disciplina de la ocupación del Sarre, la mística castrense del rearme de Renania, la entrada en Viena, Praga, Dantzig [sic] o Memel y los ataques en picado de las formaciones de «Stukas¹⁷²» (196).

Además, el narrador insiste en el hecho de que la visita a Alemania no le sirvió a José Antonio para ‘copiar’ el sistema germano, sino para entender su funcionamiento:

A José Antonio le interesa el experimento del III Reich mucho antes de que nuestra guerra de Liberación ponga ante la mirada de España las simpatías de Alemania hacia nuestra causa; mucho antes de que la Falange establezca la camaradería con los camisas pardas que nos habían precedido en las luchas callejeras contra el marxismo (196).

Hasta ahora, José Antonio solo estaba familiarizado con las lecturas nazis teóricas:

Por eso, luego de haberse impuesto teóricamente de la ideología nacionalsocialista, por detenidas lecturas del *Mein Kampf*, de Hitler, y *Der Mythos*, de Rosenberg¹⁷³, y sus antecedentes nietzscheanos, decide ir a ver cómo es en la realización toda aquella teoría de profundo germanismo, de romanticismo esencial alemán que se llama el nazismo (196).

En la opinión de Ximénez de Sandoval, el nacionalsocialismo es, pues, solo una continuación de las ideas románticas de la Alemania del siglo XIX, que ya anteriormente fueron tan admiradas en España.

Entre otros motivos, el viaje también sirvió para establecer buenas relaciones entre españoles y alemanes; relaciones basadas en una ideología compartida (196).

Fue la primera estancia de José Antonio en Berlín, ciudad que le enseñan unos amigos. El líder fue entonces acompañado, entre otros, por su amigo Eugenio Montes:

Eugenio le hace comprender [a José Antonio] muchas facetas del carácter alemán y muchas razones afiladas del nacionalsocialismo. José Antonio comprende – la comprensión de José Antonio se repartía en amor y crítica – y selecciona del nuevo sistema político-social de Alemania lo que puede aprovechar a la mentalidad de la juventud española en busca de un nuevo ideal de disciplina y fe en la Patria (197).

¹⁷² Abreviación de “Sturzkampfflugzeug” (cuya traducción en español sería ‘avión de combate para caídas’) (véase <http://www.duden.de/rechtschreibung/Sturzkampfflugzeug>, 17.12.12).

¹⁷³ En efecto, ambos libros representaron los escritos programáticos más significativos del nacionalsocialismo, además del programa del partido. Alfred Rosenberg (1893 – 1946) es considerado uno de los ideólogos más importantes del nacionalsocialismo. Además de político, posteriormente también fue editor del diario nazi *Völkischer Beobachter* (“Observador del pueblo”). Desde 1933 dirigió la oficina de política exterior de la NSDAP y también fue “Encargado del *führer* para la observación de la formación y educación espirituales e ideológicas del movimiento nacionalsocialista” (véase <http://www.wissen.de/lexikon/rosenberg-alfred>, 05.12.13, traducción de la autora). En su libro *Der Mythos des 20. Jahrhunderts* (“El mito del siglo XX”), publicado en 1930, Rosenberg defendió una postura del todo anticristiana. Así, el libro cobró en un primer momento importancia en cuanto a sus posturas antieclesiásticas. Más tarde, como consecuencia de la fundación de la universidad de élite “Hohe Schule”, Rosenberg proclamó un “Europa sin judíos” como uno de los mayores objetivos de la política nazi (véase <http://www.wissen.de/thema/nationalsozialismus?keyword=Der%20Mythus>, 12.12.13).

Parece lógico que Primo de Rivera no aprobara todas las facetas del nacionalsocialismo o no las valorara de manera positiva. En este sentido, la presente biografía se diferencia de obras publicadas por escritores soldados cuya admiración por la Alemania nazi era en muchos casos menos crítica y, en consecuencia, mayor. Así, Primo de Rivera solo aprovecharía aquellos rasgos del nazismo que consideró adaptables a la idiosincrasia de la Falange Española:

José Antonio, que comprende perfectamente el genio de España, adivina todo cuanto ese genio puede aprovechar o repeler del genio alemán cuajado en el nacionalsocialismo hitleriano. Hay cosas en el sistema germánico que le gustan o le disgustan. Mentalmente toma nota de ellas, aun cuando, en apariencia, su mirada sea ligera y fugitiva. A su regreso a España, la Falange recibirá nuevas consignas de vigor y de espiritualidad, de cosas y hechos diferenciales aprendidos a través de un paseo por un bosque, de la visita a un Centro cultural o, simplemente, de la presencia como espectador callejero de un desfile de la S.A. o del Ejército, todavía triturado en Versalles, pero próximo al desperpezamiento [sic] enérgico, que le conducirá a las victorias de Polonia, Noruega y Francia (197).

Aunque Ximénez de Sandoval negara que este viaje a Alemania le sirvió a José Antonio de inspiración y de impulso para incorporar algunas ideas nuevas a la ideología del movimiento que lidera, es obvio que así fue. No obstante, también se apuntarían algunos desacuerdos del falangista con el sistema alemán, en lo sucesivo según el escritor falangista Adolfo Rincón de Arellano:

«Con respecto a su relación con la Alemania nacionalsocialista, puedo decir que estuvo en desacuerdo en muchas cuestiones y que en el verano de 1934 las apuntó en su discurso del Ateneo de Santander, lo que me recordó en 1935 cuando le pedí ayuda para obtener una beca para ampliar estudios en aquella nación, al decirme: “Los alemanes, que toman nota de todo, no se han olvidado de mi discurso de Santander, donde tú también estuviste, y desde entonces no tengo ningún amigo en la Alemania oficial”» (197).

También es interesante saber lo que José Antonio opinaba sobre la persona de Hitler:

Otro detalle de cómo juzgaba el Jefe de la Falange al nacionalsocialismo alemán y a su «Führer» lo ha proporcionado la gran artista española Ana de Pombo, al decir en un reportaje que le hicieron en *A B C*, de Madrid, acerca de sus *Memorias*, estas palabras: «En París recibí un telegrama de José Antonio Primo de Rivera en el que me anunciaba su llegada. Fui a buscarle. En un día de frío terrible, bajó del tren sonriendo, sin abrigo y sin sombrero. Iba de paso para Alemania, donde se entrevistaría con Hitler. Al regreso me dijo: «Con este hombre no nos entenderemos nunca. No cree en Dios» (198).

Es interesante que la postura anticristiana es la primera –y, al menos en esta novela, única– crítica que José Antonio efectúa en cuanto al líder nazi. En cierta manera es un reflejo de una de las mayores diferencias entre el falangismo y el nazismo.

Puesto que en lo sucesivo se narra la incipiente campaña propagandística de la Falange, no se hallan más elementos germanos en este capítulo. Por lo que se refiere a

los demás capítulos de la segunda parte, se subraya, entre otros, la crisis que sufrió la Falange por no tener suficientes miembros.

A principios de la tercera parte, Primo de Rivera es elegido ‘jefe nacional’ de la Falange. Se insiste en la diferenciación de la Falange con otros sistemas fascistas cuando se habla de uno de los símbolos más emblemáticos del movimiento, la camisa azul:

Fue por [la] voluntad [de José Antonio] por lo que la Falange vistió camisa azul mahón, contra la opinión de algunos, que la preferían negra, como los fascistas italianos; parda, como los nazis; gris o verde. «Camisa azul con cuello de forma legionaria» – como diría después el Reglamento de primera línea –, sin corbata, «que peligró en la lucha de la calle», y con las mangas remangadas por encima de los codos, como para curar, para lavar y para combatir, que es para cuanto había nacido la Falange (230).

Además, no se apuntan otras comparaciones con la vestimenta nazi.

A partir de entonces, uno de los objetivos mayores de José Antonio fue el de hacer crecer la popularidad de la Falange en la población. Así, entre otros, se subraya como una de las características falangistas su catolicismo marcado, aunque no beato.

Uno de los problemas claves del movimiento fueron entonces los desacuerdos entre sus miembros. Así, se expulsa a Ledesma Ramos cuyos roces con Primo de Rivera eran cada vez mayores. Tampoco resultó fácil la colaboración entre la Falange y las J.O.N.S., según un manifiesto del 16 de febrero de 1935, firmado por las J.O.N.S. Se criticó en él notablemente el liderazgo de José Antonio.

Cuando a principios de 1935, algunos falangistas, entre ellos Ximénez de Sandoval, fundaron el periódico *Arriba*, el narrador también aborda la actuación de Primo de Rivera en cuestiones de política internacional. Sin embargo, no se le dedica más atención especial a la Alemania nazi.

En otro fragmento del texto, aparece Miguel de Unamuno mostrando cierto interés por el movimiento falangista. Según el narrador, advirtió al líder falangista en una conversación sobre el peligro de la xenofobia y de un grado demasiado alto de patriotismo de su partido. Poco después, las diferencias ideológicas entre Primo de Rivera y Unamuno se hicieron evidentes – muy a pesar de Primo de Rivera:

En los sucios periódicos izquierdistas, Unamuno despotricó contra la Falange, mereciendo una áspera réplica del mismo Bravo en el segundo número de *Arriba*. Réplica que pareció «estupenda» a José Antonio, desilusionado por la actitud del viejo rector de Salamanca, después de la ilusión que le hiciera sentir su presencia [se refiere a que Unamuno anteriormente había asistido a algún mitin de la Falange] (286-287).

Mientras, los mítines de José Antonio en los que difundió el espíritu y la ideología falangista, ya se habían convertido en su labor principal. A medida que se

acercaba el golpe de Estado, las diferencias entre los republicanos y los nacionales aumentaron:

Con el ambiente caldeado entre los rojos y la rabia de las derechas al ver aumentar cada día el prestigio de José Antonio y la Falange y de sentirse moralmente desnudadas por la cada vez más certera pluma del Jefe – que el 9 de mayo volvía a señalar a Azaña a la puerta y a denunciar el hundimiento de España en melancolía frente a su destino, denunciando el 16 que la estabilización de la mediocridad que pretendió borrar las últimas esencias del primer bienio conducía nuevamente a España al marasmo de que debió sacarla la revolución del 31 si hubiera cumplido su destino – se prepara el mitin de Madrid (307-308).

En verano de 1935, se suspendió la edición de *Arriba*. En estos momentos, José Antonio profundizó sus relaciones con algunos escritores españoles, entre ellos Agustín de Foxá.

La cuarta parte de la obra se centra en los últimos meses de la vida de José Antonio. Detenido en la Cárcel Modelo, junto a otros falangistas, esperó entonces su proceso. El día 18 de noviembre de 1936 fue oficialmente condenado a cadena perpetua. En consecuencia permaneció durante un día y medio en la capilla de la cárcel. Antes de ser fusilado, el narrador opina sobre el testamento de José Antonio. Se refiere en este contexto una vez más al escritor Zweig:

Falta también en el testamento la visión profética que siempre tenía y que he ido subrayando en sus artículos y discursos. (...) ¿No sospechaba – cierto que creía a su Falange mejor de lo que ha sido – que a su muerte estallarían ambiciones y banderías que aprovecharían los enemigos? ¿No imaginaba un posible fraccionamiento de la Falange y las J.O.N.S. por la tendencia de Onésimo a erigirse en Jefe Nacional y la oposición que surgiría a esa tendencia en los sectores madrileño y sevillano, por ejemplo, de la Falange? (...) ¿No recordaba la vanidad de algunos camaradas y la debilidad de otros? (...) Por todo esto yo echo de menos algunas cosas en el testamento de aquel hombre, en quien – como dice Zweig de Erasmo – «la claridad se asentaba ya orgánicamente en su primera mirada, y todo lo que iluminaba con su vista insobornable convertíase al punto en orden y claridad. Gracias a esa penetración, transparente como el agua, de su pensamiento, y a la perspicacia de su sensibilidad, llegó a ser el gran explicador, el gran crítico de su época, el educador y maestro de su siglo; pero no sólo maestro de su generación, sino también de las siguientes». Por estar acostumbrado a ver todo en José Antonio con exactitud de esfera de cristal, me parece un tanto incompleto – dentro de su maravilla –, por olvidar un poco su autor a la Falange, que era la gran obra de su vida y la causa de su muerte (532).

Una vez más, Ximénez de Sandoval compara a José Antonio con el humanista Erasmo en cuanto a los méritos de este último. Sin embargo, también critica en estas líneas la falta de perspectiva de José Antonio que no se anticipa lo suficiente sobre los posibles problemas de sucesión de su cargo, en sus últimas palabras. A pesar de las múltiples cualidades de su líder, el narrador, como falangista, expresa su decepción respecto a este testamento.

Antes de ser fusilado junto a otros cuatro presos, Primo de Rivera se despidió con unas cartas a sus familiares y amigos íntimos. En pocas páginas se resume la vida de los falangistas ya sin la figura de José Antonio, siempre recordado por ellos. La guerra a penas se trata. Tras un salto temporal a 1939, la obra concluye y “[l]a guerra ha terminado. España se ha liberado, y es Una, Grande y Libre” (553). En el epílogo, se narra que, veinte años después, en 1959, el cadáver de José Antonio es trasladado al Valle de los Caídos cuya construcción se terminó en el mismo año.

Los elementos germanófilos que aparecen en esta obra se refieren sobre todo a escritores del ámbito germano, así a Goethe y a Zweig. Pero con la visita de Primo de Rivera a Alemania también se capta algo del espíritu nazi de la época y son interesantes sus impresiones tanto del nazismo como de Hitler mismo. Con todo, a pesar de la temática española predominante de esta obra, el narrador-autor, en los fragmentos apuntados, se muestra versado en cuestiones culturales y políticas del ámbito alemán.

5. La literatura de la División Azul

A fin de dar un ejemplo de la literatura germanófila y filonazi durante la Segunda Guerra Mundial se analizarán en este capítulo las obras de los escritores divisionarios azules.

La obra realizada por la División Azul es un tipo de literatura con una marcada tendencia germanófila y, en algunos aspectos, también filonazi. Los combatientes de dicha unidad militar son, mayoritariamente, jóvenes españoles que se apuntan de forma voluntaria a la campaña militar de los nazis en Rusia en verano de 1941. A pesar de que esta batalla es sólo una de múltiples dentro de la Segunda Guerra Mundial, es de especial importancia para el presente estudio ya que, aparte del número elevado de militares con los que se cuenta, se fomentó durante esta lucha aún más el espíritu fascista entre los españoles, un espíritu que fue apoyado y reforzado por los nazis.

Antes de analizar las crónicas de este grupo de autores que se publican a partir de 1942, conviene repasar diversos hitos claves de esta lucha. La hostilidad germana contra la Unión Soviética¹⁷⁴ antes y durante la Segunda Guerra Mundial ya había marcado las relaciones ruso-alemanas en los siglos anteriores. La imagen de Rusia como el gran enemigo que se tiene en los años treinta en Alemania se dirige sobre todo contra el sistema comunista soviético. También es fundamental para mantener el sistema franquista en España.

A principios de 1933 el régimen nazi empieza a promover diferentes acciones propagandísticas de carácter anticomunista, entre ellas la prohibición del partido comunista en Alemania y la publicación de libros de carácter antimarxista. La declaración de guerra a Rusia conlleva, por tanto, la idea de combatir el comunismo. Los nazis simplifican la imagen del enemigo equiparando los rusos a los comunistas. De la misma manera, se iguala además los rusos a los judíos, comparación que favorece uno de los motivos mayores de Hitler: asesinar a los judíos rusos. Según Reverte (2011: 40), “[I]o que subvierte Hitler es la visión sobre Rusia, que está ahora dominada por «el judío» (lo expresa así, no es una caricatura), que es incapaz de sostener, por su idiosincrasia, un Estado eficaz”.

El régimen nazi consigue con su propaganda aumentar el odio contra los rusos no solo entre la población alemana, sino también en otras partes de Europa como en

¹⁷⁴ En vez de la palabra ‘Unión Soviética’, los falangistas emplearon con más frecuencia el término ‘Rusia’, palabra que recogieron también los escritores cronistas de la batalla (Reverte 2011: 25). El término ‘Unión Soviética’ incluía, por tanto, también otros países como por ejemplo Letonia, Estonia y Bielorrusia. Éstos son los países que con más frecuencia se citan en las obras analizadas en esta sección.

España, Italia o Rumanía. Otros países que también participan en la lucha contra Rusia con grupos de militares voluntarios de diferentes tamaños son Hungría, Eslovaquia, Croacia, Francia, Holanda y Bélgica.

Dicha imagen del enemigo ruso creada por los nazis, llega a España a través de exposiciones de libros de carácter nacionalsocialista, apoyadas por el régimen franquista:

Por tanto, las obras de pensamiento nacionalsocialista que entraron en las bibliotecas españolas mediante exposiciones y donaciones no cayeron en saco roto. El régimen de Franco se inspiró en gran medida en la frenética propaganda anticomunista de la que el Tercer Reich hizo gala. El «Rusia es culpable», tan a la mano de Serrano Súñer, recuerda a la demonización sistemática que hizo el nazismo de todo lo que presentara reminiscencias bolcheviques. Por otro lado, existen indicios de que los fundamentos ideológicos del sindicalismo vertical franquista se vieron influenciados, principalmente en el primer franquismo, por la teoría y práctica de las relaciones laborales en la Alemania de Hitler, encarnadas en una de las instituciones nazis que experimentó mayor arraigo, el Frente del Trabajo (*Deutsche Arbeitsfront*), sobre el que tantos libros enviados a España versaban minuciosamente (Bernal Martínez 2007: 30).

En lo político, España había declarado su neutralidad en la Segunda Guerra Mundial desde su inicio. Sin embargo, a medida que la propaganda nazi contra los rusos aumenta, se ve obligada a tomar una posición clara frente a esta intervención militar. Por un lado, preferiría no intervenir en la guerra. Por otro lado, el gobierno español se siente presionado, y no sólo por la política alemana. También siente la simpatía que en ciertos sectores europeos produce la noticia sobre la invasión germana en la URSS.

Tras una reunión entre el entonces ministro español de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Súñer y el embajador alemán Eberhard von Stohrer así como otro encuentro entre Serrano Súñer y los falangistas Manuel Mora Figueroa y Dionisio Ridruejo se decide la participación española en esta contienda:

La idea surge de la boca de Serrano Súñer: en el caso de que se inicien las hostilidades, al margen de la posible entrada de España en la guerra general, tendría que haber tropas españolas luchando codo a codo con la Wehrmacht. Unas tropas que fueran inequívocamente falangistas. Voluntarios procedentes del partido único, del que tiene que impulsar aún la revolución en España frente a quienes pretenden devaluar su impulso y convertir la victoria en la Guerra Civil en un nuevo régimen reaccionario. Ridruejo y Mora están de acuerdo y declaran que ellos serán voluntarios en esa eventualidad (Reverte 2011: 26).

Según Serrano Súñer, uno de los argumentos de más peso para entrar en el combate es la lucha contra el enemigo comunista, sobre todo por su apoyo a los Republicanos durante la Guerra Civil: “Rusia es culpable de nuestra guerra civil. Su exterminio es exigencia de la Historia y del porvenir de Europa” (Saña 1981: 249). A la vez, se quiere mostrar un gesto de agradecimiento por “la ayuda fraterna de Alemania

durante la guerra civil” (Proctor 1972: 132). Finalmente, a medida que se difunden en el resto de Europa las noticias sobre los éxitos del ejército nazi en el Este, que casi a diario se puede apuntar victorias, España también quiere hacer suyos los méritos bélicos conseguidos.

Con la participación en la batalla, se piensa haber encontrado una posición política relativamente neutra:

El hecho de que España no hubiese entrado en la guerra no iba a impedir que el entusiasmo de Franco y Serrano por los triunfos militares del Tercer Reich crecieron enormemente tras la victoria alemana sobre Yugoslavia y Grecia, el rápido avance alemán en los Balcanes y África, y la perspectiva de invasión de la Unión Soviética. Entendían que la posición de España en la guerra partía de la consideración de Rusia e Inglaterra como enemigos, de la afinidad con el Eje, la confianza en la victoria alemana y la percepción de que la plena dignidad nacional no podía lograrse si España se abstenía de tomar parte en los acontecimientos de Europa (Rodríguez Jiménez 2000: 363).

Resulta interesante saber que, a estas alturas de la guerra, Serrano Suñer está aún convencido de que Alemania ganará (Saña 81: 163). No obstante, el ministro destaca que hay más posibilidades de victoria si Alemania obtiene más apoyo político y militar de otros países, como el de los países arriba mencionados.

La decisión final de los franquistas consiste, por tanto, en enviar una división de soldados voluntarios a Alemania – acontecimiento que se realiza poco después de que los nazis empiecen a invadir Rusia, el 22 de junio de 1941, a las tres y cuarto de la madrugada. Desde el principio, Hitler tiene previsto terminar esta guerra en dos meses (Reverte 2011: 33 y 38).

La unidad española al frente ruso está, por un lado, compuesta de soldados del ejército y, por el otro, de un conjunto de falangistas. Como menciona Núñez Seixas (2005: 84), el número de los que son miembros de la Falange es bastante elevado. Además de los objetivos de España en lo político, muchos de los falangistas tienen un propio interés en esta batalla: destacar como fuerza militar en Europa. Por ello, adoptan fácilmente la doctrina de combatir el «judeobolchevismo», sumándose del todo a los objetivos de los nazis:

No es que los diarios españoles reciban las directivas que están llegando a las tropas alemanas, pero ese aire se respira en los que apoyan a Franco desde el alzamiento de 1936, el del antibolchevismo. Otra cosa es que, para hacerse más simpáticos a los alemanes, se incorpore cada vez más el discurso antijudío (Reverte 2011: 45).

Muchos de los soldados divisionarios provienen de profesiones académicas o periodísticas, o bien, tienen cargos importantes dentro de la Falange (Errando Vilar

1943: 24). En cambio, muy pocos de ellos proceden del ámbito militar. A la mayoría les influye, por tanto, su falta de experiencia en lo bélico y su entusiasmo con la causa hitleriana. Debido a dichas circunstancias, les fue relativamente fácil a los nazis transmitir y aumentar cierta excitación entre los jóvenes soldados. Como consecuencia, se entiende a través de las procedencias profesionales de estos la admiración de los españoles por el aparato militar nazi.

Sin embargo, el entusiasmo que expresan los divisionarios falangistas varía en función de su origen: dado que Madrid es uno de los baluartes de la Falange, la involucración de los divisionarios madrileños es mayor que la que hay en Barcelona, donde se cuenta con un número de falangistas mucho menor (Reverte 2011: 75).

El primer general que dirige la división es Agustín Muñoz Grandes y su sucesor, Esteban-Infantes. Los primeros divisionarios parten el 13 de julio de 1941 de Madrid: “Hasta diecinueve trenes salen en pocos días hacia Francia, llevando a dieciocho mil hombres¹⁷⁵” (Reverte 2011: 83). A finales de julio de 1941 los voluntarios llegan al campo de entrenamiento militar de Grafenwöhr (Baviera) donde efectúan su juramento a la causa alemana:

«¿Juráis ante Dios y por vuestro honor de españoles absoluta obediencia al jefe del ejército alemán Adolf Hitler en la lucha contra el comunismo, y juráis combatir como valientes soldados, dispuestos a dar vuestra vida en cada instante para cumplir ese juramento?» (Reverte 2011: 102).

Los voluntarios efectúan solemnemente este juramento, traducido a su propia lengua. La División Azul emprende el 31 del mismo mes su marcha hacia Rusia que durará algo más de nueve semanas. El recorrido la lleva primero por Polonia y después por varios lugares en Bielorrusia: la capital Minsk y las ciudades Orcha y Witebsk (Vitebsk)¹⁷⁶. Durante su viaje, los españoles pueden observar las huellas que han dejado los nazis: tanto las pruebas de la devastación de los territorios polaco y bielorruso como el número de víctimas humanas con las que se encuentran los soldados españoles tienen un impacto notable en los jóvenes. El 9 de octubre de 1941, la División Azul llega finalmente a Rusia y se coloca en la zona del lago Ilmen, en los alrededores de la ciudad

¹⁷⁵ Este número se refiere a la primera unidad de soldados que llegó a Alemania (Núñez Seixas 2005: 84). Otros cifran el número de esta primera división española en 16.000 voluntarios (Martínez Esparza 1943: 73). Las fuentes históricas y literarias también indican diferentes cifras respecto al total de divisionarios españoles que se apuntaron a esta batalla. Según Reverte (2011: 55), participaron más de 47.000 varones en edad militar, según Núñez Seixas (2005: 84) 45.000.

¹⁷⁶ La grafía de estos lugares varía en función de la fuente histórica y también se hallan diferentes maneras de escribir sus nombres en los relatos de los divisionarios.

de Novgorod (Proctor 1972: 168)¹⁷⁷. Los divisionarios, en estos momentos excitados por entrar por fin en combate, no pueden imaginarse el desenlace de esta misión que durará exactamente dos años: debido a múltiples derrotas en el frente, se termina la labor de la División Azul con la retirada de sus tropas el 9 de octubre de 1943, a orden del coronel Antonio Navarro (Salas 1989: 266). Al igual que la ida, esta también dura varias semanas. Muchos divisionarios pasan, por tanto, exactamente dos años en el frente ruso (Proctor 1972: 249-250). El número de muertos españoles es cifrado en al menos cinco mil divisionarios que fueron enterrados en Rusia (Reverte 2011: 556).

A pesar de no resultar una campaña militar exitosa, se ven reforzadas las relaciones hispano-alemanas por ser esta guerra una experiencia bélica muy intensa. Como consecuencia también se fortalecen los valores ideológicos de extrema derecha, sobre todo en España, y a pesar de la pérdida de los alemanes.

La cantidad de obras literarias que giran en torno a la temática de la División Azul no es pequeña:

La DA [División Azul] ha generado en conjunto un número de libros de memorias, autobiográficos o biografías noveladas no inferior a ciento treinta y tres, entre 1942 y 2004. Hasta 1988, se contaban 136 títulos, entre libros, folletos, novelas y autobiografías. (...) Sin embargo, el cómputo de estos autores incluye todo tipo de textos, incluyendo textos académicos o reflexiones sobre la DA sin ser autobiográficas (Núñez Seixas 2005: 90).

Por lo que se refiere a las publicaciones literarias entre 1942 y 1945, periodo que está en el centro de esta sección, el número de obras es más reducido. Entre los autores combatientes están Juan Eugenio Blanco, Alberto Crespo Villoldo, Enrique Errando Vilar, José Luis Gómez Tello, Antonio José Hernández Navarro, Víctor José Jiménez, José Martínez Esparza, Jesús Revuelta, Luis Romero, Rodrigo Royo Masía, Ángel Ruiz Ayúcar, Tomás Salvador, Fernando Vadillo o Carlos M. Ydígoras¹⁷⁸. Todos ellos se muestran abiertamente germanófilos. Sin embargo, en cuanto a sus obras, muchas han sido excluidas del presente estudio por ser publicadas después de 1945.

En las obras literarias de este grupo se observan los diferentes motivos de sus participantes. A todos los escritores les une el hecho de haberse dejado contagiar por el espíritu de la época, que es marcado por discursos patrióticos y anticomunistas. No obstante, las posturas varían según los autores: en algunos la actitud anticomunista o

¹⁷⁷ Al igual que en el caso de Witebsk, se han encontrado varias grafías diferentes de este lugar en la literatura sobre la División Azul, como 'Nowgorod' (Gómez Tello), 'Novogórod' (Proctor) y 'Nóvgorod' (Reverte).

¹⁷⁸ Véanse Rodríguez-Puértolas 1986: 560-565 y Negreira 1991: 293-294.

antirrusa es más explícita que en otros. La mayoría de ellos se muestra notablemente pro-bélico y destaca en sus obras la necesidad de esta guerra. En cuanto a sus actitudes germanófilas se pueden interpretar en algunos casos como posturas notablemente filonazis, siempre y cuando dominan las situaciones militares con el ejército hitleriano.

Considerando las fechas de publicación arriba mencionadas, he elegido cinco obras y un ensayo que merecen ser estudiados. Son las novelas *De las memorias de un combatiente sentimental* (1945) de Alberto Crespo Villoldo, *Campaña de invierno* (1943) de Enrique Errando Vilar, *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul* (1945) de José Luis Gómez Tello, *Con la División Azul en Rusia* (1943) de José Martínez Esparza, *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* (1944) de Rodrigo Royo Masía y el ensayo “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul” (1943) de Jesús Revuelta.

Respecto a la novela *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* ha resultado de especial interés, ya que su autor parece ser el escritor más culto de este grupo. Su crónica abunda en referencias culturales: la literatura, la historia, la pintura, la arquitectura o el cine. Por ello, sus memorias son más amenas e instructivas que las demás crónicas y se analizarán con más profundidad a parte, en tres subcapítulos.

Las seis obras se analizarán en los siguientes capítulos bajo varios criterios: Uno de ellos es la fascinación por la guerra en general y el desarrollo de esta durante la lucha que expresan los héroes literarios. La mayoría de los voluntarios españoles entran entonces por primera vez en combate y son muy jóvenes. Su euforia militar primeriza se suaviza en muchos casos con el tiempo, en otros se transforma en sobriedad e incluso desánimo, siempre dependiendo de sus experiencias. Otras figuras mantienen su actitud inicial.

También es interesante observar hasta qué punto los soldados alemanes representan en lo militar un ejemplo para los españoles:

Es la imagen, que siempre fascina a los latinos, de cómo hacen la guerra los alemanes. Suenan los cañones, vuelan los bombardeos, se mueven las columnas blindadas seguidas por la infantería. Y todo ello lo dirigen unos tipos severos que ejercen de guardias de tráfico (Reverte 2011: 36).

Lo que Reverte describe aquí como la típica imagen de una película bélica, son experiencias directas de los españoles en esta contienda. Los cronistas enfocan en estas características nazis –su severidad, rigidez y organización– que, a pesar de ser a veces ridiculizadas, pasan por ser, en su mayoría, elementos filonazis.

Otro criterio es el de la convivencia que va surgiendo entre alemanes y españoles en el frente. Un primer paso en esta dirección es la efectuación del acto de juramento de la doctrina nazi¹⁷⁹. Este acto, que crea una identificación notable con los objetivos de los nazis, causa además diferentes sensaciones en los divisionarios como se verá en los siguientes capítulos.

Dado el trasfondo bélico, se estudiarán a continuación las características de estas obras, siempre respecto a su relación con el mundo germano o nazi. Cada análisis constará además de unas breves informaciones biográficas acerca del autor y de un esquema de la estructura de su obra respectiva.

5. 1. Alberto Crespo Villoldo: *De las memorias de un combatiente sentimental*, 1945

La mayoría de los relatos de los divisionarios españoles se caracterizan por un tono notoriamente autobiográfico. Es también el caso de *De las memorias de un combatiente sentimental* (1945) de Alberto Crespo Villoldo, más conocido solamente como Alberto Crespo. Sin embargo, ha resultado difícil encontrar mucha información biográfica sobre este autor, al igual que sobre los demás divisionarios. Es sabido que Crespo, Gómez Tello, Royo Masía y Revuelta, durante y después de la Guerra Civil, son figuras de cierta reputación en la escena literaria, de ideología de derechas. Crespo, además de ser novelista, escribe algunas obras teatrales y trabaja de crítico literario (De Paco 1987: 1070). A finales de los años treinta dirige el diario falangista *Cartagena Nueva* y a partir de 1943 la revista falangista *Haz*:

El 12 de septiembre [de 1937] le sucedió [a José Zaplana Chaparro] Alberto Crespo Villoldo cuya ejecutoria confirmará la orientación política y las conexiones con Sotomayor: camisa vieja de Madrid, fundador de la Falange de Murcia, herido dos veces en combate, responsable durante la Guerra de la Subdelegación Nacional de Prensa y Propaganda del SEU y fundador de la revista *Haz*, en la que venía trabajando hasta ocuparse del diario cartagenero (Vid. *Cartagena Nueva*, 12-IX-1939, citado por Egea Bruno 1996: 499).

Según otra fuente, Crespo es abiertamente anticatólico por lo que no es muy popular entre la mayoría de sus compañeros falangistas que le reprochan ser un mal ejemplo para la juventud (Abellán 1978: 30).

Su novela *De las memorias de un combatiente sentimental* está dividida, además de una pequeña introducción, en dos grandes partes que se titulan “Cartas de Javier Álvarez” y “Pequeña crónica de una chabola y de las gentes que la habitan”. Como el mismo autor reconoce en el prólogo, los capítulos de cada parte no están ordenados de

¹⁷⁹ Véanse Reverte (2011: 102), Proctor (1972: 144) y Salas (1989: 252).

manera cronológica; hecho que crea confusión desde el inicio de la lectura de la obra. Cada parte consta de varios capítulos que, además de compartir el protagonista, apenas están relacionadas entre ellas.

Según el autor, sus intenciones con la presente obra, también llamada “estos trozos de memorias” (Crespo 1945: 7¹⁸⁰), son ambiguas: por un lado, comenta haber dudado sobre si publicar esta obra y por el otro, afirma poco después que su edición había sido forzada, supuestamente por la censura franquista (7 y 9). Ya desde el inicio de la novela resalta el sentido de humor del narrador cuando comenta que la opinión que más le importa es la del lector que nunca ha leído su obra: “Los españoles, por regla general, enjuician mejor lo que no han leído que lo que leen” (8).

En la introducción, el autor afirma que la temática bélica no será especialmente relevante en su obra: “La guerra, sin yo quererlo, se ha quedado un poco fuera de estas páginas, que sólo recogen los momentos de descanso. Esto no sé si será una virtud o un defecto” (7). Hasta el cuarto capítulo de la primera parte el narrador de Crespo cumple del todo con esta afirmación. Es sólo después cuando empieza a dejar constancia de algunas pocas experiencias bélicas relacionadas con el mundo nazi. Debido a este número limitado de referencias al mundo germano y elementos filonazis, el análisis de la novela de Crespo es más breve que los demás.

La novela está escrita en primera persona del singular y no está compuesta como un diario, sino como una novela de capítulos relativamente largos. Otro aspecto que diferencia esta narración de la de sus compatriotas es que el ‘yo’ se dirige a menudo a un amigo.

El protagonista de Crespo se describe como un hombre “humilde y recatado por naturaleza” (9). La primera de estas características tiene en común con el protagonista de Royo Masía que afirma lo mismo de su persona. Sin embargo, equipara la humildad con una especie de “vanidad disfrazada” (8) con lo que revela que está aspirando a cierto reconocimiento dentro del mundo literario. Como afirma, también es un gran amante de la literatura:

Ya desde pequeño, cuando principié a impresionarme con libros de grandes aventuras y grandes amores, me extrañó la frecuencia con que las firmantes de aquellas prodigiosas narraciones encontraban polvorientos manuscritos en algún rincón de una casona de pueblo y cómo después daban a la publicidad en forma de historia estos manuscritos, firmándolos, además, con el mayor desparpajo. Los años me han enseñado que esto es sólo un gracioso truco (9).

¹⁸⁰ A partir de ahora se citará siempre por: Alberto Crespo (1945): *De las memorias de un combatiente sentimental*, Haz, Madrid. La página se indicará entre paréntesis.

Le conmueve la idea de que su obra podría pertenecer a un manuscrito olvidado de cierto prestigio, haciendo de tal manera alusión al *Quijote*.

Conforme con el título de la primera parte, el protagonista se presenta en esta como Javier Álvarez, de origen extremeño, pero que había crecido en León. Tiene veintiséis años y desde pequeño se ha dedicado a la poesía. Al igual que la gran mayoría de sus compatriotas afirma en el primer capítulo que aún es inexperto en términos de la guerra (16) y que, por tanto, forma parte de los soldados de la Infantería. A diferencia de otros divisionarios, el narrador de Crespo no apunta indicaciones temporales en su relato –su crónica empieza en Rusia– y también salta repentinamente de un lugar a otro, por ejemplo de Rusia a Polonia. No relata por tanto el viaje de España o Alemania a Rusia, como lo hacen los demás escritores de los capítulos cuatro y cinco, a excepción de Revuelta. Tampoco hay indicación sobre alguna batalla en concreto. Sólo es sabido que el narrador de Crespo termina con la vuelta del protagonista a España.

Una de las características destacables de este narrador es su estado triste y desanimado, muy marcado por un profundo sentimentalismo que conserva durante casi toda su estancia en Rusia. Aquel desánimo no está relacionado con ningún acontecimiento en especial como, por ejemplo, una batalla perdida o la pérdida de un camarada querido. El protagonista reconoce más bien que es una persona de carácter introvertido, que cambia con frecuencia de humor:

Soy a ratos cínico, sentimental, dionisiaco, y siempre más sensual que un fauno. En el fondo, es posible que éstas sean solamente defensas de mi timidez o enmascaramiento de mi falta de talento; no creo que, en definitiva, importe mucho (63).

En los capítulos que constituyen la primera parte de la novela, el protagonista se centra sobre todo en la descripción de sus encuentros con mujeres rusas que le fascinan. Menciona muy pocas veces a los nazis y, a diferencia de otros divisionarios, los recuerdos de su convivencia con ellos son escasos. Una de estas situaciones es el encuentro con una parte de la compañía alemana a la que los españoles tienen que reemplazar. El narrador comenta:

...cuando llegamos a la puerta, ya nos estaban esperando los tres soldados alemanes que teníamos que sustituir. Entramos. Un agradable calor y un inconfundible olor a col fermentada y cocida llenaba toda la habitación, alumbrada débilmente por un quinqué de petróleo (48).

Asociaciones del estilo, que hacen referencia a la típica comida alemana, como lo es la col, se hallan también y con más frecuencia en otros relatos divisionarios.

A finales de la primera parte, se cuenta con un pequeño elemento filonazi cuando el narrador defiende la idea de que todos los maniáticos deberían vivir en sitios encerrados, idea que forma parte de los lemas hitlerianos: “Lo siento – dije. – Nunca me han gustado los maniáticos, es una fauna que debía estar encerrada bajo siete llaves” (89-90). Además de este comentario, el narrador no enfoca más en la temática.

La segunda parte de *De las memorias de un combatiente sentimental* consta de más elementos germanófilos y también algún elemento filonazi. El ambiente entre los soldados está marcado por pensamientos antisemitas, como refleja una conversación entre los divisionarios y un cura. Uno de los soldados comenta, reflexionando sobre cómo aprovecharse de la guerra haciendo negocios en Letonia:

Yo no he dicho precisamente que se trate de hacer contrabando. Simplemente comprar pieles en Letonia y llevarlas a España cuando vayamos; es una manera práctica de resarcirnos de ciertos sufrimientos..., digo yo..., y vengarnos a la vez de los judíos (111).

El propio narrador no comenta esta afirmación.

En lo lingüístico, el protagonista no revela si ha estudiado alemán antes de partir a la guerra. Debido al hecho de que otros escritores resalten sus conocimientos de la lengua germana y de que el narrador de Crespo no entra en contacto directo con ningún nazi, se puede suponer que no dispone de conocimientos amplios del alemán. No obstante, utiliza con mucha naturalidad las palabras alemanas que se emplean en la época en el frente y que provienen del ámbito bélico. Pensando en el correo que reciben los soldados durante la guerra, el narrador anota en su diario, como si se dirigiera a ellos: “Eso es: cincuenta días si funcionan normalmente los feldpost [*alemán para ‘correo militar’*] y a vuestras familias les da la gana escribiros” (122). El tema del correo militar ocupa una gran parte del inicio de su crónica y así es que explica en el primer capítulo cómo su compañero Humberto compra muchas postales para enviarlas a España, llamadas “Feldpostkarten” (22).

A medida que va avanzando su crónica, el narrador demuestra sus conocimientos del ámbito cultural germano. Cuando en otro fragmento del texto, dos tenientes ofrecen coñac a los españoles, el protagonista observa que en la habitación de los oficiales se halla la obra *Ética* del filósofo alemán Max Scheler¹⁸¹. El número de elementos germanófilos aumenta en el quinto capítulo de la segunda parte, cuando el

¹⁸¹ Max Scheler (1874-1928) fue un filósofo alemán influenciado por Edmund Husserl. Su obra *Ética: nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético* fue por primera vez publicada por capítulos en la *Revista de Occidente* en 1941 y 1942 (Scheler 2001: 306 y 424).

protagonista introduce a un teniente español que demuestra ser experto y gran admirador de la música alemana. El oficial, que queda en el anonimato por ser solamente llamado L., es sobre todo un aficionado de Ludwig van Beethoven:

Esta mañana [L.] entró en nuestra chabola tarareando un tema de Beethoven. Ama el revolucionarismo de Beethoven, y no admite que se hable de otro músico delante de él, sobre todo en tono de alabanza (142).

Sin embargo, de la misma manera que dicho oficial siente admiración por Beethoven, expresa su animadversión hacia Goethe: “Su entusiasmo por el músico alemán es tan grande como su desprecio por Goethe. «Entre el hombre que crea con el corazón y el que crea con la cabeza –dice–, me quedo con el primero»” (142). A este comentario, otro divisionario, Jaimito, replica:

Goethe fue un hombre ampuloso, sabio, siempre metido en camisas de once varas, vanidoso, egoísta. En fin, no tenía más remedio. ¿Entendéis? Sabía demasiadas cosas y era un tiranuelo en la pequeña Corte de Weimar. Conocía a Beethoven y no fue capaz de comprender su genio. Luego tembló ante Napoleón. Más tarde se murió, y, según Baroja, andará a estas horas tocando el tambor en el Parnaso (143-144).

En este fragmento, Jaimito no defiende al escritor dieciochesco demasiado. Sin embargo dispone de una actitud germanófila preocupándose del tema alemán y demostrando sus buenos conocimientos culturales del mundo germano. En dicho contexto, cabe retener que Goethe y su obra no fueron, en un primer momento, admirados por los nazis sin reservas, sino que se formó con el tiempo una reinterpretación de su obra, que pretendía ir conforme con algunos de los postulados nazis:

Ciertamente, la apropiación de Goethe por la cosmovisión nazi impuso la necesidad de una profunda reinterpretación de su vida y obra, lo que pasaba por reducir al máximo el peso de su humanismo clásico y acentuar el interés por sus etapas de juventud y vejez, de mayor libertad formal y supuestamente más apasionadas y vitales. Uno de los primeros exégetas de Goethe en este sentido fue el propio H. S. Chamberlain, quien en 1912 publicó una biografía del poeta alemán –marcada por un vehemente antisemitismo– en la que presenta a Goethe como el creador de un culto a la personalidad de tintes casi religiosos y donde se afirma que es la acción artística la que acaba generando al artista. (...) Con todo, el aspecto del pensamiento goethiano que mejor encajó con la cosmovisión nazi no fue tanto su producción literaria como su concepción panteísta de la naturaleza, perfectamente integrable en la adoración del mundo natural característica del nazismo y que se oponía a la concepción cristiana tradicional (Sala Rose 2003: 174-175).

El narrador de Crespo, por su parte, se mantiene fiel a su papel de cronista y no opina propiamente sobre el poeta alemán. Mientras tanto, Beethoven sigue siendo el tema principal de las alabanzas del teniente:

¿Conocéis la «Novena Sinfonía» de Beethoven? Es una música para soldados. Principia invocando trémulamente a los hombres para salvarse, y sigue, durante todo este tiempo, llamándolos angustiosamente a la guerra. Todo el primer tiempo es un banderín de

enganche. Y el segundo. Y el tercero. Los soldados marchan por la pradera con nuevo brillo en los ojos. Y luego – el cuarto – la victoria. Los guerreros vuelven victoriosos cantando entre las mieses y los viñedos. Es un canto de alegría, casi de sobrehumana alegría (Crespo 1945: 145).

En la opinión del teniente, la *Novena Sinfonía* de Beethoven tiene la función de incitar a hacer la guerra y, por tanto, a acompañar al buen soldado. Esta idea va conforme con el culto a Beethoven que fomentaron los nazis en los años treinta. El oficial se muestra con sus afirmaciones por tanto como un hombre marcadamente filonazi.

Además, el teniente deja constancia de otras experiencias bélicas con los nazis. En estas, cumple con los estereotipos del físico de la típica mujer alemana. Relata cómo conoció a una alemana en una cervecería de buen ambiente:

Estábamos en una cervecería y todo nos parecía agradable. Servíanos una muchacha sonrosada y rubia de ojos azules muy claros que sonreía por cualquier motivo. Pensábamos todos que sería más fácil alcanzar su corazón que las murallas del Kremlin, pero no nos atrevimos a intentarlo. Era más fácil hablar o discutir (156).

Más adelante relata el encuentro con otro oficial nazi, el alférez K., cuyo desenlace es trágico: en Nowgorod, K. se enamoró de una enfermera rusa. Ambos empezaron una relación, pero murieron durante la guerra de manera trágica, el mismo día, en sitios distintos.

Aparte del teniente, el narrador describe brevemente en el mismo capítulo sus propios conocimientos de la música alemana cuando alude a una de las sagas más populares de la Edad Media. Se trata de *El flautista de Hamelín*, cuento de los hermanos Grimm, de 1248, de cuyo texto también existe una versión para la ópera¹⁸².

Tras tales anotaciones, el protagonista de Crespo termina su relato en el séptimo y último capítulo apuntando los preparativos de los divisionarios para la vuelta a España.

En resumen, esta novela ofrece pocos elementos germanófilos y filonazis en comparación con otras obras. Se trata sobre todo de menciones breves y también de expresiones que incorpora el narrador a su historia sin que, por lo general, profundice demasiado en esta temática. Algunas de ellas solo se perciben leyendo entre líneas.

¹⁸² Véase Lowens 2001: 15.

5. 2. Enrique Errando Vilar: *Campaña de invierno*, 1943

La novela *Campaña de invierno* (1943) de Enrique Errando Vilar, al igual que la anterior, consta de un tono notablemente autobiográfico. Sin embargo, Errando Vilar no le cambia el nombre a su protagonista sino incorpora más bien detalles de su vida real en su crónica. A pesar de ello, también es escasísima la información sobre obra y vida de este autor, de ahora en adelante llamado solamente Errando, a excepción de las citas. Así, *Campaña de invierno* es la única novela del escritor de la que tengo constancia. Las fechas de su nacimiento y muerte son desconocidas, pero se sabe que murió a la edad de 57 años. El escritor era “un médico de derechas [y] fue director de un sanatorio que se llamó Dieciocho de Julio (...) [Su] clínica particular estaba en la plaza del Caudillo [en Barcelona]” (Cruz 2009). Durante su ejercicio como voluntario, fue, en función de Teniente Médico, Oficial al mando de la 2ª Sección de ambulancias (Negreira 1991: 62).

Al igual que Crespo, Errando compone su obra en forma de una novela, pero con anotaciones como se encuentran en un diario. Su narrador recoge, por tanto, los hechos en primera persona, en apuntes agrupados por meses y, a excepción de la primera anotación, empezándolas siempre entre el día 1 y 3 de cada mes. Es a través de este narrador que se conocen todas las demás figuras novelísticas, que, además, son personas de la realidad contemporánea del autor y que provienen, en su mayoría, como él de las letras o Bellas Artes. Entre ellos también está Crespo (Errando Vilar 1943: 42-43)¹⁸³. Lo que les une a todos ellos, a parte de su predilección por las letras, es la enorme alegría que experimentan al ir a la guerra.

El autor de *Campaña de invierno* se identifica con su narrador; hecho que se comprueba hacia el final de la novela, cuando es presentado por uno de los nazis como el “«... Führer Krankenkraftwagenzug der Spanischen Division Oberarzt Errando» – el jefe de la Ambulancia de la División Española, teniente médico Errando” (195).

A través de este narrador se sabe que Errando era de familia de origen valenciano. Su héroe novelístico afirma además haber vivido mucho tiempo en Mallorca, información que podría equivaler también para el autor si se consideran las veces que menciona la isla y la manera en que la describe. Una de ellas es: “Mallorca es mi segunda patria, pues si Valencia me ha dado una vez la vida, la isla me ha regalado otra” (133).

¹⁸³ Se citará a partir de aquí por Enrique Errando Vilar (1943): *Campaña de invierno*, José G.ª Perona, Madrid, con la página entre paréntesis.

Cuando, en otro momento de su relato, compara el paisaje ruso con el mallorquín, resalta las diferencias entre ambos. Además menciona el castillo de Palma de Mallorca, la fortaleza Bellver:

Y así me gusta más que cuando la tierra parda se perdía en el horizonte sin otra cosa para romper la monotonía obsesionante de su perspectiva gris que la mancha verde de un bosque. (...) Es como el mar. No es igual en dos segundos. Desde los pinos de Bellver yo he visto en la más bella de las islas cambiar el Mediterráneo según la hora del día. En esta latitud, tan lejos de Mallorca, la nieve, como aquel mar, no se ha dejado mirar con el sol que hace saltar en mil cristales el arco iris (33).

En otro fragmento del texto, recuerda la isla de Cabrera que se encuentra al sur de Mallorca, cuando conoce a un compatriota cuya familia también tiene orígenes en Mallorca (104-105).

La profesión del protagonista es la del autor: ambos son médicos. El protagonista es un joven cirujano que ejerce, en una de las compañías, el cargo de teniente médico (195). Debido a ese trabajo entra durante la lucha con frecuencia en contacto con heridos de todo tipo, tanto españoles como alemanes, pero también rusos. En el ejercicio de su profesión va conociendo asimismo a muchos nazis de cierto rango militar que en algunos casos provienen, como él, del ámbito médico.

La novela contiene, en su estructura de diario, detalladas descripciones de la vida en el frente. Cada capítulo consta de varios apuntes de un mismo mes. Conforme con los hechos históricos la acción narrativa se desarrolla entre octubre de 1941 – fechada con '12 de octubre'– y el 22 de abril de 1942, última indicación temporal al final de la novela. Sin embargo, la misión del protagonista en el Este ya termina el 2 de abril, cuando emprende con su compañía el largo viaje de vuelta hacia España. La novela concluye con un divisionario que ya anhela desde hace tiempo el regreso a su país. La euforia primera de la guerra se ha convertido entonces en un estado de alivio y agradecimiento por haber sobrevivido.

En su función de teniente médico y oficial de una de las secciones de ambulancias, el protagonista ocupa un puesto de cierta responsabilidad y, antes de recapitular los detalles del viaje a Rusia, da una pequeña descripción de la compañía que tiene a su mando:

Mis soldados, viejos falangistas, son nuevos en este forzado trabajo. Pero tienen tesón. Y el español ha logrado su tumba al lado de otras muchas alemanas. Dos más allá rezaba el nombre de un Schubert¹⁸⁴ sobre una cruz. La de nuestro camarada llevará nombre gallego... (12-13).

¹⁸⁴ A partir de aquí fueron corregidas las erratas por la autora de este trabajo, sobre todo en la ortografía de palabras alemanas.

Es de considerar que la mayoría de los divisionarios son muy jóvenes y, en cuanto a sus conocimientos militares, bastante inexpertos. Este comentario, en el que el protagonista expresa algo de su preparación mental para la guerra, consta además de un primer elemento filonazi, ya que el hecho de que un soldado gallego esté enterrado en medio de tumbas alemanas es considerado un honor por parte del narrador.

El tono filonazi de la crónica de Errando se mantiene cuando, a continuación, se relata el viaje de España a Alemania, pasando por Francia. El narrador hace entonces hincapié en la buena y meticulosa organización de los alemanes así como en el trato amable que se les ofrece a los divisionarios:

Nuestro paso por Francia fue rápido. La perfecta organización alemana nos hizo aquella primera demostración de su efectividad. Los trenes que transportaban a la División Azul tuvieron sus paradas previstas. En las estaciones las «Schwestern-Helferinnen» (hermanas enfermeras de la Cruz Roja alemana) nos ofrecían comida caliente, y cuando nuestro paso por alguna estación donde el tren tomaba descanso no coincidía con horas de comer, llenaban nuestras cantimploras de café y, ¡claro está!, nos ofrecían su simpatía como siempre (13-14).

Más adelante, cuando describe la manera de calentar los motores de los coches nazis, alaba una vez más la preparación y previsión de los alemanes y concluye: “Todo llega a estar prevista en la formidable organización alemana” (134).

Poco después, en Alemania, esa amabilidad por parte de la población germana aún aumenta. Con la acogida entusiasta de la gente que saluda frenéticamente a los soldados viajeros desde los andenes y estaciones de tren, estos sienten como se les agradece el apoyo a su país:

Nuestro viaje por Alemania fue algo inolvidable. Llenas las estaciones. Bandas de música. Banderas. Una multitud entusiasta aclamaba a Hitler y a Franco. Aprendieron a saludarnos gritando: «¡Arriba España!» Pero hubo algo que nos conmovió más. Fueron aquellos pasos a nivel, donde el tren no paraba y acudía la gente, no en llamada oficial, sino en espontánea muestra de afecto, a saludar nuestro paso. Acudían niños, mujeres rubias, ancianos... Con sus bicicletas recorrían dos, tres, cinco kilómetros, desde pueblos apartados. Y este espectáculo se repitió siempre. Aún recuerdo aquella estación donde llegamos de noche, ya todos durmiendo en los asientos, y en la que nos despertaron los habitantes del pueblecillo, que acudían hasta nuestro vagón con una postal, una cajetilla de tabaco, una flor; siempre un obsequio para el soldado. Allá en el corazón de Baviera nos esperaba el maravilloso campamento (14-15).

Los divisionarios, que se dejan contagiar por dichos agradecimientos efusivos, llegan entonces al campamento militar en Grafenwöhr. Ahí están provistos de los uniformes alemanes y, en un pequeño acto oficial, efectúan el juramento a Hitler. Así es como el narrador de Errando comenta este acto:

Contestaron todos los españoles: «Juro!...» Allí estábamos – lo había dicho el general – lo mejor de nuestra raza. Lo mejor de nuestra raza no tenía suficientes glúteos para rellenar tanto cuero y tanto paño. Estaba bien patente: a todos nos sobran pantalones. Pero tuvimos los pulmones fuertes para gritar con todo entusiasmo: «¡Arriba España!» (17).

Es posible que el narrador aspire con este comentario por un lado a una equiparación entre el ejército de los divisionarios y el nazi. A pesar de las diferencias físicas entre españoles y alemanes que el narrador menciona aquí de manera irónica – aludirá a ellas también más adelante (126)– se percibe aquí cierta identificación entre los divisionarios y los nazis, considerando el lenguaje del narrador: habla de “lo mejor de nuestra raza” y utiliza así una expresión de los nacionalsocialistas. Finalmente, los españoles demuestran que creen en el objetivo de su misión, algo que apunta a que la sensación de una unidad militar hispano-alemana ya ha crecido.

A diferencia de otros autores divisionarios, el protagonista de *Campaña de invierno* no trata mucho el antisemitismo y tampoco hace especial hincapié en la imagen del enemigo, es decir, en las características rusa y comunista. Sin embargo, comenta, al igual que el narrador de Gómez Tello, la estigmatización de los judíos. Aunque describe también la imagen del judío como enemigo, lo hace desde una perspectiva bastante templada, expresando una actitud de rechazo poco explícita contra esta comunidad:

Los judíos, inconfundibles con sus signos raciales, significan el 35 por 100 de los habitantes. Hay que defenderse de ellos. Van señalados con una estrella amarilla de cinco puntas sobre el traje. También hay que saber dónde viven. En las ciudades se demarca un barrio, verdadero «Ghetto», y en los pueblos se repiten los letreros de «Hier wohnen Juden» (aquí viven judíos) en las casas donde una familia israelita tiene su hogar (20).

En otros momentos del texto, el protagonista hace hincapié en el buen funcionamiento del campo de entrenamiento y en la belleza del lugar en el que éste se encuentra. Su recuerdo es marcado por un paisaje bávaro de carácter pintoresco y romántico:

Un día dejamos el grandioso campamento junto al pueblecillo chico. Llevábamos un recuerdo de sus lagos pintorescos, de sus bosques llenos de toscas y viejas capillas y antiguas tallas del Crucificado, de sus habitantes con pantalones cortos de cuero y sombreros de fieltro adornados con plumas y de las muchas veces que habíamos formado al cabo del día (18).

Todas aquellas primeras experiencias, en las que las figuras entran en contacto con el mundo germano, son calificadas de manera positiva. A través de sus comentarios, el narrador anticipa ya algo de la buena convivencia que se establecerá entre ellos más

adelante en el frente, no solo entre el protagonista y los nazis, sino también entre los demás españoles de su compañía y algunos de los soldados alemanes.

De la misma manera que el narrador de Errando describe positivamente el paisaje de Alemania le aplica atributos positivos al adorno de los vestidos de sus habitantes. Así, alaba las autopistas alemanas, cuya construcción iniciaron los nazis en 1933, calificándolas como las mejores¹⁸⁵:

Nuestra División deshacía marcha tras otra sobre la gran pista de Minsk a Moscú, una autopista de considerables dimensiones en trazo recto, donde el vehículo automóvil podía marcar su velocidad máxima. Sin embargo, a pesar de su tamaño, no podía competir ni siquiera en dimensiones con las magníficas autopistas alemanas. Me enteré que fue construida con batallones de condenados a trabajos forzados. Cumplía un fin: la propaganda. No otro. En Rusia no hay automóviles particulares (21).

A principios de octubre, cuando los divisionarios se posicionan en Novgorod (Rusia), a las orillas del lago Ilmen, el narrador comenta: “Novgorod tiene entonces guardianes nuevos: la División Azul en línea” (10). A partir de entonces, la convivencia entre los soldados de ambos pueblos se empieza a intensificar. Desde el principio es notable el interés que demuestran los españoles por conocer la mentalidad germana: “Hay en nuestros soldados una gran curiosidad por conocer todo lo alemán” (22).

En algunos aspectos *Campaña de invierno* recuerda la novela *Alemania. Impresiones de un español* (1947) de Julio Camba cuyo protagonista viaja durante varios meses por este país, centrándose en las diferencias culturales con España. Al igual que esta, una de las primeras novedades en el frente para la figura principal de Errando, son las múltiples actividades que están prohibidas. Resalta la cantidad de carteles que señalan todo lo “verboten” [*alemán para ‘prohibido’*], como por ejemplo el hecho de beber el agua de los pozos (23). Además, el narrador se familiariza con la comida alemana. Respecto a los hábitos alimenticios del pueblo germano se demuestra menos entusiasta: mientras la “Sauerkraut” [*alemán para ‘col agria’*] no es de su gusto, alaba las tortillas de mermelada de fresa (23).

A lo largo de la novela, el protagonista va conociendo más costumbres alimenticias alemanas y establece buenas relaciones con algunos nazis. Cuando uno de los oficiales invita al protagonista a su casa, éste alaba el buen gusto de los alemanes,

¹⁸⁵ “En Alemania, aún hoy se puede oír de vez en cuando la sentencia de que «Hitler, al menos, nos legó las autopistas». Ello demuestra hasta qué punto las autopistas fueron y siguen siendo el símbolo por excelencia de las bondades y modernidad del Tercer Reich incluso más allá de 1945 y en círculos no necesariamente simpatizantes o neonazis. Efectivamente, la extensa red de autopistas alemanas construida con financiación pública durante el Tercer Reich (3.870 km en nueve años, entre 1933 y 1942) no tenía parangón en ningún otro país del mundo” (Sala Rose 2003: 82).

refiriéndose a la decoración de interiores de sus casas: “Es admirable la habilidad de los alemanes para hacer confortable la chabola o habitación en que viven. Se preocupan hasta de la parte estética. Nunca falta algún motivo de ornato en sus paredes” (24).

Entre los nazis se halla una figura caracterizada de manera muy positiva por el narrador y es Hermann Brunner, reverendo e intérprete de Sanidad. Debido a la actitud hispanófila que demuestra Brunner, se establece durante su estancia en el frente una amistad entre el reverendo y el médico:

He ido con Brunner a la Plana Mayor de enlace alemana. Brunner es el intérprete de la Jefatura de Sanidad. Es un alemán que conoce admirablemente nuestro idioma. Vivió en España algunos años, la mayor parte de ellos en Mallorca. Esto hace que sienta motivo de simpatía hacia él (133).

El narrador que ha demostrado desde el principio de su obra una notable actitud germanófila –todavía en España ha adquirido conocimientos de la lengua alemana– asiste en el frente, para profundizar estos conocimientos, a clases de conversación junto a otros divisionarios. Así, Brunner que ofrece estas clases le es de gran utilidad:

Brunner, nuestro querido y buen amigo Brunner, ha accedido a darnos alguna clase para perfeccionar nuestro alemán. (...) En las clases nos reunimos con nuestro Capellán don Hilario Gómez. (...) Los demás son Celestino, Solá, Federico Izquierdo, Bruno, José Guillén, Navarro. Mis soldados no se explican por qué estudio yo alemán todavía. Lo comprendo. Ellos ven que nosotros nos entendemos. Y ellos, sin entenderse, dicen que saben hablarlo. Puedo preguntar al más insignificante «guripa». Con una osadía sin límites maneja «gut», «Fräulein», «bitte», «danke» y «kaputt». Con estas palabras, muy poco más, lo explican todo (148-149).

Las situaciones en las que el protagonista se relaciona con Brunner reflejan no solo la actitud filonazi del protagonista, sino revelan además la hispanofilia por parte de este alemán.

Hermann Brunner es el enlace entre el protagonista y otros militares nazis de rango importante que con frecuencia rinden homenaje al buen trabajo del médico español. En varias ocasiones, le invitan por la noche a sus casas para brindar con él. A través de estas situaciones, el narrador llega a conocer algunas costumbres alemanas:

Nos ponemos en pie. Los alemanes levantan su vaso a la altura del primer botón de la guerrera, y lo sostienen así por un momento y todos a la vez. Luego beben. Es costumbre que veo repiten en todas partes (196).

Aparte de los brindis y discursos que dedican los alemanes a los divisionarios españoles para agradecerles su apoyo, otras veces les obsequian con pequeños regalos (210). Al brindis le sucede con frecuencia el canto. Resalta que Errando en su crónica, a diferencia de otros escritores divisionarios, insiste también en el acto de cantar

canciones militares junto a los alemanes. Estas canciones constituyen un elemento de unificación entre ambos ejércitos:

Ahora una canción alemana. Y todos, cogidos de la mano, sentados alrededor de la larga mesa cuadrangular, nos balanceamos al compás. Después, cuando surge otra copla flamenca, ya todos baten las palmas acompañando, como si estuviéramos en el más típico colmado andaluz. (...) También ayer fuimos camaradas y mañana lo seguiremos siendo en el momento del combate (197-198).

Situaciones como estas, en las que el narrador recuerda tradiciones españolas, les sirven a los soldados para olvidar la situación bélica. Valorada de manera muy positiva, los divisionarios viven en este momento una camaradería muy intensa, hasta enriquecedora en cuanto a la mezcla de las dos culturas. Los alemanes, por su parte, no solo agradecen a los españoles su apoyo militar, sino algunos de ellos demuestran también una actitud hispanófila, cuando se interesan por el aliado ibérico:

Anoche cenaron conmigo Wolf, Fengler, Brunner y Periel. Tenía una botella de Viña A B de González Biass, que me regaló mi arquitecto. Mis amigos alemanes se deshicieron en elogios hacia el buen vino español. (...) Estos tres alemanes que conviven con españoles están apreciando nuestras virtudes (167).

Comportamientos hispanófilos del estilo que se pueden observar también en otros momentos (24 y 152) contribuyen a intensificar y mejorar la camaradería entre los soldados.

Hacia el final de la crónica de Errando, a partir de enero de 1942, aumenta aún el número de situaciones en las que se celebra la unidad hispano-alemana. A menudo se describe además con cierta euforia. El 14 de enero, el narrador anota: “He estado trabajando todo el día. Por la noche han venido a mi casa de madera mis amigos alemanes. Brunner, el reverendo Brunner, ha traído unas botellas de champagne” (153). Poco después, los soldados brindan y exclaman:

«¡Por el triunfo de nuestras banderas y por el amor!» Mi Cruz de Hierro, concedida por las noches de Posad, ha llenado de alegría a mis soldados. El champagne vuelve a descorcharse con estrépito... «¡Nuestras banderas victoriosas y el amor!» Siempre nuestro brindis en todas las ocasiones solemnes (153).

A través de tales encuentros, el narrador tiene la posibilidad de familiarizarse con las costumbres de la sociedad alemana y de trabar amistades. Este tipo de situaciones aumentan por tanto no solo su actitud germanófila sino también su filonazismo.

De vez en cuando, el narrador recurre también a los estereotipos que existen en muchas partes sobre Alemania y los alemanes. En un fragmento del texto, cuando describe el despacho de uno de los médicos nazis, alaba “ese orden metódico que

domina en todas las cosas alemanas” (180). En otro momento traza el físico de las mujeres alemanas, en el despacho del mismo médico. Recurre aquí a uno de los típicos estereotipos extendidos entre los españoles hasta hoy en día, el de la chica alemana rubia, de ojos claros: “También [está] la foto de una alemanita esbelta y musculada, muy rubia, con ojos casi sin color de tan claros” (180).

En cuanto al idioma alemán, que a primera vista resulta una lengua difícil para los españoles, no se asocian únicamente ideas positivas. Así es que el narrador también describe situaciones en las que españoles y alemanes no se entienden por no saber demasiado bien el idioma del otro. Sin embargo, a través de la ironía tan propia de Errando, el narrador suaviza en sus descripciones el estereotipo de que el alemán es una lengua muy difícil de aprender. De esta manera, su narración se hace más amena. Cuando se refiere a algunos momentos de índole lingüística dicha ironía se percibe:

Como en su propia casa, con una desenvoltura que me pasma, veo estos magníficos soldados nuestros discurrir por todas las carreteras. Ellos encuentran a un alemán y no dejan de hablarle. Manejan cuatro palabras del idioma, cuatro palabras, que, como dice mi amigo Juan Pablo D’Ors, son siempre de cortesía. Pero ellos no se asombran de nada. Yo he visto a un «guripa» hablar con un alemán media hora. Lo ha hecho sin pestañear. Lo que él decía en castellano, no tenía la más remota semejanza con lo que el soldado alemán le contaba en su lengua. Esto no ha sido motivo para que hayan dejado de saludarse muy cortésmente y despedirse, lanzando el buen español un «Auf Wiedersehen» perfecto. Después, los dos se han alejado tan ufanos. El soldado español, apenas ha encontrado un paisano, le ha dicho satisfecho: – Vengo de hablar con un alemán. – ¿Y qué te ha dicho? – Ah, no lo sé; era de una región donde pronunciaban muy mal, y apenas se le entendía (27-28).

Resalta en esta situación la actitud relajada y aparentemente natural con la que los soldados españoles se mueven hablando alemán. Además parece, por cómo se comentan dichas situaciones, que la falta de comunicación no afecta al buen ambiente entre ambos ejércitos. Reflexiones del estilo sobre la importancia y la capacidad de los españoles de saber alemán, comentados de manera irónica, se encuentran también en otros autores germanófilos y filonazis, como José Antonio Giménez Arnau o Julio Camba, para sólo mencionar dos ejemplos¹⁸⁶.

En general el narrador ofrece su buen dominio de la lengua germana, incorporando en su relato muchas palabras y expresiones de este idioma. Además de citar nombres de profesiones o de equipamiento bélico, apunta, describiendo uno de los cuarteles nazis, afirmaciones como: “Pegada a la pared y recortada de *Signal*, una bailarina danzando

¹⁸⁶ Véanse José Antonio Giménez Arnau. *Línea Siegfried*. Barcelona: Destino, 1981: 33 y Julio Camba. *Alemania. Impresiones de un español*. Madrid: Espasa-Calpe, 1968: 46. Mientras Giménez Arnau deja constancia de sus experiencias durante la Segunda Guerra Mundial, Camba describe la Alemania de principios del siglo aunque la primera edición de su obra sólo se publicó en 1947.

con un velo. Me sirven unas patatas cocidas mezcladas con «Wurst», embutido alemán cortado a pequeños trozos” (249) y, en otro momento: “Mi amigo el filósofo alemán Krankensammelstelle [*alemán para ‘centro de recogida de enfermos’*] hace una apología del español” (263).

Además de sus conocimientos de la lengua germana, el narrador también demuestra su cultura en términos literarios. En una conversación con un voluntario veterano, el soldado mayor le hace recordar un verso de una obra goethiana. Explicando sus motivos por luchar en esta guerra, recita: “«Ein guter Mensch in seinem dunklen Drange / Ist sich des rechten Weges wohl bewusst». (El hombre justo comprende siempre en medio de la turbulencia de sus anhelos, dónde está el verdadero camino.)” (94-95). Una vez más, la obra de Goethe es interpretada de forma pro-nazi.

Más inquietudes literarias del protagonista se hacen notar cuando, a principios de la sexta parte, titulada “La batalla del Voljov”, reflexiona sobre la literatura europea en cuyo contexto también cita a Goethe. A la vez reflexiona sobre el sentido de la guerra:

Es vicio muy español éste de no darle importancia más que al derramamiento de sangre. (...) Sin embargo, no tenemos derecho a mirar con desprecio a los que no luchan con las armas si vencen con el espíritu. El engrandecimiento de la Patria exige algo más que el sacrificio de la vida. Y viene aquella cita de Goethe que también, para apoyar algo semejante, trajo Ganivet hasta las páginas de su *Idearium español*, un librito muy pequeño que los adolescentes españoles debieran leer mucho antes que las inmoralidades y sofismas de Stendhal, Nietzsche, Stefan Zweig u Oscar Wilde: «Yo he procurado llegar hasta donde más alto he podido en aquellas cosas a que me sentía inclinado por mi naturaleza; he trabajado con pasión; no he perdonado medio ni esfuerzo para realizar mi obra: si alguno ha hecho tanto como yo, que alce el dedo» (239-240).

El narrador constata aquí que el escritor español se dejó inspirar por el autor alemán; hecho que se puede interpretar como elemento germanófilo. Además, hace hincapié, a través de esta cita, en la importancia del trabajo duro y constante, ya sea en lo militar o en otros ámbitos, tal como lo proclama Goethe. Dicha cosmovisión también es propia de los nazis.

Conforme con el espíritu de la época muchos de los escritores españoles de la primera mitad del siglo XX conocen, ni que sea por extractos, las obras de Goethe y las citan con relativa frecuencia en sus novelas¹⁸⁷. Nociones literarias de tal índole pueden ser consideradas como la herencia de una ferviente actitud germanófila en la España de

¹⁸⁷ Compárese, por ejemplo, el comportamiento de una de las figuras de *Se ha ocupado el kilómetro seis* (Benítez de Castro 1940: 38) que sabe sonreír “mefistofélicamente” o el de Margarita, la protagonista de *Cristo en el infierno* (Ricardo León 1941: 372), que es una experta en música y literatura alemanas, y que también está familiarizada con la obra goethiana.

principios del siglo XX (Ortiz de Urbina 2007: 194). El narrador de Errando demuestra por tanto que no es el único autor de su generación que se interesa por la literatura alemana, particularmente por la de la Ilustración y del Romanticismo.

Además de la germanofilia por la literatura, muchos novelistas manifiestan también su admiración por las músicas alemana y austriaca, por ejemplo Baroja, como se ha podido observar en el capítulo 2. 4. Mientras los conocimientos de Baroja en lo musical son bastante amplios –no solo cita a Mozart y Beethoven, sino también a Schubert, Schumann y Wagner– el narrador de Errando menciona sobre todo a Schubert y Mozart. De sus conocimientos deja constancia cuando describe el acto de juramento de los soldados, acompañado de un trasfondo musical. Durante la ceremonia:

[u]n acordeonista vestido de frac interpretaba irreflexivamente a Schubert y a Mozart. Había payasos y equilibristas... Y de nuevo bailaban las muchachas: era lo que más gustaba (Errando Vilar 1943: 18).

Más adelante, en compañía de uno de los capitanes médicos de los nazis, el protagonista disfruta de la obra de grandes compositores alemanes, cuya música les gusta a los nazis:

Hemos oído en los discos del «Stabsarzt» [*alemán para 'capitán médico'*] toda la quinta sinfonía de Beethoven. Dos veces escuché la fuerza maravillosa del amor, desbordada en el aria del primer acto de «La flauta encantada»¹⁸⁸, de Mozart. Todavía conservo en mi memoria la voz embriagadora de Tamino. ¡Ansias de amor adolescente! Por la plateada cinta del camino, el coche destinado a mi servicio me lleva. Y yo envío a los caminos del cielo un deseo crecido con la música (134-135).

El efecto que causa la música alemana en el protagonista en ambas situaciones es muy positivo. Además, los soldados de la División Azul no solo la escuchan, sino aprenden también a cantar en el otro idioma. Una de sus canciones es *Siegfriedlinie*¹⁸⁹, tema muy popular durante la Segunda Guerra Mundial:

Después Wolf toca el acordeón. Está aprendiendo a manejar este instrumento desde que estamos en el frente. Y empieza con la conocida canción «Siegfriedlinie», que los españoles conocen, y hasta le han aplicado letra en nuestro idioma, bajo el nombre de Lili Marlen¹⁹⁰ (157-158).

¹⁸⁸ Hoy, también oficialmente, traducido de forma correcta como “La flauta mágica”.

¹⁸⁹ Para la definición de *Siegfriedlinie*, véase el capítulo 4. 5. 1. Además, este nombre es utilizado como título para algunas canciones patrióticas (Inglis 2010: 132). Como apunta Sala Rose (2003: 349), “... con buenos motivos, las tropas aliadas se burlaban [de esta línea] cantando «vamos a tender nuestra colada en la línea Sigfrido».

¹⁹⁰ *Lili Marleen*, el título original de esta canción, es el nombre de una de las canciones bélicas de la Segunda Guerra Mundial que ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos, el español. El origen de la canción se remonta ya a la Primera Guerra Mundial y es muy popular entre todos los divisionarios. El nombre de Lili Marleen no se refiere a ningún personaje real, sino a una anécdota sobre una chica bonita de la que está enamorado un soldado alemán. Se hace aún más famosa con la interpretación en inglés de Marlene Dietrich en 1945 (Jones 2010: 147-148). También resulta interesante considerar que: “A pesar de adquirir celebridad en plena Segunda Guerra Mundial, para muchos la canción «Lili Marleen» fue un

Resalta que esta manera de describir las situaciones de buena convivencia entre españoles y alemanes no alude, de ninguna manera, a la guerra. Más bien se parece al relato de un excursionista.

A pesar de esta falta de alusiones bélicas en algunos momentos, el narrador no deja de recordar la función de Alemania en esta guerra. Realza con frecuencia su función como nación que lucha con éxito contra el comunismo y hace hincapié a esta cuando comenta: “Los estonios contemplan con simpatía esta intromisión germana, pues no pueden olvidar que fue Alemania quien les liberó del comunismo” (280).

Como un círculo se cierra la crónica de Errando cuando vuelve al final de su relato a las descripciones paisajísticas de Alemania. Una vez terminada su misión en el Este, los soldados llegan a Berlín. El diario del héroe narrativo indica el 13 de abril:

Llevamos unos días en Berlín. La capital del Reich, en guerra, ofrece el ejemplo del alto patriotismo alemán. Todos cumplen exactamente con todas las disposiciones dictadas. Los sacrificios que impone la guerra alcanzan a todos y nadie quiere eximirse de ellos. Alemania está íntegramente movilizada. Solo uniformes en las calles, extraordinariamente animadas. Las mujeres cobran en los tranvías, otras hasta conducen, y una legión de muchachitas jóvenes visten el uniforme de Aviación o el de telégrafos. Vemos algunos paisanos, pero todos son extranjeros. Un obrero español nos dice que disfruta de un buen sueldo que le permite cubrir todas las necesidades y mandar ahorros a España (285).

A pesar del poco éxito que tuvo la División Azul en Rusia, el narrador da aquí una imagen muy positiva de una Alemania aún en guerra. Comenta positivamente tanto la naturalidad con la que los alemanes asumen el estado bélico de su país como las consecuencias que aquello conlleva.

En la última parte de la novela, durante un acontecimiento deportivo (286) y después de rendirles homenaje a los divisionarios, los españoles vuelven definitivamente a sus casas. La novela termina con un protagonista que ya anhela desde hace tiempo el regreso a su país. No obstante, en vez de expresar euforia, agradece a Dios haber sobrevivido.

En lo que más se centra el héroe novelístico de *Campaña de invierno* es, por un lado, la organización alemana, caracterizada como muy meticulosa y completa. Por otro lado, el narrador hace hincapié en la cálida acogida con la que los nazis reciben a los voluntarios no solo en Alemania, sino también en el frente. La primera característica

símbolo universal de paz. John Steinbeck dijo de ella que quizá fuera la única contribución positiva de los nazis al mundo. Sin embargo, la canción se convirtió muy pronto en un fenómeno sociológico que ni siquiera la Propaganda nazi fue capaz de controlar. Los Aliados la convirtieron en su botín de guerra ... (véase <http://pinterest.com/rosasalarose/lili-marleen/>, 05.09.13) .

mencionada se puede considerar una idea preconcebida del narrador en la que se ve reafirmado por su participación en la División Azul. Para suavizar su prejuicio, mencionado con frecuencia, el protagonista realza que los nazis, incluso en tiempos de guerra, no se olvidan de la importancia del entretenimiento de los soldados:

Tengo que afirmar que es una buena cualidad de los alemanes estos recursos a los que con frecuencia acuden, proporcionando con su organización y sencillez unos minutos de esparcimiento. Para este mismo fin disponen las Compañías de Propaganda de equipos proyectores de cine sonoro con los que pueden acudir al más inmediato frente y dar a conocer varios reportajes de actualidad sobre guerra y una película de largo metraje (218-219).

Finalmente, como la mayoría de este tipo de relatos, también la crónica de Errando se caracteriza por un tono notablemente panfletario cuando, por ejemplo, cita las palabras de Muñoz Grandes que agradece el trabajo de los divisionarios: “«Alemania os admira y España está orgullosa de vosotros; y yo agradecido, muy agradecido, a cuánto me dais, os ofrezco cuanto soy. Vuestro General, Muñoz Grandes.»” (254).

Al fin y al cabo, el protagonista define su papel en esta contienda, dentro del ejército español, como el apoyo a Alemania: “Alemania prevé. Y España ayuda” (267-268).

5. 3. José Luis Gómez Tello: *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*, 1945

El tercer autor divisionario de la presente tesis es José Luis Gómez Tello (1916-2003). Gómez Tello trabaja de crítico literario y cinematográfico en diversas revistas, entre ellas *Arriba*. También es novelista y antes de publicar su crónica sobre la División Azul ya ha escrito varios artículos sobre la guerra en Rusia¹⁹¹. Gómez Tello, de ahora en adelante llamado solamente Gómez a excepción de las citas, también forma parte de los primeros divisionarios que partieron rumbo a Rusia en 1941, al igual que Errando (Rodríguez-Puértolas 1986: 561). Su novela *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*, publicada en 1945, cumple, como indica la segunda parte del título, con las típicas características de las obras divisionarias: tiene forma de diario y recoge sus experiencias en la división desde su salida de España hasta su regreso, con gran atención en el periodo bélico. El relato de Gómez también tiene un carácter notablemente autobiográfico; se narra en primera persona del singular.

¹⁹¹ Compárense, entre otros, “Sobre el hielo ruso” (*Arriba*, 10.4.1942), “Desde Rusia. Un testigo excepcional” (*Arriba*, 8.5.1942) y “Crónicas del Este. Una primavera en Rusia” (*Arriba*, 12.6. 1942) (Rodríguez Jiménez 2000: 371).

La novela consta de tres grandes bloques que, a su vez, están subdivididas en varios capítulos cortos. La primera parte, titulada “A través de cuatro países en guerra”, sirve de introducción a la batalla contra los rusos. Se centra en algunas impresiones del protagonista acerca de Francia, Alemania, Letonia y Estonia, países por los que ha viajado durante la guerra y que le han marcado notablemente. El narrador dedica a cada uno de estos países un capítulo, en el caso de Alemania incluso varios. La segunda parte se titula “La Rusia soviética que yo he visto”, con el subtítulo “Tras las fronteras del enigma”. Enfoca particularmente en las descripciones paisajísticas de Polonia y de la actual Bielorrusia y habla de la presencia alemana y rusa en el este de Europa. Sus diferentes capítulos marcan el camino de Polonia por Bielorrusia y Letonia hasta Rusia donde las paradas más destacables son San Petersburgo y Nowgorod. La tercera y última parte se refiere a la vez a la segunda parte del título y al género de la novela, titulándose “Crónicas de la División Azul”. Se trata de la sección más autobiográfica de esta obra.

Aunque en la primera parte de la novela no hay ninguna indicación exacta del comienzo de la acción, se sabe, por el título, que la crónica empieza en verano de 1941, ya que hace referencia al paso por Francia. No obstante, el protagonista de Gómez que queda en el anonimato durante toda la novela, se concentra sobre todo en los meses de invierno de la lucha¹⁹². A partir de la tercera parte, se hallan con más frecuencia fechas concretas en la narración, haciendo hincapié a momentos culminantes de la contienda. El narrador se atañe al periodo entre Navidad de 1941 y Pascua de 1942 (Gómez Tello 1945: 145 y 164¹⁹³).

Por lo que se refiere al lugar de los hechos, aparte de los dos primeros capítulos sobre Francia y Alemania, la novela se centra en la acción en la entonces Unión Soviética. Con precisión, el héroe novelístico indica las diferentes paradas de su viaje, pasando por Letonia, Estonia y Bielorrusia.

La primera parte del primer bloque se titula “Francia. Tours, «Place Pétain» et «Rue Nationale»” y en el primer capítulo se describe una Francia que se ha sumado a la causa alemana, una Francia antisemita y pro-germana: “Y en los quioscos de los periódicos se vende *Le Pileri*, rabiosamente antisemita, que publica en cada número una sabrosa lista de nombres franceses con antecedentes judíos” (12). Además, menciona

¹⁹² Véase el décimo capítulo de la tercera parte, titulado “Navidad española en la nieve” (Gómez Tello 1945: 137-139).

¹⁹³ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo que sigue a José Luis Gómez Tello: *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*. Luis de Caralt, Barcelona, 1945.

algunos signos nacionalsocialistas que indican la ocupación y presencia de los nazis en Francia: “La bandera alemana se riza en un gran edificio de cartelones pintados. Es lo único visible de la ocupación, que no se hace notar” (13-14).

Durante toda la novela se hallan menciones a los estereotipos típicos de la época acerca de los alemanes. Uno de ellos es la serenidad con la que los alemanes hacen la guerra, como comenta el narrador describiendo la defensa de los alemanes y destacando durante esta su calma imperturbable:

A la altura de Podsberejsja, un alemanito, muy tranquilo, plantaba su compañía y sus ametralladoras en medio de la carretera, y segaba las avalanchas rusas. Así se defendió la carretera de Leningrado (161).

También alude a las características de la disciplina y exactitud, que tanto se asocian con el carácter germano. Aún en la primera parte, en el apartado titulado “Alemania” en cuyos capítulos el narrador recuerda sus primeras impresiones de este país, se encuentran bastantes referencias a dichas características. Así es que, una vez en Baviera, al narrador le sorprende positivamente el carácter pulcro de la zona: “... los vidrios bien limpios, las maderas bien fregadas y los cobres brillantes” (15).

Aunque no tan a menudo como Errando, el narrador de Gómez también hace referencia a las características geográficas de Alemania: alaba con frecuencia el paisaje pintoresco de Baviera y realza la belleza de la zona con sus canales de agua y sus casas de paredes entramadas. Resalta el carácter romántico de la región sureña de Alemania, atribuyéndole un ambiente amoroso:

... estoy seguro de algo: si todos los géneros del amor desaparecieran repentinamente de la tierra, sólo dos sobrevivirían: el amor español, primero, y el amor en Baviera, después. Porque dentro de mil años, Don Juan seguirá raptando a las mocitas sevillanas, y dentro de mil años habrá una pareja silenciosa acodada en un puente de Baviera, mirando el agua pasar... (19).

La alusión al paisaje puro y pintoresco de Baviera y la equiparación entre el amor español y el alemán se pueden considerar aquí como elementos germanófilos.

A pesar de sus alabanzas, el protagonista critica en otros fragmentos del texto ligeramente la organización de los nazis, a su modo de ver a veces excesiva. Con un tono que recuerda al de Errando ridiculiza el aspecto físico de la ‘Schupo’¹⁹⁴, un grupo de soldados alemanes, cuya utilidad cuestiona: “Una gendarmería lujosa, tan lujosa, que estáis enseguida al cabo de la calle: estos «schupos» de casco charolado y uniforme de gala sólo sirven para adorno de las aldeítas pacíficas” (17).

¹⁹⁴ Abreviación de ‘Schutzpolizei’: ‘policía de protección’. Traducción de la autora.

Pese a comentarios del estilo, el protagonista demuestra desde los comienzos de sus apuntes diarios una fuerte identificación con los fines de esta contienda y, por consecuencia, con los objetivos de los nazis. Lo demuestran, por un lado, el gran número de expresiones antisemíticas y, por otro lado, las afirmaciones anticomunistas. En ningún momento, el narrador oculta sus pensamientos antisemitas, postura que equivale asimismo para su autor, como confirma Rodríguez-Puértolas: “[En esta obra] brilla el antisemitismo del autor, que ya ha sido mencionado anteriormente en otro lugar; para él, Moscú es simplemente, «el gran campamento de Israel» (*op. cit.*, p. 72)” (Rodríguez-Puértolas 1986: 561).

Mostrándose fiel a este aspecto de la ideología filonazi, el narrador dedica, en la segunda parte, un capítulo a “[l]a Judería de Osmiana” que se subtitula “Los peluqueros de Riga”. Este capítulo refleja el antisemitismo como una de las doctrinas más fomentadas e importantes para los nazis. El narrador demuestra en las siguientes opiniones su conformismo con el movimiento fascista alemán:

Los judíos rusos no son unos piojosos cualquiera. Ni mucho menos. (...) El [judío] de Riga va al «Luna»¹⁹⁵ y es hombre de negocios: cosas de dinero, pieles y brillantes, con su Bolsa oficial están – o estaban – en la mano de Israel, una mano bastante sucia. Se le ve a la puerta de la Sinagoga, siete candelabros, mirando melancólicamente sus puños desflecados. Pero judíos como éstos los he visto también en Tours y en Angulema, por la «Rue Soleil». Es el judío internacional, sin color local. Judíos en Lituania y en Polonia. ¡Ah! La palabra éxodo carecerá completamente de sentido para el que no haya visto las caravanas nómadas de este próximo Oriente europeo (Gómez Tello 1945:63).

Siguiendo el hilo de la temática antisemítica, el protagonista recurre en este capítulo a los estereotipos conocidos de la época sobre los judíos para atacarles: destaca su avaricia y sus artimañas en los negocios (68). Con el mismo tono de desprecio y rechazo describe su aspecto físico:

Los veía con su levita negra con reflejos grasientos – grasa de cinco generaciones – con sus zapatos agujereados, con sus guantes de lana, con sus pares de calcetines uno sobre otro y sobre otro. Con sus grises rizos. Los codos rotos; muchos ojales y pocos botones en el resto del traje. Son como grandes aves sombrías y desconocidas, volando por el fango de la calle (68).

Todo ello culmina por fin en la siguiente cita: “Es bien sencillo. Los judíos están tan cargados de pecados, que echan cada noche al arroyo los del día. Cada piedra, un

¹⁹⁵ Un café español que fue mencionado anteriormente en el texto y sobre cuya popularidad en los momentos de la guerra se lee en la novela *El corazón helado* de Almudena Grandes: “El bar luna, propiedad de un divisionario mutilado que se había quedado en Riga y se había casado con una letona, estaba casi lleno, pero los soldados españoles repartidos entre las mesas no tenían ganas de cantar, ni de gritar, ni de pedir la guitarra. Cada uno bebía solo, en silencio, sin dar conversación a sus compañeros ni prestar tampoco demasiada atención a algunas mujeres muy pintadas que, de tanto en tanto, se levantaban de la barra para pasearse despacio por el local” (Grandes 2007: 367).

pecado. Y por eso las calles de la judería son tan puntiagudas” (69). Estimulándose en su antisemitismo, el narrador enumera en el capítulo “Una Revolución y un cambio de moda” una larga lista de judíos famosos de la actualidad contemporánea.

En el pequeño apartado “Adiós al judío errante” el protagonista termina finalmente sus verborreas antisemitas, pero no sin antes afirmar que el único lugar en el mundo donde el judío debería vivir es Israel:

Ahora podemos volver a decir adiós a la judería de Osmiana. (...) Osmiana es una aldea perdida en la estepa rusa y en la noche. Un puñado de casas malditas, dónde Israel está tan apretado. Larga cola de viento sobre los tejados. Y otra tempestad, que baja de los cielos, donde hasta ahora para Israel sólo había el becerro de oro. Pero hay cosas que yo no os las contaría si no en voz baja. Dejemos a Israel con sus pecados, durmiendo sus pesadillas, bajo una luna que engorda en el cielo y pinta de blanco las puertas de la judería. «Y pondrás una cruz de sangre en tus puertas», dice la Thora. Yo sigo mi camino (73).

En el momento en el que los divisionarios llegan a la capital bielorrusa Minsk, el narrador hace hincapié en la falta de conocimientos de cultura general de los soviéticos y de su sistema educativo deficiente. Esta incultura incluye a la literatura alemana y el desconocimiento de uno de sus poetas más reputados:

Esto es Minsk. Esto, simplemente: lo griego plagiado por lo norteamericano, a través de la imaginación pervertida y resentida de Lunatscharky. Estas interpretaciones son muy del gusto de los intelectuales soviéticos. Si yo les transcribiera unos poemas de Goethe, adaptados al bolchevismo, se reirían. Pero resulta que Goethe, según ellos, era un comunista. Si lo dudan ustedes, es que no saben que en las escuelas soviéticas se enseñaba que América la descubrieron los rusos de Siberia (45).

El protagonista contrasta aquí la supuesta incultura de los rusos con sus propios buenos conocimientos de literatura alemana.

La música también funciona como elemento de enlace para unir a ambos pueblos. También le sirve al protagonista para demostrar, una vez más, su conformidad con los objetivos de los nazis. Desde el inicio de su crónica, hace referencia a la música. Conforme con ello, el título del primer capítulo de la sección “Alemania” se titula “Pequeña canción de Baviera” (15). En el centro de esta sección están las tradiciones musicales del país germano: se cita a compositores y poetas teológicos de origen germano tan reputados como Bach, Haydn y Melanchthon.

En la sección siguiente que describe la capital letona, Riga, como “el estrépito y la barahúnda de un centro nervioso de Europa” (26), el narrador anota algunas influencias españolas dentro de esta ciudad y deja constancia de las ideas que los letones tienen de España y de Latinoamérica. Asimismo menciona las huellas que aquí también ha dejado la ocupación alemana. Dentro del café español *Luna* se escucha música

española con letra alemana. El ambiente está lleno de estereotipos, no solo acerca de los alemanes sino también de los españoles: según la opinión lituana España y Cuba son países casi iguales (28), opinión que demuestra el desconocimiento de los dos países, incluso de los tópicos más superficiales. La atmósfera está dominada por la lengua alemana, pero también por otros símbolos nacionalsocialistas. Una vez más, el protagonista hace hincapié en la música, citando una canción alemana:

La bandera del Reich se riza bajo un cielo claro, y ante un palacio doblan y desdoblan movimientos dos soldados alemanes, los liberadores de Riga. (...) Y Riga – Riga luminosa, dorada, blanca – me sonrío desde sus ventanas donde una niña ensaya en un piano la vieja melodía, que es su corazón musical: *Blumen wieder die Blumen*. Volverán a florecer otra vez las flores (29).

Los símbolos que recoge el narrador en esta cita, reflejan, por un lado, la idea de Alemania como país salvador de los pueblos del Este, y, por otro lado, como transmisor de su música que evoca un ambiente positivo, de primavera. Todos los motivos a los que recurre el cronista los mezcla por lo general directamente con símbolos de carácter nazi. A la imagen de Alemania como nación liberadora vuelve también en Bielorrusia (54). Se hace notar que esta supuesta función de ser los liberadores de la Europa del Este, tan propagada por los nazis, ya ha sido asimilada del todo por los divisionarios españoles.

En la tercera y última sección, titulada “Crónicas de la División Azul”, al igual que el subtítulo de la novela, el ejército hispano-alemán avanza hacia Moscú. El narrador se concentra entonces en una situación de batalla final: en medio de la belleza de un ambiente otoñal aparentemente tranquilo han quedado las huellas de una lucha de suma crueldad. La zona entera se ha convertido en una región destruida y vacía donde se respira cierta desesperación en el aire. Dentro de un ambiente bélico tal, una vez más, la música de un joven alemán constituye un elemento positivo. Aparentemente no le afecta en absoluto a este joven la guerra actual o bien, utiliza la música como medio para olvidarla:

Es una tarde de cielo amarillo, resumido en las notas de un acordeón, que saltan como pájaros. Toca un mozo de Núremberg, soldado del destacamento de ocupación, y los campesinos rusos han vuelto a recobrar la condición humana (98).

Según el protagonista, esta música tiene un efecto positivo en la población rusa. El narrador se aprovecha aquí de ella de manera parecida a los nazis: a través de la música, la guerra parece menos cruel y más bonita. Tratando de tal manera la temática musical, expresando en muchos fragmentos del texto su admiración por la música germana, el narrador sigue el hilo de otros escritores germanófilos de la época, como Pío Baroja o

Ricardo León. En general se transmite a través de estas descripciones una idea pacífica y armónica de Alemania, idea del todo opuesta a un país en plena guerra.

A pesar de la identificación con los objetivos de los nazis que demuestra el protagonista, también hace, de vez en cuando, referencias a los contratiempos de la lucha. No obstante, aunque parece cada vez menos probable que los alemanes ganaran la guerra contra los rusos, el narrador, conforme con la propaganda nazi, cree en la victoria, resaltando la violencia alemana: “Rusia es lo imprevisto. «Al soldado ruso después de muerto hay que empujarlo». El ejército alemán lo está empujando, pero todavía no ha llegado al suelo” (105).

La propaganda nazi tiene por tanto su efecto en este cronista que a lo largo de toda su narración se muestra fiel a la ideología hitleriana. Otro elemento filonazi es la terminología que utiliza: desde los principios de su novela trata temas relacionados con la ideología nazi, como por ejemplo el lema ‘KKK’. Estas siglas, que denominan los tres lugares principales que deberían frecuentar las mujeres en la opinión de los nazis, son la abreviación de ‘Kinder, Kirche, Küche’ (los niños, la iglesia y la cocina) y fueron entonces muy utilizados por ellos (Bermann 2004: 111). El narrador de Gómez los traduce aquí con ‘Kirche, Kuss, Küche’ que significa ‘iglesia, beso y hogar’. La palabra ‘beso’ la traduce aquí como ‘amor’:

Iglesia, amor, hogar. Las tres K, que la blanda poesía señala como virtudes de estas doncellitas ruborosas de Baviera. Un poco más, un poco menos, amigos. En todo caso, ellas son las tres notas de la canción apacible de Baviera (Gómez Tello 1945: 15).

De acuerdo con las ideas extremadamente conservadoras de los nazis, el narrador se suma en esta cita, enfocando en las mujeres, al lema anteriormente mencionado, tan proclamado por los nazis.

Relacionándolo con la temática musical, realza a la vez que el ambiente bávaro actual es, marcado por la música, un ambiente pacífico. A continuación hace referencia a otro tema, también relacionado con la música, que es la religión. Destaca la omnipresencia del cristianismo en el sur de Alemania, cuando describe las iglesias de la región y el carácter creyente de sus habitantes¹⁹⁶.

Otro momento en el que el protagonista demuestra su identificación con la guerra de los alemanes, es cuando utiliza el pronombre ‘nosotros’:

Ahora tenemos que empujar suavemente las líneas soviéticas contra el río Msta. Sabemos que tenemos enfrente tres regimientos: el I, 00I, el I, 002 y el I, 004; unas

¹⁹⁶ Para la relación entre el nazismo y el cristianismo, véase Sala Rose 2003: 100-107.

cuantas baterías y los efectivos de una división de tanques, sin material. Los rusos permanecen boca abajo, pegados a sus agujeros, mirando a la ciudad desde lejos (84).

Se puede observar en esta cita que ya se ha establecido cierta unidad entre ambos ejércitos. Aunque el protagonista de Gómez también se centra en las situaciones que comparten los soldados de ambos países, el número de ellas es menor que en la crónica de Errando. También parece tener menos conocimiento de la lengua alemana pues sus citas lingüísticas al respecto no son tan numerosas. Además, las descripciones de algunos de sus encuentros con los nazis son más sobrias que las de Errando:

Fuera, la nieve y muchos matorrales. Vagones volcados; proyectores rusos abandonados. Los rojos colocan aquí sus obuses con cierta regularidad. Pero esto no le importa a mi amigo *Herr* Antony, ferroviario de Dresde, que se ha venido aquí – con su suntuoso uniforme ferroviario alemán, azul de almirante y botones dorados – a ver pasar los trenes y beber coñac con los españoles. – «Spanisch gut Kamerad», afirma (88-89).

Aunque este policía ejerce su trabajo de manera muy disciplinada, “regulando el tráfico con la seriedad que lo haría en Unter den Linden...” (92), aquello no le impide a disfrutar de los momentos de hermandad con los españoles.

En la tercera parte de su crónica, debido al tiempo compartido, aumenta el número de situaciones de camaradería que disfruta la unión hispano-alemana. A finales del capítulo “Ni la muerte venció tu heroísmo y lealtad” el narrador insiste en la euforia que comparten españoles y alemanes, tras haber terminado un combate importante y al haber sobrevivido. Además, se ha conseguido el objetivo tan elogiado de la ‘salvación’ de la población rusa:

Los rusos se repliegan hacia sus guaridas, y, en un asalto violento, la guarnición de Wswad se une a los españoles. (...) Se había realizado el objetivo. «En la madrugada de hoy, restos de la compañía española y guarnición alemana de Wswad se han abrazado, a siete kilómetros de nuestras posiciones» (151).

En el siguiente capítulo, “Una página de gloria de la División Azul”, se intensifican aún más los momentos de enlace entre ambos ejércitos. Calificándolos de ‘hermandad’, el narrador realiza su importancia:

Corre una clara voz a lo largo del convoy. Todo el mundo abajo. (...) Veo surgir de la niebla la linde negruzca de un bosque. Y la silueta de un centinela alemán. ¿Españoles? Una afirmación sonriente que hace que nuestras manos se encuentren. Un símbolo de la hermandad de armas, la camaradería, aquí donde la guerra dicta tantas razones inapelables entre Alemania y España. Y bien necesaria que será esta hermandad en el combate de mañana (153).

A pesar de los contratiempos de esta contienda, el protagonista se aferra a la idea positiva de los nazis y de su buen trabajo luchando contra “... los Comisarios rojos pisoteando la carne de todo un pueblo que Alemania va devolviendo a Europa” (127).

Pero no solo se alaba a Hitler y a su regimiento sino también a los héroes españoles. Así es que el octavo capítulo, titulado “20 de noviembre en el Frente del Este”, recuerda el quinto aniversario de la muerte de José Antonio. Predomina el tono fascista en esta conmemoración elogiosa del ausente. El narrador subraya además su pertenencia a la Falange.

Unos momentos especialmente duros para los soldados son las fiestas de Navidad. La lejanía de ambos pueblos de sus países natales recíprocos hace que aún se sienten más cercanos. De tal forma agradecen los ánimos que llegan en estos momentos de los comandantes supremos:

Wswad es un montón de «isbas» en la otra orilla del lago Ilmen. El destacamento alemán que lo guarnece sufre un acoso durísimo; las tropas germanas que resisten, se batan en todos los sectores, y no pueden hacer nada en este momento. El Jefe del Cuerpo de Ejército ha pedido a Muñoz Grandes que, si le es posible, vea la manera de socorrer a los valientes de Wswad. Él confía en el heroísmo de nuestros voluntarios. También confía en ellos el General español. Responde al Mando alemán: «Haremos lo que podamos por salvar a la brava guarnición de Wswad» (...) Llega el segundo mensaje – de la madrugada – del General [español]. «Sé que sufrís mucho. No importa. España entera sabrá vuestra hazaña. Alemania os admira. Sois el orgullo de nuestra raza. ...» (146-147).

Esta carta ya fue mencionada por el protagonista de *Campaña de invierno* (Errando Vilar 1943: 254).

Más elementos pro-germanos, a continuación más germanófilos que filonazis, se encuentran en las referencias a los diferentes ámbitos culturales alemanes. De tal manera, el narrador realza su propia cultura general respecto a Alemania. En la primera parte de la crónica, en Núremberg, el protagonista relata la historia medieval de esta ciudad, cuando cita a dos ciudadanos suyos conocidos, Pancracio Labenwolf (por él erróneamente denominado ‘Lebenwolf’) y Hans Sachs¹⁹⁷. Ocupándose, una vez más, de la temática musical, el protagonista, antes de despedirse de esta ciudad ya que el viaje de los divisionarios continúa, alaba la bonita atmósfera de Núremberg, que se caracteriza por ser musical y pintoresca: “Y cuando me voy a despedir del viento, se inclina y me dice el secreto de la ciudad, sus torres, su río y sus paisajes: Melodía de Hans Sachs, pequeña canción de Baviera” (Gómez Tello 1945: 23).

En el capítulo “Estonia”, último de la primera parte, el narrador describe en qué forma se hace notar la presencia nazi en el Este: los soldados alemanes patrullan por la calle, en cada esquina se encuentran periódicos en lengua germana y tampoco faltan las

¹⁹⁷ Véanse <http://www.wissen.de/lexikon/labewolf-pankraz> y <http://www.wissen.de/lexikon/sachs-hans> (ambos 10.05.14).

típicas cervecerías alemanas, las “Brauereien” (30 y 33). También se menciona la función de los alemanes como salvadores que ya se ha citado antes: “Hay que pensar que aun no han acabado los ingenieros alemanes de reparar los puentes sobre los ríos, que fueron dinamitados por los soviets” (34). Poco después, recurre otra vez a esta imagen de los nazis (42).

Las crónicas de Gómez terminan con el capítulo “Regreso a Europa, y unas reflexiones” en el que el protagonista por un lado recuerda con cierta nostalgia todo lo que vivió en el frente y por otro lado, al igual que el personaje principal de Errando, desea ya con ansiedad su vuelta a casa. Llega a la conclusión de que ha sido una experiencia única para ambos ejércitos:

Y le digo adiós a la tristeza de un mundo que está siendo redimido a cañonazos. Dentro de un día estaré en Riga, y dentro de dos, en Tilsit: ¡en Europa! Se acabaron las carreteras, y los paisajes, y los hombres, del apocalipsis soviético. Nadie sabe, sino los que lo han hecho, lo que significa el pasar de caseta pintada de los colores alemanes, donde un centinela os rinde los más exactos saludos militares prusianos (189).

Destaca por última vez la importancia de la misión en el Este y, junto a ella, el objetivo de los nazis de aniquilar el comunismo. Concluye: “Rusia es así. Es como es. Y agradezcamos a las armas que truenan, sobre las Marcas del Este, que Europa no llegue a ser como Rusia era. Como la Rusia de los soviets que yo he visto es” (191).

5. 4. José Martínez Esparza: *Con la División Azul en Rusia, 1943*

La obra de José Martínez Esparza *Con la División Azul en Rusia* (1943) se diferencia de las tres novelas anteriores ya que no está concebida con el propósito de ser una novela, sino que se trata de una crónica militar de carácter notablemente histórico. Sin embargo, por sus elementos germanófilos y filonazis, ha sido incorporada en este estudio.

Esta biografía revela que Martínez Esparza es coronel de uno de los cuatro Regimientos de Infantería que salen de España en la primavera tardía de 1941 (Negreira 1991: 29). Ocupa por tanto, al igual que Errando, un puesto superior dentro del ejército español. Sus apuntes en forma de diario enfocan sobre todo en el transcurso de la batalla y se caracterizan por un lenguaje notablemente militar. Otro paralelismo con Errando es la vuelta anticipada a España de Martínez Esparza, a partir de aquí llamado Martínez, a excepción de las citas. Debido a sufrir de diabetes, el coronel ya regresa en enero de 1942 (Negreira 1991: 81). El coronel, que cuenta con cierta importancia y popularidad entre los divisionarios españoles es reclutado con su ejército desde Andalucía (Sevilla).

Por la forma con la que el autor describe las características climáticas y paisajísticas andaluzas se puede suponer que es originariamente de ahí, a pesar de que no se hayan encontrado datos biográficos exactos.

Aunque solamente lo comenta en la tercera parte de su narración, afirma desde el principio que sus aspiraciones no son las de un novelista, sino que se define como cronista de una batalla cuyos acontecimientos recoge de manera exacta y minuciosa:

Al comenzar esta parte del libro, conviene hacer una advertencia al lector. Al relatar los hechos bélicos de la División Azul, no vamos a dar rienda suelta a la fantasía, ni aun con la excusa de dar forma literaria al relato, cosa que, por lo demás no pretendemos. No es necesario fantasear, por la sencilla razón de que la realidad es tan bella, que su simple descripción, seguramente, satisfará la más exigente fantasía (Martínez Esparza 1943: 201¹⁹⁸).

En el prólogo de *Con la División Azul en Rusia*, Martínez se presenta como un mando superior orgulloso por haber participado en esta contienda: “Quien esto escribe ha tenido el honor de mandar uno de los Regimientos integrantes de la División Azul en la primera fase de su lucha contra la Rusia Soviética” (5). Se siente extremadamente honrado por el hecho de que los nazis pidieran el apoyo militar de España:

...¿cuál no sería nuestra sorpresa cuando a los dos días se recibieron ya noticias oficiales, por conducto de las Jefaturas Provinciales y Locales de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S., participando que se abrían banderines de enganche para la organización de tropas españolas que fueran a luchar contra el comunismo al lado del Ejército alemán (10)?

¿Cómo se presenta este cronista, que no pretende ser un novelista, en su relato? Por un lado, desde los comienzos de su obra se demuestra claramente anticomunista, actitud que afirma cuando describe el proceso de selección de los soldados españoles: “...en algunas guarniciones se seleccionaba personal y se admitían voluntarios para luchar contra el comunismo” (9). Sin embargo, no expresa pensamientos antisemitas en su crónica. Por otro lado, destaca el carácter notablemente histórico de su obra. Así es que también apunta ciertos malentendidos de organización con el ejército alemán. Relata, por ejemplo, cómo, durante una de las batallas, los nazis por error apuntan a los divisionarios españoles:

El día 18 Muñoz Grandes ordena a Esparza que extienda su sector cuatro kilómetros al norte, hasta Udark y Borissowo, reemplazando a unidades de la División 126 que se trasladan a Kusino, donde se encuentran ya sus compañeros intentando abrirse paso para establecer la cabeza de puente. (...) Nieva intermitentemente (...) Al final ganan la orilla opuesta y, tras recorrer unos cincuenta metros, se topan de frente con una unidad de reconocimiento rusa. Las ametralladoras ladran. (...) Cuando los rusos clavan sus

¹⁹⁸ Se citará a partir de aquí por: Martínez Esparza, José (1943): *Con la División Azul en Rusia*, Ejército, Madrid. La página se indicará entre paréntesis.

fusiles en la nieve, los españoles acaban de obtener su primera victoria. (...) La artillería alemana de la División inmediata, al ver el combate en esa altura y sin noticias de lo que realmente ocurre – por haberse efectuado el relevo tres horas antes – tira sobre el enemigo y sobre los españoles, a los que no distingue desde su observatorio, causándoles siete bajas (Martínez Esparza 1943: 228, citado por Negreira 1991: 47). Inmediatamente organizan la retirada, recogiendo dos españoles muertos (Negreira 1991: 47).

Se sobreentiende que acontecimientos trágicos del estilo no se comentan más por parte de este narrador que, en su relato, se muestra del todo germanófilo.

Conforme con la estructura temporal de las novelas de Errando y Gómez, Martínez narra los hechos desde la salida de los soldados de España. Su relato consta, sobre todo, de elementos de carácter patriótico y de fervor falangista que a menudo se mezclan con elementos germanófilos. Llama la atención que en su libro se hallan más exclamaciones patrióticas que en otras novelas divisionarias. Al salir con su ejército de Madrid, el protagonista comenta en el segundo capítulo:

¡Hecho singular en la despedida a soldados que parten para misión de guerra!: no se veían caras tristes. Tanto era el entusiasmo por la causa defendida, tanto era el fervor patriótico, que, aun en los rostros bañados por lágrimas, eran éstas de pura emoción, nunca de tristeza (Martínez Esparza 1943: 26).

Teniendo en cuenta la posición militar del autor parece lógico que su entusiasmo sea mayor que el de un soldado simple: en su función de ejemplo para los demás, es su obligación transmitir cierta exaltación a los jóvenes voluntarios.

Por lo que se refiere a los elementos germanófilos, el narrador recoge y fomenta aún más que otros cronistas los tópicos que existen en la época sobre los alemanes: hace hincapié en el buen sentido de su organización, su disciplina y su buena política de la información.

La primera impresión que el protagonista se lleva de Alemania, cuando con su regimiento viaja en tren por este país, es comparable a la del cronista de Errando. Sin embargo, le influye su estatus como coronel debido al que ya anteriormente había tenido la ocasión de conocer al país germano:

Aunque no era el primer viaje que hacíamos a Alemania pues ya estuvimos en ella el año 1939, en viaje oficial, tomando contacto con el Ejército alemán y visitando unidades y cuarteles, la tan favorable impresión que recibimos entonces no podía compararse a la de hoy, en que el mismo Ejército se hallaba en pie de guerra, pues se apreciaba la misma diferencia que existe entre una obra el día del ensayo y la misma obra el día del estreno. En una tarea tan inocente como la de vigilar una estación, una obra de fábrica, unos vagones de ferrocarril, el Ejército alemán nos impresionaba ahora seria y severamente, dándonos la sensación de que su mayor fuerza radicaba en la disciplina: fuerza tan poderosa, que no habrá quien la resista. Sí; había de ser agradable batirse al lado de tan fuertes y buenos compañeros, perfecta y correctamente uniformados, aun para los trabajos más rudos y para los servicios más sencillos (32).

Esta imagen de los nazis, haciendo el narrador referencia a sus físico y actitud acogedora, es positiva. A través de sus observaciones, prevé una buena colaboración en el campo de batalla. Al igual que en el relato de Errando, Martínez también recuerda el entusiasmo con el que el pueblo alemán recibe a los expedicionarios españoles desde los andenes de las estaciones:

Indudablemente, la camaradería de armas en la gloriosa Guerra de Liberación había contribuido a que nos conocieran y nos amaran. Y, desde luego, entre todas las virtudes de la raza más popular era la del valor militar. Las exclamaciones que repetía la muchedumbre en todas las estaciones del tránsito – «Spanien gute Temperament¹⁹⁹» – mostraban bien a las claras el alto concepto que tenían de nosotros. Agradecemos, pues, al Todopoderoso que nuestros voluntarios, al actuar en el frente, no hayan desmerecido de opinión tan halagüeña, sino que la hayan confirmado con creces, lo cual será siempre un timbre de honor para la División Azul (44).

Además de hacer hincapié en el espíritu militar que une a estas alturas a ambos pueblos, el protagonista menciona aquí el estereotipo sobre los españoles temperamentales, que es sobre todo extendido en los países del norte de Europa y el que considera una ventaja para su ejército.

También alaba la organización y el abastecimiento de los soldados germanos que observa aún durante el paso por Alemania:

La mencionada sensación dábanla más las estaciones pequeñas que las grandes, pues éstas solían serlo de aprovisionamiento y había en ellas instalaciones de la Cruz Roja Alemana y del Partido Nacional-Socialista dedicadas a suministrar alimentos calientes a los viajeros del Ejército de Ocupación, al cual se considera que pertenecen todas las organizaciones alemanas, incluso las mujeres, ya que cumplen servicios considerados en el país como auxiliares de guerra (33).

Aparte de la buena organización *in situ*, elogia la buena preparación y previsión alemanas:

Gracias a la organización ferroviaria del Reich en tiempo de paz, y a su superabundancia en material de servicio y en personal, puede, en tiempo de guerra, atender a una red ferroviaria que comprende más de media Europa y que puede calcularse como diez veces superior a la explotada en época de paz (33).

A lo largo de su crónica, Martínez realza pequeñas características de la sociedad y mentalidad alemanas. En dicho contexto no solo menciona la limpieza y puntualidad del pueblo alemán, sino hace también referencia a la comida y productos determinados que en tiempos de guerra son difíciles de conseguir, como por ejemplo el tabaco:

El tabaco todavía era de España; pero algunos a quienes gustaba el tabaco de gusto moderno comenzaron a probar el alemán, de lujosa presentación, y que, sin duda por

¹⁹⁹ La traducción de estas tres palabras sueltas en alemán sería equivalente a la frase “Los españoles tienen mucho temperamento”.

orden superior, se nos había facilitado en el coche restaurante a título de huéspedes de excepción, pues también el tabaco está racionado en Alemania, y no digamos en Francia (35).

Durante una de las primeras cenas entre soldados españoles y alemanes, aún en Alemania, el protagonista comenta:

La cena consistió en un plato de carne acompañada de verduras varias, servidas en un plato-fuente con varios departamentos en cada uno de los cuales había una clase de legumbres, lo cual simplificaba extraordinariamente el servicio. Además, pudimos tomar algo de queso, riquísima cerveza a placer y una ración de sabroso pan muy blanco, aunque no tanto como exige el gusto español. Todo – muy bien y muy limpiamente servido – por un precio tan módico ¡que no llegó a dos marcos! (47).

A pesar de ser positivas las observaciones de este cronista destaca que son menos entusiastas que las de Errando o de Gómez.

En el cuarto capítulo de la primera parte, el protagonista describe otra comida entre españoles y alemanes. Uno de los nazis aprovecha la ocasión para dar la bienvenida a los nuevos voluntarios y hace hincapié en la parte de la historia que comparten ambos países:

A medida que el General alemán desarrollaba su oración de bienvenida, aludiendo a los tiempos en que España y Alemania estuvieron unidas bajo el cetro de Carlos V, el intérprete la iba traduciendo con bastante diligencia y corrección, la que dedujimos de lo grata que resultaba al oído la versión española que iba desenvolviendo. Terminó levantando su copa por el Caudillo, a lo que respondimos todos puestos en pie (59).

En otros fragmentos del texto el cronista recoge el aspecto limpio de los edificios en Alemania y de una imagen generalmente muy cuidada de los pueblos y ciudades (40 y 110). Cuando apunta que los constructores de las autopistas alemanas han pensado en un espacio para el veraneante o las personas que van de acampada, realza el sentido práctico germano:

No es el detalle estético lo que menos se ha cuidado en las autopistas. El arbolado, los puestos de gasolina, telefónicos y de socorro, cenadores, bancos y fuentes rústicas se han construido como formando parte del paisaje y por ello dan la sensación de que siempre han estado allí... a pesar de lo modernas que son las autopistas. – Por último, las autopistas tienen a un lado y a otro, en ciertos lugares – que generalmente cuentan con arbolado inmediato y puntos de vista pintorescos –, trozos de carretera paralelos, donde el excursionista puede dejar su coche mientras se dedica al «camping», a que tan aficionados son los alemanes, sin temor a que, aunque el coche quede sin vigilancia, no le ocurra ningún daño. Tales son las facilidades que en este país modelo tiene el excursionista en auto, moto o bicicleta, aunque, según tenemos entendido, éstas últimas no pueden circular por las autopistas (111).

A las autopistas alemanas ya se refirió el protagonista de Errando Vilar (véase el capítulo anterior). Además de asociar aún hoy día muchos alemanes la construcción de

las autopistas a la época nazi, a la sazón estas carreteras fueron un símbolo positivo de notable importancia:

Asimismo, la red de autopistas constituía un símbolo de la unidad alemana, en la medida en que permitía superar las todavía numerosas fronteras internas del país, vestigios de un pasado aún reciente en que la nación había estado dividida en cientos de estados diminutos. A la autopista se la consideraba, pues, un símbolo perfectamente acorde con la esencia del nacionalsocialismo (Sala Rose 2003: 84).

Dentro de la temática que se refiere al viajero por Alemania, el narrador insiste en las comodidades a las que los divisionarios en este país ya se han habituado y que, una vez en Rusia, echan por tanto de menos:

En una palabra: [los trenes] no tenían comodidad alguna, ni para el personal, ni para el ganado. Además, no había categorías para el transporte (...) [El Comandante Pérez Pérez] objetó algo al Oficial de Transportes alemán, el cual se limitó a contestar por toda razón: – ¡No estamos en Alemania! (Martínez Esparza 1943: 187).

En cuanto al juramento de la doctrina nazi, que ya se mencionó en varias ocasiones, Martínez, poco antes de efectuarlo con los demás divisionarios, recapitula el discurso de Muñoz Grandes. Al igual que Errando subraya la terminología nazi, cuando cita al general: “...vosotros, los voluntarios españoles, lo mejor y más selecto de mi raza, ..., os lanzáis resueltamente al combate, ... seguros de la victoria y en abrazo estrecho con vuestros camaradas alemanes, ...” (75). El hecho de transcribir el discurso entero del general demuestra la conformidad del protagonista con estas palabras.

A la puntualidad exacta de los alemanes se refiere a finales de la lucha, cuando narra la vuelta a España. Algunos de los divisionarios –sobre todo los enfermos, entre los que también se encuentra el narrador– emprenden su regreso a Alemania ya a principios de 1942. La llegada a Berlín es fechada el 15 de enero:

A las 11 horas, con la puntualidad que a través de todas las circunstancias es gala de los ferrocarriles alemanes, seguimos en tren hacia Berlín, en un departamento reservado para nosotros y para el médico que hubo de acompañarnos. A las 23,30 horas del mismo día llegamos a Berlín, y seguidamente la Kommandantur [*alemán para ‘comandancia’*] de la estación nos alojó en un hotel próximo (364).

De acuerdo con el tono de la crónica de Errando, Martínez elogia el paisaje alemán durante el tiempo del entrenamiento militar:

¿El paisaje? ... Omitimos la descripción, puesto que quien no lo conozca *de visu*, tendrá seguramente una idea del mismo a través de la literatura. Desde luego, llamaba la atención la variedad e intensidad de los cultivos, aunque, a decir verdad, el cambio no es brusco en la frontera (33).

Cuando se adentra el tren en Alemania, el autor continua con sus alabanzas, observando el país por fuera. Mientras el exterior le da un aspecto impecable, le resulta desagradable el tiempo frío en pleno verano:

El día estaba nuboso y de vez en cuando había algunas precipitaciones acuosas, que duraban poco. (...) La vegetación era de un verde esmeralda, entre el que destacaban los edificios, muy limpios y muy cuidados al exterior, con sus cubiertas de teja plana con un color rojo vivo. Abundaban los árboles. Carreteras y caminos estaban asfaltados, muy bien conservados y con numerosas señales de circulación. Las estaciones – todas del mismo tipo – ofrecían un aspecto muy pulcro, tenían escaso personal y no daban sensación de vigilancia. A pesar de hallarnos en julio, el ambiente era no solamente húmedo, sino fresco, casi frío... (40).

No obstante, una vez en el campo de batalla en Rusia, donde los soldados sufren una temperatura de 50 grados bajo cero, relativiza la importancia del tiempo, exclamando: “Pero (...) [nada] había (...) de ser obstáculo para el triunfo total y absoluto de nuestro Regimiento en el Este. ¡Milagros de la fe falangista y del entusiasmo voluntario! ¡Taumaturgia de las cualidades características del infante español!” (40).

Siguiendo el hilo de la descripción paisajística, destaca el tamaño de ciertos edificios:

El tren avanzaba por el Saar (...) Terminada esta región, llegamos – hacia las nueve y media – a una gran población y atravesamos el Rhin por un hermoso puente de hierro. En la otra orilla se asentaba otra población considerable. Más allá, cambiaba el paisaje, aumentando el relieve y los bosques. Desaparecían las explotaciones mineras y, en cambio, aumentaban las instalaciones fabriles de diversas clases, aunque todas de aspecto colosal (41).

A diferencia de sus compatriotas Errando, Gómez y Royo Masía (capítulo 5.), Martínez deja los nombres de los nazis que conoce, con algunas excepciones, en el anonimato. Uno de los primeros temas que predomina en las conversaciones entre los divisionarios de ambos ejércitos es, al igual que en otros relatos, el idioma alemán. Lo que durante el viaje en tren por Francia aún parece un obstáculo insuperable, se convierte, una vez conocidos a algunos nazis, en un aspecto insignificante:

Hasta Orléans, nuestros departamentos fueron respetados, y después tuvimos que compartirlos con algunos Jefes del Ejército alemán que viajaban por motivos de servicio o con permiso. Pronto se establecieron entre unos y otros corrientes de simpatía y se trabó conversación por los procedimientos más extraños. Por nuestra parte salieron a relucir gramáticas españolas de alemán y manuales de conversación como los de «¿Quiere Vd. aprender alemán en ocho días?» Pronunciábamos las palabras alemanas como Dios nos daba a entender y señalábamos a nuestros camaradas alemanes las líneas oportunas de cada texto para que las leyesen directamente y pudieran comprendernos (37).

Después de unos intentos de comunicarse también en francés y hasta en latín, el narrador concluye:

De todos modos, a fuerza de constancia, sobre todo a base de los manuales de conversación, cuando llegamos a París ya era casi perfecta la «entente» entre los oficiales alemanes y nosotros, que hacíamos un verdadero derroche de las expresiones alemanas más usuales (38).

Dicha situación lingüística de base parece cambiar poco a lo largo del combate (35 y 48). No obstante, el coronel demuestra una curiosidad y un interés continuo por la lengua alemana:

Por cierto, que algunos divisionarios vestían ya el uniforme alemán. Y, como los sastres no daban abasto a coser emblemas con los colores nacionales españoles en las mangas de las guerreras, se confundían con los soldados alemanes, y de ahí se entablaron diálogos graciosísimos entre alemanes y españoles, cada uno de los cuales creía que su interlocutor era de la propia respectiva nacionalidad, llevándose el correspondiente chasco al recibir como única respuesta el *nich feisteng*²⁰⁰ si el interrogado era español, o el *nein compriendo* si era alemán. Parece ser que hubo algún caso en que un español, sorprendido en el pueblo fuera de las horas de paseo, hizo creer a la vigilancia española, sin hablar una palabra, que era alemán. Y, según parece, también se dio el caso contrario. El caso es que el entusiasmo no decrecía, que el humor aumentaba y que la alegría presidía todos los trabajos (66).

Tales descripciones cumplen la misma función que en el relato de Errando, dándole un carácter más ameno a la narración. Son además un ejemplo de la buena camaradería entre ambos ejércitos. En otros momentos, los nazis parecen compensar el esfuerzo lingüístico de los españoles, demostrando su hispanofilia. La siguiente situación sucede durante una comida común:

Todos [los alemanes] se fueron complacidos de la amabilidad española, con lo cual transcurrió la sobremesa agradablemente y hasta algunos de los excursionistas entablaron amistad con muchachas, que viajan solas corrientemente (112).

De una manera que recuerda las descripciones de Errando, el cronista deja aquí constancia de una aproximación hispano-alemana fuera del ámbito militar.

En cuanto a la temática bélica, son los instrumentos y las estrategias militares de los nazis, por los que más interés demuestra este cronista:

El campo de la Base – ... – estaba plagado de blokaus²⁰¹ para vigilancia del tiro y otros con dispositivos para arrastrar blancos móviles de madera que daban perfecta sensación de realidad al tiro. También vimos obras defensivas que – según nos dijeron – estaban copiadas de las francesas, belgas, etc., donde ensayó el Ejército alemán los medios de destruirlas, tal como luego había de hacer en la realidad. Con ello, el Mando tuvo experiencia sobre los sistemas de ataque y familiarizó a la tropa y a los mandos subalternos con la táctica que se emplearía el día de la verdad. ¡Procedimiento

²⁰⁰ Transcripción del alemán “Nicht verstehen” (No comprender).

²⁰¹ Posiblemente, el narrador se refiere con esta palabra a los llamados ‘Blockhäuser’, en singular ‘Blockhaus’ (casas simples, de madera, que sirven para la caza o se utilizan como establos).

magnífico, que explica muchos éxitos alemanes! Así pudimos apreciar un perfecto sistema de transmisiones telefónicas blindadas, en el que había teléfonos permanentes de altavoz y otros con los que se podían enlazar los teléfonos portátiles de campaña de las unidades, lo cual facilitaba el trabajo e imposibilitaba materialmente los accidentes de tiro (67-68).

El narrador expresa aquí su admiración desde el punto de vista del experto militar, en su función de coronel.

Cuando en otro fragmento del texto describe a uno de los nazis, sigue la misma línea, resaltando el perfeccionismo alemán en el ámbito militar:

Nótese que el Jefe o Director de Armamento de infantería del Ejército alemán era un Coronel de Infantería sin ningún título técnico y que se había batido en el frente de batalla, como acreditaban las condecoraciones de guerra que lucía en su pecho. Pues bien: aquel hombre locuaz, nervioso, entusiasta, que se lamentaba de que se le retuviese en el Ministerio sin permitirle tomar parte directa en la campaña, era el creador de un armamento de infantería archiperfeccionado. Resolvía automáticamente la mayoría de las dificultades técnicas del tiro y tenía a sus órdenes a los técnicos encargados de resolver prácticamente y de ejecutar sus deseos, que eran los de un taumaturgo del armamento portátil. (...) Sus comentarios respecto al arma producían una gran confianza en el usuario. (...): – Puedes dormir siete días sin lavarte, pero ni uno solo sin limpiar tu arma (79-80).

A continuación, el cronista se refiere con admiración al minucioso cuidado de las armas, al equipamiento bélico (82).

También alaba las costumbres alimenticias, que son propias de la sociedad alemana. Aún en Alemania, las anota en el capítulo “Preparativos”:

Lo corriente era que después de la cena – a las siete de la tarde – todos fueran a pasar un rato a la cantina, donde se tomaba cerveza o vino del Rhin, que no es desagradable para el gusto español (121).

Poco después repite que se come “al gusto español”, hecho que agradece a los cocineros alemanes (122). En situaciones parecidas, también estando los españoles solos, el protagonista destaca, al igual que el de Errando, que los nazis, a través de pequeñas actividades diferentes, parecen pensar con frecuencia en la diversión del soldado (128). Es durante este tipo de cenas que se ofrece la ocasión de fraternizar con los soldados nazis a través de la bebida:

Costumbre estudiantil alemana es la de beber una ronda de cerveza en una gran copa que tiene la forma de una bota de montar, con el aliciente de que quien a su turno no consiga beber sin que penetre aire en el cuerpo interior del recipiente mencionado, ha de pagar la ronda. Aunque la cosa no es fácil, pues hay que tener cierta práctica o habilidad, salimos airosos de la prueba, lo cual hizo mucha gracia a Munzel [uno de los Tenientes alemanes] (141).

A pesar de que este narrador abarca sobre todo la temática militar, también se refiere alguna vez al ámbito musical. Cuando los soldados españoles emprenden una

excursión a Bayreuth, apunta que esta ciudad es “célebre en todo el mundo por su famoso teatro, en el que anualmente se celebran festivales de música wagneriana” (109).

Otras descripciones de cenas compartidas recuerdan el relato de Errando y demuestran por tanto la veracidad de este tipo de acontecimientos:

Luego de la cena, que transcurrió animadísima, hubo exhibición de habilidades vocalistas o musicales. Al efecto se había reunido a los especialistas más destacados de todos los Batallones. Hubo, a coro, canciones patrióticas españolas y alemanas. Además, el Teniente Coronel Fabian envió a buscar a dos soldados alemanes que iban con los instructores y que, naturales del Tirol, eran diestros en cantos, bailes y música de la región. Ambos causaron las delicias de los oyentes, especialmente uno que era un verdadero artista en los típicos cantos guturales del Tirol (130).

Finalmente, antes de partir rumbo a Rusia, el narrador constata que la preparación germana para la lucha había sido muy agradable: “No pudo ser más grata la fiesta de despedida. Al día siguiente comenzaríamos a salir, en diversas expediciones, para el frente de combate” (130).

A pesar de los propósitos del autor de esta obra de relatar los hechos bélicos tal como los vivió en el frente, sin incluir en ella elementos de ficción, su libro se caracteriza por algunos elementos novelísticos: entre ellos están la manera de opinar sobre la infraestructura de Alemania y sus descripciones valorativas del paisaje. Al igual que otros de sus compatriotas, muestra entusiasmo a la hora de describir las comidas que comparte con los nazis u otros acontecimientos de carácter festivo dentro del ámbito bélico. *Con la División Azul en Rusia* no es, por tanto, una crónica puramente militar, de tono sobrio, como en un primer momento pretendió concebirla su autor.

5. 5. Rodrigo Royo Masía: *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* (1944)

Sobre el divisionario Rodrigo Royo Masía, nacido en Ayora (Valencia) el 7 de agosto de 1922²⁰², es sabido que, antes de participar en la guerra contra Rusia, trabaja como periodista no solo en España sino también en el extranjero. Además es director de revistas y diarios, entre ellos *Arriba* y *SP*. Respecto a su carrera literaria,

... casi recién vuelto de la *División Azul* publicó el bélico libro, dedicado a uno de sus héroes, *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* (Madrid, 1944). *El sol y la nieve* (1957) es su versión divisionaria, obra que, curiosamente, se publicó primero en inglés y en los Estados Unidos (*The Sun and the Snow*; Chicago, 1956) (Rodríguez-Puértolas 2008: 717).

²⁰² Véase Royo Masía, Rodrigo. *El Sol y la Nieve*. Madrid: sin edición [Talleres Gráficos CIES], 1957: lomo del libro.

Solamente dos décadas más tarde, Royo Masía prosigue con su carrera novelística, tratando en *Todavía* (1974) la temática de la guerra civil y en *El Establishment*, del mismo año, los escándalos de la economía franquista (Rodríguez-Puértolas 2008: 717).

Tanto en *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* como en *El Sol y la Nieve* el autor trata sus experiencias en la División Azul. La estructura de ambos libros es comparable. Sin embargo, la segunda es bastante más extensa y se ocupa más del tema ruso en lo político, histórico y cultural, incluyendo lo lingüístico. Su precursor *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* es menos complejo. No obstante resulta una novela interesante ya que es algo diferente a las crónicas que forman parte de la sección cinco. Por ello conviene analizar esta obra bajo diferentes aspectos. Puesto que abundan las alusiones a la obra de Francisco de Quevedo, *Historia de la Vida del Buscón, llamado don Pablos*, de 1626, conviene comparar en un primer momento la novela de Royo Masía con esta. Es menester dejar claro que en ningún momento se estudia la obra de Quevedo como tal, sino que únicamente es un modelo que permite equiparar ambas novelas en algunos aspectos. En un segundo momento salta a la vista la gran cantidad de referencias al mundo cultural en general, es decir, no solo a la literatura sino también, entre otras, a los campos de la historia, del cine y de la pintura. Puesto que dichos elementos destacan desde la primera lectura, se estudian antes que los elementos germanófilos y filonazis. Estos últimos se ven en la tercera parte del análisis de esta obra (5. 3.). Debido a estas tres maneras de aproximación al texto, el estudio de *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* es más extenso que el de las novelas anteriores.

Antes de analizar dichos elementos, conviene resumir brevemente la novela de Royo Masía. El protagonista de *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* se presenta en el capítulo “Preliminar” como estudiante del mismo nombre, de 22 años. Es de suponer que antes de la guerra ha estudiado letras, probablemente con la especialidad literatura, ya que su relato abunda en referencias culturales, sobre todo a la literatura española.

Su origen no se revela hasta el último capítulo de la obra. Hasta entonces, el narrador confunde con una serie de indicaciones diferentes respecto a su procedencia que da a lo largo de su narración (Royo Masía 1944: 16, 37 y 130²⁰³). Finalmente manifiesta ser de la provincia de Valencia: en el epílogo se comprueba que su madre,

²⁰³ Como en los capítulos anteriores, se citará a partir de aquí siempre por: Royo Masía, Rodrigo: *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos*. S. n., Madrid, con la página entre paréntesis.

con la que vivía antes de partir a la guerra, “vive en Ayora, un pueblecito de la provincia de Valencia, en la calle de la Marquesa de Cenete, núm. 60” (218). Se ha podido confirmar no solo que dicha dirección existe en el pueblo de Ayora sino también que el escritor procede de este mismo pueblo²⁰⁴.

La novela de Royo Masía es introducida por dos dedicatorias: la primera se dirige a Eugenio Díaz Seco, amigo del protagonista, la segunda a un compañero fallecido en la contienda, llamado Ortiz (5 y 11). *¡Guerra!...* está compuesta por cinco partes: al terminar el prólogo, una carta introductoria y otra nota preliminar comienza la acción novelística, titulada “Recuerdo”. Esta, por su parte, se divide en quince capítulos; entre ellos, los cinco primeros reflejan ya la actitud germanófila de su autor. Títulos como “Alemania” (segundo capítulo), “Grafenwöhr” (tercer capítulo) y “Hilde” (cuarto capítulo) son un primer indicio de esta postura (223). Una vez acabada la parte de la acción novelística, el cronista añade aún cuatro capítulos cortos a su crónica, llamados “Reseña del presente. – Schaulen”, “Delirio” y “Epílogo”, subtítulo “Nota del transcriptor”. En cuanto a “Epílogo”, se trata de un capítulo muy breve. Firmado por el autor Royo Masía, en él se confirma que Royo es el transcriptor de las memorias de su amigo Luis Pablos, quien, antes de fallecer en un hospital militar en Letonia, le ha confiado su diario bélico.

Por último, el narrador le atribuye una división más a su relato: agrupa su novela, además de los capítulos ya mencionados, en cuatro bloques grandes. El *Buscón*, por su parte, está compuesto de tres. Así es que los primeros cuatro capítulos en Royo constituyen un bloque, del quinto al noveno se puede hablar de un segundo bloque y del décimo al decimoquinto de un tercero. El cuarto bloque engloba los capítulos restantes. A cada subdivisión le precede una pequeña cita, a veces literaria. La del primer bloque se titula “Bien haya la milicia, que sabe desterrar la pereza” (19), la segunda es “Y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien cambia solamente de lugar y no de vida y costumbres. (Quevedo: *El Buscón*)” (63), la del tercer bloque “También el fuego de la guerra purifica las almas” (125) y la del cuarto “Recordar es vivir tantas veces como se quiera” (189). Excepto en la segunda, en ninguna de las otras citas se indica un autor. Es posible que sean por tanto afirmaciones propias del narrador a las que quería atribuir un tono literario. Estos títulos, compuestos en forma de citas, reflejan los estados anímicos del narrador, en relación a los acontecimientos de cada bloque. Con tales lugares

²⁰⁴ Véase Royo Masía 1957: lomo del libro.

comunes, la figura principal, sufriendo la mayor parte de esta guerra, intenta encontrar un fin a la contienda.

A través de dichos títulos, resulta fácil reconstruir el trayecto de este divisionario que, además, concuerda con el de los anteriores. Pero hay en esta novela un acontecimiento que no figura en otros relatos divisionarios y que cambia notablemente el rumbo de la historia de este protagonista: debido al frío extremo al que Luis está expuesto en Rusia, ambos pies le son amputados. La última parte de la novela está situada en un hospital militar en Schaulen (Letonia) dónde se cuidan los soldados con lesiones de la guerra. El protagonista, debido a sus fuertes dolores, sufre en este último capítulo grandes delirios hasta que fallece finalmente en el mismo hospital.

Aún en vida, hay otro acontecimiento que marca el camino de Luis de Alemania a Rusia: es el encuentro con Hilde, una joven alemana de 17 años, de la que se enamora. A pesar de ciertas dificultades lingüísticas –Hilde habla un poco de español, el protagonista tiene escasos conocimientos del alemán– viven un corto, pero intenso romance en Alemania antes de que los divisionarios continúen su marcha. Ambos intentan mantener el contacto: mientras Hilde le escribe cartas, Luis apunta en su diario los recuerdos compartidos. Son justamente estos buenos recuerdos que acompañan al protagonista hacia el final y que, durante la contienda, le ayudan a afrontar sus dificultades.

5. 5. 1. Rasgos y elementos quevedianos

El título de Royo es la primera referencia directa a la novela de Quevedo. Pero a diferencia del autor del Siglo de Oro, el divisionario sitúa al lector con la primera palabra en un contexto bélico y le atribuye un nombre de pila a su héroe narrativo. Sin embargo, la estructura de *¡Guerra!...* recuerda la novela picaresca quevediana. Toda la novela de Royo, a excepción del prólogo y del epílogo, está escrita en primera persona del singular, desde la perspectiva de su protagonista Luis Pablos. En cuanto a las dos dedicatorias al inicio del libro, no demuestran ningún paralelismo con Quevedo ya que son mucho más cortas y no hacen referencia al *Buscón*. El prólogo de *¡Guerra!...* está concebido como una anotación de un amigo de Luis Pablos que ha publicado estas memorias suyas. Más adelante, en el último capítulo, se revelará que se trata en efecto del autor Royo Masía quien firma finalmente la obra. Las palabras del prólogo recuerdan en cierta manera la obra quevediana: primero, su autor pretende no haber querido crear ningún prototipo de novela con la presente novela. Además afirma que su

protagonista había querido contar su historia y vida de la manera más verosímil y modesta posible: “Estoy seguro que Luis Pablos, al escribir sus memorias, no pretendió pintarse como arquetipo de algo. Quiso reflejar su vida y su alma tal y como eran” (7). Con la expresión “como arquetipo de algo” subyace la presencia del *Buscón* en cuanto Pablos es un arquetipo, el pícaro. Unos motivos parecidos para escribir su novela se pueden atribuir también al héroe novelístico de Quevedo. No obstante, la forma narrativa de la obra quevediana es diferente ya que falta un autor omnisciente que introduce al protagonista.

Las primeras descripciones que traza la figura principal de sí misma aún no tienen paralelismos con don Pablos:

El objeto es dar a conocer a un muchacho de hoy, con toda su ingenuidad y todo su profundo sentido de la vida; reflejar su posición ante las cosas, sus problemas espirituales, sus ambiciones, su secreto impulso de un romántico consciente (7).

Este carácter romántico encaja también con la descripción siguiente:

Luis Pablos, atolondrado y soñador, como él se llama, pero luchador de los mejores, como yo lo he conocido, es uno de tantos productos de nuestro tiempo que están todavía por estudiar. Bajo el signo épico y lírico que ha hecho renacer esta juventud nueva, vivió Luis Pablos su vida intensa, dura, sencilla, llena de poesía. Este idealismo exaltado podrá o no cambiar el rumbo de la Humanidad, ... (7).

A partir del siguiente capítulo, todavía de carácter preliminar a la acción novelística, habla siempre el protagonista Luis Pablos. Titulado con “Schaulen, 12 de febrero de 1942”, esta carta de Luis indica su estancia clínica en un hospital militar en Schaulen (Lituania), entonces perteneciente a la Unión Soviética. Revela en la carta, dedicada a sus padres, que había sido sometido a una operación importante: a causa de una grave lesión, le fueron amputados ambos pies (15). A pesar de este acontecimiento traumático cuyos efectos pesarán muy negativamente en él a partir del primero capítulo, se muestra bastante animado. Hace bromas sobre ciertas dificultades lingüísticas a la hora de confesarse con el cura del hospital que sólo habla francés:

Para que se confiesen los otros muchachos que no saben francés, dice [el páter] que basta con que indiquen con los dedos el número del Mandamiento contra el que se ha pecado. Como veis, la guerra tiene cosas originales y graciosas. Yo me confesaré en francés porque Dios entiende todos los idiomas, aunque el francés mío creo que ni Dios lo entiende (13-14).

La carta introductoria de Royo recuerda la forma epistolar de la obra de Quevedo: Pablos también se dirige siempre a un receptor, ya lo llame, en varias ocasiones, ‘Señor’ o ‘Vuestra Merced’. Con comentarios del estilo de la cita anterior, el

texto adquiere un tono irónico-gracioso que no solo es propio de la novela royana sino también del *Buscón*.

En el siguiente capítulo, titulado “Preliminar”, el protagonista de Royo detalla su situación actual y anota cuáles fueron sus motivos para escribir esta obra. A partir de estos momentos no se hallan muchos paralelismos con el Pablos quevediano puesto que el contexto bélico, en el centro de la novela, no es el del *Buscón*. Relacionado con ello, está el estado físico del protagonista de Royo que domina toda la novela y que no tiene punto de comparación con el de don Pablos. (Éste, es cierto, sufre físicamente también de dolores de piernas y rodillas, pero sus dolores se deben a peleas con sus conciudadanos.) Los protagonistas de Royo y Quevedo no comparten, por tanto, la misma situación de partida, pero coinciden en el relato de carácter autobiográfico.

Además, hay algunas características que ambas figuras tienen en común. Con su presentación personal y el tono de esta, trazada en “Preliminar”, quiere hacer parecer su novela a una obra literaria de buen nivel: “Tengo veintidós años y nací en uno de aquellos pueblecillos de España que, desde aquí, más parece ciudad encantada de leyenda infantil que un pueblo real” (16). Don Pablos, por su parte, se presenta de una manera parecida (Quevedo 1970: 10-11).

Aunque se muestra algo inseguro de sí mismo cree tener cierto talento para escribir. Además, sus circunstancias personales actuales son favorables para emprender este proyecto. El héroe quevediano no expresa, en cambio, ninguna de estas sensaciones. Sin embargo, el éxito en el escribir que parece tener la figura de Royo, es propio de don Pablos en lo oral:

Voy a escribir mi historia, la historia de Luis Pablos (que así me llamo), para entretener mi tiempo, tan pegajoso que se me pega a las sábanas y a las manos y no quiere correr. ¡Quién sabe si tengo yo talento literario! Varias veces me han felicitado por lo bien escritas que estaban mis cartas y siempre he pensado que mi vida se había de resolver por el camino de las letras o por el de futbolista, que todo es deporte. Ahora, como esto último ya no puede ser... (Royo Masía 1944: 16).

A pesar de las diferencias entre ambos personajes, el autor Royo demuestra, ya con la elección de su título, su admiración y profundo conocimiento de la obra quevediana. Toda su narración consta de pequeñas referencias al *Buscón*. Desde el inicio de su crónica se compara con el pícaro del siglo XVII: “Mi vida tiene algo de semejante con la de aquel don Pablos de Quevedo. Por lo menos el nombre y también la desgracia” (17). Es evidente que, por un lado, el *Buscón* le sirvió al escritor como una especie de modelo para escribir sus memorias. Por otro lado, anticipa su estado desanimado que

marca notablemente la novela. También hay en el *Buscón* un desencanto con la sociedad y la vida llevada a cabo. De ahí que el protagonista de Royo no se caracterice como el típico héroe pro-bélico como el de otras crónicas divisionarias. No obstante, ha encontrado en la literatura un ancla que le servirá de apoyo para aguantar las dificultades de la guerra.

Otro rasgo que Luis Pablos comparte con el ‘buscavidas’ es su carácter nómada, que se refleja en el primer capítulo “Recuerdo primero. – Francia” (21):

El «extranjero» tuvo siempre para mí un poder atractivo. Creo que nací enfermo de emigración, porque apenas empecé a razonar (si es que he razonado alguna vez), ya sentía una fuerza imperiosa que me arrastraba al «extranjero». Me preguntaba si la tierra sería tierra y los hombres serían hombres, si las leyes de la gravitación y de la inercia seguirían experimentándose, si se besaría lo mismo, si habría árboles, patos y burgueses. Estas incógnitas me atraían de un modo irresistible (21).

La figura principal de Quevedo, sin embargo, es vagabundo no por placer sino por necesidad: está en la búsqueda constante del dinero, de una esposa y a fin de cuentas de la felicidad, de una vida mejor. Aunque en este sentido, no es comparable con el héroe de Royo, ambos comparten su búsqueda por la felicidad en el amor. A pesar de la euforia del divisionario por partir al llamado ‘extranjero’, la realidad bélica se impone rápidamente y con ella, el protagonista de Royo se desilusiona. Con retrospectiva constata:

Confieso que [una vez en el extranjero] sufrí un desencanto: el cielo era azul y la tierra color de tierra, con manchas verdes, que debían ser bosques o prados. Quizá allí se llamase de otra manera, pero no por eso dejaban de ser bosques o prados (21-22).

El estado pensativo del protagonista, acompañado de una gran facultad imaginaria, preside su perfil:

Mi imaginación hacía de todos los objetos un objeto raro, lleno de extrañas propiedades; y de las francesas, en la lujuria de mis años mozos, las dignas maestras de ese tipo histórico que se conoce con el nombre de libertino francés (23).

Además de recordar esta frase al *Quijote*, con el que Luis Pablos se podría comparar aquí, cumple también con algunas características de don Pablos. Éste demuestra con frecuencia que tiene gran imaginación, por ejemplo cuando se atribuye siempre de nuevo nombres diferentes o cuenta, en muchas ocasiones, a gente apenas conocida, anécdotas e historias inventadas para hacerse interesante. No obstante, don Pablos está más arraigado en su realidad de lo que parece estarlo Luis Pablos. El último confirma tal hecho también en otro momento de sus memorias (43).

A menudo el protagonista destaca su origen humilde, otro aspecto que comparte

con la figura quevediana. En la siguiente cita compara las características paisajísticas de Alemania con las de su pueblo natal:

Sí; aquello era parecido a Roncesvalles, pero en ningún modo al paisaje de mi pueblo, canijo y pobre, como gato sarnoso. Había hayas y muchos pinos, no como los de mi pueblo, retorcidos y chatos, con la copa redonda, con las hojas foscas, como erizo a la defensiva, sin altos, rectos, exuberantes, con las jamugas recogidas en grandes racimos (37).

La figura principal del *Buscón*, por su parte, no traza su pueblo natal como un lugar feo, sino que se refiere frecuentemente a su procedencia paupérrima en general; elemento central de la novela picaresca.

La muerte también es un tema que ocupa a Quevedo. En este contexto resulta interesante estudiar los trasfondos de ambas novelas para ver cómo sus protagonistas recíprocos tratan de la muerte cuando se ven confrontados con ella. A pesar de que los ambientes de ambas obras son diferentes –el de Royo es bélico, el de Quevedo no– se encuentran en ambas novelas situaciones con muertos, aunque no sean comparables. En *¡Guerra...!*, una de las escenas más impresionantes en cuanto a las víctimas bélicas, es la de la mujer ahorcada en Rusia. Este incidente sucede en el décimo capítulo; los soldados acaban de llegar entonces a Novgorod:

El primer día todos fueron a ver a una rusa ahorcada en la plaza central y puesta allí, de cuerpo presente, para pregonar la justicia y la rigidez alemana. Un letrado en idioma germano y en ruso, colocado en el pecho de la víctima, rezaba: «¡Por espía!» (128).

Aunque el protagonista asegura que él mismo no ha ido a verla, no por miedo sino “porque no tuve ocasión” (128), comenta que todos los divisionarios quedan muy impresionados por la imagen de esta mujer.

La muerte que más le afecta al protagonista de Quevedo es la del padre de don Pablos. Cuando el héroe novelístico regresa a Segovia, su ciudad natal, para arreglarse con su tío respecto a la herencia de su padre, tropieza con el cuerpo del fallecido. Recordándole, relata que esta imagen provoca cierto sentimentalismo en él. Sin embargo, dicha escena no está en el centro de su narración como tampoco lo están, por lo general, los sentimientos del protagonista.

Llegué al pueblo, y a la entrada, vi a mi padre en el camino aguardando (3, nota al pie: Hecho cuartos por el verdugo). Enternecíme y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas, bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quién conociera a mi tío – fuera del rollo (4, nota al pie: Que servía de picota) – mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano (Quevedo 1970: 70-71).

A pesar de ser diferentes y muy alejados históricamente los trasfondos y contextos de cada novela, los temas de la vida y de la muerte son comparables en otro sentido. Tanto

Royo como Quevedo incorporan la oposición 'vida-muerte' en sus obras, aunque ello sea un tópico en la literatura universal.

Muy marcado por la situación bélica, el héroe novelístico de Royo hace con frecuencia hincapié en la falta de higiene, en el hambre de los soldados, en la suciedad a la que están expuestos todos:

Me iba embruteciendo cada vez más, como corresponde a un soldado. La comida comenzaba a preocuparnos, porque escaseaba. Cuando se detenía el tren para distribuir el rancho, todos saltábamos de prisa del vagón con objeto de ponernos los primeros en la cola y llegar al reenganche, si lo había (Royo Masía 1944: 129).

Estos aspectos, que indican la falta de las necesidades básicas, expresadas lógicamente de forma muy distinta entre una y otra obra, son, por un lado, propias de la novela picaresca y, en concreto de *El buscón*, donde el hambre es motivo fundamental. Sirva de ejemplo la estancia de don Pablos y don Diego con el licenciado Cabra. Esta experiencia hace que don Pablos se invente trucos para camuflar sus robos y se haga pasar por buena persona:

No cabía el ama de contento conmigo, porque éramos los dos al mohíno (...): habíamos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces heredé no sé qué amor a la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica, porque siempre iba de más a menos, y la vez que podía echar cabra u oveja, no echaba carnero, y si había huesos, no entraba cosa magra; y así hacía unas ollas típicas de puro flacas; unos caldos que, a estar cuajados, se pudieran hacer sartas de cristal de ellos. Las Pascuas, por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solía echar cabos de velas de sebo. Ella decía – cuando yo estaba delante – a mi amo: «Por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso; consérvete v. m. que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae.» Yo, por el consiguiente, decía de ella lo mismo, y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto, carbón o tocino, y escondíamos la mitad, y cuando nos parecía decíamos el ama y yo: «Modérense vs. ms. en el gasto, que en verdad que si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del rey. Ya se ha acabado el aceite o el carbón; pero tal priesa se han dado... Mande vuesa [sic] merced comprar más, y a fe que se ha de lucir de otra manera; denle dineros a Pablicos.» Dábanmelos, y vendíamos la mitad sisada, y de lo que comprábamos, sisábamos la otra mitad; y esto era en todo (Quevedo 1970: 41-42).

En el texto de Royo, Luis Pablos describe como aprovecha la comida vieja:

En otra parada [de tren], a mediodía, Ortiz y yo, merodeando en torno a la cocina de otra Compañías, vimos en el suelo una verdadero riqueza de chorizos. Eran muchos trozos diseminados por el terraplén y algunos llenos de porquería. Pero nosotros los lavamos en un charco y nos llenamos la bolsa de chorizo. Al volver, en el vagón, como nos daba aprensión comerlo, lo cambiamos por otras cosas de comer y por cigarrillos, de los que hicimos un verdadero acopio. Poco después supimos que los de la cuarta Compañía habían tirado el chorizo que se les repartió, porque estaba descompuesto y podrido, pero en nuestro vagón todos se lo habían comido ya. Ortiz y yo estuvimos muy a punto de ser arrojados por la ventanilla (Royo Masía 1944: 129-130).

Este acto de lavar el chorizo podrido y ofrecérselo a los compañeros, que causa bastante repulsión en el lector, es comparable con algunas escenas de la vida del pícaro Pablos: este también está constantemente preocupado por conseguir comida y comete innumerables travesuras para engañar a sus conciudadanos (por ejemplo, en el episodio con las pasas).

A modo de conclusión respecto a los rasgos quevedianos cabe resumir que son sobre todo el título y algunos elementos de la estructura de la novela de Quevedo a los que Royo recurre en la concepción de su obra. Por lo tanto son referentes de la estructura externa de la obra, elementos que pueden considerarse superficiales, aunque hábilmente utilizados. Además, también se hallan unos cuantos paralelismos entre, por un lado, las características de las dos figuras, y por el otro, los ambientes en los que se mueven, a pesar de que esos trescientos años de distancia no permitan comparaciones ambientales.

Otro posible elemento de comparación con Quevedo, refiriéndose al título, queda finalmente en el anonimato: En varias ocasiones el narrador de Royo habla de un tal Luis, presentado como otro soldado de su división. La mención de Luis, que lleva el mismo nombre que el narrador, crea confusión. Hay momentos en los que no está claro si Luis es el narrador o si es otra persona. Es el caso de la situación siguiente, cuando el narrador describe el entorno de soldados en el que se mueve:

Apenas nos conocíamos. El sargento y el cabo parecían dos buenos muchachos. (...) Luis padecía verborrea y no callaba ni con la boca llena. Por nuestra identidad de nombres, a él le decíamos Luis, y a mí me llamaban Pablos” (39).

El Luis que “no callaba ni con la boca llena” no encaja con el perfil del narrador que, aunque consciente de sus buenas nociones culturales, es generalmente mucho más reservado y modesto (118-119). La existencia del ‘otro’ Luis puede, por un lado, indicar el estado ambiguo del protagonista. Por otro lado, es posible que haga referencia al *Buscón* y a su amo don Diego cuyas personalidades, según la crítica literaria, son mucho más comparables de lo que aparenta a primera vista. En algunos casos don Diego puede incluso considerarse como el álgter ego de don Pablos²⁰⁵.

Por último existen dos características claves que diferencian *¡Guerra!...* y *El buscón*: en primer lugar, el amor que siente el protagonista de Royo por Hilde no es vivido por don Pablos con las mujeres que conoce durante su vagabundería. Mientras Luis Pablos se ha enamorado de verdad, el héroe quevediano busca sobre todo un

²⁰⁵ Véanse Redondo 1974: 8 y 12 así como May 1950: 323.

matrimonio que le permite mejorar sus condiciones de vida e instalarse de forma permanente en la sociedad. En segundo lugar, el final de *¡Guerra!...* no tiene nada que ver con *El Buscón*.

Así, pues, todas las referencias a la novela picaresca y a la novela quevediana se centran, en su mayor parte, en el carácter del protagonista y en manifestar su predilección y conocimiento literario de *El Buscón*.

5. 5. 2. Referencias culturales

Como ya se pudo comprobar en la sección anterior, son múltiples las ocasiones en las que el narrador de *¡Guerra!...* deja constancia de sus amplios conocimientos sobre todo literarios, ya sea de literatura española o de universal. Además, demuestra un gran interés por muchos otros ámbitos culturales. Puesto que, por estas características, se diferencia notablemente de escritores como Crespo, Gómez y aún más de cronistas de tendencia más militar como Martínez, conviene dedicar un capítulo a las referencias culturales de dicha novela.

Las siguientes referencias, excluidas las quevedescas ya expuestas, se pueden clasificar en distintos apartados: en un primer momento están las alusiones a la literatura española, agrupadas por siglos y corrientes literarios. Después, las menciones sobre la literatura universal. Además, cuenta esta novela con un número considerable de referencias históricas, cinematográficas y pictóricas. En otro apartado se agrupan las menciones algo menos frecuentes a la música, la arquitectura y la filosofía. También se comenta brevemente el lenguaje utilizado por el narrador que refleja precisamente todos estos conocimientos culturales.

Una de las primeras referencias a la literatura española se realiza sobre Garcilaso de la Vega. Durante el viaje de los divisionarios por Francia, el narrador describe su paisaje y apunta que para las obras de este poeta renacentista hubiese sido este el ambiente más adecuado:

Yo comenzaba a arrepentirme de mi primera sensación de desencanto. Sí que era el «extranjero», sí que había cosas exóticas, paisajes distintos, llenos de sugerencias y extrañas impresiones. ¿Y aquellas casas de campo, con sus tejados rojos, que se dejaban ver a una distancia inverosímil? ¿Y aquel verdor intenso, aquel césped en donde Garcilaso debió cantar sus églogas, mejor que en la seca y árida Castilla? ¡Todo era distinto! (23).

Pero Luis Pablos no solo conoce a Quevedo y Garcilaso, sino también tiene presente una de las obras maestras de Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla* y

convidado de piedra, como demuestra a finales del primer capítulo. Todavía en el tren recorriendo Francia, son estas sus últimas reflexiones antes de terminar el capítulo:

Me dormí, y aún creo que soñé con asaltos y heridas gloriosas, y con medallas y escapularios que me prendieron en el pecho las manos de tantas novias que me amaban. En mis sueños aún quedaban reminiscencias de don Juan presuntuoso (32).

Recuerda en estos momentos no solo su juventud y sus relaciones amorosas anteriores sino se compara además con la figura de un don Juan que impresiona a las mujeres por sus éxitos militares. La manera con la que el narrador alude tanto a Garcilaso de la Vega como a Tirso de Molina indica la admiración que siente por ellos. Aunque en puridad la referencia pudiera ser sobre cualquier donjuan de la literatura española, en buena lógica a uno de los dos más afamados, el de Tirso o el de Zorrilla. La referencia es al mito.

Dentro de las referencias a la literatura española destaca la frecuencia con la que el protagonista aborda ideas propias del Romanticismo. Tal hecho concuerda, por un lado, con el carácter soñador del protagonista que se refugia a menudo, como un romántico perdido, en su mundo imaginario. Al mismo tiempo, el amor que siente por Hilde, por varias razones, se podría considerar eminentemente romántico. Así, entre otras cuestiones, los recuerdos de esta relación le acompañan hasta su muerte, por lo tanto es un amor absoluto típicamente romántico y a la vez imposible. Además, la personalidad de Luis, ya trazada en la sección anterior, contrasta con la del típico héroe militar que vive con la cruda realidad de la guerra. En muchas ocasiones, la literatura romántica le sirve para animarse:

«¡Nada de sentimentalismos! El hombre es hombre cuando sabe vencerse a sí mismo.» Tan saturado estaba de Zorrilla y Espronceda, que me brotaban las consonantes con la misma espontaneidad que si fuera poeta melencólico y bohemio (27).

Por un lado, Luis realza su modestia en cuanto a su propio talento literario, comparándose con los grandes escritores románticos. Es una afirmación que repetirá con frecuencia a lo largo de su relato. Por otro lado, sus compañeros ven en él a alguien “un poco soberbio y engreído” (39), como afirma su compañero Ortiz. En otro momento, cuando Luis cita a Neruo y Bécquer, expresa sus aspiraciones por ser un verdadero poeta. Insiste en sus ganas de componer sus propias obras poéticas a pesar de no ser un “poeta melencólico y bohemio” (27). Su vida anterior a la contienda era, según él:

(...) monótona: estudiaba y escribía versos como cualquier estudiante; (...). Me parece que era un muchacho atolondrado y romanticazo [sic], con más versos de Amado Neruo y de Bécquer en la cabeza que piojos he matado en la chabola... (17-18).

En cuanto a su amor por Hilde, le atribuye también un carácter altamente romántico. Lo describe como el típico amor romántico; intenso, pero pasajero: “Yo amaba a Hilde, la amaba locamente, románticamente, pero momentáneamente también” (59). A pesar de tanta terminación en –mente, que poco dice de la calidad del autor, los dos primeros adverbios muestran el carácter apuntado y el siguiente sin duda lo dicta su realidad, la guerra. En otro momento, después de haber intentado, en un estado de borrachera, prender fuego al barrio judío, intenta recapitular los hechos de la noche anterior: “Recordaba todo lo pasado con las polacas y los alemanes y luego con los judíos aunque de un modo confuso. Pero conocía el desenlace. Era triste el desenlace, como la literatura de los románticos” (85). En efecto, ya se ha escrito sobre los finales de amor imposible en el movimiento romántico.

En otra escena, en torno a la literatura de finales del siglo XIX y principios del XX, el protagonista refleja sobre el papel de los españoles en la guerra contra la Unión Soviética. Es ahí cuando recuerda “el espíritu noventayochista” (28) y opina que los escritores de esta generación hubiesen estado en contra de esta guerra:

Nuestro destino estaba más allá de Pavía y de Flandes. Íbamos a recorrer Europa incendiada de guerra. (...) ¿Y nosotros teníamos derecho? El término de nuestro viaje era el de avivar con el fuego de nuestros fusiles esa angustia, ese miedo, esa incertidumbre. ¿Era justo acrecer los lutos y las lágrimas? El espíritu noventayochista, si hubiera viajado en aquel expreso, vestido de caqui y confundido con los soldados, habría aprovechado la ocasión para acercarse a mí y murmurarme al oído: «¡Paz, paz, paz!» No todos los días se le ofrecía una ocasión tan propicia, porque tampoco nosotros poníamos a diario sobre el tapete la cuestión de justificar nuestra aventura. (28).

En varias ocasiones el narrador expresa su poca convicción sobre el objetivo de esa contienda y le busca una justificación, generalmente en la conversación con sus compatriotas. Este tipo de reflexiones corroboran su desánimo que es cada vez mayor, a medida que sus piernas empiezan a congelarse.

Sin embargo, el protagonista rectifica a continuación su opinión, apuntando que la situación política actual europea no sería comparable con la España de principios del siglo:

Pero «noventa y ocho» era imposible que viniera a meterse conmigo, que, siguiendo sus normas y preceptos, se había quedado, sin duda, en España, y a mí me parecía imposible que pudieran viajar en aquel tren, que corría hacia el incendio más grande de los siglos y no llevaba, además, coches de primera (28).

Como se puede observar aquí el narrador aprovecha cualquier temática para relacionarla con la literatura, elemento clave en su vida.

El primer bloque termina con una referencia a la literatura española modernista, una mención del poeta y dramaturga Francisco Villaespesa Martín. Luis está disfrutando en estos momentos de la compañía de Hilde y se compara con el poeta: “¡Cuánto hice el vate decimonónico, acariciándole sus manos blancas y olorosas como las manos ducales que cantó Villaespesa” (60). Esta cita resulta además interesante en el contexto de las referencias germanófilas. Por ello, también forma parte de la sección 5.3.

En el octavo capítulo, cuando los soldados traspasan Polonia, el protagonista tiene presente la literatura española del siglo XX, pero sólo una cita al respecto nada dice de su conocimiento de la literatura española del momento y, aún menos por referirse a una figura tan consagrada y ya fallecida, aunque fuera de rabiosa actualidad. Así, en el pueblo Karaszewo, los divisionarios entran en contacto con la población polaca para conseguir comida. A cambio de algo de ropa o pequeñas herramientas que los españoles llevan encima, los polacos les dan de comer. El narrador comenta la situación con la gracia e ironía que le son tan propias:

Aquellos campesinos habrían dado la mujer y las hijas por unas botas viejas; pero nosotros no pretendíamos tanto. Fue aquella una escuela de gitanería, menos lírica que la de García Lorca, pero de más utilidad (94).

El narrador se sirve aquí de Lorca para comparar la literatura con su vida actual: mientras Lorca crea escuela de gitanería (en lo literario), los soldados experimentan esta ‘gitanería’ directamente como consecuencia de la guerra.

En cuanto a las menciones que se refieren a la literatura universal, excluyendo ahora la literatura española, el protagonista también se muestra buen conocedor de la literatura francesa, especialmente de la romántica. En el primer capítulo, titulado “Francia”, reflexiona sobre el extranjero y sus ganas de salir de España, que había tenido desde siempre. Cita en estos momentos al tópico “Partir es morir un poco” (21), el primer verso de un poema del francés Edmond Haraucourt²⁰⁶. Dicha cita refleja la situación en la que se encuentran los divisionarios en aquel momento.

Dentro del contexto de la literatura francesa, Luis recurre, poco después, otra vez a su predilección por el romanticismo. Durante una conversación con el divisionario Ortiz, cita dos novelas del romanticismo francés y revela con ello, una vez más, hasta qué

²⁰⁶ Véase Vadeanu, Ana. “La obra de Cela al desnudo.” *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*. 5-17 (primavera de 1999): 86.

punto está sumergido en el mundo de la literatura. Los dos soldados conversan aquí sobre el físico de las mujeres alemanas:

Ya habíamos discutido sobre la belleza de las alemanas. A Ortiz le gustaban todas, con tal de ser altas y de coloradas mejillas. A mí no acababan de convencerme. Yo esperaba en aquella aventura encontrar una de esas mujeres de ensueño que las novelas y la fantasía, por partes iguales, han hecho nacer en nuestra imaginación. Pretendía gustar la dulzura romántica de una Graziella inocente y virginal, o el amor sazonado y amargo de una Margarita Gautier (49).

Primero, Luis anota aquí cómo tendría que ser la mujer de sus sueños: debería ser como sólo se la puede imaginar él, una mezcla entre su imaginación y sus conocimientos novelísticos. Este deseo se confirma después cuando menciona a dos figuras femeninas de la narrativa romántica francesa: la primera es Graziella, la protagonista de la novela del mismo nombre de Alphonse de Lamartine, publicada en 1853. La segunda es Margarita Gautier, la heroína de *La dama de las Camelias* (1848) de Alexandre Dumas. El narrador evoca aquí dos imágenes de mujeres de carácter más bien opuestas: *Graziella* es una joven y representa el amor adolescente del que disfruta en una Italia vacacional; mientras que Margarita Gautier es una prostituta de lujo y famosa.

Además de referirse a algunas obras francesas, el protagonista cita en otras ocasiones la literatura oriental, como por ejemplo una de sus obras maestras *Las mil y una noches*, en el cuarto capítulo. Los soldados españoles entonces ya se han instalado en el campamento en Alemania y aprovechan sus días de salida para conocer a un grupo de jóvenes alemanas. Al cabo de poco tiempo empiezan a formar parejas con ellas. Un día, los divisionarios quieren llevarse a las chicas al bosque, pero son cinco las chicas y sólo cuatro los españoles. Ortiz, que tiene muchas ganas de estar a solas con su chica, expresa su malhumor frente a la situación de desigualdad de parejas. Luis describe el estado anímico de su amigo de la siguiente manera:

Y al hablar así le bailaban en los ojillos muchas escenas de las «Las mil y una noches», que él se representaba en su imaginación. ¡Qué bien recuerdo su expresión de gatazo celoso en enero! Era un buen camarada Ortiz, tan bueno como sincero y brutal en ocasiones (53).

El narrador recurre aquí a una técnica que emplea a menudo: a través de otro personaje, expresa sus propios conocimientos literarios. Esta técnica destaca aquí aún más teniendo en cuenta que el amigo de Luis, como éste había afirmado antes, es una persona muy poco culta.

En otro fragmento del texto, el protagonista alude a la literatura clásica griega y a la filosofía. Como se verá con más detalle en la sección 5. 5. 3, Luis da rienda suelta a

su actitud antisemítica en el capítulo “El capitán y el saco de arena”. Después de haber intentado incendiar unas casas del barrio judío, junto a su compañero Alejandro, es castigado por el jefe de su división: durante veinticuatro horas, tiene que llevar un saco de arena en la espalda. Reflexionando sobre la justicia del castigo en comparación con el hecho cometido la noche anterior, Luis anota:

¿Y si yo me quitara el saco de la espalda ... y me fuera a buscar al capitán y se lo dejara caer encima de la cabeza? (...) Pensaba así porque me humillaba tener que acatar su imposición. Quería entonces aplicarme una lógica desquiciada y absurda. El razonamiento es verdad que no conduce a nada a pesar de Platón y de Descartes, porque siempre nos ofrece diversos caminos, y el que elegimos en un momento cualquiera depende de la predisposición de nuestro ánimo, que nunca es una misma (85-86).

Luis alardea de tener cultura, de conocer a ambos filósofos, pero en estos momentos le es imposible adoptar una actitud serena y razonable, tal como la proclaman ellos. Recurre aquí a sus conocimientos culturales en un contexto militar, para olvidar o al menos suavizar lo que le avergüenza. Al final de su crónica volverá a esta misma temática²⁰⁷.

Además se incorpora en este capítulo, aunque puede considerarse también un elemento de cultura general, una referencia bíblica. Se encuentra en el noveno capítulo, en medio de unas reflexiones de Luis sobre el amor:

El amor, el amor a los hombres, a las cosas, a la vida; el amor como norma, como definición, como rector de la existencia; el amor que quiso Jesucristo para todos, lo sentía en aquellos momentos en que la soledad y el silencio hacían la luz en mi espíritu (115).

A continuación el narrador enlaza estos pensamientos con el deseo de que todo el mundo debería sentir el amor por la Biblia. Según él no debería haber guerra. No obstante, tampoco olvida el motivo por el cual se encuentra en Rusia y la importancia de matar al enemigo (115).

Las últimas reflexiones del protagonista antes de morir son muy significativas. Anota lo que planifica hacer de sus crónicas, una vez vuelto a España:

Entonces yo escribiré bajo los cerezos una novela triste y melancólica que terminará en un atardecer otoñal, bajo un crepúsculo lluvioso. Será una novela hecha con pedazos de realidad y con gotas de sentimentalismo. Una novela de recuerdos que me sirva de guión para toda la vida. Aprovecharé para ello estos apuntes. Haré en mi novela la exaltación del soldado y el gozo de vivir; pero no un gozo irreverente, desmesurado, sino un gozo místico, triste, porque la vida es, ante todo, una mesurada exaltación, una melancolía agradable, un misticismo mudo de contemplación de las cosas, de deseos suaves, de ansias de que todo se venga para nosotros, ya que nosotros no podemos ir porque nos han cortado los pies (205-206).

²⁰⁷ Véanse las páginas 206 y 212 del mismo libro.

En un primer momento expresa a través de estas palabras su deseo de ser escritor, aunque no tiene grandes aspiraciones literarias. Una vez en casa, opina que la literatura será para él una especie de medio para tratar con sus experiencias bélicas y para vivir con ellas. Además, aborda el terreno religioso a través del “gozo místico” que siente el soldado. Para muchos divisionarios, la fe católica era un apoyo importante al que recurrían en los momentos más duros de la contienda. Así lo hace también Luis Pablos no solo en esta cita sino también cuando relata la muerte de su compañero Ortiz, en el capítulo XIV (178).

Poco antes de que el delirio tome posesión de él, el protagonista recurre otra vez al misticismo. Dejando rienda suelta a sus pensamientos resalta lo importantes que son sus recuerdos de los momentos compartidos con Hilde:

Tú puedes hacerlo, pensamiento; pero cuida que sobre todos mis recuerdos, presidiéndolos, como en un primer plano, se destaquen sus ojos de luz, azules y lánguidos, y juguete en torno su risa de adolescente, misionera de esta nueva mística de ensueño (210).

Además de las referencias literarias, que son las referencias culturales más frecuentes en esta obra, el protagonista incorpora también algunas alusiones a la historia universal. A través de estas, demuestra, además de sus conocimientos, su interés por esta materia. Durante una estancia corta en el pueblo de Vítebsk, hoy Bielorrusia, el supuesto álter ego de Luis interviene en la narración. Desde la perspectiva de Luis Pablos, comenta: “Luis estaba más sociable. La pedantería se le fue perdiendo en el camino y ya no citaba con tanta frecuencia a Justiniano ni hablaba con aquella suficiencia de hombre docto” (110). El narrador le recrimina que con anterioridad exhibía en exceso sus conocimientos culturales, pues le ha calificado de pedante, condición que va perdiendo a medida que la guerra se intensifica. Así, el protagonista recurre al emperador romano Justiniano. El hecho de mencionar a personajes célebres históricos, literarios o procedentes de otros ámbitos culturales ya se ha podido observar anteriormente. Es probable que a través de esta estrategia el narrador quiere seguir pareciendo una persona modesta. Ante todo, no quiere destacar.

Otras asociaciones históricas vienen a la mente de Luis cuando viaja por Rusia. Es probable que se deba tal entendimiento a sus múltiples lecturas: “Me acudían también a la memoria algunos conceptos olvidados sobre Rusia, sobre Rasputin, sobre la Revolución, sobre los zares” (129). El interés del narrador por la historia y cultura de este país se refleja también en su novela posterior *El sol y la Nieve* (1957). Es significativa, aunque contradictoria, la elección de los personajes, de claro carácter

autoritario y la Revolución, probablemente evocando 1917, pero de signo contrario a los personajes citados. Coinciden, eso sí, en ese rasgo autoritario, de fuerza, tan alabada por el narrador a lo largo de la novela.

Poco después, Luis demuestra las ganas de querer escribir él mismo algo de historia, deseo que está cumpliendo a través de la escritura de su diario: “Ahora me veía soldado español y sabía que en la planta de mis botas, en la punta de cada uno de sus férreos clavos se afilaba una pluma con que escribir Historia de España” (133).

Otras referencias culturales son las que aluden al cine español de la época. Mientras se encuentra entre Polonia y Rusia, Luis recuerda el cine de la actualidad y uno de sus “objetos” más populares de entonces, el caballo:

No sabíamos adónde nos llevaban ni cuándo acabaríamos de andar. Acudieron a mi memoria las películas de caballistas, que me entusiasmaban cuando chico. Recordaba los grandes rebaños a través de las llanuras americanas (96).

Para cambiar, el narrador describe aquí una asociación cinematográfica en vez de una literaria. A través de esta, se aleja una vez más de la cruel realidad bélica. Además, alude con ella no solamente a España, sino también a muchos otros países europeos donde el cine americano, en concreto el “western”, entonces gozaba de mucha popularidad.

Es lógico que el cine de su época conmueva al protagonista. Así es que recuerda, en el décimo capítulo, películas de su juventud. Los divisionarios viajan en estos momentos en tren por Rusia:

Tumbado sobre la paja, en aquel enorme vagón ruso de mercancías, capaz para cincuenta toneladas de carne, me acordaba del cine en España, de aquella película «Miguel Strogof», que tanto me había entusiasmado (129).

El protagonista alude aquí a la vez a la literatura francesa, nombrando la novela del mismo nombre de Jules Verne de 1876, y a su adaptación al cine a principios del siglo XX, que tuvo un gran éxito de público. Este tipo de asociaciones, tan propias de la figura novelística, son solamente un reflejo más de la cultura de la época.

Hacia el final de la crónica, cuando Luis ya se encuentra en el hospital militar en Schaulen, un día, recibe un periódico español. Comenta la emisión de una película conocida, basada en una obra de teatro del mismo nombre, de Jardiel Poncela:

Ayer recibí carta de España y dos periódicos. En uno de ellos venía el anuncio de una película que se ha estrenado recientemente en Madrid. La película se titula «Los ladrones somos gente honrada» (202).

Esta película se estrenó, efectivamente, en 1942 (García-Abad García 2001: 173). El episodio les sirve a los españoles para burlarse del título de la película, que intentan hacer entender a otro herido alemán, a través de gestos. Dicha acción no resulta exitosa, pero divierte a todos.

En otro momento, el protagonista no cita una película en concreto, pero, mientras observa el ambiente que le rodea, equipara la realidad con el arte cinematográfico. Como en otras ocasiones, hace expresar sus propias asociaciones a sus compañeros, aquí en el hospital letón:

Miguel y Rodrigo pasean un rato por el hospital y se asoman a la ventana, viendo pasar los transeúntes, entre los que circulan, según me dicen, señoritas muy elegantes y estupendísimas, envueltas en pieles exóticas, que parecen mujeres de película (204).

Tales pensamientos no solo son una prueba más de la gran imaginación del protagonista sino son también una especie de autoayuda ya que le hacen olvidar por un momento la pérdida de sus pies.

Entre las referencias culturales también se halla una mención a la pintura. El protagonista la incorpora en su relato cuando describe sus citas con Hilde. La primera caracterización de la chica alemana consta de un toque poético de tono algo cursi, ya que el protagonista compara sus trenzas “largas y rubias” (48) al trigo en verano. A continuación, enlaza esta descripción con un cuadro de Watteau. Todas las situaciones compartidas con Hilde son, a partir de estos momentos, felizmente valoradas:

Hilde determinó, pues, al poco tiempo, esperarme cerca del Campamento, y allí se rompieron las reuniones y los bailes. (...) Todos los días a la hora prevista, ella me esperaba en el mismo sitio, siempre puntual. Cogidos de la mano, aquellos bosques tenían un encanto misterioso y poético, y nosotros, por entre ellos, hubiéramos inspirado, a buen seguro, un cuadro de Watteau, aunque yo no llevaba calzón corto ni ella falda larga (56).

El paisaje de la Alemania verde en el estío hace recordar a Luis al pintor francés dieciochesco Jean-Antoine Watteau. Una vez más, el narrador se traslada a través de su fantasía a una época pasada cuyos encantos imaginados le hacen olvidar del todo la guerra.

A pesar de ser más escasas, se hallan en la crónica de Royo otras referencias a ámbitos culturales, como por ejemplo, a la música, la arquitectura y la filosofía. La temática musical se aborda en la última parte de *¡Guerra!...*. En el hospital militar en Schaulen, los divisionarios intentan animarse a través de canciones populares. Así es que cada uno canta en su lengua respectiva. Las canciones españolas son apreciadas por

los heridos de otras nacionalidades. Luis, que canta junto a sus compatriotas Miguel y Rodrigo, apunta el efecto positivo que tiene la música en los enfermos:

[A los demás les] gustan mucho nuestras canciones. No por esta precisamente, que es una canción tonta, sino por otras muchas canciones populares, que les parecen muy alegres y graciosas. Las de ... [los demás soldados de otras nacionalidades], sobre todo las que canta Heino, son unas canciones tristes, monótonas, con un ritmo lento, lánguido, agonizante. Se ve aquí bien que las canciones son un producto de la Geografía. Cada vez que canta el «Mu isamaa», la canción preferida del estoniano, me parece estar en una de aquellas casuchas de madera, mirando tras de los cristales cómo cae la nieve, con la misma lentitud y blandura que cada nota de la canción de Heino (203).

El protagonista subraya aquí que la melodía de los cantos españoles es bastante más animada que la de los países del norte o del este de Europa. Va incluso más hacia allá y pretende que aquello tiene que ver con el carácter más alegre del español, propio de la gente del sur de Europa. Sin embargo, se percibe que los conocimientos de Luis del ámbito musical son mucho menos profundos que los que tiene del ámbito literario.

A la arquitectura alude a principios del undécimo capítulo. En búsqueda del capitán de su división, el protagonista tropieza con una ermita rusa cuyo estilo arquitectónico comenta:

La ermita estaba bien conservada, quizá por un resto piadoso en el corazón del enemigo. Se componía de dos naves; la primera, amplia y rectangular, conducía a otra interior, que era una pequeña capilla de forma circular, en la que había un ara desmantelada. Esta segunda nave, coronada por una cúpula verde, como todas las cúpulas rusas, dejaba ver el cielo por un boquete que la granada de un mortero había abierto en lo alto. El suelo estaba lleno de escombros y algunas imágenes del altar derribadas. Todo se veía muy decorado, predominando el oro, el rojo y el amarillo, lo que hacía recordar el estilo bizantino. Por las paredes estaban distribuidos muchos cuadros de santos, todos con el rostro pintado de negro. Entre ellos, distinguí a la Virgen del Perpetuo Socorro, ante la que hice la señal de la cruz, a pesar de que la iglesia era ortodoxa, según demostraban los brazos oblicuos de todas sus cruces (145).

El narrador muestra sus conocimientos arquitectónicos. Sencillamente parece tener el interés de cualquier turista, dada la topografía del interior de la capilla. De ahí que, por una parte, pueda manifestar su devoción religiosa en general (hace la señal de la cruz ante una imagen ortodoxa, lo cual parece indicar que a pesar de las diferencias hay un tronco común de creencias) y también exhibir sus conocimientos artísticos al dar un motivo diferenciador entre las dos religiones tácitamente comparadas. Ese motivo o detalle son “los brazos oblicuos de todas las cruces.” Pablos deja en esta escena también constancia de su fe cristiana.

La temática filosófica le preocupa sobre todo cuando está herido y ve la muerte cercana. Entonces reflexiona sobre el sentido de la guerra y pretende diferenciarse de los demás por negar cualquier motivo por el que se lucha:

Cuando se dice que luchamos por esto o por lo otro, me domina la indignación y grito: – ¡Mentira! ¡Traficantes! ¡Mentira! – Luchar por algo, por la economía, por el bienestar de la muchedumbre, sería comerciar. Yo no lucho por nada. Yo lucho porque sí (206).

Esta negación del motivo bélico, esta defensa de la guerra por sí misma, sin dar una razón, obedece, entre otras posibles, a dos cuestiones. La primera obedece a la reafirmación de la fuerza en sí misma, a la creencia fascista de la imposición de la fuerza y el canto de ello como manifestación de que el hombre también es fuerza, fuerza bruta, sin más, demostración de poder físico y material. La idea de que en la vida se imponen los fuertes, de ahí la negación de la igualdad del ser humano. La representación de la fuerza bruta es el soldado. Y ello se relaciona con la segunda razón, que no es otra que la convicción de que el soldado no debe pensar, sino realizar lo que se le manda, porque precisamente es eso, fuerza bruta, obediencia de manera ciega, no fuerza reflexiva o que deba pensar sobre la guerra o la existencia. Aunque a medida que avanza la novela su desencanto, debido a la pérdida de la fuerza (la amputación de sus pies) le conducirá a pensar y, por lo tanto a no cumplir con lo que está estipulado para el soldado.

En efecto, poco antes de morir, apunta haber perdido toda su fe, ya sea en la religión, ya sea en el fin de esta guerra: “Ya no creo en nada. Me parece que somos una colección de necios y de locos. La vida es un engaño fantástico, sin sentido, sin causa, sin explicación...” (212). Estas frases indican que está pensando, que se está cuestionando la razón de su existencia que le llevó a embarcarse en esa guerra contra los soviéticos.

Antes de terminar el capítulo sobre las referencias culturales de *¡Guerra!...* conviene retener que, además de todas las alusiones abarcadas, es también el lenguaje literario del protagonista y el uso frecuente de metáforas y paralelismos, que diferencian esta novela del resto de textos divisionarios. Aunque el narrador no cita tan a menudo poemas en concreto, deja entrever, a través de múltiples alusiones, que la poesía es una de sus mayores predilecciones. Así es que, cuando disfruta de la compañía de Hilde, Luis no se refiere a obras o figuras concretas de la literatura universal, pero transmite a través de su lenguaje sus ideas literarias. Su gran capacidad imaginativa le hace

equiparar sus conversaciones con Hilde con las de entre dos figuras de la alta burguesía que disponen de buenos conocimientos literarios:

Aquellas tardes se han grabado mucho en mi memoria y con mucha claridad. Yo me creía un marqués pastor, diciendo madrigales a una duquesa labradora, como en los tiempos de las églogas. Ella me explicaba lo que se creía. (...) Me miraba como si yo fuera un héroe fabuloso o un personaje de la mitología (58).

Parece lógico que en el momento de mayor enamoramiento el protagonista recurre aún más a su ‘otro amor’, la literatura. A través de la mención de la égloga, refleja su interés por la poesía bucólica y la novela pastoril, narrativa idílica propia del Siglo de Oro español. Cuando se describe como una figura mitológica o fabulosa, atribuye a otra figura sus propias fantasías: cree saber lo que piensa Hilde de él cuando ella le mira. Aquello sólo demuestra su poco arraigo en la realidad bélica, que parece ser inexistente en estos momentos. O el deseo imperioso de evadirse de una realidad cruel. Tal hecho se refleja también en afirmaciones como “Ella me miraba, me miraba siempre con sus ojos zarcos, y yo me olvidaba entonces de la guerra y del mundo” (60).

La imagen que tiene Luis de Hilde le persigue también en otras ocasiones. En el segundo capítulo, los soldados españoles, apenas llegados a Alemania, entran por primera vez en contacto con la población alemana. Sintiéndose halagados por la bienvenida de las jóvenes alemanas, el narrador compara sus compatriotas con poetas y otro tipo de artistas:

Bajamos del tren. En los andenes, las alemanitas, rubias, pelirrojas, morenas, se disputaban nuestros brazos y nos llevaban a la cantina, donde nos obsequiaban con cerveza y unos tubos de caramelos redondos, como tabletas de aspirina. (Había colgaduras y banderas, como en fiesta de gala.) En sus cuadernos anotábamos nuestras direcciones y no nos daban tiempo unas y otras. Algunos [de nosotros] adoptaban ya el aire prosopopéyico de los grandes poetas, o la «pose» de los artistas de cine o los literatos modernos, acosados por sus admiradoras (34-35).

Recurriendo aquí a nociones del ámbito artístico, las descripciones de Luis constan de un tono irónico. Sin embargo, no se burla de los alemanes, sino del comportamiento teatral de sus propios compatriotas. Es también una forma de embellecer la realidad, de mitificar las figuras de los pobres soldados, cuya única satisfacción en esta guerra será ese recibimiento de las mujeres germanas. Ese “pavoneo” linda con el deseo de sentirse ya casi un héroe.

En otras reflexiones acerca de la poesía, el narrador atribuye, una vez más, el papel del experto en lírica a los demás personajes: no solo es Luis quien muestra sus conocimientos poéticos sino que también lo hacen otros divisionarios. Después de haber

conocido a una chica polaca en la ciudad de Grodno, los compatriotas de Luis le hacen bromas por su predilección por la literatura:

El teniente se metía conmigo porque en Grodno me las di de conquistador y porque además me habían puesto fama de poeta pedestre y ríspido por algunos versos que publiqué en un periódico mural del campamento y algunas canciones que había improvisado durante la marcha. – Sí, mi teniente. Para mí la vida es un endecasílabo, ya lo sabe usted. – ¿Y qué es un endecasílabo? – preguntó Ortiz, mientras se disponía a engullir su tercera marmita de patatas. – Un endecasílabo es una estrofa de once versos – respondió uno de los advenedizos pelotilleros, que había sido chupatintas y se le había perdido la preceptiva, sin duda por entre los remiendos de los codos de sus manguitos. El teniente le llamó burro, y él se puso muy colorado (118-119).

Para no destacar entre los demás soldados por ser muy culto, no es el protagonista quien contesta en estos momentos a la pregunta por la definición del endecasílabo. El narrador opone aquí claramente el mundo de la literatura y el mundo militar. Con todo, parece encontrarse en el mismo dilema que siempre: ocuparse demasiado de la literatura no le conviene a un soldado que debe concentrarse sobre todo en el transcurso de la guerra. También parece adquirir un significado más profundo la oposición que se establece entre poemas y patatas. El ideal ante la realidad.

Otro ejemplo del lenguaje literario del narrador, esta vez refiriéndose al teatro, está en la descripción del fallecimiento de un camarada querido: “En nuestro corazón queda siempre un hueco reservado para guardar aquel afecto, que nació quizá al filo de una aventura trágica, pero el dueño no vuelve a comparecer” (76). El mundo literario, aquí el teatral, le sirve, por tanto, otra vez de referencia y apoyo para superar este tipo de acontecimientos trágicos.

Otros fragmentos del texto reflejan, como se ha podido ver anteriormente, la importancia que tiene el mundo cultural para el protagonista y la frecuencia con la que necesita recurrir a éste. La descripción de Luis lo demuestra cuando el comandante de su compañía da un discurso:

Fuera se reunieron las Compañías, y el comandante nos habló. Era la noche oscura, y no le veíamos la cara ni los ademanes, pero escuchábamos su voz recia y clara, y en las pausas de su discurso se dejaba oír el rumor de la guerra lejano y como acompasado, que semejaba el fondo musical de una película (137).

Incluso discursos militares como éste evocan en Luis asociaciones al mundo cinematográfico.

Cuando Ortiz, uno de los camaradas y amigos más queridos del protagonista, muere, el narrador incorpora otra vez la temática cultural en su crónica. Ortiz es herido en medio de una de las batallas. Después de haberle encontrado en la nieve, Luis le

arrastra y le lleva a una de las chabolas de su división. Ahí, como lo hace también en otros momentos, incluyendo a sus compatriotas, Luis expresa su necesidad de pensar que toda esta escena sólo es una pesadilla muy mala de la que se tiene que despertar: “Entré en la chabola y ... deposité [a Ortiz] en la litera. El practicante se encontraba allí, y toda la posición, conocedora del suceso, esperaba con ansia un desenlace de novela rosa” (177). No obstante, Ortiz sucumbe a sus heridas; hecho que a Luis le lleva a comentar dicho acontecimiento trágico de la siguiente forma: “Cuando se lo llevaron estaba la noche cerrada y la nieve caía, mística y silenciosa, cubriendo su lecho de muerte a lo largo del camino con un sudario blanco que él tenía bien merecido” (178).

Del final deseado e ideal, de novela rosa, se pasa a la realidad, aun con ribetes religiosos, con el adjetivo “mística”, propios de la muerte.

En otro momento, el narrador compara el estilo de una carta de Hilde con el de una novela rosa. No obstante, recuerda a la enfermera con nostalgia:

...bajé la ... [mirada] para releer la carta de Hilde, que llegaba tan oportunamente. Me escribía desde Viena, a donde había sido destinada para prestar servicio en el hospital. Era atrevida Hilde al decirme que le gustaría que me hirieran para tener la probabilidad de que cayera en sus manos. Aquello resultaba muy sentimental, muy de novela rosa, muy de muchacha de dieciocho años, que todavía sueña con el príncipe azul, pero encerraba una gran verdad, constituía una coincidencia misteriosa que parecía una burla grosera del destino, porque en el momento de recibir su carta, donde me expresaba su deseo funesto y romántico, yo acababa de ser herido por el frío (187).

A través de dicha descripción, el narrador demuestra, aunque no es aficionado a la novela rosa, que conoce el género. Es más, con sus referencias al destino, él mismo parece querer dar un toque de novela rosa a su narración.

Más adelante, en el decimoquinto capítulo, durante otra batalla contra los rusos, el narrador equipara los ataques de un ejército y los contraataques del otro a una novela y su epílogo:

Se apagó la bengala y disparamos todos a bulto en la dirección en que los habíamos visto caer, hasta que otra bengala nos ofreció el epílogo de aquella novela sin intriga: los rusos se habían retirado, dejando sobre la superficie del río seis hombres muertos (184-185).

Con este tipo de comentarios, el protagonista se adentra en la descripción de la brutalidad de la guerra en toda su amplitud. Sin embargo, no cambia su estilo ya que sigue recurriendo a términos literarios a fin de comparar la contienda con la literatura.

En la última parte de la novela, en “Reseña del presente. Schaulen”, cuya acción se desarrolla enteramente en el hospital militar, Royo interviene explícitamente como autor en la narración. Sin embargo, siempre se mantiene la perspectiva de Luis Pablos,

que describe cómo conoce al autor Royo en la sala de heridos. Royo le dice a Pablos, para animarle tras la amputación de sus pies: “ – No te preocupes. Tú serás un héroe en España, y tu madre te cuidará mucho. (...) ¿Que no puedes correr? ¿Y qué? En cambio, irás mucho al cine, leerás muchos libros... No hay que preocuparse” (200). Una vez más, el remedio para escapar de la triste y dura realidad es el mundo cultural. En este caso, como es imposible la actividad física, se optará por la actividad intelectual y cultura: cine y lectura.

Poco antes de morir, ya en un estado de delirio, apunta sus últimas fantasías que se desarrollan en un mundo futuro en paz:

Besaré a Hilde en la espesura de los bosques de Grafenwöhr y correré con ella cogida de la mano, pisando con mis botas las blandas hojas y el césped alto y fresco, que habrá crecido ya desde las últimas veces que lo pisé. Su risa volverá a estremecerse, portándome su alma tan pura y tan ideal como mis recuerdos (208).

Por última vez, el narrador evoca la auto-imagen del héroe novelístico, aquí con un toque cursi-romántico, que disfruta de los placeres del amor en plena naturaleza, en un mundo sin guerras.

En su función de transcriptor, Royo resume en el último capítulo las características más destacadas de Luis. Estas encajan del todo con las que el joven soldado efectúa a lo largo de su crónica: “[Luis e]ra infantil y soñador, lleno de sentimentalismo y de exaltaciones románticas” (220).

5. 5. 3. La temática germanófila y filonazi

Las tres primeras asociaciones positivas con el país germano que anota el protagonista se refieren a los ámbitos de la música, de la farmacia y de la milicia. Durante el viaje de los divisionarios por Alemania, cuando llegan a la primera parada de tren, el narrador apunta el buen efecto que le causa esta música:

Al llegar, casi todos íbamos durmiendo. Me despertó, sin duda, el cambio de ritmo, porque el tren se había parado, y, en lugar del duro traqueteo, se escuchaba una canción lejana, dulce, melodiosa, muy suave, como si las voces tuvieran miedo de romper el alba, que parecía de cristal. La cantaban las hermanas de estación, y el efecto era maravilloso. Aquellas hermanas hacía siglos que cantaban las mismas canciones, porque Alemania es la tierra de la música, de los productos farmacéuticos y de los soldados conscientes. Fue la canción como mensaje de un mundo ideal, que murmuraran en nuestros oídos sonámbulos seres de otros mundos. En el primer instante no sabíamos si era sueño o realidad, y ésta fue entrando en nuestras conciencias poco a poco, como de puntillas. Fue una realidad tímida y medrosica [sic] (33).

La música es el elemento que acompaña idílicamente la bienvenida y el agradecimiento por su apoyo militar que dan los alemanes a los españoles. Sobre todo en comparación con los franceses anteriormente conocidos, al narrador le sorprende e impresiona

... el entusiasmo de aquella población alemana, que nos recibía con música y obsequios. La hostilidad francesa se había traducido en una admiración sin límites y una alegría delirante (34).

La consideración de Alemania como la tierra de la música indica la valoración de la tradición musical germana.

Dicha bienvenida tan calurosa tiene el efecto de una embriaguez agradable para los españoles, cuyo efecto es animarles:

... en la estación quedaron, agitándose, los blancos pañuelos, durante largo espacio. Nosotros contestábamos con la boina roja, los que la conservábamos, que muchos la habían perdido en la pelea, por ser una de las presas más codiciadas. Salimos como atontados, saturados nuestros ojos de miradas azules y dulzonas, envueltos en un nimbo de cabellos rubios y sonrisas prometedoras. En nuestros oídos quedaba la resonancia de mil sonidos guturales, ... (35).

Al igual que otros compañeros suyos, el narrador recoge aquí las diferencias físicas e idiomáticas entre alemanes y españoles resaltando los ojos azules y el pelo rubio de los germanos. Según las exclamaciones de uno de los soldados españoles, las mujeres les parecen guapas (35). En cambio, el idioma germano es descrito como muy poco vocálico, de sonidos extraños. Poco después, el narrador admite que apenas lo conoce y que necesita las traducciones de uno de sus compañeros (40).

El paisaje alemán es otro elemento que alaba Luis:

El tren se dirigía resuelto hacia una gran mancha oscura, como un mar de tinta. Era la Selva Negra. Había amanecido un sol espléndido, lo que hacía más impresionante aún el gran macizo montañoso, que amenazaba tragarnos, según iba el tren de decidido e incauto hacia él. Dejamos atrás los campos de cultivo, a los que sucedieron los prados, verdes, extensísimos, con la hierba tan alta, tan exuberante, tan fresca, que me dieron envidia las vacas. Casi sin aperebirnos, nos vimos de pronto en lo hondo de la Selva. La luz se llenó de color y el aire de perfumes. ¡Era todo tan vivo, tan intenso, tan intrincado! Yo me puse de nuevo a soñar (36-37).

El narrador establece la oposición entre el paisaje verde alemán y el blanco y frío de Rusia. Lo vivo del ambiente también contrasta con la temática de la muerte, a la que los soldados se ven confrontados diariamente, una vez en el frente. El paisaje alemán impresiona a Luis, que puede observar el origen de los auténticos árboles de Navidad (37). La impresión es tanta que, en medio del bosque, recurre a su capacidad imaginativa y se inventa cuentos de hadas (37-38).

También elogia al paisaje alemán durante un paseo por los alrededores de Grafenwöhr. Junto a sus compatriotas, se encuentra con un pueblo pequeño cuyas casas le recuerdan a un paisaje puro e infantil:

Era un pueblecillo pequeño, muy lindo, muy limpio, con las calles asfaltadas y las casas muy nuevas y muy bonitas. Todas ellas eran pequeñas, de dos pisos a lo sumo, y desde lejos, desde el camino rubio de los trigos que conducía al Campamento, parecían todas de juguete (47).

Mientras las situaciones anteriores se centran en algunos aspectos ajenos a lo militar, el narrador a continuación da cuenta de la amabilidad de otros alemanes con los que los divisionarios entran en contacto en Grafenwöhr. En el siguiente episodio, el narrador relata los primeros encuentros hispano-alemanes en una cervecería. Entre los objetivos de los jóvenes españoles está el hecho de conocer chicas alemanas:

En nuestra primera visita encontramos una cervecería donde algunos alemanes, todos gruesos y de grandes bigotes, de rostros muy colorados, jugaban a las cartas y bebían cerveza. Nosotros bebimos también toda la que tuvimos gana, y como pronto pudo ver el tabernero que éramos españoles, no nos la cobró. Repetimos la escapada cuantas veces nos fue posible. Al principio, las muchachas del pueblo huían llenas de pánico. No sé qué cuentos les habrían dicho de los españoles. En cierto modo tiene su encanto esto de inspirar pánico o terror. Pero al tercer día ya perdieron su miedo y empezamos a hacer amistades. Pronto nos invitaron a merendar en sus casas y a bailar. Vicente se entendía bastante bien en alemán y todos le hacíamos traducir nuestros piropos. Aquello resultaba más interesante de lo que en mis sueños de poeta trasnochado hubiera podido imaginar. (...) Las alemanitas eran muy divertidas y sus papás muy condescendientes. Yo era por entonces un muchacho fuerte y de buena presencia (ahora, con mis pies cortados, no me da reparo decirlo) y tenía bastante partido entre las chicas (47-48).

En un primer momento resalta en esta descripción que el físico de los hombres que frecuentan la cervecería bávara es el prototipo del alemán proviniendo del sur. Del todo en la línea de otras crónicas, los primeros acercamientos germano-españoles se efectúan a través de la bebida. En un segundo momento y a diferencia de otros relatos, estos españoles buscan la compañía de mujeres y no se relacionan todavía demasiado con los nazis. Pasando su tiempo libre en dicha cervecería, los divisionarios profundizan así, durante su estancia en Grafenwöhr, en las relaciones con las chicas alemanas. Es curiosa la forma de autocalificarse “poeta trasnochado”, así el narrador parece distanciarse del entorno descrito y saber que lo aprecia de una manera ideal. Es poeta que aprecia el momento en que vive, marcado por la escasez.

El ambiente de estos encuentros es bastante animado. Debido a los escasos conocimientos de los idiomas correspondientes –los españoles apenas hablan alemán y las chicas no saben casi nada de español– la comunicación está limitada y se adivinan ciertos malentendidos. Un ejemplo de ello es el siguiente comentario del narrador,

cuando caracteriza a su posible áter ego Luis: “Así, en una ocasión, por pedirle a su «novia» un «beso» le pidió una «vaca»²⁰⁸ (50). Al igual que en el relato de Errando, dichas descripciones de tono inocente tienen como efecto el olvido de la terrible realidad bélica.

La historia de *¡Guerra!...* que más elementos germanófilos presenta es la relación entre Luis y Hilde que se establece en estos momentos. Dicha relación y sus recuerdos acompañan al protagonista a partir de entonces hasta el final de su crónica. Los efectos que provoca el amor por Hilde en Luis, le sirven de acicate para afrontar los difíciles momentos que vivirá en la guerra.

Hilde, que sabe un poco de español, es capaz de mantener simples conversaciones con el protagonista. Éste apunta por tanto:

Averigüé que [ella] sabía conjugar el presente del verbo amar y sabía decir «yo» y «tu» con bastante claridad. (...) Seguimos hablando. ¡Cómo nos reíamos con su poco español y mi menos alemán! Ella me explicó: acababa de llegar de Núremberg, donde vivía habitualmente. Pasaría en el pueblo lo que quedaba del verano, para regresar en septiembre a la capital, otra vez al Colegio. En el Colegio, entre otras cosas, estudiaba el español; pero de ahora en adelante pondría mucho mayor interés en aprenderlo (52).

Por lo demás, el cronista y sus compañeros se centran en comentar el físico de las chicas. Según Pablos, Hilde destaca por ser la más bonita del grupo (53-54). Sus ojos son “como esos que describen los novelistas y que llaman zarcos, es decir, azules, grandes, rasgados, ocultos por largas pestañas” (54). Sigue en la línea de asociar la belleza al arte y, en concreto, a la literatura. Además se caracteriza por ser alta y corresponder de esta manera a la altura del protagonista. Al cabo de unas descripciones acerca de su rostro y cabello (54), el narrador concluye: “En Alemania es fácil encontrar unos ojos bonitos, una boca atractiva, una cara interesante, pero una piernas bien hechas... ¡Qué difícil es!” (54). Sin embargo, y para su satisfacción, las de Hilde cumplen con sus expectativas (55).

El carácter romántico de estos encuentros se embellece con el paisaje. Sirva de ejemplo la descripción del bosque en los alrededores del campamento:

Cuando nos cansábamos de andar nos sentábamos sobre las hojas amarillas y húmedas, en capas superpuestas de muchos otoños, que formaban una gruesa alfombra, mullida y acogedora. Aquel otoño también caerían las hojas de los árboles y formarían una nueva capa, que serviría para proteger aquella sobre la que Hilde descansaba. (...) Encima de nosotros, las copas de los árboles formaban una gran cúpula verde, y dentro quedaba todo el espacio a manera de bóveda, donde nuestras voces tenían la resonancia de muchos ecos, que se alejaban lentamente, hasta morir del todo (56).

²⁰⁸ La palabra ‘beso’ en alemán es «Kuss» y ‘vaca’ es «Kuh».

La última mención a la muerte se puede considerar como una anticipación de la muerte del protagonista. La relación de Luis y Hilde conoce un final bastante rápido, ya que los soldados se marchan a Rusia. Sin embargo, el protagonista guarda todos los recuerdos de los momentos compartidos con ella y los evoca con frecuencia (61).

En esos difíciles momentos en que el protagonista vive un profundo desánimo, debido a la dura situación bélica, una carta de Hilde es el objeto que lo anima. Leyéndola, Luis se siente de inmediato mejor:

Hilde me escribía desde Núremberg y en un español un tanto incorrecto, pero bastante inteligible. Según me decía, había estudiado con ahínco el español sólo para poder escribirme. Era una carta larga, llena de ternura y de lindos recuerdos. Ahora había cumplido dieciocho años y tenía que abandonar el colegio para incorporarse al servicio que en Alemania tiene que realizar toda mujer. Se había alistado como enfermera, y de un momento a otro la destinarían a un hospital. Me quería mucho y me enviaba como recuerdo una fotografía, en la que la vi con las trenzas cortadas, por lo cual parecía mucho mayor. (...) Hilde me produjo con su carta una emoción desconocida hasta entonces. Ella volvió a dar vida a mis sueños, que se iban muriendo con la fatiga del cuerpo y la cotidiana preocupación de mi espíritu, digna de los más bajos instintos animales: comer y descansar. Las noticias de Hilde dieron a mis pasos de caminante un ritmo nuevo y original (106).

El efecto positivo que causa esta carta en Luis se repite cuando, en otro fragmento de la novela poco después, contrapone la vida en el frente con su vida amorosa. Invadido por un notable espíritu antibélico idealiza su relación con Hilde ya que esta pertenece a un mundo armónico y pacífico (115).

Pero el cronista apunta también los momentos de desánimo de los divisionarios quienes, en otro momento, se quejan por la falta del mismo equipamiento para todos, por la que culpan a los nazis:

¿Y por qué los alemanes van en camiones? Si no había más, que nos hubieran dejado en Grafenwöhr, o que hubieran venido ellos a pie, que al fin y al cabo son ellos los que deben sufrir las consecuencias y no nosotros. (...) Esta guerra es de Alemania y le importa a Alemania, y nosotros aquí no hacemos más que los primos (120-121).

Esta opinión antigermana contrasta, sin embargo, con la afirmación de otro divisionario que destaca la necesidad de la guerra y la labor de un buen soldado:

Esta guerra no es de Alemania: es de Europa. Por eso, si Rusia ganara la guerra, a Europa y, por lo tanto, a España le iba a correr mal pelo. Y, por otra parte, nosotros escribimos aquí un trocito de historia que no es nada despreciable, además de adquirir una fuerza insospechada para poner las cosas en su lugar cuando volvamos, si volvemos (121).

De esta manera, el narrador restablece el equilibrio entre los pros y los contras de la guerra. Éste, por su parte, se suma al último argumento, buscando sobre todo el reconocimiento social de su tarea como soldado (122).

La segunda mitad de la presente novela se centra principalmente en pequeñas anécdotas de la vida cotidiana en el frente. A partir del momento en el que el protagonista se encuentra en el hospital, aumentan los elementos germanófilos.

Cuando Luis ya sufre notablemente los primeros síntomas de la congelación y, por consecuencia, la deformación de sus pies, otra carta de Hilde le produce una sensación agradable y alivia su dolor, al menos momentáneamente. Es la carta, ya anteriormente citada, en la que Hilde desea poder ejercer su labor de enfermera con un Luis herido. Éste anota:

Miré mis piernas, gordas, negruzcas ya, con inconfundibles síntomas de gangrena. ¿Qué podría hacer Hilde con sus manos tan blancas, tan pequeñas, en aquella carne muerta ya para siempre, que se me iría cayendo a pedazos, maloliente y podrida? (...) Me acometió un ataque de nervios y destrocé la carta de Hilde entre mis manos, arrojándola al fuego, donde me parecía que se quemaba la ilusión más grande de mi vida (187).

Pero a diferencia de la primera carta, esta no hace que el protagonista se olvide de su estado desesperado. Aunque Luis la tira, acto del que enseguida se arrepiente, esta carta sigue siendo un signo agradable: poco después, el cronista reconoce que el recuerdo de su amorío con Hilde es su mayor ilusión.

Al final de sus memorias, Luis Pablos relata su estancia en el hospital militar en Schaulen donde le han trasladado. A pesar de aún saber muy poco alemán, se hace amigo de un grupo de soldados inválidos. Entre ellos se encuentra también un alemán. Por el cronista es llamado Felipe:

Hemos formado un grupo al que llaman la «colonia española», aunque en verdad es internacional... [ya que también está] Felipe, un alemán que sabe un poco español y lo está perfeccionando con mucho interés. Con él nos desternillamos de risa cuando nos cuenta alguna historia (201).

A excepción de su relación con Hilde es la única vez en esta obra que el protagonista entra en contacto directo con un alemán.

A partir de estos momentos Luis apunta más situaciones compartidas con los alemanes, en las que él como español –sólo hay dos compatriotas suyos más– destaca como exótico (198); hecho que se puede atribuir a su gran cultura. Cuando, por ejemplo, canta en español, en presencia de un cura protestante, todos le escuchan con gran atención (196-197). En general, las descripciones de su estancia en Schaulen se caracterizan por ser bastante amenas, teniendo en cuenta las circunstancias.

Mientras el narrador disfruta a menudo de cierta popularidad entre los alemanes, gozando de su admiración, el transcurso de sus días está marcado por la rígida organización germana en la que insiste en esta última parte:

El régimen de vida del hospital está sometido al método de exactitud que los alemanes tienen para todo. Las comidas se dan a una hora exacta. A horas exactas, también, nos ponen a todos el termómetro, y con la misma precisión, las hermanas nos ayudan a lavarnos la cara y las manos (201).

Dentro de esta exactitud, el cronista se siente cuidado en dicho hospital. Pero hacia el final de su crónica el estado de su salud empeora. Cada vez con más frecuencia sueña despierto, a veces hasta sufre alucinaciones. Las imágenes que evoca mentalmente son sus encuentros con Hilde a la que empieza a idealizar:

Tan sólo un recuerdo me atormentará dulcemente: El recuerdo de Hilde. A fuerza de recordarla he llegado a convertirla en un ideal, y estoy seguro de que soy otro ideal para ella. Pero me parece que este encanto se rompería si nos viéramos. (...) Hilde es ya para mí un ideal, un ideal imposible, como deben ser los ideales, un ideal impalpable, sutil, que vaga siempre por sobre todas las cosas de la tierra sin tocarlas, sin rozarlas siquiera, sin contaminarse de su grosería, un ideal que se rompería al menor contacto con la realidad (205).

Muy avergonzado y destrozado por su aspecto físico se aferra finalmente a la idea de haber perdido a su amante para siempre imaginándose que esta, si le viera, no querría estar con él. Tras unas últimas fantasías según las que se reúne, después de la guerra, otra vez con Hilde, intenta levantarse, en un estado de exaltación, de la cama. Cayendo sobre los muñones de sus pies muere al instante. Este final trágico, este suicidio de un cronista desesperado, es interpretado en el epílogo por el autor Royo que interviene. La visión de la figura Hilde, que hasta entonces había sido la imagen de la felicidad anhelada, cambia, a ojos de Royo, con la muerte del protagonista. Royo opina que Luis Pablos no habría muerto si no se hubiera obsesionado con la idea de poder vivir algún día, en plena salud y felizmente, junto a ella:

[Luis h]abía hecho de Hilde un mito casi religioso. Había renunciado por completo a aquella muchacha que le enamoró en Grafenwöhr, pero se aferraba más y más a su recuerdo, como si temiese que se le escapara. Yo pretendí convencerle de que no era muy acertado su punto de vista, y le aseguraba que Hilde lo seguiría queriendo a pesar de su desgracia; pero él nunca estuvo de acuerdo conmigo. Decía que le horrorizaba nada más pensar que Hilde le pudiera ver en aquel estado, porque tenía la certeza de que su sentimiento había de ser muy otro de aquel que le inspiró en un principio (220).

No obstante, tales afirmaciones reflejan solamente la opinión del transcriptor de la obra.

En cuanto a los elementos filonazis, se perciben sobre todo en las situaciones militares y reflexiones de Luis acerca del sentido de la guerra. Como se ha visto, el protagonista no dispone de una personalidad constante: mientras su euforia primeriza al partir a la guerra es parecida a la de otros divisionarios, su carácter soñador le influye notablemente en la mayoría de las situaciones. Su refugio en un mundo imaginario, si

no dificulta su adaptación a la guerra, está siempre opuesto a esta. Poco después de salir de España, comenta, lo que para él es una ‘aventura bélica’, de la siguiente manera:

Sí, yo era un soldado de España en medio de la angustia europea. (...) Me alisté como si toda mi vida hubiera esperado ese momento, con la resolución de un predestinado, con la vehemencia que mi espíritu exaltado y nervioso podía poner en aquel trance de dar un paso decidido y firme, cuando la mayoría dudaba ante la aventura (29).

Sus motivos por participar en la guerra son, por tanto, los típicos de un divisionario azul: La guerra es, para él, a la vez, predestinación y obligación. Además, se siente importante, cumpliendo con una tarea imprescindible, ejerciendo la función de soldado. Pero no solo se ve como un simple soldado sino como representante de su país; hecho que le llena de orgullo y sentimientos patrióticos:

Me encontré de pronto como revolucionado y distinto. En mi espíritu melancólico y disoluto, sin más que una inquietud indefinida por algo que yo llevaba dentro, pero que no sabía qué, comenzaba a abrirse ahora una brecha que daba sentido y significación concreta a mi aventura: España era fuerte y yo la representaba, y pisoteaba a Francia, engreída tres siglos gracias a su habilidad engañosa. Ahora estaba humillado su orgullo y vencida, y nosotros, los fuertes – de cuerpo y de espíritu –, la teníamos bajo los pies (31).

Como español se siente además superior a los franceses, sensación que le provoca un orgullo aún mayor. Aludiendo no sólo a la enemistad histórica entre España y Francia, realza además que actualmente hay más voluntarios españoles que franceses con lo que el apoyo a Alemania es mayor por parte de España.

La actitud pro-bélica del protagonista es mayor al principio de *¡Guerra!...*:

Yo nunca había pensado en estas cosas hasta aquel momento. Pero noté que, poco a poco, iba sintiendo admiración por la fuerza; sí, la amaba ya, me rendía ante su hermosura y ante su justicia, porque ella nos hacía capaces de saltar y correr, de matar y de morir, de amar, de vivir, de gozar; y la debilidad, su antítesis, era pobre y blandengue, repugnante, y se servía maliciosamente del entendimiento, forzando la voluntad de los fuertes, cuya inocencia y buena fe hacía que sufrieran con paciencia su yugo, hasta que, hartos ya, le pegaban un puntapié soberano y tremendo (31).

Sus palabras son las de un ferviente falangista, apuntando sus argumentos belicistas de manera parecida a los nazis. Pero su crónica se diferencia de otras por su composición y estilo literario.

Al igual que otros divisionarios, el héroe de Royo también apunta sus momentos de identificación con el ejército nazi, aspirando siempre a cierta igualdad con éste: lleno de orgullo, se viste con el uniforme alemán (41), acto que recuerda una escena parecida de *Campaña de invierno* (Errando Vilar 1943: 15). En sus descripciones del campo militar, Pablos admira, una vez más, la organización rígida de los nazis y la pulcritud del lugar por la que estos se preocupan especialmente:

Los Campamentos de Grafenwöhr estaban divididos en dos: el del Norte y el del Sur. Eran como grandes pueblos en los que no había sino cuarteles, cantinas y cines. La población era sólo de soldados. Los cuarteles estaban perfectamente acondicionados, con todos los detalles para el aseo, la higiene y el orden. La vida era intensísima de instrucción (Royo Masía 1944: 42).

En muy pocas ocasiones critica la exagerada disciplina de los alemanes, sin embargo se produce algún ejemplo de ese extremo aferramiento germano a la ordenanza (67).

La actitud antisemítica, propia de los nazis, no la asume totalmente el protagonista. Sin embargo, tiene una postura mucho más disimulada que en otras obras divisionarias, como por ejemplo en Gómez. La actitud antisemítica de este narrador se hace notar en sus menciones acerca de Quevedo y Villaespesa. Ambos autores, aunque hay que verles siempre en sus contextos histórico-políticos correspondientes, o demostraron una postura directamente antisemita (Quevedo²⁰⁹) o trabaron amistades con antisemitas (Villaespesa). Aquello se verá en las citaciones a continuación. El protagonista de Royo, por su parte, muestra su actitud antisemítica en el ya mencionado episodio con su compañero Alejandro, en el barrio judío.

Luis recuerda a Villaespesa estando en compañía de Hilde, alabando la belleza de esta²¹⁰. Esta mención de Villaespesa resulta interesante en el contexto de las referencias filonazis ya que el poeta, entre otros, era amigo de escritores pro-nazis como Ricardo León y Salvador González Anaya quienes le animaron a seguir con su trabajo literario (Domene 2003, s. p. y Villaespesa 1954: 15). El narrador de Royo, sin embargo, no alude con su cita a tal hecho sino que muestra su preocupación por la obra lírica de Villaespesa.

En el capítulo “Grodno”, que trata del paso de los divisionarios por Polonia, el cronista manifiesta su actitud antisemítica y el efecto que ya le ha provocado el adoctrinamiento nazi. Describiendo a los judíos de la región, comenta las órdenes de los alemanes:

Nos prohibieron hablar con aquellas gentes, que llevaban todos en el pecho y en la espalda, bordada o prendida, una estrella amarilla de cinco puntas. (...) Era, sin duda, por nuestro bien, ya que los judíos eran gentes peligrosas, que más de una vez habían asesinado a los soldados alemanes en sus camas o cuando los cogían solos de noche, en un lugar apartado (67).

²⁰⁹ Véase Redondo 1974: 703.

²¹⁰ “¡Cuánto hice el vate decimonónico, acariciándole sus manos blancas y olorosas como las manos ducales que cantó Villaespesa” (60).

Poco después de anotar lo anterior, los soldados tienen permiso para salir y se van al baile. Pero entre la muchedumbre Luis pierde a sus compañeros y se encuentra, de repente, a solas con el divisionario Alejandro. Cerca del barrio judío empieza a conversar con él. Como ambos ya han bebido en exceso, expresan abiertamente su odio hacia los judíos. Finalmente Luis propone:

Sí, es el barrio judío. ¿Por qué no le prendemos fuego? – Eso es, eso es. ¿Tienes cerillas? – Yo, no. – Ni yo tampoco. Pero, escúchame, Pablos, es una lástima. ¿Oyes? Porque se lo merecen. Se dice que ellos tienen la culpa de todo lo que pasa y de la guerra, y a mí me da pena de todas las casas destruidas y tantos niños muertos (77).

A partir de ahí, Luis y Alejandro empiezan a gritar, ante una de las casas, pidiendo fuego para fumar. En vez de dárselo, los judíos, asustados por la hora tardía de la noche y el estado de los dos soldados, les hacen entrar en su casa. Cuando se dan cuenta de que son españoles, pierden el miedo y les llevan a su cuartel. Durante su narración, Luis expresa su actitud antisemítica. Según él, los judíos de esta zona cumplen con los estereotipos físicos de los semitas en general e infunden miedo:

Pero era el farol del judío que bajaba, temeroso, a abrirnos. A la luz del farol me pareció que tenía la nariz de pico de águila, como es fama en los judíos, y los ojos de lechuza o mochuelo o cualquiera otra ave nocturna (78).

Esta cita recuerda además a Quevedo cuyo protagonista Pablos comenta acerca de los judíos: “... hay muy grande cosecha desta gente [los moriscos] y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino” (Quevedo 1970: 34).

El día siguiente, Luis y Alejandro son castigados por el jefe de su división por su aventura nocturna. Después, el protagonista opina que solamente está vivo porque los judíos no son hispanófobos ya que la predisposición de ellos por asesinar está comprobada:

Pero no me habían protegido a mí, a Luis Pablos, porque a Luis Pablos no lo conocían. Habían protegido al soldado español, porque el soldado español inspira simpatía aun a sus mismos enemigos. A un alemán, en las mismas circunstancias, lo habrían matado; o a un francés, o italiano, o húngaro; pero a mí me respetan por ser español (Royo Masía 1944: 89).

A pesar de lo ocurrido se mantiene la actitud antisemítica del protagonista. Su única conclusión, como lección del incidente, es la de procurar ser, de ahora en adelante, un soldado más consciente de sus actos (90).

Además de esta situación, hay otro elemento antisemita en *¡Guerra!...*, aunque menos explícito que el episodio anterior: si *El Buscón* puede considerarse un modelo

para Royo para escribir su novela, tal vez se puede suponer que el autor compartió el antisemitismo de Quevedo.

5. 6. Jesús Revuelta: “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”, 1943²¹¹.

El presente capítulo estudiará el único ensayo de esta tesis, titulado “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”. Mientras existen algunos datos sobre el trabajo literario de su autor Jesús Revuelta, el lugar y las fechas de su nacimiento y muerte son desconocidos. Revuelta es el único del grupo que no cultiva la novela. Se dedica sobre todo, en los años treinta y cuarenta, a la poesía y a escribir una gran cantidad de artículos periodísticos y también sobre lírica. Junto con Gaspar Gómez de la Serna, Jesús García Nieto y otros poetas participa en una antología sobre José Antonio Primo de Rivera, titulada *Elegía de los campos y de los vientos en el cortejo de José Antonio*, acerca de la que comenta la crítica:

... (sin lugar ni fecha, pero Madrid y 1939, *Ediciones Haz*, Delegación Nacional de Prensa y Publicaciones del *SEU*). Se trata de un libro destinado, digámoslo así, a acompañar poéticamente al cortejo fúnebre de los restos de José Antonio Primo, en noviembre de 1939, desde Alicante a El Escorial (Rodríguez-Puértolas 1986: 424).

El poema “Soneto”, la contribución de Revuelta en esta antología, figura en la *Literatura fascista española* (Rodríguez-Puértolas 1986: 424) como ejemplar en cuanto a la glorificación de José Antonio. Además, Revuelta publica artículos en la revista pro-franquista *Garcilaso*.

Hay quienes declaran falangista al poeta, otros constatan que las obras que se encuentran en *Garcilaso* expresan “sólo de forma parcial (...) una poética falangista” (Sanz Villanueva 2008: 339).

De toda la obra periodística de Revuelta, es el ensayo “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul” el que mejor refleja los pensamientos y actitudes filonazis de este autor respecto a la lucha contra los rusos. Como se puede observar, el título de su artículo alude al escritor alemán, autor de *Sin novedad en el*

²¹¹ Resalta en este título, al igual que en la obra misma, el cambio en la ortografía del nombre de Remarque que se ha transformado en “Marie”. Dicho cambio no aparece en las citas de esta obra en los trabajos críticos. Tampoco concuerda con la traducción del nombre de este autor alemán al español, donde no cambia.

frente (1929) y puede ser considerada una respuesta a éste. Aunque en formato mucho más limitado, recuerda también parcialmente a la novela de Benítez de Castro²¹².

Al terminar su ensayo, redactado en tercera persona del singular, el autor interviene, asegurando la autenticidad de la anécdota que acaba de contar, y enfoca de tal manera en el hecho de haber participado activamente en la guerra contra los rusos. Así pretende distanciarse de la narración de Remarque a quien califica de incapaz de haber podido luchar en esta misma guerra. Es bien sabido que la obra de Remarque se basa en sus propias experiencias durante la Primera Guerra Mundial. Además, desde los inicios de la Segunda el escritor vive en los Estados Unidos y nunca ha participado como soldado en esta. La última frase del relato de *Reuelta* en la que su narrador constata lo siguiente, en presente del indicativo, es por tanto al menos sorprendente: “Por eso tengo la certeza de que Erich Marie Remarque no ha estado en la División Azul” (*Reuelta* 1943: l. 110-111²¹³). Resalta la utilización del indicativo en esta frase, siendo su autor seguramente consciente de que Remarque, tras sus experiencias como soldado entre 1914 y 1918, no podía participar, por muchos motivos, en la Segunda Guerra Mundial. Además, se caracteriza por ser el último ataque al espíritu antibélico de este escritor.

En cuanto a la estructura del artículo, éste se divide en tres partes: la primera y la segunda tienen aproximadamente el mismo tamaño mientras la tercera se limita a dos párrafos cortos. La primera parte relata los pensamientos de su protagonista Miguel, un escucha español, alternando entre la primera y tercera persona del singular. El soldado, que analiza el actual estado de la guerra desde Novgorod, en plena batalla, está afectado física y mentalmente de manera visible por haber efectuado muchas vigilias nocturnas. Además está sufriendo las dificultades de la guerra en general, entre ellas el extremo frío invernal. El narrador se presenta como una persona muy perturbada que siente incertidumbres en cuanto al desenlace de esta contienda. Describiendo el dolor que siente en la cara debido a las temperaturas muy bajas, se mira en el espejo y opina: “Yo, a los cincuenta años... ¡Si salgo de ésta, claro!” (31). Poco después parece sufrir una especie de alucinación en la que aparece desprotegido delante del enemigo ruso:

Ante él no estaban sus camaradas de la chabola, sino la curva cimitarra del frente enemigo, apenas perceptible en la pantalla blanca que, colgada de la luna, pasaba por el

²¹² Compárese Benítez de Castro, Cecilio. *Se ha ocupado el kilómetro seis. Contestación a Remarque*. Palma de Mallorca/Barcelona: Maucci, 1940.

²¹³ A partir de aquí se citará siempre por Jesús *Reuelta*: “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul”. *Haz*, Madrid (febrero 1943): sin página y con la línea entre paréntesis, ya que el ensayo sólo consta de una página.

horizonte desvanecido en el lechoso reflejo del cielo y terminaba en la boca de su fusil (33-36).

Poco después, aún en la primera parte, expresa su arrepentimiento por luchar en esta guerra: “El santo fanatismo de la Falange le había lanzado hasta allí, desde la butaca cómoda de Madrid, a esta tierra de nadie; ...” (53-55). Mientras manifiesta aquí que no pertenece a la Falange, le parece invadir, al cabo de un momento, un notorio espíritu guerrero y fascista, y recuerda el sentido y la importancia del conflicto bélico:

Una emoción suave, creciente, honda, apresuraba su corazón de gozo. ¡Qué gran ideal el que es capaz de traer aquí veinte mil hombres con alegría de luchar! Ahora sí que no puede morir la Falange. Y si yo muero, «Sin novedad en el frente»; pues otro, con camisa azul, cubrirá mi hueco en la escuadra. Las noches seguirán siendo blancas como ésta, y Dios seguirá sobre las estrellas, que titilarán con ternura, como ahora, para el nuevo centinela. Decididamente, Remarque no luchaba por nada tan grande como lucho, ni sus camaradas tuvieron la fe que nosotros en una vida eterna (56-64).

Aparte de mostrarse aquí profundamente creyente –postura que defenderá también al final de la obra y que es característica de los escritores fascistas– vuelve a hacer referencia a Remarque. Además, realza una actitud propia del soldado fascista, el significado de la muerte por la patria, que está por encima de todo, y el honor militar que esta conlleva.

Los ataques constantes del narrador a la novela de Remarque le atribuyen un carácter claramente filonazi ya que, entre las primeras lecturas prohibidas por los nacionalsocialistas, se encontró precisamente *Sin novedad en el frente*.

Con este tipo de pensamientos termina la primera parte del ensayo. La continuación se relata, en tercera persona del singular, desde la perspectiva de los compañeros divisionarios de Miguel. Recapitulan una anécdota en la que el protagonista se construye –con los escasos recursos que puede encontrar en el frente que son un farol viejo, un cubo de plástico y algo de nieve fundida– un bote de remos. Antes de estrenar su invento, se confirma desde la perspectiva de sus compañeros el estado mental confuso del protagonista: “Los otros le preguntaban, sin hacerle demasiado caso – ya conocían algo de su carácter extraño – : ¿Vas a lavarte?” (89-90). El protagonista, sin embargo, no vacila ante la postura recelosa de sus compatriotas, sino que se defiende contestando: “No; es mi válvula de escape para la tristeza de los recuerdos que padecemos aquí, en esta condenada Rusia” (102-103). Son estas las últimas palabras de la segunda parte.

En la tercera parte, en los únicos dos párrafos, interviene el autor del ensayo. Resumiendo comenta que para protegerse de las dificultades que conlleva la guerra y

los altibajos anímicos que puede sufrir un soldado, los militares deben proveerse de tres medidas concretas que son: “La fe religiosa, el entusiasmo fanático por la razón que luchaban y la invención española para el hallazgo de cauces de evasión a la inevitable nostalgia que sufre el soldado” (107-109). Según el autor, tal fue el equipamiento (mental) de los divisionarios españoles antes y durante la guerra por lo que ellos nunca sintieron lo que experimentó el protagonista de Remarque.

6. Otros novelistas germanófilos y filonazis

En la presente sección se agrupan todos aquellos novelistas que, a pesar de no ser falangistas ni divisionarios azules, fueron admiradores y amantes de la cultura alemana y cuya actitud pro-germana se refleja en sus obras literarias. Son escritores que, en su mayoría, ya mostraron anteriormente a la Segunda Guerra Mundial su buena predisposición hacia Alemania y los países germanos. Mientras que algunos de ellos, como Pío Baroja y Julio Camba, no se interesan demasiado por las cuestiones políticas y concentran su admiración básicamente en el ámbito cultural, otros escritores, como Wenceslao Fernández Flórez, Ricardo León, Rafael López de Haro, Manuel Pombo Angulo y Víctor María de Sola sitúan sus novelas en plena guerra. Sin embargo, no siempre narran sus historias desde Alemania. En menor o mayor medida, estos últimos aprovechan además la ocasión para expresar su actitud antisemita.

6. 1. Pío Baroja

En el capítulo 2. 4. ya se desarrollaron algunas de las opiniones y posiciones del escritor vasco frente a los alemanes. Durante la Guerra Civil, dedica en “Nuestro tablado de Arlequín” un capítulo a los españoles germanófilos. Apunta entonces el cambio de actitud en algunos de sus compatriotas:

El germanófilo español no es ya un entusiasta de Alemania, como parecía al principio, sino un nacionalista conservador y militarista. Todos los escritores germanófilos de nombradía han ido evolucionando más o menos rápidamente hacia el tradicionalismo. Así se ha visto a Benavente hacer una apología de Felipe II y a Salaverría coincidir en el elogio con el sombrío Austria, y llegar a exaltar las corridas de toros como una fiesta bella y culta (Baroja, OC, V: 146-147²¹⁴).

Este apartado, titulado “Los germanófilos”, concluye con la siguiente alabanza a los alemanes:

Así como la verdad del arte entonces estaba en Venecia, hoy la verdad en la ciencia, en la industria, en la organización, está en Alemania. Los países que no lo querían reconocer, que están con ella en guerra, no han hecho más que copiarla en sus procedimientos militares y civiles (Baroja, OC, V: 146-148).

Así, según Baroja, los países europeos que luchan contra Alemania, en realidad admiran su aparato militar.

En el capítulo 2. 4. se concluyó que Baroja, por su posición política y sus propias afirmaciones y actos en los años treinta, no puede ser calificado de filonazi en el sentido de la definición de este trabajo. No obstante, existe una obra suya que refleja su

²¹⁴ Citado de: Pío Baroja. *Obras completas*. Vol. V, Madrid: Biblioteca Nueva, 1976.

conformidad con algunos lemas nazis, como el odio al judaísmo y al comunismo. Esta novela se titula *Comunistas, judíos y demás ralea* y fue publicada en 1938, por lo que no será analizada en este trabajo. Sin embargo, ya que refleja las posturas ideológicas del escritor en este momento, se considera relevante tratarla brevemente. Así, Trapiello apunta lo siguiente sobre el título y las intenciones de Baroja con esta novela:

La publicación en 1938 de *Comunistas, judíos y demás ralea* formó, desde luego, un descomunal alboroto en la España de ese momento. Es este un libro misceláneo de Baroja, que lleva prólogo de Giménez Caballero, un artículo antiguo de éste donde se decía de uno de los textos antologados de Baroja que era «sin duda, el primero de los textos fascistas, la primera profecía fascista lanzada en la Europa de hace veinticinco años». (...) Baroja siempre dijo que el título del libro no era suyo, sino del editor, Ruiz Castillo, a quien se le había ocurrido también la antología de los textos, violentamente antisemitas, anticomunistas y antirrepublicanos. Muchas de las opiniones de Baroja en este libro, ya conocidas, son ridículas, como esa pretensión de medir cráneos y deducir de ello biotipos y líneas de comportamiento, más que como un vulgar Rosenberg (según algunos el apellido de Baroja vendría de Baruch), como un Lavater, autor de una fisiognómica caricaturizada y célebre en tiempos de Balzac. Otras, en cambio, resultan opiniones sensatas y penetrantes, de manera que no se puede decir, salvo del título, que sea un libro bueno ni malo (Trapiello 2010: 204-205).

Trapiello parece justificar a Baroja e intentar salvar la calidad literaria del escritor, cuando en realidad el libro no vale nada y el mismo Baroja a lo largo de su obra muestra una y otra vez que su valor literario no es la gramática sino el contar historias, pero sus errores gramaticales, morfosintácticos, etc., son muchos.

Es interesante considerar el prólogo de Giménez Caballero, fascista ferviente del que ya se habló en 3. 1. El prólogo se titula: “Pío Baroja, precursor español del fascismo” y en su texto, Giménez Caballero no sólo habla del fascismo en Europa sino también da algunas informaciones de interés sobre Baroja:

Yo he descrito en otra parte la característica de ese primer cuarto del siglo XX español. Bajo el influjo del pangermanismo²¹⁵, por un lado; y de las corrientes demo-liberales por otro; «lo mediterráneo», era algo decadente; «lo latino», una cursilería. «Roma», un rincón olvidado, de barbarie y de reacción. Los índices espirituales de esa época – toda la época de anteguerra – sienten la admiración por esa cosa vaga y rústica que llamaban «Europa». Es decir, por las civilizaciones «modernas» de lo francés, lo inglés y lo alemán. (...) Que en el XIX tomó un sesgo político hacia lo inglés. Y en ese cuarto del siglo XX, un carácter cientifista a lo alemán. Todos los hombres-índices de tal época se buscaban sus antecedentes *rubios, sentimentales, arios, antiafricanos y antirrománicos*. Baroja fué uno de los más significativos en esa búsqueda. «¡Archieuropeo, archieuropeo!», exclamaba en uno de sus libros, queriéndose definir. En otro libro, se complacía de que, en Valladolid, cuando estudiante, le tomasen por extranjero, al ver su pelo rojizo. Baroja se afaná, como ningún otro vasco, en indagar el fondo pagano y antirromano de su raza vasca, de la raza de *Jaun* de Alzate. A su perro le llamó *Thor*, como a un dios germánico. Y en las puertas de su casa y en las solapas de su chaqueta, se colgó una *svástica*, una cruz gamada, mucho antes de que Hitler la hiciese emblema

²¹⁵ Esta palabra se define según el DRAE: “Doctrina que proclama y procura la unión y predominio de todos los pueblos de origen germánico” (DRAE 2001: 1130).

del racismo alemán. Hoy esa cruz gamada es el símbolo del país vasco; aparece en insignias, banderas y guías de turismo local. Pío Baroja ha sido, sin duda, uno de sus propagandistas más fervorosos. Y ello hace que el español inocente – por muy antifascista que sea – se encuentre, al llegar al país vasco, bajo el signo del fascio, sin saber ante quien protestar. Pues el fascismo vasco es antifascista. Va contra la unidad española. Esta es una de las tantas y divertidas paradojas del fascismo español. (De «los fascismos españoles».) ¡Pío Baroja, entronizador del sagrado racismo en España, del fascismo alemán! (Baroja 1939: 5-7).

Además, Giménez Caballero aprovecha la ocasión para hablar del paisaje político español y para criticar el por él llamado ‘nacionalismo vasco’.

Comunistas, judíos y demás ralea está dividido en dos partes y son, primero, “El comunismo, los judíos y otros temas de hoy y ayer” y, segundo, “Páginas para una antología de actualidad”. A modo de introducción, el escritor recuerda en la primera parte los nombres de figuras importantes en materia histórica y cultural de los siglos pasados: “Se piensa en la guerra y surge la figura de Napoleón; en la marina, Nelson; en la pintura, Goya; en la música, Beethoven; en la filosofía Hégel, Schopenhauer, Schelling; en la literatura, Byrón, Walter Scott, Víctor Hugo, Balzac, Dickens” (Baroja 1939: 2²¹⁶). Con la mención de Beethoven, Hegel, Schopenhauer y Schelling alaba, pues, los ámbitos musicales y filosóficos alemanes. Este repaso le sirve de motivo para destacar a continuación la mediocridad del siglo XX y para centrarse, en sus reflexiones, en Rusia:

Nada hay parecido en nuestros tiempos. La política misma es mediocre en esta época. No hay un Talleyrand, ni un Metternich, ni un Disraeli. Se nos ha hablado durante mucho tiempo de Rusia como un país de concepciones originales y grandiosas. Pasa el tiempo y no se advierte ni la originalidad, ni la grandiosidad, ni la eficacia (18).

A continuación son sobre todo Lenin y Marx quienes le sirven de base para criticar a los ‘bolcheviques’ y al judaísmo. Pronto se desprende de sus palabras su animadversión contra Lenin que cita con la siguiente afirmación: “«En la santa lucha por la revolución social, las mentiras, la impostura hacia la burguesía, los capitalistas y sus Gobiernos son completamente lícitas»” (18). Así es Nietzsche quien le sirve de contra-ejemplo a Lenin ya que, según él, es una persona notablemente más inteligente que el ruso. Comparando a los dos, opina sobre el filósofo alemán, que este “...pobre profesor alemán, hubiera hecho, de proponérselo, una frase más extraordinaria y más altisonante” (18-19). En este sentido, le impresiona sobre todo el hablar de Nietzsche,

²¹⁶ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo que sigue a Pío Baroja (1939): *Comunistas, judíos y demás ralea*, Cumbre, Valladolid.

pero también las capacidades literarias de Heine. Mientras el judaísmo de Heine no parece tener demasiada importancia, la confesión de los “bolcheviques” sí la tiene:

Evidentemente, entre los bolcheviques no hay ningún escritor que maneje la alta retórica como Nietzsche, ni el sarcasmo y la ironía como Heine, y eso que, por ser la mayoría judíos, podían parecerse en algo a este poeta alemán, que también lo era (20).

En lo sucesivo, Baroja anota cuales habían sido sus expectativas con Alemania respecto a su actitud hacia el comunismo después de la Primera Guerra Mundial:

Yo pensé, como muchos, si Alemania, después de la guerra y como mira de revancha los aliados, se lanzaría al comunismo y a la alianza con Rusia. En un país de gran cultura y de una técnica científica desarrollada se hubieran visto las posibilidades del comunismo mejor que en una tierra acostumbrada a la esclavitud como Rusia y con una mentalidad pobre. Se vió que Alemania prefería la humillación y la mutilación que el bolchevismo con la posible revancha (29).

De esta manera, el escritor cree haber encontrado una justificación del odio de Alemania por Rusia.

En otras reflexiones, Baroja extiende sus alabanzas y elogia a figuras alemanas destacables del ámbito de la ciencia y de la política:

Algunos han comparado a Darwin con Karl Marx. No se pueden comparar. El uno es el hombre de ciencia puro, que no tiene más ansia que la averiguación de la verdad; el otro es el judío hábil y aparatoso, que juega con las ideas como un buen discípulo de Hegel y que lleva guardado un fondo de rencor (37).

A diferencia del judío de otras nacionalidades, se sigue defendiendo el judío cuando es alemán. Más adelante, Marx es calificado de “... metafísico, ni muy grande ni muy original” (61).

Mientras su interés por la filosofía alemana en general ya se ha hecho notar, sigue siendo Nietzsche la persona que ha causado el mejor efecto en el escritor vasco.

Además, tal y como lo indica el título de la obra, el tema del judaísmo es predominante. Según Baroja, es dentro del marxismo donde se halla el judaísmo:

La razón, o por lo menos una de las razones principales, es que en el fondo inconsciente del marxismo hay un elemento étnico, y este elemento es el judío. La raza judía tiene, desde hace siglos, el deseo de imponerse al mundo. El judío cree que está destinada para él la soberanía de los pueblos. Tiene una gran idea de su superioridad, un profundo desprecio por los demás, y es hombre de pocos escrúpulos. El judío, que no ha sido casi nunca inventor, ... (66-67).

En su juicio, Baroja se apropia de los estereotipos sobre los judíos, que se fomentaron en la época en una gran parte de Europa. De esta forma, adopta él mismo una actitud antisemita.

6. 1. 1. *Laura o la soledad sin remedio*, 1939

Esta novela se debe considerar un buen ejemplo literario de la germanofilia de Baroja ya que demuestra con ella su constante interés y fascinación por el mundo germano. La situación personal en la que se encontró el escritor en el momento de escribir esta obra se desprende de la cubierta del libro:

Baroja está asentado en Madrid y al borde de los setenta años, después de su última estancia en París. Hay en la novela, en primer término, un cúmulo de observaciones y reflexiones sobre los años anteriores al 36, en España: la tertulia con el médico familiar, con bibliófilos en una librería de viejo de la calle de Jacometrezo, otros elementos técnicos más formales, se combinan en esta parte. Después la acción se desarrolla fuera, en el ambiente en que vivió Baroja a partir de julio de 1936, en el país vasco-francés, antes de ir a París. La segunda parte está constituida por una pintura de la vida de los emigrados, en que una vez más se aprecia el conocimiento profundo que tenía el novelista de los rincones de París. En estos rincones se mueve Laura, personaje femenino muy barojiano. La apreciación de los hechos de España, desde la lejanía, también se desarrolla a base de dos clases de informaciones: las que llegaban a París por vía emigrados y viajeros y algo que Baroja sabía por correspondencia. En la tercera parte recogerá el fruto de su experiencia de cuando, en plena guerra, también estuvo en Suiza (cubierta del libro, sin página²¹⁷).

Así, esta obra que forma parte de las últimas de Baroja, se desarrolla en diferentes lugares en Europa: en vísperas de la Guerra Civil, la protagonista Laura, en búsqueda de un lugar seguro, va de Madrid al sur de Francia y después a París, donde busca su fortuna. En Suiza (Basilea) reside durante mucho tiempo, pero también conoce Londres. Centrándose en los diferentes lugares y también personas a las que conoce la protagonista, la novela está dividida en cinco grandes partes y veintinueve capítulos.

La figura principal, Laura Monroy, es estudiante de medicina e hija de doña Paz Avendaño Monroy. Su padre, un prestigioso catedrático en geología que antes trabajaba en la Universidad de Madrid, falleció hace unos años. Desde la muerte del padre, la situación económica de la familia ha empeorado. Laura, que tiene veinte años, es caracterizada como una persona tímida e introvertida, además de atractiva. Su mayor preocupación al iniciar la novela es terminar su carrera para poder encontrar un buen trabajo. El hermano de Laura es Luis, un militar que pronto luchará en la Guerra Civil. La novia de Luis, Mercedes, es desde el principio descrita como una mujer caprichosa y seca en el trato. Por consiguiente, Laura siente antipatía hacia ella. Otro familiar de importancia es Silvia Belvís, la prima de Laura. Debido a la situación financiera precaria de la familia de Laura, ésta tiene deudas con Silvia y sus padres.

²¹⁷ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo sucesivo a Pío Baroja (1976): *Laura o la soledad sin remedio*, Caro Raggio, Madrid.

Una de las primeras impresiones que se desprende del primer capítulo de la obra es el ambiente de una juventud universitaria preocupada por su futuro (profesional). Así, el contexto de la incipiente Guerra Civil –estamos en mayo de 1936–, queda claramente definido. En el entorno en el que se mueve la protagonista, se distinguen las voces de los dos bandos políticos. De esta manera, durante la fiesta de cumpleaños de Silvia, los presentes discuten sobre la situación actual del país. Según el narrador, muchos amigos de Silvia –incluido ella misma– son calificados de esnobs, con comportamientos superficiales, rasgo que se asocia a la burguesía. En el siguiente caso, conversan Juan Avendaño, un primo de la madre de Laura, y un cura joven, que también es pariente de la familia:

En aquel momento el joven fascista y el joven comunista se pusieron a discutir de una manera agria cuestiones políticas; el diplomático que usaba monóculo dijo unos cuantos lugares comunes sobre los asuntos internacionales gesticulando mucho y Juan Avendaño aseguró con convencimiento: – Aquí el mejor día va a pasar algo terrible. – Sí – repuso Silvia –, yo creo que lo mejor va a ser marcharse definitivamente al extranjero. – Silvia preconizaba con frecuencia esta solución, pero era porque tenía dinero en Francia y en Inglaterra, y el problema de vivir lo llevaba de antemano resuelto (15-16).

En efecto, poco después, cuando Luis, el hermano de Laura, expresa su presentimiento de que “[d]entro de unos días va a haber acontecimientos muy graves” (43), Laura, su madre y la prima Silvia preparan las maletas para viajar a Bidart, un pueblo en el País Vasco francés. Durante un primer tiempo, se alojan en casa de un amigo del padre fallecido de Laura. Como militar, Luis por su parte debe permanecer en la capital.

La perspectiva del narrador omnisciente, desde la tercera persona del singular, está mayoritariamente centrada en Laura. La vida tanto de la protagonista como de las personas que la rodean está marcada por un ambiente de angustia. Así, Laura y su familia se encuentran durante su viaje en la frontera francesa a unos periodistas extranjeros que parecen sentir el conflicto bélico. Al estallar la Guerra Civil, se apunta:

Cuando llegaron las noticias de la revolución, otra vez vino la inquietud y el miedo. [Laura y su madre p]usieron un telegrama a Luis, pero no hubo respuesta. Desde el extranjero, al menos, lo de España era una cosa oscura; parecía de todo punto imposible saber algo con exactitud (54).

Mientras tanto, Laura se acostumbra a su nueva vida. Un día, se cruza en Biarritz con Mercedes, la novia de Luis. Entonces llega a saber que la familia de Mercedes se refugia en el mismo lugar. Debido a ciertas diferencias entre Mercedes y su madre, la

joven decide irse a vivir con Laura y su madre. Es entonces cuando Mercedes revela a la protagonista que le sucedió un acontecimiento terrible: aún antes de salir de Madrid, fue violada por unos anarquistas y se quedó embarazada. La revelación de este triste secreto refuerza la amistad de ambas mujeres.

En otro fragmento del texto, Silvia, que se aloja en otro lugar, viene de visita a Biarritz. Le habla a Laura de un conocido común, Federico, y de su esposa, que es de origen alemán y judío:

Se hallaba éste [Federico] casado con una muchacha de apellido alemán, judía, o por lo menos, medio judía. Ella se dedicaba mucho a la vida de sociedad y a cuestiones de beneficiencia [sic]. Era bastante coqueta pero guardando siempre fidelidad al marido. Según se decía, le había dado a Federico un carácter muy judaico y muy práctico (72).

La primera mención de un judío en esta narración evoca algunos de los estereotipos sobre los judíos en la época como la presunción y el hecho de ser sociable. Con la última afirmación se sobreentiende además que la mujer logró influir en su marido con su “carácter judaico” – expresión a la que no se le da más connotaciones. Sin embargo, no se trata aquí de un elemento filonazi ya que la descripción de esta figura no es negativa. En este contexto, es interesante saber que, a pesar de que en la época existían tantos estereotipos sobre los judíos, muchas veces los antisemitas no podían definir claramente estas ideas preconcebidas. Se desprende de la ambigüedad de las siguientes opiniones:

Un importante correlato simbólico de este singular caso de racismo sin raza es que, a diferencia de lo que cabría suponer, a los judíos no se los consideraba tanto la antítesis propiamente dicha de la raza aria como su polo negativo, hasta el punto de que en algunas ocasiones eran definidos a partir del no-ser o de la negación. Así, ya Otto Weininger, célebre intelectual vienés misógino y antisemita de ascendencia judía, había afirmado en *Sexo y carácter* (1903) que «el verdadero judío, como la hembra, carece de yo, y, por lo tanto, tampoco tiene valor alguno en sí mismo» y, en otro lugar, «el judío absoluto no tiene alma». En el mismo sentido, Rosenberg califica a los judíos de «negadores de todo logro cultural» – idea igualmente presente en *Mein Kampf* – de «antirraza» y de «antítesis metafísica» de los arios. También les niega la capacidad de fundar un Estado en el futuro, ya que, como «enemigos mortales del orden y de la ley», el resultado sería el caos, es decir, «el vacío y la nada». En términos de P. Lacoue-Labarthe y de J.-L. Nancy, en el imaginario nazi el judío es el hombre del universal abstracto frente al de la identidad singular y concreta. No es un tipo opuesto al ario, sino la ausencia misma de tipo (Sala Rose 2003: 235).

Mientras tanto, la Guerra Civil continúa. Así, Laura y Mercedes, en su condición de jóvenes humildes, deciden en “Viaje de pobre”, el primer capítulo de la segunda parte, irse a París para buscar trabajo. En un primer momento, se quedan en casa de Camila Trousseau, profesora y amiga de una conocida española. En los primeros días se encuentran por casualidad con dos jóvenes españoles de su pueblo con quienes

conversan, durante una cena, sobre las teorías de las razas. Uno de ellos, un antiguo alumno del padre de Laura, es geógrafo. Cuando opina sobre las distintas razas, cita a dos alemanes conocidos:

En la raza blanca se da una degeneración que produce el tipo mongoloide; puede ser que sea una regresión, un salto atrás. En los genios se presenta ésta con frecuencia; así Beethoven, Schopenhauer, Paul Verlaine, Balzac, Goya, y otros muchos tenían cierto aire de mongoles (Baroja 1976: 115).

A todos los aquí mencionados se les atribuye, pues, una característica física negativa, con lo que todos, también los alemanes, salen mal librados.

Otros temas importantes de esta novela son la política y la emigración. El hecho de conocer otros países es fundamental en la producción barojiana, tal como se desprende de otras obras suyas. No obstante, subraya en este contexto, en el capítulo “Halma y sus ilusiones”, que es consciente de que las ideas que uno se lleva del extranjero no suelen ser objetivas:

Generalmente, cuando se sale al extranjero en plena juventud, las impresiones recogidas suelen ser un tanto falsas y no concuerdan siempre con la realidad. Del país a donde se va se forja el viajero una idea más buena o más mala que la verdadera (133).

De esta manera, el narrador reconoce la tendencia del ser humano a establecer estereotipos, sobre todo hallándose en otro país.

En el mismo capítulo, durante una conversación, Laura y Halma, una joven de Bilbao con quien Laura traba amistad, abordan la política. Halma comenta su postura política y utiliza también alguna palabra en alemán que Laura desconoce:

La maestra [Halma] hablaba con mucha frecuencia de política con la fraseología de la época. A todos los que no eran rojos les llamaba fascistas y a los rojos los clasificaba en stalinianos y trotskistas. Hablaba de los *putschs*, que a Laura le parecían una familia de apellido catalán; de la demagogia de ciertos revolucionarios, de las maniobras de los derrotistas, y empleaba otras fórmulas pedantes, sin duda a la moda (135).

Este fragmento del texto es narrado de manera graciosa: en efecto, las palabras “Puig” (apellido catalán) y “Putsch” (alemán para ‘golpe de estado’) se pronuncian casi iguales. Es probable que el narrador aluda con esta anécdota a sus buenos conocimientos del alemán.

A medida que Laura y Mercedes se adentran en la vida parisina, su círculo de conocidos se amplía. Un día, en un grupo de amigos, conocen a Adolfo, del que se sospecha que es un judío alemán. Sin embargo, se desconoce su origen, sólo se sabe que Adolfo “[h]ablaba el español perfectamente, el francés como un parisiense y el inglés como un americano” (154). A parte de estas características es un personaje a quien se le

atribuye un mal carácter; hecho que hace sospechar que su nombre fue elegido a propósito. Un día, Adolfo invita a Laura a cenar a su casa. Cuando Laura se muestra remisa a acostarse con él, el joven intenta violarla. Pero Laura, sumamente asustada, logra escaparse. Una vez en casa se decide con Camila a ir a la policía para denunciar al agresor. A partir de este momento, a Laura le acompaña durante un tiempo un policía francés, a fin de hacerle de escolta. Un día, el agente describe a Adolfo de la siguiente manera:

De Adolfo dijo [el comisario de policía] lo que era. Se le suponía judío alemán. Había vivido largo tiempo en la Argentina y en España. Se sospechaba que estaba mezclado en negocios de cocaína y de trata de blancas (162).

Con todo, Adolfo pasa por ser un personaje malo sin poder ser comparado con Hitler ya que en cuanto a sus orígenes y su vida en el extranjero no hay paralelismos. Su apariencia es repentina y corta, pero deja una huella en la vida de Laura. La anécdota de Adolfo termina con el comentario anterior del policía.

A continuación, con la presentación de un grupo de rusos, el narrador se adentra en temas relacionados con la lengua, la mentalidad y la política rusa. Una vez más es interesante ver hasta qué punto al escritor le fascina todo lo extranjero y las sensaciones que se producen en sus figuras cuando conocen a extranjeros. Por su afinidad con el mundo sanitario, Laura y Mercedes entran en contacto con unos estudiantes rusos que trabajan en el hospital Baudelouque. Una cena compartida con los rusos se describe de forma siguiente: “Era curioso cómo los rusos al hablar un idioma extraño como el francés elegían otros giros y otras palabras que los españoles. Sin duda unos y otros traducían de sus respectivas lenguas” (166). Se demuestra con comentarios del estilo el interés del narrador por otros mundos culturales. Durante la misma cena, un periodista ruso que pretende haber conocido a Lenin les habla a las jóvenes de la comunidad rusa que existe en París. En este contexto se menciona también por primera vez la policía nazi:

[En aquella cena se] habló también de la lucha de la G.P.U. [organismo de policía secreta rusa] y de la Gestapo que tomaba un carácter dramático. En aquellas cuestiones de secuestros y de muertes oscuras y misteriosas, las versiones eran variadas y unos los atribuían al Intelligence Service, otros a la G.P.U y otros a la Gestapo. (...) Luego se habló de la lucha de las radios. En Alemania se solía oír la emisora negra que en alemán se llama Der Schwartz Sender. Esta producía grandes preocupaciones al gobierno alemán porque no podía localizarla. Había siempre una gran lucha entre las emisoras rusas y las alemanas, y cuando sonaba una, la interrumpían con interferencias las otras para que no se oyera (168).

Esta escena sitúa al lector por primera vez de manera más directa en el contexto de la inminente Guerra Mundial. Abordando el tema de las relaciones ruso-alemanas, el periodista demuestra además con su discurso que conoce el mundo radiofónico alemán. Esta comparación entre la policía secreta rusa y la policía nazi refleja una imagen negativa, la imagen de represión y de brutalidad, que ambos tienen del mundo germano.

En el mismo círculo ruso, que resulta ser bastante cosmopolita, Laura y Mercedes conocen a mucha gente de diferentes países, y también alemanes. En un primer momento, traban amistad con Kitty, una estudiante rusa, que les presenta al también ruso Golowin, un astrónomo y matemático. Con todas las personas que las protagonistas frecuentan se les abre un mundo cultural nuevo y bastante diverso. Así, se apunta: “Unos días después de Navidad, Kitty avisó a Laura que el primer día del año iría a buscarla para llevarla a una casa en donde se daba una lectura, al parecer, muy interesante. Les acompañaría el señor Golowin, que tenía deseos de hablar con Laura” (171). El lugar del encuentro es un pequeño hotel que, en su entrada, tiene una placa donde hay algo escrito en hindú. Como explica Golowin a Laura, este hotel es la propiedad “... de una señora hindú. Allí suelen acudir martinistas, espiritistas, teósofos y Rosa-Cruces” (175). De esta manera, Laura conoce un mundo de diferentes grupos religiosos en el que la fe es la mayor preocupación de todos. Entre los invitados también hay un alemán que se dedica a una manera determinada de interpretar la Biblia y que despierta la curiosidad de Laura:

Los [personajes] más importantes, a juzgar por su aspecto, debían ser un francés rubio, poeta, con larga melena y nariz respingona y roja y un alemán de cara triste e hipócrita, que era, por lo que dijeron, un Bibelforscher. – ¿Qué es eso? – preguntó Laura. – En Alemania, estos Bibelforscher, o estudiantes severos o fanáticos de la Biblia, son gente mística, que no acepta el servicio militar, ni reconoce la autoridad del Estado – dijo Golowin –. Ahora los tienen encerrados en campos de concentración, para que no propaguen sus ideas, y parece que dan muchos disgustos al gobierno (176).

Como apunta el historiador Zipfel (1965)²¹⁸, las afirmaciones anteriores de Golowin son verídicas. Hasta 1931, el nombre oficial de este grupo era los ‘Ernste Bibelforscher’ – literalmente los Estudiantes serios de la Biblia– que después se convirtieron en los Testigos de Jehová. Sobre su represión y persecución en el Tercer Reich apunta Zipfel:

Es gibt wohl kaum eine Analyse oder ein Erinnerungsbuch über die Konzentrationslager, in dem nicht das gläubige Denken, die Arbeitsamkeit, Hilfsbereitschaft und das fanatische Märtyrertum der Ernsten Bibelforscher geschildert wird (...). Hingegen wird in der allgemeinen Widerstandsliteratur der den Inhaftierungen vorausgegangene Kampf der «Zeugen Jehovas» nicht, oder allenfalls am Rande,

²¹⁸ Véase también la entrada “Jehovas Zeugen“, en: <http://www.wissen.de/lexikon/jehovas-zeugen>, 02.07.13.

erwähnt (...). Dabei handelt es sich bei Tätigkeit und Verfolgung der Bibelforscher um einen ganz eigenartigen Vorgang. Die Mitglieder dieser kleinen Religionsgemeinschaft sind zu 97%, d. h. nahezu ausnahmslos (...), zu Opfern nationalsozialistischer Verfolgungsmaßnahmen geworden. Ein Drittel von ihnen fand «durch Hinrichtung, sonstige Gewaltakte, Hunger, Krankheit, oder Frondienst» den Tod. Diese beispiellose Härte der Unterdrückung ist das Ergebnis eines kompromißlosen Glaubens, der in unüberbrückbaren Gegensatz zu der nationalsozialistischen Ideologie treten mußte. – Die 1870 von dem Kaufmann Charles Taze Russell gegründete und seit 1916 von dem Richter Rutherford geleitete Internationale Vereinigung Ernster Bibelforscher fand vor dem 1. Weltkrieg in Deutschland vereinzelt Anhänger. Seit 1918 wuchs die Zahl der Bekehrungen ... (Zipfel 1965: 175-176)²¹⁹.

Por lo que se refiere a la cita barojiana anterior, el narrador menciona en un primer momento los aspectos físicos negativos de este alemán. Con su cara “triste e hipócrita”, todo apunta además a que se trate de una persona no muy interesante y posiblemente de carácter falso. Su interpretación de la Biblia, que luego comparte con el público, encaja con la primera imagen del narrador sobre él:

Después habló el Bibelforscher con un tono pesado y aburrido. Este tendía a pensar que no había necesidad de interpretar nada en el Apocalipsis ni en ninguna otra parte o pasaje de la Biblia. Para él todo era como estaba en el libro: y los dragones eran dragones, los ángeles, ángeles, y las trompetas, trompetas (Baroja 1976: 179).

Con todo, tampoco puede despertar el interés de Laura.

La figura del ruso Golowin, por su parte, es importante para la historia ya que, más adelante, se convertirá en el marido de Laura. Pero antes, a principios de la tercera parte, invita a Laura y a su amiga Kitty a venir a Lucerna, donde tiene una casa alquilada, para pasar unos días de vacaciones. Uno de los objetivos del viaje es que Laura conozca a Natalia, la hija de nueve años de Golowin. Kitty la describe como una niña “un poco enfermiza, caprichosa y nerviosa” (191) para la que Golowin, que es padre soltero, busca una institutriz.

Entre otras cosas, Golowin se caracteriza por ser una figura germanófila. Admira a los alemanes en temas de ciencia y también por haber compartido buenas experiencias con ellos:

²¹⁹ “No habrá ningún estudio o tomo de recuerdo sobre los campos de concentración que no trate del pensamiento creyente, la laboriosidad, la solicitud y el martirio fanático de los Estudiantes de la Biblia. Sin embargo, en la literatura general de la resistencia no se menciona o solo a penas la lucha de los «Testigos de Jehová» que antecede a sus encarcelamientos. La actividad y la persecución de los Estudiantes de la Biblia era un proceso muy peculiar. El 97 % de los miembros de esta comunidad religiosa, es decir casi todos, fueron víctimas de las medidas de persecución nacionalsocialistas. Una tercera parte murió por «ejecución, otros actos de violencia, hambre, enfermedad o servidumbre feudal». Este rigor sin precedente de la opresión es el resultado de una fe sin compromisos que entró en oposición infranqueable a la ideología nacionalsocialista. – La Asociación Internacional de los Estudiantes de la Biblia fue fundada en 1870 por el perito comercial Charles Taze Russell y desde 1916 dirigida por el juez Rutherford. Antes de la Segunda Guerra Mundial tuvo en Alemania solo seguidores ocasionales. Desde 1918 el número de conversiones aumentó ...”, traducción de la autora.

Golowin era muy inclinado a la raza germánica. Contaba que al día siguiente de dar su conferencia [durante una conferencia de astrónomos] y de oír la observación del francés, al entrar en una librería, tres jóvenes alemanes se habían parado a su paso y de pronto los tres se habían descubierto y le había saludado sin decir nada. No es que él creyese que su conferencia fuese una maravilla, pero estaba bien este romanticismo juvenil (195).

En este momento, el ruso se siente halagado por los alemanes. A continuación, Laura acepta la proposición de Golowin de ser institutriz para su hija. Por consiguiente, ambos se trasladan a Lucerna.

A partir de entonces, el mundo germano es el trasfondo del viaje de las amigas Laura y Kitty hacia Suiza y también dentro del país mismo. Su primer encuentro con un alemán tiene lugar en el tren. Kitty simpatiza en seguida con él:

... se encontraron con un joven alemán, de lo más clásico alemán que podía darse, algo flaco, rubio, melencólico, con anteojos de lentes muy convexas. Era un lector desenfadado, un espíritu entusiasta y fogoso; sabía historia, filología, latín, griego, árabe y sánscrito, y estaba preparándose para el profesorado. Kitty habló con él y compitió con el joven sabio en entusiasmo y en optimismo generoso. Laura se reía por dentro. – ¡Qué tipos! – pensaba. Luego Kitty le dijo que el joven alemán le parecía uno de aquellos herejes españoles del Renacimiento, como Miguel Servet, que a ella le preocupaban (200).

A pesar de que Laura se muestra menos expresiva en su trato con el alemán que su amiga –la protagonista principal es de naturaleza más tímida– la descripción del encuentro con el joven es favorable. Destaca su avidez por la lectura y sus conocimientos en lo antiguo y lo clásico. Así, según Kitty, podría ser español, lo que demuestra también que ella tiene un alto concepto de los españoles.

Una vez llegadas a Basilea, las mujeres se instalan y Laura valora positivamente el paisaje y ambiente suizo: “A Laura le hizo muy buena impresión el levantarse de la cama, abrir la ventana y encontrarse frente a los árboles del parque iluminados por un sol claro” (200). En casa de Golowin, en cuyo salón se hallan “algunos libros antiguos, casi todos en alemán” (203), vive también la criada Bergmann, que es de origen ruso: “La señora Bergmann era una rusa viuda que tenía un hijo en un colegio de Zúrich. Era antibolchevique furibunda” (207). Así, en casa de Golowin se habla tanto el ruso como el alemán; hecho que favorece más a Kitty que a Laura: “Kitty se desenvolvía mejor, sobre todo al principio; tenía la ventaja de que podía hablar alemán y ruso con las personas de la casa” (205). No obstante, la protagonista también se siente a gusto en este ambiente ruso-alemán.

Pero no todo lo alemán tiene una valoración positiva. Así, se apunta sobre la última profesora doméstica de Natalia que era una persona muy radical en cuestiones educativas:

La última institutriz que tuvo, una señorita alemana, era, según decía el señor Golowin, muy dogmática. Para ella la sabiduría entera radicaba en Alemania; en los demás países había sólo torpeza. Cuando le decía a Natalia que esto o aquello se hacía en su país de una manera perfecta o que las niñas de Alemania eran más inteligentes o más correctas que en Suiza, Natalia se enfurruñaba y le contestaba impertinencias. El señor Golowin le decía a la institutriz alemana: – No insista usted demasiado en ciertas cosas. – Ella no podía refrenar la satisfacción que le producía el poner a su país y a sus compatriotas como el modelo acabado de todo (207).

En este fragmento del texto, se subraya la arrogancia de ciertos alemanes, la fe en considerarse superiores a otras naciones.

En compañía de sus amigos, entre ellos el suizo diplomático Wollgraff, Golowin se muestra además amante de la música clásica alemana, de compositores como Bach, Mozart y Wagner:

Luego [Wollgraff] colocó en el gramófono el Concierto de Brandeburgo, de Juan Sebastián Bach. Su entusiasmo por el tal concierto le hacía ponerse delante del aparato y mover los brazos como si él mismo estuviera dirigiendo una orquesta. Después puso discos de Don Juan, de Mozart, entre ellos el célebre dúo: «Reich mir die Hand mein Leben». – Qué música ésta de Mozart! Debía de ser un hombre sencillo y alegre – dijo Golowin. – ¡Algo maravilloso! – exclamó Kitty con entusiasmo. – Yo creo que era un poco *polisson* [pícaro, en francés] – afirmó la señora Bergmann (212).

Todo este ambiente cultural está bien visto. A través de la compañía de Golowin, Laura se adentra cada vez más en un mundo de gente culta –hasta lo es la criada– para ella antes desconocido. De todos los compositores, Mozart les parece el más interesante a los presentes. Kitty revela poco después que ella, que como todos los demás también sabe tocar el piano, prefiere la música de Wagner:

Kitty, nada partidaria del reposo, comenzó los días siguientes a tocar el piano. Tenía muchas más condiciones que Laura para la ejecución, pero no muy buen gusto. Le entusiasmaba el estrépito y sobre todo Wagner. Laura tocó alguna cosa sencilla de Beethoven y de Haydn, y Golowin la felicitó (212).

Laura, en cambio, no se muestra muy aficionada a la música de Wagner, compositor favorito de Hitler. Su estilo musical le parece demasiado ruidoso. Así, y tal como se pretende en el capítulo 2. 4. es bastante más acentuada la actitud germanófila de las figuras de Baroja que su inclinación hacia el nazismo.

En otro momento, Golowin, Kitty y Laura hacen una excursión a Basilea, centro industrial importante de Suiza:

Días después, Golowin las llevó por la mañana a ver la ciudad, que parecía salida de una caja por ser tan limpia, tan pintada y ornamentada. Vieron el puente cubierto de los

Molinos con sus varios cuadros, reproducción de la Danza Macabra que hubo anteriormente en Basilea. Este puente forma un zigzag y está adornado con pinturas de la vida de San Leodegardo [sic] y de San Mauricio, patronos de la ciudad, y de otros cuadros que representan acontecimientos de la historia suiza (214).

Si bien en los fragmentos anteriores se alabó el ambiente musical, ahora lo es la decoración y el estado cuidado de esta ciudad. Con descripciones y comentarios del estilo, esta novela adquiere la característica de un *bildungsroman*, que se centra en la vida de Laura y en su aprendizaje cultural.

Cuando Golowin decide instalarse de manera estable con su hija en Suiza, se sobreentiende que Laura, como institutriz de Natalia, se queda con ellos. Las impresiones de la protagonista del país, aunque ya lleva algún tiempo ahí, siguen siendo positivas:

El primer día por la mañana Laura abrió la ventana de su cuarto y vio que enfrente tenía un monte de silueta triangular y a la izquierda de éste unos picos nevados de la Jungfrau. Dieron la niña y ella un paseo hasta la aldea y se detuvieron a sentarse en un hotel con una terraza que en aquel momento iluminaba el sol. Delante del hotel había una iglesia con una torre que tenía un letrero que decía en alemán: «Construida en 933, restaurada en 1400». La torre era cuadrada, con un reloj, y en lo alto, una veleta con una media luna. La iglesia tan pequeña parecía menor que la casa rectoral aneja (233).

Esta descripción minuciosa transmite la imagen de un ambiente invernal casi romántico, en cualquier caso pintoresco. A pesar de tratarse de unos apuntes en un tono poco entusiasmado –conforme con la actitud algo distanciada de la protagonista– son positivos. A continuación persiste el tono elogioso, como en el siguiente comentario:

El día de fiesta en Suiza, en el campo, es alegre, sobre todo en verano. Por la mañana se oyen ruidos de tambores o de acordeones, cantos a coro, gente que sale por los caminos en bicicletas, motocicletas o autos. (...) Suiza ofrece esto a la vista; aldeas limpias, repintadas, campanarios góticos, torres de aire bizantino con cúpulas en forma de cebolla, casas cuidadas, tabernas y posadas con pinturas alegóricas; el cartero atildado como si fuera un oficial de ejército, y los domingos, aldeanos, con aire de teatro, marchando al tiro al blanco con una escopeta y una pluma o un manojito de hierbas en el sombrero (234-235).

Sigue la narración con un ambiente muy cuidado, con sentido para el detalle, y también se describe la gente de la calle que va vestida con elegancia.

No obstante, estos apuntes no tratan solo lo ambiental sino invitan también a la reflexión sobre la mentalidad de la gente. Así, cuando Laura comenta que el carácter de dicho paisaje le parece apacible, Golowin piensa en la relación que supuestamente existe entre este carácter y la guerra. En la opinión del narrador,

[e]l campo de Suiza es la consecuencia de una vida ordenada de trabajo y de paz. – Nosotros no tenemos eso – decía Laura. – Yo supongo que el recuerdo de las antiguas guerras debe quedar constantemente en la tierra española – decía Golowin. – Sí, quizá

por eso nuestro campo es dramático y triste. – Es la psicología de la guerra; en cambio, aquí la gente vive la psicología de la paz en bueno y en malo. Acá la gente tiene pocas necesidades espirituales. A orillas de un lago de estos no se piensa más que en comer, en nadar y en remar. Laura recordaba que ella había creído durante mucho tiempo que vivir dentro de un paisaje bonito, ya debía bastar para hacer a una persona feliz. Sin duda no era cierto (235).

Por un lado, se alude en esta cita a las diferencias económicas que existen entre Suiza y España, más marcadas aún en este momento. El contraste entre ambos países, el primero en estado pacífico y el segundo en estado bélico, ahora es más notable que nunca. Por otro lado, el comentario de Laura recuerda el de una niña ya que tiene cierto carácter naíf y romántico. De esta manera, se fomenta aún más el carácter del *bildungsroman* que antes se ha mencionado. En cambio, las opiniones del narrador y de Golowin parecen estar por encima de la opinión de Laura ya que pasan por ser personas más sabias, de conocimiento superior. Conforme con ello, ambos apuntan que el estado de Suiza se debe, sobre todo, al esfuerzo y trabajo de sus habitantes que, además, disponen de tiempo y calma para pensar en el ocio.

Al cabo de poco, aparece Marta, otra figura germano-parlante, que ocupa varias funciones en casa de Golowin:

Tenían una cocinera, un mozo, una doncella y una mujer que hacía de criada para todo, una gigantesca alemana a quien el señor Golowin apodaba la «Walkiria». Se llamaba Marta. No hablaba más que alemán y comenzaba a decir alguna que otra palabra en francés (217).

Es interesante ver que la descripción de esta mujer no solo se ciñe a lo físico sino que permite también establecer una comparación con una figura conocida de la mitología escandinava. Además de su mal aspecto físico, tampoco dispone de una cultura lingüística tan amplia como los demás.

Marta es la primera figura con claros rasgos filonazis en esta novela. Por sus afinidades con el régimen hitleriano, no se lleva bien con la criada Bergmann:

Entre la señora Bergmann y Marta solía haber discusiones y riñas. La «Walkiria» era muy hitleriana y, a veces, en el jardín donde trabajaba con la azada, ponía algunas flores que trazaban una cruz esvástica, y también había hecho una torta con adornos de cruces esvástica de canela o de vainilla. Era una mujer muy independiente y muy poco sentimental (217).

Su carácter bastante violento encaja con su filonazismo:

En la casa había una gata con cinco crías que estaban cuidadas por Golowin y por su hija. – ¿Para qué quiere usted estos gatos? – le preguntó Marta a la señora Bergmann un día –. Si usted quiere, yo los mataré ahora mismo. – Marta tenía una personalidad selvática y un tanto demoniaca. Un orgullo extraordinario. Se consideraba ofendida por muchas cosas. Creía que la querían rebajar por gusto (217-218).

Con todo, esta figura reúne muchas características negativas como sus formas rudas, casi salvajes, y también su orgullo excesivo. Su actitud filonazi tampoco es calificada de manera positiva, ya que esta actitud se asocia a cierta falta de sentimientos.

De ahí que es posible explicarse la fascinación que ejerce Marta en los demás, sobre todo en la niña Natalia. Esta fascinación recuerda a la que sentían muchos alemanes por Hitler. De la siguiente cita, no se desprende claramente si el narrador comparte dicha fascinación o no:

Aquella mujer [Marta] era activa y turbulenta. La hija de Golowin, Natalia, la miraba con asombro y con cierta simpatía. Un día, la «Walkiria» estaba arreglando el jardín con la azada y le llamó la señora Bergmann. Marta tiró la azada, se acercó a la terraza y saltó a la cocina por una ventana que tenía cerca de dos metros de alta sobre el suelo. Marta decía que soñaba con frecuencia con luchas de lobos feroces. Unas veces se acometían entre ellos y otras la atacaban y se defendía a palos. La doncella, Fanny, de cerca de Neufchâtel, de una aldea, era muy seria, protestante y usaba anteojos, hablaba francés, miraba a la «Walkiria» como a un individuo raro y le hacía observaciones discretas (218).

En situaciones como ésta, Marta incluso infunde miedo a los demás. Sus sueños parecen a la vez fantásticos y animales. Es por tanto sobre todo curiosidad que despierta Marta en los demás. Esta curiosidad tiene también connotaciones positivas.

En oposición con la torpeza de ‘la valquiria’ tan trabajadora aparece un día otro alemán, de tipo fino y elegante:

Había pequeños detalles que a Laura le divertían mucho. Trajeron a un hombre ya de más de cuarenta años para que limpiara el jardín y ayudara a la «Walkiria». Era un hombre alto, rubio, de buen aspecto, con barba y melena, pero trabajaba tan poco que casi no hacía nada. Golowin dijo de él, sonriendo: – Es un ario noble y no puede trabajar como otro tipo vulgar (218).

Con comentarios de este estilo, la narración adquiere un tono irónico. Se pretende aquí que el ‘buen ario’ no es apto para el trabajo físico demasiado duro, con lo que el narrador se burla de la ideología nazi. Así, se establecen dos figuras pro-nazis que, sin embargo, están en cierta oposición: la trabajadora vulgar, admiradora de Hitler, y el ario de físico débil, que no se pronuncia a favor de los nazis, pero que cumple con sus condiciones de raza.

Golowin, hombre de sociedad, se mueve en un círculo de gente muy diversa. Entre ellos está también el señor Müller:

Uno de los visitantes de la casa era un músico viejo, violinista, que anduvo viajando por el mundo y sacó a flote una familia numerosa con su trabajo. Se llamaba Müller. ¿Qué le faltaba a este hombre para llegar a ser una celebridad? Era difícil saberlo. Efectivamente, no le faltaba arte, ni conocimientos, ni maestría, pero no había llegado a la fama. El se felicitaba de ello porque decía que el éxito lo hubiera impulsado a hacer tonterías que no hizo. Golowin lo consideraba como un verdadero germano de tipo

aquilino. Era hombre amable, tocaba algunas veces con Laura, aunque ésta aseguraba que no podía acompañarle porque no estaba a su altura (219).

Cumpliendo con la condición de ser versado en música, esta figura reúne una característica que el propio narrador admira. Su físico encaja además con las expectativas de Golowin acerca de los alemanes: es alto y aguileño. Es un tanto paradójico pues la nariz aguileña se asocia a los judíos.

Sin embargo, es interesante ver que en todo el relato ninguna figura alemana se parece a otra. Así, no se establece ‘el típico tipo germano’. Mientras unos no se pronuncian respecto a su hispanofilia, hay otros que sí, como este suizo germano-parlante, también amigo de Golowin:

Otro de los visitantes que iba con frecuencia era un viejo alcohólico. Este había estado entre España y Filipinas quince o veinte años y tenía por los toros y por las costumbres españolas una admiración extraordinaria. El señor Keller era de Basilea y conocía a Golowin de allá. Estaba retirado, tenía una pequeña pensión y pasaba una temporada el [sic] verano en casa de un amigo de Lucerna. A este suizo españolista, Golowin le llamaba el «Español». Era un aventurero, borracho, un poco cínico y entusiasta de los toros, que le parecían algo serio y admirable. El señor Keller, muy amigo del vino, no hacía más que repetir siempre las mismas anécdotas, pero, sin duda, a Golowin le hacían gracia y no le importaban. El tenía admiración por Golowin, a quien llamaba San Golowin porque lo consideraba como un bendito. Era hombre grande y fuerte, con aire de toro, el pelo rojizo y unas manazas poderosas. Comía como un bárbaro y bebía lo mismo. Se le invitaba a comer con frecuencia. (...) Keller decía muchos refranes. Aprovechaba la ocasión para enfilarlos sin gran oportunidad. Así que en su charla en español aparecían proverbios clásicos: «A perro viejo, no hay tus tus», «el comer y el rascar, todo es empezar»; «no es tan fiero el león como lo pintan», etc. – ¿Quién le iba a decir a usted – exclamó Golowin, dirigiéndose a Laura con humor – que se iba a encontrar en Suiza con el auténtico Sancho Panza? Pues aquí lo tiene usted. – No me ofende lo que dice usted de mí San Golowin – replicó Keller –, porque Sancho Panza es un sabio y yo he leído libros de grandes escritores antiguos y modernos que no me han parecido de una filosofía superior a la de Sancho Panza. – ¿Pero de verdad los ha leído usted? – Sí, sí. Le diré a usted que debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor (220-221).

Lamento la larga cita, pero es solo un ejemplo más de una figura germana que, con todas sus características, se valora de forma positiva. Mientras el físico y el comportamiento de esta figura no son muy favorables –recuerdan más el de ‘la valquiria’– a pesar de su alcoholismo, este alemán destaca por ser gracioso y culto, conoce al *Don Quijote* y dice de sí mismo ser leído. Al ser hispanófilo, este personaje permite además a la protagonista española entrar en contacto con él. Teniendo en cuenta la cordialidad y tolerancia de Golowin, parece lógico que en este mundo de artistas se muevan personas muy diferentes. Destaca que la gran parte de ellas tienen orígenes germanos.

En cuanto a Keller, la narración consta aún de más anécdotas de su persona, más o menos graciosas, en las que se reflejan sus estancias en el extranjero, como por ejemplo en las Filipinas. Los comentarios sobre esta figura siguen siendo irónicos y positivos. Finalmente, Keller revela ser un admirador, quizás incluso enamorado, de Laura a la que a menudo trae flores.

En lo sucesivo, la música como elemento germanófilo sigue siendo un tema predominante. Los compositores nombrados con más frecuencia son Beethoven y Mozart, en este orden, aunque también se mencionan a otros: “Golowin trajo su violoncelo, que hacía mucho tiempo lo tenía olvidado, y tocaron a dúo, Laura y él, algunos trozos de Schumann, muy bien” (225). En compañía de varios artistas, Laura practica a menudo el piano: “Acompañaba también al viejo violinista Müller a tocar alguna sonata de Beethoven, de violín y de piano, como la Sonata a Kreutzer” (227). También estando a solas, la música es un elemento positivo en la vida de la protagonista:

Cuando [Laura] estaba sola ponía en el gramófono los discos que había traído el diplomático, la mayoría de Mozart, y escuchaba uno tras otro. También oía la radio. El otoño y parte del invierno pasó así (228).

En otros fragmentos del texto, se aborda el tema de la pintura. En el capítulo “La casa del pintor Peter Nick” (232), Laura conoce al pintor del mismo nombre cuya nacionalidad no se indica, pero es probable que también sea suizo-alemán. Su lugar de trabajo infunde miedo: “[Nick t]enía un gran estudio con cuadros y estatuas un poco inspiradas en Grünewald y Schongauer. También imitaba al Bosco y a Breughel. Con estas inspiraciones, el taller andaba muy cerca de parecer un manicomio” (232). Peter Nick, que se describe como un personaje peculiar, se inspira, pues, en pintores del Gótico tardío, pero también del paisajismo. Teniendo en cuenta la combinación de pintores en este fragmento, es muy probable que se trate de los siguientes pintores alemanes y neerlandeses: el primer mencionado será el alemán Matthias Grünewald de Aschaffenburg (seguramente 1470/1480 – 1528)²²⁰. Martin Schongauer (1450 – 1491) también era alemán, originario de Colmar (Alsacia)²²¹. En cambio, el Bosco y Breughel –probablemente Pieter, el mayor– eran pintores neerlandeses, que se dedicaron en gran

²²⁰ Véase la entrada “Neithardt“, en: <http://www.wissen.de/lexikon/neithardt-mathis>, 03.07.13.

²²¹ Véase la entrada “Martin Schongauer“, en: <http://www.wissen.de/lexikon/schongauer-martin?keyword=Martin%20Schongauer>, 03.07.13.

parte a la pintura religiosa y también al paisajismo²²². Con todas aquellas menciones, el narrador demuestra una vez más sus amplios conocimientos culturales que se extienden a muchos ámbitos diferentes.

También, aunque en número menor, se hallan en esta novela figuras femeninas de origen germano que se dedican al arte. Una de ellas es la poeta alemana Irene. Se presenta en el capítulo “Una poetisa”: esta escritora es, entre otras cosas, una gran admiradora de Nietzsche, característica que comparte por tanto con muchos españoles germanófilos de la época:

Días después se presentó en la casa de Peter Nick una poetisa a quien conocían sus amigos con el nombre de Ofelia. (...) Se llamaba Irene Uhlenbeck. Era una mujer rubia, delgada y pálida. Había escrito varios poemas muy notables y muy atrevidos. Decían que tenía gran talento. Vestía de un modo muy vaporoso y llegó con un galgo blanco del que decía que era una especialidad. A pesar de que la poetisa presumía de débil, era muy fuerte; quiso acompañar a Golowin por los montes a encontrar un sitio apropiado para que el astrónomo colocara algunos de sus aparatos y pudiese hacer sus observaciones. Irene solía bajar a la orilla del lago y bañarse a la luz de la luna y cruzar a nado de una orilla a otra. Decía que tenía vocación de ondina (237).

En muchos sentidos, es una figura bastante extravagante y valiente que llama la atención. Sus baños nocturnos encajan en cierta manera con su actividad de escribir poemas atrevidos. La referencia a Ofelia cobra sentido en cuanto se conoce el final trágico de esta mujer: al igual que la figura shakespeariana muere más tarde, aunque en este caso en un accidente de coche. Antes, no obstante, se conoce su vínculo con Golowin: es la ex-mujer del ruso y la madre de Natalia.

En la cuarta parte vuelve a aparecer Mercedes, la amiga de Laura y la ex-novia de su hermano, que, mientras tanto, ya ha dado a luz. Su hijo, resultado de la violación de Mercedes aún en España, se llama Gastón. En una conversación con Laura, Mercedes comenta que la gente le aconsejó hacer un tratamiento médico en cuanto a esta experiencia traumática. Así, la joven consulta primero a un cura con quien se confiesa. Entonces, como le cuenta a Laura, le recomendaron otra consulta:

–Después, una de estas señoras de la compañía del bazar en donde trabajo, que es judía, me ha dicho que ella estaba neurasténica y que solía consultar con un médico austriaco y también judío, que ha venido de Viena, que practica eso que llaman el psicoanálisis. La señora me ha indicado: «Si usted tiene algún problema sentimental, véale usted». Fui a verle y el médico me ha dicho que para una buena cura psicoanalítica es necesario pagar al médico con puntualidad aunque sea pariente o amigo. Si no se paga al médico, el sistema no es eficaz (247).

²²² Véanse las entradas “Bruegel”, en: <http://www.wissen.de/lexikon/bruegel-pieter-der-aeltere?keyword=Bruegel%2C%20Pieter>, 03.07.13 y “Bosch”, en: <http://www.wissen.de/lexikon/bosch-hieronymus?keyword=Bosch>, 03.07.13.

En un primer momento, es una referencia neutra a un judío, a la que, poco después, se añadirá un comentario antisemita. Además, se alude a Freud, aunque no es más que una alusión ya que, en realidad, Freud que murió en 1939 nunca practicó el psicoanálisis en Suiza. Cuando Mercedes comenta al médico que no dispone de mucho dinero para pagarle y Laura opina que estos tratamientos psicoanalíticos deben ser peligrosos, Mercedes replica: “Es cierto. No creo que esos judíos sean tan de fiar. El caso es que yo no me he puesto en sus manos. El médico se ha debido de quedar un poco defraudado” (247). Con sus palabras, Mercedes recurre, pues, al estereotipo del judío tacaño y codicioso.

Mientras la protagonista se acostumbra cada vez más al ambiente internacional en el que se mueve su patrón, dominado por los idiomas inglés, francés, ruso y alemán, ella también se convierte en una persona algo germanófila. Durante otro encuentro en casa de Golowin, se junta con Natalia, Avendaño –el tío de Laura–, un amigo suyo que es pintor y el doctor Bearn. Laura califica de antipático y bruto al pintor. Entonces, el doctor Bearn comenta, refiriéndose siempre al pintor:

Estas gentes brutales, que practican un arte mejor o peor, se consideran importantísimos porque periodistas y críticos tratan lo que hacen como algo trascendental – dijo el doctor Bearn. – Para eso los alemanes son los más notables – repuso Laura. – El otro día vimos una revista de hace años, de Berlín, con unas disquisiciones en las que se habla al mismo tiempo de las teorías de Kant y de las de Picasso. Yo me figuro que hablando del futbolismo, de la gimnasia o de la cocina, los alemanes tendrán que remover la filosofía griega con la matemática y con la historia (265).

Así, en la opinión de Laura, los alemanes son buenos en relacionar campos científicos muy distintos.

Además de los elementos germanófilos, el narrador también demuestra su simpatía por lo inglés. Conforme con ello, Golowin decide llevar a su hija Natalia a un colegio inglés ya que califica de muy buena la enseñanza inglesa. Sin más comentarios, cuando padre e hija viajan a Londres, siempre en compañía de Laura, de repente se apunta que Laura y Golowin han decidido casarse. La boda tiene lugar en Basilea –el acto se comenta en una frase subordinada– y después todos vuelven a Londres.

En Londres reside Silvia, la prima de Laura, con quien la protagonista, después de tanto tiempo, retoma el contacto. Sin embargo, persisten las diferencias entre ambas mujeres que son de carácter y comportamiento muy distintas. Así, Laura considera a su prima una chica arrogante y pretenciosa. Un día, le dice:

Está bien... (...) Ahora lo que no comprendo es con qué vais a defender las mujeres elegantes la superioridad sobre las demás. Porque si esto es así, lo único que os separa de las mujeres del pueblo no es más que el dinero y el traje. – A Silvia le chocó esta

salida y dijo que no, que era la cultura y el ingenio, pero Laura se reía de esto. Silvia después trató de demostrar que la diferencia estaba en que unas comprendían a Beethoven o a Bach y las otras no. Esta categoría moral basada en la música era un poco cómica. Naturalmente, Laura tenía razón (277).

Con comentarios del estilo, es posible que se quiera recordar la amplia formación musical de la que la protagonista ya dispone, después de haber vivido tanto tiempo con Golowin, y que es superior a la de su prima. Ésta, por su parte, parece solo saber tratar de manera superficial la temática musical, aunque pretende lo contrario. Cuando, a continuación, ambas mujeres debaten sobre la igualdad de la mujer, Laura defiende una postura moderna, reclamando la igualdad entre hombre y mujer en muchos ámbitos.

Otro tema de conversación de las primas es la literatura. Tampoco convergen en este sentido: por vivir en Londres, Silvia ya se ha convertido en una gran admiradora de la vida inglesa, mientras que en el caso de Laura fue Suiza el país que más le influyó. En consecuencia, Laura ya le parece a Silvia una mujer alemana más:

Silvia consideraba como la Divina Comedia del tiempo la novela de Huxley, *Contrapunto*. Se la prestó a Laura en inglés y en francés. Laura le dijo: –A mí no me ha divertido gran cosa. No digo que sea una novela mala, pero es poco novela. Silvia se escandalizó como si hubiera dicho una blasfemia. El prestigio de la moda era para ella sagrado. Le prestó otras novelas de varias escritoras, todas muy alambicadas y superferolíticas. A Laura no le llegaba a producir la admiración por la vida inglesa que habían producido en su prima Silvia. – Te has hecho alemana – le decía ésta. – ¡Yo qué me voy a hacer alemana! Soy madrileña como antes [replica Laura] (279).

Es posible que a Laura no le impresione demasiado esta novela ya que justamente representa el mundo de una sociedad más superficial, el mundo al que pertenece Silvia²²³. Independientemente de los motivos de Laura, es una crítica indirecta de la protagonista en cuanto a la superficialidad de su prima, que sólo lee lo que está de moda. Silvia, en cambio, no parece entender esta crítica y califica a Laura, de forma negativa, de “alemana”. Este adjetivo podría referirse a la sinceridad y la manera directa con la que Laura opinó sobre esta obra. La protagonista, por su parte, no quiere pasar por alemana. A pesar de todo lo vivido en el extranjero dice sentirse madrileña como antes.

Poco después, se comprueba aún esta manera de ser de Laura que, debido a su estancia y su ocio en Suiza, se ha desarrollado en un sentido determinado:

²²³ Aldous Huxley proyecta en *Contrapunto* (1928) la visión de un mundo caótico, sirviéndose de la sátira y de la ironía. Uno de los temas centrales de su obra es la oposición entre la sensación y el pensamiento. La novela, de un estilo técnico, cuenta con un gran número de personas. En Europa, esta novela se hizo popular sobre todo en Francia y Alemania. Véanse Gaitán et. al. 2012: 117 y <http://www.wissen.de/lexikon/huxley-aldous-kontrapunkt-des-lebens?keyword=Kontrapunkt%20des%20Lebens>, 05.07.13.

[Laura] Había tenido mucho tiempo para pensar, en la soledad, en Suiza; le había escuchado razonar de una manera sencilla y clara a su marido y no creía en lo alambicado y complicado. Más creía en la oscuridad, en lo arbitrario y en lo absurdo (279).

Así, tanto la compañía de su marido como el ambiente germano ya han marcado notablemente a la protagonista.

En otro fragmento del texto, se efectúa un comentario antisemita bastante largo. En un ambiente musical, esta vez en Londres en casa de Silvia, Laura conoce a Isaac, un joven músico judío:

Como se celebraban pequeños conciertos de violín y de piano, pasaban por casa de Silvia muchos virtuosos. En el tiempo que fue Laura a las reuniones de su prima, el grupo de músicos que se consideraba el más importante lo formaban un pianista, Arturo, un violinista, Jorge, y un violoncelista, Isaac, que debía ser judío. (...) El judío violoncelista era un joven agrio, siempre protestando de todo, con una manía de persecuciones, creyendo que el mundo estaba exclusivamente hecho para él y que debía encontrar hombres y mujeres que lo elogiara a todas horas. Este joven judío, amigo de Arturo, galanteaba a una señora rica. Era amable y sonriente cuando quería, pero muy egoísta y taimado. Tenía seguramente una sensación de inferioridad unida a la presunción semítica. Hablando que uno trataba con dureza a las mujeres, le oyó decir Laura: – Así hay que tratarlas. – Tocaba el violoncelo y estudiaba muchas horas con una gran constancia. Hablaba con Laura en español. El judío no la engañaba, porque ella veía sus pensamientos con gran claridad. Era hombre reclamador, decontento [sic], se consideraba siempre perseguido y molestado, siempre con pequeñeces por si le trataban o no le trataban como se merecía (291-292).

Consta esta cita de un gran número de características negativas, de estereotipos sobre el judío. Así, se le describe a Isaac como quejica, insatisfecho, avaro, miedoso, machista y malvado, aunque como característica positiva también trabajador asiduo. La expresión de su “sensación de inferioridad unida a la presunción semítica” es un claro elemento filonazi. También lo es la superioridad de Laura, la cristiana, que presume de prever su maldad. Se trata de una descripción notablemente antisemita.

De vuelta en Basilea, Laura, que ya lleva una vida muy familiar, sigue disfrutando de esta ciudad. Persisten los comentarios positivos sobre el entorno suizo. En el primer capítulo de la quinta parte, la protagonista se queda embarazada. En este momento, se comenta la preocupación por la inminente Segunda Guerra Mundial, que se presiente en muchos lugares. Así, Golowin opina:

Sí – decía Golowin. – Todos los países no piensan ya más que en la guerra. Hay que pensar que la guerra es inevitable o que el camino que ha tomado la civilización es malo; porque vivir cada treinta o cuarenta años con una matanza general no puede ser un ideal para la humanidad (303).

Con lo que esta figura expresa claramente su posición pacífica.

A pesar del entorno germano, Laura sigue sin conocer el idioma alemán. No obstante, no deja de relacionarse con los amigos suizos de Golowin. Un día, conoce a dos señoras mayores cuyo físico se describe de la siguiente manera:

Las dos eran mujeres románticas, de un tipo mixto, mezcla de idealismo y de cinismo. El bosque y el lago les sacaban de quicio. Tenían el espíritu de Loreley y de las Walkirias vestido con traje moderno, como decía Golowin (305).

Con tales afirmaciones se hace hincapié en los conocimientos literarios de Golowin en lo alemán. Mientras las valquirias ya se mencionaron anteriormente, es la primera vez que se efectúa una referencia al poema *Die Loreley* (1824) de Heinrich Heine. Refiriéndose a las mismas mujeres, el narrador recurre, poco después, otra vez a la imagen de esta figura misteriosa de la saga alemana. Apunta que una de las señoras cree haber tenido una hija de un médico con el que nunca se acostó: “Ella creía que su hija última era espiritualmente hija de él, como un caso de íncubo. (...) Era manifestación también de la afición a lo tenebroso y al misterio de Loreley” (318). Esta cita es solo una prueba más del interés que demuestra el narrador por este poema. La ironía sobre el carácter fantasioso de la dama es evidente.

Al tema judío se recurre en el tercer capítulo de la quinta parte. El capítulo, titulado “Bolcheviques y judíos”, trata del intento de Irene, la ex-mujer de Golowin, de reconquistar al ahora marido de Laura. En la siguiente situación, varias mujeres frecuentan la casa de Golowin. Entre ellas, está la señora Elsa Werner, una alemana que reúne algunas características de las que, según el narrador, disponen muchos alemanes:

Una de ellas era la señora Elsa Werner, que había estudiado en el Liceo de Basilea con Golowin. La señora Werner era una mujer despótica e inteligente, que escribía y pintaba y había escrito versos, al parecer muy buenos. Tenía los ojos claros azules; no quería hablar francés, decía que no era un idioma para estos tiempos duros. Aseguraba que el alemán era como de piedra y el francés hecho con adornos de puntillas y de papel. (...) Esta mujer alemana, un poco hombruna, que la miraba fijamente con sus ojos claros y brillantes, a Laura le producía inquietud. La doncella Fanny le dijo que, una vez, la cogió con sus manos fuertes, la sujetó y la besó en la nuca. Ella quedó sorprendida, según dijo (309-310).

Se fomenta en esta cita algún que otro estereotipo sobre las lenguas francesa y alemana, descritas como decorativa y dura, respectivamente. La señora Werner es a la vez robusta en lo físico y algo bruta en el trato, pero al fin y al cabo afectuosa. Estas características recuerdan las de otras figuras germanas de Baroja, como aparecen en la parte 2. 4. Es interesante ver que, independientemente de todos los demás atributos, cada vez que aparece una figura germana, casi siempre se menciona su carácter culto. Así, se desprende de esta cita cierta fascinación por este personaje.

No obstante, Laura no cae bien a todos. Otra alemana, se presenta menos agradable con la protagonista. Es la periodista Lili de Urseren y cumple con los estereotipos negativos sobre los alemanes:

La dama era seca y angulosa, tanto espiritual como físicamente, miraba con gran desdén a Laura y consideraba que a una mujer que no sabía alemán no se le debía considerar digna de ocupar la atención de nadie (310).

Así, esta mujer valora negativamente la carencia de Laura de hablar alemán. Lili es, además, una figura notablemente filonazi:

Hitler, según ella, iba tomando caracteres de divinidad, con motivo, y si algunos le rezaban como a un santo, hacían bien. Los judíos, en cambio, eran demonios enrevesados y muy peligrosos. Esta señora, escritora aguda y flaca, hacía crítica de libros y de teatro muy amena. Decía que a Heine, en el momento, no se le consideraba ni se le estimaba (310).

Esta cita se refiere al acto de estigmatizar en gran escala la obra de Heine durante el nazismo. A modo de resumen, se apunta sobre el círculo femenino actual de Golowin:

Todas estas señoras, las de la tertulia de Golowin, eran muy germanófilas. La teoría general entre ellas era que Alemania había dado más a Francia que Francia a Alemania; y se consideraba que Francia estaba en una época de decadencia, y que el siglo XX sería con el tiempo esencialmente alemán (311).

Todas las figuras creen, pues, en el nazismo y la superioridad alemana, sobre todo frente a Francia. Por tanto, el ambiente es a la vez germanófilo, filonazi y francófilo.

A pesar de este entorno, que también es notablemente antisemita, con Golowin, el narrador expresa también una actitud más neutra e indiferente con los judíos:

Golowin vivía entre estas damas sin enterarse de lo que hacían y de lo que pensaban, preocupado con sus cuestiones científicas, completamente en la luna. Se discutía mucho del bolchevismo y la cuestión judía. Por lo que decía la señora Bergmann, un rabino había asegurado que el marxismo era la realización del judaísmo, la implantación de la justicia en la tierra. – Estas gentes del centro de Europa hablan con mucha pasión de la competencia que hacen los judíos – decía Golowin–. Yo no sé si es verdad o no; aseguran que son más tenaces, más internacionalistas y más despreocupados. Médicos, abogados e ingenieros, todos temen esta competencia judía. Creen que los judíos tienen menos escrúpulos que los demás, y que, por eso, son más peligrosos. – El marxismo – afirmaba el doctor Maas –, como el psicoanálisis, son manifestaciones del espíritu judío doctrinario. Todo es materialismo en el mundo. Todo es sexualidad. Para los judíos esta afirmación es más cierta que para los demás (312).

Por un lado, Golowin se muestra bastante neutro. El astrónomo no expresa ningún rechazo o miedo frente a esta supuesta ‘superioridad’ de los judíos en la que creen sus amigos. Por otro lado, el doctor Maas opina que existe un “espíritu judío doctrinario”, que implica un desprecio por judíos y marxistas, en cuanto que Marx es un filósofo (materialismo histórico) y el sexo es lo más “material” del amor.

Sin embargo, según otra amiga de Golowin, que es Ana Forster, existe un típico físico judío que, aunque solo indirectamente, es calificado de negativo: “Karl Marx tenía nariz y labios de judío” (312). Comentarios del estilo que reflejan la fascinación del escritor por el físico judío ya fueron descubiertos por Rehrmann que apuntó que para Baroja sería más importante la nariz de una persona que sus conocimientos eruditos (Rehrmann 1998: 67-68, véase también parte 2. 4.).

Pero el ambiente narrativo no se reduce a las tertulias culturales. En otro momento, los personajes emprenden una excursión a un castillo, el castillo del pueblo Burg. Al narrador, tal excursión le recuerda un héroe de una saga caballeresca germana, sobre el que Wagner compuso una ópera. La excursión se describe de manera siguiente:

Estaba anocheciendo; el lugar tenía un aire romántico extraordinario. El doctor Maas se detuvo y cantó con una energía germánica el recitativo del tercer acto de Lohengrin, en el que el héroe wagneriano habla del castillo donde vive, en el San Graal, en el bosque del misterioso Montsalvato: «Im fernen Land, unnahbar euren Schritten, / Liegt eine Burg die Montsalvat genannt²²⁴.» El doctor cantaba muy bien y las palabras en alemán daban una poderosa energía a la canción (315-316).

Con su recitación, Maas se caracteriza como uno de los personajes más versados, junto a Golowin, en lo alemán en esta obra. La canción así como el acto entero gustan e impresionan a los presentes. Además, este amigo doctor de Golowin, físicamente es comparable a un pintor alemán, que es Alberto Durero: “Flaco, alto, esquinado, con los ojos azules y la barba pequeña rubia; tenía un tipo de Alberto Durero” (320). Poco después, Irene también aporta una contribución lírica, cuando recita a partes de las obras siguientes. Primero, “Irene recitó trozos de los Nibelungos, de Hebbel, y después poesías de Hölderlin” (316). Al cabo de poco, “recitó unos versos con voz lúgubre, del Cuento de Invierno, de Enrique Heine” (318). Todas estas obras encajan en el ambiente nocturno y romántico que rodea el castillo.

Mientras tanto, las figuras novelísticas siguen comentando la política actual en torno a la guerra, sin que se incorporen más elementos germanófilos o filonazis en la narración. Laura da finalmente a luz y su hijo se llama Golowin como el padre. Irene, que a raíz de este acontecimiento se muestra celosa, opina que “Golowin era un verdadero ario, no quería dominar ... [a Laura] y su mujer era de las que habían nacido para ser dominadas y gemir en la esclavitud matrimonial” (336-337). Parece ser éste el punto culminante que lleva a la muerte trágica de Irene: durante una excursión, desaparece y su cuerpo muerto se halla poco después. Según el narrador, había sido el

²²⁴ “En un país lejano, inaccesible a vuestros pasos, / Se sitúa un castillo, llamado Montsalvat”, traducción de la autora. Los errores ortográficos en alemán fueron corregidos por la autora de este trabajo.

deseo de la poetisa de suicidarse por no poder volver con Golowin. Su poesía póstuma, publicada poco después, muestra tanto influencias inglesas como alemanas: “En la poesía palpitaba el recuerdo del Manfredo de Byron y del Zarathustranietzscheano [sic]” (339).

La novela concluye con una protagonista que viaja a París donde se relaciona con unos viejos amigos, entre ellos Kitty. Conforme con el título de la obra, Laura se siente profundamente triste y melancólica en el momento de terminar la historia, sin que, según el narrador, haya motivos para ello.

En resumen, *Laura o la soledad sin remedio* está marcada en gran parte por el mundo germano. Considerando el desconocimiento de Laura de este mundo, incluido su idioma, cuando por primera vez viaja a Suiza se le abren nuevos horizontes. Su larga estancia le permite adentrarse profundamente en el mundo germano y conocer a mucha gente con lo que el desarrollo personal de la protagonista es uno de los aspectos centrales de la novela. Así, se enfrenta a un gran número de tipos de personas muy distintos a los que solo se les une su nacionalidad (suiza o alemana). Aunque el ambiente es bastante internacional, dominan las figuras germanas. En este contexto, predominan los entornos musical y paisajístico, que más positivamente son valorados, acompañados por el literario y político. Si se considera la cantidad de ejemplos expuestos, destacan los profundos conocimientos del narrador en los campos de la música y de la literatura.

En general, se desprende de muchos fragmentos de este texto la curiosidad y el interés del narrador por mundos culturalmente distintos a España. Pese a recurrir a algunos estereotipos, sobre todo en relación a los judíos, la apertura frente a todo lo nuevo y desconocido –representado por Golowin– es propia de esta narración. Además de ser más germanófila que filonazi, por la notable cantidad de rusos, también se puede considerar una obra rusófila.

6. 1. 2. *El tesoro del holandés*, 1939

Mientras en la novela anterior de Baroja se ha podido encontrar una notable cantidad de elementos germanófilos, no es el caso de *El tesoro del holandés*, publicado también en 1939. Se trata de una novela corta, de estilo parecido a un cuento. El volumen del que se citará a continuación está compuesto de dos novelas cortas, *El tesoro del holandés* y *Los buscadores de tesoros*. Sin embargo, la segunda no es de interés para el presente estudio.

La historia de *El tesoro del holandés*, por situarse durante la Segunda Guerra carlista, no tiene vínculo con la temática bélica del siglo XX. Como se desprende además del título, el protagonista, el marinero Wan-Hoff, es un holandés. No obstante, un breve análisis de esta obra ha revelado rasgos relevantes para la visión y el conocimiento del mundo germano del que dispuso Baroja en los años treinta. La acción, de carácter algo misterioso, es menos significativa, pero se consideran importantes las observaciones y comentarios del narrador que se refieren al mundo germano.

A modo de introducción, Miguel Ángel García de Juan resume esta novela de forma siguiente. En un primer momento, solo se citará una parte de este resumen:

El narrador primero de esta historia, aquel al que se oye hasta el capítulo V y retoma la voz en el XIX, cuenta cómo, recién acabada la segunda guerra carlista, Juanito Amezolagoyena y el cochero Eceizabarrena, apodado Rip-Rip, son comisionados por el rico minero Eduardo Echeverri para que consigan satisfacer su afición al coleccionismo con la adquisición de cuadros y libros antiguos. Buscando, pues, antigüedades sufren un accidente en su coche de caballo y han de quedarse en el pueblo más próximo mientras se repara. En Mendoz, este imaginario pueblo de la costa (creado probablemente por Baroja a partir de varios, como hizo con Lúzaró en *Las inquietudes de Shanti Andía*), se encuentra la casa de Polanco, donde se hospedan y de la que les dicen que el dueño, Pachi, es bisnieto del holandés, quien llegó allí por el mar hace muchos años (Baroja 2008: 11-12²²⁵).

Así, tras la presentación de Juanito Amez y el cochero Rip-Rip, ambos topan, en efecto, con la casa de Polanco, donde les esperan Pachi, el actual dueño de la casa, y el cura del pueblo. Durante la cena, los protagonistas conocen a toda la familia de Pachi, que son su mujer, sus dos hijos, su madre y su abuela: “Había tres mujeres: la de Pachi, la madre de éste, que tenía sesenta años; y la abuela, de cerca de noventa, nacida en el siglo XVIII. Había dos chicos, hijos de Pachi, el uno de quince y el otro de diez años” (34). Por lo que se refiere a la abuela de Pachi, el narrador la compara con una alemana:

La abuela no habló apenas nada ni comió tampoco. La llamaban doña Margarita. (...) La abuela, con sus noventa años, tenía tipo de alemana, de esas mujeres de Alberto Durero o de Lucas Cranach, con los ojos azules sin expresión (34 y 36).

Por ser la abuela la hija del holandés, parece lógico que en lo físico se parezca al tipo alemán.

Durante la estancia de Juanito y Rip-Rip en la casa de Polanco conocen a don Fructuoso. Entonces, García de Juan apunta sobre el estilo narrativo, siempre en la introducción y a modo de resumen:

Reunidos a comer el médico, el cura, Amez y Rip-Rip, el primero relata en la sobremesa la historia del holandés Wan-Hoff, llegado a Mendoz hacía cien años. En realidad la

²²⁵ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo sucesivo a Pío Baroja (2008): *El tesoro del holandés. Los buscadores de tesoros*, Caro Raggio, Madrid.

historia se la cuenta don Fructuoso a Juanito Amez y al cura, pues Rip-Rip se va a dormir antes de que lleguen las cinco, hora a la que han de marcharse del pueblo los dos buscadores de antigüedades (12).

Este segundo narrador, don Fructuoso, es:

un médico ..., que había sido de un batallón de nacionales durante la guerra. El hombre, de unos cuarenta a cincuenta años, de cabeza redonda, muy cano, grueso, con el bigote corto y anteojos, tenía una tendencia muy marcada por la broma (38-39).

La acción a continuación aún es de poca relevancia, pero sirve de introducción a la trama principal, la historia del marinero holandés. Durante una comida, en la que los hasta ahora presentados se conocen mejor, se describe el pueblo Mendoz y la naturaleza de sus alrededores. También se conoce la historia y el origen de este pueblo. Todo ello en un entorno algo misterioso.

Finalmente, conociendo la historia familiar de Pachi, se aborda algún aspecto de tema germanófilo. Así, según García de Juan, don Fructuoso cuenta:

... desde el capítulo VI hasta el XIX que hacía un siglo había arribado una urca con bandera de los Países Bajos de la que desembarcó un marinero holandés de unos cuarenta años llamado Wan-Hoff. Al poco tiempo llegaron también su mujer doña Berta y su hija Margarita. Dada la capacidad del holandés para descubrir filones de minas, pues había trabajado en este campo, fue nombrado director de la empresa minera del señor Avendaño. Había quienes decían que los descubrimientos se debían en realidad a un marino de Zumaya que tenía una pierna de palo de sobrenombre «el Desesperado», a quien el holandés contrató para que lo ayudara en su puesto profesional y quien después sería un leal amigo. La explotación minera prosperó mucho, entre otras razones por la exigencia de Wan-Hoff a los obreros, a los que despedía si no rendían en su trabajo, con lo que se ganó bastantes enemistades, algunas de ellas las de Trifón Galerna y «*el Cartagenero*» (12-13).

Sobre el protagonista Wan-Hoff se apunta además que su perro, de raza alemana, se llama *Teufel* (alemán para ‘diablo’). A medida que se adentra en la historia del holandés, el narrador se sirve de esta figura para compararla con alemanes. Después de vivir un tiempo en una casa, el holandés se muda a una atalaya:

La casa presentaba un aspecto de fortaleza. [Wan-Hoff] Llevaba un perro negro y enorme, digno sucesor del primero que había tenido, y que le acompañó en su desembarco; el perro, *Teufel*, gruñía a todo el que se acercaba de manera amenazadora, y su aire respondía perfectamente a su instinto feroz (57).

Si hasta ahora Wan-Hoff ya había pasado por una figura impresionante, de un físico fuerte y robusto, de trato rudo y a veces poco afable, según la cita anterior también infunde miedo su perro. Además, la criada del marinero que vive con ellos en la atalaya hace buena pareja con su dueño:

El holandés había tomado como criada a una vieja pescadora, viuda de un marinero, que se llamaba Catalina. Después resultó un poco bruja. Sabía si una casa estaba o no dominada por los diablos (58).

Con lo que la compañía de Wan-Hoff se podría describir como diabólica. El marinero apoda a su criada ‘abuela bruja’, aunque dice que es con sentido de humor:

Wan-Hoff ... llamaba [a Catalina] así muchas veces medio en broma, y decía que en el país [es decir, en España] debía de haber algún monte como el Brocken²²⁶, de Alemania, punto de reunión de brujas, porque había en Mendoz y fuera de Mendoz bastantes viejas charlatanas y entremetidas, con las que debería hacerse una hermosa hoguera (59).

Esta referencia a la geografía alemana refleja no solo los profundos conocimientos de Wan-Hoff en lo territorial sino también en la cultura popular germana: en efecto, el *Brocken*, también llamado ‘monte bloque’, es según una saga popular el lugar de baile de las brujas en la noche de los Walpurgis²²⁷. Según la misma fuente, en 1796 Francisco de Goya ya había efectuado un grabado al aguafuerte que muestra dos brujas volando al *Brocken*. Con esta comparación, Mendoz adquiere un carácter mágico y misterioso.

En otro fragmento del texto el marinero se muestra conocedor también de la literatura alemana e inglesa:

Wan-Hoff parecía no sólo entendido en cuestiones prácticas, sino también en cuestiones literarias, y cuando estaba de buen humor hablaba de Fausto, del joven Werther, del Guaiar y de Lara y de la Dama del Lago. Se veía que conocía a Goethe, a Byron y a Walter Scott. Leía por la noche el *Robinsón*, de Defoe, y la Biblia (68).

Con estas menciones, se da la imagen de un marinero lector algo romántico, idea que se transmite con frecuencia en la literatura sobre quienes ejercen esta profesión y viven en un faro.

En el undécimo capítulo aparece un pariente de Wan-Hoff que es “primo segundo, al parecer, de [su hija] Margarita, ...” (69). Se llama Roberto Castilla. Roberto, un grumete bastante engreído, se lleva bien con Margarita. Algunos días la lleva de excursión. Cuando regresan de estas salidas, Roberto descansa un rato en casa de la mujer e hija de Wan-Hoff. Entonces, el joven destaca por ser un buen cantante y versado en música, conociendo los temas más diversos y sabiendo italiano:

[Roberto] Cantaba serenatas de pescadores de Nápoles y de gondoleros de Venecia; canciones del barrio del Fanar, de Constantinopla, y de los puertos de Beyruth y de Famagusta. Entonaba también, con hermosa voz, romanzas de ópera: «La ci darem la mano», de *Don Juan*; «Non più andrai farfallone amoroso», de *Las bodas de Fígaro*, y el aria de Querubín, de la misma obra de Mozart, conmovedora por su belleza tan pura: «Voi che sapete che cosa e l’amor» (79).

²²⁶ El *Brocken*, de 1142 metros de altura, es la montaña más alta de la cordillera *Harz*, cordillera en el centro-norte de Alemania, en Sajonia-Anhalt (<http://www.wissen.de/lexikon/brocken?keyword=Brocken>, 06.07.13).

²²⁷ Véase <http://www.wissen.de/lexikon/blocksberg>, 06.07.13.

Así, Roberto, que en estos momentos más se parece a un cantante de ópera que a un grumete, anima el ambiente familiar en casa de los Wan-Hoff.

No obstante, Roberto, un día, se marcha del pueblo, para retomar el servicio de marino en su goleta. Margarita, que se había enamorado de él y a quien solo deja una carta de despedida, llora su partida. Pero al cabo de poco aparece otro hombre, un familiar de la criada brujesca Catalina: “Un día se presentó en la atalaya un sobrino de Catalina, Tomás, para que ésta le encontrara algún «modo de vivir», trabajo que halló al contratarlo Wan-Hoff a su servicio” (13). Este sobrino de Catalina, un adolescente al que llaman ‘Chirrichu’, se queda finalmente a vivir en casa del holandés.

Con el capítulo XVII, titulado “Se marchan”, se acerca el final del destino de Wan-Hoff: durante la noche, el holandés, el Desesperado –empleado del holandés de muchos años– así como Chirrichu sacan del mar el tesoro del holandés, unas tres cajas grandes llenas de oro. El capítulo termina con su salida en barco, comentado de manera siguiente: “Wan-Hoff, el Desesperado y Chirrichu no volvieron. Nunca se supo nada de ellos” (100).

Se añade un último capítulo, titulado “Después”, que representa el final de la historia contada por don Fructuoso. El cura y Juanito Amez que la habían escuchado reflexionan un rato sobre el carácter verídico de esta anécdota.

A modo de conclusión, el misterio en torno al tesoro del holandés provoca suspense. Pero esta novela, como es característico de las obras de Baroja, también cuenta con un grado notable de gracia e ironía, representado por sus figuras. El carácter ficticio de la novela, que ya se da con la trama principal, aún se refuerza con las referencias culturales de Wan-Hoff y de Roberto que, al parecer, son más que solo marineros. Además de alguna mención sobre lo físico y literario alemán, también se cuenta con una aportación geográfica en este ámbito. Finalmente resalta que en ningún momento se alude a un aspecto típico neerlandés – hecho que se podría explicar, por un lado, con el profundo conocimiento de lo alemán del escritor. Por otro lado, es posible – al menos en lo físico– que considere que las diferencias entre ambos países no son mayores.

6. 2. Julio Camba: *Esto, lo otro y lo de más allá*, 1945

Julio Camba nace el 16 de diciembre de 1884 en Villanueva de Arosa, Pontevedra (Camba 1994: 13²²⁸). Es el segundo de los hermanos Camba: su hermano Francisco, dos años mayor que él, también es escritor. El ambiente gallego de la familia Camba de la época se describe de forma siguiente:

En Galicia y a fines de siglo lo que está vigente es la emigración. «De cada mil gallegos, novecientos habían estado en Buenos Aires.» Y [Camba] añade en otra ocasión que a los gallegos les era más fácil irse a América que venir a Madrid, pues si hacían esto se sentían obligados a aspirar a ministros, mientras que en la Argentina podían ser sirvientes, empleados de pompas fúnebres o guardaparques. El hecho es que terminó los estudios primarios, dio comienzo a los secundarios y a los trece años embarcó de polizón en un barco en dirección a la Argentina (14)²²⁹.

Según el crítico literario Mario Parajón, la estancia de Camba en Argentina – pocos años después vuelve a España– influye de manera notable en el carácter del escritor. Entonces, Camba desarrolla cierto espíritu anarquista, que vive durante una huelga general en Argentina:

En medio de esa efervescencia, Camba descubre que el anarquismo es una idea que sus prosélitos se proponen realizar para que los hombres sean felices, pero además de eso, que es lo que todo el mundo piensa, el anarquismo es también otra cosa, a saber: algo que aspira a hermanar espíritus que necesitan vivir soñando, alborotar por la calle y armar escándalos en la plaza pública. De su experiencia anarquista Camba no sale decepcionado como aquel que comprende que la sagrada causa a la que se entregó era una mentira formidable. Y tampoco decide seguir luchando por ella toda la vida. No. Renueva su concepto del anarquismo: era algo que tal vez no sirviera para liberar de la injusticia al género humano, pero que sí servía como paraíso artificial: para poblar de fantasías las cabezas de unos muchachos que necesitan de lo irreal como del pan cotidiano (15).

En Argentina, el escritor “adopta la posición de Nietzsche” (16) en cuanto a su posición a favor de la huelga: “... la huelga ... es buena ... porque sus participantes viven momentos embriagadores y porque esa intensidad de vida, cuando es una acción en la que intervienen muchos, como espectáculo de arte es una obra de arte” (16). Otra anécdota sobre Camba cuenta:

En realidad nunca había dejado de ser un señorito anarquista, pese a que a los 14 años se enroló de polizón en un barco a Buenos Aires. De vuelta a España, la policía lo interrogó por creerle involucrado en la bomba que Mateo Morral le arrojó a Alfonso XIII el día de su boda cuando volvía a palacio después de la ceremonia en los Jerónimos, en 1906. En realidad solo estaba comprometido con los placeres de la inteligencia sarcástica, dispuesto siempre a ver el lado sorprendente y divertido de las cosas (Vicent 2012: 23).

²²⁸ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo sucesivo a Julio Camba (1994): *Esto, lo otro y lo de más allá*, Cátedra, Madrid.

²²⁹ Cito a continuación de la introducción a este tomo, escrita por Mario Parajón (Camba 1994: introducción, páginas 11-43).

A principios del siglo XX Camba se instala en Madrid donde la vida literaria es notablemente marcada por el modernismo. En la capital española, el escritor: “... se preocupará por ser original y lo conseguirá, pero no se deja contagiar por la novedad modernista” (Camba 1994: 18). En estos momentos, su labor literaria predominante es la del corresponsal, actividad que le permite conocer varios países y viajar. En 1905:

empieza a escribir en *A B C*, ..., goza de fama de ingenioso y de muy «suyo». Viaja por París y Londres antes de la guerra mundial. A Alemania va en 1911, marcha de nuevo unos meses a Francia, y regresa a Alemania para establecerse allí un año. (...) Lo destinan a Berlín en 1921 y en 1929 vuelve a Nueva York (20).

Respecto a su forma de escribir, la crítica literaria ha subrayado con frecuencia el carácter humorista de los textos de Camba que se desprende especialmente de sus artículos y relatos breves. Según Parajón, su humor tiene “complacencia y [es] ... benévolo” (26).

Debido a su carácter, es popular entre sus compatriotas, aunque estos también señalan que Camba es una persona caprichosa. Durante un tiempo, traba amistad con Juan March y sobre su relación es sabido:

Julio Camba había sido negro de Juan March, quien para agradecer sus servicios, tal vez algunos trabajos sucios durante la República, le prometió hacer valer su influencia después de la guerra para impulsar su candidatura a la Real Academia Española. De hecho, Ortega y Gasset decía que Camba era el mejor escritor del momento. “¿Académico de la Lengua? Prefiero que me compre usted un piso” – le contestó Camba –. El plutócrata mallorquín no le compró un piso, pero le pagó hasta el fin de sus días una habitación en el hotel Palace; no una *suite*, ciertamente, sino un cuchitril en el último piso junto al cuarto de la plancha (Vicent 2012: 23).

Gracia García y Ródenas de Moya, por su parte, apuntan acerca de la abundante labor periodística de Camba a lo largo de su vida:

Entre los periodistas notables de comienzos de siglo, deben recordarse algunos nombres (...). Aunque el periodista cuyas crónicas y artículos crearon un estilo único fue el gallego Julio Camba, que pertenece por edad y por talante a la generación de la segunda década, la de los noventa. Pasó por las principales cabeceras de la capital (*El País*, *El Mundo*, *La Correspondencia de España*, *La Tribuna*) hasta recalar en *ABC* y luego en *El Sol*. Lo que Camba trajo al ensayo brevísimo (pues eso eran sus artículos) fue una perspectiva insólita, la del humorista que observa escéptico la realidad y la retrata con una sorna translúcida a cuyo través se recorta la silueta de la crítica o la denuncia. Con su fraseo coloquial y su mirada de perplejo resabiado, paseó su observatorio de los hechos corrientes por Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos. Sus innumerables artículos empezó a compilarlos en 1916 con tres volúmenes, *Alemania: impresiones de un español*, *Londres: impresiones de un español* y *Playas, ciudades y montañas*. Camba no se limita a registrar lo que sucede y reflexionar sobre ello sino que, mediante la ironía (a veces por el camino de la reducción al absurdo), combina constatación y reflexión, siendo ésta por lo común explícita y por tanto inferible [sic]. Se diría que a Camba le interesa comparar el carácter español con el inglés o el alemán, pero su interpretación genera indefectiblemente un efecto cómico que se torna distancia crítica.

En 1928 Federico de Onís tradujo al inglés su libro *La rana viajera* porque sus divertidos y breves textos eran un material óptimo para los estudiantes de español en Estados Unidos y a éstos les explicaba Onís en su prólogo que la interpretación humorística que Camba hacía de España respondía al mismo espíritu que la interpretación política de Costa, la interpretación histórica y filosófica de Ganivet, Unamuno u Ortega y la interpretación poética y sentimental de Azorín, Machado o Baroja (Gracia García y Ródenas de Moya 2009: 41-42).

Así, estos críticos literarios subrayan la calidad de observador de Camba que, a su manera, también estereotipaba otros países, España incluida. Con todo, su manera de ver y pensar sobre España era, según Onís (Gracia García y Ródenas de Moya: 42), un ejemplo representativo para extranjeros.

En este contexto resulta interesante centrarse en las experiencias que Camba vive durante sus largas estancias en Alemania y también en Suiza. En 1912 se queda por primera vez más tiempo en Alemania. Como comenta Parajón, la situación del país centroeuropeo le sirve así para ocuparse de las diferencias entre España y Alemania en la época:

Es la Alemania del Káiser, consciente de su importancia y de lo que se distingue del resto de las naciones de Europa. Transeúntes de acusada corpulencia, cabezas prominentes, ademanes enérgicos, edificios colosales y una lengua compuesta por palabras interminables y consonantes duras. Lo primero que exclama don Julio: ¡Esto no se parece a España! Ni a España, ni a Francia, ni a Italia. Alemania es otra realidad, una realidad admirada por los españoles, que la ven desde un sentimiento de interioridad sobre el cual sería menester que se ejerciera la estrategia de la reflexión. ¿Tienen razón los españoles al sentirse inferiores a los alemanes? Camba no responde con el adverbio de afirmación ni con el de negación, fiel a su costumbre de no coincidir con nadie. Prefiere llegar a la conclusión de que los alemanes son alemanes y los españoles los españoles, consistiendo la sabiduría de cada uno en llegar a ser plenamente lo que es. La mejor manera de avanzar hacia una humanidad más rica espiritualmente no se logra imitando a los otros, sino empezando por observarlos y pensar en ellos (Camba 1994: 28-29).

Con todo, se desprende de esta cita que el escritor no parece querer polemizar sino más bien contextualizar a personas y sus países respectivos. Así, evita crear estereotipos. Es, por tanto, probable pensar en Camba como un autor menos prejuicioso y más detenido en sus observaciones a diferencia con otros escritores. Aunque aquello no le impide ser crítico, esta crítica, en general, es graciosa e irónica. Sobre los alemanes y Alemania apunta, siempre en palabras de Parajón:

A un alemán, por lo tanto, hay que verlo en cuerpo y alma. Camba advierte que un calvo en Alemania no es lo mismo que un calvo en Sevilla o que un tercer calvo cruzando en barca el Mississippi. Las cabezas calvas en Berlín o en Francfort tienen otra prestancia, otra manera de imponerse y casi hasta de asustarnos. Una calva para un alemán es como una calavera para Shakespeare. (...) – ¿Pensará Camba que un alemán es menos humano que un español o que un italiano a que un francés? No exactamente. Camba cree que Alemania es un arquetipo de la disciplina. A un alemán no le interesa

gobernar; le interesa que lo gobiernen. (...) Un filósofo francés escribe libros claros y al alcance de todos. Suele ser un hombre elegante, conversador, espiritual, amigo de las mujeres y de los bombones. El filósofo alemán dice cosas muy profundas, pero las dice oscuramente, no hay quien lo entienda a no ser los iniciados en la ciencia que él domina. Además el filósofo alemán es un tipo desgarbado, torpe, grasiento y es muy probable que si cambiara de aspecto y tuviera trato, aunque fuese moderado, con el jabón y la ducha, su filosofía huyera por el escape del cuarto de baño. – ¡Ah! Y la lengua alemana es igual de recia y difícil. Camba conoce a un rumano. No es un rumano como los otros. Se parece poco a sus coterráneos porque los centroeuropeos aprenden el alemán, pero no se enamoran del alemán. Y este rumano dedica todo su tiempo a profundizar sus conocimientos de gramática alemana. – Y paga su precio. Se ha quedado sin pelo y sin pestañas, los dientes se le han caído dentro de los diccionarios. Y parece un hombre acabado, pues la lengua alemana la padecen sus aprendices como una grave enfermedad. – (...) Y esto sale pensando Julio Camba de Alemania: que es un país marcial, un país que se exalta, una sociedad formada por hombres terriblemente serios dispuestos a lanzarse a la batalla no bien suene el clarín (29 – 31).

Lamento la larga cita, pero se desprenden de ella muchas ideas y teorías de Camba sobre los alemanes y Alemania, que son transferibles a otros ejemplos, como se verá en la novela presentada en este capítulo. Aunque sea a modo de resumen es así cómo el escritor ve lo alemán en muchos aspectos.

Así, Camba, que muere en 1962 en Madrid, también escribe sobre la guerra y, como comenta Trapiello: “... para el *Abc* de Sevilla, furiosos artículos de propaganda. La victoria le tranquilizó y le permitió volver a sus temas, costumbristas, ligeros y flemáticos, que sembró en miles de colaboraciones de buena y honesta factura, tan inteligentes como únicos” (Trapiello 2010: 522).

Esto, lo otro y lo de más allá (1945) es un conjunto de anécdotas, de historias breves sobre diferentes temas, que “... algunos autores como Fernández Almagro (1962: 25) y A. Revilla Guijarro (1998: 210) han clasificado ... como *ensayos breves*” (Llera 2003: 170). Sobre la variedad de temas anota el mismo crítico literario:

..., si bien es cierto que las columnas posteriores a la guerra civil toman impulso a menudo sobre temas de históricos, antropológicos o científicos (medicina y psicología mayormente), en Camba el *docere* siempre se subsume en el *delectare* (Llera 2003: 170).

En efecto, el escritor se muestra interesado y versado en una gran cantidad de temas, entre ellos, además de los mencionados, también la filología clásica. Una especial predilección destaca por cuestiones biológicas. Así, en *Esto, lo otro ...*²³⁰ Camba dedica tres capítulos a la barba (“La barba objetiva”, “Las barbas en el siglo XII” y “Biología de las barbas”). Pero también se ocupa de la enfermedad o de la medicación, desde un punto de vista de interés popular, basándose en sus conversaciones con la gente o en sus

²³⁰ A continuación, el nombre entero de la obra se abreviará *Esto, lo otro ...* .

propias experiencias. Además, como se demuestra en los capítulos “La cara y el espejo”, “Modas quirúrgicas” o “Cirugía plástica”, le parece interesar mucho la cirugía estética. Así, los grandes bloques temáticos de su novela son “CINE”²³¹, “BARBAS”, “MÉDICOS”, “ALMAS DEL OTRO MUNDO”, “HUMO”, “BAILES”, “AÑOS”, “LENGUAS” y “MODAS”. Las secciones que cuentan con un mayor número de capítulos son “MÉDICOS” (con veintisiete capítulos) y “MODAS” (con trece capítulos). Respecto al ensayo, este género le permite al escritor a desarrollar sus ideas de manera breve y amena, a menudo con humor e ironía.

Pero si habría que indicar una zona lingüística en la que se sitúan las anécdotas de *Esto, lo otro ...*, sería predominantemente el mundo angloparlante (sobre todo Londres y Nueva York, pero también otros lugares de estos países). Tal como se ha podido desprender de las informaciones anteriores, Camba, en vez de comparar ingleses con españoles, apunta las impresiones e ideas que la vida en el extranjero provoca en él. Su mirada se centra a menudo en España y los españoles que también critica en varias ocasiones.

Es preciso retener que ningún capítulo se dedique por entero al tema alemán. No obstante, hay algunas, aunque pequeñas, referencias al mundo germano que reflejan lo mucho que ha viajado el escritor y lo bien que conoce las facetas más distintas del mundo germano. Se sobreentiende que sus juicios de valor –la primera persona del singular aún lo refuerza– se deben leer como opiniones subjetivas que, se supone, se basan con frecuencia en experiencias propias.

La primera mención al mundo germano se efectúa en el capítulo “Vampiresas”, cuarto capítulo de la sección “CINE”. Según el narrador, hace poco en Hollywood tuvo lugar un concurso de vampiresas. Entonces recuerda al lector la historia de la condesa húngara Isabel Bathory “quien, hace ya más de tres siglos, se bañaba todos los días en sangre humana, y la que en el año de 1611 fue condenada a la hoguera por haber hecho degollar a trescientas vírgenes, para las necesidades de su toilette” (Camba 1994: 61²³²). En este contexto, el narrador apunta haber conocido en su vida ya muchas mujeres fatales, entre ellas Greta Garbo y Marlene Dietrich:

Algunas eran fatales de suyo y sembraban a su paso la desgracia, sin propósito deliberado; pero ¿qué diferencia hay entre este tipo de vampiresa y el del gafe vulgar, tan conocido de los jugadores? En cuanto a las otras, la mayoría eran unas chicas excelentes, que, totalmente desprovistas de vocación vampírica, sólo cultivaban el

²³¹ Todos los títulos de las grandes secciones se escriben en mayúscula (véase Camba 1994: 7-9).

²³² En lo sucesivo se citará por la edición de 1994: Camba: *Esto, lo otro y lo de más allá*, Madrid, Cátedra. La página se indicará entre paréntesis.

vampirismo en sus ratos de ocio. No, no me hablen ustedes de las vampiresas modernas. No me hablen de la Greta Garbo, de la Marlene Dietrich ni de ninguna otra mujer más o menos fatal, ya en realidad o ya en el arte (61).

Parece ironizar sobre la figura de la mujer fatal o vampiresa, a menudo identificadas. No cree en su realidad sino en el oportunismo de la figura, como si las actrices aprovecharan esa moda, de ahí que adopta una postura escéptica. Concluye sus reflexiones afirmando que no es partidario del vampirismo femenino que recientemente se ha puesto de moda y apunta:

El vampirismo es una creación feudal que corre parejas con el embrujamiento y la diablería [sic], y no tiene, por tanto, nada que ver con nuestro tiempo. Por lo demás, el tipo de la vampiresa fue considerado siempre como algo horrible y monstruoso, y no se comprende por qué suerte de aberración pretende ahora Hollywood convertir el vampirismo en una forma del *sex-appeal*. Digamos *sex-repeal*, o repulsión, y no sólo habremos dicho algo más exacto, si no que habremos creado una forma de expresión, cuya necesidad se venía sintiendo últimamente con una urgencia cada vez más grande (62).

Además de pronunciarse así en contra de esta ‘moda’ femenina, la anécdota, con la mención tan breve de Marlene Dietrich, no permite una interpretación más amplia acerca de esta actriz, ya que el narrador no añade ninguna otra opinión. Con todo, me parece que las opiniones de Camba están un tanto trasnochadas y un tanto superficiales. Toda esta problemática es mucho más compleja, además fue motivo de mucha literatura de calidad.

En otro ensayo, también muy brevemente, menciona a Kant y hace saber al lector que éste leía a Cicerón para poder dormirse. El capítulo, titulado “El círculo vicioso”, trata del insomnio como problema que se puede convertir en una enfermedad. Ridiculizando los consejos de los médicos que, en su opinión, no sirven para nada, el narrador recuerda diferentes métodos populares para combatir esta enfermedad. En este contexto alude a la guerra y escribe:

Según estadísticas bastante dignas de crédito, la guerra ha aumentado en un cincuenta por ciento el número de las personas que padecen de insomnio, lo que determinó a su vez un aumento de especialistas; pero los procedimientos de inducción al sueño no aumentaron en lo más mínimo (86).

Con lo que no se pronuncia de manera favorable a la guerra. En cuanto a Kant, anota a continuación:

Vienen luego los procedimientos físicos – duchas frías, baños de aire, obturación de oídos, ejercicios respiratorios, etcétera – y los mentales: visualización de escenas plácidas, enumeración de carneros, lectura de los discursos de Cicerón – era el procedimiento de Kant –, trazado imaginativo de ochos en la pared y tantísimos otros. El más nuevo de todos estos procedimientos es el del actor cinematográfico Hugh Herbert (86).

Con la mención de este inglés el narrador se sitúa finalmente en el mundo angloparlante y tratará a continuación el invento de Herbert.

En otras anécdotas, casi pasa desapercibido, incorpora alguna palabra alemana en el texto. Así, en la historia “Los dientes del santón”, del bloque “MÉDICOS”. Entonces el narrador habla de un santón de Nueva Guinea a quien su médico le recomienda extraerse todos los dientes. Al seguir el consejo médico, el santón se entera poco después de que en el mercado negro sus dientes se venden a un precio elevado como talismanes. En consecuencia decide recomprar sus dientes al precio que sea. Todo ello como ejemplo –confirmado irónicamente como verídico por el narrador– para tratar el tema de la oferta y de la demanda y sus precios respectivos:

Los dientes del santón tenían, al parecer, una gran virtud y servían para curar todas las enfermedades menos – ello es evidente – las del propio santón, aunque, bien mirado, ¿a quién se le ocurre llevar los dientes en sus alvéolos naturales, en vez de hacer con ellos una sarta y colgárselos del pescuezo? Tenían una gran virtud, pero, desgraciadamente, eran muy pocos y en el poblado había muchísimos enfermos. De ahí el que la demanda de dientes de santón fuese tan superior a la oferta y de ahí el que el mercado negro, siempre tan solícito, se apresurase a subsanar aquella deficiencia con los más diversos sucedáneos, incluso algunas piezas de acero inoxidable que fueron, precisamente, las que obtuvieron mayores precios (121-122).

Haciendo así hincapié en la fe de la gente que cree en los más distintos efectos de según qué objeto, emplea la siguiente palabra alemana:

... que se pueden, sin mayor inconveniente, imitar todas las cosas, pero que lo primero sería el que los químicos lograsen crear un buen *ersatz* o sucedáneo de esa fe que ya no se encuentra a precio ninguno ni siquiera en el propio mercado negro (122).

Como si el texto se dirigiese a un público lector no germano-parlante, el narrador, en seguida, aporta con el término “sucedáneo” la palabra española para “Ersatz”.

Quizás por ser esta palabra más corta que la española la utiliza también en otro momento, en el capítulo “El interglossa” que forma parte de la sección “LENGUAS”. Este capítulo trata del idioma interglossa, “creación recientísima del profesor Lancelot Hogben” (177). En efecto, es un lenguaje artificial, inventado en 1943 por el mencionado Hogben. Su composición lingüística se explica en la publicación del británico *Interglossa: A draft of an auxiliary for a democratic world order, being an attempt to apply semantic principles to language design*²³³. En este contexto, el narrador opina sobre la cantidad de idiomas existentes en el mundo y apunta:

Ahora bien, ¿es que no se hablan ya bastantes idiomas en el mundo? Porque, desde luego, si no se hablasen bastantes, estaría muy bien el que los técnicos trataran de

²³³ Véanse <http://www.wissen.de/glosa?keyword=Glosa>, 10.07.13 y Ashby / Asenkerschbaumer (2006): 6.

augmentar su número con sucedáneos mejores o peores, y nadie le pondría al interglossa mayores reparos de los que le pone a la margarina, a la sacarina o el *ersatz* de café que suelen constituir su desayuno; pero no es éste el caso, precisamente, y, por absurdo que ello parezca, la creación de idiomas artificiales no responde a ninguna falta o escasez, sino, por el contrario, al exceso de idiomas naturales (177-178).

Se sirve de esta palabra para subrayar la escasez de recursos que hay actualmente, en tiempos de guerra. En otro capítulo de la misma sección, “Un zapato universal”, se pronuncia de forma más obvia en contra de cualquier idioma creado artificialmente (181-182).

Respecto a uno de sus temas predilectos, la cirugía estética, cuenta en otro momento la historia de Rodríguez, un amigo suyo, que llama así “para despistar” (127). La nariz de Rodríguez resulta ser una nariz excesivamente grande. Puesto que el amigo se avergüenza de este aspecto facial va a Suiza para operarse. Su operación se narra de la siguiente manera:

– No sabéis lo que adelantó la cirugía plástica desde la Gran Guerra – les decía [Rodríguez a sus amigos] (en la época de Rodríguez se le llamaba Gran Guerra a la guerra del 14) –. Uno llega a Suiza, se va a una clínica y pide un catálogo de narices. Luego coge el catálogo y se pone a elegir modelos. Hay modelos de señora y modelos de caballero. Los hay para enfermos que no pueden respirar o tienen otra clase de trastorno, y también los hay de pura fantasía. En cuanto al precio, unos cuestan quinientos francos, otros mil y algunos, como el mío, llegan a costar hasta cinco mil... Y, a medida que hablaba, Rodríguez se acariciaba muy satisfecho su flamante nariz de cinco mil francos, considerando como la cosa más natural del mundo el que se hubiese sacrificado a doce millones de hombres en la Gran Guerra para que la cirugía plástica hubiese podido llegar, después de ensayos sucesivos, a producir aquella creación (128).

No es que se hable mucho de Suiza en este capítulo, pero es interesante ver que se elija a éste país como lugar de la operación y no a otro. Según Rodríguez, Suiza es uno de los países precursores en la cirugía estética. Sin embargo, la nueva nariz de Rodríguez no resiste al calor español. Así, en un momento de temperaturas muy elevadas y provocando la risa del lector, su nariz se funde. El narrador concluye –aquí se efectúa uno de los pocos comentarios pro-bélicos– que este tipo de ‘medicina’ ha hecho grandes avances en los últimos tiempos:

Ahora, en cambio, y gracias a la segunda guerra mundial, parece que esta técnica ha hecho ya unos adelantos gigantescos, y, claro es, que el mundo quedará completamente en ruinas; pero, ¡qué narices las que nos podrán confeccionar los cirujanos en lo futuro! ¡Qué modelos de alta fantasía para señoras y qué ejemplares más prácticos para caballero!... (129).

Es solo un detalle curioso, pero Camba relaciona también en otra obra suya el tema facial con Suiza. Así sucede en *Playas, ciudades y montañas* (1947), como apunta Parajón:

Es formidable cómo don Julio se las arregla para sorprendernos. Parece un escritor alejado de los problemas sociales y hasta podría dar algo la impresión de inhumano; pero de pronto revive la Ginebra de los emigrados franceses de la revolución y de la comuna (*Playas, ciudades y montañas*, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Austral, pág. 127). Es una página colosal que empieza por un recorrido a partir de la Catedral. Se descende por unos callejones estrechos en dirección a la ciudad vieja que atrae con esa fascinación propia de lo muy antiguo. Encuentra una confitería y el portal de un ropavejero. En este último hay chaquetas absurdas y pantalones imposibles. El ropavejero se adelanta mostrando su nariz y tal le parece que ésta es también un producto a la venta: «es una nariz de raza, una nariz *pur sang*, que procede de una ganga seguramente» (35-36).

Es solo un ejemplo más de un escritor que en el extranjero se muestra como observador minucioso, tanto de la geografía como de los paisanos ajenos.

En el segundo capítulo de “MODAS”, titulado “La moda y la historia”, hay otra pequeña referencia al mundo alemán – referencia que solo confirma los buenos conocimientos culturales del narrador. El capítulo se inicia con una pregunta:

¿Qué efectos tendrá esta guerra en nuestro modo de vestir y en nuestras costumbres sociales? (...) En el antiguo Egipto, las altas clases sociales vestían siempre de blanco, y las bajas, de negro; pero en los casos de luto ambas clases adoptaban un color azafrañado. Schiller (1759-1805) popularizó el uso de la camisa con el cuello doblado sobre la chaqueta o casaca – a esta clase de cuellos se les llama todavía, en Alemania, *Schiller-Kragen* –; Wágner (1813 – 1883), el de la sotabarba entre los músicos, y Anthony Eden, actual jefe del Foreign Office británico, el de unos sombreros que todavía llevan su nombre (187).

Tanto Schiller como Wagner y el inglés Eden figuran aquí como precursores en cuanto haber estrenado una prenda específica. Pero el narrador no ahonda más en el tema, sino concluye, a continuación, de manera lapidaria:

No hay guerra, no hay hecho histórico, no hay revolución de carácter social, político o simplemente literario, que no tenga una repercusión más o menos inmediata en la moda, y cuando una mujer moderna se esmalta las uñas de rojo – algunas parecen exactamente como si se hubiesen pillado los dedos en la portezuela de un automóvil –, no hace más que imitar las prácticas totémicas de ciertas tribus africanas (187-188).

El capítulo termina con la siguiente constatación:

La moda se elabora siempre en las entrañas más profundas de la Historia, y por eso yo me pregunto qué efecto tendrá la guerra actual en nuestra futura manera de vestir, de afeitarnos o de cortarnos el pelo (188).

Una vez más se subraya que estas líneas se escriben durante la Segunda Guerra Mundial. Como se ha podido comprobar, en muchas ocasiones la obra se refiere a ella.

Cabe resumir que *Esto, lo otro y lo de más allá* es un conjunto muy ameno de anécdotas. Su narrador resulta ser una figura que, a lo largo de sus viajes, ha podido conocer a múltiples personas, de muchas nacionalidades y profesiones diferentes, ya sean escritores, cinéfilos, filósofos, biólogos o médicos, para solo mencionar algunos.

Sin embargo, no se ocupa de la vida de estos personajes célebres, se limita a nombrarles. Con más frecuencia, escoge como ejemplos a personas de su entorno y de su vida cotidiana, como a sus amigos o vecinos, para narrar sus historias.

Esta obra consta de un número muy reducido de referencias al mundo germano. Así, más que una obra germánofila –no cuenta con ningún rasgo filonazi– se transmite a través de sus páginas el amplio abanico de conocimientos del narrador, tanto en lo científico como en lo cultural. Se desprende de las anécdotas su gran curiosidad: cualquier tema parece interesarle. La obra también refleja el contexto de la Segunda Guerra Mundial: a menudo, aunque sea en una frase subordinada, se refiere a este trasfondo. Sin embargo, el contexto bélico tiene mayoritariamente una connotación negativa. Así, la guerra es la causa o bien de modas no aprobadas por el narrador o bien de problemas que sufre la gente en la actualidad contemporánea. Un último ejemplo de ello es la siguiente constatación, del capítulo “El masaje”, del bloque “MÉDICOS”:

Si algún día se pone usted demasiado gordo – lo que es poco probable en estos tiempos – y quiere recobrar su línea, no se haga usted dar masaje ninguno. Al contrario. Busque a otro gordo y convéncalo de que se deje masajear por usted²³⁴ (98).

6. 3. Wenceslao Fernández Flórez

Creador algo limitado, como se ha dicho con acierto, Fernández Flórez representa muy bien las contradicciones de un pasado colectivo aún cercano. Dotado de un humor mordaz, nacido de su fricción con las asperezas de la no siempre fácil vida española, llegó a Madrid hacia 1910, totalmente desconocido, en busca de fama y notoriedad social (Esteban 1985: 53).

De origen gallego como Julio Camba, Wenceslao Fernández Flórez nació en La Coruña en 1885 y murió en Madrid en 1964. Es sabido que el periodista y escritor gallego se ocupa en lo narrativo también del tema bélico. Sin embargo, su postura política adquiere notoriedad, se desarrolla de forma intensa y se va acentuando cuando empieza a trabajar de periodista en el Parlamento en los años veinte y treinta del pasado siglo. Su trayectoria periodística es descrita por Esteban de la siguiente forma:

La publicación de sus primeras novelas y el brillante inicio de su carrera periodística, primero en «El Parlamentario» y luego en «El Noroeste» de La Coruña y en «El Imparcial» de Madrid, le llevaron, bien es verdad que por una feliz circunstancia, al diario «ABC», en cuyas páginas alcanzaría gloria y notoriedad. Azorín que realizaba para el periódico monárquico la sección de «Impresiones parlamentarias», abandona su colaboración y recomienda a Fernández Flórez para sucederle. Y es así cómo el joven [sic] periodista gallego acepta las 250 pesetas mensuales que le ofrece Luca de Tena y

²³⁴ Es una alusión al inicio de la misma anécdota donde se dice: “Yo sé de una señora que, deseando recobrar su perdida esbeltez, se sometió durante varios meses a un tratamiento intensivo de masaje, con el siguiente resultado: que ella se quedó como estaba, pero su masajista perdió cinco kilos de peso” (97).

«desdeña, al parecer, las 1.000 de Miguel Moya, director de 'El Liberal'» (2, *Análisis de una insatisfacción*) (Esteban 1985: 53).

Varios críticos que se ocuparon de la vida política y literaria de Fernández Flórez han hecho hincapié en los tiempos difíciles a los que estaban expuestos sus publicaciones en los años de entreguerras. A continuación solo un ejemplo:

Por ello el marco histórico en el que va a moverse el recién estrenado cronista parlamentario no es otro sino el de la Restauración, proceso que, a través de diferentes etapas de descomposición, va a hacer crisis en 1917 y desembocará en la República de 1931 para terminar con el enfrentamiento entre españoles. Son, pues, tiempos de contradicciones de lucha, de inestabilidad constante, que el novelista gallego va a ir relatando a su cada vez mayor número de lectores. Y su actitud ante la vida política española tendrá, como era de preveer [sic], cambios sustanciales, a medida que su maurismo por «Prensa Española» se van haciendo más profundos [sic]. Y podríamos decir, con José Carlos Mainer, que el resultado representa un «balance aproximado de buena parte del espíritu burgués de su tiempo»; una mezcla, diríamos nosotros, de lucha entre la realidad y el deseo, la añoranza de un jefe que controle autoritariamente a la nación y un cierto desdén por el parlamentarismo, cosas que han distinguido siempre a una gran parte de la derecha española (Esteban 1985: 53²³⁵).

Considero imprescindibles estos preliminares ya que, como se verá a continuación, ha resultado casi imposible encasillar a este autor en cuanto a su postura ideológica. Sus novelas *Una isla en el mar rojo* y *La novela número 13* se deben, por tanto, leer precisamente en el contexto de la biografía de su autor, sobre todo respecto a su labor de periodista parlamentario. En consecuencia, a Fernández Flórez como persona y literato no se le puede considerar ni explícitamente germanófilo ni filonazi. Sin embargo, ha cristalizado del estudio de las presentes novelas su interés y conocimiento del mundo germano que, a continuación, se verá plasmado en ejemplos concretos de estas obras.

Una de las posturas más obvias que adopta el escritor durante su primer trabajo periodístico es la del rechazo de los partidos políticos españoles, tanto de la derecha como de la izquierda. El gallego más bien se convierte en un defensor del liberalismo – actitud que, según Esteban, siempre había defendido de manera latente:

Pero es claro que el desarrollo de la vida política durante la República, acentúa el antiparlamentarismo de Fernández Flórez, tamizado siempre por el liberalismo innato en el escritor y muy palpable en un llamamiento a la tolerancia mutua, en 1935, muy lejos del espíritu de las restantes páginas de «ABC» en aquellos conflictivos días (Esteban 1985: 55).

Su liberalismo es propio de su posición anti-cristiana – posición de entrada disconforme con la del típico franquista. Schmolling se suma a la opinión de Mainer cuando escribe:

²³⁵ Esteban cita aquí por Mainer, José-Carlos: *Análisis de una insatisfacción*. Madrid: Castalia, 1975, página 65.

So vermutet Mainer wohl zu Recht, daß der Agnostizismus von Fernández Flórez neben seinem frühen anti-militaristischen Spott und der Freundschaft mit Befürwortern der Republik dazu geführt haben dürfte, daß er in den restlichen Nachkriegsjahren Schwierigkeiten mit der Zensur hatte (zitiert nach Mainer 1975: 38, Schmolling 1990: 213)²³⁶.

Según estos críticos, el trabajo literario de Fernández Flórez se caracteriza por un ferviente agnosticismo –al que se mantendrá fiel a lo largo de su vida– y también por una postura pro-republicana.

Un ejemplo de la radical postura religiosa de Fernández Flórez se encuentra en uno de sus artículos, titulado “S.O.S.! ¡Aquí Europa!”²³⁷ donde el escritor crítica la credibilidad de la historia del diluvio en el arca de Noé y la ridiculiza. En lo sucesivo apunta las palabras de Noé, dirigiéndose a los aspirantes que quieren subir al arca:

– No se puede negar que hace mal tiempo —otorgó Noé, acodándose a su placer en la ventana –, Y es posible que todos perezcaís, pero debe consolaros pensar que la humanidad no se acaba y que la tierra reaparecerá, y que los hombres que lleguen después de los nietos de los nietos de nuestros nietos no sólo inventarán los paraguas sino los trasatlánticos, inmensos como ciudades (...), que se disputarán sobre los océanos el grimpolón [sic] azul (...). Y esta profecía debiera alegraros (Barbadillo de la Fuente 1989: 201).

A mediados de los años treinta, Fernández Flórez se declara partidario del liberalismo (Barbadillo de la Fuente 1989: 197). Sin embargo, en este contexto no hay que perder de vista el sentido de humor de don Wenceslao. En el mismo texto opina además que Europa está superpoblada. A la vez se pronuncia en contra del holocausto ya que éste no sería un remedio para luchar contra la superpoblación:

Pero hay que pensar un poco como el interlocutor de Noé, porque ya dijo Goethe que no hay Humanidad, sino tan sólo hombres, y lo que llamamos egoísmo con vituperador intento no es más que el instinto de conservación, que no reside en la especie sino como suma de los instintos individuales, y va más allá de todo lo posible pedir a una generación entera que se sacrifique por las que vengan detrás (...). Esta idea corresponde a la de los holocaustos y es bárbara y anacrónica, y revela todo nuestro terrible atraso espiritual. Se relaciona con la creencia de que los dioses no apreciaban ningún perfume tanto como el de la sangre fresca y sólo regocijados por ella, como por un vino generoso, se decidían a conceder dones a los hombres. – El problema de Europa es, casi exclusivamente, un problema de espacio. Nos hemos dedicado a la reproducción con un ahinco [sic] ya incontenible. Este mal tiene varios orígenes: uno de ellos, el no haber descolgado a tiempo el cartelito de que los hijos son un regalo del cielo (Barbadillo de la Fuente 1989: 202).

²³⁶ “Así, Mainer supondrá con razón que el agnosticismo de Fernández Flórez, acompañado por su burla antimilitarista temprana y por su amistad con los defensores de la República, le debe haber acarreado ciertos problemas con la censura en los años restantes de la posguerra (citado por Mainer 1975: 38)”, traducción de la autora.

²³⁷ Véase Barbadillo de la Fuente, María Teresa. “Un texto inédito de Wenceslao Fernández Flórez. «S.O.S.! ¡Aquí Europa!».” *Azafea: revista de filosofía* 2 (1989): 197-209. No existe fecha exacta sobre la publicación de este texto, pero Barbadillo de la Fuente supone que data de 1934 o de 1935.

A parte de su agnosticismo, rasgo que no gustaba al franquismo, el escritor tampoco adopta según estos apuntes una postura pro-hitleriana.

Cuando, en otro momento, el gallego se refiere al filósofo alemán Oswald Spengler y a su obra más conocida, éste sale mal librado: “Hubo en estos tiempos un profeta terrible, Oswald Spengler, cuya voz, como la del profeta bíblico (...) en Jerusalén, corrió en torno a Europa vaticinando la próxima decadencia de Occidente” (Barbadillo de la Fuente 1989: 207). Recordemos que las ideas filosófico-literarias de Spengler – a diferencia de sus teorías biológicas – fueron apreciadas por muchos nacionalsocialistas. Fernández Flórez, en cambio, se distancia aquí claramente de las opiniones de Spengler.

Para el presente trabajo son de especial interés dos novelas suyas: *Una isla en el mar rojo* (1939) y *La novela número 13* (1941). Ambas obras son testimonios de sus experiencias durante la Guerra Civil:

[El n]ovelista [p]asó el primer año de la guerra refugiado en una embajada en Madrid, como relató a los pocos meses en una novela-reportaje que tituló *Una isla en el Mar Rojo*²³⁸ (1939). (...) Como Camba y muchos otros, la posguerra lo licenció de las gabelas propagandísticas y lo devolvió a la tarea literaria, recompensado por su magnífica novela *El bosque animado* (1943) (Trapiello 2010: 537).

Fernández Flórez elige para su novela *Una isla en el mar rojo* un protagonista nacional que vive un desarrollo interior: en un primer momento, es una figura que parece poco interesada en cuestiones políticas, en un segundo momento se convierte en un patriota y defensor del franquismo. Mechthild Albert²³⁹ sostiene esta interpretación.

Fernández Flórez demuestra con su novela que tiene conocimientos de cultura y literatura alemana. En este contexto, otro crítico literario compara algunas obras del escritor gallego a las del *Bildungsroman* alemán, aspecto que hace presuponer que el autor tenía conocimiento de este género literario alemán²⁴⁰.

Durante la Guerra Civil, el escritor se decanta por el bando nacional, como apunta Mainer (1975: 337): “Fernández Flórez alcanzó zona nacionalista a mediados de 1937”. Y en relación con la redacción de *Una isla en el mar rojo* añade: “... suponemos que alguna nota o incluso capítulo [de esta novela] pudo escribir en su refugio de la legación holandesa durante los primeros meses de la contienda” (Mainer 1975: 337). Esta obra cuenta con un toque notablemente autobiográfico:

²³⁸ Se han encontrado diferentes maneras de escribir las mayúsculas en el título. A continuación citaré por la edición de 1939 según la que todas las palabras del título se escriben en minúscula.

²³⁹ Véase Albert 2005: 221-236.

²⁴⁰ Compárese, entre otros, Ezpeleta Aguilar 2001: 18.

Antes que nada, lo autobiográfico se impone: unas veces a través de la simple elaboración de la experiencia vivida – estancia en la legación de Holanda, evacuación a Valencia; travesía del Pirineo catalán –; las mejores, como testimonio extrañamente sugestivos y veraces de meros detalles de un momento, quizás ficticios, pero, en todo caso, evocados dramáticamente como asidero real que une un presente de desorientación y ruina a un pasado confortable y seguro (Mainer 1975: 338-339).

Además, Mainer califica a Fernández Flórez como autor a quien le gusta hacer vivir a sus figuras “la trayectoria de inadaptación, egoísmo y misantropía...” (Mainer 1975: 341-342). En efecto, aquello, que en otras ocasiones fue calificado como el individualismo de Fernández Flórez, se comprobará en *Una isla en el mar rojo*.

Otro crítico literario opina sobre el camino novelístico del escritor que fue curvado y polifacético. A través de éste pudo finamente publicar las obras más diversas:

En la década de los cuarenta, Fernández Flórez ofrece, entre otros, un libro realista y de severo continente moral (*Una isla en el Mar Rojo*, 1939), regresa a anteriores de irreprimida [sic] parodia (*La novela número 13*) o vuelve a funcionar en clave fantástica (*El bosque animado*). Tal diversidad de registros convierte a su autor en un escritor difícilmente encasillable y, por decirlo con término muy de ahora, poco homologable con las tendencias más extendidas. Estos tres títulos no son, por otra parte, sino muestras tardías de la primigenia proclividad de Fernández Flórez a semejante dispersión artística: poco tiene que ver el realismo de *Volvoreta* con la sátira de *El secreto de Barba Azul* o el misterio de *Visiones de Neurastenia* (Sanz Villanueva 1985: 21).

A pesar de su aparente ambigüedad en lo político, hay en la obra de Fernández Flórez algunos aspectos que saltan a la vista y que manifiesta la ideología de Ricardo, el protagonista de *Una isla en el mar rojo*:

Fernández Flórez publicó varios libros en este periodo de nuestra historia reciente, en los que acusó, de forma acentuada, el impacto de la lucha civil. Así lo demuestran *Una isla en el mar rojo* y *La novela número 13*. En ambas, el escritor, hecha expresa renuncia a cualquier ecuanimidad, da suelta a una veta propagandística basada en una fobia antiizquierdista. De este modo, el narrador escéptico y distanciado de la anteguerra se precipita por la senda de una visceralidad nada artística. Es más: solo el recuerdo queda de aquel delator de vicios nacionales, de aquel violento antimilitarista, de aquel fustigador de eclesiásticos, banqueros y hasta reyes (Sanz Villanueva 1985: 24).

Si en esta obra la posición ideológica es más obvia, Mainer sostiene esta teoría cuando dice que es posible comparar los trabajos literarios de Fernández Flórez con los de Baroja y de León de los años treinta²⁴¹. A modo de conclusión se referirá a estas comparaciones en la sección siete.

²⁴¹ Compárese Mainer 1998: 181-198.

6.3.1. *Una isla en el mar rojo*, 1939

Bertrand de Muñoz resume con acierto esta novela cuando apunta:

Ricardo, un abogado madrileño muy conocido, cuenta sus aventuras durante la revolución. Perseguido por los rojos por haber defendido a unos fascistas, se ve obligado a buscar un refugio. Después de esconderse en casa de varios amigos, acaba en una legación. Todo el resto del libro casi narra la vida en esta «isla en el mar rojo» como la llama el autor, este lugar seguro en medio de la capital soviétizada: estrechez del recinto, abundancia creciente de los refugiados, seguridad, hambre, amoríos, intrigas, etc. (Bertrand de Muñoz 1982: 202).

En cuanto a la estancia de Ricardo en la legación, es una experiencia que también vivió el autor. Sin embargo, en la novela no se especifica qué país representa esta embajada y la crítica literaria tampoco se manifiesta unánime al respecto. Mientras Trapiello (2010: 537) no indica ningún país, Mainer (1975: 337), conforme con la biografía de Fernández Flórez, apunta que es la embajada holandesa. Puesto que en otro fragmento del texto se menciona Argentina, otra fuente anota que se trata de la embajada “de un pequeño país sudamericano”²⁴². Bertrand de Muñoz (1982: 203) parece dudar entre la finlandesa y la argentina cuando anota:

[*Una isla en el mar rojo*] [s]e asemeja mucho a *Memorias de un finlandés*, de Leopoldo Huidobro (Madrid, Ed. Españolas, 1939) y a *Argentina-España*, de Francisco Casares (*Apuntes y recuerdos de un asilado en la Embajada argentina de Madrid*, Buenos Aires, Editorial Poblet, 1939).

Albert finalmente se centra en las embajadas de Chile, Rumanía y Bélgica, ya que estos son “die Botschaften Franco-freundlicher Drittstaaten” (Albert 2005: 227), es decir, “las embajadas de países terceros bienintencionados para con Franco”. Las informaciones acerca de los refugiados sostienen que proceden de muchos países diferentes. Entre ellos, hay alemanes y españoles, pero también belgas. El idioma predominante entre los refugiados en la legación es el francés. Así, en un momento dado hay muchas referencias a Bélgica. Con todo, parece verídico que sea la embajada belga, ya que, por un lado, el escritor así no se habría alejado mucho de sus propias experiencias, y por otro lado, daría igualmente un tono ficticio a su relato. Hasta ahí el paralelismo con la biografía de Fernández Flórez. Aunque el escritor permanece en la embajada holandesa, en su novela no se han podido encontrar elementos relacionados con los Países Bajos, pero sí con Alemania. Se desprende de su obra literaria que Fernández Flórez se ocupó del tema alemán, especialmente de lo literario, filosófico y también político.

²⁴² Véase http://bremaneur.files.wordpress.com/2007/02/apenique_p.pdf, 12.07.13.

Una isla en el mar rojo se puede considerar de mayor calidad literaria que la posterior del escritor, *La novela número 13* (1941). Así, es de bastante valor estético y el hilo conductor de la acción principal es mucho más coherente que en *La novela número 13*. Según Bertrand de Muñoz, “el mar rojo” en el título alude a la ‘ocupación’ de Madrid por los republicanos al inicio de la guerra. El lugar narrativo de esta novela es la capital española. En Madrid, que también es denominado “la capital soviética” (Bertrand de Muñoz 1982: 202), el protagonista Ricardo se esconde en una embajada que se sitúa en el entonces barrio de Salamanca. Así, el narrador subraya la presencia de los republicanos en Madrid desde el primer momento. Como ya apuntó Mainer (1975: 338), al cabo de un tiempo, huye de Madrid a Valencia y se instala, ya no a la fuga, en las afueras de esta ciudad. Finalmente se va a Biarritz.

La acción novelística se inicia con la Guerra Civil a punto de estallar y narra la historia de Ricardo desde entonces hasta el final de la guerra. Con la primera indicación temporal se especifica que: “[h]an asesinado a Calvo Sotelo” (Fernández Flórez 1939: 32²⁴³), es decir, se indica la fecha del 13 de julio de 1936. La perspectiva es la de un narrador en primera persona. Además de algunas excepciones, como la estancia de Ricardo en la legación, el estilo de *Una isla en el mar rojo* se caracteriza por ser sencillo, sin muchos adornos y con frases cortas.

Así se sobreentiende que el ambiente de toda la obra está notablemente marcado por la guerra. La prensa diaria refleja el estado bélico: está repleta de noticias de atentados que provocan numerosos heridos, a veces también muertos. El protagonista apunta sobre la situación actual:

¡Qué país, Señor, qué país! ... La vida humana ya no merece el menor respeto, la justicia se condiciona a la política, la autoridad toma partido por un grupo, los transeúntes se juzgan por sus vestiduras y se cruzan miradas de desafío, el odio se expande y se infiltra como un gas en toda la vida española; se incendian iglesias frente a la cara de ese burgués cobarde que tiembla en el Ministerio de la Gobernación y que adula a las turbas mientras acaso piensa en su propio dinero amenazado (21-22).

Una de las primeras escenas de esta novela narra cómo Ricardo y su novia Gabriela asisten “a la proyección de una película sobre la Revolución Francesa” (Mainer 1975: 339). En otra fuente, el mismo crítico literario supone respecto a esta película:

(¿pudo ser *A Tale of Two Cities*, de Jack Conway, producida en 1935 por la Metro y con Ronald Colman en el papel principal, que se proyectó en el cine Capitol?); concluida la

²⁴³ En lo sucesivo se citará con la página entre paréntesis por: Fernández Flórez, Wenceslao (1939): *Una isla en el mar rojo*. Ediciones Españolas, Madrid.

sesión, [el protagonista] había salido a la calle y en su automóvil había acudido a un elegante bar de la Castellana (¿Bakanik?) donde había tomado unos *whiskies* (Mainer 1998: 188).

La elección de sitios tan conocidos da un carácter muy auténtico a este relato. Según Mainer, Ricardo es además el primer protagonista de Fernández Flórez que pertenece a la vez al bando de la derecha y a la clase burguesa. Con todo, el crítico literario considera esta escena inicial bastante inverosímil (Mainer 1975: 339).

Como abogado Ricardo se mueve en un entorno burgués. Su novia Gabriela que es diez años menor que Ricardo proviene del mismo entorno. El protagonista cuenta que en breve quiere casarse con ella. También aparece desde el inicio de la obra Erna, la amiga de Gabriela. Resulta ser una pretendiente de Ricardo y pronto se establece una amistad entre ambos. Más adelante aparecerá otra figura de cierta importancia que es Demetrio Rich, amigo del protagonista.

Respecto a Erna, la información acerca de su nacionalidad es algo ambigua. Erna es un personaje significativo para el desarrollo de la historia y es interesante que fue elegida una figura de nombre y, al menos en parte, también de procedencia alemana. Aunque ‘Erna’ originariamente proviene del italiano *Ernesta*²⁴⁴, es un nombre típico alemán para las mujeres de la época. Una vez más se subraya así el carácter auténtico de la obra. Tal interpretación del nombre de Erna es sostenida por Albert que añade que la joven “deren deutsch klingender Vorname gewiß kein Zufall ist, durch ihre Ermutigung des Protagonisten als privilegierte Vermittlerin von Ideologie [fungiert]²⁴⁵” (Albert 2005: 235). Bertrand de Muñoz (1982: 202) es más explícita cuando apunta que Ricardo, al final de la novela, “... vuelve a ver a Erna, su amiga alemana ...”. La joven representa el espíritu de una norte-europea.

Gabriela y Erna, aún al principio de la historia, le sirven de ejemplo al protagonista para abordar el tema de la atracción física y sexual de la mujer. Mientras espera en un bar a un huésped, supuestamente a su coinquilino, se enfrenta con Erna que describe de la siguiente manera:

...su cabeza rubia, curvado levemente – en actitud que diseña bajo el traje levísimo los breves pechos juveniles – el cuerpo de caucho, leve, tentador, esbelto, y ágil como el de una ninfa adolescente (Fernández Flórez 1939: 18).

Poco después continúa subrayando sus rasgos físicos:

²⁴⁴ Compárese <http://www.wissen.de/lexikon/erna?keyword=Erna>, 11. 07.13.

²⁴⁵ “... [la joven], cuando anima al protagonista, funciona como mediadora privilegiada de una ideología. La elección de su nombre que suena alemán no fue, seguramente, casualidad en absoluto”, traducción de la autora.

Tiene algo de exótico en su belleza: la disposición de los pómulos y las finas cejas un poco inclinadas hacia dentro y el color del pelo, de un rubio blanco infrecuente en nuestras latitudes. Su madre, casada con un español, es escandinava... ¿Sus años? No sé... ¿Quizá, veinte? (18-19).

Mientras aquí se indica que Erna es medio española, medio escandinava (sin precisar el país), otras informaciones acerca de su figura más adelante apuntan que podría proceder o de Salzburgo o de Berlín. Como se verá a continuación, en muchas ocasiones es propio de esta narración no especificar nacionalidades o países o bien, anotar informaciones contradictorias. Por lo que se refiere al tema de la mujer y de su físico, persiste también en lo sucesivo en el ejemplo de Elena, otra amiga de Gabriela (13).

Erna, la adversaria de Gabriela, intenta desde el primer momento del relato seducir al protagonista, le cuenta que planea el mismo año asistir a unos conciertos en Salzburgo y le invita a venir a verla ahí. Cuando el protagonista, que dice estar profundamente enamorado de su novia, se distancia un poco de Erna, la joven le persigue por teléfono y por carta hasta tal punto que Ricardo se siente molesto:

...Erna me quiere desde hace más de un año, y no lo disimula mucho. Procura estar presente ante mí, va a los sitios que frecuento, me escribe con fútiles pretextos y procura resaltar todas las que ella cree tachas de Gabriela, de la que es antítesis (20).

Así, a pesar de mantener la amistad con Erna, el protagonista no está del todo a gusto con ella: “Muchas veces me llama por teléfono y sostiene conmigo largas conversaciones que concluyen por exasperarme, porque este medio de comunicación ataca mis nervios cuando se emplea para charlas prolijas” (20). Comentarios del estilo son solo un ejemplo de la relación –en este momento sobre todo de las diferencias– entre Ricardo y Erna que con el tiempo se intensificará. La siguiente interpretación no es sino una pequeña observación de esta diferencia de la autora del presente trabajo, si se tiene en cuenta que se enfrentan aquí un español y una chica procedente del centro o norte de Europa: así, se ha podido observar que el teléfono como medio de comunicación parece utilizarse menos para conversaciones largas en el sur de Europa que en otras zonas.

En otro fragmento del texto, el narrador critica a través del padre de Erna la política del liberalismo, que en al menos un trabajo anterior suyo había alabado²⁴⁶:

No falta la acusación a los liberales que, de buena fe, como en el caso del padre de Erna, han permitido el presente estado de cosas y aun lo autorizan con su renuncia a tomar

²⁴⁶ Véase Barbadillo de la Fuente, María Teresa. “Un texto inédito de Wenceslao Fernández Flórez. «S.O.S.! ¡Aquí Europa!».” *Azafea: revista de filosofía* 2 (1989): 197.

partido; de ese modo, el ex ministro radical don Gustavo entona su propio réquiem al afirmar que fue liberal porque en su tiempo «la cultura era liberal, los grandes maestros eran liberales, la sociedad entera se enorgullecía de tener un matiz liberal y no parecía marchar mal con ello: desde la guerra francoprusiana a la europea, el mundo vivió su época más feliz», pero ahora «no soy más que un hombre en pretérito. No niego lo que fui, porque ya no puedo tener más presente que mi pasado» (Fernández Flórez 1939: 176-177) (Mainer 1975: 347).

Mientras los amigos de Ricardo comentan que estos tiempos anormales y difíciles no podrán durar mucho tiempo, la figura principal efectúa su primera crítica del gobierno de Azaña:

El Jefe del Estado es un megalómano amargado por su fealdad física y por sus años de obscuro servicio en la burocracia más modesta, que siente como una humillación; en el Parlamento hay una pandilla de forajidos, hartos de matar y robar en la Revolución de Octubre; nos gobiernan ignorantes audaces, enamorados de sus magníficos automóviles con «radio» y con calefacción; desde arriba y desde abajo se saquea al país: nunca tantas fortunas se improvisaron tan rápida y obscuramente (Fernández Flórez 1939: 22).

El coinquilino de Ricardo opina por su parte: “Eso que llamamos la paz no es más que un breve descanso para tomar fuerzas y seguir la lucha... En la humanidad, lo normal es la violencia, la destrucción, los choques rencorosos” (22). Entonces aparece Demetrio Rich que luego se hará muy amigo de Ricardo. Ambos comparten la misma ideología, pero son distintos de carácter. En la presente situación, Demetrio menciona a Italia como otro país fascista de la época. En el mismo contexto narra cómo conoció a la comunista Irene. Según Demetrio, Irene y su hermano “[s]ufren el contagio comunista. Leen a los rusos; están saturados de literatura rusa” (26). Esta afirmación solo es un motivo más para el narrador para criticar la omnipresencia de los republicanos en Madrid. Así, se confirma que Ricardo se mueve en un entorno anticomunista.

El protagonista opina sobre las palabras de su amigo:

Supongo que habría actitudes y expresiones así entre los polacos tiranizados por los rusos, entre los indios sojuzgados por Inglaterra, entre los belgas, cuando pasaban junto a los alemanes de la ocupación (27).

Cuando, poco después, Demetrio se pronuncia de la siguiente manera, su postura anticomunista aún queda más marcada:

Más valdría el descanso eterno de la muerte. ... Una muerte colectiva que dejase el mundo lleno de carnets sindicales rotos y, en lo alto de la montaña que se hiciese con todos los insufribles retratos de Lenin y todas las ediciones de Marx y todos los discursos de los propagandistas... (29).

Así, Demetrio apoya la abolición de los sindicatos y se muestra un ferviente antimarxista. Albert apunta respecto al carácter de Demetrio:

In *Una isla en el mar rojo* ist es der zwiespältige Demetrio, ein moderner Immoralist im Sinne Nietzsches, der den Bürgerkrieg als Transgression und Schauspiel genießt²⁴⁷: «Son maravillosas las facilidades que hay en Madrid para matar a un hombre. (188) (...) – En lo terrible hay una belleza, y, por lo tanto un placer. (183) – (...) hay heroísmos increíbles y hay cobardías insuperables. La riqueza de bien y de mal que guardan los espíritus se desparrama ahora en medio de la calle y es un espectáculo que apasiona. Por supuesto, mucho más mal que bien. Y ya sabes que soy un imparcial juzgador de los hombres. (184) (...)». Als Grenzgänger zwischen den Lagern, der in der Ausnahmesituation des Bürgerkriegs seine nächtliche Seite auslebt, lässt Demetrio seinen Freund, den Protagonisten, an den Menschen verzweifeln²⁴⁸: ... (Albert 2005: 233).

Hay, pues, un aspecto propio de la visión del mundo de los fascistas: la postura conservadora del protagonista. Así –es un aspecto que ya se pudo desprender de la primera parte de la novela– opina sobre la relación entre hombres y mujeres que la mujer debe ser sumisa al hombre.

El protagonista efectúa un primer comentario filonazi directo cuando apunta que este año irá a la Olimpiada de Berlín: “[Demetrio y yo] tenemos ya nuestra documentación en regla para asistir a la Olimpiada alemana” (Fernández Flórez 1939: 33). Así, aunque no manifiesta de manera explícita su admiración por la Alemania nazi, se puede suponer que aprueba este régimen.

Mientras Ricardo sigue manteniendo sus conversaciones telefónicas con Erna, su miedo de ser interceptado aumenta. El ambiente general de la vida diaria se caracteriza por una creciente angustia de la gente. En las siguientes palabras de Demetrio, por su parte, se reflejan las posturas pro-franquistas:

¿Has leído en los periódicos las denominaciones que adoptan estas colectividades de milicianos que se fundan por docenas todos los días? ... No saben ni adónde van ... Y si alguna idea tienen, es francesa o es rusa también, pero ninguna española, y esto acabará con ellos. Ignoran que cada pueblo tiene su modalidad revolucionaria y que la que exterminó a Carlos I de Inglaterra no se parece a la que hizo huir al Kaiser, y que Lenin no fué Robespierre... (39-40).

Ricardo expresa sus preocupaciones respecto a la creciente violencia en la ciudad: “Una mañana escondí mi pistola en el jardín, pero el lugar me pareció inseguro y estuve nervioso e inquieto hasta que anocheció. Entonces fuí a recogerla y la arrojé muy lejos, sobre la verja, contra la desierta calle” (45-46). Sus miedos son el motivo para huir finalmente de los republicanos y refugiarse en un lugar seguro. Tal como lo

²⁴⁷ “En *Una isla en el mar rojo* es la figura contradictoria de Demetrio, un inmoral moderno según Nietzsche, que disfruta de la Guerra Civil como de una trasgresión y un espectáculo”, traducción de la autora.

²⁴⁸ “Como fronterizo entre dos campos que, durante el estado de emergencia de la Guerra Civil vive los aspectos nocturnos de la vida, Demetrio provoca en Ricardo desesperanza hacia los seres humanos”, traducción de la autora.

indica Bertrand de Muñoz (1982: 202), los republicanos buscan a Ricardo por haber defendido, como abogado, a unos fascistas en el pasado. Así, el protagonista anota:

Súbitamente recordé. Hacía catorce o quince meses que yo había sido acusador privado en la causa contra unos individuos que había asesido [sic] a un miembro de las Juventudes de Acción Popular. Un crimen político, como tantos otros de aquella época. Mi informe fué enérgico; me felicitaron; hasta algún periódico lo comentó. ... ¡Y ahora resurgía aquel rencor...! (Fernández Flórez 1939: 54).

Sin embargo, el protagonista también subraya que él nunca se había interesado por cuestiones políticas y que, por consiguiente, no ve justificadas las acusaciones: “¿A mí? (...) ¿Por qué? ¡Yo nunca he intervenido en política, yo no he tenido relación con los obreros...! ¿Por qué?” (61)²⁴⁹.

En consecuencia, Ricardo busca un sitio dónde esconderse. Primero recurre a sus amigos más fieles que son Justo Esquivel y Rodil. Para tener un sitio donde dormir, Rodil le deja su viejo coche a Ricardo. Debido a su fuga, el protagonista y Gabriela viven separados. La joven aún permanece en casa de sus padres. Pero de repente los republicanos descubren a Ricardo en el coche de Rodil. Se lo llevan a una checa comunista donde lo encierran en un sótano, con otros supuestos ‘enemigos de la República’. Sumamente asustado, Ricardo se hace con la idea de morir pronto. No obstante –sus consuegros le ayudan– consigue salir de la checa al cabo de unos días:

Después supe que, estimulado por Demetrio, al que alarmaba mi silencio de tantos días, el padre de Gabriela había hecho que algunos poderosos amigos suyos del Frente Popular realizasen gestiones en varias checas, por si estaba en ellas detenido (84).

Una vez libre, Ricardo busca a Gabriela que no comprende sus compromisos con los falangistas y le reprocha: “No debías haberte arriesgado” (86). Así, a pesar de que puede quedarse un tiempo en casa de sus futuros suegros, su relación con Gabriela empieza a empeorar a partir de este momento; hecho que Ricardo lamenta:

Su dulzura habitual se había replegado; su atención, antes tan cosida a los menores detalles de mi existencia, se despegaba a veces extrañamente; parecía, en ocasiones, como si nos mirásemos con ojos nuevos, como si nos encontrásemos desconocidos... (96).

²⁴⁹ Cito aquí por Albert 2005: 225 que también utiliza la edición de Fernández Flórez de 1939. Albert anota además: “Unvermittelt aus seinem bürgerlichen Leben aufgeschreckt und offensichtlich verständnislos gegenüber den soziopolitischen Entwicklungen der vorangegangenen Monate und Jahre, fällt er in eine instinkthafte Existenz zurück – er denkt nicht mehr, sondern fühlt nur noch: »No pensaba, sentía.« (63)” (Albert 2005: 225). “El protagonista, sacado de repente de su vida burguesa, muestra una aparente incomprensión respecto a los sucesos socio-políticos de los meses y años anteriores. Reincide en una existencia casi instintiva – ya no piensa sino solo siente: »No pensaba, sentía.«”, traducción de la autora.

Es posible que la postura entonces más firme del protagonista atemorice a Gabriela. En todo caso, aumentan no solo la incomprensión entre ambos sino también los miedos de Ricardo.

El surgimiento de las primeras checas es un reflejo del estado interior perturbado y preocupado de los personajes: “Las checas se multiplicaban en Madrid, en cada palacio incautado había una y los llamados cuarteles de milicianos eran checas también porque allí llevaban y allí eran juzgados – si así puede decirse – los detenidos” (90).

La sensación de soledad y de desolación de Ricardo es mayor cuando Gabriela deja claro que no le acompañará en su huida. Mainer comenta al respecto:

Y su destrucción espiritual será completa cuando, incluso a nivel amatorio, le sea imposible recuperar lo perdido: Gabriela, su novia, se niega a escapar con él por no abandonar a sus padres, y, no mucho antes, le recomienda abandonar su domicilio, pues su presencia les comprometería; ... (Mainer 1975: 343-344).

Así, cuando Ricardo ve imposible seguir viviendo en casa de los padres de Gabriela, recurre a Erna. Según el protagonista, ella ya es en estos momentos la única persona dispuesta a ayudarlo. En efecto, Erna le ofrece la posibilidad de refugiarse en casa de su tía. Sin embargo, Ricardo debe compartir la vivienda, descrita a continuación, con unos milicianos de derecha: “En el [departamento] de la izquierda, la madre y la esposa de un joven militar que luchaba en las filas de Franco” (Fernández Flórez 1939: 102). Es uno de los primeros contactos directos del protagonista con los franquistas. Sin embargo, en cuanto a la ideología de sus compañeros de piso, estos parecen pronunciarse en contra de todo:

Sus discursos eran excitaciones iracundas, insultos contra todos y contra todo: contra los fascistas, contra los militares, contra la burguesía, contra el clero, contra «los servidores del capitalismo», elástica casilla en la que eran arbitrariamente incluidos muchos infelices (103).

En su tiempo compartido, Ricardo y Erna escuchan emisoras de radio prohibidas, como por ejemplo la radio portuguesa. Poco a poco Ricardo empieza a cambiar la visión que tiene de su amiga:

Erna hablaba entonces lentamente, con una nostalgia opaca y apenas perceptible. También ella había cambiado mucho, y en aquel breve tiempo terrible otra mujer saliera del fondo de la muñeca de finas cejas oblicuas y boca flexible y riente, grande y fresca; otra mujer decidida, valiente, que no se desbordaba en frivolidad y en la que se había abierto un manantial milagroso de ternura (109).

Su estado de fugitivo le da la ocasión a Ricardo a leer más detenidamente. Como apunta Mainer (1975: 340), el protagonista “andaba leyendo por entonces las biografías de Disraeli y María Antonieta (de Maurois y Zweig, respectivamente) recientemente

editadas”. Recordemos que la obra literaria de Zweig fue prohibida durante el nacionalsocialismo. Así, se puede interpretar como un pequeño elemento filonazi que Ricardo no disfruta especialmente de la lectura de *María Antonieta*, anotando:

Había renunciado a leer «María Antonieta» porque los prolegómenos de la Revolución francesa eran tan parecidos a los de la roja nuestra que aumentaban mi obsesión en vez de aliviarla; la misma claudicación de las futuras víctimas con los futuros matadores, la misma siniestra crueldad humana, mentiras manejadas como catapultas, cobardías tendidas como puentes... No quise seguir (Fernández Flórez 1939: 72).

Si bien ya se pudo desprender desde el inicio de la obra la animadversión del protagonista contra los ‘rojos’, este sentimiento se está convirtiendo en una obsesión. Al comparar además la obra de Zweig a las ideas del bando republicano, Ricardo no solo se inscribe en la línea pro-franquista, sino también demuestra cierto filonazismo.

No obstante, en total son pocos estos paralelismos con el régimen nazi. Así, en otra ocasión, apunta que teme que Franco podría apoderarse de Madrid a través de un método que recuerda las cámaras de gas en los campos de concentración: “Un rumor muy extendido aseguraba que Franco poseía un gas adormecedor que en momento no muy lejano sería lanzado sobre la capital” (119). Ricardo expresa su miedo al respecto.

Aún a la búsqueda de un refugio seguro y estable, la relación entre Erna y Ricardo se intensifica. El ánimo y la fe de la joven que cree en un final feliz se transmiten a Ricardo: “La esperanza que Erna trajo de la calle con más ilusionada credulidad, encendió también en mí el contento de un socorro lógico y posible” (119-120). De esta manera, el amor de Ricardo por Gabriela empieza a disminuir:

Así mi cariño por Gabriela, fuerte aún, había adelgazado de anteriores complicaciones y adornos, y así en toda la ternura de aquella mujercita amparadora y resuelta que me defendía nunca premié, en mi gratitud, más que la intención generosa que revelaba, la caridad de salvarme, la virtud de quien se arriesga valerosamente por el prójimo. Una noche, solos, en sombras ante el balcón abierto, apoyó la cabeza en mí, y sentí en el corazón toda su femenina dulzura, toda la gracia de su flexible esbeltez y de su fresca belleza subrayada de extranjería. Fué casi paternal la caricia con que alisé su claro pelo, color sol de aurora, y la voz ablandada en gratitud con que le hablé. – ¿Quién nos podría decir que habías de salvar mi vida? – Calló. Aún medité: – Nunca supuse que serías así..., tan buena... – Reprochó mimosamente: – Nunca me supusiste buena ni mala; nunca has pensado en mí (128).

Por un lado, se alude aquí al origen no-español de Erna. Por otro lado, el protagonista expresa en estas líneas su profundo agradecimiento por Erna que fue la única persona que le salvó del apuro cuando no encontró refugio. Sin embargo, sus sentimientos por ella son más un amor paternal que un amor apasionado.

Al final del cuarto capítulo, Erna consigue que Ricardo pueda quedarse en una de las múltiples legaciones del Madrid del momento. Sobre el estado ‘intermedio’ en el

que se encuentra Ricardo al vivir esta situación en la capital y que también es propio de otras novelas pro-franquistas, apunta Albert:

Die Madrid-Romane häufen sich nicht zuletzt deshalb, weil viele pro-nationale Intellektuelle in der Tat nicht auf Seiten der Aufständischen an der Front waren, sondern, wie die Protagonisten und Ich-Erzähler dieses Roman-Typus, im Madrid der Volksfront ‚in der Falle saßen‘. Die Madrid-Romane rechter Autoren besitzen daher, abgesehen von ihrer ideologischen Apologie, eine deutliche Komponente der Selbstlegitimation. Verfolgt von linken Kommandos, finden diese schwachen Helden Zuflucht in den Botschaften Franco-freundlicher Drittländer, bis sich eine Fluchtmöglichkeit nach Frankreich bzw. in die nationale Zone ergibt. Bevorzugte Ziele sind die mondänen Badeorte Biarritz und San Sebastián oder Salamanca, die Schaltzentrale des ‚neuen‘ Spanien (Albert 2005: 226)²⁵⁰.

La estancia de Ricardo en la embajada se describe de manera detallada. La narración se centra entonces en las preocupaciones, miedos y el estado físico débil de Ricardo que está gravemente afectado por la escasez de comida. Así, el lector es testigo del proceso de degradación del recluso, hasta el punto de perder su dignidad. Así lo señala Albert: según la crítica literaria, las novelas situadas en Madrid al principio de la Guerra Civil buscan a propósito metáforas religiosas para subrayar el estatus victimizado de sus protagonistas ya que estos están privados de la lucha ‘real’²⁵¹.

En lo sucesivo, el protagonista, algo alterado, apunta filosofando: “Así me veo de pronto diluido y fuera de mí en aquel drama” (Fernández Flórez 1939: 10), con lo que alude a la película mencionada al principio de este capítulo. Mainer comenta el egocentrismo de Ricardo y el estado general de la embajada:

Porque no hay heroísmo – y esta es la subversiva novedad del testimonio bélico del escritor – en las actitudes de seres acorralados: (...) en las repetidas alusiones a la intolerable suciedad de la embajada, no precisamente ocupada por personajes de tres al cuarto, con los muebles rotos, latas de conserva y colillas apagadas por el suelo, y cubriendo todo este «una espesa pasta oscura de ceniza, polvo y agua traída en los zapatos de los suelos del cuarto de baño» (Fernández Flórez 1939: 196); en la miseria de las murmuraciones o de los ataques de llanto e histeria; (Mainer 1975: 342).

Ricardo subraya el ambiente sucio y deprimente de la legación, anotando que siente “odio espeso, como pus, manchándolo todo. Odio, odio, odio” (Fernández Flórez 1939: 11). En la opinión de Mainer (1975: 343), Ricardo es un “angustiado descubridor,

²⁵⁰ “Las novelas de Madrid son finalmente tan numerosas porque, en efecto, muchos intelectuales pro-nacionales no lucharon en el frente del lado de los insurrectos sino se encontraron, como los protagonistas y narradores en primera persona de este tipo de novelas, en una ‘ratonera’ en el Madrid del Frente popular. Así, las novelas madrileñas de los escritores del bloque de derechas, además de su apología ideológica, poseen un componente claro de autolegitimación. Perseguidos por los comandos de la izquierda, estos héroes débiles encuentran un refugio en las embajadas de países terceros bienintencionados para con Franco hasta tener la posibilidad de huir a Francia, o bien a la zona nacional. Los destinos preferidos son los balnearios elegantes Biarritz y San Sebastián o Salamanca, la central de la ‘nueva’ España”, traducción de la autora.

²⁵¹ Compárese Albert 2005: 226.

(...) de su propio vacío espiritual”; y prosigue que este rasgo narrativo sería propio de Fernández Flórez: “Vivir una historia destruye siempre a los protagonistas del escritor gallego, como ya vimos...” (Mainer 1975: 343).

No se define con exactitud el tiempo que Ricardo pasa en la embajada, pero es de suponer que se trata aproximadamente de un año ya que el protagonista lo indica con una referencia a su relación con Gabriela cuando apunta: “Hemos perdido más de un año de felicidad y tengo prisa en cobrarla” (Fernández Flórez 1939: 267).

Como se apuntó antes, el idioma predominante de esta legación es el francés. Así, se supone del jefe de la embajada, de habla francesa, que es belga. Dicha legación es, además, un refugio para muchos diplomáticos.

Cuando Ricardo se despide de su ahora amiga más íntima Erna, a la que tanto debe, lo hace con cierto énfasis:

¡Mirémonos bien, Erna, mirémonos bien! ... ¿Quién sabe si volveré a ver nuevamente tus finas cejas inclinadas, como tus ojos verdegay entre su corona de párpados rimelados [sic], y tu boca jugosa que siempre reía, y tus cabellos claros que, vistos entre lágrimas, tienen más vivos destellos de luz! Mirémonos un segundo aún, ya que nuestras frías manos no saben separarse... (133).

Se puede desprender de sus palabras que el protagonista ahora ya siente un profundo afecto por la joven media-alemana. Así, es posible ver en este afecto un pequeño elemento filonazi si se considera el origen de la principal salvadora de Ricardo.

En el quinto capítulo, Ricardo describe la cantidad de personas que residen actualmente en su legación y quienes son:

Éramos treinta y cinco en la casa, pero cada día llegaban más (...) Eran empleados que con la cesantía recibían la amenaza terrible, o muchachos en edad militar que escapaban de las levas implacables que se hacían en los cafés, en los teatros, en las bocas del «Metro», en los domicilios... (136 y 138).

En otro fragmento del mismo capítulo se menciona la legación alemana: “Se siguió con inquietud el aparatoso cerco de la Embajada alemana y la detención de los que allí se refugiaban” (142-143). Esta mención “del aparatoso cerco” parece infundir respeto en el protagonista. Es una afirmación que aparentemente (aún) pone en duda la posición política de Alemania en esta guerra. La mención de la embajada alemana sirve a Ricardo para recordar viajes que hizo antaño:

Casi siempre se encendían espontáneamente en mi memoria recuerdos de viajes, reminiscencias de mi paso por lejanos países. Nunca eran episodios importantes, sino detalles menudos que revivía con un suave placer. Iba por el Rhin, de Colonia a Coblenza, en uno de esos barcos que pasean a los visitantes de castillos románticos, y un hombre pegaba una etiqueta en mi maleta recién comprada; yo lo veía, contrariado, desde la borda donde me apoyaba, y veía también una lanchita brincando en nuestra

estela y unas ruinas épicas sobre las rocas tajadas de color gris. Pero nada hice por evitar que aquel hombre embadurnase el limpio cuero con su pincel de goma (145).

Es interesante ver que Ricardo en estos tiempos difíciles, en un entorno sucio y estrecho en la legación, sueña con un viaje a Alemania. Sus recuerdos son positivos cuando se refiere al carácter romántico de la zona de la sierra de esquisto del Rin. Es una muestra del conocimiento geográfico y cultural que tiene del país. La anécdota de la maleta etiquetada, por su parte, encaja con el estereotipo sobre el alemán ordenado y estructurado. Además de este viaje, el protagonista también sueña con Gabriela.

Otra pequeña referencia al mundo germano se añade cuando Ricardo conoce a Salgueiro, un hombre que vive con él en la legación:

Era un hombre alto, cetrino, silencioso, que pasaba los días estudiando él solo el idioma alemán y que siempre empleaba al hablar fórmulas de cortesía pasadas de moda, y el «don» y el «señor» y el «usted» a todos sus interlocutores (149).

Se trata aquí, al parecer, de un portugués o brasileño que se interesa por aprender alemán. No es más que un detalle, pero una vez más destaca que se incorpora un personaje germanófilo al relato en vez de una figura que se interese por otra cultura.

Mientras tanto, Demetrio informa a Ricardo que Gabriela, para huir de los republicanos, se ha ido con su familia a Valencia, sin despedirse de Ricardo. Esta huida contrasta en cierta manera con la relación que los amigos aún mantienen con Erna. La alemana sigue ayudando a otros pro-franquistas que necesitan refugio. Demetrio cuenta de ella que “[s]e conoce que le animó la experiencia hecha contigo [es decir, con Ricardo] y se ha dedicado a salvar gente. Yo le pude ayudar una vez, pero va demasiado lejos con sus audacias y un día tendrá un disgusto” (155). Es de suponer que Erna, después de haber ayudado a Ricardo, no acoge a más personas en su casa. La joven, a la que Demetrio le atribuye “un gran corazón” (155), sigue enamorada de Ricardo.

A continuación el relato se centra en Lembeck, llamado el canciller de la legación. Es la primera persona que Ricardo conoce al entrar en su nuevo refugio. Aunque siempre habla francés, Lembeck “conocía y empleaba un español bastante rico...” (168). Los refugiados le llaman ‘Monsieur Lembeck’ y en este fragmento del texto recibe a muchos políticos belgas. Una vez más llama la atención la elección de nombres en este relato. Así, ‘Lembeck’ también es el nombre de un castillo rodeado de agua que se sitúa en la zona del Ruhr (un poco más al norte de la zona mencionada anteriormente)²⁵². Con esta aparente mezcla de nombres y países distintos se subraya el

²⁵² Compárese <http://www.wissen.de/lexikon/dorsten?keyword=Wasserschloss%20Lembeck>, 17.07.13.

carácter ficticio del relato. También es posible que durante su viaje a Alemania el protagonista haya podido conocer dicho castillo.

Otras figuras de la legación son el teniente Federico, “un hombre simpático que conoce más buenas noticias que nadie” (140), el ingeniero Lloret, “bajito, fuertemente moreno, de una obesidad que iba haciéndose fofa, [y que] oponía su eterna desesperanza” (140) y Landa que es aficionado al juego. En el mismo lugar también viven mujeres, entre ellas Florencia, “una de las cuatro muchachas solteras que había en la Legación²⁵³, con Ninfa, que agonizaba en su cuartito, Elvira, veinte años rollizos ..., y Delia, flexible, retocada, inquieta y con ojos de fiebre” (166). El abanico de personas, de características distintas, es amplio. En total, los refugiados son numerosos. El narrador menciona también a Carrasquilla, “un refugiado sarmentoso” (170) con “un sentimiento cabal y agudo de la justicia...” (171) y “«Patata» – llamado así porque su padre comerciaba provechosamente con tal producto – ... socio de las Juventudes Monárquicas” (173). A los que se añaden “Moliesca [que] tenía, por sus años, obligación de barrer los suelos y de fregar vajilla” (173), el ex-ministro don Gustavo y el poeta Galíndez. Respecto al último, es probable que el narrador aluda al político y escritor vasco Jesús de Galíndez, cuyo recorrido por el Madrid sitiado a principios de la Guerra Civil se describe de forma siguiente:

En los mismos días en que Buenaventura Durruti moría en los combates habido en plena Ciudad Universitaria madrileña, en que el desalojo y sacas de las cárceles daban lugar a las matanzas de Paracuellos y Torrejón de Ardoz, en que el heroísmo de unos brigadistas internacionales, milicianos y del pueblo de Madrid era ensuciado por algunos aventajados alumnos de las prácticas más siniestras del stalinismo, había quienes como Galíndez, responsable de la Sección de Presos y Desaparecidos de la Delegación del Gobierno vasco, recorrían checas, embajadas y legaciones consulares, para humanizar la guerra y paliar los sordos dramas de la misma. Frente a las asechanzas de la real Quinta Columna y de los extremistas de signo contrario, el norte ético de salvar el máximo de vidas, de que la justicia, aún en guerra, se impusiera a la arbitrariedad y deseos de venganza, alienta en todas las páginas de la obra de Galíndez (De Galíndez 2005: 10-11)²⁵⁴.

En otro fragmento del texto, se hallan más referencias, aunque siempre pequeñas, al mundo germano. Así, Ricardo un día es testigo de una charla entre diplomáticos dentro de la Legación. Uno de los presentes comenta:

Se elogiaba a Schlayer, un alemán noblote, un poco brusco, Encargado de los Negocios de Noruega, que había hecho un prodigio de organización con sus centenares de protegidos; gran corazón; valiente, generoso, visitador de cárceles, hurón de checas,

²⁵³ Mientras la palabra ‘Legación’ lleva mayúscula en la obra de Fernández Flórez, en las fuentes literarias y también en este capítulo se escribe en minúscula.

²⁵⁴ Se trata aquí de las palabras preliminares a la edición de De Galíndez, escritas por Josu Chueca. Véase también el trabajo de Pitarello (2000: 742-748) sobre la novela homónima de Vázquez Montalbán.

libertador de infelices casi arrimados ya al muro de las ejecuciones (Fernández Flórez 1939: 181-182).

Con esta descripción casi se le hace un monumento a este alemán que, por lo visto, tiene influencia en el mundo diplomático y además se caracteriza por ser una buena persona, claro está, siempre desde la perspectiva del pro-franquista. En cuanto a su “gran corazón” coincide con Erna a la que antes se le atribuyó el mismo calificativo. Por otro lado, la brusquedad de Schlayer parece ser su único defecto.

Mientras por parte de los alemanes no se desprende del texto ninguna superioridad explícita frente al español, algunas personas procedentes de otros países hacen sentir inferiores a los ibéricos. Así ocurre en una de las conversaciones entre Lembeck y otros supuestos políticos:

Hablaban de los españoles en general con ese irreprimible tono de superioridad que cualquier rechinante cerebro cuajado entre los Pirineos y el círculo polar ártico se cree en el caso de adoptar al referirse a nosotros, aunque no conozca de España más que la costumbre del toreo (182).

Aunque no es una novedad para el narrador, esta actitud causa cierto disgusto en él. A la vez apunta lo que él considera los defectos de los españoles, dándole un toque de humor a la narración: “Porque hay dos cosas a las que la mayoría de los españoles no renuncian ni aunque tengan pena de vida: a hablar a gritos y a cerrar violentamente las puertas” (193).

Mientras, aumenta la soledad de Ricardo que se sabe lejos de sus seres queridos y anota: “Ausente Demetrio, Erna recogida en la clausura de una Embajada, Gabriela en Valencia, muertos o fugitivos los demás...” (183). Sobre la relación entre los amigos tan diferentes Ricardo y Demetrio opina Mainer:

Fernández Flórez, que una vez más es un testigo lúcido, plasmó muy bien esa dualidad de sentimientos en las trayectorias de dos personajes de su novela ...: mientras Ricardo, ..., es la víctima de todos los temores y el tembloroso perseguido que logra ponerse a salvo en una embajada, su amigo Demetrio Rich, a despecho de su condición burguesa, decide camuflarse siendo uno más de los verdugos. Y de ese modo consuma el asesinato, llega casi al estupro y acaba obteniendo los favores de una ardorosa miliciana que le proporciona las más refinadas satisfacciones sexuales (Mainer 1998: 191).

Uno de los elementos más enaltecidos que procede del mundo alemán es la música. A pesar de la escasez de sus necesidades básicas, hay momentos, como en el séptimo capítulo, en los que los refugiados escuchan la música de las emisoras ‘prohibidas’ por los republicanos:

Los únicos momentos de calma que aún recuerdo fueron los de la tarde en que alguien encontró entre los ruidos de la «radio» un concierto de Beethoven emitido por una estación alemana. Cerradas todas las puertas del «hall» para aislarnos de los rumores de

la casa, seis o siete personas sensibles al placer de la música permanecíamos en la media luz del salón donde funcionaba el aparato. Seis o siete hombres lívidos, que no disfrutaban de la caricia del sol ni del aire libre, desde mucho tiempo atrás, extenuados por la falta de alimentos, acobardados por la imposibilidad de luchar, envueltos en gabanes raídos por su roce constante con los asientos (Fernández Flórez 1939: 209).

La referencia a Beethoven ya parece una recurrencia puesto que se halla en casi todas las obras literarias pro-germanas aquí presentadas. En este fragmento sirve para calmar a los reclusos –efecto frecuente de la música clásica– y también se puede considerar un sustituto para otros bienes que les faltan, como por ejemplo la comida. El concierto de Beethoven les hace reflexionar sobre su situación actual. Añoran su vida anterior a la guerra y sienten una profunda injusticia respecto a su encerramiento:

Aquellos seis o siete hombres habíamos gozado una vida que nunca como entonces nos pareció feliz; habíamos disfrutado posiciones de cierto relieve, y las comodidades de un hogar; trabajáramos a la sombra de una conciencia limpia... No comprendíamos el por qué de aquella sentencia que nos condenaba o a morir o a llevar una vida de amenazas feroces, con nuestro ánimo en sobresalto; nuestros hogares dispersos, nuestros amigos, muertos... (209-210).

Así, esta música se puede interpretar como un elemento filonazi. Mainer comenta esta situación de la siguiente forma:

..., cuando los refugiados oyen en la Embajada una *Novena Sinfonía* de Beethoven transmitida por la radio – y resulta significativo ir a buscar una obra que algún melómano incluiría en la categoría de «merluza» –, la idea que se apodera de Ricardo es una nostalgia de normalidad, de la «humilde vida normal». Pero, sintomáticamente, esa «humilde vida normal» añorada lleva implícito el afianzamiento de las jerarquías sociales: Ricardo se reserva «aquel rincón de la casa donde leíamos con tanta comodidad», pero necesita que en la calle haya «gente tranquila y una florista fea con muchas flores bonitas, y un tranvía que pasa haciendo sonar su timbre sin necesidad, porque el conductor se siente alegre; y el dueño de la tienda de al lado, que está a la puerta y que nos saluda al pasar: – Buenos días, don Fulano. Hay que gozar de este tiempo magnífico» (Fernández Flórez 1939: 212, citado por Mainer 1975: 345²⁵⁵).

En el octavo capítulo llega de forma inesperada una ración de habichuelas a la legación. Al narrador le sirve de motivo para dar rienda suelta a sus sueños alimenticios que se extienden a la comida internacional:

Surgía la descripción de un almuerzo en el Perigord, de la refacción fortuíta [sic] en una «trattoria» veneciana, con espumoso Lambrusco para apagar la sed, y se saltaba a la pompa con que en un famoso comedor de Burdeos había sido conducida hasta la mesa una vieja tendida en su cestito y con la bufanda de una servilleta en el cuello al que el polvo de muchos años se adhiriera. Y, de ahí, a la increíble abundancia de las raciones en los restaurantes alemanes (Fernández Flórez 1939: 217).

²⁵⁵ La edición de Mainer es la misma que se utiliza para este trabajo.

Mientras se refiere aquí a los vinos de buena fama franceses e italianos, no se menciona ninguna bebida alcohólica alemana. Pero se subraya la cantidad de comida que se come en los restaurantes en Alemania.

La acción novelística sigue con algunos apuntes sobre el ambiente político de la capital en guerra: “Algunas Embajadas habían realizado la evacuación de sus protegidos. Primero la Argentina, con una audacia serena; después Méjico y Holanda y Bélgica y Polonia” (219). Poco después, a finales de julio del 37, a Ricardo le llegan noticias de Erna. La ‘alemana’ también había tenido que refugiarse, pero ya pudo salir de su legación. Puesto que pensó en Ricardo le envió un paquete de comida. Al recibir el regalo, el protagonista sospecha en un primer momento de Gabriela:

Supuse que Gabriela repartía conmigo alguna adquisición o se preocupaba ... del hambre que no se disimulaba en la antigua Corte. Mucho tiempo hacía que no llegaba a mí ninguna noticia de mi novia. Ni de ella ni de cualquier amistad o conocimiento. (...) Pero Lembeck me descifró, horas después, el enigma. Se trataba de la herencia de Erna. Erna había salido una semana antes, evacuada por la Legación donde se había refugiado, y suplicara a su amigo Lembeck que hiciese llegar a mí aquellos víveres sobrantes de los que sus padres le enviaban por vía diplomática y que formaban la parte principal de sus reservas alimenticias. Ahora ella y su tía y gran parte de sus compañeros de refugio debían de estar sobre el Mediterráneo, en viaje para Marsella (222–223).

No obstante, Ricardo no siente en este momento nostalgia por el tiempo compartido con Erna antaño, sino solo envidia porque ella había podido escapar.

De repente, la situación se torna favorable para el protagonista. Cuando Demetrio visita a Ricardo en la legación, le informa sobre los últimos acontecimientos en Madrid. Según el anticomunista, los rojos ya habían perdido la lucha por la capital y mientras tanto florecía el contrabando de hombres. Demetrio anuncia a Ricardo que podría haber llegado el momento para fugarse:

Tengo noticias... Hay algunas agencias de evasiones que pueden poner en sus membretes los viejos lemas comerciales de la burguesía: «Seriedad, rapidez, discreción, economía». Disponen de cómplices y de guías excelentes, conocen las montañas e ignoran a Carlos Marx. No examinan tus ideas, sino tus billetes, y hasta creo que se ha llegado a la perfección de admitir que el cliente pague en varios plazos (228-229).

Así es como Ricardo, con la ayuda de Demetrio, consigue escaparse a finales del octavo capítulo, junto a otros cuatro refugiados. El destino es Barcelona, con una parada en Valencia en casa de Rich. Después irán a Barcelona y finalmente a Francia. Durante su estancia en Valencia, Hernando, con Ricardo y Demetrio otro de los cinco refugiados, decide marcharse antes y se separa así del grupo. Sobre el estado anímico de Ricardo en este momento y durante la segunda parte del viaje apunta Mainer:

Pero también Ricardo es el hombre consumido por el pavor, que llora repetidas veces, que atraviesa sombrías crisis de desprecio por sí mismo (como le ocurre en Valencia, a dos pasos de su liberación), que se encuentra avejentado y encanecido en pocos meses y que tiene los músculos convertidos en «tiras de trapo» (Fernández Flórez 1939: 60) (Mainer 1975: 343).

A pesar de la amistad entre Demetrio y Ricardo, el protagonista no conoce todos los detalles de la vida de su amigo. Así, hay cierto misterio en torno a Rich que finalmente confiesa a Ricardo que, además de ayudarlo, quiere huir con él.

Cuando los fugitivos se acercan a Valencia, el protagonista vuelve a emocionarse con un posible reencuentro con Gabriela con la que recuerda haber tenido un noviazgo feliz. Así, parece que Erna ya está olvidada: “El futuro se alargaba ante mis ilusiones y yo quería huir por aquel camino milagroso llevándome lo que más me importaba de todo: el amor de Gabriela” (Fernández Flórez 1939: 262). Pero su reencuentro con Gabriela le decepciona ya que, cuando intenta convencerla de acompañarle en su fuga aunque sea por vía separada, su novia no se muestra conforme. Pretende no querer dejar a sus padres solos y así, tras su despedida, Ricardo sigue su camino a Francia sin ella, atravesando los Pirineos en una marcha difícil. Cuando al final del noveno capítulo los refugiados llegan a la frontera francesa, su alivio de por fin estar en libertad es mayor. A partir de este momento, la acción se sitúa en Biarritz.

Entonces el protagonista vive otro momento de alegría cuando vuelve a encontrarse ahí con Erna. Con la separación definitiva de Gabriela, sus sentimientos por la alemana parecen haber cambiado. No obstante, a pesar de su libertad, sigue sufriendo altibajos. Pronto la soledad se apodera otra vez de él y siente una profunda tristeza. En seguida intenta encontrarle un motivo:

Pero algo había en mí incapaz de convalecencia, algo que se conservaba huraño, triste y encerrado en el alma, sin querer salir, sin atender consuelos, como esos enfermos de melancolía que defienden desatinadamente su soledad. Sin duda era la fatiga de aquel largo sufrimiento la que ahora desmayaba las fuerzas de mi espíritu, y el haber visto tan de cerca y tan duraderamente lo que hay en la humanidad de ruin, de malo, de feroz. (...) Fuí testigo de una de las mayores catástrofes de la Historia y estoy enfermo de horror. Este es mi diagnóstico (281).

En estos momentos Ricardo apunta también su preocupación por los acontecimientos en Francia donde podría establecerse una dictadura – preocupación que seguramente se debe a sus temores generales en la vida, después de sus experiencias en la legación (283).

A continuación se acumulan los elogios y sentimientos favorables hacia Erna. Puesto que abundan, me limito a apuntar solo algunos ejemplos:

Pero un recuerdo avanza entre todos los recuerdos. Está frente a mi desesperación, hecho luz, manando calma y sacrificio, desmentidor, acusando él mismo. Tiene un flexible cuerpo en que no están más que insinuadas todas las gracias femeninas, y ojos verdes ligeramente oblicuos y alargados y un nimbo de pálidos cabellos en torno a la cabecita adorable llena de vida y de frescor juvenil. Erna. Su amor nunca fué para mí más que un contentamiento vanidoso y, después, un refugio amparador. Pasé siempre junto a él entre severo y dulce, apartándolo como a un niño que nos molesta con su inquietud (288).

Así, Erna sigue despertando en Ricardo a la vez un amor amistoso y paternal. El hecho de recordar sus sentimientos por ella representan momentos felices en medio de su soledad. Ahora reconoce que le está profundamente agradecido por todo lo que ella había hecho por él. También recuerda la única situación en la que ambos compartían la cama, en un momento de máxima necesidad de camuflaje:

No supe ver – nunca sabemos ver – lo que había de abnegado y sincero en aquel cariño ni la angustia de su tenacidad por atraerme. No lo supe nunca, ni aún después de la noche en que nuestros cuerpos estuvieron brevemente tendidos bajo las mismas sábanas, para justificar mi presencia en su casa ante los posibles asesinos. Nunca, hasta ahora (287-288).

Aunque Erna no está presente en estos momentos, Ricardo sigue pensando en ella. Por un instante, el protagonista sospecha de ella incluso en Berlín:

Erna había salido antes que yo de la España roja. Quizá estuviese en Berlín con sus padres; tal vez – más seguramente – en la zona liberada. La encontraría. Yo era muy distinto ya, aquellos catorce meses tenían peso de vejez en mi ánimo; pero Erna amaría en mi decaimiento los infortunios de que ella fué consuelo y testigo. Desde entonces esperé con prisa malhumorada el salvoconducto y busqué vanamente entre los españoles alguien que pudiera indicarme el paradero de mi salvadora (288).

Poco después, Ricardo vive un caos emocional cuando Demetrio revela la faceta violenta de su carácter. Así cuenta que un día amenazó en la calle a una mujer con una pistola para poder besarla. En consecuencia, Ricardo se imagina que aquello podría haber ocurrido a Erna y se enfada con su amigo: “Erna había andado también sola e indefensa en medio de aquellos seres de instintos bestiales, y sin duda había sufrido acosos análogos” (291). Al mismo tiempo subraya que su amor por ella no es más que un instinto protector, incomparable con sus sentimientos por Gabriela. Pero por el abandono de ésta, Ricardo empieza a efectuar comentarios misóginos, excluyendo a Erna. Esta parte de la narración ya resulta ser un alargamiento artificial con repeticiones innecesarias. La escena termina con Rich anunciando que volverá con su novia, una mujer que, se supone, tiene cierto poder sobre él²⁵⁶.

²⁵⁶ Compárese el comentario anterior de Mainer (1998: 191) sobre esta relación.

En estos fragmentos del texto, Ricardo ya parece obsesionado con Erna. Con el reencuentro repentino de ambos se introduce un momento improbable, de toque de novela rosa, en la novela. Erna, por su parte, intenta darle ánimos a Ricardo cuando le dice:

Has sufrido mucho. Yo lo comprendo bien. Pero no quieras deducir una filosofía de una desgracia monstruosamente excepcional. No me gusta que pienses así, Ricardo (...). La vida no es tan odiosa. Hay muchos hombres y muchas mujeres buenas en el mundo, y debes creer en ellos (300).

De manera algo naïf la joven apela así a la bondad de las personas y apoya al protagonista. Además, Erna le cuenta sus experiencias mientras han estado separados:

Yo estuve en la España Nacional, en nuestra España. (...) Cuando veas nuestra bandera en el puente de Irún te sentirás reintegrado a ti mismo. (...) Y volverás a querer y a confiar y a esperar y a ayudar y ser ayudado (301).

Es otro de los pocos momentos en los que se manifiesta la postura patriota y nacionalista de un personaje. El protagonista comparte esta postura con Erna. Pero cuando Ricardo considera seriamente casarse con la media-alemana que siempre había estado enamorada de él, de repente es sorprendido por su respuesta negativa:

Erna, la muchacha frívola pero enamorada y abnegada, que le acoge [a Ricardo] en su casa y hasta se hace pasar por su amante para desembarazarse de una brigada de registros, se casará con otro muchacho [un médico que conoció en la Embajada] en el momento en que, ya libre, Ricardo había decidido pedirla en matrimonio (Mainer 1975: 343-344).

Las últimas palabras de Erna –“La verdad es que yo nunca te importé poco ni mucho. Pero ahora que soy una buena amiga tuya, me apreciarás en algo” (302)– dejan atrás a un protagonista una vez más solitario: “La gran necesidad de cariño y el inmenso deseo de fe de Ricardo se transforman en un dolor sin nombre: se queda completamente solo y anonadado” (Bertrand de Muñoz 1982: 202).

La obra termina con un héroe narrativo que, después de su intensa odisea, vuelve a España, una España ya dominada por los franquistas. Su estado encarcelado y fugitivo ha dejado huellas notables tanto en su físico como en su carácter. Finalmente, el narrador parece querer atestar la autenticidad de lo relatado cuando firma su obra con: “Cecebre (La Coruña). Enero de 1939” (Fernández Flórez 1939: 303).

A modo de conclusión es interesante considerar la multitud de críticas literarias que se han pronunciado respecto a esta obra, como ya se ha podido desprender de la parte introductoria. Así, uno de los resúmenes anota:

La novela es de un desasosiego terrible. Naturalmente, Fernández Flórez no trata de ser imparcial. Él es un señorito y cuenta el terror sufrido esos días por los señoritos. Nada

más. No hay intento de ideologización alguno detrás de esta novela. En sus páginas, que parecen sábanas por lo denso de la pasta de papel, sólo están guardados el miedo y el dolor. Y la desesperanza. Y el pesimismo²⁵⁷.

El ya muy citado Mainer (1985: 18) opina sobre la obra entera:

[*Una isla en el mar rojo*] es un texto ideológicamente híbrido donde convive la más injusta vesania contra el «enemigo»-obreros patibularios, criadas endiosadas, porteros delatores, señoritos sádicos junto con una paupérrima y desoladora visión de los «ideales» perseguidos que no parecen ir más allá que ciertos hábitos egoístas, un lecho cómodo, unas copas al atardecer y la integridad de las cuentas de ahorro. Dudo que entre todos los numerosos textos que provocó en España la persecución de la «horda roja» – y fueron varias decenas –, se encuentre uno más horro de cualquier justificación idealista y que en el fondo, haga más flaco servicio a los vencedores de 1939.

Al igual que Albert, Mainer insiste también en que Fernández Flórez logró con esta novela captar el ambiente bélico de la capital en todas sus facetas. También se desprende de su crítica que uno de los temas centrales de la obra fue el desarrollo de las diferencias entre las clases sociales, con el enfoque en la situación de la burguesía de la que procede la figura principal:

Pero la búsqueda de la inocencia es un motivo que ha movido siempre muchas plumas y no podía faltar en estas imprecaciones sobre el Madrid perdido. Aquella restauración de la armonía oligárquica también la echaba de menos, en el convulso Madrid del otoño de 1936, el acongojado narrador y protagonista de ..., *Una isla en el Mar Rojo* (1939). Aquí el ideal de armonía preindustrial, tan querido para el fascista, ni siquiera se esgrime como pretexto; el testigo se siente simplemente desposeído del confort – nada arcaizante ni sentimental – que disfrutaba (Mainer 1998: 188).

La postura ideológica del protagonista se consolida solo con el tiempo: mientras al principio de la novela, Ricardo no se pronuncia explícitamente en ningún sentido, solo se sabe que defendió a unos fascistas en un proceso. Su recuerdo de este pleito es positivo. Cuando de repente es perseguido por los republicanos y se convierte así en una víctima, adopta, al parecer con facilidad, esta postura que en cierta manera culmina en su estancia en la legación. La estancia es la parte a la que más tiempo dedica la narración. Considerando la biografía de Fernández Flórez, es posible ver en este proceso ideológico del protagonista también un proceso en su autor. En todo caso, el desarrollo interior de Ricardo se puede considerar logrado:

Ricardo, ..., reflexiona así acerca de la conmoción que ha subvertido su mundo de referencias: «Hay veces que el hombre sale de la cáscara de su yo, dura y hermética, donde le parece que está contenido el universo, y se encuentra supeditado, relacionado, dependiente, capaz de ser arrastrado por acontecimientos que ni desea ni previó, de origen vago, de fin inconcreto, entre la turbonada de los demás seres, víctima de ese destino que le irrita más que ningún otro: el destino colectivo, que precipita por un cauce a todo un pueblo, a toda una raza o a toda una época, vaciando en la torrentera al

²⁵⁷ Compárese: http://bremaneur.files.wordpress.com/2007/02/apenique_p.pdf, 12.07.13.

sabio y al torpe, al justo y al pecador, al débil y al fuerte (Fernández Flórez 1966, p. 628)». Pocas veces se ha expresado tan sin rebozo lo imperativo de una afirmación individual que, por serlo tanto, es de clase social: de la clase social que inventó la intimidad, lo privado, y que bruscamente se vio privada de ese derecho y contempló a sus titulares «supeditados, relacionados, dependientes» (Mainer 1998: 189).

Los elementos germanófilos y filonazis no son tan explícitos como en las otras obras analizadas. En algunos casos son simples detalles. Por el contexto bélico europeo, las referencias al mundo germano se deben interpretar más bien como filonazis que como únicamente germanófilas. La figura que más representa el mundo germano es Erna que, además de ser medio alemana, también es una profunda defensora del franquismo español. En su ayuda a los franquistas Erna, luchadora valiente, está dispuesta a correr grandes riesgos, también movida por su debilidad por Ricardo que no es correspondida hasta el final. Mientras hasta entonces ha resultado ser la “*einzig verlässliche Stütze in der Not*”²⁵⁸ (Albert 2005: 234), no opta por convertirse en su esposa. Ya que la novela de Fernández Flórez solo se publica al empezar la Segunda Guerra Mundial, no es posible establecer de ahí un paralelismo entre Erna y el mundo nazi, en cuanto a este abandono. En las historias de amor cuyo marco o telón de fondo es la guerra suelen presentarse esas actitudes equívocas entre amistad y amor debido a lo conflictivo de la situación, en la que la idea de protección del otro está presente de continuo.

Fernández Flórez se puede considerar un autor más que se suma a la línea de sus coetáneos filonazis cuando incorpora un momento de un viaje soñado por Alemania, aludiendo a la música o a la literatura germanas.

Finalmente, *Una isla en el mar rojo* es sobre todo un testimonio trepidante del inicio de la Guerra Civil por parte de un escritor español que, se sobreentiende, por publicarse en 1939, debe centrarse más en la situación española que en la alemana. Refleja el impacto inmediato del conflicto bélico español. Con lo que, claro está, se reduce también la posibilidad de una mayor identificación con el régimen nazi.

6. 3. 2. La novela número 13, 1941

La segunda novela de Fernández Flórez incluida en este trabajo es *La novela número 13*, de dos años posterior a *Una isla en el mar rojo*. Es cierto que se ocupa de la misma temática que la obra anterior, pero su estilo es diferente: “También sobre la guerra, en clave grotesca, [Fernández Flórez] escribió *La novela número 13* (1941)”

²⁵⁸ “... el único apoyo [del protagonista] en estos tiempos de necesidad”, traducción de la autora.

(Trapiello 2010: 537). Mientras Bertrand de Muñoz (1982: 203) califica esta novela de peor calidad literaria que *Una isla en el mar rojo*, Schmolling (1990: 211) la considera significativa si se tiene en cuenta el contexto de la época:

Ohne den Roman aufwerten zu wollen, der an übergreifenden literarischen Maßstäben gemessen als mittelmäßige Unterhaltungsliteratur für eine bürgerliche Trägerschicht zu bewerten ist, gebührt ihm jedoch im Kontext der damals kursierenden Propaganda- und sentimental Romane eine herausragende Stellung²⁵⁹.

Mainer, por su parte, se centra en los aspectos ideológicos de la novela cuando opina:

Se equivoca rotundamente Albert Mature cuando coloca a *La novela número 13*, ... en un nivel de comprensión ideológica superior al alcanzado en *Una isla en el Mar Rojo* (Mature, p. 131²⁶⁰), donde, ..., la pluralidad de discursos propiciaba un predominio del testimonio personal, sobre el nivel propagandístico (Mainer 1975: 349).

Al igual que la novela anterior esta historia se narra desde la perspectiva franquista. También se ataca con vehemencia el ‘terror rojo’, pero esta vez la acción novelística se centra básicamente en el norte de España (Francia también ocupa un papel, aunque pequeño). Se sitúa al principio de la Guerra Civil.

Es preciso anticipar que *La novela número 13* no puede considerarse una obra filonazi en el sentido de la definición de este trabajo. A fin de completar el panorama novelístico que Fernández Flórez ofrece con sus publicaciones durante la Segunda Guerra Mundial, en un primer momento esta novela se resumirá brevemente. En segundo término se deben resaltar tres aspectos que más obviamente reflejan el interés y el conocimiento del escritor por el mundo germano y nazi: la primera es el nombre del caballo de carreras, animal ‘protagonista’ de la obra. La segunda es la reiteración del enemigo que comparten franquistas y nazis y son los sistemas marxista y comunista. En tercer lugar, hay un momento en el que una figura narrativa se refiere a una parte de la historia religiosa de Alemania – referencia, como ya se pudo observar en *Una isla en el mar rojo*, que solo refleja los buenos conocimientos de cultura germana del autor.

A primera vista, el título de la obra no parece demasiado original. Sin embargo, es posible que, al elegirlo, el escritor pensó en una obra musical:

El extraño título está explicado por el editor: este libro constituye la décimo tercera novela del autor y le puso este número sin más, así como las obras musicales de Beethoven o de Liszt llevan cifras en nombres (Bertrand de Muñoz 1982: 203).

²⁵⁹ “No se quiere revalorizar la novela, que, según normas literarias generales, no es más que literatura de distracción mediocre para una clase social burguesa. Pero le corresponde un puesto eminente en el contexto de las entonces circulantes propaganda y novelas sentimentales”, traducción de la autora.

²⁶⁰ El libro de Mainer (1975) no cuenta con una bibliografía, pero es probable que se refiere a la siguiente publicación: Mature, Albert Phillip: *Wenceslao Fernández Flórez y su novela*. México: De Andrea, 1968.

A lo que, por un lado, subyace cierto conocimiento e interés de Fernández Flórez por lo musical, ya observado en *Una isla en el mar rojo*. Por otro lado, no se especifica ninguna temática con este título con lo que se provoca cierto suspense en el lector.

En dos historias paralelas predomina el tema bélico:

... la novela ... superpone los elementos de dos relatos diferentes: en primer lugar, una nueva salida del detective Charles Ring²⁶¹, ahora en busca del caballo inglés Wotan, ganador del Gran Derby, a través de la España republicana en guerra, presencia que le sirve a Fernández Flórez para enhebrar una serie de sátiras contra el Régimen (capítulos I, III, V, VI y VIII); en segundo término, el proceso de rebelión y desencanto personal del oficinista Leonardo Saldaña, entusiasta de la Revolución, en un principio y después asqueado de ella y tan humillado y perseguido como el resto de los protagonistas de la obra (capítulos II, IV, VII y el VIII que comparte con Ring) (Mainer 1975: 350).

Con vistas a la temática filonazi, me centraré a continuación solo en el viaje de Ring por el norte de España, básicamente por Aragón y Cataluña. Ring fue enviado a España para encontrar y devolver a Inglaterra a Wotan, famoso caballo de carreras británico, del que se comenta:

...no se trata de la búsqueda de documentación para un gobierno, sino de una simple investigación policíaca para hallar un caballo de carreras llevado a España. Encargado por el gobierno inglés de recuperar en la Península Ibérica un «pura sangre», ..., el detective Charles Ring se dirige a la zona roja. Toda la novela consiste en narrar sus aventuras de un sitio a otro, sus desgracias, sus encarcelamientos, etc.; ... (Bertrand de Muñoz 1982: 203).

Ya que el protagonista es británico y no aparecen figuras procedentes de los países germanos, la presente obra solo cuenta con pequeñas referencias al mundo germano. Estos detalles, no obstante, pueden ser de cierto interés: así, destaca que el caballo buscado tenga nombre alemán. ‘Wotan’ es el tocayo de un dios germánico, también escrito ‘Wodan’²⁶². Según la mitología germánica, Wotan es el príncipe de los llamados ‘ases’, unos dioses nórdicos. El dios-príncipe además es considerado el dios del éxtasis y de la medicina popular²⁶³. Resulta curiosa la relación entre este dios y los caballos. Según una tradición en Alemania, que aún se mantiene, se colocaron antiguamente cabezas de caballo, tallados de madera, encima de los frontones de las casas de labranza en las zonas de Baja Sajonia y Westfalia. De esta manera –en el pasado con cabezas de caballo muertas– se dio una ofrenda al dios Wotan que utilizó el caballo como su animal

²⁶¹ En *Los trabajos del Detective Ring*, un relato breve anterior de Fernández Flórez, publicado entre 1931 y 1934 ya se narraron las aventuras de Ring (véanse López Criado, Fidel. “Wenceslao Fernández Flórez.” <http://www.march.es/publicaciones/pasadas/ensayos/pdf/wfflorez.pdf>, 22.07.13 y Zaetta 1970: 137).

²⁶² Véase <http://www.wissen.de/lexikon/wotan?keyword=Wotan>, 20.07.13.

²⁶³ Compárese <http://www.wissen.de/lexikon/wodan>, 20.07.13.

sagrado²⁶⁴. Todo indica, pues, a que la elección de este nombre no fue ninguna casualidad sino que el autor se ocupó, de manera más o menos profunda, de la mitología germánica y nórdica.

Como comenta el narrador, Wotan también es buscado por otras figuras novelísticas: “*Wotan* había sido robado probablemente tantas veces desde el comienzo de la revolución, que la de robarlo de nuevo era la más venial de todas las decisiones” (Fernández Flórez 1962: 67²⁶⁵).

La novela número 13 se caracteriza, desde el principio, por su tono humorístico e irónico. No en vano se eligió el género de la novela policiaca con un detective inglés como protagonista. Según el narrador, la policía inglesa representa la “musa del cincuenta por ciento de los novelistas de aquella nación” (11). Ring, que al final fracasará en su búsqueda, es descrito como “una de las lumbreras de la policía británica” (11) y además es: “... un poliglota asombroso; domina todas las lenguas cultas, habla también el catalán – aunque con acento andorrano –, el caló, el vasco, el subdialecto de los canteros de Pontevedra y otra porción de idiomas inútiles” (12). Casado con *Mistress Smith* que no aparece en todo el relato, “*Míster Ring* [ya] visitó varias veces a España” (12). En su búsqueda del caballo le acompañan tres republicanos, también ridiculizados por el narrador. El primero es el cónsul Martínez, “antes empleado en una librería de viejo” (13), el segundo el catedrático Tordera sobre quien se sabe lo siguiente:

Su reputación de ciudadano de «ideas avanzadas» le creó fama de gran talento precisamente entre la burguesía. La burguesía aspiraba entonces, por razones de moda, a tener también «ideas avanzadas», pero encontraba mucho más cómodo que estudiar estas ideas de declarar su admiración por los que parecían conocerlas bien. Así Tordera obtuvo fácilmente una cátedra y cargos políticos y un buen coche y una buena mesa (15).

Con estas líneas se ataca a la clase burguesa y también se desprende de ellas el anti-parlamentarismo del autor. El tercer acompañante de Ring es Gorgonio, “figura considerable de la agrupación libertaria *La Honrada Blusa*” (13). El nombre de esta asociación ya habla por sí mismo. Gorgonio es, además:

... un hombrecillo que hablaba de todo con amargura. Le había conferido el Gobierno rojo el consulado en un puerto británico, no sólo porque su larga permanencia en una tienda de libros viejos le diera fama de intelectual, ... sino porque en las horas que le dejaba libre el mostrador había logrado aprender el inglés que enseñaba un portugués en

²⁶⁴ Véase <http://www.wissen.de/woher-stammt-der-niedersaechsische-brauch-pferdekoepfe-auf-die-giebel-von-bauernh?keyword=Wotan>, 20.07.13.

²⁶⁵ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo que sigue a Wenceslao Fernández Flórez (1962): *La novela número 13*, Espasa-Calpe, Madrid.

lengua francesa y desde una estación de radio checoslovaca, en lecciones bisemanales (14).

El narrador ridiculiza aquí de diferentes maneras a estos tres republicanos. Así, sus profesiones de políticos y de profesor, respectivamente, no tienen, según él, ningún prestigio. El conocimiento de varios idiomas del que el narrador ya se burló antes en Ring tampoco no es ni considerado ni valorado, más bien se cuestionan los conocimientos de los tres y sus capacidades intelectuales, con vistas a los puestos que ocupan. Resulta que Martínez, Tordera y Gorgonio conocen bien Inglaterra por haber trabajado ahí. Sin embargo, Martínez y Gorgonio prefieren finalmente autoexiliarse en Inglaterra: “..., und mit ihnen bleibt das Geld und Gepäck der [Forschungs-]Kommission, um dessen Verschiffung sie sich zu kümmern vorgaben, auf der Insel²⁶⁶” (Schmolling 1990: 204). El tono humorístico se mantiene cuando, recién llegado a España, Ring, por error, se relaciona con las Brigadas Internacionales. Entonces “[trifft] er auf «alte Kunden» aus seiner bewegten Detektivlaufbahn, auf Verbrecher, die er einst gejagt hatte, ...²⁶⁷” (Schmolling 1990: 204).

Otros aspectos más en la línea filonazi son los ataques tanto contra el marxismo como contra el comunismo en general. Así, el narrador se refiere varias veces a *El manifiesto* de Carlos Marx; para él una referencia en cuanto a la categorización ideológica de las personas. En este contexto se pronuncia el coronel francés Lapoudre, uno de los representantes fascistas, “verdaderamente un capitán de la Administración militar francesa” (Fernández Flórez 1962: 69). Lapoudre intenta aprovecharse al máximo del conflicto bélico:

Las telas de un comercio saqueado, una biblioteca, el mobiliario de una casa invadida, todo lo que caía en su poder, si abultaba mucho y valía poco, era ofrecido a la puja a ciudadanos o campesinos, en un pueblo o en un pajar. Sin duda tal procedimiento no se avenía con el *Manifiesto* de Carlos Marx, pero Lapoudre sólo sabía dos cosas: que aquella bárbara anarquía no podía durar, y que antes de que llegase el momento de ponerse a salvo, era necesario tener reunido un buen botín (71).

En este contexto, Mainer recuerda la estructura y los temas significativos de esta obra:

Por lo que se refiere a los episodios que sustenta la actividad indagatoria de nuestro ya conocido detective Ring – con cierta andadura quijotesca ... – poco más se puede hacer que levantar un índice temático de exageraciones y fábulas, todas ellas solidarias en la fealdad, brutalidad y afición por lo ajeno de todos los personajes republicanos: así

²⁶⁶ “..., y con ellos se queda en la isla el dinero y equipaje de la comisión [de investigación] del que pretendían ocuparse”, traducción de la autora.

²⁶⁷ “... se encuentra con «antiguos clientes» de su carrera detectivesca turbulenta, con criminales que antes había perseguido ...”, traducción de la autora.

vemos la estupidez y el despilfarro de los altos y bajos personajes de la política que atienden comisiones en el extranjero (capítulo I); la condición de los alistados en las Brigadas Internacionales, delincuentes de alto bordo o militares expulsados por irregularidades administrativas (capítulo III); ...; la miseria y la especulación de alimentos en la zona republicana (repugnantes escenas del matadero clandestino de gatos y perros), junto a la burla de los sentimientos del detective inglés, más afectado por la muerte de los inocentes animales que por los sacrificios diarios de seres humanos; burla, en la persona de Ring, del principio de «no intervención» de las grandes potencias, etc. (Mainer 1975: 355-356).

En el contexto de la revalorización del animal y, al mismo tiempo, de la infravaloración de las víctimas humanas se debe leer la siguiente réplica de un forastero, conocido por Ring en una posada donde se practica el desnudismo. El forastero se entusiasma con Marx:

¡Marx! – insistió el forastero, incorporándose y extrayendo un libro del profundo bolsillo de su faltriquera –. Siempre viajo con *El capital*, aunque me lo sé de memoria. Aquí está... Capítulo quinto²⁶⁸ ... Oiga lo que escribe: «Los animales domesticados, es decir, adaptados, transformados ya por el trabajo, desempeñan un papel primordial como instrumentos de trabajo, al lado de la piedra y la madera talladas...», etc. ¡Un papel primordial! ¿Te enteras? Ahora, los instrumentos de trabajo nos son más necesarios que nunca, y si tú te dedicas a suprimirlos, tú eres un enemigo del régimen. No me importa que alegues: «los como», porque si te hubieses comido una máquina, ¿te absolverían por eso, o sería un indicio de la ferocidad del sabotaje? (Fernández Flórez 1962: 128).

Es solo un ejemplo de una figura marxista caricaturizada. Siguiendo su ideología, el mismo compañero leerá más adelante *El proceso de acumulación del capital*.

Para acentuar la imagen del enemigo se cuenta en otro fragmento del texto cómo Ring, después de haber efectuado varias investigaciones, sospecha que el caballo está en posesión de un marxista catalán, llamado Papaseit. Con la presentación de otras figuras comunistas en la misma posada como, por ejemplo, Somozo, se complementa el panorama del enemigo ‘rojo’. Somozo se describe como:

una de las más fuertes columnas de la revolución, primate entre los primates del régimen del proletariado, tema de crónicas ditirámicas y hasta de versos anárquicamente rimados en los periódicos de la causa roja (135).

Con las citas de Marx y sus obras, que se mencionan múltiples veces, se exagera y se ridiculiza a la vez el marxismo: “No hay genio como el de Marx ni libro como *El capital*. Leamos juntos algunas páginas” (140), comenta una de las figuras.

Ring mismo opina al respecto, dirigiéndose a su compañero Wilkinson:

Una cosa he observado Wilkinson ... y es la increíble abundancia de fachosos que hay entre estos paladines del nuevo orden. Es muy difícil encontrar una monstruosidad, una tara, una fealdad, una ordinariez o un fracaso que no se hayan alistado en el marxismo.

²⁶⁸ La referencia metaliteraria es obvia: también estamos en el quinto capítulo del libro.

Su desgracia crea en ellos odio contra sus contrarios, contra su antítesis; pero su antítesis no puede ser destruida sin destruir la dicha de la humanidad (180).

Y en la misma línea van las siguientes opiniones de Ring, subrayadas por Mainer (1975: 352) y Schmolling (1990: 208):

La riqueza, el poder y el mando tienen sus cauces naturales, que casi siempre desembocan en individuos especialmente preparados para recibirlos, e intentar canalizarlos en una especie de sistema de riego del que se aprovecharían todas las sedientas plantas humanas, es tanto como sería pretender que nuestras hormonas fuesen igualmente ricas y numerosas: una utopía. La actual sociedad no es equitativa ni venturosa; pero la que intentan esos hombres sería espantosamente peor (Fernández Flórez 1962: 181).

Según Schmolling (1990: 208-209) se fomenta con este protagonista la imagen del inglés de carácter frío al que no le afectan las víctimas humanas de la guerra:

Der implizite Leser ... formt aus dem komischen Mißverständnis die ideologische Botschaft: Die englische Demokratie als Wahrer der Appeasement Politics im spanischen Bürgerkrieg zeigt sich ungerührt gegenüber Menschenrechtsverletzungen durch die Republikaner; Engländer zeigen mehr Herz für Tiere als für Menschen²⁶⁹.

En Bermudo Valdés, otra figura del relato, se refleja el ambiente de esta novela: por un lado, el estado bélico, por otro lado la división de España en dos bandos. Con este personaje se aborda el tema de la pobreza y también el de las enfermedades, sufridas por muchos españoles entonces. En un primer momento, Valdés resume, la situación actual del país como sigue:

Esa masa que no guía, sino que es guiada, que no dispone para sus cuitas del refugio de las grandes preocupaciones espirituales en el cual se pueden aislar los conductores de pueblos, refiere su sensibilidad a vitales cuestiones concretas: al hambre, al frío, a los sufrimientos, a la incomodidad, a la injusticia (Fernández Flórez 1962: 152).

Después, la misma figura efectúa un pequeño comentario en relación al mundo germano. Establece un paralelismo entre la Guerra Civil Española y un capítulo negro de la historia religiosa alemana. De sus palabras se desprende que está familiarizado con los siguientes temas:

Los esclavos que Espartaco quiso libertar, terminaron entregándose al desenfreno en los territorios donde se asentaban. La rebelión de los campesinos, que comenzó en la Selva Negra y se corrió por Augsburgo y Carintia, extensa y terrible, fue tan despiadada como la que hoy nos circunda, y un historiador dice de ella que el nuevo orden social que preconizaba consistía simplemente en «volver del revés todo lo antiguo», como en tantos aspectos pretenden los de ahora. El ensayo de los anabaptistas (siglo XVI) en Münster tiene un parecido aparato de crueldad y de frenesí: matanzas arbitrarias, sangre, sangre, sangre, confiscación del oro, la plata y las alhajas, en beneficio de los profetas;

²⁶⁹ “El lector implícito ... se forma de este malentendido cómico el siguiente mensaje ideológico: La democracia inglesa en su función de guardia de la política de la contemporización en la Guerra Civil Española se muestra indiferente frente a las violaciones de derechos humanos de los republicanos; los ingleses sienten más simpatía por los animales que por las personas”, traducción de la autora.

alcohol, pillaje, incendios; todos los libros, menos la Biblia, quemados; comunidad de bienes, poligamia – Juan de Leyden, el sastre que se hacía llamar Rey de Sión, tenía para su personal disfrute quince mujeres –, y más aún que poligamia, libertinaje, anarquía sexual; destrucción de monumentos, peroratas enloquecidas... (153).

Respecto a los anabaptistas, es sabido que, en efecto, existió un sector más radical en 1534 y 35 en Münster²⁷⁰, llamado «el nuevo Sion». Este grupo saqueó iglesias y conventos y también empezó a practicar la poligamia. La ciudad de Münster solo pudo ser reconquistada después de una ocupación de 16 meses y entonces los anabaptistas dirigentes fueron ejecutados. Los miembros restantes del movimiento se reunieron después de 1536 en las llamadas ‘parroquias silenciosas’²⁷¹. Sobre la figura Juan de Leyden se ha podido averiguar lo siguiente:

La batalla a que se refiere tuvo lugar en la década de los treinta cuando el líder de una secta anabaptista revolucionaria, Juan de Leyden, quiso establecer, por fuerza de armas, un «reino de Dios» en la capital de Westfalia, un reino polígamo y comunista. El obispo de Münster logró poner fin a estas esperanzas milenarias en 1535, después de dos años de terror, y los anabaptistas que se quedaron ahí se juntaron con el otro sector de esa confesión, el sector pacifista orientado hacia el Nuevo, no el Viejo, Testamento (Kish 1986: 528).

Con lo que se confirma la información facilitada por Valdés anteriormente. Sobre todo se subraya en sus palabras el carácter violento de este grupo religioso alemán. Al mismo tiempo, con su mención a los judíos, este comentario también es antisemita.

Sin embargo, según Mainer, no fue la intención del autor ahondar en la temática religiosa:

Ni una vez siquiera el autor habla de persecución religiosa – y tales asertos valen también para *Una isla en el Mar Rojo* – ni busca complicadas maquinaciones de judíos y masones (recuérdese la difusión en estos años de los *Protocolos de los Sabios de Sión* o la boga de las «Ediciones Antisectarias», alumbradas por el inefable presbítero Tusquets), ni parece preocuparle gran cosa la profanación del sagrado nombre de la Patria por parte de las fuerzas de la Anti-España: sus personajes «positivos» – los civilizados, los agraciados por la belleza, la educación y la fortuna – defienden su dinero y su tranquilidad para gastarlo; sus personajes «negativos» – los zafios, los monstruosos por naturaleza, los resentidos por su miseria – intentan por todos los medios apoderarse de la riqueza o destruirla (Mainer 1975: 354).

Así, no se desprende una clara posición filonazi de las palabras de esta figura.

Finalmente, Valdés muere. Viendo su cadáver, un vecino hace hincapié en la crueldad del momento: “La verdad es que nunca hemos visto tantos cadáveres como en estos últimos tiempos; pero todos ensangrentados o mutilados, con heridas y con gestos...” (Fernández Flórez 1962: 197).

²⁷⁰ Mientras en algunas fuentes en español, el nombre de esta ciudad se escribe ‘Múnster’, se utilizará a continuación la grafía alemana (Münster).

²⁷¹ Véase <http://www.wissen.de/lexikon/wiedertaeufer>, 22.07.13.

Después de una larga búsqueda, aparece Wotan: es encontrado en la propiedad del ‘afilador’, “en un pueblo que aún quedaba dos leguas más a retaguardia” (66).

Cuando ve al afilador,

Charles Ring comprendió instantáneamente que cuanto más dinero se prometiese a aquel hombre que podía tener el dinero sin más que tomarlo, más orgulloso estaría de seguir siendo el dueño del vencedor del Derby (67).

Sin embargo –anécdota graciosa que mencionan todos los críticos literarios– Ring no puede llevar a cabo su misión de devolver el caballo a Inglaterra:

... [la novela] termina en un tono humorístico, propio del autor: contestando al secretario de Relaciones Exteriores que le pregunta si trae el caballo, dice Ring: «No todo, sir, fue imposible. Una revolución es despiadada. Pero parte de él viene en mi propia carne y en la sangre de mis venas, sir» (p. 361). (Ha comido carne del famoso caballo que buscaba sin saberlo en ese momento.) (Bertrand de Muñoz 1982: 203).

Esta novela no aporta ni muchos ni significantes aspectos en cuanto a lo germanófilo o filonazi. Mientras que los ataques a los republicanos y a la España ‘roja’ recorren como un hilo conductor toda la narración, también hay varias referencias al marxismo y comunismo, sistemas enemigos compartidos por España y Alemania. Pero además del nombre de Wotan y de la mención de la guerra de los anabaptistas por parte de Valdés no hay más elementos relacionados con la temática.

Respecto a su estilo literario, esta novela se diferencia positivamente de la anterior por contar con muchos aspectos cómicos e irónicos. Ring como figura ya es un ejemplo de ello, pero esta gracia también se refleja en los diálogos o descripciones de las anécdotas de su búsqueda.

La posición ideológica de Fernández Flórez – ya se subrayó en el capítulo anterior – raras veces es explícitamente pro-franquista. Como sostiene Mainer, sus juicios de valor parecen bastante más templados que los de otros escritores: “... , en fin, atribuye la más mínima alteza de miras a los vencedores de la contienda; para el escritor eran poco más que los guardas jurados encargados de restituir la paz al coto de siempre” (Mainer 1985: 18).

Así, más que en lo germanófilo, con el protagonista Ring esta novela se centra en la relación anglo-española (aunque tampoco se trata de un tema predominante de la novela). Wotan como caballo de carreras se considera un símbolo importante para los ingleses.

6. 4. Ricardo León: *Cristo en el infierno*, 1941

El académico y novelista Ricardo León (Málaga, 1877 - Torrelodones, Madrid, 1943), ni falangista ni divisionario azul, tiene desde la Primera Guerra Mundial un vínculo periodístico con Alemania:

En el verano de 1916 Ricardo León marchó a tierras de Alemania como corresponsal de guerra de *El Imparcial*, enviando crónicas que darían luego lugar a la obra que llevaría por título *Europa trágica*, ..., Madrid 1917. Constaba de tres jornadas, llamadas «Del Manzanares al Spree», «Verdun» y «Bajo los tilos» (González Gómez 2002: 204).

En *Europa trágica* (1917) reúne estas crónicas de la guerra de las que se desprende el gran interés que demuestra el autor por el país germano. Así, transmite en su última crónica, que escribe desde Alemania, su profunda admiración por el país. Hasta tal punto que pretenda querer ser alemán:

En el comentario de *El Universo* – firmado por Máximo – se dice textualmente: «La última crónica de Alemania que se ha publicado de Ricardo León es un verdadero monumento literario. Titúlase *Aspectos de Alemania-El ambiente*, y en pocas páginas del insigne maestro de la prosa castellana ha llegado ésta a ser tan castiza y sugestiva a la vez, tan rica y jugosa, tan bella y al mismo tiempo tan persuasiva. Es en tal grado lo último, que la impresión dejada en el ánimo por su lectura es la de una profunda pena por no vivir en Alemania, y hasta por no ser uno alemán» (González Gómez 2002: 205).

Al igual que muchos de sus compatriotas, alaba sobre todo el carácter militar – incluyendo el equipamiento de armas de los alemanes– y su gran disciplina. En 1916 apunta:

Resultarían pálido reflejo de la realidad cuántos encomios tributásemos a la formidable máquina militar y guerrera de Alemania. Asombra, pasma y maravilla la sabia y acertada combinación de los diferentes factores y elementos que integran la grandeza material del imperio germánico. Todo está admirablemente dispuesto... (González Gómez 2002: 208).

En *Europa trágica* se muestra notablemente pro-bélico y defiende de manera ferviente la causa alemana:

«¿Por qué odiar a Alemania, pueblo mil veces desgarrado por los aceros enemigos, pueblo generoso, dócil, hospitalario y leal, raza profunda y creadora, que a fuerza de trabajo de reflexión y de cultura, rescató su imperio y le colmó de riqueza con las artes e industrias de la paz». – Y un poco más allá esboza León una posición de modernista regeneracionista y futurismo mesiánico – casi premonitorio de las ideas de Ernst Jünger –, al señalar: «No, no es el dolor un mal, ni es la guerra, con sus azotes implacables, del todo aborrecible y estéril. Acaso – yo lo creo – de este enrojecido yunque surja la Humanidad templada con más belleza y perfección» (León 1919: 19)

León muestra, por tanto, una actitud germanófila ya mucho antes de la toma de poder de los nazis y del comienzo de la Segunda Guerra Mundial: “... León aunque nunca se declaró germanófilo, si defendió tácita y moderadamente una neutralidad en el fondo favorable a Alemania ...” (González Gómez 2002: 212). Sus crónicas reflejan sus

experiencias bélicas entre 1914 y 1918 y, respecto a Alemania, están divididas en dos partes temáticas:

... la Alemania verdadera – la de Herder o Schiller – y la adulterada – la de Nietzsche, se idealiza a la primera y se trata de dibujar el alma alemana, a la vez que se alaban las tradicionales virtudes alemanas, los valores sencillos, hidalgos y conservadores, observadas en las zonas ocupadas a Francia; ... (González Gómez 2002: 212).

Con esta obra León se pronuncia a favor de una Alemania bélica en la que otros españoles germanófilos de principios del siglo XX ya no creían. Así, es interesante ver hasta qué punto Alemania representa un ejemplo militar para este autor. En pocos de sus compatriotas literarios se refleja una admiración tan profunda por el país germano, si, además, se tiene en cuenta la xenofobia del escritor: “Ricardo León desconfía de toda idea extranjera, con la excepción del nazismo alemán y del fascismo italiano” (Dendle 1988-89: 25).

Como opositor del krausismo, León también es calificado de novelista tradicionalista y católico profundo:

El catolicismo de Ricardo León representa, en muchos aspectos, una regresión a la ideología de los integristas del siglo XIX. León odia el republicanismo, el socialismo y todo lo que sabe a influencia extranjera. Tiene una visión de una España eterna formada de cruzados, de místicos y de caballeros. El catolicismo se identifica con la monarquía española; la gloria militar se equivale al amor de Dios (Dendle 1988-1989: 21).

Las temáticas religiosa y política forman a menudo el trasfondo de sus obras. Las relaciona en muchos de sus textos con el tema de la guerra, pero también con el alemán. Ambos son el hilo conductor de su obra. No solo lo reflejan sus crónicas sino también sus novelas posteriores. En 1916 sale a la venta la novela *Los caballeros de la cruz* y en 1929 se publica otra, titulada *Las niñas de mis ojos*, que tiene poco éxito narrativo. En los años treinta se publican *Bajo el yugo de los bárbaros* (1932) y *Roja y gualda* (1934). *Bajo el yugo de los bárbaros* está situada en la época de entreguerras:

Con [*Bajo el yugo de los bárbaros*] se configura de nuevo como un escritor esencial en el ámbito del pensamiento antiliberal y antirrepublicano, que cada vez se fortalece más en torno al pensamiento de Ramiro de Maeztu, José María Albiñana y José Calvo Sotelo (González Gómez 2002: 382).

Como se desprende de la cita anterior, es un reflejo más de las posiciones políticas del escritor.

Durante la Guerra Civil León permanece en el consulado de Haití. En 1941 publica su obra hoy más conocida, *Cristo en los infiernos*. Algunos críticos literarios la

consideran su mejor novela²⁷². Según Trapiello (2010: 558), se convierte en “...el novelista predilecto de Franco, lo que éste entendía por un clásico.” En efecto, el novelista sigue en *Cristo en los infiernos* la línea franquista. Tal postura se desprende del uso de un vocabulario bélico y de un tono a veces desahogado del narrador cuando se refiere a los ‘enemigos’ de España:

Que para combatir a una revolución materialista y extranjera, bárbaro engendro de Satanás, eran armas ridículas y ociosas los acatamientos serviles y los votos electorales. Había que oponerle, en campo abierto y a banderas desplegadas, con ímpetu militar y religioso, con la espada de fuego del Arcángel, otra revolución: la auténtica, la Revolución cristiana y española (León 1941: 235).

Dicha revolución, como apunta Rodríguez-Puértolas,

... se traduce en un duelo a muerte entre el Bien y el Mal. Un mal en el cual militan «aquellos déspotas rusos y sus lacayos europeos, toda la caterva universal de masones, judíos y bolcheviques, amén de otros indígenas, más violentos aún (p. 540)». Representante del Mal es, por ejemplo, el embajador de la Unión Soviética, Rosenberg, «un judío contrahecho, de rostro pálido y enfermizo, alma de torvas pasión –, anticristo de origen alemán y afrancesadas maneras (p. 520)». Un asombroso final cierra toda una teoría de horrores... (...) Se trata, sin duda, de una novela folletinesca y desahogada, que, sin embargo, fue muy elogiada en su momento (Rodríguez-Puértolas 1986: 396-397)²⁷³.

Otro crítico literario, Eugenio G. de Nora, escribe sobre el novelista:

En sus últimos años, León, probablemente engañado por la idea de gran novelista que una crítica irresponsable le llegó a sugerir, intenta todavía trazar un extenso y ambicioso panorama de las «jornadas de la revolución española» (llamado así a los acontecimientos que preparan y luego derrumban a la República del 31); de hecho, esta obra resulta combativa y política antes que verdadero intento de creación literaria. El más celebrado, considerable (al menos por el dramatismo de los sucesos históricos aludidos) y voluminoso de estos libros es *Cristo en los infiernos* (empezado en 1936, pero que no se termina hasta 1942, ...). Sólo una crítica ocasional pudo ver en esta novela una «superación» del escritor. Impresionante por el tamaño – 574 bien nutridas páginas –, y acaso como esfuerzo de senectud del autor, nada hay en ella en rigor que justifique el entusiasmo, ni por la forma ni por el contenido: folletinesca del principio al fin, superficial en sus interpretaciones de los hechos, inverosímil y hasta grotesca cuando quiere acercarse a lo sublime (o a lo terrorífico, en algunos tipos y situaciones), pocas páginas podrán espigarse en ella que no estén infladas por la retórica barata y deformadas por el más exagerado convencionalismo (Nora 1963: 326).

Soldevila, finalmente, califica *Cristo en los infiernos* como un “novelón, ..., del que hoy se podrían sacar numerosos fragmentos para una antología de novelas cómicas involuntarias” (Soldevila Durante 1980: 20).

Sin embargo, esta novela no solo fomenta ciertos conceptos de los enemigos de la España franquista, tal como lo indica Rodríguez-Puértolas, es, además, el testimonio

²⁷² Compárese, entre otros, Trapiello 2010: 558.

²⁷³ Rodríguez-Puértolas no indica de qué edición de la novela de León cita aquí. Los errores ortográficos en esta cita han sido corregidos por la autora de este trabajo.

de un escritor culto que, como ya lo había hecho en sus crónicas, demuestra ser un gran conocedor de la cultura alemana, y en particular del mundo nazi. Ello se desprende de sus múltiples referencias a muchos de los mitos propagados por los nazis, como por ejemplo a la figura de Goethe y a su obra maestra, el *Fausto*, pero también a Wagner y a sus composiciones, siempre elogiadas por Hitler. Además recurre a las antiguas sagas como *Los nibelungos*, la base literaria de las obras wagnerianas. Dentro de estos elementos culturales la música ocupa un lugar relativamente importante en esta novela. Sobre todo en la segunda mitad de la obra aparecen significativos elementos musicales. La mayoría de estos elementos pueden ser considerados germanófilos (a pesar de utilizarlos una anti-heroína, no dejan de serlo).

Las experiencias del escritor como corresponsal en la Primera Guerra Mundial, su estancia en Alemania y una gran parte de los apuntes de sus crónicas son, por tanto, claves para la opinión y visión que León ha podido desarrollar sobre Alemania. En consecuencia, como se verá a continuación, también han influido en el trabajo sobre *Cristo en los infiernos*.

En el prólogo de esta obra, el narrador sitúa primero al lector en el plano temporal, a principios de los años treinta. No deja lugar a duda de su partidismo por el bando nacional y pretende haber terminado la novela antes de acabar la Guerra Civil. También hace alguna referencia a su carrera narrativa:

Esta novela, salvo las últimas jornadas, se escribió en los umbrales de aquellos infiernos rojos de 1936. ... Todavía a fines de julio estaba el autor de la novela en su retiro de Torrelodones, ya a punto de acabarla, con la pluma sobre las cuartillas y el corazón en un potro, mientras el zumbido de los cañones en las gargantas de la Sierra estremecía la casa y hacía retemblar los cristales de la habitación. Empeñado, de tiempo atrás, en la tarea, me resistía a soltar la pluma, el arma del escritor, con la que yo venía combatiendo al Enemigo «bajo el yugo de los bárbaros» y al amor de mi bandera «roja y gualda» (León 1941: 5)²⁷⁴.

Al igual que durante la Primera Guerra Mundial, León también es escritor cronista en la Guerra Civil, y con una postura política ya muy marcada. Es lógico que, como apasionado nacionalista y fascista, comparta algunos conceptos de lo que se considera el enemigo propagados en la época, que se fomentaron tanto en Alemania como en España. Así, el narrador apunta, todavía en el prólogo: “Zumbaban sobre nuestras cabezas los primeros aviones rusos y franceses que la barbarie marista lanzó sobre los baluartes de la civilización cristiana y española” (6). También cita con mucha

²⁷⁴ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo que sigue a Ricardo León (1941). *Cristo en los infiernos*. Victoriano Suárez, Madrid.

frecuencia a la ‘Bestia roja’ durante toda la novela. Además, como se desprende del título de la obra, el narrador hace hincapié en la compleja temática religiosa, equiparando a los creyentes con los dos bandos que había en la guerra:

El novelista, en fin, imaginó poner aquí frente a frente las dos religiones – Cristo y el Anticristo –, las dos revoluciones que chocaron luego en España con ímpetu y trascendencia universales; ... (10).

De la misma manera en que establece una oposición entre los protagonistas, igual a menudo, aunque no siempre, divide al cristianismo en dos grandes grupos: un cristianismo ‘bueno’ y uno ‘malo’.

La acción novelística empieza “por los primeros de abril de 1931” (13), pero pronto recorre, a través de retrospectivas, la vida de la protagonista desde 1900. Versa sobre los acontecimientos en torno a la Guerra Civil, pero trata “... no sólo de la guerra civil, sino de la historia contemporánea de España (pues, la novela narra también la proclamación de la República, los sucesos de Casas Viejas y la revolución de Asturias)” (Rodríguez-Puértolas 1986: 396). Debido a dichos acontecimientos políticos y también bélicos, además de un número relativamente elevado de figuras, la acción es bastante compleja.

Como protagonistas figuran los miembros de la familia Gelves, una familia de banqueros. Entre ellos destaca el personaje principal, su hija Margarita. Toda la narración se relata desde la perspectiva de esta familia. La republicana Margarita fácilmente puede ser calificada de anti-heroína. A lo largo de su vida la protagonista conoce diferentes personajes que marcan su camino ideológico. Sin embargo, ella se decanta solo al final de la obra –más por motivos emocionales que políticos– por un chico de ideología adversa, Pablo Guzmán de Ayamonte, hijo de los Duques de Ayamonte, familia tradicionalista del bando nacional. Pero las ideologías opuestas de sus familias respectivas no son el motivo clave por el que Margarita y Pablo no puedan formar una pareja legal: como revela Magdalena, la madre de Margarita, en la última parte de la novela, Pablo y la protagonista son hermanastros (tienen el mismo padre). A pesar de estas dificultades se establece entre ambos una relación de una profunda e íntima amistad. La novela se centra en el desarrollo de la personalidad de Margarita que vacila, a medida que va avanzando la narración, entre sus ideales comunistas y las ideas de los franquistas. No obstante, nunca llega a compartirlas realmente.

Los abuelos maternos de la protagonista, ya fallecidos, son Ramiro Gelves y Doña Justa. La pareja había tenido tres hijos: doña María de Regla, don Valentín y don

Julián, todos, en el momento de empezar la acción narrativa, cincuentones y sesentones. Valentín y su mujer Magdalena son los padres de Margarita y Federico Gelves. Federico es el único miembro de la familia bien tratado por el narrador puesto que es falangista y ya había luchado en la guerra de Marruecos. Más tarde se alistará también en la División Azul. Ramiro, el abuelo de Margarita, tiene además un hijo ilegítimo que es don Basilio Núñez. Don Basilio, también llamado Basilisco²⁷⁵, tiene una hija y una nieta: tanto su hija, Georgina, como su nieta, Hildegarda, una joven estudiante, son fervientes partidarias del comunismo.

Los Gelves tratan con frecuencia con otras personas, por ejemplo, don Boni, un cura con quien Margarita se confiesa a menudo y el médico andaluz Don Germán Fernández Alegre. Del “... doctor Alegre, como le decía todo el mundo, ...” (León 1941: 13) se sabe que “... era, sobre todo, el médico predilecto de las damas, su mejor amigo y confidente” (14). Don Boni y don Alegre son fervientes antisemitas –don Alegre también anticomunista– y por estas posturas sus aportaciones se consideran elementos filonazis.

Tras unas breves presentaciones de las figuras, el narrador habla de la ideología de cada figura y de esta manera la clasifica o del lado republicano o del lado nacional. Dada la perspectiva de los protagonistas, los Gelves, abunda el punto de vista de los republicanos, pero a través del lenguaje y estilo del narrador se hace evidente su postura de nacional fervoroso. A menudo, incorpora elementos del mundo germano en su narración, aunque no siempre atribuye a cada persona una actitud claramente germanófila o germanófoba. Muchos de estos elementos se expresan de manera más indirecta que en otras novelas, con lo que el narrador confirma sobre todo sus profundos conocimientos de esta cultura.

Lo político es a menudo equiparado a lo religioso. Así, por ejemplo, los Gelves y sus amigos representan ciertas facetas negativas del catolicismo, como la fe en el diablo y el infierno mientras que los Ayamonte representan el catolicismo tradicional, calificado simplemente de ‘positivo’.

¿Cuáles son, pues, los elementos germanófilos y filonazis que se encuentran en esta novela? Desde el inicio destaca el tono antisemita de la narración que recorre como un hilo conductor toda la novela. Afirmaciones antisemitas directas, mezcladas a veces

²⁷⁵ Un basilisco es un “animal fabuloso, al cual se atribuía la propiedad de matar con la vista” (véase <http://lema.rae.es/drae/?val=basilisco> (2001), 06.09.13).

con posturas anticomunistas, efectúan el cura Boni y, con más frecuencia aún, el médico Alegre:

Por sus amigos franceses conocía el doctor [Alegre] las andanzas en París de muchos «españoles» como Fernando de los Ríos, los Gelves, Ángel Ponce y su inseparable Fidel; sus tratos y sus tretas con Blum y Zeuss y demás judíos, bolcheviques y masones que trabajaban por la ruina de España y la de Francia, por el desorden y la miseria del mundo (519).

El nombre de pila de la anti-heroína, que comparte con la escritora y diputada socialista Margarita Nelken (Madrid, 1896 – México, 1968²⁷⁶), también le sirve a Alegre para expresar su antisemitismo. Sobre Nelken, de origen judío, es sabido que:

[h]abía escrito un libro sobre la Revolución de Octubre de 1934, *Por qué hicimos la revolución*, que apareció en Barcelona en 1936, Contraria como Victoria Kent a conceder el voto a las mujeres, durante la guerra se la relaciona con sucesos penosos de la represión revolucionaria administrada en algunas checas de su personal control. Con Sandoval y García Atadell, fue uno de los personajes más célebres de las noches madrileñas en el verano de 1936 (Trapiello 2010: 567-568).

Margarita Nelken, polémico personaje, es también mencionada por otros autores pro-franquistas, como Edgar Neville y Joaquín Pérez-Madrugal²⁷⁷.

En el cuarto capítulo, titulado “Encuentros”, Alegre busca la conversación con Margarita para mostrarle su profunda decepción ante la actual postura ideológica de la joven. Según él, va en una dirección equivocada:

Ya hace tiempo que te busco; ... Hoy supe que estabas en Madrid. Y aquí me tienes... Lleno de asombro y de pena. Esto de ver tu nombre, ..., escrito con letras rojas,... Esto no puede ser, Margarita. ... Tú, que a los quince años querías meterte monja... a mí no me extraña que esas arpías forasteras como tu tocaya Margarita Nelken y esas otras judías alemanas, o una indígena como Dolores Ibárruri se hayan soltado las greñas y anden alborotando por ahí. Es su oficio. Pero que españolas como tú, como María Lejárraga, Teresa León, Matilde Torre, y tantas otras, burguesas al fin, damas de posición o de talento, se echen al arroyo con las furias... Tu vocación es muy otra (León 1941: 89).

Además, el médico defiende con estas palabras su postura antifeminista; postura bastante frecuente en la época como reacción a los primeros movimientos feministas en Europa.

Otra figura novelística antisemita es Fernando Pulgar, también llamado Pulgarcito, el actual novio de Margarita. Cuando Margarita comienza su carrera universitaria en la Facultad de Derecho – la fecha indicada data entre 1917 y 1923– conoce a Pulgarcito que apoya a los nacionales. A pesar de esta diferencia ideológica

²⁷⁶ Compárese http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/13645_nelken-mansberger-margarita, 07.07.13.

²⁷⁷ Véanse Trapiello 2010: 568 y Pérez Madrugal 1939: 129-130.

ambos se hacen novios. Cuando Margarita, además, empieza a trabar amistad con la “burguesa anarquista” (135) Aida Ruysch, una judía y ferviente feminista, acude con frecuencia a casa de su nueva amiga. Pulgarcito expresa su disgusto respecto a esta amistad y revela a la vez sus pensamientos antisemita y anticomunista cuando dice a Margarita: “Hay que ver la chusma que va allí: judíos, masones, bolcheviques, viejos y jóvenes bárbaros...” (139). Pero Margarita no considera importantes las palabras de su novio, prefiere ignorarlas: “Todo eso que me dices me aburre como un sermón.. Lo aguanto porque me lo dices tú... Porque en tu boca hasta el Derecho mercantil me suena a cavatina de Mozart... *Il mio tesoro*...” (142). Es la primera referencia a Mozart, luego aparecerán otras, siempre efectuadas por Margarita. Más adelante, la pareja se separa, aunque no se especifica que haya sido por motivos de diferencias políticas.

Pero antes Pulgarcito obtiene un puesto en el gobierno republicano. Entonces, Alegre habla mal de su persona y en una carta, que escribe a doña Regla, le califica de ‘diamante negro’. Su carta refleja sus conocimientos de literatura alemana. Además, se confirma su postura antirrepublicana aunque, para camuflarse, pretende no interesarse por temas políticos:

Le aseguro, Reglita, que estoy hasta aquí de la República, de las izquierdas y las derechas y los centros. ... En calidad de alhaja, Pulgarcito es un diamante negro. ... Y hele ahí engarzado con el Gobierno de Samper²⁷⁸, que es todo él de oro y perlas. ... No en vano Samper es de los nibelungos de Sigfrido, quiero decir, de los republicanos autónomos del hijo de Blasco Ibáñez, con los que ejerció en Valencia el mismo papel que Pulgarcito ejerce con las fieras corruptas en Madrid. Con estos dos puntales y el apeo de los otros ministros, allegados después de muchos apuros, intrigas y sofocones, el nuevo Gobierno, bajo la férula del cacique mayor de la República, va a ser la «caraba». ¡El Señor nos coja confesados! (364-365).

La mención de Sigfrido de *Los nibelungos*, uno de los héroes de la saga y asesino del dragón que poco después también es asesinado, se puede interpretar como una alusión al carácter efímero del mandato de Samper. La figura de Sigfrido destaca, sobre todo, por su físico fuerte y su carácter de luchador feroz (Dewi/Hohlbein 2009: sin página).

Otra pequeña referencia al mundo germano, por parte de Alegre, es la mención de una línea educativa preescolar según Fröbel²⁷⁹. En un fragmento del texto, Alegre cita a Fray Diego de Cádiz, y con él, a esta escuela de educación: “Pues, [Fray Diego de

²⁷⁸ Es probable que el narrador se refiera aquí a Ricardo Samper Ibáñez, político republicano, abogado y ministro de Industria y Comercio en el gobierno republicano entre 1933 y 1934 (Urquijo Goitia 2008: 121-122).

²⁷⁹ En 1839/1840 el pedagogo Friedrich Fröbel se hizo conocido por fundar el primer jardín de infancia en Turingia, Alemania. Así, inventó juegos y medios de ocupación para niños desde una edad temprana. También fundó el primer seminario para maestras de jardines de infancia (véase <http://www.wissen.de/lexikon/froebel-friedrich?keyword=Fr%C3%B6bel,07.07.13>).

Cádiz] ¿no fundó unas escuelas en Ubrique y mandó traer los maestros no sé si de Suiza o de Alemania para enseñar por el sistema de Froebel?” (León 1941: 31). En seguida, el mismo Alegre desaprueba este acto. A pesar de que Alegre califique aquí de mejor el sistema educativo español, es solo un ejemplo más del conocimiento cultural germano del narrador.

Después de haberse hecho amiga de Aida, Margarita conoce también a los amigos de su compañera, todos comunistas. Parece obvio que todas las figuras en torno a Aida son caracterizadas de manera notablemente negativa, siempre desde la perspectiva política del narrador. Aida misma es:

... la más terrible y desaforada del grupo de las Euménidas. Una furia de cabellos y ojos alazanes; una yegua cerril, a pesar de sus ínfulas de mujer intelectual, moderna y emancipada. Aunque había nacido en Madrid y presumía de su donaire y abolengo castellanos, venía de casta de judíos, no sé si holandeses o alemanes pero con humos de sefardíes, mercaderes acomodados de largo tiempo en España (135).

Así, tanto sus rasgos físicos como el temperamento de Aida son caracterizados de manera muy negativa. Al narrador le basta con saber que es judía para poder criticarla, independientemente de su nacionalidad. Conforme con ello, también desprestigia a la hermana de Aida, Berta, y al novio de ésta, Zeuss:

Aida vivía en aquel hotel de Vallehermoso, «el hotel del crimen», con su hermana Berta, una valquiria de ojos azules y cabellos jaros, otra que tal, roja, inquieta y ardiente como una lengua de fuego. Berta se las daba de artista. Pintora extravagante y mediocre, vivía entregada a los excesos del amor y del cubismo, tan en boga por aquellos años (135).

Zeuss, que es holandés y vive en el mismo hotel, es “un judío errante²⁸⁰ que por sus muchos negocios andaba siempre de la Ceca a la Meca en traza de viajero universal y ciudadano del mundo” (135-136). Además de su religión, el narrador critica aquí el estilo de vida bohemio de los personajes. Finalmente caracteriza a todos los conocidos de esta figura como “otros jóvenes más o menos bárbaros amigos de Aida” (137).

Otras posturas que están en la línea nazi son el odio a los rusos y, relacionado con éste, el anticomunismo. Ambas actitudes están muy presentes en la novela. Pruebas de ello son afirmaciones del estilo siguiente, aquí expresadas por don Alegre, que describe la situación en Madrid en 1931:

Aquí hasta las mecanógrafas de oficio tienen un aire lúgubre y tristón, de ausencia y de aburrimiento. ¡Pobres chicas! ... Pues, ¿y esos muchachos, absortos en los ficheros, sin levantar cabeza?... ¡Con la falta que están haciendo por ahí los ímpetus juveniles, la pasión, la furia española contra los bárbaros del Komintern y el Politikburó? (30).

²⁸⁰ Poco después, también es descrito como “el misterioso judío” (137).

Sin embargo, es Pablo Ayamonte quien más fervientemente se pronuncia en este sentido. En el tercer capítulo, en una conversación con Margarita, apunta sus intenciones de revolucionario:

Pero como te iba diciendo, la revolución comunista me sorprendió en Alemania. Quise participar en tareas civiles y benéficas del dolor y el trabajo de aquel pueblo. Cumplí con mi deber... Pero hoy la lucha está aquí. ... La Revolución se apresta a conquistar el mundo. Y es en España, como en Rusia, donde hoy se remueven todas sus fuerzas de choque, donde habrán de darse tal vez las batallas definitivas. Por eso he venido ahora (156).

Pablo expresa aquí su empatía con Alemania y que le habría gustado apoyar a este país en la lucha contra el comunismo. Admira al país germano sobre todo en lo militar. Durante toda la novela, Pablo cumple con el perfil de una figura germanófila.

Además de la protagonista misma, son Georgina y Hildegarda, las comunistas antes mencionadas, quienes sirven de base a muchos ataques verbales tanto del narrador como de algunas otras figuras. Entre sus críticos también está Pablo. Georgina, una apasionada lectora, también lee el *Manifiesto Comunista*. Según el narrador,

[e]n [Georgina] se hicieron carne y alma, fanatismo crudo, voluntad y acción devastadoras, las ideas de aquellos tres energúmenos. Pronto en la niña despertó la mujer; una mujer diabólica, de ardiente precocidad que, a imitación de sus mentores y aun en la edad de las muñecas, aprendió a vestir las más descarnadas herejías de colorines científicos y perendengues literarios (63).

Con todo, Georgina representa a la vez el Mal político y el religioso, es decir, el infierno. Su carácter 'diabólico' se reflejará, más adelante, en el doble asesinato de sus familiares: no solo mata a su hija Hildegarda, sino indirectamente también a su padre, don Basilio. Cuando éste descubre una ligera afinidad por el catolicismo, Georgina le encierra en su alcoba donde a causa de una enfermedad muere trágicamente.

Describiendo a Hildegarda, que según la educación de su madre tenía que convertirse en una copia de Georgina, el narrador incorpora algunas referencias al mundo alemán que, una vez más, son negativas:

Hace pocos años, ya en los últimos del antiguo régimen, [Hildegarda] se destacó en los medios intelectuales y universitarios de Madrid, con singular eminencia, una muchacha de las más interesantes y precoces entre las muchas que andaban por aquellos días terciando en las disputas de las aulas y bebiendo los vientos de la calle precursores de la revolución. (...) Se llamaba Hildegarda. El raro nombre de la sibila del Rhin, de aquella santa monja medieval, doctora en Ciencias y Letras, acentuaba en perfil extraño y paradójico de esta sibila española, tan apasionada de los clásicos, de las gracias y las musas gentiles como de las tesis más escabrosas de la eugenesia o el freudismo; tan asidua en la Universidad y el Ateneo, en las bibliotecas y estudios, como en las juntas del Lyceum Club, del Cine Club y los Amigos de Rusia (72).

Es posible que el narrador se refiera con “la sibila del Rhin” a Hildegard von Bingen, abadesa medieval de los monasterios Rupertsberg y Eibingen (Alemania)²⁸¹. Mientras la figura española comparte con la alemana el interés por la lectura clásica, el narrador descalifica los gustos religioso-filosóficos de la española. Con todo, se muestra también versado en temas de santos alemanes.

En otro fragmento del texto, Pablo se sirve de Hildegarda como ejemplo negativo para Margarita: quiere espantarla para evitar que a Margarita le ocurra el mismo destino que a Hildegarda. En una conversación entre Pablo y Margarita, el joven condena los actos de Hildegarda y se pronuncia a la vez a favor de la guerra. Además expresa una idea anticomunista cuando cita a Marx y a Lenin, pero también una actitud contra un cristianismo moderno, tal como lo proclama Lutero:

Acuérdate de Hildegarda... – continuó Guzmán. – La mató una idea, una de esas ideas mortales, más fulminantes y homicidas que el proyectil de una pistola... ¡Y dicen que el pensamiento no delinque! (...) ¿Recuerdas el Catecismo? ... ¡Qué de lágrimas, qué de sangre no han vertido en la tierra el pensamiento y la palabra de un Lutero, de un Marx o de un Lenin! ¡Qué espantosa fertilidad tienen las siembras del error! Un solo pensamiento delincuente basta a producir en el mundo más revoluciones y desastres que la acción directa de millones de brazos y de bombas... (283).

Dichas palabras no son sino otro ejemplo de las opiniones políticas del propio narrador. Hay bastantes referencias a Marx en esta novela y por lo general es citado por los comunistas, se sobreentiende, con el objetivo de seguir su camino.

Ángel Ponce de la Fuente es otra figura cuyo ejemplo, según el narrador, no se debe seguir. Es el marido de Margarita con quien la joven se casa en la segunda parte de la novela. Ángel, que representa al ministro Santiago Casares Quiroga (Schmolling 1990: 231-232), es republicano en cuerpo y alma. Se describe de la siguiente manera:

Otro delantero del equipo era Ángel Ponce de la Fuente, un hidalguillo de Benaocaz, deudo lejano de los Córdoba, traído por doña Regla a Madrid a la buena sombra de los Gelves, en calidad de pariente pobre, niño prodigio y aprendiz de personaje, pues según horóscopo de don Blas, su tío y mentor, apuntaba en aquel pollo una gloria de la familia y un príncipe del futuro Califato (129). Niño tan precoz, ..., ya parlaba de Marx y de Sorel sin conocerles ni por el forro, con la misma familiaridad que del alcalde de Chipiona (León 1941: 130).

Además de descalificar toda idea pro-comunista, se pretende aquí que los propios comunistas no son capaces de entender dichas ideas. A pesar de compartir Margarita y Ángel la misma ideología su matrimonio no es duradero.

Poco antes del estallido de la Guerra Civil, Margarita se va de París donde había vivido un tiempo y se muda a Lausanne, Suiza. Durante su estancia en el extranjero

²⁸¹ Véase <http://www.wissen.de/lexikon/hildegard-von-bingen-heilige?keyword=Hildegard>, 07.07.13.

mantiene una íntima correspondencia con su amiga Aida. Cuando escribe la siguiente carta, la protagonista se encuentra en un sanatorio:

Yo también estoy desesperada. Figúrate que mi padrino ya no puede venir tan pronto como quería. (...) Por irme de aquí me iría aunque fuese a España, que es como irse a los infiernos. España se me ha hecho inaguantable por culpa de los españoles. Quitando mi padrino y tú, aborrezco a todos los demás. –Por supuesto, no vayas a creer que me son más simpáticos los franceses, los ingleses ni menos los alemanes... (199).

Es lógico que la comunista se demuestre germanófoba aunque aquí es uno de los pocos ejemplos donde lo hace tan explícitamente.

La música es, finalmente, uno de los elementos más importantes a través de la cual el narrador y sus figuras se relacionan con el mundo alemán. Ante todo es la protagonista que demuestra grandes conocimientos en música alemana.

A lo largo de la novela, Margarita y Pablo, íntimos amigos, debaten a menudo la situación política actual en España. Las vacilaciones de la anti-heroína en lo político aumentan hasta el final de la novela. En un fragmento del texto, como reacción al último debate con Pablo, Margarita:

[d]e repente se levantó con ímpetu, sentóse al piano que tenía junto a la dormilona y se puso a tocar, admirablemente, porque era una pianista consumada, pero con furia, como quien dice a zarpazos, la obertura de *Tannhäuser*²⁸². (La música era otro de sus desfogues predilectos) (253).

El conocimiento y la predilección de la protagonista por la música alemana, especialmente por la de Wagner, son contrarios a su odio hacia los alemanes (y, en consecuencia, hacia Hitler). Así, se puede suponer que el gusto particular y el arte en general están por encima de su ideología.

A pesar de que las dificultades en su matrimonio –se romperá en breve–, la protagonista expresa en la siguiente escena el afecto que aún siente por Ángel cuando compara su voz a la música de Beethoven:

Mujer al fin, aunque de las escépticas e «intelectuales», presumidas de no creer en cosa alguna de este mundo ni menos en las del otro, sentía sin embargo, cada vez más, la ternura y la fuerza de aquella voz viril tan honda, tan de adentro, y a la par tan dulce, tan clara, reveladora de una sinceridad entrañable, de un corazón magnánimo y valiente, capaz de los sacrificios más heroicos. Escuchándole se quedaba suspensa. Y con unas ganas de llorar... Como si oyese a Beethoven (275).

Se repite aquí la comparación entre la voz de un hombre querido por la protagonista – anteriormente fue Pulgarcito– y un tipo de música que le gusta; aquí la de Beethoven, antes la de Mozart. Ángel, un republicano ferviente, figura en la novela como un

²⁸² La ortografía del nombre alemán de esta ópera fue rectificada por la autora de este trabajo.

juguete para los fascistas. Lee, entre otros, a escritores alemanes como Thomas Mann, que por su postura anti-hitleriana fue exiliado de la Alemania nazi. En una carta a un amigo escribe: “Querido Fidel: Recibí tu carta de Ginebra y los libros de Gide y Tomás Mann que me enviaste de París. (...) *La muerte en Venecia* es uno de los frutos más sazonados y exquisitos de este tiempo” (354). En un primer momento, esta mención de la obra de Mann es un ejemplo más del conocimiento literario del narrador en lo alemán. Pero en un segundo momento resalta que se menciona a Mann, el anti-nazi, y no a otro escritor alemán. Con lo que, como en el ejemplo anterior de Margarita, una vez más el arte y el gusto estético están por encima de la ideología de las figuras. Así, se pueden leer estas líneas a la vez como un elemento germanófilo y anti-nazi.

A medida que va avanzando la narración, la música de los compositores alemanes se convierte en un ancla cada vez más importante para Margarita. Así, se refleja su predilección por compositores varios como Beethoven, Wagner, Chopin y Offenbach:

Estaba sola Margarita a la sazón en la sala de la quinta, sentada al piano, tocando una sonata de Beethoven. ... Se estaba así las horas muertas, despertando en la noche los sollozos de los apasionados inmortales, vibrando de emoción y *morbidezza* al desatar con sus manos ardientes y nerviosas el misterio de las «Sonatas» de Beethoven y los *Nocturnos* de Chopín, cuando no las trágicas furias del *Tristán*²⁸³, los demonios de *Orfeo en los infiernos*²⁸⁴, los galopes de *La condenación de Fausto*²⁸⁵ y *Las Walkyrias*²⁸⁶ (372).

Mientras que Jacques Offenbach es de esta lista el único músico de origen judío, son mencionados también Beethoven, Wagner y Goethe; dos compositores y un escritor muy apreciados en el Tercer Reich. El narrador subraya en esta situación además el carácter melancólico y romántico de la protagonista.

El 18 de julio de 1936, cuando “[t]odo Madrid en aquellas horas febriles resonaba como un inmenso altavoz. Los periódicos de la noche pregonados a grito herido salían echando leña al fuego de las pasiones populares” (475), el narrador incorpora una última referencia a la música alemana, otra vez desde la perspectiva de los republicanos: “Unión Radio ahogaba en torrentes de música wagneriana las noticias

²⁸³ Se refiere aquí a la ópera de Richard Wagner del mismo nombre.

²⁸⁴ La opereta del mismo título, en alemán “Orpheus in der Unterwelt”, es del compositor y director de teatro Jacques Offenbach (1819-1880) que nació en Alemania y que pasó la mayor parte de su vida en Francia (París) donde también murió (véase <http://www.wissen.de/thema/jacques-offenbach-ein-franzose-vom-rhein?chunk=leben-und-werk>, 03.07.13).

²⁸⁵ Tema claramente goethiano.

²⁸⁶ Se trata aquí de otra ópera de Wagner, de la segunda parte de la obra dramática musical *El anillo de los nibelungos*, titulado *La valquiria* (véase <http://www.wissen.de/lexikon/wagner-richard?chunk=festspielgr%C3%BCnder>, 07.07.13).

del Alzamiento militar” (475). La música sirve aquí para ridiculizar a los republicanos, y destaca al mismo tiempo su ignorancia acerca de los orígenes y el significado de este compositor en la Alemania nazi.

Al poco de comenzar la Guerra Civil, en otoño de 1936, las Brigadas Internacionales llegan a España. Para el narrador, esta intervención extranjera es la gota que colma el vaso:

Por si eran pocos los rusos hicieron su aparición las «brigadas internacionales». Húngaros, franceses, italianos, checos, alemanes, rusos, polacos, belgas, holandeses, americanos, levantinos, gentes de todas las sangres, naciones y latitudes, colmaban los «batallones fantasmas»: el «Thaelmann», el «Dimitroff», el «Dombriovvski» [sic], el «Garibaldi», el «Gastone Sozzi», el «André Marty», la «Commune»... (521-522).

En una de las últimas escenas de la Guerra Civil el narrador menciona a Manfred Stern, uno de los comandantes alemanes de la Brigada Internacional, que usó el seudónimo Kleber²⁸⁷:

En frente de la Legión, harto mermada y sin reservas, la muchedumbre de los rojos, ya en ordenadas huestes, crecía como la espuma, se renovaba sin tregua con batallones frescos y aguerridos, hechos al duro pelear en las campañas de Europa y en los presidios coloniales. Junto a los sin patria de «Kléber» se aparecían las hordas de Líster [comunista español], del «Campesino» y otros feroces indígenas, sin contar las fuertes columnas de abigarrados contingentes que guardaban el casco de la ciudad y las que emprendían rabiosos contraataques en los flancos de Talavera y de Aranjuez (533).

La novela termina cuando Pablo es detenido por los falangistas y crucificado como Jesús. Tras haberle buscado durante mucho tiempo, Margarita encuentra finalmente su cadáver debajo de un árbol:

Sintió Margarita como si el mundo entero, derrumbado de pronto, se le viniera encima y le aplastase el corazón. (...) Cuando el hermano de Benjamín y sus amigos acudieron al lugar de la tragedia y la vieron, no sin asombro y misteriosa remoción de sus almas, aún tan hundidas en los engaños y los terrores de este mundo, ya Margarita estaba en la Verdad (574).

Al ver a su amigo íntimo muerto, también fallece la anti-heroína. Sin embargo, conforme con la fe católica del narrador, encontrará a partir de ahora “la Verdad”.

En el estudio de *Cristo en los infiernos* se ha podido comprobar que la actitud germanófila que el autor mostró en sus primeras obras, como las crónicas, ha cambiado de perfil: ya no es tan explícita y también parece menos intensa. No obstante, el autor sigue manteniendo cierta fascinación por el mundo germano. Prueba de ello son sus profundos conocimientos en este ámbito que se refieren sobre todo a la música, pero

²⁸⁷ Véase la publicación de Brun-Zechowoj: *Manfred Stern – General Kleber. Die tragische Biographie eines Berufsrevolutionärs (1896-1954)* (*Manfred Stern – El general Kleber. La biografía trágica de un revolucionario profesional*, traducción de la autora). Berlin: Trafo Verlag Weist, 2000.

también a la literatura y a la política. Además del antisemitismo, también pueden ser calificadas de germanófilas todas las afirmaciones y expresiones en lo político, no solo las que van dirigidas contra los rusos, sino también, aunque menos, contra los franceses, ya que, en la época, tanto la Unión Soviética como Francia se consideran los mayores enemigos de España y de Alemania. En lo literario y musical, es interesante ver que las preferencias estéticas individuales de las figuras están por encima de su ideología política respectiva.

6. 5. Rafael López de Haro y Moya: *Adán, Eva y yo*, 1939

Carmen Muñoz Olivares²⁸⁸ facilita en su tesis doctoral, en un primer momento, unos datos biográficos de Rafael López de Haro (1876-1967):

El lugar de La Mancha en el que nació, del que en algunas ocasiones no quiere acordarse, pero al que demuestra amar profundamente en muchas más, es San Clemente, pueblo manchego de la provincia de Cuenca, en una casa de la calle de la Compañía, hoy de López de Haro, según muestra una placa que sus paisanos le dedicaron en homenaje tributado el año 1924 (Muñoz Olivares 1990, I: 66 y 67).

El escritor “[m]uere en Madrid, ..., un martes santo, el día 21 de marzo de 1967, a las cinco de la tarde, [nota al pie: muere de cáncer, aunque él desconocía este extremo]....” (Muñoz Olivares 1990, I: 89).

Acerca de la carrera profesional de Rafael López de Haro es sabido que fue “notario, autor dramático algo tardío, con pretensiones no del todo infundadas de originalidad teatral, y sobre todo, popular y fecundo novelista ...” (Nora 1963: 399).

Su novela *Adán, Eva y yo* muestra grandes rasgos autobiográficos: el protagonista Miguel, al igual que el autor López de Haro, proviene de una familia numerosa con problemas económicos y también sufre de estrabismo hasta los dieciséis años (Muñoz Olivares 1990, I: 67). Otros paralelismos entre Miguel y López de Haro son las profesiones de sus padres (ambos son jueces), la carrera universitaria (de Derecho) y la gran afición por la literatura. Por último, ambos se dedican a la labor periodística:

Un modesto periódico semanal de la ciudad da a conocer sus primeros versos y cuentos, a la vez que trabaja como escribiente en el Registro de la Propiedad hasta que le consiguen una plaza de escribiente segundo en la Jefatura de Obras Públicas de Cuenca, puesto que desempeñará más tarde en Ciudad Real, donde ingresa en la redacción del diario *La Tribuna*, con ocho duros de remuneración que junto al sueldo como escribiente le permiten vivir con cierto desahogo. Es asiduo también de otros periódicos

²⁸⁸ Ya que el estudio de Muñoz Olivares es exhaustivo, ha resultado clave para el presente capítulo. Citaré a continuación de Muñoz Olivares, Carmen. “Vida y obra de Rafael López de Haro y Moya, vol. I y II”. Tesis doctoral, Tarragona: Universidad de Barcelona, mayo 1990.

como *El Labriego*, aunque en realidad sus primeros versos los escribe a los catorce años. (...) Aparece luego su firma en *Madrid Cómico* que se distinguió por sus ataques antimodernistas, sobre todo en el período en que estuvo bajo la dirección de Leopoldo Alas «Clarín» (Muñoz Olivares 1990, I: 70).

Cuando estalla la Guerra Civil, López de Haro se encuentra con su familia en Barcelona, pero al final de la guerra se va a la capital española:

Antes de marchar a Madrid se publica una de las mejores novelas largas del autor: *Adán, Eva y yo* (1939), ... que había ido escribiendo durante el periodo bélico, cuyas cuartillas iba escondiendo, encerradas en tubos de cristal esmerilado, de los empleados para envasar gasas asépticas, enterrándolas al pie de los avellanos de la finca donde estaba la familia cobijada [en Barcelona]. La novela la publica en esta primera edición la Casa Editorial Araluce, ... en ... Barcelona (Muñoz Olivares 1990, I: 87).

Estos datos biográficos revelan que el novelista no reside en ningún momento de su vida en Alemania. Sin embargo, López de Haro muestra durante su carrera literaria una actitud sumamente germanófila y filonazi. La presente novela, su obra más autobiográfica, es un buen ejemplo de ello.

Nora apunta sobre las peculiaridades del estilo literario de López de Haro:

..., con pretensiones ... en parte «heredadas» ya de Trigo y comunes a todo el grupo, en parte resultantes de una especial situación literaria (así la sorprendente preocupación de estilo – sorprendente en escritores más bien chabacanos –, se explica por tratarse de inmediatos contemporáneos del modernismo y del 98), o de una determinada y típica posición social (ofreciendo en su activo la lucha contra las «convenciones burguesas» – aunque sólo contra las más visiblemente inútiles y opresivas desde el punto de vista de los escritores, todos ellos ególatras –; como rasgo vergonzante, el perecerse, con sensibilidad perfectamente «cursei» de clase media del «quiero y no puedo», por los decorados fastuosos, los personajes nobiliarios, las formas de vida «distinguidas», etc., y la correspondiente y ostensible afectación de desprecio por la «masa» de quien a toda costa quiere y necesita separarse y diferenciarse de ella)...; en otros aspectos, López de Haro ofrece una personalidad marcada, propia, aun relativamente compleja (Nora 1963: 399-400).

Por otro lado, Rodríguez-Puértolas y Soldevila opinan sobre el carácter bélico e ideológico de la obra del autor:

El narrador «galante» Rafael López de Haro ... publicó en 1939 tres novelas sobre la guerra civil, con la inevitable división del mundo en *buenos y malos*: *La herida en el corazón*, *Fuego en el bosque*, y la más interesante de ellas, *Adán, Eva y yo* ..., que ha sido definida así (Rodríguez-Puértolas 1986: 395): «Empezada antes de la lucha y modificada luego para situar en ella la muerte de su héroe, narrador en primera persona de su propia historia desde ultratumba, a través de una médium. Es éste un personaje donjuanesco que va evolucionando hacia una politización cada vez mayor y que terminará fusilado por un Tribunal popular durante la guerra. La novela es, sin duda, el alegato antisemítico más voluminoso de la literatura española y muy en la línea de toda la ola de antisemitismo que precedió a la exterminación de los judíos europeos. Todos los males de España – y del mundo, naturalmente – se explican en la terrible conjura sionista» (Soldevila 1982: 23-24).

Es preciso tener en cuenta que López de Haro demuestra en varias ocasiones literarias que es partidario de las ideas de la extrema derecha no solo en cuanto a su actitud antisemita sino también cuando se pronuncia en contra del comunismo y de la francmasonería (Muñoz Olivares 1990, I: 251).

Otro crítico literario caracteriza la división de la obra de López de Haro en diferentes grupos:

El propio autor, en carta a Cejador divide su producción en tres apartados o bloques que vendrán delimitados por el tema básicamente: «Este novelista clasifica sus obras en novelas de la vida, de la carne y de las almas. Sin duda las de la carne son concesiones al bolsillo: se escriben para ganar dinero (...) Sus novelas de la vida son las más intensas» (Cejador y Frauca, J.: *Historia de la lengua y la literatura castellanas*. Tomos XII, XIII, XIV. Gredos. Madrid, 1972. Pág. 213, citado por Muñoz Olivares 1990, I: 193-194).

Así, *Adán, Eva y yo* podría pertenecer tanto al grupo de las novelas de las almas como a las de la vida. Según Muñoz Olivares (1990, I: 240), las “novelas de las almas” son obras “con una declaración de intenciones más que de hechos reales en aquel momento”. Otra distinción diferencia además entre ‘novelas cortas’ y ‘novelas largas’ y sitúa a la presente obra en el segundo grupo.

Tanto *Adán, Eva y yo* como la novela posterior *Interior iluminado* (1945) se diferencian algo de obras anteriores del autor:

El entorno social, sobre todo, es el que impulsa a[l protagonista] Miguel a actuar de determinada forma. Ciertamente que el autor pone en esta novela especial cuidado en presentarnos al protagonista también desde dentro, tanto que va a ser su espíritu el que nos va llevar de la mano a través de la narración, para que conozcamos a Miguel. Pero este actúa por los estímulos negativos precisamente porque chocan frontalmente con su forma de ser y pensar y, a remolque de estos, actúa pero después de analizar lo que a su alrededor ocurre. Lo que puede inclinar la balanza hacia uno u otro grupo será, en todo caso, la intensidad de la presión ejercida en una u otra dirección. Si es superior el interés del autor por descubrir, tras la agresión externa, la actitud, lucha y disposición íntima de los personajes, el platillo se inclinará al tercer grupo; si no, al primero. Y esta creemos que es la intención del autor: poner en claro la lucha ideológica y la justificación de la postura política de Miguel, trasunto del propio López de Haro con lo que su permanencia en el grupo de las almas queda justificada, es aceptable aunque no indiscutible (Muñoz Olivares 1990, I: 243).

A pesar de que la novela *Interior iluminado* fue excluida del presente trabajo por no tratar el tema alemán, resultan interesantes las comparaciones entre ésta y *Adán, Eva y yo*. Se conoce en ellas el estilo y la estructura literarios de López de Haro durante la Guerra Mundial. Ambas obras enfocan en el interior de sus figuras:

El interés por analizar el mundo interior de los personajes, utilizando una u otras técnicas, - diarios, conciencia, soliloquios.. -, lleva consigo que no exista apenas interés por el medio externo que lo rodea como no sea, en algunas ocasiones, para establecer una correspondencia entre la naturaleza y el estado anímico de la persona. Lo que en

otras narraciones ha constituido uno de los pilares básicos de la estructura narrativa, aquí apenas merece la atención, requerido como un elemento más, necesario para la ubicación espacial, pero sin mayor transcendencia (Muñoz Olivares 1990, I: 246).

Por estas razones, es imprescindible incluir *Adán, Eva y yo* en un estudio de literatura española en el que se analizan los elementos germanófilos y filonazis.

Gran parte de la novela se desarrolla en Madrid, a excepción de la infancia del protagonista, que dice haber nacido en la ciudad ficticia Ibérica: “Como Ibérica es una ciudad asentada en un cerro y el convento se edificó susano, desde la gran ventana del comedor se veía un panorama extenso” (López de Haro 1939: 15²⁸⁹). Se indica que Ibérica está en Castilla, sin concretar en qué parte y la historia se sitúa a principios del siglo XX. La novela se divide en diecisiete bloques grandes que, por su parte, están subdivididos en capítulos cortos.

Toda la obra se centra en la trayectoria de Miguel, nacido en 1901. Con lo que es preciso resumir los primeros años de la vida del protagonista que él mismo recuerda al lector al inicio de la obra. Pasa la primera parte de su infancia en Ibérica. A partir de los doce años veranea siempre en París y descubre así el mundo francés. Los dos últimos años del bachillerato, después de la muerte de su padre, se aloja en casa de su hermano Félix que vive en Galicia. Como señala Muñoz Olivares (1990, I: 244), *Adán, Eva y yo* y otra novela del mismo autor, *Un hombre visto por dentro* (1924), “... presentan al protagonista desde su niñez hasta la muerte o no sabemos qué punto de la vida del mismo, aunque en todo caso una situación de ruptura con su anterior postura ...”.

La novela se inicia con un protagonista que se presenta de forma algo particular. Aunque la obra se narra desde su perspectiva, en primera persona del singular, cambia a veces a la tercera persona. De esta manera se subraya la doble identidad que el protagonista cree tener. Si se añaden las perspectivas de otras figuras narrativas, esta novela cuenta con una “multiplicidad de puntos de vista” (Muñoz Olivares 1990, I: 245).

El protagonista, de nombre entero Miguel Lobo de Carpio Bariño, es abogado y escritor. A sus 37 años, a punto de ser fusilado por los republicanos, quiere dejar a la posteridad sus memorias, la obra que presenta a continuación (López de Haro 1939: 9 y 61). Como ya se mencionó anteriormente, estas memorias se narran, pues, “desde ultratumba, a través de una médium” (Soldevila 1982: 23).

²⁸⁹ Las indicaciones de página se refieren en lo que sigue a Rafael López de Haro y Moya (1939): *Adán, Eva y yo*, Casa Editorial Araluce, Barcelona. A excepción de las citas, la obra será abreviada por *Adán*,...

Así, Miguel resulta ser una figura de difícil acceso, ya que posee características sobrehumanas. En la primera presentación de su persona, sumerge al lector en un mundo surrealista:

Yo soy aquel a quien habéis llamado con temeraria obstinación. ¿Espíritu? ¿Pensamiento? Para el caso es lo mismo. (...) así yo me muestro a vosotros después de haberme ido y hablo y siento a partir del último latido de mi corazón. Licencia, de siempre concedida a los poetas y noveladores, es esta de hacer hablar a mitos y fantasmas de Esopo acá; por cuya taumaturgia verbo y verbo sabio tuvieron animales, esfinges, estatuas e innumerables ánimas del otro Mundo. Una de ellas soy y al servicio me pongo de un escritor que usa de tan sobrehumana potestad (López de Haro 1939: 9).

El protagonista alude aquí a la divergencia entre su primer y verdadero 'yo' y su segunda personalidad, sus capacidades sobrehumanas. Más adelante la divide incluso en tres diferentes personalidades, tanto reales como espirituales. Según las siguientes palabras de Miguel, tiene una obligación casi divina de contar su historia, repitiendo:

Yo soy a quien habéis llamado. (...) Desde entonces, yo, alma, subconsciente, he acudido a sus evocaciones y requerimientos y aun frecuentemente, cuando él más olvidado me tenía, quise atraerme su atención sin que nos entendiéramos nunca porque su ceguedad y sordera nos comunicaban como abismos infranqueables; con lo que ni él me encontraba a mí, en su afán de saber, ni yo a él en mis intentos de que supiera; y así han corrido los milenios en porfía dolorosa persiguiéndonos sin alcanzarnos el hombre y yo, vecinos y lejanos, separados e inseparables (9).

Al parecer, durante toda su vida se ha buscado a sí mismo, a su verdadera personalidad, pero sin tener éxito. Dirigiéndose al lector considera que éste no sería suficientemente inteligente como para poder comprenderle:

Para que me entendáis un poco, como ave que renunciando a volar se embarca, a bordo de las palabras cruzo el abismo y voy a vuestra ribera. Necesitáis todavía la tosquedad limitada y absurda de este medio de expresión, orgullo de la especie y hasta por algunos llamado don divino (9).

Miguel recurre aquí a la metáfora del pájaro para explicar su presencia desde el otro mundo. Opina que sus memorias son la única vía posible para hacerse entender con los humanos. Pero no precisa si se dirige realmente a un lector o si busca el diálogo con su segundo 'yo'. Resalta el tono despreciativo de sus palabras cuando apunta: "Los hombres son, por regla general, generalísima, muy poco inteligentes y aun aquellos que lo parecen una pizca, tienen obturadas las entendederas;" (10). Habla aquí desde la misantropía y, en consecuencia, pide al lector que no siga leyendo sus memorias.

En lo sucesivo el narrador presenta a los familiares de Miguel. Destaca que las mujeres, como en otras obras, también ocupan un puesto central en esta novela:

Si sus obras por algo se distinguen es por la presencia continua de gran número de mujeres. Hermosas, extraordinarias, educadas... No abandona *Adán*, *Eva* y *yo* esta tendencia y a lo largo de la misma van a aparecer gran cantidad de ellas; siempre actúan

como elemento decisivo en la vida de Miguel. Tanto que por ellas es por quien y por lo que únicamente el joven abogado pierde su equilibrio (Muñoz Olivares 1990, II: 284-285).

Las primeras mujeres que influyen en la vida del protagonista son sus hermanas Aurelia, Carlota y Margarita, además de su madre y María, la criada de la familia. Otra mujer de cierta importancia es su prima Herminia con la que veranea durante unos años. Pero quien le marca sobre todo es Matilde, una amiga de sus padres. Con todo, la figura femenina clave para la presente historia es Tamara, la hija de unos amigos de Matilde.

Las experiencias de Miguel durante su infancia y juventud son significativas para su futuro desarrollo y sus posiciones políticas como adulto. Así, se va marcando su camino hacia una postura antisemita y, más adelante, también hacia una actitud pro-franquista y filonazi.

Al igual que sus seis hermanos, el protagonista sufre de pequeño de difteria. A través de esta enfermedad siente por primera vez la cercanía a la muerte. Además, su primera infancia está notablemente marcada por el profundo amor que siente por su madre ya que su padre, también abogado, es una persona muy respetada por todos los miembros de la familia, pero más distanciada.

En el tercer capítulo, titulado “Ascendientes”, el narrador expresa por primera vez sus ideas deterministas cuando reflexiona sobre el origen de los seres humanos:

La herencia biológica le sitúa a uno en la Naturaleza como la herencia civil en la Sociedad; nacemos perteneciendo a una variedad de la especie humana, dentro de la variedad a una familia y dentro de una familia a una estirpe... . Nadie acertó, por ahora, a definir y distinguir las diferentes razas blancas, pero lo cierto es que existen y que corre a lo largo de la historia de cada una de ellas algo como una médula racial determinante de caracteres invariables, que en todas se advierte una tendencia endógama [sic] y una fuerza biológica incesante y cuidadosa de reproducir el prototipo (López de Haro 1939: 12).

Como se verá más adelante, el origen de las razas en general y de “las razas blancas” en específico es un tema que le preocupa bastante, hasta en algunos fragmentos del texto se convierte en una obsesión. En este contexto, Miguel menciona su propio árbol genealógico, remontando hasta la Reconquista:

Ateniéndome, pues, a mi árbol genealógico, encuentro mi primer ascendiente notorio como señor de mesnadas en los ejércitos de Alfonso VI. Puesto que ya se le designaba por su apellido, hay que suponer que éste venía de un par de generaciones antes por lo menos. Don Yago Lobo de Carpio debía traer sangre de algún otro noble visigodo de los que se replegaron cuando la invasión árabe a los Pirineos para iniciar la reconquista poco después. (...) Los Lobo de Carpio brillan en cortes sucesivas, algunos dictan leyes que por discretas se han hecho famosas, otros escriben de ciencia jurídica, otros pasan de guerreros a políticos encumbrados por la dinastía de los Austrias [sic]; con la que se eclipsa su poderío, pues no hallo mención de ellos en los anales (13).

Destaca que tanto los rasgos físicos de Miguel como sus características interiores cumplen con el ser humano 'ideal' que proclaman los nazis:

Por la línea paterna soy, pues, ario, noble y radicalmente español (...) La mayor parte de los Lobo de Carpio fueron y son rubios, separándonos de esta regla tres hermanos míos y yo. En cuanto a rasgos peculiares de carácter, puedo decir poca cosa. Creo que somos altivos, ambiciosos y sensuales (13).

Mientras estas características son connotadas de manera positiva, se desprende de otro fragmento del texto que Miguel sufrió durante su infancia de su físico no muy agraciado:

En la alcoba de mis padres había un mueble que llaman vestidora ..., o familiarmente espejo de cuerpo entero; frente a él, me senté yo y me encontré mi imagen, vi al niño que era yo, le miré cara a cara, le conocí. Era un niño larguirucho, carniseo, feo, las piernas de palillo de tambor, el pelo laxo, el rostro alargado de una palidez verdina y los ojos, los horribles ojos, estrábicos. No me miraba, no le miraba yo a aquel bizco más que con un ojo, el derecho en mí, el izquierdo en él, que parecía guiñarme burlón allende el espejo, el otro ojo se viraba hasta casi esconder su iris en el lagrimal (23).

Es de suponer que este físico, que además de convertirle en víctima en el patio escolar, fomenta la búsqueda de sí mismo. Así, el niño intenta compensar estos rasgos físicos no favorables estudiando mucho y consigue resultados escolares positivos. A partir de entonces, su personalidad se divide en tres:

El asunto se empezaba a complicar. Existían físicamente dos Migueles: uno el de carne y hueso que iba tan contento por la calle, y otro, el de la inscripción de nacimiento, el expediente escolar metido en un legajo entre dos cartones y atado con balduque; un Miguel de carne humana y otro de papel. Y existía «yo» el que os habla, el que lo cuenta, aquel a quien habéis llamado espíritu, pensamiento, alma... en suma «yo». Yo que contemplaba a los dos Migueles separados, uno aquí caminando hacia su casa y el otro espetado en la tablilla de anuncios. Miguel hombre, Miguel alumno y este otro inmaterial aquí presente: ¡chilindrón! (38).

A sus doce años, durante un verano en casa de su prima Herminia, Miguel parece superar sus malas experiencias escolares: aprende a nadar, cura su estrabismo y se dedica a la lectura de Galdós, Espronceda y Víctor Hugo. En este momento, conoce a Matilde Somonte, una vecina de la familia de treinta años que vive separada de su marido. Para ambos, la literatura es uno de sus temas predilectos y conversan a menudo sobre ella. Desde el primer momento resalta la actitud antisemita de Matilde que comenta, de manera despectiva, sobre Galdós: “«Yo algunas veces pienso si será judío»” (61). También hablan de escritores como Felipe Trigo, que se dedica sobre todo al erotismo, y de Baroja. En este contexto, el protagonista anota sus propios gustos y conocimientos literarios, remontando atrás en el tiempo: “Han pasado veinticinco años desde entonces. He leído a Trigo, he leído a Freud. (...). Y en cuanto a pudibundez, me

quedo con Trigo” (61). Prefiriendo la obra de Trigo a la de Freud, no se muestra aquí (aún) demasiado germanófilo.

Al igual que el protagonista de su coetáneo Alfaro Polanco, Miguel menciona haber leído las obras del monje Kempis²⁹⁰. Pero no parece estar conforme con sus ideas cuando dice de “parodiarlo”, hablando de él en medio de unas reflexiones sobre el fútbol:

Quise darle gusto frecuentando la sociedad de mis condiscípulos a los que había de buscar en los cafés o en los estadios y puedo asegurar que el resultado fue contraproducente; parodiando el Kempis pude decir: «Cada vez que estuve entre los hombres, volví menos hombre»; cada vez que estuve entre los muchachos, volví menos muchacho (66).

Otra vez en España, un día Matilde le presenta a Miguel a sus amigos franceses, la pareja Ledoux y su hija Jeannette. Matilde subraya que el señor Ledoux es “un famoso artista francés venido a España con el propósito de pintar una colección de paisajes con los que haría en Otoño una Exposición [sic] en París” (68). Debido a este encuentro, Miguel pasa un verano con la familia en Francia. Matilde le acompaña y se convierte en una figura influyente y de referencia para el protagonista. Preparándose a este su primer viaje, Miguel se dedica con afán a estudiar francés.

Una de las primeras situaciones claves de la infancia de Miguel se ofrece cuando, a través de los franceses, conoce a una familia judía. Así, Matilde le presenta a Miguel un día a la familia Benamán, amigos de los Ledoux. Entonces, el protagonista se enamora de la hija de los Benamán, Tamara, que tiene su edad. Cuando Matilde se percata del enamoramiento de Miguel, le habla de los orígenes de esta familia. Así, expresa claramente su actitud antisemita – postura que el joven no tardará en adoptar. Dice Matilde:

No creas que no lo he visto: [Tamara] tiene once años de edad y veinte de malicia. De herencia le viene. Su padre es un formidable jugador; se tantea siguiendo no sé qué combinaciones. El caso es que ha hecho saltar dos veces la banca del Casino y que los empleados andan locos. [Después, Matilde le regala algo de dinero a Miguel para que tenga con qué divertirse:] Quiero que gastes algo más. Pero no en obsequios a Tamara. Los Benamán son sefarditas, judíos, ¿sabes? En la intimidad hablan castellano. (...) No me pidas más explicaciones. Afortunadamente esto se acabará y no la volverás a ver (77-78).

Estas palabras son motivo para que el niño Miguel reflexione sobre la religión judía:

Mi idea de los judíos era entonces muy vaga. En las lecciones del Instituto se les mencionaba muy raramente; en resumidas cuentas, yo sólo sabía que la Reina Católica

²⁹⁰ Recordemos que este monje también aparece en *Leoncio Pancorbo*, de Alfaro Polanco (véase capítulo 4. 1.). Mientras entonces sirve para contraponer la fe decreciente del protagonista en Dios y las ideas anticristianas de Nietzsche, aquí tiene aún una peor connotación.

los expulsó de sus dominios. En la literatura que me había caído en las manos, las palabras judío y usurero venían a tener la misma explicación. Para mí un judío era un viejo narigudo, con birrete y levita lardosos, que arruinaba sin piedad a sus deudores y que tenía enterradas en su casa muchas talegas de onzas de oro. Contra esta imagen repulsiva, luchaba la explicación del Catedrático diciéndome que la expulsión de los judíos fue un grave error de doña Isabel porque con ellos se fue de España el espíritu comercial y progresivo. En resumen, no sabía a qué carta quedarme. El saber ahora que los Benamán pertenecían a esa raza misteriosa despertó mi más viva curiosidad (78).

Mientras el joven repasa en estos instantes sus conocimientos previos sobre los judíos, adquiridos en el colegio y en la literatura, expresa a la vez su deseo de saber más sobre “esa raza misteriosa”, y en específico sobre Tamara.

En una conversación entre Miguel y el padre de Tamara, el último le pregunta al protagonista por su origen familiar. Benamán comenta la respuesta de Miguel con las siguientes palabras: “Alfonso VI, Alfonso VIII, Pedro I. Es usted español de abolengo por los cuatro costados, amigo mío” (79). A pesar de tratarse de un cumplido por parte del judío, Miguel, en un monólogo interior, lo interpreta de manera negativa: “«Contéstale chafándolo, Miguel; no toleres que se trate desdeñosamente tu nacionalidad»” (79). A continuación, Miguel recuerda un romance (ficticio) en el que aparece el apellido Benamán en las crónicas de Córdoba y de Toledo. Pero además de su reacción anterior, no efectúa ningún comentario antisemita.

Cuando el protagonista, Matilde, los Benamán y los Ledoux se van de excursión, Miguel ve confirmado sus estereotipos sobre los judíos. Durante el viaje, el señor Benamán les compra regalos caros a todos y resalta así su riqueza. Los presentes expresan su incomodidad frente a estos obsequios y el pintor Ledoux y su esposa a los que Benamán ha regalado un juego de té chino opina:

¡Un juego de té de dos mil francos! No has debido aceptar. – ¡Era imposible rehusarlo! – ¿Que se propondrá ese judío? (...) Ya conozco al hombre; es incapaz de gastar un franco que no le pueda reportar cien. Nada de galanteos, negocio siempre. – ¿Planeará alguno con tus cuadros? – (...) Con obras de arte, no suelen ellos traficar; no caben en el bolsillo. Más bien sospecho que maquina algo, en que intenta valerse de nuestras amistades; para eso frecuenta mi estudio donde puede conocer a personas de importancia. Desconfiemos. Cuando volvamos a París será conveniente ponerles un poco a distancia a estos Benamán. – Después de tu exposición. Ha de comprarte una tela y pagártela bien (80).

Los Ledoux malinterpretan el acto de regalar de Benamán y, buscándole un motivo, se suman a la línea antisemita de Matilde. Cuando además anuncian que quieren exigirle una buena cantidad de dinero por comprar un cuadro suyo demuestran su felonía.

Poco después, el padre de Miguel muere – acontecimiento que le sirve de motivo al protagonista para intensificar sus estudios y así, en cierta manera, cumplir los deseos

de su padre. Apunta: "... mi padre había muerto con la ilusión de que yo aprendiese idiomas para seguir un día la carrera diplomática" (95-96). En este contexto, el joven vuelve a enfrentarse con la temática judía cuando un día, a fin de tomar prestado algunos libros, va a la biblioteca de su amiga Matilde. En seguida, le saltan a la vista los siguientes títulos: "«El pueblo judío», «Los judíos en España», «La judería internacional»" (99)²⁹¹. Miguel explica su curiosidad frente al tema judío a su profesor de francés, el Hermano Demetrio:

Si me dicen: «Ese es un inglés», ya sé que es un inglés; «ese es un francés», ya sé que es un francés. Pero si me dicen: «Este es un judío», me parece que no me han dicho nada; no sé dónde situarlo (99).

El Hermano aprovecha la ocasión para animar a Miguel en su curiosidad y le contesta con un discurso antisemita por excelencia:

[A los judíos les tienes que situar e]n ninguna parte y en todas. Esa es su característica: la dispersión. Raza frustrada. Al matar a Cristo, se mató a sí misma. Desde entonces anda buscando lo que no encontrará nunca: la continuación de su historia. Siempre oírás decir: «el pueblo judío», jamás «la tierra judía». Errante será siempre, porque carece del sentimiento constructivo de nacionalidad. No ama la Naturaleza ni nada estable; olvidó su idioma y usa cualquier otro, de prestado. Tampoco ama el trabajo. Siempre ha vivido del trabajo de los demás. No es guerrera; para ganar batallas necesitó el milagro. No cultiva el suelo; sólo codicia lo que se puede transportar y esconder: el oro, las piedras preciosas, los tapices, las mercaderías, las acciones de Bancos, los títulos de empréstitos, cosas que produzcan beneficio sin el esfuerzo de su poseedor. Siente la secular amargura de su fracaso, y como se sabe incapaz de consolidar un Estado y dominar un territorio, su afán es destruir todos los Estados del Mundo. Raza parasitaria por excelencia, chupa la sangre del cuerpo social en que se introduce. De vez en cuando las naciones se rascan y se quitan unos millares de parásitos. Esas son las matanzas de judíos que, con frecuencia, advienen (99-100).

En este momento, el religioso atribuye todo tipo de características negativas al judío: menciona su codicia sin límites, ligada a su gran capacidad y conocimiento de comerciante de bienes valiosos. También subraya su falta de arraigo terrenal como algo negativo y plantea la imagen del judío como un desarraigado inculto (en el sentido de que le falta en general una cultura en qué basarse). Le caracteriza de perezoso para ejercer cualquier trabajo. Finalmente, le atribuye ambiciones de querer destruir los demás países. Además insulta a los judíos de "parásitos por excelencia" contra los que solo hay un remedio: matarles. Así, el Hermano, de manera aún más ferviente que Matilde, es una de las figuras más antisemitas de este relato que influye notablemente en el protagonista.

²⁹¹ Estos tomos recuerdan las lecturas de Hitler, entre otras: *Das Handbuch der Judenfrage* ('El manual de la cuestión judía') de Theodor Fritsch, *Geschichte des Judentums* ('La historia del judaísmo') de Otto Hauser y *Der internationale Jude* ('El judío internacional') de Henry Ford (véase Zentner 1992: 16).

En este contexto, resulta interesante mencionar algunos ejemplos del antisemitismo español, arraigados en la cultura popular. Así, el lenguaje popular con frecuencia es un reflejo de la imagen negativa que se tenía de los judíos, que desde hace mucho tiempo fueron considerados inferiores a los cristianos. Los insultos reflejan esta inferioridad: “En la misma provincia de Burgos ha existido hasta hoy la creencia de que quien escupía a otro era «un judío» (Pedrosa 2007: 36). Otro ejemplo es la expresión ‘matar judíos’:

En muchos pueblos de España se conserva hasta hoy la tradición llamada por la desgraciada y apabullante perífrasis de matar judíos. En la ciudad León es donde se conserva su variedad más inofensiva – en todo menos en lo lingüístico –, porque allí sigue siendo absolutamente común salir a tomar vinos la mañana del Viernes Santo e identificar esa costumbre como *matar judíos...*” (Pedrosa 2007: 37).

Como además apunta el mismo crítico literario, se cuenta en la cultura popular con un gran número relativamente amplio de refranes y chistes sobre los judíos (Pedrosa 2007: 53-55). Sirvan estos ejemplos para contextualizar la invectiva del Hermano. A Miguel le parece tan interesante el discurso de su profesor que lo anota en su cuaderno.

Mientras tanto, el protagonista continúa sus estudios en el instituto. Entre otras cosas, también lee alguna obra de Marx. Pero no se muestra conforme con la idea de la homogeneidad del proletariado, con lo que apunta una primera pequeña referencia anticomunista.

La quinta parte de la novela ya se sitúa en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Miguel viaja entonces en tren a Galicia para ver a su madre, su hermana Margarita, su hermano Félix y la mujer de éste, Maruja. Ahí es testigo de los comentarios de los viajeros acerca del asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria:

Esto será la chispa que provoque el incendio. – ¿Usted cree? – Vaya si lo creo. Alemania está buscando un pretexto para lanzarse sobre Francia. – ¿Sobre Francia? Permítame usted ver las cosas de otra manera. A Alemania le interesa Francia muy en segundo término. Es Francia la que tiene clavada en el corazón la espina de Sedán. – Usted no conoce a los alemanes. Yo sí: yo he viajado por Alemania, yo he estado en Berlín. Aquello es un cuartel, señor, un inmenso cuartel. Y Guillermo II, desde que despachó a Bismarck, no da pie con bola. Ha fomentado el militarismo hasta la exageración. Allí el que no es oficial del Ejército, no es nadie. Y, naturalmente, el militarismo propende a la guerra. – ¿Y por si no fuera así? Yo también he viajado por Alemania. Yo por Francia y por Inglaterra además. Inglaterra venía monopolizando los mercados del Mundo; Londres era una ventosa que chupaba todo el dinero de Europa, de casi África, de casi Asia. Y se va encontrando con que Alemania fabrica, produce mejor, más nuevo, más barato y empieza a vender tanto como Inglaterra, y pronto venderá más. (...) – Ya verá usted como es Alemania quien se lanza. – Alemania hará todo lo posible para que la dejen seguir trabajando tranquilamente. – Alemania es un país estatista, absorbente, enemigo de la Libertad.... (López de Haro 1939: 113-114).

Según quien se pronuncia, los comentarios sobre Alemania no siempre son favorables. Miguel, por su parte, se da cuenta en estos momentos que sabe poco del país germano: “De aquello de Sedán, M. Maubert²⁹² no me habló nunca. Ni de Alemania tampoco. Creo que no le oí nombrar ni una sola vez esta nación. Tampoco sabía yo gran cosa de otras fuentes” (114). No obstante, a pesar de sus escasos conocimientos históricos y de su abierta francofilia debido a su educación, Miguel descalifica la actuación francesa y, en consecuencia, toma partido por los alemanes: “Mis interpretaciones de la Historia, de la poquísima Historia que yo, a mis catorce años conocía, era bien simple [sic]; y, en mi simplicidad, aquella conducta del pueblo francés me pareció injusta” (114). Aunque sea breve, esta interpretación de los hechos puede considerarse uno de los primeros elementos germanófilos expresados abiertamente.

En el mismo contexto se efectúan más comentarios antisemitas. Así dice uno de los viajeros: “Esta guerra probable la causarán solapadamente los ingleses, la sufrirán más que ninguno los franceses y la aprovecharán en definitiva los judíos” (114-115). Comentario que le sirve a Miguel para acordarse de Tamara que no ha visto en mucho tiempo.

Al estallar de la Primera Guerra Mundial, el protagonista critica la posición política de España:

Si al principio de la gran guerra el pueblo español llega a tener aprendidas las lecciones de Geografía y de Sociología que le fueron dadas en las informaciones y mixtificaciones [sic] de la Prensa, difícilmente nuestra nación hubiese permanecido neutral. Desgraciadamente, la clase media no sabía nada de nada, y así fue fácil sembrar en terreno virgen tres ideas: la primera no intervenir, acogida por el egoísmo de todos; y las otras dos llamadas germanofilia y francofilia distribuidas, por regla general en la misma proporción que de lectores tenía el periódico que las propagaba (119-120).

Con lo que se manifiesta el espíritu pro-bélico de Miguel.

Poco después, debido a sus buenos conocimientos de francés, Miguel consigue por don José, un conocido de su hermano Félix, un trabajo de secretario. Su labor consiste en traducir cartas del francés al español y por ello debe efectuar una estancia en París. Cuando entonces pasa por los edificios más turísticos de la capital francesa se acuerda de sus amigos: “..., empecé a pensar en hacerles una visita a los Ledoux y otra a los Benamán. Por cortesía” (123). Cumpliendo con su propósito, conversa en casa de los Ledoux con el padre de la familia sobre política, pero también se menciona también a la amiga común Matilde. Esta, entretanto, no solo se había casado sino también

²⁹² Se trata aquí de un señor francés que Miguel conoció por Matilde.

separado. En estos momentos, ya se había reconciliado con su ex-marido, un senador y defensor de la causa alemana. Ledoux sospecha entonces que los españoles estarían del lado de Alemania y tras mostrar su propia posición pregunta a Miguel respecto a su postura:

¡Desde luego! ... Amigo de Alemania. Allí [es decir, en España] tiene muchos amigos Alemania: los neos, los antiguos carlistas, las beatas... ¡y los toreros! ¡España! Tú también serás germanófilo. ¿No? – [Miguel contesta:] Yo no entiendo de eso, señor Ledoux. – ¡Te harán germanófilo! Y lo pagaréis muy caro. Francia no olvida, Francia, más pronto o más tarde, se tomará su revancha (124).

Una vez más se subraya el proceso mental del protagonista que aún no ha encontrado una posición determinada sino que solo la va formando.

Al día siguiente, el protagonista les hace una visita a los Benamán. Tamara, que ahora ya tiene quince años, le informa a Miguel que las relaciones entre su familia y la familia Ledoux se han roto:

Pues ya no nos tratamos. Les ha entrado aquí a todos la manía persecutoria del espionaje. Me dijo que yo debía ser pariente de Dreyfus. – ¿Quién es ese Dreyfus? – Se trata de una historia vieja que no hace al caso. La cuestión es que me lo dijo para ofenderme (127).

En este contexto, es interesante considerar los apuntes de Böcker acerca de la relación entre el caso Dreyfus y el antisemitismo español:

Seit der Dreyfus-Affäre war der moderne Antisemitismus in Spanien vielmehr dem Einfluss ultraorthodoxer katholischer Autoren aus Frankreich zu verdanken. Je weniger orthodox sich spanische Autoren im Religiösen zeigten, desto geringer war ihre Neigung zum Antisemitismus. Der verspätet auftretende spanische Faschismus war daher während der republikanischen Jahre die am wenigsten antisemitische Bewegung der spanischen Rechten (Böcker 2002: 6)²⁹³.

Miguel, sin embargo, que parece desconocer el caso Dreyfus ya ha adoptado una posición antisemita. Mientras tanto, sigue aparentando que es ignorante, y por ende indiferente, en lo político.

Cuando a continuación Miguel y Tamara pasean por París, ella le enseña los restaurantes más caros y lujosos de la ciudad. Mostrándole además tiendas de ofertas baratas cumple con el estereotipo del judío rico y astuto. Miguel, por su parte, sigue estando enamorado de la chica.

²⁹³ “Desde el caso Dreyfus, el antisemitismo moderno en España fue más bien debido a la influencia de escritores católicos ultra-ortodoxos proviniendo de Francia. Cuanto menos ortodoxo se mostraron los escritores españoles en lo religioso, tanto menor fue su inclinación hacia el antisemitismo. El fascismo español que surgió tarde fue, por tanto, durante los años republicanos el movimiento menos antisemítico de la derecha española”, traducción de la autora.

A la vuelta de París, el héroe narrativo decide proseguir sus estudios a cuenta propia. En Galicia convive con su hermano, su cuñada y la hermana pequeña de ésta, Moncha, de doce años. En esta época, Miguel empieza a frecuentar los cafés y dedicarse al juego de cartas acerca del que opina:

No he comprendido nunca el placer de un juego de naipes ni de tarugos más o menos labrados. Schopenhauer ha dicho que quien no tiene ideas que cambiar, cambia pedazos de cartón. (...) El caso, para mí, es que cualquier juego exige un esfuerzo de atención, una labor de cálculo, una agilidad mental y una formidable aplicación de las facultades de disimulo, de traición y de ferocidad que representan, en suma, un consumo de energías intelectuales superior al de un trabajo cualquiera. (...) El hombre juega para satisfacer sus instintos de animal de presa, esto es: para acechar, para engañar, atraer a emboscadas al adversario y devorarlo. (...) No fueron, sin embargo, tales razones las que me apartaron del juego; el juego no consiguió captarme porque encerrar mi pensamiento en unas pocas reglas me torturaba, ... (López de Haro 1939: 131).

Revela en esta cita que conoce la obra de Schopenhauer cuya opinión comparte cuando descarta el juego como una actividad hecha para él. Así, se desprende de este tipo de citas el carácter solitario del protagonista que con frecuencia es incapaz de relacionarse con otros o compartir los gustos de la sociedad.

Por cuestiones laborales, Miguel sigue viajando a París de vez en cuando. Sin embargo, su relación con Tamara se enfría cuando ella se compromete con un chico francés. Al saber que también es judío, Miguel exclama: “¡No ha de importarme, Tamara! ¡No ha de importarme ese grandísimo ladrón!” (134). Con estas palabras expresa, por un lado, sus celos y por otro lado, también su antisemitismo.

Poco después, Miguel empieza a estudiar alemán: “... no se portó mal el año 1915; salí de mis exámenes con el éxito de siempre, empecé a traducir el alemán, leí mucho” (136). Cuando un año después termina el instituto, se describe a sí mismo de forma siguiente:

En cuanto a mi época atañe, yo divido la vida de Miguel en tres períodos fisonómicos, a saber: período del bigote con guías de lezna peinado con tupé, cosmético; período de bigotes foscos en brocha, a lo Kaiser, ronquina, y período del rostro rasurado, fixol [sic] (138).

En verano Miguel prosigue además sus estudios de alemán.

En el mismo año 1916, el protagonista se traslada a Madrid para estudiar Derecho. Uno de sus compañeros es el estudiante y también oficial de Correos Ramiro Olivares. Ramiro, que se convierte en muy amigo y además compañero de piso de Miguel, es una persona extremadamente ordenada y estructurada. Su lema, valorado de forma positiva por Miguel, es:

Método, orden, sistema, previsión. Así se consigue todo (...) – ¡Método, orden, sistema, previsión! – Estos hombres, cuyo cerebro trabaja como un aparato de relojería, son indudablemente muy útiles a la Sociedad (150-151).

Recuerda esta descripción a los estereotipos que se atribuyen con frecuencia a los alemanes. Así, no sorprende que Olivares es germanófilo, precisamente por las características antes mencionadas: “Yo admiro – decía – el genio alemán, por metódico, por disciplinado” (155). Pero en el ambiente universitario también hay posiciones francófilas y, en consecuencia, antialemanas. Así, los francófilos piensan que en Alemania todo está prescrito: “...le dicen a usted qué es lo que tiene que comer, a qué hora ha de dormir, qué ropa tiene que ponerse, qué libros ha de leer, qué carrera ha de seguir” (155). Miguel, en cambio, mantiene su postura germanófila cuando opina que la prensa aliadófila está lanzando una campaña difamatoria: “La Prensa alemana – aduje yo –, se queja de esa campaña de calumnias” (155). Pero añade que su conocimiento político e histórico es insuficiente para expresar su juicio de valor.

Por sus ya buenos conocimientos de alemán, Miguel consigue un trabajo de traductor en el periódico *El Porvenir*. Pero la situación política se agudiza y se le acusa a este periódico de adoptar posiciones demasiado germanófilas. Cuando Miguel, durante una huelga en la plaza del Congreso, defiende su empresa, es implicado en una pelea de la que sale herido. Da la casualidad que en el hospital donde es ingresado trabaja Tamara de enfermera y así ella cuida del protagonista. Al mismo tiempo la prensa defiende la actuación de Miguel en la pelea anterior y le considera un héroe a favor de la causa de la derecha. El protagonista apunta:

Los periódicos hablaban de mí, para alabarme los de las derechas, para llamarme «señorito esquirolo» los de enfrente. *El Porvenir* publicaba mi retrato «descubriéndome» como joven y brillante escritor (170).

Durante su convalecencia, Tamara y Miguel establecen una relación parecida a la de unos novios. Resulta que el prometido de Tamara vive temporalmente en Suiza. Sin embargo, Tamara descarta que en un futuro Miguel y ella puedan convertirse en una pareja estable, debido a sus “diferencia de razas” (172). Entretanto siguen los debates políticos en la universidad sin que se exprese otra posición abiertamente germanófila.

En el primer capítulo de la octava parte, Miguel acaba la carrera sin sentirse especialmente satisfecho: “Tres años me había costado la carrera, tres años oscuros, densos, en resumen tristes” (200). A sus veintiún años es un abogado que dedica mucho tiempo a la escritura y al que, en el fondo, le gustaría ser escritor. Es posible leer esta información como un paralelismo de la biografía de López de Haro.

En lo sucesivo, el narrador recurre a sus teorías raciales antes mencionadas que ya van muy en la línea nazi. Recuerdan la selección de Hitler de los niños con malformaciones que, a su juicio, llevaban ‘una vida indigna de vivir’ y que, por consiguiente, se debían asesinar²⁹⁴.

El protagonista pasa el verano de 1921 con Ramiro y Matilde en el campo. Se junta con ellos un amigo biólogo de Matilde, el doctor Onsurbe. Las teorías de raza que establece Onsurbe son nazis:

Las investigaciones dedicadas a la herencia biológica – nos decía [Onsurbe] –, van a tardar muy pocos años en llegar a conclusiones positivas, (...). Sabremos, por fin, que la decadencia de Occidente, tan cierta como lamentable, es el efecto fatal de una civilización que camina contra la Naturaleza. Está averiguándose, casi me atrevo a decir está averiguado, que así como el carácter hereditario de muchas enfermedades puede ponerse en duda y contrarrestarse eficazmente, la herencia psíquica es fatal y absolutamente inevitable. Se habla hoy de un germe [sic] plasma. (...) Digamos que un principio vital originario que sigue de generación en generación, continuo, inalterable, latente, en línea recta de padres a hijos y que es como un hilo a través de los individuos a semejanza del que ensarta las cuentas de un collar. (...) De cómo se depuraron las estirpes, cómo se hiló el hilo, nada se sabe todavía, pero es lo cierto que en cada raza existen unos centenares de genealogías selectas a las que se debe el progreso. Genealogías que, si las circunstancias las favorecen, tienden a la superación (211).

Cuando Onsurbe menciona a “la decadencia de Occidente” alude así a la obra del mismo nombre de Spengler que con frecuencia se ha relacionado con el nazismo²⁹⁵. Además, sus ideas sostienen las teorías del determinismo que Miguel ya defendió en otro fragmento del texto. Al protagonista le interesa la opinión del biólogo que sigue con curiosidad. Se sobreentiende que en este contexto también se menciona a los judíos:

Estas genealogías selectas son la levadura solera y nervio de las razas, su medula tanto más pura y fuerte cuanto menos fue atacada por mesalianzas [sic] torpes. ¿A qué puede atribuirse el poder fabuloso y los frecuentes brotes geniales de la raza judía sino a esa previsora endegomanía [sic] secular? (...) – La sociedad moderna, dice un escritor americano, prolifera por su base y se esteriliza en la cumbre. – Para remediarlo – dije yo –, la Eugenesia (212).

²⁹⁴ Respecto a este término – en alemán “lebensunwertes Leben” – otra fuente señala cómo los nazis trataron a los niños con deformaciones. En un primer momento, se les ingresó en residencias: “Kamen Kinder mit Mißbildungen (zum Beispiel Lippen- oder Gaumenspalte bzw. Wolfsrachen) zur Welt oder litten sie an geistigen Behinderungen ließ Ebner sie aus den Heimen nehmen. Auch verweigerte er ihnen die Führung der Vormundschaft durch den «Lebensborn». Waren sie jedoch schwer geschädigt, verloren sie ihre Existenzberechtigung. Als «lebensunwertes Leben» wurden sie in besondere Anstalten eingeliefert, in denen auch nach Hitlers offiziellem Tötungsstopp im Sommer 1941 die «Euthanasie» durchgeführt wurde” (Dt. Ärzteblatt 85, Heft 44, 3. November 1988: 35). (“Cuando un niño nació con una malformación (por ejemplo, con un remellado o una fisura palatina, es decir un labio leporino) o sufrió de discapacidades mentales, Ebner [el médico responsable] le sacó de la residencia. Asimismo le prohibió la tutela por el «Lebensborn» [asociación promovida por la S.S. con el objetivo de aumentar el número de niños arios]. Sin embargo, si estaba gravemente afectado, perdió su derecho de vivir. Como «vida indigna de vivir» estos niños fueron ingresados en residencias especiales donde, incluso después de que Hitler parara oficialmente su ejecución en el verano de 1941, se siguió practicando la eutanasia”, traducción de la autora).

²⁹⁵ Véase capítulo 3. 1.

Estos ataques contra el pueblo judío ya son explícitamente antisemitas y, en consecuencia, filonazis. Sin embargo, se trata aquí de una postura anticipada ya que los nazis aún no han llegado al poder en Alemania.

Siguiendo la línea antisemita, Onsurbe pronostica que, si no se efectuase una preselección de los seres humanos, en el mundo predominarían los judíos – pronóstico, es evidente, que él connota de manera negativa:

..., el aumento a ciegas de la población, lejos de ser un robustecimiento de las naciones, traerá fatalmente la rebelión de las masas, rebelión que sólo puede favorecer a la raza que conservó sus valores ancestrales: la judía (213).

A pesar de su conformismo con las ideas de Onsurbe, al escucharlas Miguel se encuentra en un conflicto interior al amar a la judía Tamara y apunta:

Aunque me agradasen mucho aquellas pláticas del doctor Onsurbe, las evitaba a veces porque la irrupción de tantas ideas demoledoras de prejuicios, desconcertaban las que tenía yo en juego para escribir mi novela corta basada precisamente en un conflicto amoroso (215).

El biólogo Onsurbe que se dedica a una ciencia denominada “psicogenesia” efectúa en esta conversación un último comentario antisemita:

La Eugenesia admite esas mesalianzas, la Psicogenesia las rechaza enérgicamente. En esto la aristocracia judía es inflexible. «Me parece justo – dice León Stuart Levi – que los judíos eviten el matrimonio con los no judíos por la misma razón que se evita con enfermos, tísicos, escrofulosos o negros». (...) Así habló Onsurbe (219).

Mientras que Miguel anota no poder “saber hasta qué punto sus palabras y las noticias de Matilde influyeron en mi proceder” (219), está comprobado que tanto Onsurbe como Matilde marcan notablemente su postura antisemita.

Por saber alemán, Miguel consigue en 1924 con la ayuda de su amigo germanófilo Olivares un puesto en un banco en Madrid. Pronto ya puede apuntarse los primeros éxitos como abogado: “La Gerencia me confió asuntos de importancia. Últimamente, hacía cosa de un mes, fui llamado a Berlín para redactar el contrato de «finanzamiento» [sic] de un negocio de minas en África” (227). Contrasta con estos éxitos laborales su infelicidad en el amor, es decir, en su relación con Tamara. La chica judía entretanto se casó y, durante unas vacaciones entre amigos, Miguel conoce a su marido, un judío francés. Le describe de manera positiva y concluye: “En conjunto, Heimann era simpático si no fuese marido de Tamara” (233). Como todas las figuras judías de esta novela, Heimann también cumple con el estereotipo de ser hombre de negocios exitoso y rico. Al saber a Tamara casada, Miguel empieza a interesarse por

Moncha, la hermana pequeña de su cuñada Maruja, que ahora tiene veinte años. No obstante, su amor por Tamara permanece.

En otro fragmento del texto, Tamara se muestra orgullosa haciendo hincapié en sus antecesores judíos y dice a Miguel: “Mis hijos serán judíos como sus ascendientes, como yo. Ninguna Benamán hace traición a su raza” (246). A lo que Miguel contesta: “Así sois” (246), afirmación que subraya que el protagonista ya solo piensa en los judíos como en un colectivo. En este contexto, Tamara explica a Miguel que nunca podría haberse casado con él por ser cristiano. Pero la joven también opina que si no se hubiesen mezclado las razas judía y cristiana, el éxito económico y político de los judíos en el mundo actual no habría sido posible. Miguel, que en este momento se ve afirmado en sus ideas antisemitas, vacila una vez más entre sus sentimientos de amor y de rechazo por Tamara mientras ella le aconseja:

Conserva, cultiva la amistad de mi padre y de mi marido, de quienes ellos te presenten, y cuando te den un consejo, síguelo a ciegas. Nuestro pueblo necesita de vez en cuando figuras no judías. ¿Comprendes? Nuestro pueblo tiene la misión providencial de dominar sobre la Tierra; lleva muchos siglos preparando su hora, que ya está cercana. (...) Pero dominar la Banca no es bastante. Dominamos también la Filosofía y las que llamáis, vosotros, inocentes, ciencias sociales. Todas las teorías económicas y políticas, el socialismo, el comunismo, que agitan a la humanidad, son obra judía, nosotros las lanzamos y las difundimos para que por ellas vosotros, los no judíos, los «infieles» os combatáis y os destrocéis unos a otros. En toda guerra os prestamos dinero para comprar armas a los dos contendientes. Nosotros encendimos la pasada hecatombe; nosotros hemos revolucionado la Rusia. (...) Todo lo que ocurre en el Mundo, es cosa nuestra. (...) España sentirá pronto nuestro poderío. De allí nos expulsaron y allí volveremos, estamos volviendo ya (246).

Al igual que Miguel antes, Tamara habla aquí del colectivo judío cuando enumera todos los actos positivos de los que pueden presumir los judíos. También se desprende de sus palabras su resentimiento contra España cuya actitud política le parece antisemita. Destaca que la joven cree en la superioridad del pueblo judío con lo que ella misma fomenta el antisemitismo de Miguel, el cristiano. Para mí es una técnica del autor-narrador muy efectista pues quien habla en primera persona lo hace presentándose como una figura “mala”, con gran sagacidad, de forma que la interpretación de todos estos hechos, además de discutible es más probable que lo piense el autor o narrador que ese personaje que así se expresa.

Miguel, por su parte, experimenta una confusión de sentimientos frente a lo escuchado:

Tal vez en cuanto me había dicho existiese una pequeña parte de verdad; pero en el fondo palpitaba hostil un orgullo de raza, un sentimiento de superioridad que me humillaba a mí, linajudo castellano. Mi visión histórica del judío se oponía a los delirios de grandeza que acababa de escuchar y me parecía absurdo e insultante que una

sefardita se creyese más que yo. La odiaba, la despreciaba y la amaba al mismo tiempo. Iba a poner a prueba mi razón aquella mujer a la que tenía que renunciar (248).

Es posible que las palabras de Tamara le sirvan a Miguel de motivo para distanciarse de ella y, a la vez, poner su atención en la joven Moncha. Sin embargo, cuando poco después y en un acto repentino Miguel le pide la mano a Moncha, ésta no le contesta al instante. En consecuencia, Miguel emprende un monólogo interior con su otro “yo” para aclararse su situación sentimental:

«... Esa mujer tan hermosa [es decir, Tamara] no te ama: se reserva su «yo», escamotea su personalidad, te entrega solamente su estéril pecado. ¡Apártate de ella, Miguel! Sé fiel a tu raza, a su estirpe, a tu patria, como ella lo es a su pueblo. (...) Moncha es el honor, Moncha es la virtud, Moncha es el hogar. Descendientes de tus guerreros, de pensadores y de navegantes, Moncha y tú, dos eslabones de oro de la raza hispana, podríais darle a la Patria preclaros hijos...» Pero Miguel no me escuchaba (251).

Una vez más, el protagonista recurre a sus teorías raciales para convencerse de que Tamara no le conviene. Moncha, en cambio, representaría su esposa ideal.

En esta época Miguel también se dedica a la composición de obras de teatro y celebra la primera puesta en escena de una de ellas. Empieza a frecuentar el Ateneo de Madrid, lugar de encuentro de los amantes de las Bellas Artes²⁹⁶. Este lugar no solo ofrece la posibilidad de conversar con sus compatriotas sino también con gente de otros países como, por ejemplo, el alemán Fernando Keller que conoce durante una noche y a quien ...:

..., en broma [le llamaba] Monsieur Michelin. Keller conocía todas las carreteras de España, sabía los itinerarios mejores para ir a cualquier parte y contestaba sin titubear la distancia exacta entre dos villorrios cualesquiera de Andalucía o del Norte. He conocido pocos hombres de memoria tan segura y de cultura tan extensa. Yo sostenía con él largas conversaciones, porque me gustaba oír su alemán elegante, rico en voces y de una pronunciación perfecta. Hablábamos de literatura casi siempre. No había libro notable que Keller no hubiese leído y de que no diera noticia detallada. (...) Nadie decía al ver aquel hombre alto, barbudo, melencólico, velloso, cuyo rostro eran unas gafas y una nariz asomando entre greñas, bisunto y desaliñado, pergenio de vagabundo, que era una especie de Enciclopedia con la encuadernación deteriorada (266-267).

A pesar de su físico no muy favorable, el protagonista simpatiza en seguida con Keller – primera figura alemana de este relato– del que admira su buena y profunda cultura. Puesto que Keller también es hispanófilo, la simpatía entre ambos es mutua. Miguel aprovecha la compañía de su amigo para mejorar su alemán y así preparar sus

²⁹⁶ El “Ateneo Científico y Literario” de Madrid fue creado como espacio de unión entre escritores y artistas de diferentes ramas de las Bellas Artes en 1835 (véase <http://www.ateneodemadrid.com/index.php/esl/El-Ateneo/Noticias/175-Aniversario-de-la-Fundacion-del-Ateneo-Cientifico-Literario-y-Artistico-de-Madrid-1835-20102>, 26.07.13).

oposiciones. En una de sus conversaciones se aborda el tema de la masonería²⁹⁷, tema que a Miguel le recuerda una opinión de Tamara. Según ella, la masonería es un lugar que ayuda a los judíos a establecer relaciones en la sociedad y el protagonista comenta acerca de ello: “[Según Tamara], «[a]sí, directamente o por medio de la Masonería, estamos en todas partes...» No, no era verdad; no podía ser verdad. Ya iba yo conociendo a la raza judía. «Son sencillamente unos ilusos», pensé” (270). Una vez más, Miguel interpreta las palabras de Tamara a su manera y califica a los judíos de soñadores, de personas con menos poder de lo que ellos creen.

Con todo se va fomentando la postura de derechas del protagonista que cada vez se dedica con más ahínco a la literatura. Mientras Moncha se casa con Carlos, la última obra de teatro de Miguel obtiene una crítica negativa. Entonces, su amigo Keller describe la vida del protagonista, que parece haber perdido ya gran parte de sus amigos y también el apoyo de su patrón, como sigue: “Usted se ha hecho su reputación en un periódico de derechas, está usted clasificado como de derechas. Y bien, ¿qué ha hecho la crítica de derechas? ¿Le ha defendido? ¡Ha ayudado a combatirlo!” (273).

Tanto por su fracaso como escritor como por su amor no correspondido por Tamara, Miguel se siente deprimido. Tamara, por su parte, intenta convencerle de no abandonar su carrera de novelista y dramaturgo, a pesar del último fracaso. Cuando Miguel, no obstante, decide irse al extranjero para distanciarse por una vez de ella, la joven se muestra decepcionada: “¿Por qué he imaginado que podías querer a una judía? (...) Tu cara me lo ha dicho ya todo. Para amante, Tamara está bien; para amada, no. ¡Es judía! ¡Perra judía!” (275). Su conversación culmina en una lucha física entre ambos que refleja lo mucho que le cuesta al protagonista desprenderse de la chica:

Cayó sobre mí en un brinco de alimaña, sus uñas y sus dientes buscando las arterias de mi cuello; me costó, sin hacerle daño librarme; me mordía las manos como las raposas muerden el cepo. Todo eso en una furia áfona, sin una palabra y cuidando de no derribar un mueble que nos denunciase a los dos (275).

Al mismo tiempo se subraya en esta descripción el carácter violento de Tamara.

Finalmente, Miguel emprende su viaje de tres años por el mundo, centrándose en Europa. A pesar de algunas experiencias positivas, el protagonista mantiene su carácter nostálgico y triste ya demostrado antes cuando apunta:

Tres años más muertos, finados; Turquía, Grecia, El Cairo y una pizca de Rusia en el archivo de lo que se vió, dos novelas más lanzadas a la curiosidad del público invisible

²⁹⁷ El término actual correcto es “francmasonería” (véase <http://lema.rae.es/drae/?val=francmasoner%C3%ADa> (2001), 09.09.13.

y disperso; el idioma inglés asimilado casi insensiblemente; tal el balance: poca cosa (291).

Durante este tiempo está en contacto con su amigo Olivares que, por lo que se refiere a cuestiones amorosas, teme que a Miguel le gustan demasiado las chicas que no son cristianas. Por consiguiente, Olivares le escribe:

«Quisiera verte cuanto antes en España, porque temo que se te pase la morriña gallega y te enamores por ahí de alguna musulmana o helénica. Te recuerdo las teorías de nuestro amigo el doctor Onsurbe y espero que no desdoras tu linaje con una mesalianza. Para esposa elige una española rancia, devota y honesta...» (286).

De vuelta en Madrid, los debates entre Miguel y sus amigos se centran en el ‘enemigo masón’. Un ejemplo de ello son las palabras del Hermano Demetrio, el antiguo profesor de Miguel, que viene a visitarle y que opina:

Hay quien piensa que la Masonería es el instrumento del que llaman «judío internacional». Yo no tengo pruebas para afirmarlo: pero no me sorprendería porque en España, cuando menos, la Masonería sólo consigue reclutar mediocres ambiciosos (299-300).

A la vez, se equiparan aquí los masones con los judíos, y los judíos con unos seres “mediocres ambiciosos”. Se desprende de la cita de Demetrio su miedo ante una omnipresencia de los judíos (masones). Miguel aprueba las ideas de su profesor y aún las quiere completar pronunciándose en contra del liberalismo cuya invención también adjudica a los judíos:

El suyo es un punto de vista muy respetable, Hermano Demetrio. Sólo le ha faltado a usted añadir que la patraña del liberalismo es de origen judío. Por lo demás, estamos conformes. El liberalismo es, simplemente, una negación progresiva de la Autoridad, del Estado y de la civilización por ende. El individuo más libre es el salvaje (300).

Así, Miguel se declara antiliberal y, por ende, antidemocrático.

Si se considera la trayectoria laboral de Miguel –siempre trabaja en un ámbito de derechas– y también su soledad en lo privado, es posible ver en ello una explicación por su odio creciente hacia los judíos y su ideología cada vez más fascista. Así, cuando en 1931 cumple treinta años, siente cierta depresión por aún no estar casado. Mientras el narrador comenta la situación actual en España con “... aquella misma tarde el último Gobierno monárquico había entregado el Poder al primer Gobierno republicano” (301), el protagonista se va a trabajar a Nueva York. Entonces conoce al señor Butterman, un nazi por excelencia que se dedica a ‘estudiar a los judíos’:

Butterman, profesor de un colegio alemán en Nueva York, se dedicaba, además, a acopiar datos para el estudio de la raza judía y sus actividades, que se proponía publicar. El tema le obsesionaba, sucediéndole lo que a tantos especialistas que todo lo atribuyen

al morbo de su especialidad. Así, para Butterman, de cuanto sucedía en el Mundo tenían la culpa los hijos de Israel (301-302).

Con Butterman²⁹⁸ se junta una figura más a la ya larga lista de los fervientes antisemitas como Matilde, la pareja Ledoux, Olivares, el doctor Onsurbe y el Hermano Demetrio, además del protagonista mismo. En el capítulo “Las opiniones de Butterman”, este alemán le explica a Miguel sus teorías acerca de los judíos así como sus motivos por vivir en Estados Unidos:

Usted olvida que toda la industria de la confección es aquí judía y que en el momento actual, Alemania se defiende de esa raza temible que en Norteamérica lo domina todo: la Banca, la Bolsa, la Prensa, el teatro, el cine, la política, la política exterior, sobre todo no en vano se ha llamado a Nueva York nueva Jerusalén. El pueblo elegido ha encontrado una de sus tierras de promisión. Por eso estoy yo aquí, para estudiar a esa gente (308).

Además de Keller, Butterman es el segundo alemán de este relato, y sus ideas, como demostrará a continuación, están en la línea hitleriana. En su perspectiva como científico, punto de vista antes representado por Onsurbe, se puede detectar un aspecto pro-hitleriano. Así, Zentner anota los puntos esenciales de la cosmovisión del líder nazi y son el por él llamado “darwinismo social ‘biológico’”²⁹⁹, definido como “una ideología de la lucha biológica y brutal por la existencia”³⁰⁰ así como un racismo antisemita. Otro aspecto en el que Butterman parece cumplir las ideas hitlerianas son las afirmaciones de Hitler en cuanto su posición antisemita fue un proceso razonado y solo adoptado con el tiempo:

Hitler versucht sich hier, in der zentralen Frage seiner Weltanschauung, als nicht voreingenommen, als zweifelnder, grübelnder, sorgfältig abwägender, kritischer Geist zu präsentieren, der erst nach reiflicher Überlegung und innerer Überwindung den folgenschweren Schritt zum Antisemitismus vollzogen haben will (Zentner 1992: 43)³⁰¹.

Así, tanto Butterman como anteriormente Onsurbe prosiguen la línea hitleriana en cuanto a la supuesta seriedad en su “estudio de la raza judía”. Cuando Miguel le pregunta a Butterman acerca de los resultados de su investigación, el nazi responde:

El judío es, ya sabe, un enigma mundial. Se trata de unos catorce millones de israelitas diseminados por todo el Globo. Este número ni ha crecido, ni ha menguado

²⁹⁸ No se ha podido comprobar la existencia de ningún Butterman según la descripción anterior, debe ser un nombre ficticio.

²⁹⁹ Zentner (1992: 24) inventa esta última palabra que en alemán tampoco existe. He preferido no cambiarla para mantener la autenticidad de la cita.

³⁰⁰ Traducción de la autora del alemán de “ein brutal-biologischer-Kampf-ums-Dasein-Ideologie” (Zentner 1992: 24).

³⁰¹ “En la cuestión principal acerca de su cosmovisión, Hitler intenta presentarse como persona sin prejuicios, como espíritu dubitativo, reflexivo, de sopeso cuidadoso que solo tras unas reflexiones detenidas y un esfuerzo interior adoptó la postura antisemita, postura de graves consecuencias”, traducción de la autora.

sensiblemente en dos mil años. No se multiplica, pues, esa raza; se mantiene íntegra y pura sin admitir ni sangre ni influencias extrañas; no olvide que para un judío la palabra «prójimo» quiere decir judío; el no judío no es prójimo, es el «infiel». Raza exclusiva y excluyente, sin territorio ni fronteras, constituye una nación tan aislada biológica y políticamente de las demás, como si radicase en una isla inaccesible. Sin embargo, vive en la diáspora como sembrada a boleó sobre los continentes de los que es parasitaria. Su dispersión no obstante es, como le digo, una nación con su gobierno, el Sanedrín, y, sobre todo, con su Hacienda prestamista de todas las Haciendas estatales. En los Estados Unidos se calcula que viven unos tres millones de judíos, lo que viene a ser el dos por ciento de la población total. ¿Cómo se explica que siendo tan pocos ejerzan una verdadera dictadura económica? (López de Haro 1939: 308).

Una vez más, se hace hincapié, por un lado, en el carácter antisocial del judío como colectivo que, se supone, no quiere relacionarse con personas de otras confesiones. Por otro lado, se realza, también a modo de repetición, la avaricia del pueblo judío. Estas ideas recuerdan además el deseo de Hitler que quería crear un pueblo ‘puramente ario’, en contraposición al pueblo judío. Ejemplos de ello se encuentran en la propaganda nazi, como demuestran los carteles que difaman a los judíos. A continuación se mostrará un ejemplo de un tal cartel que se encuentra en la publicación de Sala Rose y que recoge de manera acertada esta difamación.



Para anunciar la exposición propagandística *El judío errante* en 1938 se lee en el cartel publicitario:

La figura (que representa un judío) encarna a la perfección el prototipo nazi del judío absoluto. En la mano derecha lleva unas monedas, símbolo del apego judío al capital; paradójicamente, vemos igualmente a su izquierda el mapa de la URSS bolchevique. En la otra mano lleva el látigo con el que esclaviza a las naciones (Sala Rose 2003: 237).

En la continuación de su discurso, Buttermann acusa al judío de querer llegar al poder mundial – otro objeto que proclaman los nazis para sí mismos:

Si la mira usted [la raza judía] desde el punto de vista de su influencia en la marcha del Mundo, superior sin duda, superior a quince codos de altura sobre las demás razas con las que juega a su antojo haciéndolas pensar y obrar como quiere [sic]. Se va averiguando que todas las doctrinas sociales disolventes, del liberalismo al comunismo, al anarquismo, han sido elaboradas, lanzadas y difundidas por judíos con el fin de desmoronar las nacionalidades. «Desde que inculcamos el veneno del liberalismo en las organizaciones gubernativas, se modificó su cariz», dicen los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Y en otro lugar añaden: «Mediante principios y teorías que en nuestra opinión resultan manifiestamente falsas, embobamos y perturbamos la juventud de los infieles». Oiga usted otros párrafos que puedo repetirle de memoria: «Una vez hayamos inculcado a cada persona el orgullo de su propia importancia, destruiremos en los infieles la santa influencia de la vida del hogar y su importancia educativa...» «Hasta que madure el

tiempo, dejadlos que se diviertan... Desempeñen entre ellos el más importante papel todas esas teorías malsanas que nosotros les hemos inducido a tomar por científicas. Fijaros en los éxitos que nosotros hemos hecho alcanzar al darwinismo, al marxismo y a la filosofía de Nietzsche. Ha de constarnos el efecto desmoralizador sobre el espíritu de los infieles» (López de Haro 1939: 309).

Butterman cita en estas líneas partes de *Los protocolos de los sabios de Sion*, texto propagandístico antisemita en el que se pretende que los judíos querían crear una hegemonía mundial³⁰². El nazi realza sobre todo la profunda maldad en el carácter judío así como su afán de querer destruir a todos “los infieles”. Estas palabras ya se leen como una justificación anticipada del inmenso maltrato y posterior exterminio de los judíos.

Creando un vínculo entre España y los judíos, Butterman pronostica además que los judíos querrán también influir en la política española y que se pronunciasen en contra de la República. Se establece un diálogo con Miguel que contrarresta que habría entre los judíos grandes pensadores como Lasalle, Heine o Disraeli. A lo que Butterman replica:

Cerebros-cumbre, desde luego. Pero fíjese usted en su labor: Heine se burla de los idealistas católicos; Max Nordau quiere convencernos de que el honor, la virtud, el pudor, el amor, todos los sentimientos nobles, son «mentiras convencionales»; Lombroso intenta destruir la conciencia y la responsabilidad humanas; Weimirget nos incita a odiar a la mujer, aunque sea nuestra madre; Freud hace más, desliza entre la madre y el niño el repugnante «complejo de Edipo», asestándole así una puñalada traperera a la familia cristiana; Bergson niega; Einstein destruye sembrando dudas e interrogaciones que, finalmente, son un torpedeo a la idea de Dios... (309-310).

Según Butterman, esta lista de famosos judíos con “teorías malvadas” (310) aún se podría alargar. A la lista de los alemanes añade con Lombroso y Bergson también un médico italiano y un filósofo francés, respectivamente³⁰³. Mientras Butterman sigue concluyendo su discurso antisemita con el pronóstico de solo creer en lo malvado del judío (“... en cuanto un judío posee talento extraordinario, lo emplea en minar la civilización, cuya voladura es el designio racial”, 310), Miguel parece tomar partido por ellos cuando dice:

Amigo Butterman ..., la raza judía, diminuta y poderosa, rediviva después de tantas persecuciones, rica después de tantos despojos, pura después de tantas dispersiones, pervive y domina porque tiene una fe inquebrantable en sí misma y en su ideal. Está

³⁰² Compárese <http://www.wissen.de/lexikon/protokolle-der-weisen-von-zion?keyword=Zion>, 29.07.13. Según esta fuente, este texto fue publicado por primera vez en Rusia en 1903 y desde 1919 traducido a muchos idiomas. Aunque se comprobó en 1921 que el texto fue falsificado, tuvo una gran influencia en el movimiento antisemita europeo.

³⁰³ Véanse <http://www.wissen.de/lexikon/lombroso-cesare?keyword=Lombroso> y <http://www.wissen.de/lexikon/bergson-henri?keyword=Bergson>, ambos 29.07.13.

visto que sin una fe y un ideal, ningún pueblo ni raza puede hacer nada de provecho (310).

El protagonista apunta aquí al carácter luchador del pueblo judío que, a pesar de lo vivido, logró sobrevivir malos tiempos. También se puede desprender de estas líneas cierta envidia de Miguel cuya personalidad solitaria no le permite tener “una fe y un ideal” como ellos.

En otro fragmento del texto, Miguel se encuentra por casualidad con su viejo amigo Barcelo que entretanto se ha hecho comunista. En la línea fascista, Miguel le acusa en su conversación de no entender a Nietzsche y critica a la vez a Marx:

Creo que la especie humana se diferencia de las demás especies zoológicas en que, de raro en raro, produce individuos inteligentes. Un tal Nietzsche a quien tu, puesto que no lees no conocerás y, sin embargo, es filósofo de vuestra cuerda, ha dicho que un pueblo es el rodeo que da la Naturaleza para llegar a seis o siete grandes hombres (...) Los judíos dicen que una sola luz sirve de señal, lo mismo a un hombre que a ciento. Es lo que os sucede a vosotros con vuestro Carlos Marx. Lo que no habéis examinado es si esa luz es la de la ciencia que ilumina o la del incendio que destruye (314).

En su opinión, los comunistas no interpretan correctamente lo que ellos, al igual que los judíos, consideran “una luz de señal”. En el mismo contexto no falta la crítica a Lenin:

¿Creías que Lenin [sic] trajo algo nuevo? Dos mil años antes de Jesucristo hubo ya un Lenin. La Historia nos cuenta cómo cada cuantos siglos, o años, hay un Lenin cuya doctrina y procedimientos son invariablemente los mismos: asesinar aristócratas y burgueses, quemar palacios y templos, destruir... y robar; sabemos ya que el impulso tuvo el mismo origen (315).

Añadiendo un comentario más contra los masones y pronosticando el destino negativo de los judíos, el protagonista completa la lista de los ‘enemigos’ fascistas: “Hazme caso, Barcelo, y déjate de masonerías; mejor te diré, de masa; ... Deja a los judíos que agoten su intriga y su dinero manipulando en la masa eslava con la cual no irán nunca a ninguna parte” (315).

En lo profesional Miguel deja ya definitivamente su carrera de abogado para dedicarse por completo a la literatura y al teatro. Sin embargo, su labor literaria no es coronada por el éxito. Durante una estancia corta en Barcelona, el protagonista conoce a la viuda mexicana acomodada Rosaura Caoní. Rosaura pretende tener poderes sobrenaturales y hace participar a Miguel en un experimento. Se traslada a una especie de estado ‘espiritual’ para analizar la situación actual de Miguel y dice:

«En España se habla estos días del novelista Lobo de Carpio, separado de su cargo oficial por el Gobierno. (...) Zumaya [jefe periodista de Miguel] le llama a Miguel imaginativo truculento... (...) A tales injurias ha contestado un escritor amigo diciéndole a Zumaya que de su fracaso como poeta, como novelista y como autor dramático no tiene la culpa Miguel. (...) La polémica ha puesto al día el nombre de

Miguel. Otro periódico publica a toda la primera plana su retrato. Hay una mujer que tiene en la mano este periódico. Es judía y lo está pensando: «Soy sefardita», se dice a sí misma como reiterándose una consigna inquebrantable. Pero sus ojos no se pueden levantar del fotograbado» (321).

Miguel que está de acuerdo con las palabras de Rosaura concluye de esta 'llamada espiritual' que tanto Tamara como Matilde estarían, en estos momentos, pensando en él.

De vuelta en Madrid, Miguel se reúne con sus viejos amigos y familiares, entre ellos, su prima Herminia, su amiga Matilde, la pareja Onsurbe y el Hermano Demetrio. Por sorpresa de Matilde, un día también se presenta Tamara que Miguel describe como "soberbiamente hermosa" (331) con lo que realza su arrogancia y estereotipa, una vez más, a los judíos. Acerca de la nueva publicación del biólogo Onsurbe Tamara comenta:

Su libro sobre la formación de las razas humanas se ha hecho famoso. Creo que ha provocado polémicas muy empeñadas. El racismo es un tema de moda. Todas las naciones andan ahora en busca de su raza. ¿No será para muchas demasiado tarde? (332).

Onsurbe que solo se ve reafirmado en sus estereotipos sobre los judíos exclama, una vez Tamara se haya ido: "¡Cómo se preserva la aristocracia judía!" (332).

Mientras tanto, la obra literaria de Miguel, fruto de sus ideas políticas y de sus teorías biológicas, sigue siendo impopular. Pero su mala fama como escritor, desde la perspectiva de la derecha, le hace pasar por un hombre avanzado en ideas fascistas. Sobre una de sus charlas, el protagonista anota:

Mi conferencia fue un toque de rebato. Traté en ella de explicar del modo más simple, vulgarizándolo, el proceso biológico y el mecanismo de las erupciones democráticas que de tiempo en tiempo afligen a las naciones y ponen en peligro, cuando no destruyen, civilizaciones enteras. Las sociedades humanas – dije – son integradas por la gran masa que no discierne bajo la autoridad de una minoría dotada del discernimiento (337).

Con lo que Miguel confirma su postura antidemocrática. En sus argumentos, propios de un dictador, sostiene que la masa sería demasiado ignorante como para decidir de manera democrática un líder para sí misma. Siguiendo la línea pro-dictatorial apunta que para guiar a una sociedad primero habría que distinguir la pequeña parte de ella que, de procedencia y de intelecto, es superior a la masa:

Para entendernos hemos de llamar a la minoría directora aristocracia. Aristocracia biológica, es decir, conjunto de los más nobles, más inteligentes y más diestros; en ella se comprenden, con igual rango, al guerrero, al filósofo, al artista y al artífice; se trata, en una palabra, de «los mejores» (337).

Al igual que anteriormente Butterman, Miguel se refiere a continuación a *Los protocolos de los sabios de Sion* y se suma así a la línea de sus amigos antisemitas:

El pueblo judío, que es el más rico del Mundo, lleva cuarenta siglos instigando revoluciones con el designio contumaz de la revolución universal que le haga dueño del orbe. La Masonería es el reclutamiento de mediocres al servicio de los Sabios de Sión (338).

Concluye su discurso con un ataque contra la clase obrera española, cuyos miembros serían todos “anarquistas y comunistas”:

España es un ejemplo: los centros anarquistas y comunistas que irradian su acción al resto del país radican en Barcelona, Bilbao y Asturias, donde los obreros manuales están mejor retribuidos y mucho mejor nutridos que los burócratas y los menestrales (338).

En otro momento, Miguel visita a su hermana Margarita y conoce a la hija mayor de ésta, Luisa. Luisa es la narradora de la siguiente novela de López de Haro, *Interior iluminado* (1945). Por disgusto de sus padres, Luisa quiere ser actriz y Miguel, como tío suyo, debe quitarle esta idea de la cabeza:

Con mi sobrina Luisa era más delicado tratar. La induje a confidencia una mañana, sentados los dos en aquellas mecedoras de lona rayada de la galería. Mi sobrina ... (...) [d]ebía de ser buena como el pan; oferentes sus ojos zarcos del fondo de su ser; clara como la mañana; adornada de claveles su sonrisa. (...) La granazón de sus veinte años quería romper henchida blondas y recatos. Me dio miedo (346-347).

Luisa es solo un ejemplo más de una figura femenina de cierta importancia (aunque lo será mucho más en la novela siguiente de López de Haro). Ya se demostró anteriormente que las mujeres son un tema significativo para el protagonista, son las personas que más influyen en su carácter y con las que suele tener relaciones complejas.

Mientras tanto, Miguel persigue su carrera como novelista. En Barcelona se lleva a la pantalla otra novela suya. Sus contactos con el mundo del cine se han podido establecer por la ayuda de Heimann, el marido de Tamara. En este contexto se menciona que el director de su segunda película es un señor alemán, de apellido Cotz³⁰⁴. Pero en este caso el protagonista tampoco se muestra conforme con las adaptaciones cinematográficas de sus novelas y presume de ser él mismo un mejor director de cine. Por sus relaciones con Heimann, sigue estando en contacto con Tamara.

Al mismo tiempo, el protagonista queda con sus amigos antisemitas Onsurbe y el Hermano Demetrio. En uno de sus debates todos expresan su miedo ante el crecimiento de la ‘mala’ especie humana y uno comenta: “El empobrecimiento aterrador de las razas civilizadas; la rareza de inteligencias superiores. Los peores proliferan y se multiplican copiosamente, mientras los mejores tienden a una espantosa esterilidad” (362). Ello debería ser una paradoja en la teoría nazi de que las especies

³⁰⁴ En cuanto a su sonido y su pronunciación este apellido recuerda la palabra “Kotz”, imperativo del verbo “vomitar” en alemán.

superiores evolucionan y se mantienen mientras que los débiles van pereciendo o no se reproducen.

Otro amigo de Miguel es Paco Alarcón, miembro de la Falange. Contagiado por la ideología de Paco con la que se identifica, Miguel apunta: “Me pareció bien la postura de Paco Alarcón y me afilié al mismo partido totalitario” (367). Siendo cada vez mayor su convicción política hasta se decanta por una carrera política: decide presentarse como diputado en las elecciones en enero de 1936. A pesar de obtener por primera vez una notable cantidad de votos, la derecha no obtiene mayoría de escaños en estas elecciones³⁰⁵ y Miguel no es elegido.

La relación entre Miguel, Tamara y su marido Heimann sigue siendo compleja. Por un lado, Tamara le demuestra a Miguel que le quiere, pero también le reprocha: “¿Por qué no naciste judío? ¿Por qué tienes esa sangre infanzona que enciende mi sed?” (382). Heimann, por otro lado, mantiene relaciones profesionales con el protagonista y le presenta un día otro director de cine, el alemán Müller, que les informa sobre las novedades en el cine alemán:

Heimann, ..., me presentó a sus amigos diciendo que el llamado Müller, si mal no recuerdo, era representante de una fábrica de película pancromática que se ensayaba en estudios y laboratorios. Empalmaron su conversación acerca de lo que, según Müller, se estaba rodando en los Estudios alemanes, rutinarios a su parecer. El éxito de un film con la figura Schubert por asunto, hacía desfilar por las pantallas la novela de todos los compositores famosos (383-384).

Sin embargo, Miguel no se muestra muy interesado en el tema.

A sus 36 años, Miguel vive el estallido de la Guerra Civil. Por motivos laborales se encuentra entonces en Barcelona y anota: “La noticia del asesinato de Calvo Sotelo me esperaba en la calle” (385-386). A lo que añade:

La guerra civil era un hecho; se había constituido un Comité de milicias antifascistas – por primera vez sonaban los adjetivos fascistas y antifascistas – encargado de organizar lo más rápidamente posible un Ejército popular que iría a la conquista de Zaragoza; el reclutamiento de voluntarios era un éxito inicial: acudían a alistarse millares y millares; ya estaban pertrechadas y listas para marchar nueve columnas (394).

El protagonista se va a Madrid, pero encuentra la capital sitiada por los republicanos. Para colmo, le informan de que su amiga Matilde ha sido asesinada.

³⁰⁵ Acerca de los resultados electorales apunta Schauff: “Mit 35 Prozent der Stimmen errang die Volksfront 56,6 Prozent der Parlamentssitze und stellte insgesamt 260 Abgeordnete. Dagegen konnte das rechte Wahlbündnis zwar 29 Prozent auf sich vereinigen, bekam aber nur 39,6 Prozent der Parlamentssitze und damit 185 Abgeordnete“ (Schauff 2006: 63). “El Frente Popular logró con un 35 por ciento de votos un 56,6 por ciento de escaños parlamentarios obteniendo en total 260 diputados. A cambio, es cierto que la coalición de derechas pudo obtener un 29 por ciento, pero solo consiguió un 39,6 por ciento de escaños y con ello 185 diputados”, traducción de la autora.

Matilde le dejó en herencia a Miguel una casa suya en Barcelona. Así, acompañado por Demetrio y Carlos, el yerno de un hermano fallecido de Miguel, el protagonista vuelve a la capital catalana.

Puesto que la situación política se está agravando, Miguel y Carlos deciden fugarse. Por sus buenos contactos, el protagonista les pide a Tamara y Heimann dos pasaportes falsos. A cambio, Heimann le exige un apoyo económico de Miguel en sus proyectos fílmicos. Lo que el protagonista antisemita acepta fingiendo y comenta con desprecio:

Necesitaban los señores judíos un presidente del Consejo de Administración con historia política de derechas, una máscara que ponerle a su dinero y a sus intenciones con la España Nacional, cuyo triunfo empezaban a temer. Hacerle confiar que ese testaferrero sería yo era una canalladita. (...) Engañar a Heimann en los negocios también halagaba mi vanidad (412).

A continuación, Carlos y Miguel emprenden su fuga que no es coronada por el éxito. Primero, Carlos es arrestado por los republicanos y aunque pasa por un juicio al que asisten Miguel y Moncha, un día después es fusilado. En segundo término, los republicanos también arrestan al protagonista y le encarcelan en Barcelona. Poco después, no es de sorprender, un amigo de Miguel le comenta que fue delatado por Tamara y Heimann. Acto que este amigo y el protagonista comentan de forma siguiente:

Resulta que a ti te denunció el judío Heimann. – ¿Eh? – El judío Heimann que para mandar gente al otro barrio riéte tú de las Patrullas de Control. Antes de la revolución era aquí el cónsul secreto de Rusia y ahora... figúrate. Lo de Carlos Doval también fue cosa suya. A ti él y su mujer te daban coba y te traían entre ojos. – Si eso es verdad, estoy perdido [concluye Miguel] (444).

Con lo que, una vez más, se realza la maldad de toda figura judía.

En el siguiente interrogatorio en los Tribunales Populares, los republicanos preguntan a Miguel de manera detallada tanto por su trayectoria política como por las paradas de su fuga de Madrid a Barcelona. Entonces el protagonista se percata de que la única persona que sabe tanto sobre su vida es Tamara. Según Demetrio, Tamara entretanto se había ido a Suiza. En el juicio contra él, Miguel reconoce a unas personas que trabajaron con él en su última película, bajo la supervisión de Heimann. Pensando de sí mismo en tercera persona, Miguel recuerda:

... con toda precisión haberles visto en el set armar decoraciones. La mano oculta de Heimann dejaba asomar las uñas. Heimann, «el judío que había mandado asesinar a miles de hombres», al ver frustrada su maquinación tortuosa, creyó fácilmente a Tamara. «Es Tamara quien te ha denunciado, quien te persigue, Miguel; es Tamara quien, buceando en tu subconsciente antes que tú, descubrió las ilusiones que iban a nacer; es el instinto infalible de la hembra que se da cuenta de que ya no te fascinaba, de que ya no eras esclavo de su vicio; son los celos de Tamara que te adivinaron marido de

Moncha. Las mujeres, Miguel, el amor instinto y el amor poesía, te trajeron al banquillo. Y ninguno de ellos era el amor bueno. El amor es lujo, el amor es vida, el amor es el más alto y el más difícil de los deberes que su estirpe impone a un noble y su religión a un cristiano. ...» (457).

En primer término, Miguel plantea aquí la imagen de Tamara como de una mujer obsesivamente enamorada de él. En su opinión, la amiga judía no podría soportar que Miguel amase a otra mujer. Son pensamientos imaginarios ya que el texto subraya mucho más el amor de Miguel por ella que los sentimientos de ella por él. En segundo término, se invierte en esta cita la imagen de ‘buenos’ y ‘malos’: mientras que en la Alemania nazi se está planeando el exterminio sistemático de los judíos, a ojos del narrador es el judío –aquí representado por Heimann– quien asesinó “a miles de hombres”.

Cuando el protagonista finalmente es condenado a muerte, siente cierto alivio. Vuelve a recordar la frase del monje Kempis del inicio de la novela con la que, al parecer, más se identifica:

Morir, morir pronto. Vivir entre esa Humanidad sañuda y feroz le espanta, siente vehementísimos deseos de evasión, de fugar, de liberación: morir, huir, volar. En el *Kempis* se dice: «Cada vez que estuve entre los hombres, volví menos hombre». Miguel ha estado tan cerca de los hombres que ya no lo es (458).

Además de mostrar con estas líneas una vez más su misantropía, se cierra aquí el círculo de la historia inicial que plantea la existencia de dos ‘Miguelos’. Así, el proceso de la muerte del protagonista es un proceso dicotómico: según la siguiente descripción, una ‘parte’ suya fallece mientras que otra, que antes se desprendió de él, sigue viva. El narrador comenta este proceso como sigue:

En aquel instante Miguel Lobo de Carpio dejó de existir. Quedaba en pie su máquina, su organismo, el hombre de carne, la materia; pero Miguel estaba ya muerto. Yo me había salido de él definitivamente; yo flotaba sobre él todavía sujeto por el imán de su instinto de conservación, atributo renuente de su parte irracional. Yo, fuera de él, me sentía ligero, puro, feliz. ¡Ya no era hombre! Veía mi cuerpo como se ve la cárcel que vamos a abandonar (460).

Todo apunta a que una especie de ‘espíritu’ de Miguel sigue existiendo con lo que predomina su pensamiento, y por ende su ideología política, a cualquier desmoronamiento físico. Conforme con ello el protagonista deja a la posterioridad el siguiente mensaje: “«El judío induce y la masa asesina. Nada ha cambiado. *Miguel Lobo de Carpio*»” (461). Estos renglones que reflejan el alto grado de la postura antisemita del protagonista se deben leer como uno de los mensajes más importantes de la novela.

El quizás segundo tema más significativo de la obra, algo relacionado con el primero, es la conflictiva relación entre Miguel y las mujeres. Es posible utilizar aquí una generalización ya que no hay ninguna mujer en esta obra con la que tiene una relación sencilla y pacífica. En este contexto, Miguel confiesa a la adivina Rosaura que reaparece: “Rosaura: se acaba mi vida sabiendo yo de las mujeres lo mismo que cuando la empecé; es decir, nada” (464). Por un lado, Rosaura le sirve a Miguel como ‘escritora de su novela’, es ella que debe publicarla de manera póstuma. Por otro lado, se mantiene la confusión respecto a la personalidad múltiple de Miguel cuando firma la novela así:

Mi hombre de carne vuelve al polvo. De mí, entre vosotros, sólo queda mi hombre de papel. Yo, ¡por fin, Dios mío! vuelo hacia Ti. – Octubre 1938. Abril 1939. Año de la Victoria (468).

Muñoz Olivares comenta el final de *Adán, ...* de forma siguiente, comparando la novela con otras obras de López de Haro:

Los personajes más intensos, como Sirena³⁰⁶ y Miguel, mueren; da la impresión de que, en general, en su lucha personal han sido vencidos. Es un enfrentamiento desigual, ya consigo mismo, ya con el mundo exterior que exige la claudicación final. Son novelas desesperanzadas. En su interés por armonizar la realidad burguesa que analiza, con ideales pretendidos y reflejados a partir de su lucha interior, no consigue que el hombre individual se imponga. La sociedad los aniquila y exige la ofrenda de su vida. El que, por el contrario, adopta y se adapta a los requerimientos sociales, encuentra la posibilidad de permanencia: *Un hombre sólo, Entredós, Interior iluminado* (Muñoz Olivares 1990, I: 246-247).

A modo de conclusión resalta, en primer lugar, el alto grado de antisemitismo que ofrece esta novela. En este contexto, lo más significativo es seguramente la relación compleja y difícil entre el protagonista y la judía Tamara. A través de esta relación Miguel vive un intenso conflicto interior entre su amor por una mujer judía y su postura antisemita. Por mucho que la quiere ni su ideología política ni su religión le permiten unirse con ella. La complejidad de esta relación, y también su carácter sentimental, es aún mayor teniendo en cuenta que Tamara es el primer amor verdadero del protagonista y la única mujer que también le quiere, de alguna manera. Ninguna mujer le influye tanto como Tamara, ninguna relación es tan profunda y ambivalente al mismo tiempo:

Muchas y muy variadas [son las mujeres], que van a jugar papel decisivo en su vida. Todos los amores los va a dar y los va a recibir a ellas y de ellas. Desde la madre y su bella hermana Amelia, que muere muy joven, hasta Rosaura y Moncha que le ofrecen su amor puro, limpio, pasando por Matilde hasta llegar a Tamara, la judía que le proporciona el amor más sensual, el amor de carne, como en algún sitio lo denomina pero que, en defensa de sus creencias, le llevará a la muerte (Muñoz Olivares 1990, II: 285).

³⁰⁶ Protagonista de la novela homónima de López de Haro.

Con lo que, en esta novela, es una mujer judía la que representa a la vez la encarnación del mal por excelencia y lo inaccesible.

El segundo judío importante en esta historia es Heimann, el marido de Tamara. Por un lado, en lo amoroso es el adversario de Miguel y por otro lado, en lo laboral Miguel depende de él: Heimann le facilita los contactos con el mundo del cine, que sobre todo en la segunda parte de la novela cobran cada vez más importancia. Así, el protagonista depende tanto de manera emocional como de manera económica de la benevolencia y ayuda de sus amigos judíos. Con todo, se diferencia esta novela de otras de esta sección en cuanto a la gran cantidad de figuras y debates antisemitas.

Respecto a la estructura de *Adán*, ... es interesante ver cómo se crea entre Miguel y las demás figuras, a través de múltiples conversaciones, un proceso de desarrollo mental en el protagonista y cómo éste adopta una postura cada vez más determinada no solo acerca de los judíos sino también en lo político, que antes no tenía. Es de suponer que el autor se sirve de este método literario para crear una historia más auténtica. Además, es su manera de justificar el exterminio judío.

En relación al odio contra los judíos, al carácter antisemita, que se desprenden no solo de esta obra sino también de *Interior iluminado*, Muñoz Olivares opina:

Tras la rabia contenida, explicitada en las creaciones del año 1939, vuelve López de Haro a la línea mantenida a lo largo de toda su producción: la novela empeñada en reflejar las características de la burguesía como clase social, posiblemente teñida ahora con unas pinceladas más rosas (Muñoz Olivares 1990, I: 252).

El protagonista vive un proceso parecido en lo bélico. Mientras aún no se muestra muy germanófilo durante la Primera Guerra Mundial, esta actitud se va acentuando con el tiempo. El aprendizaje del alemán es un primer paso en esta dirección. Su antisemitismo y su afiliación a la Falange le convierten finalmente en filonazi.

6. 6. Manuel Pombo Angulo: *La juventud no vuelve. Novela de la guerra, 1945*

Manuel Pombo Angulo (1914, Santander – 1995, Madrid³⁰⁷) es uno de los novelistas más fecundos del presente estudio. A partir de los años cuarenta el médico empieza a dedicarse a la labor periodística que culmina más adelante en una carrera bastante exitosa como novelista:

Manuel Pombo Angulo, médico y periodista, fue corresponsal de *La Vanguardia* y *Ya*, en Alemania, entre 1941 y 1944. Como muestra de su actitud en tales momentos, baste

³⁰⁷ Compárese <http://www.escriitorescantabros.com/escritor/pombo-angulo-manuel.html>, 01.08.13.

una pequeña muestra de *Ya* (2-XII-1941): «Mientras la guerra sigue, el doctor Goebbels diserta en la Universidad ante un público selecto, compuesto por ministros, políticos, diplomáticos y militares, sobre la situación actual de Alemania en su lucha por la libertad. Con su frase cálida y perfecta, el ministro de Propaganda del Reich ha hecho resaltar la perfecta unidad política y diplomática de Alemania y la importancia de su guerra espiritual, que puede decidir batallas» (Rodríguez-Puértolas 1986: 577-578).

Como se desprende de esta cita, el vínculo de Pombo Angulo con Alemania durante la Segunda Guerra Mundial es intenso y sus experiencias en este país marcan notablemente su postura filonazi. Una vez acabada la guerra, Pombo Angulo publica un número considerable de novelas hasta 1969. *La juventud no vuelve. Novela de la guerra*³⁰⁸ (1945), su primera obra, y *Sin patria* (1949), su tercera, se ocupan del tema bélico por lo que es “... lo sombrío, trágico y cruel [que] domina en ambas” (Rodríguez-Puértolas 1986: 578). En otras obras aborda temas como la medicina o la poesía. Su estilo literario es caracterizado de la siguiente manera:

En sus novelas – también publicó cuentos en diferentes revistas – muestra Pombo Angulo un realismo duro y en ocasiones tremendista, mezclado con tonos líricos y casi poemáticos, con una irrefrenable tendencia, además al folletínismo más convencional. Su tesis es simple: con fe y amor se solucionan los problemas de la vida. Todo ello ha servido para que en más de una ocasión Pombo Angulo haya sido calificado de «existencialista», al hispánico modo de la posguerra, en todo caso (Rodríguez-Puértolas 1986: 578).

Con su novela *Valle sombrío*, publicada en 1951, obtiene el premio Don Quijote. Rodríguez-Puértolas también anota algunos de los lemas ideológicos de Pombo que expone en sus obras:

Sin duda la obra que dio más fama a Pombo Angulo fue *Hospital General* (Barcelona, 1948), con reflejos de las experiencias profesionales del autor, de nuevo calificada de «existencialismo cristiano» y donde el curioso médico protagonista propugna la vía del dolor como solución purificadora a los males de la vida. Con *Valle sombrío* (Madrid, 1951...) logró el Premio Don Quijote, instituido privadamente para galardonar obras que ilustrasen esta premisa: «El desnivel cultural entre los individuos hace imposible el buen entendimiento entre las clases» (Cf. Martínez Cachero, *op. cit.*, p. 202, citado por Rodríguez-Puértolas 1986: 578).

En *La juventud no vuelve* se reflejan las experiencias de Pombo Angulo en Alemania. Es imprescindible retener que es una obra que trata el tema alemán de una forma distinta a la de otros relatos. El ambiente de *La juventud no vuelve* es notablemente bélico, se sitúa durante casi toda la obra en los años de la guerra. Pero el tono del narrador omnisciente es, por lo general, el de un observador neutro que describe la vida alemana con gran detalle y que no efectúa muchos comentarios valorativos.

³⁰⁸ A continuación se citará solo la primera parte del título.

Los lugares novelísticos principales de la novela son dos. El primero es el pueblo minero Berghaus, un lugar ficticio que se sitúa, se supone, en Alsacia, ya que se caracteriza tanto por rasgos alemanes como por influencias francesas:

Aunque por la posición geográfica de Berghaus – pedazo de tierra independiente, antiguo reino salvado por capricho o milagro de la absorción, que se alzaba, como un reto, entre la eterna rivalidad entre Alemania y Francia – fuesen los alemanes y los franceses los que más abundasen, podía decirse que cada raza tenía su representación en ella (Pombo Angulo 1945: 103-104³⁰⁹).

Así, destaca también por su ambiente internacional. El nombre de este pueblo significa literalmente en alemán “casa del monte”³¹⁰. En consecuencia, es un sitio montañoso cuyas características del paisaje se alaban más de una vez. A pesar de ser un lugar ficticio, cumple con ciertos aspectos de la Alemania del sur: es verde, montañoso, de clima variable y con inviernos nevados y fríos. Berghaus es, además, un sitio universitario y el lugar de encuentro de una multitud de estudiantes que provienen de muchos países diferentes de Europa. El idioma que comparten no siempre se indica con precisión, pero se sabe que se usa el francés, el alemán y posiblemente también el inglés. En todo caso, el narrador demuestra en múltiples ocasiones sus profundos conocimientos de la lengua alemana, que varias figuras emplean.

El segundo lugar predominante es Berlín. Es el Berlín en plena guerra mundial, con su clima inhóspito, sus calles desiertas, sus edificios bombardeados, su pobreza y su angustia. El narrador indica con minuciosidad calles y lugares de la capital alemana con lo que se comprueba que conoce bien a esta ciudad. Debido a la situación bélica, el panorama que traza de ella no es positivo. Como tercer lugar, muy en segundo plano, hay una pequeña anécdota que se desarrolla en Galicia.

La novela se divide en dos grandes partes, la primera consta de catorce capítulos, la segunda de veinte. Está dedicada a “Rafael Bravo y todos los hombres que supieron comprender” (5).

El estilo literario de *La juventud no vuelve* es sobre todo descriptivo. La acción avanza lentamente y el narrador omnisciente se detiene con frecuencia en sus observaciones, ya sea del paisaje o de las personas. A menudo hace hincapié en el ambiente del lugar respectivo. Debido al trasfondo bélico –que es más que un trasfondo

³⁰⁹ En lo sucesivo citaré de: Pombo Angulo, Manuel (1945): *La juventud no vuelve. Novela de la guerra*, Sagitario, Madrid.

³¹⁰ En efecto, existen unos pocos lugares en Alemania con este nombre, pero ninguno se encuentra en Alsacia (véase, por ejemplo, <http://franconica.uni-wuerzburg.de/ub/topographia-franconiae/ortsseite.html?name=Berghaus&id=108813>, 13.08.13 y también Hartmann, Eugen: *Statistik des Königreiches Bayern*. München: s. n., 1866, sin página.

puesto que es la base de la acción principal– el tono es a veces patriótico, pero en ningún momento muy acentuado. Aunque varía de figura en figura, el ambiente general está mayoritariamente marcado por una gran melancolía y tristeza que sienten los personajes. La narración se caracteriza, además, por múltiples retrospectivas que suelen enfocar en la vida de los protagonistas anterior a su instalación en Berghaus.

La acción narrativa comienza en otoño, se supone del año 1938, ya que solo faltan unos meses para que estalle la guerra. En general, hay escasas indicaciones temporales exactas, una de ellas es la invasión de Polonia por parte de los nazis en el último capítulo de la primera parte. Durante gran parte de la obra se apuntan únicamente indicaciones estacionales. El conflicto bélico es presentado por las figuras narrativas.

El protagonista principal es el gallego Misael de Orgaz, de treinta y cinco años, que se fue a vivir a Alemania para estudiar. No obstante, su perspectiva ocupa solo una parte de la novela y cambia con frecuencia a la de sus amigos estudiantiles. El número de personajes de este relato es mayor. Entre ellos están la novia del protagonista, Gisela Müller, con la que Misael se casará en breve. Gisela es alemana, pero ambos conversan en francés. Sin embargo, los comentarios desde la perspectiva de Gisela son escasos. Los amigos de Misael y Gisela son, entre otros, los estudiantes de medicina Irach, un iraní, y Angélica, una italiana, así como el irlandés Peter. También forman parte del círculo estudiantil del protagonista Hans, un noruego, Sonia, una chica judía del Báltico, y Abud, un joven egipcio, que trabaja con Angélica de enfermero en un hospital. Además hay otros personajes que no forman parte del círculo estudiantil, pero que marcan notablemente la vida del pueblo: está, por un lado, el Padre Augusto, el cura de Berghaus, y por otro lado, el llamado “Profesor”, un profesor de ciencias y médico forense del pueblo. Su amigo y compañero es el médico general alemán Schwarze. Más adelante formarán parte del relato el comandante nazi Rahe cuya familia también se conoce, pero de forma más superficial. Falta por añadir el gallego Chomín, que primero trabaja de ayudante para Rahe y luego también para Misael. En la segunda parte, Chomín y Misael se hacen amigos.

Conforme con el título, *La juventud no vuelve* es ante todo un panorama intenso, de primera mano, de la vida de los jóvenes estudiantes europeos durante la Segunda Guerra Mundial. También el título parece indicar el inevitable transcurso del tiempo y por ello tal vez ser una referencia al tópico *Tempus fugit* o *Carpe diem*. Así, una gran parte de la obra se centra en los sentimientos, pensamientos y preocupaciones del protagonista Misael cuya personalidad está notablemente marcada por la melancolía. El

inicio de la historia enfoca, además, en el ambiente universitario. Berghaus se caracteriza como un pueblo frecuentado tanto por alemanes como por franceses, pero también por polacos y por estudiantes de todo el mundo.

El punto de encuentro más frecuentado por los estudiantes de Berghaus es un restaurante y a la vez cervecería cuya dueña es “«Mamá Blanchard»” (10). Berghaus, “un pequeño estado independiente” (63), tiene un aire romántico y cumple así con una de las imágenes extendidas en la época sobre Alemania: “Todo Berghaus tenía una dulce belleza romántica que impulsaba a la melancolía. Piedras viejas, ruinas y el río, que cantaba entre viñedos como una bacante encantada” (15). Se establecen muchas metáforas en torno a este lugar que a menudo es incluso personificado. Así, aunque se trate de un sitio ficticio, este lugar germano es de cierta importancia. El ambiente propicio a la melancolía fomenta la soledad de los personajes que siempre buscan la compañía de sus amigos. Todas las figuras de la presente historia tienen una buena predisposición para este profundo y vago sentimiento de tristeza, aunque no todas lo sienten en el mismo grado. Así, la narración describe los altibajos de las figuras, unas veces felices, otras deprimidas. En este sentido, Gisela es para Misael una especie de ancla, un apoyo que no encuentra en sí mismo.

En el protagonista predomina al principio del relato la sensación de que su juventud ya se acabó. En comparación con su amigo Hans, Misael se siente feliz, pero mayor. Estas reflexiones sobre la juventud y la sensación de no poder disfrutar de ella, o incluso de estar privado de ella, es uno de los hilos conductores de la obra: “Desde su cuarto de estudiante Misael padecía la peor de las angustias: ver cómo pasaba el tiempo” (12). Como apunta en lo sucesivo, le falta un claro objetivo en la vida:

Algo iba mal en [su vida], y Misael no se daba cuenta de que su inquietud se debía a que toda pasión requiere un objeto y a que él estaba allí, en la ciudad joven, sin rumbo ni vía, de paso, pensando siempre en el retorno y en la vida patria, en la casona y en los peñascos de la playa (13).

En otros fragmentos del texto, el narrador intenta suavizar estos altibajos cuando opina: “Misael tenía pocas preocupaciones reales: estudiar, preparar sus temas y tomar el río en sus paseos, camino del puente” (10). Aún en el primer capítulo se sabe además que la relación de Misael con su familia en España no es muy positiva: “El recuerdo de su casa no era alegre; era más bien duro y seco, como una obligación o un deber” (12).

Otro tema de cierta importancia, relacionado con la juventud no experimentada, es la soledad, tanto en el círculo amistoso como en el amor. En algunos momentos, el narrador apunta que los personajes se sienten incomprendidos por sus amigos, que hay

una notable escasez de comunicación entre los estudiantes. En una de las reflexiones de Misael sobre la soledad y el hecho de vivir fuera de España se pueden reconocer ciertos paralelismos con la trayectoria de Pombo Angulo:

Mi tierra está muy lejos. Mi familia también. No es cierto que uno se sienta solo sin la familia, sino que se siente desarraigado. Estamos unidos a ella por lazos tan profundos que, en la lejanía, semeja como si se estirasen hasta lo inverosímil, y nos duelen mucho. La familia son siempre las costumbres. En mi tierra hay muchas iglesias, pero mi familia asiste preferentemente a una de ellas. Allí tiene mi madre un reclinatorio con sus iniciales, y los hombres se apartan para dejar paso a mi padre cuando sube al coro. El mar rompe cerca de sus muros, y cuando se abren las vidrieras pueden verse unos peñascos agudos asomando apenas entre las olas (15).

Quizá es esta sensación de desarraigo el motivo por el que el protagonista permanece en Alemania durante toda la guerra. Solo interrumpe su residencia por algunos viajes cortos a España después de la muerte de su padre. Es posible que su actuar se deba, por un lado, a su carácter débil, y por otro lado, al hecho de no sentirse suficientemente a gusto en su tierra natal.

Uno de los primeros elementos germanófilos se encuentra en la presentación del antes mencionado profesor a quien se le compara, en el sexto capítulo de la primera parte, al Fausto: “Rodeado de probetas y alambiques, el vivaracho y menudo, tenía el ingenuo y satisfecho aire de un Fausto al que ningún sortilegio hiciese falta para conservar la juventud” (53). En efecto, una de las características más típicas de este personaje goethiano es su curiosidad, por lo que se muestra propicio a hacer experimentos. De la mención a la juventud se desprende cierta envidia por la despreocupación de los jóvenes. Mientras que el profesor, también llamado “médico de los cadáveres” (53), trabaja en un hospital, su mejor amigo, el médico Schwarze, ejerce en el pabellón de neuropsiquiatría. Schwarze, como indica su apellido³¹¹, es alemán, la procedencia exacta del profesor se desconoce. Solo se sabe que es de “un país lejano, que se perdía al Norte, bajo la nieve” (54). El profesor y Schwarze son amigos desde hace mucho tiempo:

Cada vez que un condenado burlaba la muerte merced a la ciencia del doctor Schwarze, éste apuntaba su cráneo germano hacia el pabellón de autopsias y gritaba al Profesor: – ¡Te lo robé, vampiro! ¡Te lo robé! (55).

La política no es uno de los temas predominantes de esta novela. Mientras que el nacionalsocialismo solo se menciona a ratos y de manera breve, por el contrario, se hallan más referencias al comunismo. Así, en una conversación entre Angélica y Abud,

³¹¹ La palabra alemana “schwarz”, sin la ‘e’ final y en minúscula, significa “negro”.

la italiana le pregunta a su amigo: “–Dime, Abud, dime. ¿Qué es el comunismo?” (60), a lo que Abud responde: “–El comunismo es la religión de los desesperados. (...) Angélica se echó a reír. – Entonces, hermano, vamos a beber por nuestra unión” (60). Abud es una de las figuras supuestamente más lábiles del relato que está en constante búsqueda de su lugar en el mundo y que considera la ideología comunista una buena opción para su persona.

Lo político cobra más importancia a medida que el estallido de la guerra se acerca. Entonces los estudiantes expresan su miedo ante el probable futuro bélico y el iraní Irach apunta:

..., aquello le preocupaba. ¿Qué sería de Berghaus en guerra? ¿Qué sería de aquel pequeño estado independiente, que vivía de la benevolencia de los demás, cual un Mónaco con Universidad y sin ruleta? ¿Pero siempre se estaba hablando de la guerra! (63).

El tono antibélico aquí aún leve se manifestará a lo largo de la historia. Mientras tanto, se subraya el ambiente deprimido.

En lo sucesivo se conoce la historia de Abud. En la cervecería de Mamá Blanchard, el egipcio entabla una conversación con unos mineros. Entonces, los estudiantes, que aún no han encontrado su postura en este conflicto bélico, se consideran opuestos a los mineros de Berghaus, que son comunistas.

Abud es caracterizado como un chico de poca suerte en la vida, fracasado tanto en el amor como en lo profesional. De joven se alistó a la marina y viajó por Alemania:

Marineros en las machinas y tabernas con reproducciones de fragatas junto a las panzudas botellas de ron. Fué en una de sus escalas, camino de Europa, dando la vuelta al continente. Alguien le preguntó dónde iba y él contestó: –A Hamburgo. – Su interlocutor entornó los ojos. – Hamburgo... St. Pauli... El sueño de los marineros (70-71).

Así, Hamburgo representa un lugar importante en la carrera del joven marinero. Entonces escucha cómo alguien clasifica al comunismo como una religión para los desesperados, frase de la que se apropia. Aunque el hecho de plantearse seriamente por si afiliarse al partido comunista –pensamiento que va en contra del régimen nazi– Abud, por todas sus experiencias en Alemania, se considera uno de los personajes más germanófilos de la presente obra.

A continuación se relata la boda de Misael y Gisela a la que no parece asistir ningún familiar de los novios puesto que la familia de Misael está en Galicia, y el padre de Gisela, Hans, ya ha muerto. Sin embargo, se presenta toda la comunidad universitaria.

En el siguiente capítulo, la perspectiva cambia hacia Abud cuya soledad aumenta considerablemente. El egipcio opina: “Quizá el comunismo fuese una solución [para mí] y quizá pudiese sentir hondamente una idea política porque sintiese, hondamente también, un gran dolor” (98). Se desprende de la narración que estas reflexiones políticas no se deben a convicciones ideológicas sino simplemente al gran vacío que siente esta figura, como casi todas de este relato, en su vida. Abud, pues, busca el contacto con el grupo comunista alemán:

– El camarada Zupow se encargaría de todo lo que afecte a organización. – No tenía la voz muy segura. Zupow – el hombre menudo – hizo asomar una sonrisa a su cara ratonil. Sí; él se encargaría de esa cosa tan necesaria que se llama organización. Con un inconfundible acento alemán, explicaba: «– Al proletariado le falta precisamente eso: organizarse. Tiene fuerza, pero dispersa. Sólo Rusia ha conseguido unirle» (100).

A continuación, estos mineros enseñan a Abud y Angélica las minas de Berghaus en las que trabajan.

Esta descripción alterna con la de la boda de Misael y Gisela que se celebra en un castillo cerca de Berghaus. Una excursión de los estudiantes en barco que forma parte de la ceremonia refuerza aún el carácter romántico invernal de este paisaje.

En otro fragmento del texto conversan Irach y Sonia, la chica del Báltico. Cuando Irach le dice a Sonia que sus ojos son extraños, ella replica que es judía. Pero Irach no parece atribuirle a ello ni la más mínima importancia, reacción que, en un principio, no le califica de filonazi: “Irach reía. – ¿Qué importa eso? – Nada importaba en Berghaus. Allí, junto al Báltico, no importaba nada tampoco, y Sonia andaba feliz, con su mirar extraño y su ángulo facial, ...” (110). En este momento, Berghaus parece, pues, ser un sitio que está a salvo de la guerra. En cuanto a Sonia, es una amiga muy querida por todos, otro elemento claramente antinazi.

Otro aspecto a favor de la tolerancia y, por ende, antibélico es la siguiente pregunta del cura Augusto que conversa con sus amigos Schwarze y el profesor:

¿Cuántos matrimonios de diferente nacionalidad se celebran al año en Berghaus? – El Profesor asintió: – Muchos, y ello es lógico. Las razas se han hecho con sus características especiales para atraerse las unas a las otras, unirse y colaborar así a la propagación de la Humanidad. No hay naciones, sino mundo, como no hay estrellas, sino cielo. Berghaus es la mejor prueba de la posible fraternidad universal. – ¡Hum!... – gruñó el doctor Schwarze –. Veremos en qué para todo esto; veremos qué sucederá en la próxima guerra. – El padre Augusto quedó un momento callado. Después dijo, mirándole: – Pero es que la guerra es lo único anormal en la Humanidad. Es lo único que despierta en el hombre el instinto del odio, en vez del amor (114).

Mientras que Augusto y el profesor se acercan en sus posiciones en cuanto a la situación política actual de Berghaus, Schwarze difiere de ellos. Según el profesor, conforme con

el comentario anterior, Berghaus es un lugar pacífico, uno de los pocos que quedan en una Europa en vísperas de la próxima guerra. El médico es más escéptico en cuanto a un futuro pacífico, se muestra indeciso y más bien pesimista. El Padre, finalmente, desde el punto de vista religioso, considera la guerra un mal terrible y adopta una postura antibélica. En lo sucesivo, Schwarze será el único que opta, y además solo a ratos, por una postura pro-bélica. En este momento aún no se pronuncia de manera explícita. Finalmente, los tres recuerdan su propia participación en la Primera Guerra Mundial y demuestran tanto sus preocupaciones por el futuro de los estudiantes como por el de los mineros.

A finales del undécimo capítulo estalla la guerra y el ambiente, en seguida, se caracteriza por un “aire [que] se llenaba de un olor acre y agudo que ellos presentían era el dolor de la muerte” (123). Ante la explosión de la primera bomba de gas, el ambiente se llena de humaredas y Schwarze exclama en alemán: “«Mein gott³¹²»” (124). Todos intentan huir del lugar de la explosión, el caos es mayor. Mientras un grupo de personas se refugia en un pozo, “improvisando un hospital en el barracón donde se guardaban las herramientas” (126), otros están enterrados debajo de unas piedras caídas. En un momento de pánico, los demás intentan rescatarles excavando. Entonces la perspectiva gira hacia Peter que está preocupado por Angélica, a la que no encuentra. La atmósfera de los refugiados, unos heridos, otros sanos, se describe como sigue:

Sobre los camastros yacían los heridos; los que fueron alcanzados por el derrumbamiento y aquellos a los que el gas medio ahogó y que salieron de su atmósfera con la sangre viciada y un azul especial en los rostros afilados. (...) Los más leves miraban hacia el techo con sus ojos asombrados, nacidos en las varias geografías continentales. Ojos azules de alemanes y suecos; ojos cálidos de griegos y rumanos; ojos de españoles e italianos y pícaros ojos de franceses que aún no perdieron del todo el paisaje del «faubourg». Ojos rusos, tan lejanos, y expresivos ojos balcánicos... Toda Europa estaba allí, unida por la poderosa internacional del trabajo y, ahora, por la aún más poderosa del terror (130-131).

Una vez más, el narrador realza el ambiente de internacionalidad subrayando que no importa de dónde son las personas ni qué profesiones tienen. Solo importa la gran angustia que se ha apoderado de todos.

En lo sucesivo el médico Schwarze reflexiona sobre las diferentes heridas. Pero, conforme con el tono general de la obra, sus reflexiones no son significativas en cuanto a la temática filonazi:

«¡Qué poca cosa! –meditaba el doctor Schwarze–. ¡Qué poca cosa y qué tremenda también! Quizá se declare una pulmonía traumática; quizá en esta herida dé comienzo la

³¹² “Mein Gott” es una exclamación típica en alemán y significa “Dios mío”.

gangrena; (...) Todo se reduce al combate de una serie de organismos invisibles que se ríen de los vulgares afanes humanos. Los microbios penetran en minúsculas legiones y los fagocitos se lanzan contra ellos. (...) Más frío, más elemental que el Profesor, el doctor Schwarze tenía un concepto pesimista de la existencia, y, a veces, pese a todos sus estudios, opinaba que quizá el discurrir de la vida no fuese el combate entre los microorganismos que la atacaban y la defendían, sino entre las ilusiones y el dolor (132).

El médico alemán parte aquí desde su perspectiva biológica-médica que le sirve para unas reflexiones más generales sobre la felicidad en la vida. Esta búsqueda de la felicidad también acompaña a Peter que, cuando encuentra a Angélica herida, pero viva, anota estar enamorado de ella.

Durante la explosión, Abud había sido sepultado, pero cuando se despierta logra salir del escombros. Recobrando la conciencia busca en su entorno por si hay otros heridos cerca. Así, encuentra a un joven cuyo corazón aún late y le reanima. En consecuencia, Abud y el rescatado, que resulta ser alemán, empiezan a conversar:

El otro se incorporó, mirándole: –¿Tu eres estudiante, verdad? – ¿Sí, y tú? – Yo soy Jaeger. –«Aleman, pensó Abud–; alemán del Sur, de Mannheim o Francfort.» Intentó animarle. – Bueno, Jaeger; hay que esperar a que nos saquen de aquí. – Jaeger desvió los ojos. – Sí; pero, ¿y los demás? – La pregunta quedó sin respuesta, y como de acuerdo, se dirigieron hacia las vigas (143).

De esta cita se desprenden tanto los conocimientos geográficos como lingüísticos de Abud que, por haber vivido un tiempo en Alemania, distingue entre los diferentes dialectos del alemán, atribuyéndole al rescatado su origen del sur de Alemania. En efecto, se revela que el herido es de Mannheim. Durante un descanso en su intento de salir de las ruinas, Abud le dice:

– Hoy era el día de nuestra fiesta. ¿Conoces las fiestas de los estudiantes? – Sí, desde Mannheim se escuchan, a veces, los cantos de Heidelberg – era de Mannheim entonces; y como si hubiese adivinado su pensamiento, Jaeger prosiguió –: Sí; soy de Mannheim y trabajé al principio en la Inge Farben; después vine aquí porque se ganaba más en las minas. ¡Pero las minas son tan tristes! Aunque, ¿sabes?, nosotros procurábamos alegrar la vida y madre colocaba siempre flores en la ventana. Eran las únicas flores que no se secaban... Madre... – Se le quebró la voz, con una pena infinita levantada por esta palabra (144).

Así, Abud le ayuda a Jaeger que, a raíz de este accidente, permanecerá en tratamiento médico durante el resto de la novela. Ambos siguen buscando a otros heridos, pero al final del capítulo aún no han podido salir del pozo y piden socorro.

Otras impresiones sobre Alemania se incorporan cuando el protagonista viaja a España para asistir al funeral de su padre. Decide irse sin su esposa y en el tren aprovecha para describir a los demás viajeros:

Más lejos fumaban dos hombres, con aspecto francés. Todo el pasillo aparecía repleto de franceses. Los dos hombres eran ya maduros, con el curtido rostro lleno de arrugas y un pelo fuerte y gris. Vestían chaquetas de pana negra y apretaban entre sus dientes esas grandes pipas multicolores que disipaban sus volutas bajo el cielo de Baviera. Sus pantalones se sujetaban con una faja azul (153).

En este momento se igualan franceses y alemanes en lo físico. El narrador describe también a otros viajeros, entre ellos un estudiante alemán de Bonn. Pero su presencia no es significativa para la historia. Misael, por su parte, sigue pensando en su huida repentina y que dejó atrás a su recién casada, junto a su amigo Hans del que sabe que está enamorado de ella. Mientras reflexiona sobre los demás viajeros del tren, fugitivos del ambiente bélico, conoce a una mujer francesa que le cuenta su odisea. Había tenido que abandonar su casa en el sur de Alemania con un gran jardín donde cultivaba manzanas. Esta mujer le habla a Misael de la SS³¹³, organización militar de los nazis:

Atrás quedaba la casa... ¿Cuándo podría volver a ella? ¿Se secarían los manzanos? (...) La ventana del comedor no encajaba bien, y ella debió llamar a Herr Brull [el señor Brull], el carpintero, pero no lo hizo por ahorrarse los marcos. Ahora sus ahorros no servían para nada. Los últimos tiempos habían sido malos y los más jóvenes de la fábrica insultaban a su hijo llamándole cerdo francés, y su hijo estuvo a punto de ser despedido cuando contestó que bueno, que, al fin y al cabo, mejor era ser cerdo que miembro de las S.S. ¡Tenía un genio tan vivo! Afortunadamente, precisaban sus servicios, porque era el mejor mecánico de su nave; pero desde entonces pensaron ya en marcharse. El buen Dios permitió que su hijo lo hiciese antes de «aquello» (158).

Esta escena es un reflejo de la relación cada vez más tensa entre Alemania y Francia. Se alude así a la creciente enemistad entre franceses y alemanes y, de manera indirecta, se anticipan los males de la guerra.

Cuando Misael se acerca a una joven de aspecto triste, un hombre le interroga: “– ¿De modo que no lo sabe? ¿No sabe que quizá en estos momentos los alemanes estén invadiendo Polonia? – El hombre hablaba agresivo, como deseando descargar toda su ira y todo su dolor contenido” (159). De forma indirecta, se indica, pues, en este momento la fecha de septiembre de 1939. La reacción de Misael a la intervención anterior es brusca y agresiva:

No lo sabía y, además, no me importa. No soy polaco. – El hombre bajó los ojos. Poco a poco volvió a sentarse. La mujer primera murmuró, por lo bajo: – ¡No le importa! – No –, repitió Misael; y después, acercándose a la muchacha –. Pero me importas tú. Eres muy bonita (159).

Una vez más, los destinos y problemas individuales de las figuras están por encima de lo colectivo, de los acontecimientos que suceden en el mundo. Así, la afirmación de

³¹³ Abreviación del alemán “Schutzstaffel“. La traducción literal de esta palabra sería “escuadrilla protectora“, traducción de la autora.

Misael no se debe interpretar como una afirmación pro-nazi. El protagonista más bien parece hablar desde la ignorancia e indiferencia, interesándose únicamente por el bienestar de la viajante. El capítulo termina con la llegada a la frontera francesa.

En la segunda parte, la perspectiva cambia: la acción se desarrolla ahora en Berlín y se indica el tercer año de la guerra. La primera imagen es la del “Kurfürstendamm”, una de las avenidas más conocidas de la capital alemana en la que el invierno, como se comenta, es extremadamente frío:

Todavía en verano podía soportarse su vista; pero en invierno, con 15 grados bajo cero y el racionamiento escaso, el maniquí estremecía a los que por casualidad le miraban. En el Wannsee³¹⁴ las estatuas que corrían hacia el lago daban también esta impresión helada (163).

En lo sucesivo se aborda lo político y algún comentario de la prensa alemana:

Junto a los discursos de Goebbels y los anuncios de cambios – «Cambio bolsillo por un par de zapatos», «Cambio coche de niño por rueda de bicicleta» – se leían las opiniones de los especialistas. No se trataba de si la película faltaba o no a la moral, sino, simplemente, si lo inmoral podía considerarse como artístico. El *Völkischer*³¹⁵ opinaba que sí, el *D. A. Z.*³¹⁶ opinaba que no. Entre estas dos altas opiniones, la gente hacía cola para ocupar las butacas y enternecerse con las desventuras de una campesina que terminaba ahogada en el pantano (164).

En el mismo contexto el narrador se refiere a los sueldos de los profesores. Se describe con bastante detalle el ambiente cultural en Berlín y se mencionan actores y cantantes populares conocidos en la época. La acción se desarrolla en el restaurante *Nápoles* donde algunas veces también se representan obras de teatro:

Tras las verdes puertas se extendía una sala de techos bajos y luces veladas, con retratos de todos los artistas célebres colgados de las paredes. Retratos de Hans Albers³¹⁷, que acababa de llegar a la luna montado en un globo elemental; y de Víctor de Kowa³¹⁸, que representaba un príncipe melancólico y magnífico en el «Schiller Theater»; y de Hilde Krahl³¹⁹, que continuaba siendo la novia de todos los adolescentes. Retratos de Marika Röck³²⁰, con su aire de juventud y danza; de Heinrich George³²¹ y del perverso

³¹⁴ El “Großer Wannsee“ y el “Kleiner Wannsee“ son dos lagos conocidos en las afueras de Berlín (véase <http://www.wissen.de/lexikon/wannsee?keyword=Wannsee>, 06.08.13).

³¹⁵ El *Völkischer Beobachter* (traducción literal: el “observador del pueblo“) fue un periódico que compró el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) con fines propagandísticos (compárese http://www.historisches-lexikon-bayerns.de/artikel/artikel_44345, 06.08.13).

³¹⁶ Se refiere aquí al periódico “Deutsche Allgemeine Zeitung”, periódico de importante peso político que existió entre 1918 y 1945 (véase <http://www.wissen.de/lexikon/deutsche-allgemeine-zeitung-berlin>, 06.08.13).

³¹⁷ Hans Albers (1891-1960) fue un actor y cantante popular alemán en la República de Weimar (véase <http://www.wissen.de/lexikon/albers-hans?keyword=Hans%20Albers>, 06.08.13).

³¹⁸ Al igual que Hans Albers, el alemán Víctor de Kowa (1904-1973) fue actor, además de director de películas (compárese <http://www.wissen.de/lexikon/kowa-victor-de?keyword=de%20Kowa>, 06.08.13).

³¹⁹ La alemana Hilde Krahl (1917-1999) fue actriz teatral (véase <http://www.wissen.de/lexikon/krahl-hilde?keyword=Hilde%20Krahl>, 06.08.13).

³²⁰ Marika Röck (1913-2004) también fue una actriz de teatro y de cine conocida en la época (véase <http://www.sueddeutsche.de/kultur/zum-tod-von-marika-roekk-das-publikum-war-meine-grosse-familie-1.799851>, 06.08.13).

inimitable Mefisto que Greimer³²² era. También se veía el rostro atormentado de Zarah Leander³²³, y «Nápoles»³²⁴, sabio, íntimo y reducido ponía su voz caliente en los altavoces, su ronco cantar que estremecía siempre como una profunda e insondable pasión. Cuando Zarah Leander cantaba se hacía el silencio en el recinto y las conversaciones callaban y las miradas se perdían en el más allá (164-165).

Todos los aquí mencionados fueron figuras populares en lo cultural y fílmico durante la Segunda Guerra Mundial y conocidos por el narrador. A sus buenos conocimientos lingüísticos, se suman, pues, estas experiencias culturales que son más abundantes que en otros relatos.

En el mismo capítulo, se narra un incidente de un soldado que, a fuerza, intenta entrar en el restaurante, haciendo uso de su pistola – acto que el narrador comenta como sigue: “Si Alemania podía aún salvarse, era por su rígida e insobornable disciplina militar” (165). Es uno de los pocos comentarios filonazis explícitos de este relato.

En otro momento, el señor Kubacht, jefe de comedor en el *Nápoles*, intercambia con el dueño del club un retrato del payaso Charlie Rivel, a cambio de un producto alimenticio:

Sin embargo, Herr Kubacht resolvió la dificultad porque era hombre de muchas relaciones, y el dueño del «Cómico» le cambió la efigie maquillada de Charlie Rivel por una botella de aceite de girasol. El mejor payaso de Alemania lucía así, con sus grandes narices, sus ojos vivos y su boca gigantesca, sobre los impactos de aquel teniente del que nunca volvió a saberse nada (165-166).

Así, se suma a la lista de los artistas alemanes también un español, muy popular en Alemania en la época³²⁵. En la misma situación el narrador también habla del vino alemán:

En las cavas se amontonaban las viejas botellas de Rhin y Mosella, los borgoñas aterciopelados y el champán rubio y espumoso, que volvía un poco irresponsables a los que le bebían (166).

Es solo una prueba más de las experiencias vividas del narrador en Alemania.

En otro fragmento del texto, se describen los contrastes que existen en estos días bélicos entre los clubs y restaurantes de cierta categoría, por un lado, y la vida diaria en los demás sitios, por otro lado:

³²¹ Las películas más conocidas con el actor Heinrich George son “Metrópolis” (1925/26), “Jud Süß” (1940) y “Der Postmeister” (1940). En esa última tuvo el rol del padre de Dunja, representada por Hilde Krahl. George murió en un campo de concentración soviético (véase <http://www.wissen.de/lexikon/george-heinrich?keyword=George%2C%20Heinrich>, 06.08.13).

³²² Sobre Greimer no se ha podido averiguar ningún dato biográfico.

³²³ La actriz y cantante sueca Zarah Leander (1907-1981), probablemente la más conocida de los antes mencionados, era muy popular en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial (véase <http://www.wissen.de/lexikon/leander-zarah?keyword=Leander%2C%20Zarah>, 06.08.13).

³²⁴ Como ya sucedió anteriormente, el lugar y uno de los artistas comparten el mismo nombre.

³²⁵ Compárese <http://www.wissen.de/lexikon/rivel-charlie?keyword=Charlie%20Rivel>, 16.08.13.

En «Nápoles» reinaba siempre una feliz algarabía. Fuera quedaba la guerra, el heroísmo del frente, el blanco dolor de los hospitales; en «Nápoles» sólo se veían las pieles caras, los zorros traídos de Noruega y los pardos visones con un brillo cálido en su pelo sedoso. Las mujeres llevaban medias sin zurcir, joyas sobre la piel perfumada y trajes recién llegados desde París (166).

Aunque, desde una lectura superficial, se trata de una descripción bastante neutra y no pro-bélica, destaca que el narrador mencione estos contrastes. Es posible que le parezca absurda la existencia de una clase medio-rica que, aún en esta situación, se permite (pequeños) lujos. Además, se subraya el contraste entre la vida cultural floreciente y cierta grisura en la vida diaria. Se sobreentiende que este tipo de impresiones, descritas con tanto detalle, describe mejor quien las vivió. Con todo, descripciones del estilo son típicas del presente relato y recuerdan uno de los grandes temas de la novela, que es el de la juventud acabada o incluso de la juventud inexistente de las figuras novelísticas.

Mientras tanto se percibe cada vez más la presencia de los soldados en la capital:

La noche de Berlín era sólo negrura. Las gentes marchaban a sus casas apresuradamente, sumiéndose en el túnel de los «Metros» o ascendiendo las escaleras de los «Aéreos». En la oscuridad se escuchaban pisadas fuertes y grupos de soldados pasaban hacia sus cuarteles (167).

La descripción de quienes entran y trabajan en el *Nápoles* cumple con algunos estereotipos sobre los alemanes, como se desprende de las siguientes líneas:

Herr Kubacht le sirvió más coñac; después se lanzó presuroso hacia la puerta. Los camareros dispusieron de sus servilletas y los botones se precipitaron para despojar de su abrigo al que entraba. Serio, enjuto, con un monóculo y el uniforme caqui, el nuevo comensal les saludó con una sonrisa. Tenía el rostro enérgico, de ojos tan claros que hacían pensar en la nieve, cruzado por las cicatrices de sus años escolares. Todo alemán que se estimase lucía estas cicatrices, recuerdo de los duelos universitarios cuando los estudiantes dirimían sus querellas a golpe de sable corto. Estas cicatrices daban aún más energía a aquel rostro un poco rojizo, a aquella cabeza de cuello recto y pelo casi afeitado, según la moda prusiana (170).

Se desprende de estas descripciones detalladas del ambiente germano el profundo interés del narrador por este mundo. Mientras que las impresiones del ambiente no suelen ser demasiado positivas, lo son las descripciones de las personas. Con la mención de costumbres como la lucha de sable subyace en esta narración un conocimiento cultural más profundo que en otras obras.

En otro fragmento del texto se incorpora algún breve diálogo en alemán a la narración. A continuación se presentan dos nuevas figuras, el comandante nazi Rahe y su ayudante, el marinero español, Chomín. Se describen sus paseos nocturnos por Berlín:

A veces, [el hombre fumador] abandonaba las fiestas para deambular por los barrios de Berlín. Chomín [el supuesto marinero] le seguía, y, en tales momentos, el patrón le daba un poco de pena. Iban por la parte vieja, a la sombra de la iglesia de ladrillo, cuyos muros se alzaron en el siglo XIV, entre el agua quieta del Spree, que reflejaba la hiedra y las mil ventanas del palacio de los Hohenzollern. Desde estas ventanas habían disparado los revolucionarios cuando la guerra pasada dió fin y la leyenda contaba – la revolución ya tenía su leyenda – que los Dantón germanos colocaron periódicos bajo sus pies para no estropear las preciosas maderas del suelo. Ahora el palacio ya era museo, y un guía explicaba que el monumento balcón de plata que asomaba a uno de los salones fué enajenado hace tiempo por un perverso judío. Jamás la Historia se aplicó tan concienzudamente a la propaganda racial (174-175).

Las menciones geográficas se combinan en este momento con referencias históricas sobre Alemania. El narrador también se refiere al nazismo y emplea el lenguaje nazi cuando utiliza el término del “perverso judío”.

Siguiendo la misma temática describe, siempre de manera neutra, no valorativa, la creciente exclusión de los judíos de la sociedad alemana:

En los coches, junto a las estufas, en los rojos vagones de fumadores; en los bancos, en los jardines, en los teatros, en los cafés y en las tiendas se leía siempre la misma advertencia: «Prohibido para los judíos» (175).

Como ya se hizo anteriormente se comentan los contrastes en la vida diaria en los tiempos bélicos cuando se anota:

Chomín se estremecía muchas veces con el desesperado heroísmo de aquel Berlín, donde las mujeres se lavaban con agua fría y donde, pese a todo, continuaban brillando limpias, como flores que, faltas de riego, conservasen todavía su perfume. «Leñe – decía Chomín–. ¿Por qué harán esto con tal pueblo?» (176).

Chomín toma aquí partido por Alemania, pero se distingue entre la toma de postura por lo militar y por el resto de la población. Los ciudadanos alemanes son considerados las víctimas de la guerra. No así los soldados a los que se les atribuye un “desesperado heroísmo”, claro comentario antibélico.

En otra conversación entre Chomín, Rahe y un tercer hombre, saliendo del *Nápoles*, se describe con todo detalle el barrio berlinés alrededor del parque zoológico y se anota: “La cebra murió, un día, alcanzada por una bomba, porque también el «Zoo» tenía sus caídos de guerra” (179-180). Cuando, poco después, los tres hombres siguen su conversación en casa de Rahe se añaden más apuntes sobre la cultura e historia alemanas:

Sobre las cómodas descansaban gráciles porcelanas. Eran porcelanas antiguas, venidas de Dresden, donde Augusto el Fuerte enseñó por primera vez a la corriente del Elba su bella y delicada fragilidad, de Viena y de Karlsbad³²⁶. Lámparas de Bohemia

³²⁶ Seguramente se refiere aquí a Karlsbad, pueblo en la Selva Negra, cerca de Karlsruhe (véase <http://www.wissen.de/lexikon/karlsbad-deutschland?keyword=Karlsbad>, 07.08.13).

iluminaban estas cómodas, estas porcelanas y los espejos de barrocas cornucopias y los cuadros. (...) Los cuadros representaban escenas de guerra, viejos santos como los que Cranach pintara y una vista de «Sans Souci³²⁷» firmada por Menzel (181).

Una vez más se desprende del texto que el narrador no solo conoce bien la ciudad de Berlín sino que también es versado en otros temas, como por ejemplo la pintura germana. En la misma situación los hombres contemplan algunas fotos en casa de Rahe. El comandante les enseña entonces una fotografía de su hijo Alejandro que, como soldado, “«[l]ucha por Alemania»” (182). Poco después aparece el padre de Rahe y les recuerda la Primera Guerra Mundial:

Entonces combatimos por la gran Alemania – proseguía el anciano. – Hoy tenemos ejércitos sin academia. Yo no salgo de casa por no mirar tanto horror. Hay que luchar, sí, porque el enemigo es fuerte, pero... ¡Perdona, hijo! – cortó repentinamente. – ¡Cuánto debes sufrir! Él es un Rahe – añadió, volviéndose hacia el hombre – y se sacrifica por la Patria. Le hirieron dos veces en el frente – ¿ya lo sabe usted? –, y ahora se encuentra empeñado en una lucha, mil veces más dura, contra esos miserables que especulan con el hambre de Alemania. ¡Traidores! (184-185).

Y el padre de Rahe prosigue su discurso, siempre en la línea patriota y filonazi, cuando repasa el historial militar de su familia:

– Lealtad; he aquí nuestro lema. Lealtad a la Patria y a la familia; honor al hogar. Mi hijo ha luchado también y mi nieto lucha aún. Yo hice dos guerras, y – exclamó de pronto – si fuese preciso hacer otra contra estos malditos que nos arruinan, contra estos vampiros de nuestra propia sangre, la haría sin dudar. ¡Les cogería entre mis manos! ...Sonó un golpe. El anciano interrumpió su perorata y, corriendo hacia el cuerpo desvanecido del comandante, gritó: –¡Hijo mío! – Fue un grito lleno de pasión, un grito casi vergonzoso como esos amores que a lo último descubren su cobarde debilidad. Con manos temblonas le desabrochaba la guerrera, dejando al descubierto el pecho, donde se veía la cicatriz de una reciente herida, ... (185).

Cuando el narrador define las palabras del anciano como “una perorata” les adjudica un término no favorable, con lo que se debe interpretar como un comentario antibélico y también, aunque más indirectamente, como un comentario en contra del maltrato y exterminio de los judíos (que son, se supone, los “vampiros de nuestra propia sangre”). Así, la escena tiene un carácter algo grotesco: mientras el padre recapitula los hitos militares de los varones de la familia, el hijo comandante se desmaya.

Poco después se efectúan más comentarios antibélicos, esta vez por parte del tercer hombre que había acompañado a Rahe y a Chomín:

Nadie resistía mucho y todo se conseguía a veces por una simple, maravillosa y deslumbrante sonrisa de mujer. Siempre fué así y las gentes parecían resignadas con esta guerra de heroísmo y negocio; esta guerra que llenaba de valor el frente y de privilegiados la retaguardia. «¡Bah! – pensó el hombre –. Todas las guerras son iguales, y lo malo de Rahe es que tiene conciencia» (186).

³²⁷ Se refiere aquí al palacio Sanssouci cerca de Potsdam, residencia de verano de Federico II de Prusia.

Según las líneas anteriores, la guerra provoca un gran cansancio no solo en la población civil sino también en los soldados, cuando se considera que en la retaguardia luchan los “privilegiados”. Con todo, las figuras ya no parecen sentir ninguna identificación con esta guerra en concreto. Rahe, según opina el tercer hombre, se suma a esta sensación. Después de su desmayo, el comandante es ingresado en el hospital donde trabaja el médico alemán Schwarze.

En el tercer capítulo reaparece Misael que llega en tren a su pueblo natal en Galicia. En la estación le recoge el marinero Chomín que también ha vuelto a España y que se convierte ahora en el acompañante del protagonista. Misael llora, junto a su madre y su hermana, la muerte de su padre recién fallecido. Sin embargo, recuerda a la vez Berghaus y la guerra alemana y se pregunta:

¿Qué habría sucedido en las minas? ¿Y con la guerra? ¿Qué habría sucedido con la guerra en Berghaus? El luchar de los hombres habría llevado a la ciudad lo único que nunca conociera, llenándola de soledades. Los estudiantes serían ahora enemigos (197).

Se desprende de estas preocupaciones cierta tristeza, y también miedo ante lo desconocido, aunque no es un comentario antibélico explícito. Una vez más, hasta el final de este capítulo, domina el carácter melancólico del protagonista que no quiere recordar que dejó a su esposa atrás.

Al cabo de unos meses, Misael vuelve a Alemania, pero no a Berghaus. Al parecer sufre una depresión que le impide volver al pueblo estudiantil en el que, antes de la guerra, fue feliz con Gisela y sus amigos:

Misael había estado, durante meses y meses, intentando olvidar Berghaus, sin conceder el menor resquicio a las evocaciones. La guerra le ayudó mucho a ello; en realidad, Misael era el único que debía agradecer algo a la guerra. Después del primer viaje se arregló para simular una ocupación en Alemania, y allí quedó, mientras los barcos iban y venían y Chomín conoció ya de memoria el camino entre Berlín y Hamburgo (203-204).

Entonces, Misael empieza a trabajar en Berlín cuyo ambiente no se diferencia de otros lugares alemanes en este momento. De las siguientes líneas se desprende el malestar y también cierta desesperación que siente Misael respecto a la guerra cuya causa se cuestiona:

¿Cómo pudo llegarse a tal extremo? Cada alemán se hacía idéntica pregunta cuando tomaba el camino del trabajo y el tranvía le iba llevando por un panorama cada vez más amplio de casas en ruinas, vidrios rotos y verduras racionadas. De llegada, Berlín recibió a Misael con su aire frío y hosco, sus calles inmensas y su soledad. Nada más solo que un extranjero en la ciudad sin fin, igual, con sus piedras oscuras y su niebla (204).

Se trata aquí, a la vez, de un comentario pro-alemán –el protagonista dice identificarse con el pueblo alemán en cuanto a las desventajas de la guerra– y también de un comentario filonazi ya que antibélico. Debido a la guerra, la llegada de Misael a Berlín no es cálida o positiva en otro sentido, sino es una llegada notablemente marcada por una profunda soledad del protagonista.

En lo sucesivo, el narrador, con un tono neutro, se centra una vez más en las descripciones minuciosas del ambiente. En el siguiente caso se refiere sobre todo a los edificios berlineses:

En los edificios ministeriales, las águilas germanas surgían de unas altas columnas, macizas y cuadradas, como si naciesen de la misma piedra, y a orillas del canal, entre la dulce caricia del agua, alzábanse también casas como montañas, con los balcones sujetos como guerreros de abigarrados músculos y por sirenas cuyas colas hubiesen bastado para alimentar una semana a las divisiones motorizadas. Si el hogar hace al hombre, los alemanes debieran estar hechos de granito. (...) El humo de las fábricas, la humedad y la ausencia de sol, ennegrecían las piedras hasta tal extremo que a veces semejaban de carbón. En la Potsdamer Platz había unas estatuas así, renegridas, que hacían pensar siempre a Misael en las minas de Berghaus (204).

El ambiente es negro y gris, tristón y desanimado. Casi siempre se subraya que este ambiente únicamente se debe a la guerra. Afirmaciones como “los alemanes hechos de granito” solo son connotadas de manera positiva en un contexto militar, pero no en el entorno presente. Otra afirmativa, muy en la línea del título y del espíritu de esta novela, subraya la miseria de la época: “Berlín luchaba contra su pobreza y su guerra prolongada con el alma tensa y el gesto duro” (205). Frente a esta pobreza que domina en todas partes, la actitud del narrador respecto al nazismo no es positiva cuando anota sobre la gastronomía:

Berlín no conocía la comida familiar. Recortaban sus bonos, preparaban sus marcos y suplicaban al camarero: – ¡Por favor! – El camarero pasaba, altivo y desdeñoso, como un dios olímpico. La igualdad nacionalsocialista no rezaba para estos tiranos de las secreciones, para estos Cresos de las coles y la margarina. De todas las mesas, de todos los rincones, de todos los restaurantes de Berlín surgía un coro suplicante: – ¡Por favor! (206-207).

El narrador lamenta en este momento la falta de víveres en tiempo de guerra; hecho que siempre ha sido así.

Como para cerrar el círculo de la relación entre las figuras novelísticas presentadas hasta este momento, el narrador explica en lo sucesivo cómo Misael se hace amigo de Rahe y de su gente:

Al principio, Misael pretendió llevar la vida de un berlinés medio. Era como un castigo marcado por sí mismo, como un cilicio de molestias y privaciones. Después, el azar

púsole en contacto con Rahe, con Herr Kubacht y con la fotografía de Charlie Riwell (208).

Así, conoce a los alemanes antes presentados por casualidad, frecuentando al *Nápoles*. Poco a poco, el protagonista intenta olvidar sus amigos estudiantiles de Berghaus y esta parte de su vida anterior. Conforme con ello, el ambiente se describe de manera notablemente antibélico: “En medio de esta ausencia y este trabajo, en medio de la guerra que envejecía, de los soldados que, de pronto, cesaban de escribir, de las colas ante las tiendas y los anuncios de cambios ..., Misael buscaba el olvido” (209).

En cuanto a los judíos, el narrador también se refiere a ellos en algunas ocasiones. Pero su tono siempre es neutro o incluso toma partido por ellos, nunca se trata de comentarios filonazis. En el siguiente caso los menciona en el contexto de la inmensa pobreza y la falta de esperanza de la gente, sobre todo, de las personas mayores:

Si el amor de los pobres conmueve extrañamente, nada más conmovedor que estas miradas en las que, pese a todo, iba asomando la débil llama de un deseo. Los ancianos, en cambio, no se miraban siquiera. Estaban tan quietos que semejaban estatuas, con los guantes rotos y los bolsillos agrietados. En ocasiones perdían uno de estos guantes, y entonces los letreros de las tiendas – «Prohibidos para los judíos» – tomaban toda su trágica significación (212).

Con el cambio de la perspectiva hacia Chomín se incorporan en lo sucesivo más términos alemanes al texto. A su llegada a Berlín, Chomín busca un sitio donde vivir y se aloja finalmente en casa de la señora alemana Luta con la que conversa en alemán. Hablando del precio de su habitación, Chomín apunta sobre la lengua germana:

¿Cuánto vale la pensión? – [Frau Luta] Lo dijo como Dios le dió a entender, porque la lucha de Chomín con el alemán dejaba pálidas las campañas de Francia y de Polonia. «¿Cómo querrán dominar el mundo estos hombres – se preguntaba Chomín –, si tienen una lengua en que ‘sociabilidad’ se escribe *Geselligkistgefuehl*³²⁸? Pero Frau Luta parecía comprenderle perfectamente y en sus ojos brilló una luz nueva (217).

Las dificultades que tiene Chomín con el alemán se describen aquí con cierta gracia.

A continuación, el narrador cuenta la vida diaria de Chomín y Frau Luta. Cada día el español conoce mejor la rutina alemana, una rutina, como apunta, muy organizada: “Chomín fué conociendo los encantos de la vida reglada. A las ocho debía levantarse para comprar el desayuno; a las dos, acudir puntual a la comida; a las nueve, entregar una generosa ración de café, a fin de ayudar la digestión de la cena” (221). A pesar de algunos contratiempos como sus dificultades con la lengua alemana, a Chomín le gusta su nueva vida. Conversando con su casera, el gallego aprende detalles de la

³²⁸ Error ortográfico, debe ser “Geselligkeitsgefuehl“ o “Geselligkeitsgefuehl“.

vida alemana como, por ejemplo, la historia de la creación de la primera porcelana en Europa, en Meissen (Sajonia). Con el tiempo, Chomín mejora además su alemán:

Tres años en Alemania habían dado a Chomín un conocimiento del idioma de Kant suficiente para comprenderlo todo, para hacerse entender bastante y para avergonzarse de su incapacidad en dominar la sintaxis más rebelde de cuantas forman la torre de Babel europea. Chomín padecía el complejo de la gramática, estaba enfermo de declinaciones. Bastaba recordarle su confuso alemán para que las palabras huyeran de su boca y quedase mudo ante cualquiera de aquellos seres privilegiados para los que no constituía ningún tormento la captura de los verbos compuestos. El verbo, en alemán, viene a ser algo así como un ratón inquieto y corredor. Aseguran que el verbo va al final de la frase, pero cuando se está seguro de ello resulta que el verbo va al principio, y cuando ya se transigió en buscarle por cualquiera de los dos extremos, pues entonces el verbo se parte y se multiplica. Semejante reproducción filológica del milagro del pan y los peces abrumaba a Chomín (223-224).

Como anteriormente, estas opiniones son comentadas de manera irónica y graciosa, sobre todo en cuanto a las comparaciones bíblicas. A pesar de las dificultades que Chomín sufre durante su aprendizaje, también se desprende de sus palabras que está orgulloso de hablarlo.

Este tono humorístico se mantiene cuando Chomín conversa con su panadero, el señor Schultze:

[Arnold Schultze] Intentaba entonces desvirtuar la mala impresión que su sometimiento familiar pudiera haber causado en el extranjero, cantando las grandezas de la raza germana. Los alemanes eran dignos de admiración por su ejército, por su industria, por su capacidad de trabajo, por su disciplina... «¡Qué bien se expresa este hombre – pensaba Chomín –; no se le escaba un verbo!» A lo último, terminaba asintiendo: – Sí; los alemanes son admirables por muchas cosas. Pero sobre todo porque hablan alemán (224).

A pesar del toque gracioso, se desprende de la cita la admiración de Chomín por las virtudes germanas, aunque las apunta un alemán.

En el sexto capítulo –han pasado ya tres años de guerra– la perspectiva torna hacia Misael que, por casualidad, vuelve a encontrarse con Angélica en Berlín. La italiana se ha refugiado ahí y trabaja en un hospital. A Misael le da noticias de la guerra en Berghaus, así le cuenta cómo vivió la explosión de gas y cómo cuidó Peter de ella cuando estaba herida. A través de los recuerdos de Angélica, la perspectiva vuelve a enfocar en Berghaus. Se apunta en qué medida la guerra destruyó la vida de los estudiantes. También se describe cómo crece el odio entre la gente en un pueblo que alberga muchas nacionalidades diferentes. Antes, aquello no tenía importancia:

La guerra acabó con la unión de Berghaus, y en vez de filósofos, médicos, juristas e ingenieros, se formaron grupos de franceses y alemanes, de polacos e ingleses. Por primera vez se vió el odio en las miradas y la guardia de la ciudad vigiló los antiguos y tranquilos callejones: ... (231-232).

Cuando la perspectiva torna a la juventud, los comentarios antibélicos aumentan. Uno de los mensajes más importantes del narrador es: la guerra priva a los jóvenes de su mejor época de la vida. Cuando se aborda el tema de los varones que, de manera forzosa, deben partir a la guerra, se anota:

Berghaus entero decía: «¡Yo no soy un cobarde!», como justificando su declaración a la guerra. La juventud iba a la muerte con este grito valeroso a la flor de labio, y ante este simple grito, ante esta sola razón –«¡Yo no soy un cobarde!» – morían todas las eternas razones de vida y esperanza (233).

Pero la situación no solo es inaguantable para los jóvenes. También el médico Schwarze se expresa de manera antibélica cuando compara la Primera Guerra Mundial con la segunda:

El doctor Schwarze hizo también la guerra del 14, sólo que entonces aquella razón de la juventud –«¡Yo no soy un cobarde!» – guardaba aún valor para él. La guerra pasada fué ruina y dolor. Entonces tenía veintiocho años el doctor Schwarze y una pasión apenas gastada por su ciencia y sus ideas. Ahora no tenía nada (233).

En otras figuras predominan las ganas de sumarse al heroísmo bélico, como es el caso de Irach que decide alistarse como soldado: “Él se iba porque la guerra era hermosa, porque era como una aventura” (234). Y añade, dirigiéndose a Schwarze: “– Iré con usted, doctor Schwarze; pero sólo hasta Berlín, ¿eh? Después, al frente. Nadie podrá arrebatarme la primera línea” (235). El narrador comenta este deseo de Irach de la siguiente manera:

¡Qué magnífico ejemplar! Las piernas se plantaban firmes, con los redondos músculos gemelos modelando la pantorrilla, con el hueso poplíteo lleno del íntimo rumor de las arterias; con los muslos poderosos que el sartorio cruzaba como una banda (235).

Según esta descripción que en lo sucesivo sigue realzando la buena constitución del cuerpo de Irach, el joven es un soldado ejemplar, tanto por su condición física como por su actitud pro-bélica. Su descripción culmina en un: “Si alguien podía vencer a la guerra era este dios sin miedo ni tacha; esta talla feliz a la que todo concedió la suerte” (235). En otro momento en este capítulo, Gisela llora la ausencia de Misael y deplora haber sido abandonada por su nuevo marido sin que éste haya tenido un motivo militar bélico. Así, alternan constantemente las facetas consideradas positivas de la guerra con las negativas, y son las negativas que dominan.

Cuando, en otro momento, el Padre Augusto se despide de los estudiantes varones que deben partir a la guerra, uno de ellos expresa cierta envidia con el cura que por su profesión puede quedarse en el pueblo. A fin de despedirse, todos cantan primero

una conocida canción popular en alemán, luego se forman grupos pequeños según las naciones respectivas que entonan sus propios himnos.

En el siguiente capítulo el narrador retoma su vida en Berlín donde vuelve a la “lenta y cansada monotonía” (241) de los días de la guerra. En este momento explica la llamada ‘cultura del piso’ que se está poniendo de moda en Alemania:

Si algo tenía comodidad y encanto eran esas casas, un poco iguales, donde los berlineses desarrollaban lo que en su jerga doctoral llamaban «cultura del piso». La palabra – *kultur* – era otro de los grandes mitos de Prusia; pero, no obstante, su imponente pretensión, en los pisos tenía un aire amable y gracioso, de claros cortinajes, muebles sin barnizar, loza de Baviera y un aparato de radio, minúsculo y elemental, que captaba las músicas que en la Adolf Hitler Platz daba al viento la gran emisora. Estos pisos, tan limpios, tan alegres y tan cómodos, fueron en tiempos el orgullo de todo buen berlinés (241).

Una vez más contrasta el ambiente bélico con el confort de los berlineses acomodados. Con minuciosidad se describe la típica vivienda berlinesa en estos años cuya decoración está bien considerada. En lo sucesivo, y con cierta estupefacción por parte del narrador, se sigue subrayando este contraste entre las costumbres diarias y el estado bélico.

En el Berlín de la época conviven el protagonista, Angélica y el médico Schwarze, los dos últimos trabajan en el mismo hospital. A pesar de que Misael sigue recordando con nostalgia su familia y España, en ningún momento parece tener ganas de volver a su país natal. Algunas veces, por la noche, todos quedan en casa del comandante alemán Rahe. Entonces, el padre de Rahe y Schwarze recuerdan los tiempos pasados y remontan hasta la época de Bismarck. Según ellos, preferían la política de Bismarck a la de Hitler: “–¡Aquél era un político! No comenzaba más guerras de las que podía ganar” (247). Con lo que expresan su oposición con el nazismo.

En el mismo capítulo se celebra la Navidad, se supone la del año 1942. Misael y Rahe aprovechan la ocasión para emborracharse y filosofar sobre la vida. Así, Rahe busca un sentido a su vida y dice a su amigo: “«Todo en la vida es nada. Todo es una sola pregunta sin respuesta: ¿Para qué?»” (251). Hasta el comandante nazi sufre, pues, una profunda desanimación respecto a la guerra.

Por la noche, Rahe y Misael salen del *Nápoles* y topan con una mujer que se encuentra sola en la calle. Tiene aspecto de pobre. Los hombres se ofrecen para acompañarla a su casa. Cuando llegan a casa de la joven ven una estrella de David, colgada en la puerta del edificio. De repente, Misael se percata de que se trata de Sonia, su amiga estudiante del Báltico, que conoció en Berghaus. Profundamente

emocionados, ambos se abrazan. En lo sucesivo, la narración se centra casi únicamente en la descripción del piso de Sonia en el que falta de todo. La situación triste y emotiva es motivo para Rahe para acordarse de su propia familia, de su mujer Inge que ya está muerta y de la infancia de su hijo común Alejandro. Así, el capítulo y con él, la Navidad, termina de manera notablemente nostálgica para Misael y Rahe.

A partir de entonces Sonia y Misael quedan con mucha frecuencia y retoman así su trato amistoso. Recuerdan los viejos tiempos y amigos de Berghaus, entre ellos Abud. Alaban el buen carácter de su amigo que creen muerto. Así, la perspectiva cambia y se centra, a modo de una retrospectiva, en la vida del estudiante egipcio. En un primer momento, el narrador lamenta profundamente la muerte de Abud, considerada inútil:

Abud vivía entre este mundo valiente y joven que no tenía tiempo para desesperarse, porque la muerte llegaba, casi siempre, antes que la desesperación. (...) Entre todos, era quizá el único que guardaba amor para los enemigos: una especie de amor misionero, que le llevaba a veces a pensar si la guerra no terminaría si ellos tirasen sus fusiles y marchasen, con los brazos abiertos, hacia las trincheras vecinas (270).

Se subraya en estas líneas el carácter entregado y también pacífico de Abud, aún en tiempos de guerra. Con la mención del “amor misionero” y su “amor para los enemigos”, Abud hasta recuerda un poco a la figura de Jesús. Finalmente, se alude con la descripción de esta figura también a lo absurdo de la muerte. Con todo, la descripción que se plantea en este capítulo de la guerra encaja notablemente, se supone, con la realidad bélica. Además, se apunta cómo los soldados se convierten en asesinos: “El frente tenía dolor, cansancio y heroísmo; pero no tenía odio. No se odiaba al enemigo, aunque se procuraba su muerte” (271). A pesar de experimentar sentimientos ambiguos, siguen cumpliendo con su deber cuando matan.

En un segundo momento, se narra cómo Abud llegó a ser soldado en Rusia. Las indicaciones del bando en el que lucha son siempre muy ambiguas. Todo apunta a que el joven, por falta de perspectivas y un profundo malestar en la vida, se va a la guerra sin saber por qué, sin proseguir una ideología determinada. Considera simplemente la batalla una buena solución para escaparse de su triste vida. En un primer momento, parece que Abud lucha con los nazis:

En el grupo de Abud – grupo voluntario, adscrito a una sección de las S. S. – gastaban siempre bromas a este soldado bisono, que hablaba de mariscales y que conocía de memoria las obras de Clausewitz y Molke (275).

En lo sucesivo, las descripciones se centran en el paisaje ruso. El grupo en torno a Abud utiliza las instalaciones y casas de los comunistas:

Los obuses habían respetado en parte al cuartel, que lucía intactas sus redondas cúpulas bizantinas y sus paredes con pinturas desvaídas. Sobre una de las puertas colgaba un cuadro representando dos ángeles, morenos y gordezuelos, en meditación; a la entrada, enmarcado por un arco ciego, un fuerte y mongólico retrato de Lenin. El cuartel luchó contra el Soviet³²⁹ cuando la caída de Petrogrado y fue tomado al asalto, mientras los soldados enarbolaban banderas blancas y los oficiales huían entre los árboles del parque; después sirvió de abrigo a las tropas rojas (279).

Es probable que el narrador quiera crear a propósito confusión si no le adjudica una función determinada al soldado Abud, ni un bando político en concreto. Todo apunta a que el objetivo de este tipo de comentarios es el de subrayar el carácter arbitrario de la guerra: las fronteras entre los llamados ‘amigos’ y ‘enemigos’ son difusas. Así, el narrador se mantiene fiel a su posición de un observador neutro. Este carácter arbitrario aún se refuerza con apuntes como el siguiente:

Al conquistarle los alemanes, el cuartel fué ocupado sucesivamente por una compañía valona, una flamenca, dos bávaras, y, últimamente, por una especie de legión extranjera agregada a las S. S., a la que Abud pertenecía (279-280).

Según estas líneas y sin más indicaciones, Abud luchó en “una especie de legión extranjera agregada a las S. S.”. A partir de entonces, el prisionero Abud ocupa la función del enfermero y cuida de los heridos. De esta manera también es testigo de la muerte de muchas personas.

Con las indicaciones vagas acerca del grupo militar en el que lucha Abud se descarta su participación en la División Azul: por un lado, el nombre de esta unidad militar no se menciona en ningún momento, por otro lado, el final de la guerra se está acercando en este momento del texto y es sabido que la División Azul ya termina su labor oficialmente el 9 de octubre de 1943³³⁰. Sin embargo, había mercenarios y otros soldados extranjeros en secciones menos organizadas que lucharon con las S. S., sobre todo al final de la guerra. En cuanto al estilo narrativo, es preciso anotar que la pérdida de los nazis de la guerra, como todos los acontecimientos de la presente historia, se narra de manera lenta con lo que se aproxima a la realidad bélica.

De tal manera, la narración permanece confusa y parece que los bandos se difumen. El relato se centra cada vez más solo en los efectos inmediatos de la guerra y no en sus objetivos. A diferencia de otras historias, la imagen del enemigo apenas se percibe ni se consolida en ningún momento. Es más, como en el caso de Abud, no se sabe con claridad quién es ‘el enemigo’.

³²⁹ Los sóviets eran una “Agrupación de obreros y soldados durante la Revolución rusa”, según la segunda entrada de esta palabra en el DRAE (véase <http://lema.rae.es/drae/?val=soviet>, 19.08.13).

³³⁰ Véase capítulo 5.

En la unidad militar de Abud también lucha Alejandro von Rahe, el hijo del comandante. La perspectiva de Alejandro es la de un patriota alemán ejemplar:

Para Alejandro von Rahe, su padre era lo más maravilloso que en la vida se puede ser, un santo y un guerrero, una especie de Santiago nórdico, que, en vez de sarracenos, abatiese enemigos de Prusia (282).

Sin embargo, es interesante ver que a cada afirmación pro-alemana o patriótica se añade un comentario antibélico. Así, el final de este capítulo abunda en referencias a las muertes provocadas por la guerra.

En el undécimo capítulo de la segunda parte, la perspectiva cambia otra vez hacia Chomín y Misael. Ambos vuelven a Berlín. Por carta, Misael y Gisela retoman el contacto. A excepción de unos pocos comentarios pro-bélicos, la narración sigue siendo neutra, sin comentarios valorativos: “En realidad, Berlín ya era un gran campamento. «Cuando ganemos la guerra – decían los alemanes – deberemos empezar otra para expulsar a los extranjeros que nos han invadido” (291). Pero en seguida se apunta también el miedo de los alemanes de perder la guerra: “Algunos, en vez de decir «cuando» decían «si ganamos la guerra», porque la idea de la derrota se adentraba cada vez más en todos los espíritus” (291).

En este contexto, se efectúa un comentario antinazi respecto a la compañía de Rahe. El nazi ocupa ahora un puesto superior en la plantilla de las S. S. Cuando va acompañado por Himmler, el respeto que siente la gente por ellos es mayor: “Todo el mundo temía el frío poder de Himmler” (292). Otro comentario que va en la misma línea se añade cuando el narrador se apiada del trágico destino de los judíos. El motivo por ello son las ahora frecuentes citas entre Misael y su amiga Sonia:

Los judíos no podían evadirse más que por un solo y trágico camino. A veces, desesperados, dejábanse morir. Cada día eran más frecuentes estas muertes voluntarias y con ellas y con las deportaciones comenzaba a ser raro encontrar una estrella amarilla en las calles de Berlín (293).

Entretanto, Misael sigue sintiéndose confundido y deprimido. En cierta manera, los siguientes planteamientos del protagonista son un reflejo del tono y ambiente de toda la novela. El estudiante apunta aquí que quiere volver a Berghaus y reconciliarse con Gisela: “Quizá parezca esto extraña locura, pero todos estamos un poco locos en esta guerra” (294). Al terminar el capítulo, anota que: “Berlín perdió su esperanza de victoria” (296) con lo que se manifiesta poco a poco la derrota de Alemania. También comenta que hay quienes piensan: “«De pronto Alemania descubrió que no había sabido luchar»” (297), pero pese a esta desesperanza no queda clara la posición del

protagonista. De su siguiente afirmación se desprende sobre todo admiración por el país germano: “Ahora me daba cuenta de cuán inmensa superficie dominaba Alemania y lo lejos que estaban Francia, Noruega, Dinamarca o aquel África donde Rommel retrocedía como un dios en desgracia” (298).

Una de las escenas más impresionantes del relato es el retorno de Irach de la guerra. El soldado antes tan entusiasmado aparece de repente en Berlín y está gravemente herido en la cara. Tiene un aspecto totalmente desfigurado que infunde miedo en los demás.

Cambiando una vez más de perspectiva, Abud, en la sección de enfermería, cuida del herido Peter que no solo física sino sobre todo mentalmente está cansado de la guerra: “Peter semejaba próximo a morir y Abud sabía que no era por su herida, sino porque, dentro de él, se había roto el resorte de la voluntad” (311). Abud mantiene una buena relación con quien es su jefe médico alemán, pero desea el fin de la situación bélica. De las siguientes líneas se desprende ya el caos que domina en lo militar:

..., el Cuerpo voluntario e internacional a [sic] que Abud pertenecía, se encontraba cada vez más aislado. Le constituía una mezcla confusa de idealistas y aventureros que se sometían de mal grado a la disciplina de los mandos. A lo último se decidió mezclarle con tropas germanas, y por esto, Rahe, Klausewichman, Jorge y tantos otros, formaban en sus filas. En el combate se portaban como los mejores y tenían a gala no haber perdido un metro de terreno (315).

Así, la buena predisposición de Abud para luchar ya no sirve para mucho. La muerte de Peter al final del mismo capítulo contrasta con la imagen antes evocada de los “mejores soldados”.

Entretanto, la situación para la judía Sonia se complica así que sus amigos se plantean cómo podrían salvar a la joven. Todos se ponen de acuerdo en que el comandante Rahe sería su única solución:

Rahe controlaba todo el sector de contraespionaje y sólo precisaba dar un pasaporte con nombre falso a Sonia, enviándola con una misión especial a Berghaus. (...) Con un certificado de Rahe nadie la pondría el menor obstáculo, porque Rahe era la organización más poderosa y temida del país; era la Gestapo (326).

De este modo, el comandante nazi, amigo de los estudiantes, se convierte en estos momentos en una figura clave que debe salvar a una figura judía. Si lo hiciera, desobedecería una de las leyes más importantes de los nazis. Ante la duda sobre cómo reaccionaría el nazi, Misael confiesa que los estudiantes también podrían chantajearle:

Yo podía testificar contra Rahe, y estaba dispuesto a hacerlo. Acaso ni Angélica, ni Irach, ni el doctor Schwarze comprendieron lo que semejante decisión me costó, porque ya había decidido volver a Berghaus y la imagen de Gisela tornaba a ser algo posible para mí... (326).

Así, los amigos se imaginan ya que las posturas se endurecerían, antes de conocer la respuesta de Rahe en cuanto a su ayuda.

En medio de estos planteamientos Sonia e Irach, que desde hace tiempo se sienten atraídos el uno por el otro, quedan. La creciente pérdida militar de los nazis se comenta como sigue: “El dolor de la guerra tenía cada vez menos afán de altos heroísmos” (328). En el mismo contexto se recurre a una metáfora entre animales que se sirve del barrio berlinés *Tiergarten*³³¹ y de uno de los símbolos más emblemáticos de los nazis:

¡Qué lejos aquellos días, cuando la flota ligera de los aviones cubría el cielo de los desfiles en la inmensa avenida del «Tier Garten»! A las águilas germanas se les habían quebrado las alas (329).

Una vez más, no se les atribuye ningún juicio de valor a estas águilas sin alas (más allá de ser estas un símbolo de la guerra alemana perdida).

Mientras la música, y con ella Lili Marleen, forman parte del ambiente, Rahe les promete a los amigos al final del capítulo informarles en breve sobre su decisión de salvar a Sonia.

La perspectiva del siguiente capítulo se centra en Berghaus. Entonces, se abordan los sentimientos ambiguos que tiene el médico Schwarze. Mientras todo apunta a que Schwarze, durante la Primera Guerra Mundial, aún fue un ferviente patriota alemán, esta postura parece haber cambiado radicalmente con la guerra de los nazis:

Muchas veces [Schwarze] había meditado sobre la vida. «Mein Gott³³²» – pensaba ahora, – «la vida es puro dolor.» Luchar por Sonia era hermoso y digno. Contemplando su patria en guerra, el doctor Schwarze exaltaba su amor por aquella Alemania tan bella y tan desgraciada, que nunca lograba pisar firme el terreno de su felicidad. A veces, algún fanático hablaba del predominio germano y el orgullo racial; el doctor Schwarze recordaba entonces a los campesinos bávaros con sus cortos calzones, sus chaquetas bordadas y su pipa multicolor. Retornaban del trabajo cantando y, cantando, apuraban el lúpulo fermentado que inmortalizara Munich. Después, un día, se casaban entre una algarabía volteada de gozosas campanas. Tenían muchos hijos, que se descubrían al cruzar bajo el arco que, allá en Passau, rezaba desde siglos; «salve, Reina de los cielos, Patrona de Baviera». Cuando le hablaban de doctrinas raciales y predominio ario, el doctor Schwarze movía la cabeza pensando en esto. No discutía jamás, porque no se le negaba lo inútil y lo peligroso de tales discusiones (341-342).

El médico evoca aquí la imagen de los alemanes más patriotas –según él, los bávaros– quienes, se sobreentiende en esta época, son fervientes filonazis. Pero por muy alemán que Schwarze se sienta y por lo mucho que desee lo mejor para su país, se distancia en

³³¹ La traducción literal de este término es “jardín de animales”. Es un gran espacio verde que también alberga algunos animales.

³³² El error ortográfico en esta expresión ha sido rectificado por la autora de este trabajo.

sus pensamientos de manera clara de la ideología nazi. Sin embargo, por miedo, en ningún momento pronuncia su posición en voz alta.

En el siguiente capítulo, las bombas han provocado un gran fuego en la capital alemana. Entonces, la perspectiva cambia al hospital en el que trabaja Angélica y donde actualmente padece el alemán Jaeger. Cuando el fuego aumenta, Misael e Irach salen del hospital para buscar a Sonia y a Rahe mientras que Schwarze y Angélica permanecen en el hospital.

En otro capítulo, tras un pequeño cambio de perspectiva, Misael e Irach preguntan por el actual paradero de su amiga judía. Una vecina les informa que el edificio en el que Sonia vivió ya se había derrumbado. Con esta información indirecta se debe suponer que Rahe finalmente no ayudó a salvar a Sonia con lo que la sentenció a muerte. No obstante, la falta de intervención de Rahe y, por ende, el cumplimiento con su deber militar no se puede interpretar (únicamente) como un acto filonazi. De la siguiente cita se desprende el profundo abismo interior del comandante. Por un lado, dice de sí mismo que siempre había cumplido de manera fiel con sus obligaciones laborales. Por otro lado apunta que le gustaría ser un héroe –y es probable que un héroe, para él, sea una persona que salva la vida de otros, arriesgando la suya–, pero no se ve capaz de ello. Así, las siguientes líneas, aunque escritas en tercera persona del singular, se leen como un monólogo interior de Rahe:

Era un extraño caso el caso de Rahe. Sirvió siempre celosamente sus deberes, y sus beneficios no entorpecieron jamás la perfecta y sincronizada marcha del Estado. Esto lo sabía él mejor que nadie y también que por esto vivía aún. Pero Rahe creíase indigno de todo; de las mujeres que cruzaban transportando cubos llenos de agua; de los soldados que penetraban bajo las vigas incendiadas; de su hijo, al que, alguna vez serviría de tumba la nieve rusa. «En la guerra hay que ser héroe si se es un Rahe», pensó. El no había sabido serlo (356).

Por su profundo cansancio de la guerra y por sentir “un gran vacío de su vida” (357), el nazi piensa en suicidarse pegándose un tiro con su pistola.

La perspectiva de otro soldado, del alemán Jaeger, tampoco es positiva. Jaeger, que sigue en el hospital, dialoga en lo sucesivo con Angélica: “Jaeger, de Mannheim, soldado y herido. (...) Jaeger tuvo una sonrisa. – Temí que me llamasen cobarde si no iba. «Yo no soy un cobarde», dijo la juventud, y se fué a la guerra³³³” (379). Y cuando Jaeger repite las palabras de Abud, pronosticando que, después de esta guerra, se extenderá el comunismo en Europa, Angélica replica: “No, Jaeger, no La religión de los desesperados es la que predicó un Hombre que supo morir en la Cruz para

³³³ El error ortográfico en el nombre de esta ciudad ha sido corregido por la autora de este trabajo.

salvarles” (379). Con lo que la italiana se muestra como cristiana creyente. Al final del capítulo el periódico informa que Rahe ha vuelto al frente.

El círculo de la historia se cierra con el último capítulo que se narra, como el primero, desde Berghaus. Es cierto, Misael y Gisela se han vuelto a juntar, pero es la única pareja feliz al final de esta obra. Así, se mencionan las “tantas parejas a las que la guerra separó. Irach y Sonia; Angélica y Peter; Abud... [que no encontró nunca pareja]” (382). Resumiendo esta situación emocional, el siguiente comentario del narrador es pacifista: “Quizá algún día los hombres comprendieran la verdad – la eterna y generosa verdad del amor – y se unieran de nuevo para caminar su camino, juntos, ayudándose en sus caídas y en sus desfallecimientos” (382).

Mientras que se comenta que el profesor forense, amigo de Schwarze, también ha muerto en la guerra, se anotan unas últimas reflexiones del narrador que se refieren al título de la obra: “El padre Augusto prometió una vez que Berghaus les aguardaría siempre [a los estudiantes], y daba las gracias a la Providencia por haberla salvado de la catástrofe, pero al mismo tiempo se decía, que era inútil aguardar la vuelta de la juventud” (385). Por un lado, Augusto expresa aquí su agradecimiento de que Berghaus, durante toda la guerra, estuvo a salvo de las atrocidades bélicas. Por otro lado, lamenta que los estudiantes habrían perdido su juventud ya para siempre. El hecho de que la novela concluya con las palabras de un clérigo hace sospechar que su autor fue profundamente creyente.

Como ya se anticipó, *La juventud no vuelve* se diferencia en muchos aspectos de otras obras germanófilas. En primer lugar, es un relato que ofrece tanto opiniones favorables como desfavorables sobre la guerra. A medida que avanza la acción, el ambiente deprimente, sobre todo en Berlín, pero también en Berghaus, aumenta y con ello los comentarios antibélicos. Las breves estancias del protagonista en España que sufre las consecuencias de la Guerra Civil tampoco son vistas de forma positiva. Así, el presente relato no se puede considerar en absoluto filonazi. En cuanto a las ideologías políticas, parecen no tener importancia, como se desprende de la historia de Abud. Así, el comunismo se describe como una postura política cualquiera. En esta línea, tampoco se le atribuye una connotación positiva al nacionalsocialismo.

Sin embargo, se trata de una historia germanófila en el sentido en el que se demuestra en ella el interés constante del narrador –sobre todo reflejado en Misael y Abud– por los más diversos ámbitos de la vida alemana, como su cultura, su idioma, su historia y geografía y todos los elementos relacionados con estos ámbitos.

Así, es la obra que quizás ofrece de manera más directa la imagen de la Alemania bélica del principio de los años cuarenta, y con todas sus facetas negativas. Pocas obras del presente estudio describen con tanto detalle el ambiente bélico, ofreciendo un conocimiento tan profundo de Alemania.

Debido al carácter triste y deprimido de muchos personajes, el lector tiene a menudo la sensación de que estos viven una lucha interior entre condenar la guerra y alabarla. Por lo que se refiere al heroísmo, se menciona en algunos momentos la necesidad inevitable de la guerra y se subrayan sus aspectos supuestamente beneficiosos. Pero debido a la omnipresencia de las explosiones, los heridos y los muertos, predominan la desesperación y la profunda tristeza. Es posible que la lucha interior de los personajes se deba al hecho de que *La juventud no vuelve* se escriba más tarde que otras obras, solo se publica en 1945. La pérdida de la guerra de los nazis entonces ya está mucho más cerca.

Otro gran tema de esta novela, relacionado con el ambiente deprimido, es el amor fracasado. La mayor parte de los estudiantes están enamorados de alguna o algún compañero suyo, pero no pueden vivir este amor por no tener la oportunidad o las circunstancias de confesarlo. Muchas figuras, así Sonia, Peter, Abud y el profesor mueren con lo que aumenta aún la gran sensación de tristeza que reina entre los personajes de la obra.

Así, la actitud mínimamente pro-bélica de cada uno de ellos se convierte tarde o temprano en una postura de resignación y depresión frente al conflicto bélico, si no directamente en una postura antibélica. También se puede ver en muchas de las referencias sobre Alemania un cariz autobiográfico, así en las experiencias que viven Abud y Chomín. Ambos demuestran sus buenos conocimientos del idioma alemán. Finalmente, *La juventud no muere* es un texto con una cantidad relativamente amplia de palabras y expresiones en alemán, que no solo se refieren a la vida diaria sino que suponen un conocimiento más profundo de la lengua, más que el de unas nociones básicas.

6. 7. Víctor María de Sola: *Alto espionaje*, 1940

Las obras literarias de Víctor María de Sola, el último escritor de la presente tesis, son relativamente poco conocidas. Además de su novela *Alto espionaje*, de 1940, se publica un año más tarde su trabajo “El misterio de una aventura extraordinaria” en la

*Revista Literaria Popular*³³⁴. Otra novela suya es *Ayer* (1947) que “versa sobre la vida estudiantil en el período en que la Escuela de Ingenieros de Montes estuvo instalada en este pueblo: pensiones, patronas, juergas estudiantiles, el Casino, prensa local, veraneo, etc.” (Torrijos 1996: 91). Los datos personales sobre su persona escasean. Así, solo se ha podido encontrar a Víctor María de Sola Alcoba, un madrileño, que fue funcionario del Ministerio de Defensa, y que falleció en julio de 2013 en un accidente ferroviario en Galicia³³⁵. No se ha podido comprobar si se trata del escritor del mismo nombre, las fuentes literarias utilizadas no indican el segundo apellido del novelista y dramaturgo³³⁶. Finalmente, De Sola también es autor de algunas obras de teatro, así *Una aventura original*, *El hombre que vivió de su muerte*, ...y *la respuesta no llegó*, *La marcha fúnebre de una marioneta*³³⁷ y *La mancha blanca*³³⁸.

En cuanto a *Alto espionaje* solo la primera parte de la novela ofrece un panorama alemán: se desarrolla en Berlín y la mayoría de las figuras son alemanas. Así, los conocimientos del narrador sobre el mundo germano se centran al principio de la historia. A pesar de que la acción narrativa empieza el 12 de febrero de 1936 (De Sola 1940: 9³³⁹), es decir en vísperas de la Guerra Civil, la acción no se centra en el conflicto bélico. Las anotaciones sobre la guerra son escasas, la trama principal gira en torno al invento secreto del espía alemán Ludwig Fabeck.

La obra está dividida en varias partes, tituladas “Jornadas”. Los títulos de dichas jornadas indican los elementos fundamentales de la obra. Por una parte, el tema del espionaje y, por otra, el suspense en la acción. Sin embargo, por ser una obra de estructura muy simple, no se puede comparar con una obra policiaca de cierto valor estético. Así, la primera jornada se llama “Un telegrama urgente”, la segunda “El crimen de hoy”, la tercera “Un vuelo hacia la muerte” y la última “Dos espías menos... y un amor más”. De esta manera, se anticipa que los dos grandes temas de la presente novela son el espionaje (en torno a unos documentos de interés, buscados por todas las figuras) y el amor, sobre todo hacia el final de la obra. El estilo narrativo cuenta con muchos diálogos, la acción se desarrolla con relativa velocidad. La historia se narra

³³⁴ Compárese <http://www.unilib.com/autor/SOLA-VICTOR-MARIA-DE.html>, 20.08.13.

³³⁵ Véase <http://www.elmundo.es/elmundo/2013/07/25/espana/1374760495.html>, 20.08.13.

³³⁶ Compárese Bertrand de Muñoz 1982: 94-95, Schmolling 1990: 192 y Torrijos 1996: 91.

³³⁷ Esta obra se basa en la composición de una obra musical del compositor francés Charles Gounod (véase Descheneaux 2012: sin página).

³³⁸ Todas las obras aquí mencionadas se indican en De Sola (1940: 185). Sus fechas de publicación no se apuntan y no se han podido comprobar en otra fuente.

³³⁹ Las indicaciones de página entre paréntesis se refieren en lo que sigue a Víctor María de Sola (1940): *Alto espionaje*, Establecimientos Cerón y Librería Cervantes, Madrid.

desde la tercera persona del singular, con un narrador omnisciente. El texto cuenta con una pequeña peculiaridad: en algunos momentos el narrador cambia a la primera persona del plural y así es posible que el lector se sienta algo implicado en la historia. Si el comienzo puede considerarse algo prometedor, la obra no mantiene a lo largo de la narración el carácter de suspense. En este sentido, Bertrand de Muñoz (1982: 95) apunta que se trata de una “novela de espionaje de poco interés, en la cual España y la preguerra tienen un papel mínimo”.

El lugar novelístico de la primera jornada es Berlín aunque solo se indica de manera indirecta cuando uno de los alemanes se refiere a “nuestra capital” (De Sola 1940: 56). Todas las demás referencias solo hablan de ‘la ciudad’ y conforme con ello Bertrand de Muñoz (1982: 94) apunta que la acción sucede en “un país innominado”. Las demás jornadas se centran en Madrid o en Guadalajara para desarrollarse luego en diferentes lugares de Europa, fuera de Alemania.

La primera escena presenta el despacho del espía alemán, el comandante de la Escuadra alemana Ludwig Fabeck, que acaba de terminar la investigación de su último invento. En una conversación con su súbdito Luitpold se revela que acaba de descubrir una manera que le permite a la flota alemana (se supone nazi, aunque no se indica explícitamente) mejorar la destrucción de los cruceros:

¡Qué alegría, Luitpold, saber que con mi invento, los destructores tendrán la potencia de cruceros, y los cruceros la de acorazados! ¡Que unos torpederos minúsculos podrán atacar casi sin riesgo a una escuadra de combate, por ser invulnerables a su metralla!... ¡Seremos los soberanos de la mar, es decir, los reyes del mundo! (De Sola 1940: 13).

Anteriormente el comandante le había pedido a su subordinado algo de comida y ordena que le apetece:

... un poco de *Rollmops* y algo de *Leberwurst* (1, nota a pie de página: Conserva de pescado y salchichón de hígado de pato), cosas que acompañadas de un buen vaso de cerveza, sospecho que calmarán por completo mis molestas punzadas (10).

Aunque se trata de alimentos típicos alemanes, la combinación de carne y pescado no lo es. A lo que el marinero responde, utilizando las palabras de su superior y empleando además un término francés: “Porque *Rollmops* y *Leberwurst*, están en el *frigidaire* con la cerveza” (10). Es de suponer que con el uso de estas palabras se quiere dar un carácter auténtico a la historia.

Mientras Fabeck y Luitpold celebran en este momento el invento del comandante, en el segundo capítulo la perspectiva cambia. Ahora el teniente de navío Friedrich Sierke y su acompañante, el agente secreto Walther Witschetzky viajan en un

coche de lujo. El Berlín por el que se mueven es caracterizado por sus calles tristes y solitarias. Cuando se acercan a la casa de Fabeck, el policía Ecker para el coche con el motivo de controlarlo. Sierke y Witschetzky indican que su objetivo es hacerle una visita a Fabeck para entregarle un informe. Una vez en casa del comandante alemán, los tres hombres entablan una conversación durante la que informan a Fabeck sobre la situación actual:

Nuestra eterna enemiga perfecciona activamente su pontentísima [sic] línea de defensa fronteriza. Por otra parte Rusia no cesa en sus campañas de propaganda, acentuándolas con intensidad manifiesta. Al Pacto de no agresión que firmó con la Pequeña Entente, se une una violenta presión en el mundo todo y más especialmente en Francia y España, donde arteramente Stalin ha llegado a robustecer unos Frentes Populares, que en el fondo sólo obedecen sus mandatos. En España, sobre todo, la situación es gravísima y de triunfar en ella el bolchevismo, se nos asestaría un golpe mortal. Evidentemente es preciso hallarse preparados para cuanto pueda suceder. En la escuadra reina verdadero entusiasmo (20).

Estas informaciones sobre el panorama europeo son acompañadas por el miedo del interlocutor de una situación demasiado pro-bolchevique en España. Así, el texto está escrito en la línea franquista.

Poco después, la conversación conduce a una violenta discusión entre Sierke y Witschetzky. Cuando a principios del tercer capítulo Sierke finge desmayarse y Fabeck, preocupado por él, se inclina sobre su cuerpo, Witschetzky le da un golpe mortal en la nuca con un estilete. Así se revela que Witschetzky y Sierke planearon de antemano asesinar a Fabeck para conseguir los documentos sobre su último invento valioso. Mientras que Sierke había operado con su nombre verdadero, el de Witschetzky es en realidad Russakov. Es la primera figura rusa del relato, se presentarán otros espías rusos más adelante. Una vez matado a Fabeck, los asesinos tiran al marinero Luitpold en el calabozo de la misma casa.

A raíz de este asesinato se presenta en el cuarto capítulo el contraespía alemán Wilhelm Schulze. Será el encargado de encontrar el asesino de Fabeck:

El lector se encuentra ante la presencia de Wilhelm Schulze, el famoso jefe del contraespionaje, que charla animadamente con Axel Foerster, su principal colaborador, el cual retrepado en uno de los sillones, fuma con beatífica placidez (33-34).

Schulze es, además, un: “[m]aestro en el arte de la caracterización, dominando varios idiomas, actor de excepcionales facultades, y poseedor de enorme cultura; ...” (34). Para no dejar rastro, Schulze suele disfrazarse de las más diversas maneras, y lo hace con éxito para pasar por desapercibido. Otra característica de este alemán es su gran admiración por la ópera, en especial por Wagner y los compositores italianos:

Es innegable que Wagner sólo existió uno, pero en ocasiones siento la nostalgia de evocar aquellas óperas italianas tan deliciosamente pueriles de libro y música. (...) Escuchemos a Verdi por ejemplo... (34).

En otro fragmento del texto canturrea el cuento musical del *Lohengrin*, una ópera wagneriana. Con todo, Schulze es caracterizado como un hombre culto que dispone de varias características y habilidades, todas vistas de manera positiva.

En lo sucesivo, el espía Schulze y el policía Stein buscan las huellas que podrían haber dejado Sierke y Witschetzky cuya identidad aún desconocen. Así, aludiendo al título, empiezan a hablar de “un caso de alto espionaje” (41). Schulze, que se describe como un detective escrupuloso, averigua tras unas primeras sospechas e interrogaciones que el autor del crimen debe ser “Yanoslav, el espía ruso, sin disputa más inteligente, arrojado y atrevido de cuantos existen en el mundo” (55). Además de sospechar de Yanoslav como autor del asesinato de Fabeck, las demás averiguaciones fomentan la imagen del enemigo ruso, en la presente obra siempre en el contexto de la marina. Schulze resume delante del policía Stein:

Primero. Yanoslav abandona Madrid ocultando cuidadosamente tal viaje. Segundo. En esta casa se ha fumado recientemente tabaco español. Tercero. En el Ministerio de Marina me informan que el buque ruso *Trud*, llegará a Valencia el día 23 de marzo, y que en él han embarcado, disfrazados de marineros, los tres ingenieros navales de máximo prestigio en la U. R. S. S. (58).

Sin embargo, a medida que avanza la narración y que se sigue buscando el documento del comandante Fabeck, la historia se centra en la perspectiva rusa y también en la española. Así, Schulze sigue buscando a los asesinos, pero ya no se conocen sus demás averiguaciones. La narración se centra en la enemistad ruso-española, tan fomentada durante la Guerra Civil. A partir de la segunda jornada, el espacio narrativo es Madrid. El ambiente de la capital del 22 de febrero de 1936 se describe como sigue:

Madrid que ayer tendía los brazos al forastero con el ademán cariñoso e hidalgo de un gran señor, los levanta ahora cerrando el puño en plebeyo gesto de odio, y cesa de entonar el cuplé de la zarzuelilla en boga, para cantar rencoroso: «U. H. P. / U. H. P.» y pedir con la más ramplona de las músicas, los bigotes de Lerroux, la cabeza de Gil Robles o cualquier otro miembro importante de un político no afecto a las izquierdas. Madrid ya no derrocha gracia, ingenio y finura, en sus dichos punzantes, masculla los pleonasmos deletéreos con que Lenín adormeció las conciencias, y ruge iracundo: Rusia SI. / Patria NO (64).

En lo sucesivo son presentados el espía ruso Yanoslav y sus compinches Sitnin, de aproximadamente 45 años, y Xenia, mujer de la que se destaca su belleza. En efecto, los tres están en posesión de los valiosos papeles de Fabeck. La acción gira entonces en

torno a Carlos de Altamonte y Fernández de Sidonia, el duque de Urbiola, a quien Sitnin confía estos papeles. Según los rusos, nadie sospecharía del duque considerado un “[c]omunista teórico” (67), sin embargo, Altamonte solo es utilizado como pretexto y debe ser asesinado más adelante. Así, Sitnin exclama, una vez decidido por Altamonte: “«¡¡Es la risa satánica de Rusia, satisfecha de pisotear el noble orgullo hispano!!...»” (67).

Mientras Sitnin guarda los papeles en casa de Altamonte, sus compinches acuerdan vigilarle. Así, Xenia se enfrenta con él en el teatro que el duque frecuenta durante la época de carnaval. Después de haber pasado una noche juntos, Altamonte dice estar profundamente enamorado de la chica cuya identidad aún ignora.

A continuación, los sucesos se multiplican: en un momento, Altamonte es acusado de haberse dejado robar los valiosos papeles y Sitnin es hallado muerto. Puesto que la policía sospecha de un duelo entre Sitnin y Altamonte y, en consecuencia, del duque como asesino, Altamonte se fuga con dos chóferes a casa de un desconocido donde le informan que habían sido los alemanes que robaron los documentos:

... el contraespionaje se enteró y siguió sus pasos todos, con lo cual conoció hasta los menores detalles de su vida; entre otros, el interés que madame Valmond le inspiraba. Un día, aprovechando que nadie había en ella, asaltó su casa, con lo cual el secreto volvió a poder de la nación a que pertenecía (121).

Mientras se narra la odisea de Altamonte que se refugia en varios sitios, la búsqueda de los documentos apenas se menciona. Tras haber conocido a otras chicas espías (sin saber que lo eran), Altamonte se une finalmente con Xenia, la compañera de Yanoslav y Sitnin. En una de sus conversaciones, Xenia sigue expresando su odio hacia Schulze: “El día que muera, Rusia se libraré de su enemigo más terrible y el servicio secreto de su rival más peligroso” (154). Aunque parece que ella quisiera asesinar a Schulze, se revela al final del relato que, en realidad, había colaborado con él y ambos querían envenenar a Carlos. En este momento –ya se relata la última jornada– los objetivos de los distintos espías ya se han desvanecido. Sobre Xenia, que en realidad se llama Irina, se sabe finalmente que es “... la hija del general Nicolai Linevich, noble ruso al cual los bolcheviques rusos desposeyeron de todo, ...” (182). En la última conversación que se anota de Carlos y de Irina, la rusa dice:

Irina Nicolayena y Carlos de Altomonte. Brotes viejos de una aristocracia que, acaso cansada de luchar y crear, necesita renovarse. Por el mundo cruzan nuevos ideales que persiguen aniquilar el fanatismo del rencor comunista. El único medio de remozar la antigüedad de nuestra sangre es luchar por ellos, ahogando ese Evangelio de Marx, traducido al ruso por un judío mogol, aplastando la Rusia del soviét, todo odios, mentiras y villanías, para crear la de la fraternidad. – A tu lado estaré en la Cruzada

[responde Carlos]. Mis antepasados fundaron un mundo nuevo, mis descendientes deben cimentar una Patria inmortal. Ya tengo dos ideales puros a los que consagrarme: tu cariño y el engrandecimiento de mi raza... Ya no soy el hombre que vive de su muerte... (183).

La obra se escribe desde la perspectiva de un ideólogo franquista y se termina, como demuestra la última anotación, en el: “[ú]ltimo día del año 1938, en que la espada triunfadora del Caudillo Nacional va añadiendo a la corona Hispana el florón de las tierras catalanas” (183). Así, el final de la obra se centra únicamente en la imagen del enemigo y en la glorificación del régimen franquista.

Como se indicó anteriormente, el ambiente alemán y las figuras germanas solo predominan al principio del texto. En un primer momento, las descripciones tanto de Fabeck como de Schulze u otros alemanes, como el asiduo y obediente Luitpold, son positivas. Su trabajo es caracterizado como riguroso, escrupuloso, rápido y eficiente. Teniendo en cuenta estas descripciones, además de algunos términos empleados en alemán, se puede suponer que el narrador estuvo en contacto con alemanes, que quizás incluso vivió un tiempo en Alemania. En todo caso, subyace en esta narración un conocimiento relativamente amplio del ambiente alemán con los detalles que se ofrecen sobre la vida y el trabajo de algunas figuras, sobre todo en lo lingüístico y musical. La narración también deja entrever algún estereotipo alemán, como la buena organización, por ejemplo, de Fabeck cuyo trabajo es extremadamente disciplinado y metódico. Otro tópico se puede ver en el trato correcto y algo frío con el que se presenta el subordinado Luitpold.

Sin embargo, tanto Fabeck como Schulze cuyo camino se sigue hasta el final de la novela fracasan en su misión final: mientras Fabeck es asesinado poco después de haber terminado su gran invento, Schulze no consigue apoderarse de los documentos secretos tan valiosos de su compatriota. No obstante, como se indica en un momento del texto, los documentos vuelven de alguna manera a Alemania con lo que Rusia los pierde. Pero se trata de un elemento germanófilo muy pequeño e indirecto.

Finalmente, cabe añadir que la presente novela no es una historia de espionaje o de suspense en general muy elaborada, la gran cantidad de personajes y sus seudónimos así como la confusión creada en la acción principal no hacen de ella una novela amena o de gran calidad literaria.

7. Comparaciones y conclusiones

El objetivo de la presente tesis ha sido el análisis de la influencia germanófila y nacionalsocialista en la narrativa española de posguerra en el siglo XX. En un primer momento y siguiendo las definiciones de ‘germanofilia’ y ‘filonazismo’ de la primera parte de este estudio, resulta interesante comparar las obras narrativas presentadas entre ellas. Estas comparaciones se efectúan teniendo en consideración las breves conclusiones de cada obra expuestas al final de cada capítulo. Además me basaré en lo explícito que son estas obras en cuanto a las definiciones planteadas.

Así, se han podido establecer cuatro grupos de obras: en el primero se cotejan las novelas que se expresan de forma suave o menos intensa respecto a la temática germana. En un segundo grupo se comparan las que reflejan una postura predominantemente germanófila. Las obras de carácter más explícitamente filonazi se analizan en un tercer grupo. Finalmente, se reúnen en un cuarto grupo las novelas cuyas figuras muestran una actitud algo mezclada al respecto. Además se analizará si la figura principal de una obra ha vivido algún desarrollo interior respecto a su actitud pro-germana, ya sea hacia una actitud germanófila o filonazi más marcada o que va disminuyendo a lo largo del texto. Sin embargo, este proceso interior solo lo viven unas pocas figuras en algunas obras determinadas.

Además de esta división, la catalogación de las obras en tres secciones – falangistas, divisionarios azules y otros escritores– permite, posteriormente, comparar las obras de una misma sección, puesto que comparten ciertas características formales y de contenido.

Finalmente se abordará en este capítulo también la cuestión del valor estético de esta literatura. De esta manera, se pretende responder a las cuestiones planteadas al inicio del presente estudio.

Entre las obras del primer grupo están *Checas de Madrid* de Borrás, *El puente* de Giménez Arnau y *Una chica topolino* de Puente. Asimismo encajan en este grupo muchas novelas de la sección seis, como *El tesoro del holandés* de Baroja, *Esto, lo otro y lo de más allá* de Camba, *Una isla en el mar rojo* y *La novela número 13* de Fernández Flórez así como *Alto espionaje* de De Sola. Mientras que *El puente* se considera una novela poco explícita en cuanto a sus elementos filonazis, *El tesoro del holandés* lo es respecto a la temática germanófila. En *Esto, lo otro y lo de más allá* el perfil germanófilo es algo diferente a otras obras, ya que se expresa más un continuo interés que una admiración por lo alemán. Fernández Flórez, por su parte, se muestra en

sus dos novelas más sutil respecto a la temática alemana. *Checas de Madrid*, *Una chica topolino* y *Alto espionaje* no se pueden considerar novelas filonazis según la definición y sus elementos germanófilos tampoco son demasiado explícitos.

Respecto a este primer grupo cabe señalar un aspecto que concierne a la postura filonazi no demasiado explícita: Es de suponer que sobre todo en los primeros años de la guerra, el nazismo experimentó cierto auge. Si, por tanto, en la presente tesis una obra no ha podido ser clasificada como filonazi, su autor en ningún momento se decantó notablemente por esta ideología. No obstante, es cierto que para una muestra aún más significativa se deberían incluir, en un estudio más amplio, todas las obras publicadas a partir de la toma de poder de los nazis en 1933.

Las obras del segundo grupo que, por sus características, deben considerarse únicamente o predominantemente germanófilas y que por consiguiente presentan muy pocos o ningún elemento filonazi, son *Leoncio Pancorbo* de Alfaro Polanco, *Línea Siegfried* de Giménez Arnau, *Madrid recobrado* de Puente, *José Antonio* de Ximénez de Sandoval, *De las memorias de un combatiente sentimental* de Crespo Villoldo, *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* de Royo Masía, *Laura o la soledad sin remedio* de Baroja y *La juventud no vuelve* de Pombo Angulo.

De este grupo, *De las memorias de un combatiente sentimental* es probablemente la novela de rasgos germanófilos más leves, debido a los propósitos que el mismo escritor tiene y a los que se mantiene fiel. El protagonista no destaca por mostrarse demasiado germanófilo y las pocas referencias al mundo alemán en general y al ámbito nazi en concreto, no son afirmaciones del propio narrador sino, con mayor frecuencia, recapitulaciones de conversaciones entre militares españoles.

La novela de Giménez Arnau se ocupa, respecto a la temática alemana, tanto de la guerra como de cuestiones amorosas: el destino del protagonista Miguel está notablemente marcado por las experiencias amorosas negativas que vive con diferentes mujeres alemanas. Aunque la historia se sitúa en plena guerra mundial y en Alemania, la narración se centra en las descripciones de la mentalidad y del comportamiento de los alemanes, más que en aspectos puramente militares. Mientras Miguel disfruta practicando su alemán, le afecta negativamente el clima germano, para él inhóspito. Pero la obra se centra sobre todo en las diferencias entre ambos países. La estancia en Alemania le sirve al protagonista para referirse a algún aspecto de la historia y cultura alemanas. Al final de la novela se detecta una ligera disminución en la postura pro-germana del protagonista.

José Antonio, por su parte, se puede considerar la novela en la que más explícitas se hacen algunas diferencias –aunque haya pocas– entre el régimen nazi y el falangista. A pesar de que esta novela se centra en la historia del partido falangista y el culto en torno a Primo de Rivera, el narrador también compara en algunos fragmentos las ideologías falangista y nazi. Sin embargo, ni en las diferencias señaladas entre el sistema fascista alemán y el español, ni en su actitud algo reservada hacia Hitler se percibe, a lo largo de la obra, un mayor desarrollo en el protagonista. Mientras considera la postura anticristiana de Hitler como una de las mayores diferencias entre sí mismo y el líder nazi, su admiración previa, sobre todo por el romanticismo alemán, no se ve afectada.

La germanofilia de Pío Baroja –como se demostró en el capítulo 2. 4.– es una postura constante a lo largo de su carrera literaria, sin que el escritor se haya podido clasificar como filonazi, a pesar de su actitud antisemita. En consecuencia, sus figuras no están sujetas a ningún cambio de postura dentro de esta actitud. La postura del protagonista de Pombo Angulo en *La juventud no vuelve* también es constante y poco efusiva. A pesar del carácter predominantemente triste de la obra, se mantiene la actitud germanófila hasta el final de la historia.

Así, a pesar de que la mayoría de estas novelas –sus títulos ya lo anticipan– están ambientadas en el conflicto bélico, ya sea el alemán o el español, no ofrecen una actitud filonazi marcada. Sus rasgos germanófilos predominantes se definen sobre todo por la amplia cultura de sus protagonistas respectivos en lo germano y también por tratar estos de forma positiva las relaciones hispano-alemanas.

Por otro lado, las obras del tercer grupo que demuestran claros rasgos filonazis son *La fiel infantería* de García Serrano, *Canción de invierno en el Este* de Gómez Tello, “De cómo Erich Remarque no estuvo en la División Azul” de Revuelta y *Adán, Eva y yo* de López de Haro. En la novela de García Serrano se subraya la importancia militar de los nazis. A pesar de las expectativas que pueda tener el lector respecto al ensayo de Revuelta, considerando su título, la obra de Remarque no es la base del trabajo literario del texto. El título sirve a su autor de motivo para criticar el espíritu pacífico de sus contemporáneos en general y para apelar al honor del soldado. Es, por tanto, una obra de notable carácter fascista y pro-nazi.

Tanto *Canción de invierno en el Este* como *Adán, Eva y yo* comparten finalmente un alto grado de antisemitismo. Respecto a *Canción de invierno en el Este* es interesante observar que en la primera parte de la novela su protagonista se expresa más

a menudo a través de elementos germanófilos. A medida que va avanzando la guerra y sobre todo respecto a las experiencias del héroe novelístico en el frente, su postura filonazi se va manifestando. En un primer momento resalta la notable cantidad de paralelismos que establece entre España y Alemania. Los encuentros directos entre el protagonista y los alemanes también se pueden considerar elementos pro-nazis. Es entonces cuando el narrador hace referencia a algunas características alemanas que ha podido observar: son, por un lado, la amabilidad de los soldados, a menudo sonrientes, así como sus comentarios amicales hacia los españoles. Por otro lado aparecen las características que admiran los españoles especialmente en los militares alemanes: aparte de las estereotipadas, ya mencionadas, el protagonista se centra sobre todo en la imperturbabilidad de los nazis ante situaciones imprevistas o peligrosas. Por último, destacan las ideas antisemitas del protagonista que se observan en un capítulo entero dedicado a la comunidad judía. Sin embargo, también hay que mencionar que el protagonista de Gómez Tello entra menos en contacto directo con los nazis que otros protagonistas de autores divisionarios. Destaca que, al igual que el mismo protagonista, la mayoría de sus conocidos alemanes quedan en el anonimato. Esta novela parece sobre todo servirle a su autor para dar rienda suelta a su postura antisemita. Esta misma actitud por parte del protagonista se encuentra también en *Adán, Eva y yo*, es constante a lo largo de la novela y supone el punto álgido de su filonazismo. No obstante, también se debe considerar que el franquismo, en un determinado momento, censurará ciertos extremos del filonazismo, no conveniente ya entonces para el fascismo español en el poder.

En un cuarto grupo se reúnen las obras que ofrecen elementos germanófilos y aspectos filonazis más o menos a partes iguales. Son *Se ha ocupado el kilómetro seis* de Benítez de Castro, *Camisa azul* de Ximénez de Sandoval, *Campaña de invierno* de Errando Villar, *Con la División Azul en Rusia* de Martínez Esparza y *Cristo en los infiernos* de León. *Camisa azul* incorpora ambos elementos, pero su alto grado de falangismo impide que su protagonista se exprese de forma demasiado explícita hacia lo alemán o nazi. Tanto *Se ha ocupado el kilómetro seis* como las dos novelas de los divisionarios se caracterizan por su importante trasfondo bélico. Debido a la estrecha relación en lo militar entre españoles y alemanes que se plantea en las últimas obras citadas, se encuentran elementos filonazis tanto en la novela de Errando Villar como en la de Martínez Esparza.

Así, *Campaña de invierno* consta de un gran número de rasgos favorables, tanto respecto a los alemanes en general como a los nazis en particular. Su héroe narrativo manifiesta claramente, a través de sus comentarios, opiniones y amistades establecidas durante la contienda, su germanofilia que en algunos momentos se convierte en filonazismo. Como médico, vive la guerra de manera más intensa que los protagonistas de otros autores divisionarios. Sin embargo, también se puede suponer, por el trato agradable que recibe, que en cierta manera se ve obligado a alabar la acogida germana. Aunque las descripciones sobre el mundo germano de *Campaña de invierno* parecen a veces a primera vista neutras, domina en ellas a menudo un tono claramente germanófilo. A pesar de algún elemento filonazi como el que se encuentra en la recapitulación del acto del juramento, esta novela posee más características germanófilas que pro-nazis ya que en comparación con otras novelas analizadas en este trabajo hay cierta escasez de típicas exclamaciones patrióticas o pro-hitlerianas. Además, las experiencias de este protagonista en Rusia podrían representar un momento cumbre dentro de su germanofilia, tanto en lo profesional como en lo humano.

En *Con la División Azul en Rusia*, por otro lado, el filonazismo del protagonista se limita prácticamente a lo militar. Así, los elementos germanófilos de la obra de Martínez Esparza se centran en la primera parte de la crónica, cuando los divisionarios aún viajan por Alemania. Una vez en el frente, desaparecen dichos elementos. El cronista de esta obra difiere de los demás escritores divisionarios por tener más conocimiento militar y por haber tratado, ya con anterioridad a la guerra, con alemanes. Dichas experiencias hacen que su criterio a la hora de juzgar, por ejemplo el equipamiento de los nazis, sea más fundamentado. Por último, ni el carácter cronista ni el enfoque militar de *Con la División en Rusia* permiten al protagonista expresarse de manera muy efusiva a favor del nazismo ni tampoco criticarlo de manera directa.

En *Cristo en los infiernos* se observa que las ideas anticomunistas y antisemitas del protagonista que, entre otras, constituyen el trasfondo de esta obra, no cambian a lo largo de la narración, quizás por publicarse esta novela ya en 1941 cuando la derrota de los nazis aún era menos previsible.

En cuanto a la comparación de las obras de una misma sección resalta que las novelas de la Falange difieren notablemente en la postura que expresan sus narradores respecto a la ideología falangista. Así, los falangistas más fervientes son los protagonistas de Benítez de Castro y de García Serrano. También ambas obras de

Ximénez de Sandoval están en esta línea. Sin embargo, además del trasfondo bélico, hay relativamente pocos denominadores comunes en las obras de la sección cuatro.

Así, quienes más características comparten tanto en lo formal como en lo temático son las obras de los divisionarios de la sección cinco. Todas se escriben desde una perspectiva muy determinada: la época bélica que se vive, muy marcada por los lemas nacionalsocialistas y por los ideales falangistas. En consecuencia, no solo hay que tener en cuenta la influencia de la propaganda nazi sino también la presión y la censura franquista a las que dichos autores se ven expuestos, a partir del momento que quieren publicar sus crónicas. Como prueba de ello se puede considerar, por un lado, el fomento de estereotipos muy concretos sobre los alemanes en casi todas las obras, a excepción de *Revuelta* debido a la breve dimensión de su ensayo. Dichos estereotipos existen, además, también en el otro sentido, sobre el español “amable y divertido” (Núñez Seixas 2005: 105). Por otro lado, también resalta que muchos de estos relatos autobiográficos no se caracterizan por su imparcialidad histórica e ideológica, lo que les conduce a mitificar la guerra.

En todas las obras de la sección cinco destaca la identificación de sus figuras con los principios nazis; hecho que repercute sobre todo en actos como el juramento de la doctrina nazi que muchos autores relatan, pero también en momentos de intensa convivencia con los alemanes. El lenguaje utilizado por dichos escritores deja entrever, además, que la mayoría de los voluntarios aspira a una igualdad en lo militar con el ejército nazi.

Aunque también hay un número considerable de escritores que se distancian de la línea nazi después de 1945 y, por consecuencia, de sus obras germanófilas y filonazis anteriores, un distanciamiento parecido no se ha podido comprobar en los seis autores aquí presentados y sus trabajos literarios posteriormente publicados.

Además es interesante saber que, una vez acabada la labor de la División Azul, aún no termina la colaboración hispano-alemana en Rusia ya que la primera es sustituida por otra unidad llamada Legión Azul. A pesar de que esta última se retira a finales de febrero de 1944, sigue habiendo voluntarios españoles que apoyan la causa nazi hasta el final de la guerra (Salas 1989: 266–267).

En lo literario destaca que los escritos sobre las experiencias de los divisionarios azules no cesan una vez terminada la Segunda Guerra Mundial. Se siguen escribiendo y publicando obras, no solo obras narrativas de carácter autobiográfico de los mismos

divisionarios, sino también libros de carácter documental sobre la División Azul, hasta al menos 2004, como apunta Núñez Seixas (2005: 90).

¿Qué características comparten además las novelas de la sección seis? Varias se sitúan durante la Guerra Civil en la que sus protagonistas o bien estuvieron personalmente involucrados o cuyo recuerdo aún está muy presente. Madrid como lugar novelístico es uno de los denominadores comunes. En este contexto, considero interesantes algunos apuntes de Mainer:

[E]l activo testimonio del morboso interés que suscitaba la situación de la capital: las invenciones o exageraciones sobre escarnios y venganzas, sobre torturas y persecuciones, sobre vesanias y heroísmos, proporcionaron amplio pasto espiritual a quienes se deslizaban con facilidad del masoquismo chillón a la complacencia sádica (Mainer 1998: 190).

Así, según Mainer, son comparables *Una isla en el mar rojo* y *Laura o la soledad sin remedio* sobre las que opina que son las obras donde más se insiste en la triste y desoladora vida de la capital a mediados de 1936. En otro momento, el mismo crítico literario diferencia la obra de Fernández Flórez de la de León:

Aquellas sensaciones fuertes eran las que querían leer los ‘refugiados’ de Burgos o San Sebastián, las clases medias de las provincias ‘azules’ y las damas catequistas de cualquier rincón de la España eterna. El mérito inconsciente de Fernández Flórez – si se compara su relato con el voluminoso *Cristo en los infiernos* (1940) de Ricardo León, por ejemplo – es la desnudez con que nos ofrece las razones de su desazón, al margen de la propaganda ideológica que repiten servilmente casi todos. Sólo en el Pío Baroja de *Laura*, *El cantor vagabundo* o *Las veladas del chalet gris* encontramos ese mismo húmedo egoísmo individualista que renuncia a disfrazarse de otras justificaciones, aunque en este caso la actitud personal sea mucho menos exasperada (Mainer 1998: 189).

Mainer valora positivamente en sus conclusiones el individualismo de los protagonistas de *Cristo en el infierno* y *Laura o la soledad sin remedio*, que está por encima de un posible propósito del narrador de querer convencer al adversario político de sus ideas. En este sentido, las obras de la sección seis se diferencian de algunas obras falangistas en las que subyace cierto ‘carácter misionario’.

Las comparaciones de estas conclusiones revelan además que la problemática planteada en la sección tres se mantiene: por muy filonazis que se presenten algunos escritores, su entusiasmo por Alemania siempre será limitado. Su alto grado de patriotismo, a veces mezclado con un marcado sentimiento falangista, impide a sus figuras una mayor identificación con el régimen nazi. En cambio, el interés y la curiosidad sobre todo por cuestiones culturales que conciernen Alemania parecen ser más constantes y profundos y así, están por encima de cuestiones ideológicas y

políticas. Aquello no impide que se alaben características consideradas ‘típicas’ de los alemanes a nivel militar, independientemente del bando en el que luchan.

Así, son probablemente los conocimientos culturales de sus protagonistas los que dan más valor estético a las obras estudiadas. Sobre todo las novelas clasificadas como predominantemente germanófilas exponen amplios conocimientos, a veces también reflexiones más profundas, sobre obras de Goethe, Nietzsche, Remarque, Schopenhauer y Zweig, entre otros. En cambio, dichas características estéticas subyacen menos en los trabajos literarios de la División Azul.

Como se ha podido comprobar en el capítulo 3. 2. 4. las pocas obras de crítica literaria que se ocupan de la narrativa del bando de la derecha tienen en su mayoría un carácter panorámico. Sus autores resaltan, por un lado, la importancia de investigar sobre este tipo de literatura³⁴⁰. Por otro lado, afirman de que hoy en día aún existen pocos estudios profundos sobre los escritores presentados en esta tesis y sus trabajos literarios respectivos³⁴¹. Así que es posible concluir que las obras del presente estudio tienen una repercusión limitada en el panorama literario español contemporáneo; aspecto que probablemente se debe a la difícil tarea de asimilar los acontecimientos de la relativamente reciente historia bélica española y alemana en lo literario. Mientras que gran parte de los escritores son conocidos, lo son mucho menos las novelas aquí presentadas.

Hay que destacar que la temática bélica sigue siendo un tema de notable interés en la narrativa española hoy en día. Así, la fascinación por la temática se mantiene. Respecto a ella, por fortuna, hoy se escribe desde una perspectiva y distancia histórica y comparada. Quien en este sentido más se ocupa del tema bélico alemán es probablemente Almudena Grandes. Aunque no esté en el centro de su novela, uno de los trasfondos de *El corazón helado* es la Alemania nazi. Sobre la importancia de tratar lo bélico, reflexiona también Javier Cercas en *Soldados de Salamina*. El narrador, documentando la vida del falangista y escritor Rafael Sánchez Mazas, apunta sobre los motivos de los jóvenes soldados por partir a la guerra:

... es verdad que las guerras se hacen por dinero, que es poder, pero los jóvenes parten al frente y matan y se hacen matar por palabras, que son poesía, y por eso son los poetas los que siempre ganan las guerras, y por eso Sánchez Mazas, que estuvo siempre al lado de José Antonio y desde el lugar de privilegio supo urdir una violenta poesía patriótica de sacrificio y yugos y flechas y gritos de rigor que inflamó la imaginación de centenares de miles de jóvenes y acabó mandándoles al matadero, es más responsable

³⁴⁰ Compárese Rodríguez-Puertolas 1986: 11, entre otros.

³⁴¹ Véase, por ejemplo, Schmolling 1990: 15.

de la victoria de las armas franquistas que todas las ineptas maniobras militares de aquel general decimonónico que fue Francisco Franco (Cercas 2001: 51).

Es interesante ver que, según este narrador, el papel del escritor falangista es más importante que el de cualquier otro militar, incluso del máximo dirigente, Franco. Cercas apunta además que el escritor que se ocupa hoy en día de la literatura de escritores del bando de la derecha siempre debe justificar esta elección. Él mismo se vio en esta situación cuando comenzó su investigación sobre la biografía de Sánchez Mazas. Concluyo con estas reflexiones que parecen aún de actualidad en el siglo XXI:

... cuando empecé a interesarme por Sánchez Mazas, en determinados círculos literarios ya no sólo se vindicaba a los buenos escritores falangistas, sino también a los del montón e incluso a los malos. Algunos ingenuos, como algunos guardianes de la ortodoxia de izquierdas, y también algunos necios, denunciaron que vindicar a un escritor falangista era vindicar (o preparar el terreno para vindicar) el falangismo. La verdad era exactamente la contraria: vindicar a un escritor falangista era sólo vindicar a un escritor; o más exactamente: era vindicarse a sí mismos como escritores vindicando a un buen escritor. Quiero decir que esa moda surgió, en los mejores casos (de los peores no merece la pena hablar), de la natural necesidad que todo escritor tiene de inventarse una tradición propia, de un cierto afán de provocación, de la certidumbre problemática de que una cosa es la literatura y otra la vida y de que por tanto se puede ser un buen escritor siendo una pésima persona (o una persona que apoya y fomenta causas pésimas), de la convicción de que se estaba siendo literariamente injusto con ciertos escritores falangistas, quienes, por decirlo con la fórmula acuñada por Andrés Trapiello, habían ganado la guerra, pero habían perdido la historia de la literatura (Cercas 2001: 22).

8. Bibliografía

Las abreviaturas utilizadas en esta bibliografía son las siguientes:

s. a. = año no conocido.

s. l. = lugar de publicación no conocido.

s. n. = nombre de editor no conocido.

s. p. = páginas no conocidas.

8. 1. Fuentes primarias

ALFARO POLANCO, JOSÉ MARÍA. *Leoncio Pancorbo*. Madrid: Editora Nacional, 1942.

BAROJA, PÍO. *Laura o la soledad sin remedio*. Madrid: Caro Raggio, 1976.

_____. *El tesoro del holandés. Los buscadores de tesoros*. Madrid: Caro Raggio, 2008.

BENÍTEZ DE CASTRO, CECILIO. *Se ha ocupado el kilómetro seis. Contestación a Remarque*. Palma de Mallorca / Barcelona: Maucci, 1940.

BORRÁS, TOMÁS. *Checas de Madrid*. Madrid: Bullón, 1963.

CAMBA, JULIO. *Esto, lo otro y lo de más allá*. Madrid: Cátedra, 1994.

CRESPO VILLOLDO, ALBERTO. *De las memorias de un combatiente sentimental*. Madrid: Haz, 1945.

DE SOLA, VÍCTOR MARÍA. *Alto espionaje*. Cádiz / Madrid: Establecimientos Cerón y Librería Cervantes, 1940.

ERRANDO VILAR, ENRIQUE. *Campaña de invierno*. Madrid: José García Perona, 1943.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, WENCESLAO. *Una isla en el mar rojo*. Madrid: Españolas, 1939.

_____. *La novela número trece*. Madrid: Espasa-Calpe, 1962.

GARCÍA SERRANO, RAFAEL. *La fiel infantería*. Madrid: Editora Nacional, 1943.

GIMÉNEZ ARNAU, JOSÉ ANTONIO. *El puente*. Madrid: Españolas, 1941.

_____. *Línea Siegfried*. Barcelona: Destino, 1981.

GÓMEZ TELLO, JOSÉ LUIS. *Canción de invierno en el Este. Crónicas de la División Azul*. Barcelona: Luis de Caralt, 1945.

LEÓN, RICARDO. *Cristo en los infiernos*. Madrid: Victoriano Suárez, 1941.

LÓPEZ DE HARO Y MOYA, RAFAEL. *Adán, Eva y yo*. Barcelona: Casa Editorial Araluce, 1939.

- MARTÍNEZ ESPARZA, JOSÉ. *Con la División Azul en Rusia*. Madrid: Ejército, 1943.
- POMBO ANGULO, MANUEL. *La juventud no vuelve. Novela de la guerra*. Madrid: Sagitario, 1945.
- PUENTE, JOSÉ-VICENTE. *Una chica topolino*. Madrid: Aguado, 1945.
- _____. *Madrid recobrado. Crónicas de antes y después del veintiocho de marzo*. S. l.: s. n., 1939.
- REVUELTA, JESÚS. “De cómo Erich Marie Remarque no estuvo en la División Azul.” *Haz* (febrero 1943): s. p.
- ROYO MASÍA, RODRIGO. *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos*. Madrid: s. n., 1944.
- XIMÉNEZ DE SANDOVAL, FELIPE. *Camisa azul. Retrato de un falangista*. Buenos Aires: Nueva Hispanidad, 2001.
- _____. *José Antonio. (Biografía apasionada)*. Madrid: Fuerza Nueva, 1976.

8. 2. Obras literarias citadas

- BAROJA, PÍO. *Comunistas, judíos y demás ralea*. Valladolid: Cumbre, 1939.
- _____. *Desde la última vuelta del camino*. Vol. II. Barcelona: Tusquets, 2006.
- _____. *Obras completas*. Vol. I, Madrid: Biblioteca Nueva, 1978.
- _____. *Obras completas*. Vol. II, Madrid: Biblioteca Nueva, 1947.
- _____. *Obras completas*. Vol. V, Madrid: Biblioteca Nueva, 1976.
- _____. *Obras completas*. Vol. VII, Madrid: Biblioteca Nueva, 1949.
- CAMBA, JULIO. *Alemania. Impresiones de un español*. Madrid: Espasa-Calpe, 1968.
- CERCAS, JAVIER. *Soldados de Salamina*. Barcelona: Tusquets, 2001.
- CHIRBES, RAFAEL. *La buena letra*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- _____. *La larga marcha*. Barcelona: Anagrama, 2008.
- GIMÉNEZ CABALLERO, ERNESTO. *Genio de España: exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*. Barcelona: Planeta, 1983.
- GRANDES, ALMUDENA. *El corazón helado*. Barcelona: Tusquets, 2007.
- _____. *Inés y la alegría*. Barcelona: Tusquets, 2010.
- _____. *El lector de Julio Verne*. Barcelona: Tusquets, 2012.
- HÖLDERLIN, FRIEDRICH. *La muerte de Empédocles*. Barcelona: El Acantilado, 2001.
- KLEMPERER, VICTOR. *LTI. Notizbuch eines Philologen*. Leipzig: Reclam, 1991.

- _____. *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Minúscula, 2001.
- MANRIQUE, JORGE. *Coplas a la muerte de su padre*. Madrid: Edaf, 2007.
- MÉNDEZ, ALBERTO. *Los girasoles ciegos*. Barcelona: Anagrama, 2004.
- MUÑOZ MOLINA, ANTONIO. *Beatus ille*. Barcelona: Seix Barral, 1986.
- _____. *El jinete polaco*. Barcelona: Seix Barral, 2010.
- _____. *Sefarad – una novela de novelas*. Madrid: Alfaguara, 2001.
- _____. *Todo lo que era sólido*. Barcelona: Seix Barral, 2013.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1987.
- PARDO BAZÁN, EMILIA. *Obras completas. Novelas y cuentos*. Tomo 1. Madrid: Aguilar, 1964.
- PÉREZ MADRIGAL, JOAQUÍN. *Aquí es la emisora de la flota republicana... (La guerra a través de los partes rojos. – Riesgo y desvergüenza de los navegantes, mangantes y mareantes del mediterráneo y de su gobierno «ligítimo»)*. Madrid: Españolas, 1939.
- REMARQUE, ERICH MARIA. *Sin novedad en el frente*. Barcelona: Bruguera, 1978.
- ROYO MASÍA, RODRIGO. *El Sol y la Nieve*. Madrid: s. n., 1957.
- VILLAESPESA MARTÍN, FRANCISCO. *Poesías Completas*. Madrid: Aguilar, 1954.

8. 3. Estudios y obras de consulta

- ALBERT, MECHTHILD. *Vanguardistas de camisa azul. La trayectoria de los escritores Tomás Borrás, Felipe Ximenez de Sandoval, Samuel Ros y Antonio de Obregón entre 1925 y 1940*. Madrid: Visor, 2003.
- _____. “Der Kampf um die «Heimatfront». Emotionalisierung und Ideologie im faschistischen Bürgerkriegsroman (1938-1941).“ *Erinnern und Erzählen. Der Spanische Bürgerkrieg in der deutschen und spanischen Literatur und in den Bildmedien*. Eds. Bettina Bannasch y Christiane Holm. Tübingen: Gunter Narr, 2005. 221-236.
- BATLLORI, MIGUEL. *La familia de los Borja*. Vol. XVIII. Madrid: Real Academia de la Historia, 1999.
- BERGMANN, WERNER. “Ein weltgeschichtliches ‘Fatum’. Wilhelm Marrs antisemitisches Geschichtsbild in seiner Schrift: Der Sieg des Judenthums über das Germanenthum.” *Antisemitische Geschichtsbilder*. Eds. Werner Bergmann y Ulrich Sieg Essen: Klartext, 2009. 61-82.

- BERMAN, RUSSEL A. “Raíces y plasmaciones de la literatura fascista.” *Historia de la Literatura, Volumen sexto, El mundo moderno. De 1914 a nuestros días*. Selec. Erika Wischer. Madrid: Akal, 2004. 102-126.
- BERNECKER, WALTHER. “Luis Araquistáin y la crisis de la República de Weimar.” *Las influencias de las culturas académicas alemana y española desde 1898 hasta 1936*. Eds. Jaime de Salas y Dietrich Briesemeister. Fráncfort / Madrid: Vervuert / Iberoamericana, 2000. 111-127.
- BERTRAND DE MUÑOZ, MARYSE. *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada, Tomos I y II*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1982.
- BEUTIN, WOLFGANG ET AL. *Deutsche Literaturgeschichte*. Stuttgart / Weimar: Metzler, 2008.
- BÖCKER, MANFRED. “¿Nacionalindustrialismo o fascismo?: El fascismo español de la Segunda República y su relación con los movimientos fascistas en el extranjero.” *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*. Ed. Mechthild Albert. Madrid: Iberoamericana, 1998. 13-28.
- BRUN-ZECHOWOJ, WALERIJ. *Manfred Stern – General Kleber. Die tragische Biographie eines Berufsrevolutionärs (1896-1954)*. Berlín: Trafo Verlag Weist, 2000.
- CORTÉS, HELENA. “Heinse y Hölderlin, *Ardinghello* e *Hiperión*: dos rebeldes alemanes en el ocaso de las luces. Un análisis del sustrato ideológico de las dos novelas.” *Korrespondenzen. Motive und Autoren in der internationalen Moderne des 20. Jahrhunderts*. Ed. Michael Pfeiffer. Madrid: Idiomas, 1999. 280-289.
- DE GALÍNDEZ, JESÚS. *Los vascos en el Madrid sitiado: memorias del Partido Nacionalista Vasco y de la Delegación de Euzkadi en Madrid desde septiembre de 1936 a mayo de 1937*. S. l.: Txalaparta, 2005.
- DESCHENEAUX, AUDRÉE. “Idées, espoir et grande illusion: quand le compositeur s’engage.” Tesis doctoral, 2012.
- DEWI, TORSTEN Y WOLFGANG HOHLBEIN (eds.). *Das Erbe der Nibelungen*. Munich: Heyne, 2009.
- ELLWOOD, SHEELAGH. *Historia de la Falange Española*. Barcelona: Crítica, 2001.
- FLORACK, RUTH. *Bekannte Fremde. Zu Herkunft und Funktion nationaler Stereotype in der Literatur*. Tübingen: Max Niemeyer, 2007.
- GALLEGO, FERRÁN Y FRANCISCO MORENTE (eds.). *Fascismo en España*. Mataró: Intervención Cultural / El Viejo Topo, 2005.

- GARCÍA RUÍZ, VÍCTOR Y GREGORIO TORRES NEBRERA. *Historia y antología del teatro español de posguerra*. Vol. I, 1940-1945. Madrid: Fundamentos, 2003.
- GIBSON, IAN. *En busca de José Antonio*. Barcelona: Planeta, 1980.
- GIL PECHARROMÁN, JULIO. *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*. Madrid: Temas de Hoy, 1996.
- GIMÉNEZ, ALICIA. *Torrente Ballester*. Barcelona: Barcanova, 1981.
- GONZÁLEZ, ISIDRO. “El antisemitismo moderno llega a España: el Affaire Dreyfus.” *El antisemitismo en España*. Coordinadores Gonzalo Álvarez Chillida y Ricardo Izquierdo Benito. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007. 165-180.
- GONZÁLEZ GÓMEZ, JUAN MANUEL. “El final del modernismo en la obra de Ricardo León.” *Memoria*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2002.
- GRACIA GARCÍA, JORDI Y DOMINGO RÓDENAS DE MOYA. *El ensayo español. Siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2009.
- GRIMM, JÜRGEN ET AL. *Französische Literaturgeschichte*. Stuttgart / Weimar: Metzler, 1999.
- HARTMANN, EUGEN. *Statistik des Königreiches Bayern*. Munich: s. n., 1866.
- HOFFMANN, BARBARA. *Adolf Hitler-Die Anfänge 1889-1935*. S. 1.: GRIN, 2004.
- INGLIS, IAN. *Popular music and television in Britain*. Farnham, Surrey: MPG Books Group, 2010.
- JONES, MICHAEL. *La retirada. La primera derrota de Hitler*. Barcelona: Crítica, 2010.
- KRAUSS, WERNER. *Essays zur französischen und spanischen Literatur- und Ideologieggeschichte der Moderne*. Ed. Karlheinz Barck. Berlín: De Gruyter, 1997.
- LEÓN, RICARDO. *Europa trágica*. Madrid: Renacimiento, 1919.
- LÓPEZ GARCÍA-BERDOY, GUSTAVO. *El Eco de Alemania en las Memorias de Pío Baroja*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1975.
- LÓPEZ-MORILLAS, JUAN. *El krausismo español*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1980.
- _____. *Krausismo: Estética y literatura. Antología*. Barcelona: Labor, 1973.
- LOWENS, VERENA. *Der Rattenfänger von Hameln*. Munich: Grin, 2001.
- MAINER, JOSÉ-CARLOS. *Análisis de una insatisfacción*. Madrid: Castalia, 1975.
- _____. “Fernández Flórez, diez años después.” *Wenceslao Fernández Flórez (1885-1985)*. Ed. Ayuntamiento de la Coruña. Biblioteca y Archivo Municipal (1985): 13-19.

- _____. “De Madrid a Madridgrado (1936-1939): La capital vista por sus sitiadores.” *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*. Ed. Mechthild Albert. Madrid: Iberoamericana, 1998. 181-198.
- MANGINI, SHIRLEY. *Rojos y rebeldes. La cultura de la disidencia durante el franquismo*. Vol. 17. Barcelona: Anthropos, 1987.
- MARIÑO GÓMEZ, FRANCISCO MANUEL. “Tópica goethiana hispana.” *Estereotipos interculturales germanoespañoles*. Eds. Berta Raposo Fernández e Isabel Gutiérrez Koester. Servei de Publicacions de la Universitat de València (2011): 125-138.
- MARTÍNEZ CACHERO, JOSÉ MARÍA. *Historia de la novela española entre 1936 y fin de siglo*. Madrid: Castalia, 1997.
- _____. *Historia de la novela española entre 1936 y 1975*. Madrid: Castalia, 1979.
- MUÑOZ OLIVARES, CARMEN. “Vida y obra de Rafael López de Haro y Moya.” Vol. I y II. Tesis doctoral, Tarragona: Universidad de Barcelona, 1990.
- MURDOCH, BRIAN. *Im Westen nichts Neues. Erich Maria Remarque. Twentieth Century Texts*. S. l.: Taylor & Francis e-library, 2005.
- NEGREIRA, JUAN. *Voluntarios baleares en la División Azul y Legión Azul 1941-1944*. Palma de Mallorca: Miramar, 1991.
- NEUSCHÄFER, HANS-JÖRG (ed.). *Spanische Literaturgeschichte*. Stuttgart / Weimar: Metzler, 1997.
- NOLTE, ERNST. *Der Faschismus in seiner Epoche*. Munich: Piper, 1963.
- _____. *El fascismo en su época. Action française. Fascismo. Nacionalsocialismo*. Madrid: Península, 1967.
- NORA, EUGENIO G. DE. *La novela española contemporánea (1898-1927)*. Madrid: Gredos, 1963.
- OTAOLA GONZÁLEZ, PALOMA. *Coordenadas filosóficas del pensamiento de Quevedo. Obras filosóficas y satírico-morales*. San Vicente (Alicante): Club Universitario, 2004.
- OTTMANN, HENNING. *Philosophie und Politik bei Nietzsche*. Berlín: De Gruyter, 1999.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, FELIPE B. Y MILAGROS RODRÍGUEZ CÁCERES. *Manual de literatura española XIII. Posguerra: narradores*. Estella (Navarra): Cénlit, 2000.
- PEDROSA, JOSÉ MANUEL. “El antisemitismo en la cultura popular española.” *El antisemitismo en España*. Coordinadores Gonzalo Álvarez Chillida y Ricardo Izquierdo

- Benito. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007. 31-55.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, FRANCISCO (ed.). *La Generación de 1936. Antología poética*. Madrid: Taurus, 1981.
- PITARRELLO, ELIDE. “Más sobre historia y ficción: Galíndez de Manuel Vázquez Montalbán.” *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Madrid 6-11 de julio de 1998*. Editorial Castalia, 2000. 742-748.
- PROCTOR, RAYMOND. *Agonía de un neutral. (Las relaciones hispanoalemanas durante la segunda guerra mundial y la División Azul)*. Madrid: Nacional, 1972.
- PUERTA, XABI. *El sol apagado: ceremonia y sacrificio de Guillermo Tell*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 2003.
- QUEVEDO, FRANCISCO DE. *Historia de la vida del Buscón*. Madrid: Espasa Calpe, 1970.
- REDONDO, AGUSTÍN. “Del personaje de don Diego Coronel a una nueva interpretación de «El buscón».” *Actas del quinto congreso internacional de Hispanistas*. (1974): 699-711.
- REHRMANN, ROBERT. “Los sefardíes como ‘anexo’ de la hispanidad. Ernesto Giménez Caballero y «La Gaceta Literaria».” *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*. Ed. Mechthild Albert. Madrid: Iberoamericana, 1998. 51-74.
- _____. “El síndrome de Cenicienta: moros y judíos en la literatura española del siglo XIX y XX.” *El antisemitismo en España*. Coordinadores Gonzalo Álvarez Chillida y Ricardo Izquierdo Benito. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007. 207-235.
- REIN, RAANAN. *La salvación de una dictadura: Alianza Franco-Perón. 1946-1955*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995.
- REVERTE, JORGE M. *La división azul. Rusia 1941-1944*. Barcelona: RBA Libros, 2011.
- RIEZU, JORGE. *Nietzsche: estética, religión y moral. Una antología*. Granada: Secretariado de Publicaciones, 1982.
- RIUTORT, MACIÀ. “La supervivencia de un estereotipo decimonónico: la imagen actual de los hombres del norte.” *Estereotipos interculturales germanoespañoles*. Eds. Berta Raposo Fernández e Isabel Gutiérrez Koester. Servei de Publicacions de la Universitat de València (2011): 113-124.

- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, JOSÉ LUIS. *Historia de Falange Española de las JONS*. Madrid: Alianza, 2000.
- _____. *Los esclavos españoles de Hitler – La historia de los miles de españoles enviados a trabajar a la Alemania nazi*. Barcelona: Planeta, 2002.
- RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, JULIO. *Literatura fascista española*. Vol. 1 y 2, Madrid: Akal, 1986/1987 y 2008.
- RODRÍGUEZ RICHART, JOSÉ. “Literatura española de tema alemán (siglo XX).” *Centro Virtual Cervantes AIH*, actas XI (1986): 351-361.
- RUIZ SORIANO, FRANCISCO (ed.). *La Generación de 1936. Antología poética*. Madrid: Cátedra, 2006.
- SÁNCHEZ-BLANCO, FRANCISCO. “España, inspiración para conservadores alemanes; Alemania, admiración de progresistas españoles. Carl Schmitt: un ejemplo de malentendidos de fondo.” *Las influencias de las culturas académicas alemana y española desde 1898 hasta 1936*. Eds. Jaime de Salas y Dietrich Briesemeister. Fráncfort / Madrid: Vervuert / Iberoamericana (2000): 91-110.
- SÁNCHEZ-ÓSTIZ, MIGUEL. *Derrotero de Pío Baroja*. Irún: Alga, 2000.
- SAÑA, HELENO. *El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Súñer*. Barcelona: Grijalbo, 1981.
- SANZ VILLANUEVA, SANTOS. *Historia de la literatura española 6/2. Literatura actual*. Barcelona: Ariel, 1991 y 2008.
- _____. “«Fernández Flórez y la novelística coetánea.»” *Wenceslao Fernández Flórez (1885-1985)*. Ed. Ayuntamiento de la Coruña. Biblioteca y Archivo Municipal (1985): 21-25.
- SCHAUFF, FRANK. *Der Spanische Bürgerkrieg*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2006.
- SCHELER, MAX. *Ética: nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*. Madrid: Caparrós, 2001.
- SCHMOLLING, REGINE. *Literatur der Sieger. Der spanische Bürgerkriegsroman im gesellschaftlichen Kontext des frühen Franquismus*. Fráncfort del Meno: Vervuert, 1990.
- SCHNEIDER, MANFRED. ... *aber ist das eine Antwort? Heinrich Heine und die Religion*. Münster: Lit, 2004.
- SCHNEIDER, WOLF. *Speak German! Warum Deutsch manchmal besser ist*. Reinbek (Hamburg): Rowohlt, 2009.

- SOBEJANO, GONZALO. *Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido)*. Madrid: El Soto/Prensa española, 1975.
- SOLDEVILA DURANTE, IGNACIO. *La novela desde 1936*. Madrid: Alhambra, 1980 y 1982.
- STAUDER, THOMAS. “La repercusión del 18 de julio de 1936 en la vida y la obra de Manuel Machado.” *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*. Ed. Mechthild Albert. Madrid: Iberoamericana, 1998. 199-218.
- STERNHELL, ZEEV, MARIO SZNAJDER, MAIA ASHERI. *El nacimiento de la ideología fascista*. Madrid: Siglo XXI, 1994.
- TORRIJOS, JOSÉ MARÍA. “El Escorial en la literatura española.” *Literatura e imagen en El Escorial: actas del Simposium (1/4-IX-1996)*. Real Centro Universitario Escorial-María Cristina (1996): 87-146.
- TRAPIELLO, ANDRÉS. *Las armas y las letras: literatura y guerra civil (1936-1939)*. Barcelona: Planeta, 2010.
- URQUIJO GOITIA, JOSÉ RAMÓN. *Gobiernos y ministros españoles en la edad contemporánea*. Madrid, CSIC: 2008.
- URRUTIA, JORGE. “Vecinos de la pólvora y la muerte. La literatura del fascismo español.” *Centro Virtual Cervantes AISPI*, actas XXII (2004): 19-37.
- VINARDELL I PUIG, TERESA. “La Alemania de entreguerras vista por Carles Riba.” *Estereotipos interculturales germanoespañoles*. Eds. Berta Raposo Fernández e Isabel Gutiérrez Koester. Servei de Publicacions de la Universitat de València (2011): 139-146.
- WERZ, NIKOLAUS. “El diagnóstico del tiempo en Curtius, Jaspers y Ortega.” *Las influencias de las culturas académicas alemana y española desde 1898 hasta 1936*. Eds. Jaime de Salas y Dietrich Briesemeister. Fráncfort / Madrid: Vervuert / Iberoamericana, 2000. 75-90.
- ZENTNER, CHRISTIAN. *Adolf Hitlers Mein Kampf. Eine kommentierte Auswahl*. Munich: Paul List, 1992.
- ZIPFEL, FRIEDRICH. *Kirchenkampf in Deutschland 1933–1945*. Berlín: Veröffentlichungen der Historischen Kommission zu Berlin (Band 11), 1965: s. p.
- ZWEIG, STEFAN. *La lucha contra el demonio (Hölderlin – Kleist – Nietzsche)*. S. l.: Biblioteca Virtual Universal, 2006.

8. 4. Artículos

ANÓNIMO. “José Antonio Giménez Arnau y Gran, escritor y diplomático.” *El País* 30.01.1985.

ABELLÁN, MANUEL L. “Censura y práctica censoria.” *Sistema* 22 (1978): 29-52.

ARMENDÁRIZ, ENRIQUE. “Relaciones públicas pioneras en España. Algunos precedentes en la primera mitad del siglo XX y pasos preliminares de la nueva profesión.” *Anàlisi: quaderns de comunicació i cultura* 45 (2012): 15-31.

ASHBY, WENDY Y RAINER ASENKERSCHBAUMER. “History Behind GLOSA.” *Glosa Education Organisation* (2006): 1-19.

BARBADILLO DE LA FUENTE, MARÍA TERESA. “Un texto inédito de Wenceslao Fernández Flórez. «S.O.S.! ¡Aquí Europa!».” *Azafea: revista de filosofía* 2 (1989): 197-209.

BERCHEM, THEODOR. “España y Alemania: esbozo de sus relaciones culturales a través de los siglos (1).” *Índice Cultural Español* 9 (1982): 7-23.

BERNAL MARTÍNEZ, ISABEL. “Libros, bibliotecas y propaganda nazi en el primer franquismo: las exposiciones del libro alemán.” *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea* 7 (2007): 1-31.

BERTRAND DE MUÑOZ, MARYSE. “Bibliografía de la creación literaria sobre la guerra civil española.” *Anales de la literatura española contemporánea*. Vol. 11-3 (1986): 357-411.

BÖCKER, MANFRED. “Der unsichtbare Gegner. Antisemitismus im Spanien der dreißiger Jahre.” *Tranvia. Revue der Iberischen Halbinsel* (2002): 5-7.

BRUYNE, JACQUES DE. “Pío Baroja und die Deutschen.” *Revue belge de Philologie et d'Histoire*, 48 (1970): 803-819.

CAMPAL FERNÁNDEZ, JOSÉ LUIS. “«Se ha ocupado el kilómetro 6...», novela de la guerra de Cecilio Benítez de Castro.” *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 23 (2005): 61-70.

CRUZ, JUAN. “Reportaje. Entre hermanos – Los Mariscal. La familia Errando.” *El País* 16.08.2009.

DENDLE, BRIAN JOHN. “La novela española de tesis religiosa: de Unamuno a Miró.” *Anales de Filología Hispánica*. Vol. 4 (1988-1989): 15-26.

EGEA BRUNO, PEDRO MARÍA. “Cartagena Nueva o la Falange que no pudo ser: Un modelo de prensa fascista de posguerra.” *Anales de Historia Contemporánea* 12 (1996): 491-506.

- ELORZA, ANTONIO. “Reencuentro con Ortega.” *El País Babelia* 1.5.2010: s. p.
- ESTEBAN, JOSÉ. “Una radiografía de la Política Nacional: Las crónicas parlamentarias.” *Wenceslao Fernández Flórez (1885-1985)*. Ed. Ayuntamiento de la Coruña. Biblioteca y Archivo Municipal (1985): 53-55.
- EZPELETA AGUILAR, FERMÍN. “Personaje, profesor y Bildungsroman en la obra de Wenceslao Fernández Florez.” *Hesperia: Anuario de filología hispánica* 14 (2011): 7-28.
- GAITÁN, LEANDRO Y LUIS ENRIQUE ECHARTE-ALONSO. “Del escepticismo al misticismo científico: el itinerario de Aldous Huxley.” *Persona y Bioética* (2012): 108-129.
- GARATE CÓRDOBA, JOSÉ MARÍA. “Las Reflexiones Militares del marqués de Santa Cruz de Marcenado.” *Revue internationale d’histoire militaire* 56-58 (1984): 128-152.
- GARCÍA-ABAD GARCÍA, MARÍA TERESA. “El cine y la risa en el teatro de Jardiel Poncela.” *Rilce* (17.2.2001): 169-177.
- HERNÁNDEZ CATA, A. “Estética del Tiempo – Lo nuevo, lo viejo y lo antiguo.” *Revista Nacional de Cultura* 22 (1940): 55-74.
- KISH, KATHLEEN V. “«Celestina» en Amberes en el siglo XVI.” *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (1986): 525-533.
- LILIENTHAL, GEORG. “Medizin und Rassenpolitik – Der «Lebensborn e.V.» der SS.” *Deutsches Ärzteblatt* 85, 44. Colonia (3. 11. 1988): 26-36.
- LLERA, JOSÉ ANTONIO. “La literatura de Julio Camba ante los géneros periodísticos.” *Bulletin Hispanique* 105.1 (2003): 159-174.
- MAEZTU, RAMIRO DE. “Adolfo Hitler.” *ABC Madrid* (3.3.1933): 3.
- MANJÓN-CABEZA CRUZ, DOLORES. “Poesía de posguerra en Barcelona.” *Revista de literatura* 70.139 (2008): 141-163.
- MAY, T. E. “Good and Evil in the Buscón. A Survey.” *The Modern Language Review* 45, 3 (julio 1950): 319-335.
- MONTEJO GURRUCHAGA, LUCÍA. “Algunas novelas de Darío Fernández-Flórez: de Zarabanda (1944) a Alta Costura (1954). Temas escabrosos en tiempos de restricciones moralistas.” *Revista de literatura* 70.139 (2008): 165-185.
- MORADIELLOS, ENRIQUE. “Reclutas forzosos.” *El País (Babelia)* 27.07.13.
- MORENO CLAROS, LUIS FERNANDO. “Elegancia crepuscular.” *El País* 25.02.12.

- MOSCHEK, WOLFGANG. "Der Westwall zwischen Aachen und Freiburg. Hitlers Limes." *Der Limes* 1, 4, (2010): 28-31.
- NÚÑEZ DÍAZ-BALART, MIRTA. "El ojo de la aguja. El carnet de periodista, el último filtro de la depuración profesional en la inmediata posguerra." *Historia y Comunicación Social* 2 (1997): 205-210.
- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ MANOEL. "Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005." *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 4 (2005): 83-113.
- ORRINGER, NELSON R. "En Nietzsche de Baroja: filósofo-poeta modernista." *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 25 (2008): 137-150.
- ORTIZ DE URBINA, PALOMA. "La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914." *Revista de Filología Alemana* 13 (2007): 193-206.
- OVEJERO BERNAL, ANASTASIO. "Estereotipos raciales/nacionales de los universitarios: 30 años después." *Revista de Psicología general y aplicada: Revista de la Federación Española de Asociaciones de Psicología*. 44.4 (1991): 485-493.
- PACO, MARIANO DE. "El grupo «Arte Nuevo» y el teatro español de postguerra." *Estudios Románicos* (1987): 1065-1078.
- RODRIGO, JAVIER. "A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista." *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco*. PUZ e IFC. En prensa: 143-167.
- RODRÍGUEZ SANCHO, JAVIER. "El blanco está hecho de otra materia que el negro. El periplo del viajero alemán Wilhelm Marr en Centroamérica (1852-1853)." *Memorias. Revista Digital de Historia e Arqueología desde el Caribe* 9 (2008): 123-139.
- ROSENBERG, HANS. "The Struggle for a German-Austrian Customs Union (1815-1931)." *The Slavonic and East European Review* 41 (1936): 332-342.
- SALAS, RAMÓN. "La División Azul." *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea* 2 (1989): 241-169.
- VADEANU, ANA. "La obra de Cela al desnudo." *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*. 5-17 (primavera de 1999): 62-92.
- VICENT, MANUEL. "Un anarquista bajo la cúpula del Palacio." *El País Babelia* 21.04.2012: 23.
- ZAETTA, ROBERT. "Wenceslao Fernández Flórez: The evolution of his technique in his novels." *Kentucky Romance Quarterly* 17.2 (1970): 127-137.

8. 5. Obras de referencia y documentos electrónicos

ANÓNIMO. http://www.digbib.org/Georg_Simmel_1858/Zur_Psychologie_der_Frauen [28.01.14].

ANÓNIMO. <http://www.zitate.eu/de/autor/1485> [28.01.14].

BREMANEUR. “Una isla en el mar rojo.” 06.01.2013.

http://bremaneur.files.wordpress.com/2007/02/apenique_p.pdf [12.07.13].

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA. Madrid: Real Academia Española, 2001 y 2006.

DOMENE, PEDRO M. “Francisco Villaespesa. Biografía.” Marzo–Abril 2003.

<http://www.andalucia.cc/almenara/103-11.htm> [23-01-2014].

DUDEN. DIE DEUTSCHE RECHTSCHREIBUNG. Mannheim: Dudenverlag, 2009.

ENCICLOPEDIA ONLINE ‘WISSEN’. <http://www.wissen.de>.

LA MAÑANA. DIARIO ESPAÑOL. <http://www.lamanyana.es> [02. 05. 13].

LÓPEZ CRIADO, FIDEL. “Wenceslao Fernández Flórez.”

<http://www.march.es/publicaciones/pasadas/ensayos/pdf/wfflorez.pdf> [22.07.13].

SALA ROSE, ROSA. *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*. Barcelona: Acantilado, 2003.

SCHWARZWÄLDER, HERBERT. *Das Große Bremen-Lexikon. Ergänzungsband A-Z*. Bremen: Temen, 2008.

SECO REYMUNDO, MANUEL, OLIMPIA ANDRÉS PUENTE, GABINO RAMOS GONZÁLEZ. *Diccionario del español actual*. Madrid: Espasa Calpe / Aguilar: 1999.

UNIVERSITÄTSBIBLIOTHEK WÜRZBURG. “Berghaus.” 2014.

<http://franconica.uni-wuerzburg.de/ub/topographia-franconiae/ortsseite.html?name=Berghaus&id=108813> [21.01.14].

Anexo: Resumen / Conclusiones y comparaciones en alemán

Dissertationstitel:

La narrativa española durante la Segunda Guerra Mundial: rasgos germanófilos e influencias nacionalsocialistas

Deutschfreundliche Elemente und nationalsozialistische Merkmale in der spanischen Erzählliteratur während des Zweiten Weltkriegs

Zusammenfassung der Dissertation

In dieser Dissertation werden aus der Sicht der vergleichenden Literaturwissenschaft die Verflechtungen der spanischen Literatur mit der europäischen Geschichte des 20. Jahrhunderts untersucht. Ausgehend von einer deutsch-spanischen Perspektive beschäftigt sie sich mit der Verarbeitung der Kriegsergebnisse des vergangenen Jahrhunderts in Prosatexten.

Hierzu werden Erzählexte der spanischsprachigen Literatur analysiert. Im Mittelpunkt steht eine Gruppe von Schriftstellern, deren Werke zwischen 1939 und 1945 veröffentlicht wurden. Untersucht werden die Texte insbesondere auf ihren germanophilen und pronationalsozialistischen Charakter hin, der angesichts der historisch-politischen Lage der Epoche besonders stark ausgeprägt ist.

Diese Dissertation ist als Übersichtsstudie angelegt und in sieben Themenblöcke unterteilt: In einem einführenden Teil werden das Thema der Arbeit sowie wichtige Schlüsselbegriffe definiert, die der späteren Interpretation der Texte als Grundlage dienen. Der zweite Themenblock beschäftigt sich mit dem Phänomen ‚Germanophilie‘/‚Deutschfreundlichkeit‘ in der spanischen Literatur. Der dritte Teil der Arbeit setzt sich mit der faschistischen Ideologie auseinander, die Anfang der dreißiger Jahre sowohl in Deutschland als auch in Spanien, wenn auch in unterschiedlichen Dimensionen, entsteht. In den Themenblöcken vier bis sechs werden schließlich die Romanwerke einiger ausgewählter Schriftsteller analysiert. Im siebten Themenblock werden diese Werke miteinander verglichen. Mit der Bibliografie schließt die vorliegende Dissertation ab.

Im ersten Themenblock werden zunächst die für diese Arbeit unerlässlichen Begrifflichkeiten definiert: Es handelt sich dabei um die Termini ‚Deutschfreundlichkeit‘ (spanisch ‚germanofilia‘) und ‚germanophile Literatur‘. Unter ‚Deutschfreundlichkeit‘ im Allgemeinen ist jede Art der Sympathie oder Bewunderung

für das Deutsche in unterschiedlicher Form zu verstehen. In der Literatur kann es sich dabei um eine Form der Bewunderung aus der Ferne handeln oder auch um eine ausgeprägte Empathie mit dem Deutschen aus nächster Nähe³⁴². In diesem Sinne kann ‚Germanofilia‘ auch das Eintauchen eines Ausländers in eine deutschsprachige Welt bedeuten. Für die Interpretation eines Textes unter dem Gesichtspunkt der ‚Deutschfreundlichkeit‘ ist seine Einordnung in den jeweiligen geschichtlichen und politischen Kontext in jedem Fall unerlässlich. Die vorliegende Arbeit beschäftigt sich demnach mit den literarischen Werken, die die Themen Deutschland und die Deutschen im positiven Sinne behandeln. Thematisch relevant sind darüber hinaus auch positive Nennungen, die sich auf Österreich und die Schweiz beziehen.

Der zweite Themenblock beschäftigt sich mit dem Phänomen ‚Germanophilie‘/‚Deutschfreundlichkeit‘, das Ende des 19. Jahrhunderts immer stärker an Bedeutung gewinnt. In Spanien wächst zu dieser Zeit die Bewunderung für die kulturellen, insbesondere philosophischen, literarischen und musikalischen Errungenschaften der deutschsprachigen Länder. Besagte Entwicklungen rund um den Krausismus und die ‚Institución Libre de Enseñanza‘ sollen in Kapitel 2. 1. als Einführung in die Thematik kurz skizziert werden.

In Kapitel 2. 2. wird der Erste Weltkrieg und dessen unmittelbare Wirkung auf die Literaturszene Spaniens behandelt. Mit Beginn des Krieges ändert sich die Einstellung manchen Schriftstellers zu Deutschland und den Deutschen; der Kriegsschauplatz kontrastiert mit der kurz zuvor noch vielgelobten Kultur dieses Landes. Das anschließende Kapitel 2. 3. behandelt die Vorurteile, die in dieser Zeit im Ausland über Deutschland und die Deutschen herrschen und die sich in vielen Werken niederschlagen.

Das Kapitel 2. 4. ist zwei herausragenden Schriftstellern des 20. Jahrhunderts gewidmet, deren Positionen als besonders deutschfreundlich bezeichnet werden können: José Ortega y Gasset und Pío Baroja. Beide Schriftsteller beschäftigen sich während ihrer gesamten Schaffensperiode bereits seit Ende des 19. Jahrhunderts mit dem Thema Deutschland. Ein Großteil ihrer Werke spiegelt in gewisser Weise die deutschfreundlichen Haltungen der ersten Hälfte des 20. Jahrhunderts wieder, was anhand einiger Romanbeispiele aufgezeigt wird.

³⁴² Siehe ‚germanofilia‘, in *Diccionario de la lengua española* (1992).

Im dritten Themenblock wird mit der Definition des Faschismus-Phänomens sowohl in Spanien als auch in Deutschland zunächst der geschichtlich-politische Hintergrund der analysierten Romanwerke skizziert (3. 1.). Mit der Machtergreifung der Nationalsozialisten in Deutschland tritt zu Beginn der dreißiger Jahre eine Veränderung bei vielen spanischen Schriftstellern ein: Ihre deutschfreundliche Haltung entwickelt sich oftmals zu einer mit den Nationalsozialisten sympathisierende Position (im Spanischen ‚pronazi‘ oder ‚filonazi‘). Da es sich hierbei um einen Schlüsselbegriff handelt, der für viele der in dieser Arbeit untersuchten Texte relevant ist, wird er im Kapitel 3. 2. definiert. Viele der hier behandelten Schriftsteller übernehmen zudem Aspekte der nationalsozialistischen Weltanschauung. Sie bedienen sich dabei oft bestimmter Feindbilder und beschäftigen sich zum Teil auch mit Mythen und literarischen Werken und Figuren, die in den dreißiger Jahren in Deutschland besonders beliebt waren. Daher werden auch sie an dieser Stelle kurz behandelt.

Der dritte Themenblock schließt mit einer ersten Übersicht der Schriftsteller, die ideologisch zunächst der Thematik zugeordnet werden können und der Werke, die zwischen 1939 und 1945 veröffentlicht wurden. Grundlage genannter Übersicht ist die beachtliche Menge an literaturkritischen Publikationen, die zu diesem Thema in den letzten dreißig Jahren veröffentlicht wurden und deren Schwerpunkt auf der spanischen Erzählliteratur des 20. Jahrhunderts liegt. Die Mehrheit dieser literaturkritischen Werke ist meist überblicksartig und zusammenfassend angelegt und selten nach den politischen Ausrichtungen der Werke unterteilt. Beispiele dafür sind die *Novela española de nuestro tiempo (en busca del pueblo perdido)* (1975) von Gonzalo Sobejano, *La novela española desde 1936* (1982) von Ignacio Soldevila Durante, die *Historia de la novela española entre 1936 y 1975* (1979) von José María Martínez Cachero und *Manual de literatura española XIII. Posguerra: narradores* (2000) von Felipe B. Pedraza Jiménez und Milagros Rodríguez Cáceres. Folgende Werke haben sich auf die faschistische und pronationalsozialistische Thematik spezialisiert: die *Literatura fascista española*, (zwei Bände von 1986 und 1987) von Julio Rodríguez-Puértolas und *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada, Tomo I* (1982) von Maryse Bertrand de Muñoz. Von Seiten der deutschen Literaturkritik ist die *Literatur der Sieger. Der spanische Bürgerkriegsroman im gesellschaftlichen Kontext des frühen Franquismus* (1990), eine Arbeit von Regine Schmolling, besonders hervorzuheben.

Für die Themenblöcke vier bis sechs wurden schließlich zwanzig Schriftsteller der oben genannten Übersicht ausgewählt, deren (politische) Gesinnung als

deutschfreundlich bezeichnet werden kann oder die offen mit den Nazis sympathisierten und die Romane während des Zweiten Weltkriegs verfassten, in denen die Kriegsthematik dominiert. Ihrer jeweiligen ideologischen und politischen Einstellung nach wurden diese Autoren drei Gruppen zugeordnet. Jede Gruppe weist eine ihr eigene Beziehung zur deutschen Kultur auf. Bei der ersten Gruppe (4.) handelt es sich um die Schriftsteller, die der Falange angehörten; bei der zweiten (5.) um die Autoren, die als Soldaten in der Blauen Division kämpften. Nicht immer sind die Autoren auf diese Weise strikt voneinander trennbar, da etwa einige falangistische Schriftsteller auch in der Blauen Division aktiv waren. Da die Werke der Schriftsteller der Blauen Division jedoch zu einem großen Teil sehr ähnliche formale und inhaltliche Merkmale aufweisen und daher gut miteinander vergleichbar sind, erscheint es sinnvoll, ihre Arbeiten in einer Gruppe zu untersuchen. Eine dritte Gruppe (6.) beschäftigt sich mit Schriftstellern, die den beiden erstgenannten Gruppen nicht zugeordnet werden können, deren Werke dennoch für diese Arbeit relevant sind, da ihre Erzähler sich deutlich mit der NS-Ideologie identifizieren (vgl. Rodríguez-Puértolas 1986: 494-495).

Von oben genannten Schriftstellern wurden für die Themenblöcke vier bis sechs insgesamt 25 Romane ausgewählt, auf die die definierten Merkmale zutreffen. Dabei wurden Texte, die der Gattung der ‚novela rosa‘ angehören nicht in den Textkorpus mit aufgenommen.

Der siebte und letzte Themenblock widmet sich dem Vergleich der Werke untereinander. Er geht auch auf die Fragestellung ein, welchen Stellenwert diese Art von Literatur in der Literaturgeschichte einnimmt. Zudem beschäftigt er sich mit der Frage ihrer Relevanz für die zeitgenössische Romanliteratur, die sich bis heute intensiv besonders mit der spanischen Kriegsvorgangeneit auseinandersetzt.

7. Vergleichende Analyse der Romanwerke und Schlussfolgerungen der Dissertation

In vorliegender Dissertation wurden Erzähltexte der spanischen Nachkriegszeit des 20. Jahrhunderts auf ihre germanophilen und nationalsozialistischen Merkmale hin untersucht. In einem abschließenden Kapitel werden nun die analysierten Erzählwerke unter Berücksichtigung der im ersten Teil der Arbeit definierten Schlüsselbegriffe ‚Germanophilie‘ / ‚Deutschfreundlichkeit‘ sowie ‚Pro-Nationalsozialismus‘ miteinander verglichen. Bei dieser vergleichenden Analyse werden jeweils die kurzen Schlussfolgerungen am Ende jedes Kapitels miteinbezogen. Ebenso wird berücksichtigt, wie explizit die Werke thematisch auf die zuvor genannten Definitionen eingehen.

Demnach erscheint es sinnvoll, die Werke in vier verschiedenen Gruppen miteinander zu vergleichen: In einer ersten Gruppe werden die literarischen Texte einander gegenübergestellt, deren Erzähler ihre Deutschfreundlichkeit weniger deutlich zum Ausdruck bringen. In einer zweiten Gruppe werden die Romane miteinander verglichen, die einen überwiegend germanophilen Charakter aufweisen. Die Romane, in denen eine pronationalsozialistische Gesinnung am deutlichsten spürbar wird, werden in einer dritten Gruppe vergleichend untersucht. In einer vierten Gruppe finden sich all die Werke, die sowohl als germanophil als auch als nationalsozialistisch eingestuft werden können. Ein weiterer Aspekt, der in diesem Zusammenhang untersucht wird, ist die Frage nach der inneren Entwicklung der Hauptfigur bezüglich ihrer deutschfreundlichen Einstellung: Wird diese im Laufe des Textes eher stärker oder lässt sie nach? Eine solche innere Entwicklung durchleben jedoch lediglich einige wenige Figuren in ausgewählten Werken.

In einer zweiten Vergleichsanalyse sollen zudem die Werke desselben Themenblocks miteinander verglichen werden. Dies erfolgt nach der Zugehörigkeit ihrer Autoren in die Gruppe der falangistischen Schriftsteller, der Blauen Divisionäre und anderer Autoren.

Darüber hinaus wird in diesem Kapitel auch auf den Stellenwert, den diese Art von Literatur in der Literaturgeschichte einnimmt, eingegangen. Auf diese Weise sollen die anfänglichen Fragestellungen dieser Dissertation beantwortet werden.

Zu den Romanen der ersten Gruppe zählen *Checas de Madrid* von Borrás, *El puente* von Giménez Arnau und *Una chica topolino* von Puente. Auch viele Werke des Themenblocks sind dieser Gruppe zuzuordnen, darunter *El tesoro del holandés* von Baroja, *Esto, lo otro y lo de más allá* von Camba, *Una isla en el mar rojo* und *La novela número 13* von Fernández Flórez sowie *Alto espionaje* von De Sola. Der Erzähler von *El puente* äußert sich zurückhaltender, was nationalsozialistische Fragen betrifft. In *El tesoro del holandés* herrscht wiederum ein schwächerer germanophiler Ton vor. Die Deutschfreundlichkeit in *Esto, lo otro y lo de más allá* unterscheidet sich ihrerseits von anderen Werken durch ihr kontinuierliches Interesse an Deutschland, das nicht zwingend bewundert wird. In beiden Romanen Fernández Flórez' wird das Thema Deutschland auf subtilere Art und Weise behandelt. *Checas de Madrid*, *Una chica topolino* und *Alto espionaje* können der Definition nach nicht als pronationalsozialistisch eingestuft werden. Ihre deutschfreundlichen Elemente sind ebenfalls wenig explizit.

Eine in vielen Werken dieser Gruppe gemachte Annahme, die die sehr implizite pronationalsozialistische Haltung ihrer Erzählfiguren betrifft, ist besonders hervorzuheben: Danach erlebte der Nationalsozialismus besonders in den ersten Kriegsjahren eine Blütezeit. Wenn folglich ein in dieser Dissertation untersuchtes Romanwerk nicht als pronationalsozialistisch eingestuft werden konnte, war sein Autor zu keinem Zeitpunkt ein besonderer Anhänger dieser Ideologie. Um diese These zu stützen, müssten allerdings auch die seit 1933 veröffentlichten Romanwerke in einer breiter angelegten Studie untersucht werden.

Die Werke der zweiten Gruppe, die aufgrund ihrer Merkmale eindeutig oder überwiegend germanophil sind und demzufolge wenige oder gar keine pronationalsozialistischen Elemente aufweisen, sind *Leoncio Pancorbo* von Alfaro Polanco, *Línea Siegfried* von Giménez Arnau, *Madrid recobrado* von Puente, *José Antonio* von Ximénez de Sandoval, *De las memorias de un combatiente sentimental* von Crespo Villoldo, *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* von Royo Masía, *Laura o la soledad sin remedio* von Baroja und *La juventud no vuelve* von Pombo Angulo.

De las memorias de un combatiente sentimental ist vermutlich das Werk in dieser Gruppe, das die wenigsten germanophilen Merkmale aufweist. Dies ist bedingt durch die Vorgaben, die der Schriftsteller sich selbst auferlegt und denen er treu bleibt. Der Protagonist legt keine besonders ausgeprägte germanophile Haltung an den Tag. Die wenigen Bezüge auf die deutschsprachige Welt im Allgemeinen und die nationalsozialistische im Besonderen stammen nicht vom Erzähler selbst, sondern sind mehrheitlich Wiedergaben von Gesprächen der spanischen Soldaten.

Das Thema Deutschland und die Deutschen im Roman Giménez Arnaus bezieht sich vor allem auf den Krieg und die Liebesthematik: So ist das Schicksal des Protagonisten Miguel vor allem durch seine negativen Liebeserfahrungen mit verschiedenen deutschen Frauen geprägt. Obwohl der Roman mitten im Zweiten Weltkrieg und in Deutschland spielt, liegt der Schwerpunkt der Erzählung stärker auf der Beschreibung der deutschen Mentalität und Verhaltensweisen als auf rein militärischen Aspekten. Einerseits genießt es Miguel, Deutsch zu lernen, andererseits leidet er unter den deutschen Wetterverhältnissen, die er als unwirtlich bezeichnet. Das Werk behandelt jedoch vor allem die Unterschiede, die zwischen beiden Ländern bestehen. Zudem dient der Aufenthalt in Deutschland dem Protagonisten dazu, sich mit verschiedenen Themen deutscher Kultur oder Geschichte auseinanderzusetzen. Am

Ende des Romans hat die deutschfreundliche Haltung des Protagonisten etwas nachgelassen.

Der Roman *José Antonio* ist der einzige, der einige wenige Unterschiede zwischen dem NS-Regime und dem Falangismus aufgreift. Obwohl sich dieser Roman hauptsächlich mit der Geschichte der Falange-Partei und dem Kult um die Figur Primo de Riveras beschäftigt, vergleicht der Erzähler auch an einigen Stellen die falangistische und die nationalsozialistische Ideologie miteinander. Trotz der beschriebenen Unterschiede zwischen den faschistischen Systemen Deutschlands und Spaniens und seiner etwas reservierten Haltung Hitler gegenüber, durchläuft der Protagonist keine deutliche Entwicklung in seiner ideologischen Position. In der antichristlichen Haltung Hitlers liegt für ihn einer der Hauptunterschiede zwischen beiden Führern. Dennoch bleibt seine Anfangsbewunderung für Deutschland, vor allem für die Romantik, bestehen.

Wie bereits im Kapitel 2. 4. beschrieben, legt Baroja während seiner gesamten literarischen Laufbahn eine deutschfreundliche Haltung an den Tag. Abgesehen von seiner antisemitischen Einstellung, kann er nicht als ‚pronazi‘ bezeichnet werden. Folglich durchleben seine Erzählfiguren keine Veränderung, was ihre Einstellung zu Deutschland betrifft. Auch die Haltung des Protagonisten Pombo Angulos in *La juventud no vuelve* ist konstant und leidenschaftslos. Trotz des überwiegend schwermütigen Tons dieses Romans hält die Hauptfigur bis zum Ende der Geschichte an ihrer germanophilen Haltung fest.

Wie bereits an vielen Titeln deutlich wird, ist der Kriegsschauplatz eines Großteils der Romane dieser Gruppe Spanien oder Deutschland. Dennoch können ihre Erzählfiguren nicht als pronationalsozialistisch eingestuft werden. Die überwiegend germanophilen Merkmale äußern sich vor allem in der umfassenden Kenntnis ihrer Hauptfiguren über deutsche Themen sowie in der positiven Bewertung der deutsch-spanischen Beziehungen.

Die Romane der dritten Gruppe, die deutliche pronationalsozialistische Merkmale aufweisen, sind *La fiel infantería* von García Serrano, *Canción de invierno en el Este* von Gómez Tello, „De cómo Erich Remarque no estuvo en la División Azul“ von Revuelta und *Adán, Eva y yo* von López de Haro. Der Roman García Serranos stellt vor allem die militärische Bedeutung der Nazis in den Mittelpunkt. Revueltas Titel wiederum weckt möglicherweise andere Erwartungen an seinen Aufsatz, die nicht erfüllt werden, da das Werk Remarques nicht die Grundlage des literarischen Textes

Revueltas bildet. Der Titel dient dem Autor lediglich dazu, die pazifistische Haltung seiner Zeitgenossen im Allgemeinen zu kritisieren und an die Ehre des Soldaten zu appellieren. Sein Werk weist daher deutliche faschistische Züge auf und ist ganz im Sinne der Nationalsozialisten.

Sowohl *Canción de invierno en el Este* als auch *Adán, Eva y yo* sind in hohem Maße antisemitische Romane. In *Canción de invierno en el Este* fällt auf, dass der Protagonist sich selbst zunächst als deutschfreundlich beschreibt. Im Laufe des Romans, bedingt durch die Kriegsereignisse und –erfahrungen des Romanhelden, entwickelt er schließlich eine pronationalsozialistische Haltung. Zunächst fallen die vielen Parallelismen zwischen Spanien und Deutschland ins Auge. Auch die direkten Begegnungen zwischen der Hauptfigur und den Deutschen können als pronationalsozialistische Elemente gewertet werden. Anhand dieser Treffen beschreibt der Erzähler einige Merkmale der Deutschen, die er beobachten konnte: Dies ist zum einen das freundliche Verhalten der meist lächelnden Soldaten. Er beschreibt ebenfalls freundschaftliche Bemerkungen der Deutschen den Spaniern gegenüber. Zum anderen geht er auf die Merkmale ein, die die Spanier besonders an den deutschen Militärs bewundern: Abgesehen von den bereits erwähnten Vorurteilen, betont die Hauptfigur vor allem die Unerschütterlichkeit der Nazis angesichts unvorhergesehener oder gefährlicher Situationen. Schließlich fällt das antisemitische Gedankengut des Protagonisten auf, das sich in einem einzigen der jüdischen Gemeinschaft gewidmeten Kapitel beobachten lässt. Andererseits bleibt festzuhalten, dass der Romanheld Gómez Tello weniger in direktem Kontakt mit den Nazis steht als die Hauptfiguren anderer Schriftsteller der Blauen Division. Darüber hinaus fällt auf, dass der Protagonist selbst und mit ihm der Großteil seiner deutschen Bekanntschaften anonym bleiben. Der Roman scheint dem Autor daher vor allem als Ventil für seine antisemitische Haltung zu dienen. Diese Position vertritt auch der Protagonist des Werks *Adán, Eva y yo*. Antisemitisches Gedankengut findet sich im gesamten Roman und stellt den Höhepunkt der pronationalsozialistischen Gesinnung des Protagonisten dar. Es bleibt festzuhalten, dass während der Franco-Diktatur ab einem gewissen Zeitpunkt extreme pronationalsozialistische Haltungen, die den an die Macht gelangten spanischen Franquisten nicht mehr angemessen erschienen, zensiert wurden.

Die Werke der vierten Gruppe weisen germanophile und pronationalsozialistische Merkmale zu etwa gleichen Teilen auf. Dieser Gruppe können die Romane *Se ha ocupado el kilómetro seis* von Benítez de Castro, *Camisa azul* von

Ximénez de Sandoval, *Campaña de invierno* von Errando Villar, *Con la División Azul en Rusia* von Martínez Esparza und *Cristo en los infiernos* von León zugeordnet werden. *Camisa azul* ist sowohl germanophil als auch pronationalsozialistisch. Da faschistisches Gedankengut im Roman jedoch überwiegt, ist es dem Protagonisten nicht möglich, eine zu explizite deutschfreundliche oder pronationalsozialistische Haltung einzunehmen. Sowohl in *Se ha ocupado el kilómetro seis* als auch in den beiden Romanen der Blauen Divisionäre steht der Kriegsschauplatz im Vordergrund. Aufgrund der engen Beziehungen zwischen Spaniern und Deutschen auf militärischem Gebiet, die in letzteren Werken thematisiert werden, finden sich sowohl im Roman Errando Villars als auch in dem Martínez Esparzas pronationalsozialistische Elemente.

Campaña de invierno weist eine große Anzahl positiver Merkmale auf, die sich sowohl auf die Deutschen im Allgemeinen als auch auf die Nazis im Besonderen beziehen. Durch seine Kommentare, Meinungsäußerungen und während dem Krieg entstandenen Freundschaften bringt der Romanheld seine Deutschfreundlichkeit klar zum Ausdruck, die sich an einigen Stellen in eine pronationalsozialistische Haltung verwandelt. Als Arzt erlebt er den Krieg zudem intensiver als die Protagonisten anderer Divisionärs-Romane. Andererseits darf vermutet werden, dass er sich aufgrund der freundlichen Behandlung, die er erfährt, in gewisser Weise in der Pflicht sieht, die Aufnahme durch die Deutschen zu loben. Wenn die Beschreibungen der deutschen Kultur auch auf den ersten Blick neutral erscheinen, überwiegt in ihnen doch häufig ein deutlich germanophiler Ton. Abgesehen von einigen wenigen pronationalsozialistischen Aspekten wie der Vereidigungsepisode, finden sich in diesem Roman mehr deutschfreundliche als pronationalsozialistische Merkmale. Denn im Vergleich zu anderen in dieser Dissertation analysierten Romanen fehlen hier typische patriotische oder hitlerfreundliche Kommentare und Ausrufe. Zuletzt ist anzunehmen, dass die Erfahrungen dieses Protagonisten in Russland, sowohl auf beruflicher als auch auf privater Ebene, für ihn den Höhepunkt seiner Deutschfreundlichkeit bedeuten.

In *Con la División Azul en Rusia* beschränkt sich die pronationalsozialistische Position des Protagonisten praktisch auf militärische Aspekte. Germanophile Merkmale des Romans Martínez Esparzas finden sich im ersten Teil seiner Chronik, in dem die Blauen Divisionäre zunächst nach Deutschland reisen. Sobald sie an der Front sind, verschwinden diese Merkmale. Der Berichterstatter dieses Werks unterscheidet sich von den anderen Divisionären darin, dass er über eine größere militärische Kenntnis verfügt und bereits vor dem Krieg Kontakt zu Deutschen hatte. Daher ist sein Urteilsvermögen,

wenn er beispielsweise die Ausrüstung der Nationalsozialisten bewertet, fundierter. Sowohl die Wahl der literarischen Gattung Chronik wie auch die Schwerpunktsetzung auf militärische Aspekte lassen eine überschwänglich positive Haltung des Protagonisten zum Nationalsozialismus ebenso wenig zu, wie eine dezidiert kritische Bewertung des NS-Regimes.

Im Roman *Cristo en los infiernos* werden unter anderem die antikommunistischen und antisemitischen Einstellungen des Protagonisten behandelt. Diese verändern sich im Laufe des Romans nicht, was möglicherweise damit zusammen hängt, dass der Roman bereits 1941 veröffentlicht wurde und die Niederlage der Nazis zu diesem Zeitpunkt noch weniger absehbar war.

Beim Vergleich der Werke desselben Themenblocks fällt auf, dass sich die Erzähler der Falange-Romane in ihrer zum Ausdruck gebrachten Einstellung zur falangistischen Ideologie deutlich voneinander unterscheiden. Als glühendste Falangismus-Verfechter können die Hauptfiguren Benítez de Castros und Garcías Serranos gelten. Auch die beiden Romane Ximénez Sandovals sind den oben Genannten diesbezüglich sehr ähnlich. Vom Kriegsschauplatz abgesehen finden sich beim Vergleich der Werke des Themenblocks vier jedoch relative wenige gemeinsame Nenner.

Die Werke der Blauen Divisionäre (Themenblock fünf) sind am besten formal und thematisch miteinander vergleichbar. Sie alle wurden aus einer bestimmten Sicht geschrieben: Im Mittelpunkt steht die Darstellung der jeweils erlebten Kriegsmomente, die stark von nationalsozialistischem Gedankengut und falangistischen Idealen geprägt ist. Folglich ist nicht nur der Einfluss der NS-Propaganda, sondern auch der Druck und die Zensur durch die Franquisten auf die Autoren zu berücksichtigen. Beidem waren die Schriftsteller zum Zeitpunkt der Veröffentlichung ihrer Romane besonders stark ausgesetzt. Dies beweist einerseits das Schüren bestimmter Vorurteile gegen die Deutschen in fast allen Werken außer demjenigen *Revueltas*, was darauf zurückzuführen ist, dass sein Aufsatz deutlich kürzer ist. Diese Vorurteile existieren ferner auch in umgekehrter Richtung gegen den „freundlichen und lustigen“ Spanier (Núñez Seixas 2005: 105). Andererseits zeichnen sich viele dieser autobiografischen Werke auch dadurch aus, dass sie geschichtlich und ideologisch Partei ergreifen und so wird der Krieg in ihnen häufig zum Mythos.

Im fünften Themenblock fällt auf, dass sich die Figuren aller Werke mit der nationalsozialistischen Ideologie identifizieren. Dies schlägt sich vor allem in

Situationen wie der Vereidigung auf die nationalsozialistische Weltanschauung nieder, von der viele Schriftsteller erzählen, aber auch in Momenten intensiven Zusammenlebens mit den Deutschen. Die Sprache, derer sich die Autoren hierbei bedienen, lässt darüber hinaus erahnen, dass die Mehrheit der Freiwilligen eine militärische Gleichstellung mit dem NS-Heer anstrebt.

Obwohl eine beachtliche Anzahl an Schriftstellern sich nach 1945 vom NS-Regime distanziert und damit folglich von ihren germanophilen und pronationalsozialistischen Werken, konnte eine solche Distanzierung bei den sechs hier vorgestellten Autoren und ihren später veröffentlichten Werken nicht festgestellt werden.

Nach Ende des Blauen-Divisions-Einsatzes ist die deutsch-spanische Zusammenarbeit in Russland noch nicht abgeschlossen, denn die Blaue Division wird durch die sogenannte Blaue Legion ersetzt. Obwohl sich die Truppen dieser Legion Ende Februar 1944 zurückziehen, bleiben weiterhin die Nazis unterstützende spanische Freiwillige bis Kriegsende vor Ort (Salas 1989: 266–267).

Auf literarischer Ebene ist festzuhalten, dass die Anzahl der Publikationen der blauen Divisionäre über ihre Kriegserlebnisse nach Ende des Zweiten Weltkriegs nicht zurückgeht. Nicht nur Erzählwerke der Gattung Biografie der Divisionäre selbst, sondern auch dokumentierende Berichte werden zumindest bis 2004 weiterhin publiziert (Núñez Seixas 2005: 90).

Welche gemeinsamen Merkmale weisen nun die Romane des sechsten Themenblocks auf? Mehrere von ihnen spielen während des Spanischen Bürgerkriegs, an dem ihre Hauptfiguren entweder selbst teilnahmen oder der ihnen zumindest noch gut in Erinnerung ist. Ein anderes gemeinsames Merkmal ist der Schauplatz Madrid. Diesbezüglich schreibt Mainer:

[E]l activo testimonio del morboso interés que suscitaba la situación de la capital: las invenciones o exageraciones sobre escarnios y venganzas, sobre torturas y persecuciones, sobre vesanias y heroísmos, proporcionaron amplio pasto espiritual a quienes se deslizaban con facilidad del masoquismo chillón a la complacencia sádica (Mainer 1998: 190).

Nach Mainers Ansicht sind *Una isla en el mar rojo* und *Laura o la soledad sin remedio* demnach miteinander vergleichbar. In beiden Romanen liegt der Schwerpunkt auf der Beschreibung des tristen und bewegten Lebens in der Hauptstadt ab Juli 1936. An anderer Stelle unterscheidet der gleiche Literaturkritiker das Werk Fernández Flórez' von demjenigen Leóns:

Aquellas sensaciones fuertes eran las que querían leer los ‘refugiados’ de Burgos o San Sebastián, las clases medias de las provincias ‘azules’ y las damas catequistas de cualquier rincón de la España eterna. El mérito inconsciente de Fernández Flórez – si se compara su relato con el voluminoso *Cristo en los infiernos* (1940) de Ricardo León, por ejemplo – es la desnudez con que nos ofrece las razones de su desazón, al margen de la propaganda ideológica que repiten servilmente casi todos. Sólo en el Pío Baroja de *Laura*, *El cantor vagabundo* o *Las veladas del chalet gris* encontramos ese mismo húmedo egoísmo individualista que renuncia a disfrazarse de otras justificaciones, aunque en este caso la actitud personal sea mucho menos exasperada (Mainer 1998: 189).

In seinen Schlussfolgerungen bewertet Mainer den Individualismus der Hauptfiguren von *Cristo en el infierno* und *Laura o la soledad sin remedio* positiv, da er über einer möglichen Intention des Erzählers stünde, den politischen Gegner von seinem ideologischen Standpunkt überzeugen zu wollen. In diesem Sinne unterscheiden sich die Romane des sechsten Themenblocks von einigen Falange-Romanen, in denen eine ‚Missionierabsicht‘ überwiegt.

Die Vergleichsanalyse dieser Schlussfolgerung zeigt darüber hinaus, dass die in Themenblock drei erörterte Problematik bestehen bleibt: Trotz der stark pronationalsozialistischen Einstellung einiger Schriftsteller ist ihre Begeisterung für Deutschland doch immer begrenzt. Das hohe Maß an Patriotismus, neben einer manchmal zusätzlich stark ausgeprägten Falangismus-Verbundenheit, lässt eine übermäßig große Identifikation der Protagonisten mit dem NS-Regime nicht zu. Das Interesse und die Neugier an kulturellen Fragen zu Deutschland scheinen konstanter und tiefgründiger zu sein und stehen so über ideologischen und politischen Positionen. Diese Tatsache hindert die Erzählfiguren nicht daran, von ihnen bewertete ‚typisch deutsche Eigenschaften, vor allem auf militärischem Gebiet, zu loben, unabhängig davon, auf welcher Seite sie kämpfen.

Die kulturellen Kenntnisse der Protagonisten erhöhen daher sicherlich den Schönheitswert der analysierten Werke. Es sind besonders die Romane, die als überwiegend germanophil eingestuft wurden, in denen sich fundierte Kenntnisse, manchmal auch tiefere Reflexionen, der Werke Goethes, Nietzsches, Remarques, Schopenhauers und Zweigs etc., wiederfinden. Die literarischen Arbeiten der Blauen Division weisen solche ästhetischen Merkmale seltener auf.

Wie bereits im Kapitel 3. 2. 4. aufgezeigt wurde, sind die wenigen literaturkritischen Publikationen, die sich mit der Erzählliteratur rechter Ideologie auseinandersetzen, meist als Übersichtsstudien angelegt. Ihre Autoren betonen einerseits, wie wichtig die Forschung im Bereich dieser Art von Literatur sei (vgl.

Rodríguez-Puértolas 1986: 11). Andererseits vertreten sie die These, dass sich die Forschung bisher noch wenig intensiv den in dieser Dissertation untersuchten Schriftstellern und ihren Werken gewidmet hat (vgl. Schmolling 1990: 15). Dies lässt den Schluss zu, dass die Romane der vorliegenden Studie eine begrenzte Relevanz für die zeitgenössische spanische Romanliteratur haben. Ein Großteil der Schriftsteller ist zwar bekannt, deutlich weniger jedoch sind es die hier behandelten Romane.

In der aktuellen spanischen Erzählliteratur ist die Kriegsthematik noch immer ein Thema von großem Interesse. Somit scheint die Faszination, die von dieser Thematik ausgeht, erhalten zu bleiben. Glücklicherweise wird das Kriegsthema in der Literatur heute aus einer geschichtlichen und vergleichenden Perspektive sowie einer entsprechenden Distanz heraus behandelt. Almudena Grandes kann als eine der spanischen Schriftsteller/innen gelten, die sich diesbezüglich vermutlich am intensivsten mit der deutschen Kriegsvergangenheit auseinandersetzt. Auch wenn die Verbundenheit mit dem NS-Regime nicht das zentrale Thema ihres Romans *El corazón helado* ist, bildet es stellenweise doch den geschichtlichen Hintergrund ihres Werks. Wie wichtig es sei, die Kriegsthematik zu behandeln, reflektiert Javier Cercas in *Soldados de Salamina*. Der Erzähler, der das Leben des Falangisten und Schriftstellers Rafael Sánchez Mazas dokumentiert, schreibt über die Beweggründe der jungen Soldaten, die sich entschließen, in den Krieg zu ziehen:

... es verdad que las guerras se hacen por dinero, que es poder, pero los jóvenes parten al frente y matan y se hacen matar por palabras, que son poesía, y por eso son los poetas los que siempre ganan las guerras, y por eso Sánchez Mazas, que estuvo siempre al lado de José Antonio y desde el lugar de privilegio supo urdir una violenta poesía patriótica de sacrificio y yugos y flechas y gritos de rigor que inflamó la imaginación de centenares de miles de jóvenes y acabó mandándoles al matadero, es más responsable de la victoria de las armas franquistas que todas las ineptas maniobras militares de aquel general decimonónico que fue Francisco Franco (Cercas 2001: 51).

Interessanterweise wird dem falangistischen Schriftsteller hier durch den Erzähler eine größere Bedeutung beigemessen als allen anderen Soldaten ebenso wie auch dem *Caudillo*. Darüber hinaus bemerkt Cercas, dass der Schriftsteller, der sich heutzutage mit der Literatur rechter Ideologie auseinandersetzt, diese Entscheidung immer rechtfertigen müsse. Er selbst war in dieser Lage, als er mit der Recherche zur Biografie Sánchez Mazas begann. Mit einigen seiner Überlegungen, die auch im 21. Jahrhundert noch aktuell zu sein scheinen, möchte ich vorliegende Dissertation abschließen:

... cuando empecé a interesarme por Sánchez Mazas, en determinados círculos literarios ya no sólo se vindicaba a los buenos escritores falangistas, sino también a los del

montón e incluso a los malos. Algunos ingenuos, como algunos guardianes de la ortodoxia de izquierdas, y también algunos necios, denunciaron que vindicar a un escritor falangista era vindicar (o preparar el terreno para vindicar) el falangismo. La verdad era exactamente la contraria: vindicar a un escritor falangista era sólo vindicar a un escritor; o más exactamente: era vindicarse a sí mismos como escritores vindicando a un buen escritor. Quiero decir que esa moda surgió, en los mejores casos (de los peores no merece la pena hablar), de la natural necesidad que todo escritor tiene de inventarse una tradición propia, de un cierto afán de provocación, de la certidumbre problemática de que una cosa es la literatura y otra la vida y de que por tanto se puede ser un buen escritor siendo una pésima persona (o una persona que apoya y fomenta causas pésimas), de la convicción de que se estaba siendo literariamente injusto con ciertos escritores falangistas, quienes, por decirlo con la fórmula acuñada por Andrés Trapiello, habían ganado la guerra, pero habían perdido la historia de la literatura (Cercas 2001: 22).